

J O Y   A D A M S O N



*Nacida*

**LIBRE  
LIBRE**

La historia de la leona *Elsa*

*Capitán Swing®*

# **NACIDA LIBRE**

**LA HISTORIA DE LA LEONA ELSA**

**JOY ADAMSON**



*Nacida*  
**LIBRE  
LIBRE**

La historia de la leona *Elsa*

JOY ADAMSON

Traducción de  
Gemma Deza Guil

*Capitán Swing*®

Título original: *Born Free* (1960)

© Del texto original y las fotografías: Joy Adamson

© De la traducción: Gemma Deza Guil

Edición en ebook: junio de 2019

© Capitán Swing Libros, S. L.

c/ Rafael Finat 58, 2º 4 – 28044 Madrid

Tlf: (+34) 630 022 531

28044 Madrid (España)

[contacto@capitanswing.com](mailto:contacto@capitanswing.com)

[www.capitanswing.com](http://www.capitanswing.com)

ISBN: 978-84-120426-7-2

Diseño de colección: Filo Estudio - [www.filoestudio.com](http://www.filoestudio.com)

Corrección ortotipográfica: Manuel Pérez Subirana

Composición digital: [leerendigital.com](http://leerendigital.com)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra





# PREFACIO

Desconocemos si las leyendas sobre asirios que adiestraban leones y guepardos se fundamentan en hechos reales o ficticios, pero lo cierto es que en la actualidad se domestican galgos y perros cobradores para ayudar al hombre a cazar, como también es cierto que los Adamson fueron las primeras personas en milenios que se aproximaron a obtener un resultado parecido con una leona, y no porque se lo propusieran, sino simplemente porque criaron a aquel animal en su compañía, evitando someterla a las rigideces de la vida en confinamiento contrarias a su naturaleza.

La historia de su leona, Elsa, criada desde que era una cachorra hasta los tres años y puesta después en libertad, constituye un estudio único e iluminador de la psicología animal, tema que durante el último medio siglo ha empezado a abordarse desde una perspectiva radicalmente nueva. En parte, tal cambio de planteamiento surge sin duda como oposición a la tendencia de los escritores decimonónicos de atribuir a los animales cualidades antropomórficas como la inteligencia, los sentimientos y las emociones. Durante el siglo XX se ha fraguado una escuela de pensamiento que explica la conducta animal utilizando términos como «reflejos condicionados», «mecanismos de puesta en libertad» y todo un nuevo vocabulario que se considera la pasarela hacia una mayor comprensión de la psicología animal. Para los defensores de otro modelo de pensamiento basado en la imposibilidad de reconciliar la concepción mecánica con las diferencias de carácter, inteligencia y capacidades que exhiben los distintos individuos de una misma especie animal, esa pasarela hacia el entendimiento se antoja tan alejada de la realidad como el antropomorfismo de la generación anterior, y consideran que, en lugar de derribar barreras para comprender la conducta animal, las erige.



Al margen de la corriente de pensamiento por la que se incline el lector de la historia de Elsa, en ella encontrará un testimonio cautivador e interesante que describe el desarrollo gradual de un autocontrol que pocos habrían creído posible en uno de los animales considerados más peligrosos del mundo. Que un animal así, en un momento de máxima excitación, tras una refriega con un búfalo y con la sangre hirviendo aún corriéndole por las venas, permitiera que un hombre se acercara a ella caminando y degollara a la bestia abatida para satisfacer sus escrúpulos religiosos y luego le dejara ayudarla a sacar el cadáver de un río constituye un tributo asombroso tanto a la inteligencia como a la capacidad de autocontrol de la leona.

Si el escritor más fantasioso de fábulas de animales del siglo XIX hubiera concebido una leona imaginaria que se comportara de tal modo, sin duda alguna habría sido ridiculizado por crear un personaje «fuera de lo normal» y demasiado improbable para resultar creíble, y, sin embargo, la historia de Elsa solo relata hechos reales.

Si, por su mera existencia, Elsa aportó un rayo de luz tanto sobre el «antropomorfismo» del siglo XIX como sobre la «ciencia» del XX, entonces no vivió en vano.

WILLIAM PERCY



*Primera*  
**PARTE**





Primer  
PARTE

# 01

## LA VIDA DE LAS CACHORRAS

Durante muchos años, mi hogar ha estado en la provincia de la Frontera Septentrional de Kenia, la vasta extensión semiárida de arbustos espinosos que se extiende más de trescientos mil kilómetros cuadrados entre el monte Kenia y la frontera con Abisinia.

La civilización apenas ha tenido impacto en esta región de África: aquí no hay colonos, las tribus indígenas viven en gran medida como hacían sus antepasados y en el lugar abunda la fauna salvaje de todo tipo.

Mi esposo, George, es jefe de los guardas de caza de este inmenso territorio y nuestro hogar se ubica en el límite meridional de la provincia, cerca de Isiolo, una pequeña población formada por unos treinta blancos, todos ellos funcionarios gubernamentales encargados de administrar el territorio.

George desempeña múltiples funciones, como velar por el cumplimiento de las leyes de caza, impedir la caza en vedado y solventar los problemas con los animales peligrosos que atacan a las tribus. Por su trabajo, se ve obligado a recorrer tremendas distancias como parte de los viajes que hemos bautizado como «safaris». Siempre que puedo, lo acompaño en dichos viajes, lo cual me permite disfrutar de la oportunidad única de conocer de primera mano esta tierra virgen donde la vida es dura y la naturaleza se rige por sus propias leyes.

El origen de esta historia se remonta a uno de esos safaris. Un miembro de la tribu de los borana había muerto por el ataque de un león devorador de humanos. Informaron a George de que aquel animal, acompañado por dos

leonas, vivía en unas montañas cercanas, y era su deber dar con su paradero. De ahí que nos halláramos acampados en el norte de Isiolo, entre el pueblo de los borana.

A primera hora de la mañana del 1 de febrero de 1956, me encontraba en el campamento sola con Pati, nuestra mascota, un damán roquero hembra que vivía con nosotros desde hacía seis años y medio. Pati parecía una marmota o una cobaya, por más que, por la estructura ósea de sus patas y su dentadura, los zoólogos insistan en que el damán es pariente de los rinocerontes y los elefantes.

Pati se acurrucaba con su suave pelaje contra mi cuello y, desde su atalaya segura, observaba todo cuanto ocurría a su alrededor. El paisaje circundante era árido, con afloramientos de rocas graníticas y vegetación rala; pero aun así había fauna a la vista, como multitud de gacelas jirafa (también llamadas gerenucs) y otras gacelas, que son animales que se han adaptado a la aridez y apenas beben.

De pronto escuché la vibración de un vehículo, cosa que solo podía indicar que George regresaba mucho antes de lo previsto. Al poco, nuestro Land Rover apareció entre los espinos y se detuvo cerca de las tiendas de campaña. George gritó:

—Joy, ¿dónde estás? Ven, tengo un regalo para ti...

Fui corriendo hacia allí con Pati en el hombro y vi la piel de un león. Antes de tener tiempo de preguntarle cómo había ido la cacería, George me señaló hacia el maletero del coche. Había allí tres cachorros de león, pequeñas bolas peludas con el pelaje moteado que se tapaban la cara para no ver lo que acontecía. De apenas unas semanas de vida, todavía tenían los ojos cubiertos por una telilla azulada. Casi no gateaban, pero aun así intentaron escabullirse a rastras. Eran tres hembras. Me las coloqué en el regazo para tranquilizarlas, mientras George, muy afligido, me narró lo ocurrido. Hacia el amanecer, a él y a otro guarda de caza, Ken, los habían conducido cerca del lugar en el que se decía que vivía el león que comía hombres. Al despuntar el alba, los atacó una leona que surgió de detrás de unas rocas. Aunque su deseo no era abatirla, estaba muy cerca y dar marcha atrás era peligroso, de manera que George le hizo una señal a Ken para que disparara y este apuntó y la hirió. La leona desapareció. Al reemprender el camino, la expedición encontró un reguero de sangre que conducía colina arriba. Con precaución, paso a paso,



ascendieron por la ladera hasta llegar a una inmensa roca plana. George trepó a ella para contar con mejor perspectiva, mientras Ken la rodeaba por abajo. Entonces vio a Ken asomarse bajo la roca, detenerse, apuntar con el rifle y descargar ambos cañones. Se oyó un rugido; la leona apareció y fue directa hacia Ken. George no podía disparar porque tenía a Ken en la línea de tiro, pero, por suerte, había un cazador deportivo en una posición más favorable que disparó su rifle, el animal viró de manera brusca y entonces George la remató. Era una leona grande en la flor de la vida, con las ubres llenas de leche. Fue al constatar tal hecho cuando George entendió por qué estaba tan furiosa y por qué se les había enfrentado con tal coraje. Y entonces se culpó por no haber sabido interpretar que su comportamiento era un indicio de que estaba defendiendo a sus cachorros.

George ordenó buscar a sus crías. En aquel mismo instante, él y Ken escucharon unos ruiditos procedentes de una grieta en la roca. Introdujeron los brazos por la brecha tanto como pudieron. Su maniobra fallida fue recibida por los gruñidos sonoros de las crías. Entonces cortaron una rama larga con forma de gancho y, tras mucho sondear, lograron sacar a las cachorras a rastras; debían de tener apenas dos o tres semanas de vida. Las trasladaron hasta el coche, donde las dos de mayor tamaño se dedicaron a gruñir y resoplar durante todo el trayecto de regreso al campamento. En cambio, la tercera, la más pequeña, no opuso resistencia y parecía bastante despreocupada. En aquel momento, yo las tenía a las tres en el regazo y no podía dejar de acariciarlas.

Para mi sorpresa, Pati, que por lo general sentía muchos celos de cualquier rival, enseguida se acurrucó entre ellas. Era evidente que las consideraba una compañía agradable. A partir de aquel día, las cuatro se hicieron inseparables. Durante aquellos primeros tiempos, Pati era la más grande de tamaño y, por el hecho de tener seis años, presentaba un aspecto solemne en comparación con aquellas torpes bolas aterciopeladas que no eran capaces de caminar sin perder el equilibrio.

Las cachorras tardaron dos días en aceptar la primera leche. Hasta entonces, ante todas nuestras tretas para hacerles tragar leche Ideal diluida y sin edulcorar lo único que habían hecho era erguir el hocico y protestar, «engué, engué, engué», tal como nosotros mismos hacemos de bebés, antes de aprender modales y de que nos enseñen a decir: «No, gracias».

Una vez aceptaron la leche, parecían no hartarse nunca, y cada dos horas tenía que calentar más y limpiar el tubo de goma flexible que habíamos extraído de la radio para usarlo de tetina hasta que consiguiéramos un biberón de verdad. Habíamos enviado a comprar en el mercado africano más cercano, situado a unos ochenta kilómetros de distancia, no solo la tetina, sino también aceite de hígado de bacalao, glucosa y varias cajas de leche sin edulcorar. En paralelo, habíamos dado la voz de alerta al jefe de policía de Isiolo, a unos doscientos cuarenta kilómetros de distancia, a quien habíamos anunciado la llegada en unos quince días de tres «bebés de la realeza» y le habíamos solicitado que preparara una cómoda casa de madera.

Al cabo de pocos días, las cachorras se habían acomodado en casa y se habían convertido en nuestras mascotas. Pati, que había asumido el papel de niñera diligente, se encargaba de ellas; las cuidaba con devoción y no parecían importarle los empujones y pisotones de aquellas tres abusonas que crecían a marchas forzadas. Incluso a esa edad tan temprana, cada una de ellas mostraba una personalidad definida. La mayor, a quien llamamos Grande, ocupaba una posición de superioridad benévola y se mostraba generosa con sus hermanas. La mediana era una payasa, siempre reía y golpeaba el biberón de leche con las dos zarpas delanteras mientras bebía con los ojos cerrados, encantada; la llamé Lustica, que significa «graciosa». La tercera era la más endeble y pequeña, pero también la más valerosa; era la pionera en las exploraciones y a la que las otras dos enviaban a inspeccionar el terreno cuando algo se les antojaba sospechoso. La bauticé con el nombre de Elsa, porque me recordaba a una vieja conocida que se llamaba así.

En circunstancias normales, probablemente Elsa habría sido expulsada de la manada.<sup>1</sup> Por lo general, una camada se compone de cuatro cachorros, de los cuales uno suele fallecer al poco de nacer y otro acostumbra a ser demasiado débil para criarlo. De ahí que lo habitual sea ver a las leonas solo con dos cachorros. La madre cuida de los pequeños hasta los dos años. Durante el primer año les proporciona la comida, que regurgita para que les resulte digerible. Durante el segundo año, a los cachorros se les permite participar en las cacerías y se los reprende con severidad si no saben controlarse. Puesto que aún no son capaces de matar por sí mismos, se alimentan de los restos de la caza que dejan los leones adultos de la manada. A menudo, no es mucho lo que les queda, motivo por el cual en esta etapa

suelen tener un aspecto flacucho y desaliñado. En ocasiones no soportan el hambre y rompen la fila de los adultos que se están dando un atracón, atrevimiento que puede acarrearles la muerte, o bien abandonan la manada en grupos reducidos y, como todavía no saben matar, pueden verse envueltos en problemas. La ley de la naturaleza es despiadada y un león lo aprende a las duras desde buen principio.

El cuarteto que formaban Pati y las tres cachorras se pasaba gran parte del día en una tienda improvisada bajo mi tienda de campaña; era evidente que lo consideraban un lugar seguro, además de lo más parecido que podían encontrar a su criadero natural. Las domesticamos y se esforzaban por utilizar siempre el arenero que había fuera de casa. Durante los primeros días se produjeron algunos accidentes, pero, después de aquello, en las escasas ocasiones en las que un charquito deshonraba su hogar, maullaban y hacían cómicas muecas de repugnancia. Eran unos animales pulcrísimos, y si desprendían algún olor, era una agradable fragancia a miel... ¿O sería acaso a aceite de hígado de bacalao? Tenían ya la lengua como el papel de lija; a medida que crecían fuimos notando su aspereza cuando nos lamían, incluso a través de nuestras ropas de safari.

A nuestro regreso a Isiolo, dos semanas después, un palacio aguardaba a nuestras majestuosas cachorras. Todo el mundo acudió a verlas. Las recibieron como a reinas. A las leonas les encantaban los europeos, sobre todo los niños pequeños, y en cambio demostraban una aversión acentuada hacia los africanos, con la única excepción de un joven somalí llamado Nuru. Nuru era nuestro jardinero, pero lo designamos guardián y cuidador en jefe de las leonas. El cambio de empleo le agradó, pues conllevaba un aumento de posición social; sin embargo, también significaba que, cuando las cachorras se cansaban de retozar por la casa o los alrededores y preferían dormir bajo un arbusto a la sombra, él debía permanecer sentado cerca de ellas durante largas horas, pendiente de que ninguna serpiente o babuino las atacara.

Durante doce semanas las mantuvimos a base de una dieta de leche sin edulcorar mezclada con aceite de hígado de bacalao, glucosa, harina de huesos y un poco de sal. No tardaron en dejarnos claro que solo necesitaban alimentarse tres veces al día, y los intervalos fueron espaciándose cada vez más.

Para entonces ya abrían los ojos del todo, pero aún no eran capaces de

determinar distancias y a menudo erraban en el blanco. Para ayudarlas a superar tal obstáculo, les facilitamos pelotas de caucho y cámaras de neumático viejas con las que entretenerse, que demostraron ser ideales para jugar al tira y afloja. De hecho, cualquier cosa hecha de caucho o de un material blando y flexible las fascinaba. Jugaban a quitarse la cámara neumática unas a otras: la atacante se acercaba rodando a la cachorra que la tenía y se dejaba caer con todo su peso entre el extremo de la cámara y su propietaria. Si no conseguía arrebatársela así, cada una de las rivales estiraba con todas sus fuerzas de una punta. Y luego la vencedora desfilaba con el trofeo frente a las otras y provocaba un nuevo ataque. Si sus hermanas ignoraban su invitación, depositaba la cámara delante de sus hocicos y fingía no ser consciente de que podían robársela.

La sorpresa era el elemento más importante en todos sus juegos. Se acechaban entre sí (y a nosotros) desde la más tierna infancia y sabían hacerlo de manera instintiva.

Siempre atacaban por la espalda; se mantenían a cubierto, agazapadas, y avanzaban despacio hacia la víctima desprevenida antes del veloz ataque final, que se saldaba con la atacante aterrizando con todo su peso sobre la espalda de la presa y derribándola en el suelo. Cuando el objeto de tales ataques éramos nosotros, fingíamos no ser conscientes de lo que estaba ocurriendo; para complacerlas, nos agachábamos y mirábamos hacia otro lado hasta que la arremetida final tenía lugar. Disfrutaban de lo lindo.

Pati siempre estaba dispuesta a participar en sus juegos, si bien, dado que al poco tiempo las leonas la triplicaban ya en tamaño, se apresuraba a quitarse de en medio durante sus zurras para evitar quedar aplastada bajo su peso. En todas las demás circunstancias mantenía su autoridad gracias a su carácter: si las cachorras se mostraban muy agresivas, las mantenía a raya enfrentándose a ellas. Yo admiraba su fuerza de voluntad, ya que, siendo tan pequeña, se necesitaba mucho valor para convencerlas de que no tenía miedo, sobre todo cuando sus únicas defensas eran sus dientes afilados, sus rápidas reacciones, su inteligencia y sus agallas.

La habíamos adoptado de recién nacida y se había adaptado por completo a nuestra vida. A diferencia de su pariente cercano, el damán arborícola, no era un animal nocturno y de noche dormía enroscada a mi cuello como una estola de piel. Era vegetariana, pero le gustaba el alcohol, en especial los

licores más fuertes; cuando se presentaba la oportunidad, sacaba la botella, la descorchaba y daba unos tragos. Dado que tal comportamiento resultaba nefasto para su salud, y no digamos para su ánimo, éramos precavidos y evitábamos por todos los medios que se diera algún capricho de güisqui o ginebra.

Tenía también unos hábitos excretorios peculiares. Los damanes roqueros defecan siempre en el mismo sitio, preferiblemente en el borde de una roca; pues bien, en casa, Pati se encaramaba siempre al borde del inodoro, ofreciendo desde allí una imagen muy cómica. Cuando salíamos de safari no contaba con tales refinamientos y parecía confusa, tanto que al final tuvimos que improvisar un pequeño retrete para ella.

Nunca le encontré un piojo ni una garrapata entre el pelaje, de ahí que al principio me desconcertara su hábito de andar siempre rascándose. Tenía las patitas acolchadas y las uñas de los pies redondas, como las de un rinoceronte en miniatura, cuatro dedos en las patas delanteras y tres en las traseras. El dedo interior de las patas posteriores tenía una garra que se conoce como garra-peine. La utilizaba para mantener su pelo liso y brillante. El cuidado de su piel explicaba que se rascase de continuo.

Pati no tenía una cola visible, pero sí una glándula que le recorría el lomo de arriba abajo como una mancha blanca en medio de su pelaje gris moteado. Dicha glándula segregaba una sustancia que hacía que el cabello que la rodeaba se erizara cuando Pati se excitaba, ya fuera por placer o al alertarse. Conforme las cachorras fueron creciendo, su pelo permanecía erizado con mucha frecuencia, por el temor que le provocaban sus travesuras, juguetonas pero brutas. De hecho, de no haber sido rápida buscando refugio en un alféizar, una escalera de mano o cualquier otro objeto de altura, a menudo habría corrido el peligro de que la confundieran con una pelota de caucho. Hasta la llegada de las cachorras, Pati siempre había sido nuestra mascota preferida. Por eso me conmovió sobremanera que quisiera tanto a aquellas bribonas incluso cuando le arrebataban la atención de nuestras visitas.

Cuando las leonas cobraron conciencia de su propia fuerza, empezaron a ponerla a prueba con todo lo que encontraban. Por ejemplo, si el suelo estaba protegido con una lona impermeable, por grande que fuera, tenían que arrastrarla de un lado para otro, y lo hacían al modo felino: colocándosela debajo del cuerpo y tirando de ella apretándola entre las patas delanteras, tal

como más adelante en la vida arrastrarían a sus presas. También les gustaba jugar al «rey del castillo». Una de las cachorras saltaba sobre un saco de patatas y mantenía a su atacante a raya hasta que una de sus hermanas se le acercaba por detrás sigilosamente y la destronaba. Por lo general, quien solía ganar era Elsa, que, al ver a las otras dos enzarzadas en combate, aprovechaba la oportunidad para proclamarse vencedora.

Teníamos unos cuantos plataneros con los que a las leonas también les encantaba jugar: al poco, sus exuberantes hojas colgaban con los bordes hechos jirones. Trepar a los árboles era otro de sus juegos favoritos. Las cachorras eran unas acróbatas natas, pero a menudo se aventuraban a subir tan alto que no sabían cómo bajar y nos veíamos obligados a rescatarlas.

Al amanecer, cuando Nuru les abría la jaula, salían disparadas por la puerta con toda la energía reprimida durante toda la noche, en una escena que bien podía compararse con el inicio de una carrera de galgos. En una de aquellas ocasiones detectaron una tienda de campaña en la que se alojaban dos hombres que habían acudido a visitarnos. Al cabo de cinco minutos, la tienda estaba destrozada. Nos despertaron los gritos de nuestros invitados, que intentaban en vano rescatar sus pertenencias mientras las cachorras, presas de su emoción salvaje, se zambullían entre los restos del naufragio y reaparecían con trofeos variados, como unas pantuflas, un pijama o pedazos de mosquitera. Aquella vez tuvimos que disciplinarlas con una pequeña vara.

Ponerlas a dormir no era fácil. Basta imaginar a tres pequeñas muy traviesas que, como todos los niños, odian la hora de irse a la cama, y que, además, son capaces de correr el doble de rápido que quienes están a su cargo, con la ventaja añadida de ver en la oscuridad.

Con frecuencia nos veíamos obligados a recurrir a subterfugios. Un truco muy práctico consistía en atar una bolsa vieja a un trozo de cuerda y arrastrarla poco a poco hasta el interior de la jaula: rara vez se resistían a perseguirla para intentar cazarla.

Los juegos al aire libre estaban muy bien, pero a las cachorras también les gustaban los libros y los cojines. De ahí que, para salvar nuestra biblioteca y otras pertenencias, al final nos viéramos obligados a prohibirles entrar en casa. A tal efecto construimos una puerta con estructura de madera y malla de alambre resistente que llegaba hasta la altura de los hombros y la colocamos cerrando el acceso al porche. A las leonas las entristeció mucho y, para

compensarlas por el terreno de juegos perdido, colgamos un neumático de un árbol, que usaron tanto para columpiarse alegremente como para mascarlos. Otro juguete que les facilitamos fue un barril de madera para la miel vacío que retumbaba sonoramente al empujarlo. Ahora bien, su juguete preferido era la bolsa de arpillera. La llenamos con cámaras de aire de neumáticos viejos y la atamos a una rama, de la cual colgaba de forma seductora. Tenía una segunda cuerda atada y, cuando las cachorras se colgaban de la bolsa, tirábamos de ella y las columpiábamos en el aire. Cuanto más reíamos nosotros, más disfrutaban ellas del juego.

No obstante, ninguno de aquellos juguetes las hizo olvidar que existía una barrera permanente delante del porche y a menudo se acercaban y frotaban sus blandos hocicos contra el alambre.

Un día, al atardecer, vinieron unos amigos a tomar una copa. Intrigadas por los sonidos de regocijo del interior de la casa, las leonas no tardaron en aparecer, si bien se comportaron de manera disciplinada y, en lugar de frotar los hocicos contra la malla, se mantuvieron a un paso de distancia. Su conducta ejemplar me hizo recelar y decidí acudir a ver qué pasaba. Horrorizada, vi una gran cobra roja erguida entre las cachorras y la puerta. Ni la presencia de las tres leonas a un lado ni la nuestra al otro amedrentó a la serpiente, que culebreó con determinación por las escaleras del porche y para cuando agarramos la escopeta ya había desaparecido.

Ni las barricadas, ni las cobras ni las prohibiciones consiguieron que Lustica cesara en sus intentos de entrar en casa; lo intentaba una y otra vez por todas las puertas. Apoyarse en una maneta para accionarla no le costó demasiado, e incluso aprendió a girar un pomo. Tuvimos que instalar cerrojos en toda la casa para que se diera por vencida, y, aun así, una vez la sorprendí intentando descorrer uno con los dientes. Frustrada, se vengó de nosotros la vez que despedazó la colada que había en el tendedero y salió galopando con ella entre los dientes hacia los matorrales.

A los tres meses de edad, las leonas tenían ya una dentadura lo bastante fuerte como para comer carne. Empecé dándoles carne picada, lo más parecido a la comida regurgitada que les habría proporcionado su madre. Durante varios días se negaron a tocarla y pusieron muecas de repugnancia. Pero entonces Lustica se aventuró a probarla y la encontró de su agrado. Envalentonadas por su hermana, las otras cachorras también la probaron y al

poco había peleas por comer. En ellas, la pobre Elsa, que seguía siendo más enclenque que las otras, tenía pocas posibilidades de comerse una ración justa, así que yo le guardaba los mejores trozos y se los daba en mi regazo. Le encantaba comer así: giraba la cabeza de lado a lado y cerraba los ojos con expresión de absoluta felicidad. Me relamía los pulgares y me masajeara los muslos con las patas delanteras, como si estuviera refregando la barriga de su madre para conseguir más leche. Y fue en aquellos momentos cuando se estableció el vínculo de cariño entre ambas. Combinando el juego con la alimentación, pasaba los días alegremente con aquellas tres criaturas encantadoras.

Eran holgazanas por naturaleza y, una vez estaban cómodas, se requería mucha persuasión para conseguir que se movieran. Ni siquiera el tuétano más apetecible merecía el esfuerzo de ponerse en pie: eran capaces de rodar para hacerse con él de la manera más sencilla posible. Con todo, lo que más les gustaba era que yo les sostuviera el hueso mientras ellas, tumbadas boca arriba y con las zarpas en el aire, lo succionaban.

Cuando las leonas se aventuraban a salir al monte solían vivir aventuras. Una mañana las seguí, porque les había suministrado unos polvos antiparasitarios y quería comprobar los resultados. Las vi a escasa distancia, dormidas. De repente divisé una columna de hormigas soldado negras acercándose a ellas. De hecho, algunas ya les estaban trepando al cuerpo. Consciente de los fieros ataques que estos insectos perpetran sobre lo que sea que se interpone en su camino y de lo potentes que son sus mandíbulas, estaba a punto de despertar a las cachorras cuando las hormigas cambiaron súbitamente de dirección.

Al poco se aproximaron cinco burros y las leonas se despertaron. Era la primera vez que veían animales tan grandes, pero ello no impidió que exhibieran el característico coraje de los leones y lanzaran un ataque simultáneo. Aquel episodio las puso de tan buen humor que, cuando unos días después, nuestra manada de cuarenta burros y mulas se acercó a la casa, las tres valientes provocaron una huida en estampida.

Con cinco meses de edad, estaban en una forma espléndida y se hacían más fuertes cada día que pasaba. Vivían en una libertad relativa, salvo por la noche, cuando dormían en un recinto de piedra y arena conectado con su refugio de madera. Se trataba de una precaución necesaria, puesto que



alrededor de nuestro hogar solían merodear leones salvajes, hienas, chacales y elefantes, y cualquiera de ellos podría haberlas matado.

Cuanto más las conocíamos, más las queríamos, y, viéndolas crecer con tanta rapidez, cada vez nos costaba más aceptar que no podríamos quedarnos con ellas para siempre. Con pesar, decidimos que teníamos que desprendernos de dos de ellas y que lo mejor sería que fueran las dos más grandes, que siempre iban juntas y dependían menos de nosotros que Elsa. Nuestros criados africanos estuvieron de acuerdo; les preguntamos su opinión y eligieron por unanimidad quedarse con la más pequeña. Quizá pensaran en el futuro y se dijeran: «Si en la casa tiene que vivir un león, mejor que sea el más pequeño».

Por lo que a Elsa concierne, estábamos convencidos de que si solo nos tenía a nosotros como amigos sería fácil adiestrarla, no únicamente para vivir en Isiolo, sino también para llevárnosla como compañera de viaje en los safaris.

Escogimos el Zoo de Róterdam-Blydorp como hogar para Lustica y Grande e hicimos todos los preparativos para su viaje en avión. Puesto que despegarían desde el campo de aviación de Nairobi, situado a casi trescientos kilómetros de distancia, decidimos acostumbrarlas al trayecto por carretera. Así, cada día las sacábamos a dar un breve paseo en mi camioneta de tonelada y media, cuya caja estaba cerrada por una estructura de alambre. Además, empezamos a alimentarlas durante los trayectos, para que se acostumbraran y consideraran aquella jaula uno de sus parques de juegos.

El último día forramos la caja de la camioneta con sacos de arena blandos.

Cuando nos marchamos, Elsa recorrió una corta distancia por el camino detrás de nosotros y luego se quedó parada, con ojos tristes, mientras contemplaba el vehículo en el que sus dos hermanas desaparecían. Yo viajé en la parte posterior con las cachorras. Llevaba conmigo un kit de primeros auxilios, porque había previsto salir de aquel viaje con algunos arañazos. Sin embargo, mis precauciones médicas me dejaron en evidencia, ya que, tras una hora de nerviosismo, las cachorras se tumbaron sobre los sacos a mi lado, abrazadas a mí con sus patas. Así viajamos durante once horas, retrasados por dos reventones. Las leonas no podrían haberse mostrado más confiadas. Cuando llegamos a Nairobi me miraron con sus grandes ojos, desconcertadas, pues no entendían qué eran todos aquellos sonidos y olores desconocidos. Y un avión se las llevó para siempre de su tierra natal.

Al cabo de unos días recibimos un telegrama en el que nos informaban de que las cachorras habían llegado bien a Holanda. Cuando las visitamos, unos tres años después, me aceptaron como una persona amiga y me permitieron acariciarlas, pero no me reconocieron. Viven en unas condiciones espléndidas y, en general, me alegró saber que no recordaban haber vivido con más libertad.

## 02

### ELSA CONOCE A OTROS ANIMALES SALVAJES

George me explicó que, durante mi ausencia en Nairobi, Elsa había estado muy triste y no se había despegado de él ni un momento; lo seguía a todas partes, se sentaba bajo la mesa de su despacho mientras él trabajaba y, de noche, dormía en su cama. Cada tarde la sacaba a pasear, pero, el día de mi regreso, Elsa se negó a acompañarlo y se sentó a esperarme en medio del camino. No hubo manera de moverla de allí. ¿Es posible que supiera que regresaba a casa? Y, en tal caso, ¿a qué instinto animal podía atribuirse tal presciencia? Una conducta de este tipo resulta difícil de explicar, si no imposible.

Cuando regresé sola, me recibió llena de júbilo, pero partía el alma verla buscar a sus hermanas por todas partes. Durante muchos días se quedó mirando largamente la espesura y las llamó. Nos seguía a todas partes, sin duda por miedo a que la abandonáramos también a ella. Para tranquilizarla, la dejamos entrar en casa y dormir en nuestra cama, y a menudo nos despertó lamiéndonos la cara con su áspera lengua.

En cuanto pudimos hacer los arreglos necesarios, la llevamos de safari para acabar con aquel ambiente de espera y aflicción y, por suerte, entendió a las mil maravillas lo que significa un safari y lo disfrutó tanto como nosotros.

Mi camioneta, cargada con equipaje blando, las esterillas y los sacos de dormir enrollados, era ideal para viajar con ella, ya que, desde un asiento cómodo, podía observar lo que sucedía.

Acampamos junto al río Uaso Nyiro, cuyas márgenes están bordeadas por palmeras dum y acacias arbustivas. Durante la estación seca, las aguas poco

profundas descienden con lentitud hacia el pantano de Lorain, en un trayecto puntuado por algunos rápidos y multitud de remansos profundos llenos de peces.

Cerca de nuestro campamento había riscos pedregosos; Elsa exploró sus hendiduras, olisqueó entre las rocas y, por lo general, acabó acomodándose sobre alguna piedra desde la cual podía inspeccionar el monte circundante. Al atardecer, el sol teñía el paisaje con un resplandor de colores cálidos que hacía que Elsa se fusionara con la piedra rojiza, como si formara parte de ella.

Era la parte más encantadora del día: todo se aquietaba tras el intenso calor, las sombras se alargaban y se tornaban de un violeta oscuro hasta que, al ocultarse tras el horizonte, el sol se llevaba consigo todos los detalles. El último canto de los pájaros se extinguía poco a poco, el silencio se apoderaba del mundo y todo permanecía en suspenso, esperando a la oscuridad y, con ella, el despertar del bosque. Y, entonces, la interminable llamada de las hienas daba la señal y empezaba la cacería.

Recuerdo una noche en concreto en la que amarré a Elsa a un árbol delante de las tiendas de campaña y ella empezó a mascar su cena mientras yo permanecía sentada en la oscuridad, a la escucha.

Pati saltó sobre mi regazo, se acomodó en él y empezó a rechinar los dientes, un hábito que indicaba que estaba contenta. Una cigarra cantaba cerca del río, en cuyas aguas ondulantes se reflejaba la luna creciente. En la serena oscuridad del cielo, las estrellas centelleaban (y en la Frontera Septentrional a mí siempre se me antojaban el doble de grandes que en cualquier otro sitio). Fue entonces cuando escuché un sonido vibrante grave, como el de un avión que volara en la distancia, un ruido que indicaba que los elefantes se dirigían hacia el río. Por suerte, el viento soplaba a nuestro favor y el retumbo cesó al poco rato.

De repente se oyeron los rugidos inconfundibles de un león. Al principio sonaban en la lejanía, pero luego fueron volviéndose cada vez más y más estridentes. ¿Qué pensaría Elsa de todo aquello? A decir verdad, parecía absolutamente ajena a la aproximación de un ejemplar de su propia especie. Continuó desgarrando la cena, royendo pedazos de carne con las muelas. Luego se tumbó boca arriba, con las cuatro patas en el aire, y se quedó dormida mientras yo permanecía sentada escuchando las risas de las hienas, los aullidos de los chacales y el magnífico coro de los leones.

Estábamos en la estación calurosa y Elsa se pasaba gran parte del día en el agua; luego, cuando el sol la incomodaba, descansaba entre los juncos y, de vez en cuando, se dejaba caer rodando en el agua, donde aterrizaba con un gran chapoteo. Sabíamos que en el río Uaso Nyiro había cocodrilos, y nos preocupaba, pero no se le acercó ninguno.

Elsa era una criatura muy traviesa: para jugar, nos salpicaba cuando nos pillaba desprevenidos o salía del agua de un salto y se abalanzaba sobre nosotros, toda mojada, y de repente nos sorprendíamos rodando por la arena, con las cámaras, los prismáticos y los rifles aplastados contra el suelo bajo el peso de su cuerpo empapado. Daba a sus zarpas múltiples usos. Las utilizaba para acariciar con delicadeza, si bien también podía dar un juguetón golpe certero a toda velocidad, y dominaba una llave de jiu-jitsu infalible con la que conseguía que acabáramos tumbados boca arriba. Por más que nos preparáramos para defendernos, al final siempre conseguía girarnos los tobillos con las garras y derribarnos.

Elsa era muy meticulosa con sus zarpas; determinados árboles con la corteza áspera le permitían afilárselas, así que los arañaba, dejando profundas marcas en los troncos, hasta quedar satisfecha con el resultado de la operación.<sup>2</sup>

No le asustaba el sonido de los rifles y acabó por entender que un «bang» indicaba un pájaro muerto. Le encantaba ir en busca de la caza, sobre todo cuando se trataba de gallinas de Guinea, cuyas plumas mascaba pero nunca ingería, y rara vez se comía la carne. La primera ave siempre era para ella; la transportaba orgullosa en la boca hasta que le resultaba incómodo, momento en que la depositaba a mis pies y alzaba la vista hacia mí, como preguntándome: «¿Puedes llevármela tú?», después de lo cual trotaba con alegría a mi lado, siempre que yo dejara la pieza colgando delante de su hocico.

Cuando encontraba estiércol de elefante no dudaba en revolcarse en él. De hecho, parecía considerarlo unas sales de baño ideales. Abrazaba las grandes boñigas y se frotaba el pelaje con ellas para quedar bien impregnada de su fragancia. A decir verdad, las bostas de los rinocerontes también le resultaban atractivas. De hecho, le gustaban los excrementos de la mayoría de los animales herbívoros, pero sus preferidos eran los de los elefantes. A menudo nos preguntábamos a qué se debería tal comportamiento: ¿respondería acaso a

un instinto de camuflar su propio olor de los animales que, en un estado natural, mataría y se comería? El hábito, común entre los perros y los gatos domesticados, de revolcarse en los excrementos es sin duda una forma degenerada de ese mismo instinto. Nunca la vimos retozar en las heces de animales carnívoros.

Elsa siempre defecaba a varios metros de distancia de los senderos por los que solíamos caminar.

Una tarde echó a correr entre la maleza, atraída por el ruido de los elefantes. Al poco escuchamos sonoros barritos y bramidos, y también el cacareo de gallinas de Guinea. Emocionados, esperamos a comprobar cómo se desarrollaba el encuentro. Al cabo de un rato, los sonidos de los elefantes cesaron, pero, para compensarlos, el cacareo de alarma de las gallinas subió de tono. Y luego, ante nuestro asombro, Elsa apareció entre la espesura seguida de cerca por una bandada de pintadas vulturinas que parecían decididas a ahuyentarla, ya que, cada vez que Elsa intentaba sentarse, gorjeaban y graznaban hasta obligarla a reemprender la marcha. Las osadas aves solo la dejaron en paz cuando se percataron de nuestra presencia.

Durante uno de nuestros paseos, Elsa se quedó de pronto paralizada delante de una mata de sansevieria, luego dio un brinco y retrocedió a toda prisa mientras nos miraba como preguntándonos: «¿Por qué no hacéis vosotros lo mismo?». Justo entonces vimos una gran serpiente entre las afiladas hojas de la planta. Estaba perfectamente camuflada en medio de aquellas espadas vegetales y agradecemos a Elsa la advertencia.

Cuando regresamos a Isiolo, las lluvias habían dado comienzo. El paisaje estaba cubierto de riachuelos y charcos, cosa que proporcionaba diversión a Elsa, que chapoteaba en todos y cada uno de ellos y, llena de vigor, procedía a saltar y abalanzarse sobre nosotros para cubrirnos de lo que a todas luces consideraba un barro divino. Pero la broma no tenía gracia. Tuvimos que hacerle entender que había crecido y pesaba demasiado para saltar sobre nosotros con tal alegría. Le explicamos la situación mediante el uso prudente de una pequeña vara. La entendió enseguida y, a partir de entonces, rara vez tuvimos que emplearla, si bien siempre la llevábamos encima a modo de recordatorio. Para entonces, Elsa entendía ya también el significado de la palabra «no» y obedecía incluso cuando la tentaba un antílope.

Resultaba conmovedor verla debatirse entre seguir su instinto cazador o

cumplir con su deseo de complacernos. Cualquier cosa que se moviera le resultaba tan excitante como a la mayoría de los perros, algo que invitaba a la persecución, por más que Elsa todavía no había desarrollado plenamente el instinto asesino. Por supuesto, habíamos tenido la precaución de mostrarle vivas las cabras de las que se alimentaba. Y tenía infinidad de oportunidades de ver animales salvajes, pero, como por lo general estábamos con ella cuando esto ocurría, solía perseguirlos por mera diversión y siempre regresaba junto a nosotros al cabo de un rato, restregaba su cabeza contra nuestras rodillas y nos explicaba con suaves maullidos su juego.

Alrededor de nuestra casa había fauna de todo tipo. Desde hacía muchos años teníamos por vecinos a una manada de antílopes acuáticos e impalas y a unas sesenta jirafas reticuladas. Elsa se reencontraba con ellos en cada paseo y habían acabado por conocerse bien, tanto que incluso le permitían acecharlos a unos cuantos metros de distancia antes de apartarse con toda tranquilidad. Una familia de zorros orejudos se había acostumbrado tanto a ella que podíamos acercarnos a pocos pasos de las madrigueras de estos tímidos animales mientras sus cachorros se revolcaban en la arena delante de la entrada, protegidos por sus padres.

Elsa también se entretenía mucho con las mangostas. Estos animalillos, de un tamaño parecido al de una comadreja, viven en termiteros abandonados, que, al haber sido contruidos con una tierra dura como el cemento, constituyen fortalezas ideales. De hasta dos metros y medio de altura y dotados de multitud de conductos de aire, también proporcionan refugios frescos durante las horas más calurosas del día. A media tarde, las cómicas mangostas dejan su fuerte y salen a alimentarse de larvas e insectos hasta el anochecer, momento en el que regresan a casa. Esa era la hora en la que, durante nuestros paseos, tropezábamos con ellas. Elsa se sentaba y permanecía perfectamente inmóvil delante del termitero, asediándolas, y al parecer le divertía mucho ver a aquellas pequeñas payasas asomar la cabeza por los conductos de ventilación, emitir agudos silbidos de alarma y desaparecer cual sombras.

A diferencia de las mangostas, a las que disfrutaba atormentando, los babuinos la enervaban. Vivían en un refugio a salvo de los leopardos, sobre un escarpado risco cerca de nuestra casa. Allí pernoctaban de manera segura, aferrados a alguna depresión en la roca, por mínima que fuera. Antes de la puesta de sol se retiraban a aquel refugio y el risco parecía quedar cubierto de

manchas negras. Desde aquella posición segura, aullaban y chillaban a Elsa, que no podía tomar represalias.

La primera vez que la cachorra vio a un elefante fue un momento emocionante, si bien estuvo envuelto de un cierto nerviosismo, ya que la pobre Elsa no tenía una madre que la advirtiera de que estos animales consideran a los leones los únicos enemigos de sus crías y, en consecuencia, a veces los matan. Un día, Nuru, que la había sacado a dar el paseo matutino, regresó a informarnos, entre jadeos, de que Elsa «estaba jugando con un elefante». Sacamos nuestros rifles y nos guio hasta el lugar. Vimos a un gran elefante viejo con la cabeza enterrada en un arbusto, disfrutando de su desayuno. De repente, Elsa, que se le había acercado con sigilo por detrás, le dio un golpecito juguetón en una de las patas traseras. Tal impertinencia fue recibida con un barrido de sorpresa y de dignidad herida. Tras ello, el elefante se apartó del matorral y cargó contra Elsa. Ella se apartó con un diestro salto y, sin dejarse intimidar, empezó a acosarlo. La escena era muy divertida, aunque también alarmante, y lo único que esperábamos era no tener que usar los rifles. Por suerte, al cabo del rato, ambos se aburrieron del juego, el viejo elefante volvió a su comida y Elsa se tumbó cerca de él y se echó a dormir.

Durante los meses que siguieron, la cachorra aprovechó cualquier oportunidad que se le presentó de hostigar a los elefantes, lo cual ocurría a menudo, puesto que la temporada de los elefantes estaba empezando. En esta época del año se producía una invasión de la zona por parte de manadas de varios centenares de ejemplares. Aquellas grandes bestias parecían estar perfectamente familiarizadas con la geografía de Isiolo y siempre se dirigían a los lugares donde crecían el mejor maíz y las mejores coles de Bruselas. Aparte de esto, y a pesar de una densa población africana y del tráfico rodado, se comportaban a las mil maravillas y apenas ocasionaban problemas. Dado que nuestro hogar, que se encuentra a cinco kilómetros de distancia de Isiolo, está rodeado por las mejores zonas para alimentarse, muchos de estos invasores acuden a visitarnos y un viejo campo de tiro situado delante de la casa se ha convertido en su terreno de juegos predilecto. De ahí que durante esta temporada tengamos que ser muy cuidadosos en nuestros paseos, pues siempre nos encontramos con grupitos de elefantes. Y ahora, al tener que proteger a Elsa además de nuestras propias vidas, debíamos mantenernos aún más alerta.



Un mediodía, desde la ventana del comedor, divisamos cómo Nuru y Elsa eran perseguidos por un gran grupo de elefantes. Intentamos desviar la atención de la leona, pero ya se había encarado a ellos y parecía decidida a plantarles cara. Entonces, sin más preámbulo, se sentó y observó cómo los paquidermos daban media vuelta y se alejaban en fila india por el campo de tiro. Como si protagonizaran un desfile de alto copete, uno a uno fueron emergiendo de entre los matorrales en los que Elsa estaba agazapada, protegida por su olor. Elsa esperó hasta que el último de la veintena de elefantes hubiera cruzado el campo y entonces, con paso lento, se dispuso a seguirlos con la cabeza alineada con los hombros y la cola estirada. De repente, el gran elefante macho que cerraba la retaguardia se volvió hacia Ella y, sacudiendo la cabeza, emitió un altisonante barrito con su trompa. Su grito de guerra no intimidó a la leona, que continuó avanzando con determinación, al igual que el paquidermo. Salimos tras ellos y, siguiéndolos con precaución, vislumbramos a Elsa mezclándose con los elefantes en la maleza. No se oyeron barritos ni crujidos de ramas rotas, lo cual hubiera denotado que había algún problema. Pero aun así permanecemos a la espera, impacientes, hasta que al final la cachorra reapareció con aspecto de estar bastante aburrida.

Ahora bien, no todos los elefantes con los que se encontró Elsa se mostraron tan amistosos como aquellos. En otra ocasión, Elsa provocó una estampida colosal. Lo primero que escuchamos fue un tremendo estruendo en el campo de tiro, y, cuando llegamos allí, vimos una manada de elefantes descendiendo por la ladera, perseguidos de cerca por la leona. Al final, un solo elefante macho atacó a Elsa, pero ella era demasiado rápida para él y acabó rindiéndose para reunirse a continuación con sus compañeros.

Las jirafas también la entretenían mucho. Una tarde, durante uno de nuestros paseos, se atrevió con cincuenta de ellas. Contoneando el cuerpo a ras del suelo y temblando de emoción, las acechó avanzando paso a paso. Las jirafas parecieron no inmutarse ante su presencia; se limitaron a permanecer quietas y a observarla como si nada. Elsa las miraba y luego nos miraba a nosotros, como si quisiera decirnos: «¿Por qué os quedáis ahí como pasmarotes? ¿Es que no veis que las estáis alertando de que ando al acecho?». Al final se enfadó de verdad, se abalanzó sobre mí corriendo a toda velocidad y me derribó en el suelo.

Hacia el atardecer nos encontramos de pronto en medio de una manada de

elefantes. La luz se desvanecía con rapidez y vislumbrábamos sombras de elefantes en todas direcciones.

Siempre me ha parecido un milagro que estos animales colosales sean capaces de moverse sin hacer ruido por el monte y rodearte sin advertencia previa. En aquella ocasión, era evidente que nos habían acorralado. Allá donde mirásemos en busca de una rendija a través de la cual escapar había un elefante obstaculizando el paso. Intentamos retener la atención de Elsa, pues no era momento de empezar uno de sus juegucitos con aquellos gigantes, pero al cabo de poco los divisó, salió como una flecha hacia ellos y quedó fuera de nuestro control. Escuchamos barritos y aullidos agudos y penetrantes. Yo estaba al borde del ataque de nervios, porque, por más cautela que pusiéramos para intentar avanzar entre la oscura espesura, siempre encontrábamos un elefante cerrándonos el paso. Al final logramos abrirnos camino y llegar a casa, aunque sin Elsa, claro está. Ella regresó mucho después; parecía haberse divertido de lo lindo y no entender por qué yo estaba hecha un manojito de nervios.

Un seto de euforbia bordea el camino de acceso a nuestra casa y ningún animal normal se atreve a atravesarlo, porque contiene un látex cáustico. Si una sola gota de esa sustancia toca el ojo, quema la membrana con gran dolor y la inflama durante muchos días. De ahí que todos los animales eviten esta planta, salvo los elefantes, a quienes les encanta comerse sus jugosas ramitas y, tras la cena de una sola noche, dejan enormes huecos en el seto.

En una ocasión me encontraba dando de comer a Elsa en su recinto y escuché el retumbo inconfundible de los elefantes tras el seto que bordea la caseta de madera. Como no podía ser de otra manera, cuando me asomé a mirar divisé a cinco mastodontes devorando ruidosamente la única barrera que se alzaba entre nosotros. De hecho, mientras escribo estas líneas, el seto presenta un aspecto bastante lamentable debido a sus atenciones.

Para añadir aún más emoción a la vida de Elsa, un rinoceronte se instaló cerca de nuestra casa. Una tarde, cuando regresábamos de un paseo con la oscuridad cerniéndose sobre nosotros, la leona salió disparada hacia la parte posterior de las dependencias del servicio. Siguió un alboroto tremendo. Acudimos a averiguar qué sucedía y encontramos a Elsa y al rinoceronte frente a frente. Tras unos instantes de indecisión, el rinoceronte, enojado, se retiró resoplando y con la cachorra siguiéndolo de cerca.

Al día siguiente, al caer la noche, me hallaba de paseo con Elsa y Nuru cuando, de repente, el somalí me agarró por el hombro y evitó que me dirigiera derechita al rinoceronte, que se hallaba en pie tras un arbusto, observándonos. Retrocedí de un salto y eché a correr. Por fortuna, Elsa, que no había visto al animal, creyó que estaba jugando con ella y me siguió. Fue una suerte, porque los rinocerontes son animales impredecibles capaces de arremeter contra cualquier cosa, incluidos camiones y trenes. Aunque eso no impidió que al día siguiente Elsa decidiera pasar un buen rato persiguiendo al paquidermo durante tres kilómetros y medio por el valle, con el leal Nuru resollando tras ella. Después de aquella experiencia, el rinoceronte buscó refugio en un lugar más apacible.

Para entonces ya teníamos una rutina establecida para Elsa. Las mañanas eran frías y las dedicábamos a observar los antílopes que saltaban con gracilidad en el campo de tiro mientras escuchábamos el coro de los pájaros al despertar. Con la luz del mediodía, Nuru soltaba a Elsa y ambos recorrían una corta distancia por el monte. La cachorra, rebotante de energía acumulada, perseguía a todo lo que se movía, incluida su propia cola.

Después, cuando el sol calentaba, Elsa y Nuru se acomodaban a la sombra de un árbol, donde ella dormitaba mientras él leía el Corán y bebía té. Nuru llevaba siempre un rifle encima, para proteger a ambos de la fauna salvaje, pero tenía a bien seguir nuestra instrucción de «gritar antes de disparar». Quería mucho a Elsa y la trataba con mucho cariño.

A la hora del té regresaban y entonces éramos nosotros los que nos ocupábamos de la leona. Para empezar, Elsa tomaba un poco de leche, y luego nos perdíamos por las montañas o caminábamos por la llanura; ella trepaba a los árboles, parecía limarse las zarpas, seguía los olores que la estimulaban o acechaba gacelas de Grant y gerenucs, que en ocasiones jugaban al escondite con ella. Para nuestra sorpresa, la fascinaban las tortugas, a las cuales volteaba una y otra vez. Le encantaba jugar y nunca desaprovechaba la oportunidad de iniciar un juego con nosotros: éramos su «manada» y lo compartía todo con nosotros.

Al anoecer regresábamos a casa y la conducíamos a su jaula, donde le aguardaba la cena, que consistía en grandes cantidades de carne cruda, en su mayoría de oveja y cabra. Elsa obtenía la fibra mascando los huesos de las costillas y los cartílagos. Mientras le sujetaba los huesos para que los royera

observaba los músculos de su frente moverse con fuerza. Yo escarbaba para extraer el tuétano, que ella lamía con voracidad de mis dedos mientras apoyaba su pesado cuerpo erguido en mis brazos. Entre tanto, Pati nos observaba sentada en el alféizar, contenta de pensar que al poco le llegaría a ella el turno de pasar la noche acurrucada alrededor de mi cuello y me tendría para ella sola.

Hasta entonces me quedaba sentada con Elsa, jugando con ella, dibujándola o leyendo. Las noches eran nuestro momento más íntimo y creo que su amor por nosotros se fraguó en aquellas horas, cuando, feliz y con la barriga llena, podía adormecerse succionando mi pulgar. Las noches de luna llena Elsa se inquietaba: caminaba despacio por la jaula, escuchando con suma atención y aleteando las narinas para detectar incluso el olor más tenue que pudiera comunicarle un mensaje procedente de la misteriosa noche exterior. Cuando se ponía nerviosa, las zarpas se le humedecían; de ahí que sosteniéndolas en mis manos fuera capaz de juzgar su estado de ánimo.

## 03

### ELSA CONOCE EL OCÉANO ÍNDICO

Elsa tenía ya un año, había cambiado los dientes y había permitido que le arrancáramos un colmillo de leche mientras mantenía la cabeza bien quieta. Para roer la carne solía utilizar las muelas, no los incisivos, y empleaba su áspera lengua, cubierta de púas en miniatura, para arrancarla del hueso. Su saliva era espesa y muy salada.

Pati se estaba haciendo vieja y yo procuraba que estuviera lo más tranquila posible.

Faltaba poco para nuestro permiso de descanso y teníamos previsto pasar las vacaciones junto al mar, en una remota zona litoral cerca de un pueblecito pesquero de los bajun, a escasa distancia de la frontera con Somalia. La población blanca más cercana se hallaba ciento cuarenta y cinco kilómetros al sur, en Lamu. Sería un lugar ideal para Elsa, porque acamparíamos en la playa, lejos de los humanos, y disfrutaríamos de kilómetros de arena limpia y de un interior boscoso donde guarecernos a la sombra.

Viajamos con dos amigos, uno de ellos un joven oficial de distrito, Don, y Herbert, un escritor austríaco que teníamos como invitado.

Era un viaje largo y por malas carreteras que nos llevó tres días. Por lo general, yo iba delante en mi camioneta, con Elsa, mientras que George, nuestros invitados y Pati me seguían en dos Land Rover. El paisaje era árido y arenoso, y hacía mucho calor.

Un día, la carretera se convirtió en una maraña de pistas de camellos. Al anochecer, me perdí, me quedé sin gasolina y, convencida de que George seguiría mi rastro, lo esperé. Transcurrieron varias horas antes de que avistara

por fin sus faros. Cuando llegó, me explicó que habían acampado a unos kilómetros de allí y que debíamos apresurarnos, porque Pati había sufrido un golpe de calor y parecía muy enferma. George le había dado un poco de coñac para que recobrará las fuerzas, pero no albergaba demasiadas esperanzas. Los kilómetros de regreso al campamento se me hicieron eternos. Encontré a Pati en coma. El corazón le latía a tal velocidad que era improbable que soportara aquella tensión mucho más tiempo. Poco a poco fue recuperando la conciencia, me reconoció e hizo un débil intento de rechinar los dientes. Así había sido como me había expresado siempre su afecto: era su último mensaje para mí. Después fue sosegándose y su corazón se ralentizó hasta casi dejar de latir; y luego, de repente, su cuerpecito se estremeció con una última convulsión, se puso tiesa y se desplomó.

Pati había muerto.

La sostuve en mis brazos. Su cálido cuerpo tardó mucho rato en enfriarse. Pensé en los muchos momentos de alegría que me había dado durante los siete años y medio en que habíamos compartido la vida y en los muchos safaris en los que me había hecho compañía. Había viajado conmigo al lago Rudolf, donde el calor le había pasado factura, y también a la costa, donde había pasado largas horas confinada en un *dhow*.<sup>3</sup> Me había acompañado también al monte Kenia, cuyos páramos le habían encantado, y al valle de Suguta y al monte Nyiro, donde se había aferrado con inteligencia a la mula que yo montaba por las escarpadas pistas. Había acampado conmigo en puntos de toda Kenia mientras yo pintaba a las tribus africanas. Y, en ocasiones, durante largos meses había sido mi única amiga.

Había demostrado una inmensa tolerancia hacia los gálagos, las ardillas y las mangostas que entraban y salían de nuestra casa, y una absoluta adoración por las leonas. Durante las comidas, se sentaba junto a mi plato y cogía con delicadeza los bocaditos que le ofrecía con la mano.

Se había convertido en parte de mí.

La envolví en una tela, la enrollé con su arnés y la correa y la llevé a una cierta distancia del campamento. Allí cavé su tumba. Era una noche cálida y la luz de la luna suavizaba las sombras en la extensa llanura que nos rodeaba. Reinaban el silencio y la tranquilidad.

La mañana siguiente reemprendimos el camino y me alegré de tener que concentrarme en la pésima carretera.

Llegamos a la costa a última hora de la tarde y los pescadores que salieron a recibirnos nos explicaron que un león estaba causando muchos problemas. Prácticamente cada noche atacaba a sus cabras y esperaban que George pudiera matarlo.

No había tiempo de instalar el campamento, de manera que extendimos nuestras camas al raso. Yo era la única mujer entre cuatro europeos y seis africanos y coloqué la mía a cierta distancia. A Elsa la encerramos en mi camioneta, aparcada a mi lado. Al poco, todo el mundo se quedó dormido, salvo yo. De repente, escuché que algo se arrastraba por el suelo y enfoqué mi linterna hacia donde provenía el ruido: a escasos metros de mi cama había un león con la piel del antílope que habíamos cazado aquella tarde en la boca.

Por un instante me pregunté si podía tratarse de Elsa, pero entonces la vi en la parte trasera de mi camioneta. Volví a mirar: el león seguía con la vista clavada en mí, y ahora, además, rugía.

Avancé despacio hacia George y, en un gesto estúpido, le di la espalda al león. Estábamos a pocos pasos el uno del otro y noté que me seguía, de manera que di media vuelta y le enfoqué con la linterna a la cara. Nos separaban menos de ocho metros. Caminé hacia atrás en dirección a las camas donde los hombres roncaban. Solo George se despertó. Cuando le dije que un león me seguía replicó:

—¡Tonterías! Será una hiena o un leopardo...

Pero aun así agarró su rifle y avanzó en la dirección que le había indicado, donde enseguida vio dos ojos y escuchó el rugido de un león. No le cabía duda de que se trataba del león problemático del que le habían hablado, así que ató un trozo grande de carne a un árbol situado unos treinta metros por delante del *jeep* y decidió sentarse y esperar a que apareciera.

Al cabo de poco escuchamos un estrépito procedente de detrás de los vehículos, donde habíamos cocinado la cena.

George se dirigió hacia allí con mucho sigilo, preparó el rifle y, al apuntar con la linterna, vio al león sentado entre las cacerolas y las sartenes, dando cuenta de los restos de nuestra cena. Apretó el gatillo, pero solo sonó un clic; volvió a apretarlo, con el mismo resultado. ¡Se había olvidado de cargar el rifle! El león se puso en pie y se alejó de allí con parsimonia. Abochornado, George cargó el rifle y regresó a su puesto de vigilancia.

Al cabo de mucho rato lo escuchó arrastrar la carne y encendió los faros

del todoterreno; con el león iluminado, le disparó un tiro certero al corazón y lo derribó.

Se trataba de un joven ejemplar sin melena, típico de la región litoral.

Al despuntar el alba investigamos sus huellas y descubrimos que primero se había hecho con el antílope y lo había arrastrado hasta unos veinte metros de mi cama, donde había devorado la carne. Una vez saciado, había deambulado sin prisas por el campamento. Durante todos sus tejemanejes, Elsa había sido una atenta espectadora, pero no había emitido ni un solo ruido.

En cuanto salió el sol, el campamento al completo se dirigió en tropa hasta la orilla para que Elsa conociera el océano Índico. La marea retrocedía y, al principio, el rugido del mar y el oleaje la inquietaron, pues no estaba acostumbrada a ellos. Luego olisqueó con cuidado el agua, mordió la espuma y al final bajó la cabeza para beber. Su primer trago de agua salada la hizo arrugar el hocico y poner cara de desagrado. Sin embargo, cuando vio que el resto de la comitiva estaba disfrutando de un baño, decidió confiar en nosotros y apuntarse a la diversión. Al poco, era ya una forofa del agua. Los charcos de lluvia y los ríos de aguas superficiales siempre la habían entusiasmado, pero aquel magnífico océano era un verdadero paraíso para ella. Nadó sin esfuerzo, mucho más allá de donde podía hacer pie; nos hizo ahogadillas, nos salpicó con la cola y se aseguró de que nosotros también nos diéramos unos buenos tragos de agua salada antes de poder escapar de sus travesuras.

Como nos seguía a todas partes, yo solía quedarme rezagada cuando los demás iban a pescar, pues, de lo contrario, habría salido nadando tras la barca.

Sin embargo, en ocasiones me resultaba imposible resistirme a la tentación de bucear en aquel luminoso mundo de colores iridiscentes y de formas fantasiosas y dejaba a Elsa con alguien que le hiciera compañía. Por lo general, se quedaban descansando a la sombra de un mangle cerca del campamento. Cuando los pescadores lugareños tuvieron noticia de ello, decidieron arremangarse los taparrabos y dar un gran rodeo vadeando el mar. De haber sabido lo anfibia que era Elsa, hubieran escogido otra estrategia.

Le encantaba caminar por la playa, y chapotear y sumergirse en las olas mientras perseguía los cocos que se mecían en el agua. A veces atábamos uno con una cuerda y lo hacíamos oscilar en círculo por encima de nuestras cabezas para que Elsa saltara e intentara agarrarlo cuando pasaba por encima



de ella. No tardó en descubrir que excavar en la arena era un juego muy gratificante, ya que, cuanto más hondo hacía el hoyo, más húmedo y fresco era y, por tanto, más agradable resultaba revolcarse en él. A menudo arrastraba largas tiras de algas y se enmarañaba en ellas, de tal manera que parecía un extraño monstruo marino. Ahora bien, lo que más le divertían eran los cangrejos. Al atardecer, la playa cobraba vida cuando aquellos especímenes rosas salían de sus hoyos y se arrastraban de lado hasta el agua, que, momentos después, volvía a depositarlos en la orilla. Persistentes, lo intentaban una y otra vez, pero el mar los devolvía de nuevo a tierra, hasta que al fin su paciencia se veía recompensada y lograban agarrar un delicioso pedazo de alga que transportaban a su agujero antes de que la siguiente ola se lo arrebatara. Elsa no les facilitaba la vida a los hacendosos cangrejos: iba corriendo de uno a otro y, aunque se llevaba algún pellizco en el hocico, volvía a abalanzarse impertérrita sobre ellos, que la pellizcaban de nuevo. Debe decirse en honor de estos crustáceos que, de todos los rivales de Elsa, junto con los elefantes, los búfalos y los rinocerontes, fueron los únicos que defendieron su territorio. Aguardaban de lado delante de sus agujeros con una pinza levantada y, por más astutamente que Elsa intentara engañarlos, siempre eran más rápidos que ella y volvían a pellizcarle el hocico.

Alimentar a Elsa acabó convirtiéndose en un serio problema, pues los pescadores lugareños no tardaron en darse cuenta de la fuente de ingresos que representaba su comida y el precio de las cabras se puso por las nubes. De hecho, durante un tiempo, su alimentación procuró a los lugareños unos lujos hasta entonces desconocidos para ellos.

Sin embargo, al final Elsa se cobró su venganza. Los pastores no protegían a sus animales, que pasturaban todo el día en el monte y resultaban presas fáciles para los leopardos y los leones. Una noche que estábamos en la playa y ya hacía mucho rato que las cabras dormían, Elsa salió de pronto disparada hacia la espesura; se oyó un sonoro balido y luego el silencio. Una cabra solitaria había quedado rezagada, y Elsa, que debía de haberla olido, se abalanzó sobre ella y la aplastó con su peso. Sin embargo, como nunca había matado, no sabía qué hacer, así que, cuando llegamos, se limitó a mirarnos pidiéndonos ayuda. Mientras Elsa sostenía inmóvil al animal, George le descerrajó un tiro. Y como el propietario no se quejó por su pérdida, que sin duda debió de achacar a algún león salvaje, mantuvimos aquel incidente en

secreto. De otro modo, los lugareños seguramente habrían abandonado todas las cabras moribundas a un día de marcha a pie al norte y al sur del campamento para que Elsa se las comiera y, después, habrían pedido una compensación económica por ello. Para despejar nuestros remordimientos nos dijimos que George había librado al distrito del principal león devorador de cabras y que además habíamos pagado precios desorbitados por los lastimosos animales que habíamos comprado para alimentar a Elsa.

Hacia el final de las vacaciones, George contrajo la malaria. Estaba tan ansioso por pescar que él mismo se dosificó la mecaprina y, antes de dejar tiempo a que el medicamento actuase, salió a bucear, a resultas de lo cual cayó gravemente enfermo.

Una noche, de regreso a casa después de dar un paseo por la playa con Elsa, al acercarme al campamento escuché un aullido y gritos alarmantes. Tras encerrar a Elsa en mi camioneta, fui corriendo a la tienda, donde encontré a George lívido y desplomado en una silla. Emitía unos gruñidos aterradores. Gritaba que quería su revólver y que necesitaba verme, maldecía a Elsa y aseguraba que se mataría de un tiro. Incluso en aquel estado semiinconsciente me reconoció, me agarró con fuerza y me dijo que ahora que estaba allí podía relajarse y morir. Me asusté muchísimo. Los muchachos se hallaban a escasos metros, contemplando la escena atemorizados. Y nuestro amigo, que permanecía de pie impotente, agarró un palo dispuesto a golpear a George si se ponía violento.

Entre susurros, me explicaron que, de repente, George había empezado a gesticular como un loco, a llamarme a gritos y a pedir un revólver para quitarse la vida. Por suerte, yo había llegado enseguida. Ahora lo importante era llevarlo a su cama e intentar calmarlo. Mientras lo transportábamos, su cuerpo colgaba de nuestros brazos inerte y frío como el hielo. Aunque tenía el corazón encogido por el miedo, empecé a hablarle en voz baja, a narrarle nuestro paseo por la playa, a hablarle de los pescados que íbamos a preparar para la cena y de una concha que había encontrado, y a reírme de su extraño comportamiento. Pero en ningún momento dejé de preguntarme si se moriría. Reaccionó como un niño a mis intentos de apaciguarlo y se relajó. Las sienes se le pusieron grises, se le hundieron las narinas y cerró los ojos. Murmulló que una corriente gélida avanzaba por sus piernas en dirección hacia su corazón, que tenía los brazos congelados y sin fuerza, y que cuando ambas olas

de frío se reunieran en su corazón, moriría. Presa de un pánico repentino, se agarró a mí con una fuerza desesperada, como si se aferrara a la vida. Vertí un poco de coñac entre sus labios resecaos, le acaricié con suavidad e intenté desviar su pensamiento hacia algo relacionado con el futuro próximo: le hablé de la tarta para su cumpleaños que había traído desde Isiolo y le dije que nos la comeríamos esa noche, en cuanto recobrará las fuerzas para levantarse.

Cuando se quedó dormido por la extenuación ya había amanecido; en todo aquel tiempo tuvo varias recaídas, durante las cuales su cerebro funcionaba a una velocidad espantosa y farfullaba palabras sin sentido. Aquella mañana fui en busca de un médico a Lamu, pero el competente indio que lo vio poco pudo hacer por George, salvo recetarle unos somníferos e infundirle confianza en que se recuperaría, siempre que no saliera a bucear de nuevo.

Cuando hubo recobrado la salud lo suficiente, regresamos a Isiolo.

# 04

## SAFARI AL LAGO RUDOLF

Un día, poco después de nuestro regreso a Isiolo, noté que Elsa caminaba con dificultad y dolor. Anocheceía, y una larga distancia de cerros rocosos escarpados cubiertos de espinos nos separaba de casa. Al poco, Elsa no pudo seguir caminando. George pensó que tal vez estuviera estreñida y sugirió administrarle un enema allí mismo. Aquello implicaba que uno de nosotros debía regresar a casa y luego conducir hasta Isiolo para comprar lo necesario. Mientras yo me encargaba de hacerlo, George permaneció junto a Elsa.

Caída ya la noche, avancé penosamente por las montañas portando agua templada, un enema y una lámpara. Una cosa es administrar un enema en la consulta de un veterinario y otra muy distinta hacerlo en medio de un monte cubierto de espinos y a oscuras, y además dárselo a una leona que se rasca desesperada.

Me congratulé cuando conseguí administrarle medio litro de líquido a la pobre Elsa, pero eso fue todo lo que toleró y, por descontado, era demasiado poco para dar resultado, de manera que no nos quedaba más remedio que llevarla a casa a costas.

Desanduve el camino que acababa de hacer y, trastabillando, entré de nuevo en la casa, donde me hice con una cama de campaña para utilizarla como camilla y con unas cuantas linternas y reuní a seis muchachos para hacer de porteadores. A continuación, la procesión ascendió la montaña.

Cuando llegamos, Elsa se subió en la camilla, donde, tumbada boca arriba, dejó claro que estaba encantada con aquel extraño modo de transporte. De hecho, cualquiera que la hubiera visto habría pensado que nunca había viajado

de otro modo. Pero, como pesaba al menos ochenta kilos, su deleite no se hizo extensivo a los portadores, que descendían penosamente por la ladera, sudando, jadeando y deteniéndose cada pocos minutos para descansar.

Elsa no intentó en ningún momento bajar de la camilla, pero se divirtió dándole algún que otro mordisquito en el trasero al muchacho que le quedaba más cerca, como si quisiera meterle prisa.

Cuando por fin llegamos a casa, todos exhaustos salvo ella, tuvimos que obligarla a bajar de la camilla, porque no tenía ninguna intención de hacerlo por iniciativa propia.

Después descubrimos que tenía lombrices. Seguramente se había infectado en el viaje a la costa.

Poco después de recuperarse, George tuvo que hacerse cargo de dos leones que comían personas, los cuales habían matado o malherido a unos veintiocho integrantes de la tribu de los borana en los últimos tres años. Elsa y yo acompañamos a George en aquella expedición, que resultó ser ardua y peligrosa. Transcurrieron veinticuatro días antes de que lograra abatir a las dos fieras, y durante aquel tiempo pensé con frecuencia en la paradoja de la situación: de día intentábamos dar caza a peligrosos leones que comían personas y de noche regresábamos exhaustos y derrotados, pero también deseosos de estar con Elsa, que con su afecto nos compensaba por todo el cansancio y el esfuerzo realizado. ¿León frente a león?

Elsa tenía ya dieciocho meses y por primera vez me percaté de que había desarrollado un fuerte olor, si bien resultó ser temporal. Bajo la raíz de la cola tenía dos glándulas, conocidas como glándulas anales, que secretaban una sustancia hedionda que expulsaba junto con la orina en ciertos árboles. Aunque se trataba de su propio olor, siempre arrugaba el hocico en señal de desagrado al olerlo.

Una tarde, tras nuestro regreso a Isiolo, nos topamos con una manada de elands. Elsa se dispuso a acecharlos de inmediato. Los corpulentos antílopes estaban pastando en una ladera empinada y entre ellos había varias crías. Una hembra esperó a Elsa y, antes de que se acercara demasiado a sus cervatillos, distrajo su atención de las crías jugando al escondite con ella entre los matorrales. De este modo, la mantuvo ocupada hasta que la manada y los pequeños desaparecieron de la ladera y se hallaron en lugar seguro. Entonces, la antílope echó a correr al galope y la pobre Elsa se quedó allí plantada.

Hubo otro caso de diplomacia animal fascinante de contemplar. Habíamos ascendido con Elsa a una colina que había tras la casa, desde cuya cima divisamos una manada de unos ochenta elefantes paciéndose con crías entre ellos. Elsa también la vio y, antes de que tuviéramos tiempo de gritar: «No», salió corriendo montaña abajo y al cabo de unos momentos avanzaba con sigilo hacia la manada.

Los ejemplares que estaban más cerca de ella eran una hembra y una cría pequeña. Elsa las acechó con gran astucia, pero la madre conocía bien sus intenciones. Observamos la escena nerviosos, esperando un ataque, pero, para nuestra sorpresa, la madre se interpuso con toda tranquilidad entre Elsa y la cría y empujó a esta despacio hacia los machos grandes mientras mantenía a nuestra leona al otro lado. Decepcionada, Elsa buscó otros compañeros de juego y se acercó con cautela a dos machos que estaban pastando, pero tampoco le hicieron caso. Luego intentó provocar a otro grupo reducido de elefantes, colocándose a escasos metros de ellos, pero no consiguió ningún resultado. El sol estaba cada vez más bajo y la llamamos a gritos, pero se obstinó en hacer oídos sordos. Al final no nos quedó más remedio que regresar a casa sin ella. Era evidente que pensaba tomarse su tiempo y lo único que podíamos hacer era confiar en su inteligencia para no meterse en problemas.

La esperé dentro de su recinto, con una preocupación creciente. ¿Qué podíamos hacer? Encadenar a Elsa durante la temporada de los elefantes no haría más que frustrarla y enfurecerla; más aún, podía hacer que se volviera peligrosa. Teníamos que dejar que descubriera sus límites mediante la experiencia, permitirle que contrapesara la diversión y el aburrimiento (o el peligro) de jugar con aquellos corpulentos animales. Era posible que, de hacerlo, perdiera el interés en ellos. Pero hacía ya más de tres horas que tendría que haber regresado y yo temía que hubiera habido algún accidente. De pronto escuché un gruñido familiar y Elsa entró en el recinto. Estaba muy sedienta, pero, aun así, antes de ir hacia su cuenco de agua, se acercó a lamerme la cara y chuparme los pulgares para demostrarme cuánto se alegraba de volver a verme. Despedía un fuerte hedor a elefante, así que imaginé que se había acercado mucho a ellos y se había revolcado en su estiércol. Por el modo en que se dejó caer con estrépito en el suelo intuí lo cansada que estaba. Me sentí muy insignificante: mi amiga acababa de regresar de un mundo que yo

tenía vedado; pese a ello, se mostraba tan afectuosa como siempre. ¿Sería consciente del vínculo extraordinario que representaba entre esos dos mundos?

Sin ninguna duda, las jirafas eran sus animales preferidos. A menudo las acechaba hasta que ambas partes se cansaban de jugar. Entonces Elsa se sentaba a la espera de que las jirafas regresaran y, en efecto, al cabo del rato volvían a acercársele, paso a paso, mirándola con sus grandes y tristes ojos mientras arqueaban sus esbeltos cuellos movidas por la curiosidad. Y luego, por lo general, se dedicaban a mordisquear semillas de acacia, sus favoritas, y, al hacerlo, iban alejándose tranquilamente. A veces, no obstante, Elsa las hostigaba al estilo de los leones. Tras detectarlas, avanzaba en ángulos rectos a favor del viento y, agazapada, con la panza rozando el suelo y toda la musculatura temblorosa, proseguía hasta rodear la manada y luego la arreaba hacia nosotros. Sin duda, esperaba que les tendiéramos una emboscada y matáramos a las presas que con tal despliegue de inteligencia había acorralado para nosotros.

Otros animales también atraían su atención; por ejemplo, un día olfateó el aire y salió disparada hacia un matorral abigarrado. Al poco escuchamos unos ruidos y unos bufidos que avanzaban hacia nosotros. Nos apartamos del camino de un salto justo en el momento en el que un facóquero pasó como una flecha, con Elsa pisándole los talones. Ambos desaparecieron a la velocidad de la luz y, durante un rato, los escuchamos abrirse camino entre la espesura. Nos preocupaba la integridad de Elsa, porque el facóquero tiene unos colmillos formidables que puede usar para matar. Pero entonces la vencedora de la persecución regresó, restregó su cabeza contra nuestras rodillas y nos habló de su nuevo compañero de juegos.

Nuestro siguiente safari nos llevaría al lago Rudolf, una franja de aguas salobres de unos doscientos noventa kilómetros de longitud que se extiende hasta la frontera con Etiopía. Estaríamos de viaje durante siete semanas y gran parte del recorrido lo haríamos a pie, con burros y mulos de carga. Sería la primera vez que Elsa saldría de safari en compañía de burros y solo nos quedaba esperar que ambas partes se aceptaran. Éramos un grupo numeroso: George y yo; Julian, un guarda de caza de un territorio cercano; Herbert, que volvía a ser nuestro invitado, y los cazadores, conductores y criados personales. Además, llevábamos seis ovejas para alimentar a Elsa durante el

trayecto, y treinta y cinco burros y mulos. Los animales de carga emprendieron la marcha tres semanas antes para reunirse con nosotros a orillas del lago, mientras que nosotros recorrimos la distancia de unos cuatrocientos ochenta kilómetros en transporte motorizado.

Era un gran convoy: dos Land Rover, mi camioneta de tonelada y media con Elsa en la parte trasera y dos camiones de tres toneladas. Estos últimos eran necesarios para poder transportar, además de a los hombres, suficientes vituallas y gasolina para las semanas que estaríamos de viaje y casi cuatrocientos litros de agua. Los primeros doscientos noventa kilómetros nos condujeron a través de las tórridas y polvorientas llanuras de arena del desierto de Kaisut. Luego ascendimos las laderas del monte Marsabit, una masa volcánica aislada que se eleva mil trescientos setenta metros por encima del desierto circundante. Revestido de un frondoso y fresco bosque cubierto de líquenes y a menudo envuelto en niebla, ofrecía un agradable contraste con respecto al árido y caluroso paisaje que se extendía a sus pies. Se trata de un paraíso de caza en el que habitan los elefantes con el marfil máspreciado de África, además de rinocerontes, búfalos, grandes kudús, leones y caza menor. Y albergaba también el último puesto administrativo.

A partir de allí nos internamos en un paisaje casi despoblado y quedamos aislados de todo contacto con el mundo exterior. Nada interrumpía la monotonía de las quebradas de arena y las crestas de lava. El único incidente fue una colisión que estuvo a punto de partir mi vehículo por la mitad. Una rueda trasera se soltó y sufrimos una parada brusca. Pobre Elsa: tardamos horas en reparar el destrozo y tuvo que pasarse todo aquel tiempo en la camioneta, que proporcionaba la única sombra frente al inclemente sol que tanto detestaba. Cabe decir que se mostró muy colaboradora y que, aunque le desagradaban los africanos desconocidos, toleró a la parlanchina multitud integrada por nuestro personal, que permanecía cerca del vehículo por si podía ser de utilidad. Cuando volvimos a ponernos en marcha, ascendimos por una espantosa pista hasta los montes Hurri, en la frontera de Etiopía. Los Hurri son unos montes desérticos que, pese a presentar una mayor altitud que el Marsabit, atraen menos humedad. Un fuerte viento enervante barre sus laderas e impide que el bosque crezca en ellas. Elsa parecía bastante desconcertada por el vendaval y tuvo que pasar la noche en la camioneta, protegida de las gélidas ráfagas con un toldo de lona.



Durante la visita a aquellas montañas, George pretendía examinar la situación de la fauna y comprobar si había indicios de caza furtiva por parte de la tribu de los gabbra. Tras supervisar el terreno durante unos días, viramos hacia el oeste y atravesamos un paraje de lava desolador y deprimente, donde rocas afiladas sometían a los vehículos a un traqueteo inclemente. Elsa pasó un mal rato cuando tuvimos que empujar los vehículos a través de profundos lechos de arena o abrirnos camino con cautela entre peñascos, apartando las piedras más grandes a empujones. Por fin emergimos al desierto de Chalbi, el lecho seco de un antiguo lago de unos ciento treinta kilómetros de longitud, con una superficie lisa bastante firme sobre la que un vehículo puede rodar a toda velocidad. Los espejismos son el elemento más destacado de esta zona: grandes expansiones de agua con palmeras reflejadas en su superficie se desvanecen en cuanto uno se acerca a ellas. Aquí, las gacelas adquieren proporciones elefánticas y parecen caminar sobre las aguas. Se trata de una tierra de sed y calor abrasador. En el confín occidental del Chalbi se encuentra el oasis de North Horr, en el que hay un puesto policial y adonde miles de camellos, ovejas y cabras de la tribu de los rendille acuden a beber. Otra imagen espectacular en estas latitudes la ofrecen por la mañana las miles de gangas que vuelan hasta aquí para beber en los escasos estanques. Como no había nada que nos retuviera en North Horr, en cuanto llenamos nuestros recipientes de agua reemprendimos la marcha.

Al fin, tras trescientos setenta kilómetros de baches y vaivenes, llegamos a Loyongalani, un oasis de manantiales de agua dulce en un bosquecillo de palmeras dum situado cerca de la orilla sur del lago Rudolf. Allí hallamos a nuestros burros esperándonos. Enseguida llevamos a Elsa hasta el lago, que se encontraba a solo tres kilómetros y medio de distancia. Se lanzó al agua como si quisiera zafarse de la tensión del viaje y nadó entre cocodrilos, abundantes en el lago Rudolf. Por suerte, no eran agresivos, aunque ello no nos frenó de intentar ahuyentarlos. Durante nuestro safari, sus formas flotantes y callosas, silueteadas alrededor de toda la orilla, convertirían los baños, al menos para nosotros, en un dudoso placer.

Instalamos el campamento base en Loyongalani y nos pasamos los tres días siguientes reparando las guarniciones y empaquetando la carga de los burros. Cada alforja pesaba unos veintidós kilos y cada burro portaba dos de ellas. Al fin lo tuvimos todo listo. Había dieciocho burros cargados con provisiones y

material de acampada, cuatro con contenedores de agua, un mulo para montar para quienes se sintieran débiles o flojos, y cuatro burros de repuesto. Me inquietaba cuál sería la actitud de Elsa hacia los burros. Nos observó rehacer los paquetes con un interés comedido, pero, cuando empezamos a cargarlos, tuvimos que encadenarla, pues la imagen de tanta carne sabrosa rebuznando, pateando y revolcándose en la arena para intentar desembarazarse de su cargamento, unida a los gritos de los africanos, que corrían de un lado a otro intentando poner un poco de orden en medio de aquella baraúnda, hizo que se tensase de emoción. La cabalgata principal partió por la mañana y nosotros la seguimos con Elsa algo más tarde, cuando refrescó. Nos dirigíamos hacia el norte siguiendo la línea litoral. Elsa estaba muy emocionada e iba como un perrito de uno a otro, luego corrió entre bandadas de flamencos, recuperó un pato que habíamos cazado y finalmente nadó en el lago, mientras cada uno de nosotros la protegía con un rifle en la mano por si la atacaba un cocodrilo. Más adelante, al pasar junto a una manada de camellos, me vi obligada a ponerle la cadena, lo cual la puso furiosa, y con sus intentos de acercarse a aquellos nuevos amigos casi me arranca los brazos. Pero yo no tenía ningunas ganas de ver a una manada de camellos salir en estampida presa del pánico, pisoteándose unos a otros, bramando, gorgoteando, con las patas enmarañadas y a Elsa en medio de ellos. Por suerte, aquel fue el último ganado que encontramos a lo largo de la costa.

Cuando cayó la noche divisamos las fogatas del campamento junto al lago. De nuevo, tuve que encadenar a Elsa por temor a que aún le quedara energía para perseguir a nuestros burros. Al llegar encontramos el campamento ya montado y todo dispuesto para la cena. Mientras disfrutábamos de una copa a última hora decidimos que, cada mañana, la comitiva de la leona, es decir, George, Nuru, un cazador que hiciera de guía, Elsa y yo, partiríamos al despuntar el alba, mientras que los demás se quedarían a desmontar el campamento, ensillar y cargar a los animales. De este modo aprovecharíamos las horas más frescas y los animales nos seguirían a una distancia segura, dispensándonos con ello de la necesidad de llevar a Elsa encadenada. A continuación, en torno a las nueve y media de la mañana, buscaríamos un lugar a la sombra donde descansar durante las horas más calurosas del día y donde los burros pudieran pastar. En cuanto divisáramos a los animales, encadenaríamos a Elsa. Por la tarde invertiríamos la rutina: la expedición con

los burros partiría dos horas antes que la comitiva de la leona y montaría el campamento antes del anochecer. Nos atuvimos a esta rutina durante todo el safari y resultó funcionar a las mil maravillas, porque mantenía a Elsa separada de los burros, salvo en las horas de descanso del mediodía, cuando la encadenábamos y se adormilaba. Y resultó que, al cabo de poco, ambas partes aprendieron a dar a la otra por supuesta y a aceptar que debían tolerar todo lo que formaba parte del safari.

Observamos que Elsa avanzaba bien hasta aproximadamente las nueve de la mañana, hora a partir de la cual el calor empezaba a pasarle factura y se detenía en cuanto encontraba una roca o un arbusto que diera sombra. Por la tarde se negaba a moverse antes de las cinco, pero, a partir de entonces, una vez se le endurecían las almohadillas de las garras, podría haber seguido caminando toda la noche. De media trotaba entre siete y ocho horas al día, y se mantuvo en unas condiciones espléndidas. En cuanto se presentaba la ocasión se zambullía en el lago y nadaba, a menudo a escasos dos metros y medio de los cocodrilos, y ningún grito o gesto por mi parte la hacía salir del agua hasta que a ella le apetecía hacerlo. Por lo general llegábamos al campamento entre las ocho y las nueve de la noche; a menudo, la comitiva de los burros disparaba bengalas para guiarnos hasta ellos.

El segundo día de expedición dejamos atrás el último lugar habitado por humanos, un pueblecito pescador de la primitiva tribu El Molo. La tribu está integrada por unas ochenta almas que sobreviven prácticamente a base de pescado, con alguna ingesta esporádica de carne de cocodrilo e hipopótamo. A resultas de esta dieta poco equilibrada y de los cruces entre familiares, muchos de ellos presentan deformaciones o síntomas de raquitismo. Quizá también a causa de la desnutrición, aunque más probablemente por el hecho de que el agua del lago contiene una proporción elevada de natrón y otros minerales, sus miembros tienen mala dentadura y las encías enfermas. Son un pueblo muy amable y generoso que siempre recibe al forastero regalándole pescado fresco. Suelen pescar con unas redes que confeccionan con fibra de palmera dum, la única fibra que no se pudre en las aguas alcalinas, si bien atrapan las percas del Nilo (unos peces gigantes que pueden pesar más de noventa kilos), los cocodrilos y los hipopótamos con arpones que lanzan desde balsas fabricadas con troncos de palmera atados de manera tosca. Estas embarcaciones difíciles de manejar, que empujan mediante pértigas en las

aguas poco profundas, nunca se aventuran a alejarse demasiado de la orilla por temor a los virulentos vientos que a menudo azotan el lago y que en ocasiones alcanzan una velocidad superior a ciento cincuenta kilómetros por hora. De hecho, es el viento lo que genera más incomodidad a cualquier viajero que visite esta región. Es imposible clavar una tienda de campaña en el suelo, y la comida o bien sale volando del plato antes de que dé tiempo a dar cuenta de ella o queda tan rebozada de arena que resulta incomible. Dormir también resulta un martirio debido a las veloces ráfagas de viento que llenan ojos, nariz y orejas de arena y prácticamente te levantan de la cama. No obstante, a pesar de estos tormentos, el lago presenta una belleza sublime en los momentos de serenidad y genera una fascinación indescriptible que invita a regresar una y otra vez.

Durante los diez primeros días bordeamos su orilla. El paisaje a nuestro alrededor era lúgubre: lava y más lava. Lo único que cambiaba era la consistencia de esta, que en ocasiones parecía más ceniza y otras presentaba unos bordes tan afilados que nos dolían los pies de tanto resbalar por terreno irregular. Algunos lugares estaban cubiertos por una arena profunda y cada paso para avanzar por ellos requería un gran esfuerzo. En otros puntos tuvimos que abrirnos camino sobre grava áspera o guijarros, siempre en medio de un viento cálido que nos arrebatava la energía y nos hacía sentir mareados. La vegetación era inexistente, más allá de unas pocas plantas espinosas magras que pinchaban y de unas hierbas afiladas como cuchillas que cortaban la piel.

Para que las garras de Elsa no sufrieran, se las engrasábamos a menudo, un acto que la leona parecía entender e incluso disfrutar. Durante el receso de mediodía, solía tumbarme a descansar en mi cama de campaña, que era mejor que echarse sobre los duros guijarros. Elsa entendió la idea e hizo lo mismo, y al poco podía darme con un canto en los dientes si me dejaba un rinconcito. En ocasiones no tuve tanta suerte y acabé sentada en el suelo mientras ella se estiraba ocupando toda la cama. Sin embargo, por regla general nos acurrucábamos juntas sobre el lecho y yo cruzaba los dedos para que la estructura no cediera bajo el peso de ambas. Durante nuestras largas caminatas, Nuru siempre portaba agua y un cuenco para dar de beber a Elsa, que, tras cenar hacia las nueve de la noche, dormía como un tronco atada cerca de mi cama.

Una noche nos perdimos y, ya a última hora, tuvimos que guiarnos por las

bengalas para llegar al campamento. Elsa parecía exhausta, así que no la encadené para dejar que se recuperara, pero, aunque parecía adormilada, de repente salió disparada hacia el seto de espinos en el que los burros pasaban la noche y lo penetró al más puro estilo felino. Siguieron rebuznos, pánico y un alboroto monumental, y, antes de que pudiéramos intervenir, todos los burros habían escapado desbocados bajo la oscuridad. Por suerte, no tardamos en atrapar a Elsa. Le dimos una buena zurra. Pareció entender que se la merecía y, en la medida de sus posibilidades, demostró estar arrepentida. Yo me sentí culpable por haber subestimado su instinto natural y la tremenda tentación que debía suponer para ella una manada de burros de olor succulento, sobre todo en la hora en la que el espíritu cazador de los animales salvajes está más despierto.

Por suerte, solo un pobre burro había sufrido arañazos y no eran graves. Se los curé y no tardaron en sanar, pero aquel episodio me sirvió de advertencia para no dejar nunca a Elsa sin supervisión.

La pesca abundaba y, por lo general, George y Julian conseguían proveer a todo el campamento con un delicioso pescado llamado tilapia, una especialidad única del lago Rudolf. Las pescaban con caña o sedal, o bien disparándoles una bala con el rifle. Los cazadores parecían preferir los feos bagres que nadan en las aguas superficiales y que podían pescar con palos y piedras. Elsa no dudaba en apuntarse a la diversión y alguna que otra vez pescaba un bagre, que enseguida depositaba en el suelo, tras lo cual arrugaba el hocico con mueca de desagrado. Un día vimos a Nuru alzando en el aire la escopeta que siempre llevaba encima y golpeando a un bagre con ella. Lo hizo con tal fuerza que la culata se resquebrajó por varios puntos, se rompió y quedó colgando en ángulo recto con respecto al cañón. Nuru estaba tan entusiasmado con el bagre que no prestó atención al desperfecto ocasionado. Cuando George se lo recalcó, respondió como si tal cosa:

—No se preocupe. *Mungo* [Dios] le ayudará a conseguir otra escopeta.

Pero Elsa se vengó al escapar corriendo con las sandalias que Nuru había dejado en la orilla. Ver a ambos intentando ser más listo que el otro fue un espectáculo cómico. Al final, el propietario recuperó las sandalias, si bien bastante maltrechas.

Para llegar a la bahía de Alia, a unos ciento sesenta kilómetros al norte, había que atravesar la larga cordillera de los Longondoti. En varios puntos,

estas montañas caen formando abruptos precipicios hasta el lago, lo que nos obligaba a desviar a los burros y sus voluminosas cargas por el interior, mientras que la comitiva de la leona avanzaba penosamente por las rocas y bordeaba la orilla. En un momento dio la sensación de que un tramo difícil nos derrotaría, pues, para vadear un cabo, Elsa tenía que afrontar la disyuntiva de saltar por un acantilado de cuatro metros y medio cubierto de sedimentos resbaladizos en los que le resultaba imposible agarrarse y aterrizar en las aguas poco profundas que se extendían bajo las rocas o bajar gateando por un risco igual de escarpado y aterrizar en las aguas espumosas que rompían bajo él. En aquellas aguas habría tocado pie, pero la espuma hacía que se antojaran muy peligrosas y Elsa no sabía qué hacer. Probó a cruzar por los salientes de la roca, desesperada sobre su pequeña plataforma, hasta que al final reunió el coraje para saltar sobre el oleaje, tras lo cual la engatusamos para que saliera a tierra firme. Fue conmovedor ver lo encantada y orgullosa que estaba tanto de su propio logro como de habernos complacido.

Durante gran parte del trayecto nos vimos obligados a beber y cocinar con las aguas salobres del lago, que, por más inofensivas, agradables y bellas que resultaran para el baño, y por más que permitieran prescindir del jabón para lavarse, tenían un gusto desagradable que arruinaba todos nuestros platos. Así que fue una grata sorpresa encontrar un pequeño manantial de aguas dulces a los pies de los montes Moiti.

Hasta donde nosotros sabíamos, por la ruta que tomamos a lo largo de la estribación occidental de estas laderas no había transitado nunca ningún europeo; los pocos que habían visitado la región en el pasado se habían mantenido en la zona oriental. Nueve días después de dejar Loyongalani, acampamos en el extremo norte de la cordillera. Como de costumbre, habíamos enviado a una partida de exploradores por delante para inspeccionar la zona y detectar la presencia de cazadores furtivos. A primera hora de la tarde regresaron con la noticia de que habían divisado a un gran número de hombres en canoas. La única tribu del lago que posee piraguas de verdad son los galuba, un pueblo problemático bien dotado de rifles que realiza constantes incursiones desde el otro lado de la frontera etíope en nuestro territorio, saquea y asesina. La banda que los exploradores habían visto podía ser bien un grupo de asalto o una expedición de pescadores y cazadores furtivos. En cualquier caso, no tenían derecho a estar allí. Elsa y yo

permanecimos en el campamento con cuatro cazadores armados con rifles para protegernos mientras el resto de la comitiva partía en misión de reconocimiento.

Desde la cima de un cerro que dominaba la bahía detectaron tres canoas con doce hombres a bordo cerca de la orilla, remando en dirección al campamento. Sin embargo, enseguida divisaron a nuestra expedición, de manera que, para cuando George y los otros hombres llegaron al borde del agua, las canoas se hallaban ya a unos buenos doscientos metros aguas adentro, remando como locos en dirección a un islote. No parecían portar armas, aunque es posible que las llevaran ocultas en las canoas. A través de los prismáticos, George vio una partida de al menos cuarenta hombres en la isla y varias canoas atracadas en la orilla. Observó las canoas alcanzar la playa y a un grupo de personas claramente excitadas congregándose a su alrededor. Entonces, puesto que sin un barco poca cosa podía hacerse, la comitiva regresó al campamento. Empaquetamos sin dilación y nos trasladamos a la bahía, lo más cerca posible de la isla. Aquella noche apostamos centinelas adicionales y todos los hombres durmieron con el rifle cargado a su lado. Al alba vimos que la isla estaba desierta. Era evidente que a los galuba no les había gustado vernos por allí y habían decidido marcharse bajo el manto de la oscuridad, a pesar del fuerte vendaval que había soplado durante toda la noche. Para asegurarnos de que se habían ido de verdad, George envió patrullas a todo lo largo de la orilla. Poco después de que el sol se levantara vimos a multitud de buitres y marabúes descendiendo sobre la isla, cosa que hacía sospechar que los galuba que habíamos visto formaban parte de una expedición de pesca y caza; sin duda habían matado a varios hipopótamos, con los restos de los cuales los buitres y las cigüeñas se estaban dando un festín.

Hacia las once de la mañana, dos piraguas emergieron de improviso de entre un tupido cinturón de juncos al sur del campamento y pusieron rumbo a mar abierto. Para desalentarlos, George atravesó sus proas con unas cuantas balas, cosa que los hizo regresar a los juncos a toda prisa. Entonces George envió a unos cuantos exploradores para intentar establecer contacto con los galuba y disuadirlos de desembarcar en la orilla. No obstante, aunque los exploradores consiguieron llegar a una distancia desde la cual saludarlos, los furtivos no respondieron y se retiraron más hacia el interior de la ciénaga.

Durante todo el día pudimos divisar sus cabezas asomando por encima de los juncos para espiarnos. Calculábamos que entre los carrizos había cuatro canoas, que probablemente habían quedado rezagadas del resto. Como era imposible darles alcance, George consideró que lo más conveniente era instarlos a regresar a casa, de manera que, en cuanto cayó la noche, disparó balas trazadoras y unas cuantas bengalas a intervalos sobre la marisma.

Para entonces nuestras provisiones empezaban a escasear. Había llegado el momento de regresar. Y descubrimos que la primera parte del safari había sido un lujo en comparación con la segunda, pues el lago nos había proporcionado toda el agua que queríamos. Ahora, en lugar de desandar nuestros pasos, decidimos tomar una ruta por el interior. Goite, nuestro guía turkana, no parecía conocer bien el camino y, lo que era aún peor, no sabía si encontraríamos agua cuando la necesitáramos, porque la región dependía de pozos y abrevaderos y, estando en la estación seca, escaseaban y estaban lejos los unos de los otros. Pese a ello, George calculó que en ningún momento nos encontraríamos a más de un día de distancia a pie del lago, de manera que, si necesitábamos agua de manera imperiosa, podíamos dirigirnos hacia allí. Al no azotarnos la refrescante brisa procedente del lago hubo ocasiones en las que estuve a punto de creer que me había deshidratado a causa del calor. El paisaje en aquella zona era más desolador que el que habíamos recorrido en nuestro trayecto por el litoral. No había más que lava y, en consecuencia, había poca caza y ninguna población humana. Por suerte habíamos comprado ovejas en Loyongalani y, aunque la despensa viva de Elsa menguaba con rapidez, eran suficientes para alimentarla. En cambio, la mayoría de nosotros perdimos los kilos que nos sobraban durante aquellos días. Avanzamos con rapidez, ya que los burros cargaban ahora con menos peso y, al no haber agua en la mayor parte de la ruta, teníamos que hacer caminatas más largas.

Transcurridos dieciocho días llegamos de nuevo a Loyongalani, donde pasamos tres jornadas haciendo reparaciones, remendando la guarnicionería y, en general, preparándonos para la segunda parte de nuestro safari: el ascenso al monte Kulal. Esta montaña, situada a unos treinta kilómetros al este del lago, se alza en medio del desierto hasta los dos mil doscientos ochenta y cinco metros de altura y atrapa toda la humedad del monzón en sus niveles superiores, gracias a lo cual un frondoso bosque corona su cumbre. Se trata de un volcán estrecho de cuarenta y cinco kilómetros de longitud, con un cráter



central de unos seis kilómetros y medio de diámetro. Dicho cráter está dividido en dos y escinde la montaña en una porción norte y una sur. Existe la teoría de que, después de que el volcán se extinguiera, un terremoto abrió hondas grietas en el Kulal y causó la sobrecogedora fisura del cráter. Sus lisas paredes están separadas como la monda de una naranja al cortarla. Las profundas crestas descienden novecientos metros desde el borde del cráter. En la parte inferior, pese a resultar invisible desde arriba, hay un desfiladero llamado Il Sigata que conduce hasta las entrañas de la montaña. Sus escarpadas paredes miden centenares de metros de altura y, en algunos puntos, la abertura es tan angosta que el cielo solo se atisba a través de una grieta. Intentamos explorar aquella garganta internándonos por la única entrada accesible, situada en dirección a la estribación este del Kulal, pero al cabo de pocas horas nos dimos por vencidos a causa de las inmensas rocas y las profundas cascadas que bloqueaban el camino.

Para cubrir la montaña a fondo era preciso ascender una mitad, descender hasta los pies de nuevo y luego ascender la segunda mitad. El cometido de nuestro safari era averiguar si la fauna salvaje del lugar se conservaba o estaba decreciendo en número a causa de la caza furtiva. Para ello, compararíamos la situación actual con la que había registrado George hacía doce años, durante su última visita a la zona. En particular, queríamos investigar la situación del gran kudú.

El Kulal no impresiona desde abajo: se trata de una montaña prolongada con amplias crestas que conducen hasta su cima. Sin embargo, tal como estábamos a punto de descubrir, dichas crestas se tornaban tan angostas que los accesos para las bestias de carga eran muy limitados.

La caminata del primer día, por encima de rocas cubiertas por densas capas de lava, fue tremendamente ardua para los burros y mulos. Y el posterior ascenso por unas cumbres afiladas como cuchillos resultó en muchos puntos tan peliagudo que tuvimos que descargarlos y transportar la carga a cuestras.

La segunda noche habíamos ascendido ya dos tercios de la montaña y acampamos en un escarpado valle obstruido por rocas de lava cerca de un pequeño manantial que obligaba a dar de beber a los animales de uno en uno. Era ya muy tarde cuando el último de los burros hubo saciado al fin su sed. Aquel era uno de los pocos estanques en el Kulal y, como es natural, era un

centro vital para la tribu de los samburu, que conduce a sus ganados a las tierras altas del Kulal durante la temporada de sequía.

A Elsa debió de resultarle difícil encontrarse con aquellos grandes rebaños de camellos, vacas, cabras y ovejas alrededor de aquel y otros manantiales, pero era inteligente y noble y, aparentemente consciente de la situación, se resistió al tentador olor de aquellos animales, que a menudo pasaban a tan solo unos metros de ella. En tales ocasiones la encadenábamos, si bien en ningún momento intentó atacar y lo único que quería era alejarse del polvo y del ruido.

El camino de ascenso al Kulal era pronunciado y el clima devino ártico cuando alcanzamos la parte alta de las laderas. Caminamos sobre collados, atravesamos barrancos profundos y salvamos como pudimos los precipicios. La maleza se fue haciendo más baja hasta dar paso a una bella flora alpina.

La mañana siguiente coronamos el Kulal, y fue un alivio caminar por un terreno más o menos regular. Acampamos en un bello calvero, cerca de un manantial bastante fangoso, ensuciado por el ganado de la tribu de los samburu. Los lugareños quedaron boquiabiertos al descubrir que había un león casi adulto en nuestro campamento.

El denso cinturón de bosque cerca de la cima amanecía casi siempre envuelto en una densa niebla, de manera que encendimos una fogata con troncos de cedro para mantenernos calientes. Por la noche hacía tanto frío que Elsa dormía en mi pequeña tienda de campaña, donde le había preparado una cama de líquenes y la cubría con mi manta más cálida. Me pasaba gran parte de la noche abrigándola, porque se destapaba todo el rato y empezaba a temblar. Cada vez que le echaba la manta por encima me lamía el brazo. En ningún momento intentó rasgar la tienda y salir; al contrario, permanecía en su interior hasta mucho después de su hora habitual de despertarse, acurrucada en su cama, donde estaba cómoda y calentita, mientras que en el exterior soplaba un viento fuerte y había una niebla húmeda en el ambiente. Sin embargo, en cuanto el sol deshacía la niebla, recobraba el ánimo y disfrutaba del vigorizante aire de la montaña. Lo cierto es que le encantaba aquel lugar, porque el suelo era blando y frío y en el bosque, además de densas sombras, había multitud de excrementos de búfalo en los que revolcarse.

Gracias a la sombra y a la altitud, caminar durante las horas más calurosas del día no suponía esfuerzo y Elsa tuvo ocasión de explorar la montaña con

nosotros. Observaba a las águilas describiendo círculos en el cielo, y le molestaban los cuervos, que la seguían y descendían a baja altura para fastidiarla. En una ocasión incluso despertó a un búfalo que estaba durmiendo y se dedicó a perseguirlo. Tenía un olfato, un oído y una visión excelentes y nunca se perdía entre el abigarrado sotobosque. Una tarde caminábamos rezagados con respecto a la avanzadilla, que se había adelantado a través de la espesura. Elsa nos tendía emboscadas a modo de juego, ocultándose tras los arbustos, cuando, de repente, desde el lugar por el que había desaparecido nos llegó un rebuzno de pánico. Instantes después, un burro echó a correr entre los matorrales, con Elsa aferrada a él, al ataque. Por suerte, el bosque era tan denso que no podían correr demasiado rápido y enseguida llegamos hasta ellos y le dimos a Elsa una merecida zurra. Nunca había hecho nada por el estilo y me alarmé mucho, porque siempre me había enorgullecido de que obedeciera a mi llamada, en lugar de perseguir a un animal cuando no tocaba. No obstante, una vez más comprendí que la culpable de la situación era yo, por no haber llevado a Elsa amarrada.

Al llegar al borde del cráter que escinde la montaña, miramos al otro lado, a la parte norte, que se hallaba a menos de seis kilómetros y medio de distancia, aunque sabíamos que nos llevaría dos días de camino llegar a esta. Elsa se situó como si tal cosa en el filo del precipicio de seiscientos metros y, al verla allí, estuve a punto de tener un ataque de histeria. Pero los animales parecen no tener miedo a las alturas. Al día siguiente descendimos y el safari llegó a la boca de la magnífica garganta Il Sigata, donde acampamos.

Durante el día, miles de camellos, cabras y ovejas conducidas por altos y apuestos pastores de la tribu rendille pasaron junto al campamento de camino a la poza que había en el desfiladero, seis kilómetros más arriba. Los seguían mujeres que conducían filas de camellos atados con cuerdas de hocico a cola y cargados con depósitos de agua. Eran recipientes de unos treinta litros de capacidad fabricados con fibra tejida muy prieta. Caminamos por la hendedura, o, mejor dicho, nos adentramos en la montaña. El suelo del desfiladero es un cauce fluvial seco que durante ocho kilómetros asciende poco a poco entre las vertiginosas paredes que se elevan a lado y lado; más adentro de la montaña, estas paredes alcanzan los cuatrocientos cincuenta metros de altura y se convierten en precipicios escarpados. En algunos puntos, la garganta es tan angosta que no caben por ella dos camellos cargados en

paralelo y los precipicios sobresalen e impiden ver el cielo. Continuamos mucho más allá del abrevadero para el ganado, donde el hilillo de agua se convierte en un arroyo considerable y se forman charcas de aguas cristalinas entre las rocas. Y entonces llegamos a un desnivel abrupto de nueve metros de altura. Herbert, que es alpinista, consiguió ascenderlo, si bien en la parte superior halló otro gran desnivel.

La garganta de Il Sigata era uno de los lugares preferidos de los cazadores furtivos, pues resulta fácil tumbarse a esperar a que los animales acudan a beber. De hecho, una vez el animal entra en la trampa está vendido, pues la única salida es pasar por delante de los pacientes cazadores.

Desde Il Sigata tardamos un día y medio de caminata en llegar a la parte superior del macizo norte, donde encontramos una población más numerosa de samburu con ganado que en la parte sur. Ello nos obligó a restringir la libertad de Elsa.

No vimos demasiada fauna. El lugar solía estar poblado de búfalos, pero, según nos explicaron, los últimos seis años no habían visitado el confín septentrional de la montaña. Tampoco avistamos grandes kudús, si bien sí vimos el rastro de unos cuantos. George consideraba que la ausencia de fauna salvaje probablemente se debiera al gran número de ganado de los samburu que pastoreaba en la zona y que estaba deforestando la montaña.

La lava resquebrajada y con picos afilados convirtió el descenso hasta Loyongalani en una extenuante batalla, y ni siquiera la imponente vista del lago Rudolf a nuestros pies, con la puesta de sol reflejándose en sus aguas plomizas y recortada contra colinas de un color añil intenso y un cielo amarillo y naranja, compensaba nuestros tropiezos y caídas, cada vez más frecuentes.

Elsa no dejaba de volver la vista hacia la montaña y el fresco bosque, y quería salir corriendo hacia allí, lo cual nos obligó a encadenarla. Al anochecer nos perdimos bajo la oscuridad. Elsa se tumbaba cada pocos metros, dejándonos claro que ya no podía más. Aunque por aquel entonces ya casi era una leona adulta, seguía gustándole chuparme el dedo cuando se ponía nerviosa, y aquella noche lo hizo mucho rato. Al final, el grupo de avanzada disparó algunas balas trazadoras que nos guiaron hasta el campamento. Cuando al fin llegamos allí, extenuados tras una caminata nocturna de pesadilla, Elsa se negó a comer y lo único que quería era estar cerca de mí. A mí también se me había quitado el hambre por el cansancio, e imaginaba bien

cuánto esfuerzo le había costado a Elsa seguir adelante. Obviamente, ella no entendía por qué hacíamos algo tan absurdo como caminar con dificultad por un suelo cubierto de lava irregular de noche, y si continuó adelante fue solo por el afecto y la confianza que nos tenía. A pesar de las penurias que soportó en aquel safari, durante el cual recorrió a pie más de quinientos kilómetros, la vivencia también sirvió para reforzar aún más nuestro vínculo. El mero hecho de estar con nosotros y de saberse segura y querida la hacía feliz. Fue enternecedor verla intentando domeñar sus designios interiores para adaptarse a nuestro modo de vida y complacernos. Era buena por naturaleza, pero su buen temperamento en parte también se debía a que en ningún caso empleamos la fuerza ni la frustración para obligarla a adaptarse a nuestro modo de vida. Nos limitamos a tratarla con amabilidad para ayudarla a superar las diferencias entre nuestros dos mundos.

En la naturaleza, mientras encuentre comida, un león no recorre grandes distancias, y, sin lugar a duda, Elsa había visto más mundo del que habría visto de haber vivido en manada. Aun así, conocía su hogar y, cuando regresamos del safari, retomó sin más sus costumbres y rutinas habituales.

# 05

## ELSA Y LOS LEONES SALVAJES

Elsa es encantadora. Por poco tiempo que pasemos separados, siempre nos recibe ceremoniosamente, caminando del uno al otro y frotando su cabeza contra nosotros mientras maúlla en voz baja. A quien primero saluda de este modo es siempre a mí, luego a George, después a Nuru y, por último, a quienquiera que esté cerca. Sabe detectar al instante a quién le cae bien y reacciona con afecto. Además, tolera a los invitados que de manera más que justificada se ponen nerviosos al verla, si bien se lo hace pasar mal a quienes le tienen mucho miedo. Nunca les ha hecho nada, pero parece divertirse aterrorizándolos.

Había aprendido a utilizar su peso desde que era apenas una cachorrilla y, con el tiempo, se convirtió en toda una experta en esa materia. Cuando quería detenernos, se dejaba caer a plomo sobre nuestros pies, apoyaba el cuerpo contra nuestras espinillas y nos derribaba en el suelo.

Al poco de nuestro regreso del lago Rudolf, cuando la sacamos a dar el paseo vespertino empezó a dar indicios de una creciente inquietud. A veces se negaba a regresar con nosotros y pasaba la noche en el monte. Por lo general conseguíamos llevárnosla yéndola a buscar en el Land Rover. De hecho, no tardó en decidir que regresar a casa a pie era malgastar energías cuando podíamos ir a buscarla en coche. Saltaba sobre el techo de lona, se repantingaba a su antojo y, desde aquella atalaya, observaba en busca de caza mientras conducíamos. Se trataba de un acuerdo satisfactorio desde su punto de vista, pero, por desgracia, los fabricantes no habían diseñado el techo del todoterreno para que una leona lo utilizara como sofá: las sujeciones empezaron a ceder bajo su peso y Elsa fue cayendo cada vez más sobre

nuestras cabezas. Al final, George tuvo que colocar sujeciones adicionales y reforzar la lona.

Cuando no estaba con nosotros, quedaba a cargo de Nuru. Un día pensamos en filmarlos y le indicamos al muchacho que se pusiera algo más elegante que los andrajosos pantalones y la camisa que llevaba siempre. Al cabo de pocos minutos apareció vestido con una llamativa chaqueta de color crema entallada con galones y alamares en el delantero que había comprado para su boda. Pensamos que tenía el aspecto de un domador de leones profesional. Elsa lo miró y salió disparada hacia los matorrales, desde donde asomó la cabeza entre unos arbustos hasta que hubo determinado su identidad. Luego se le acercó y le dio un golpecito como diciéndole: «¡Menudo susto me has dado!».

Nuru y Elsa vivieron muchas aventuras juntos. Por ejemplo, un día Nuru nos relató que, mientras descansaban a la sombra de un arbusto, un leopardo se les había acercado con rapidez. Elsa lo observó con entusiasmo y, pese a la tensa emoción, mantuvo inmóvil todo su cuerpo, excepto la cola, hasta que el leopardo se hallaba casi encima de ella. Entonces, de pronto, el animal se percató de la cola en movimiento de Elsa y huyó como el rayo, y faltó poco para que arrollara a Nuru en su huida.

Elsa tenía ya veintitrés meses y su voz había cambiado para convertirse en un grave rugido. Un mes más tarde parecía estar de nuevo en celo y orinaba en muchos arbustos para atraer a los machos. Por lo general nos seguía en nuestros paseos allá donde fuéramos, pero hacía dos días que parecía decidida a cruzar el valle. Aquella tarde en concreto la seguimos y no tardamos en descubrir las pisadas frescas de un león. Al anochecer, se negó a regresar con nosotros. Puesto que nos hallábamos cerca de una pista forestal, fuimos a por el Land Rover y George partió de nuevo en su busca mientras yo permanecía en casa por si le daba por tomar un atajo. Cuando George llegó al lugar donde la habíamos dejado, la llamó a gritos durante un rato, pero no obtuvo más respuesta que el eco de su voz en las montañas... Condujo un kilómetro y medio más allá, llamándola a intervalos. Y luego, con la esperanza de que Elsa hubiera decidido regresar, volvió a casa. Le dije que la había esperado durante dos largas horas, pero que no había rastro de ella, de manera que volvió a marcharse y, al cabo de un rato de su partida, escuché un disparo. Estuve hecha un manojo de nervios hasta que regresó, y entonces me

apesadumbró mucho lo que me contó.

Había conducido por el monte y la había llamado durante media hora, pero Elsa no había aparecido. Después había detenido el coche en un calvero para pensar por dónde continuar. De pronto, a unos doscientos metros por detrás del *jeep*, había oído un gran alboroto causado por una lucha de leones. Instantes después había aparecido una leona corriendo seguida por otra muy de cerca. Al pasar por delante de él como un rayo, George había agarrado el rifle y le había disparado una bala al segundo animal, presumiendo, probablemente con razón, que se trataba de una leona celosa decidida a encarnizarse con Elsa. Enseguida se subió al coche y se dispuso a perseguirlas. Condujo por una senda angosta entre tupidos arbustos de espinos, alumbrando con un foco a un lado y a otro, hasta que le cortaron el paso un león y dos leonas, quienes se apartaron de en medio con reticencias y entre estentóreos rugidos.

Fue entonces cuando acudió en mi busca. Juntos, partimos de nuevo hacia allí, pero al llegar, por más que llamamos desesperados a Elsa una y otra vez, no escuchamos ningún sonido familiar como respuesta. En aquel momento, como a modo de escarnio, los leones se pusieron a rugir en coro a unos cuantos centenares de metros de distancia. Condujimos hasta ellos y divisamos tres pares de ojos centelleantes. No había nada que pudiéramos hacer. Apesadumbrados, regresamos a casa. ¿Mataría a Elsa la leona celosa? En su estado actual podría haberse apareado fácilmente con el león, y en ese caso su suerte dependería de si la otra leona estaba dispuesta a tolerar una rival.

Para nuestro gran alivio, apenas habíamos recorrido un kilómetro y medio por aquella pista cuando encontramos a Elsa olisqueando un arbusto. Nos ignoró por completo. Intentamos convencerla de que viniera con nosotros, pero permaneció en el mismo lugar, mirando con melancolía hacia el monte, en dirección a donde habían provenido los últimos rugidos de los leones. Empezaron a escucharse de nuevo, cada vez más cerca. Treinta metros a nuestra espalda había un lecho fluvial seco y la manada se detuvo allí a rugir con energía.

Con la medianoche ya tocada, Elsa se sentó bajo la luz de la luna entre los leones y nosotros; ambas partes la reclamábamos entre los nuestros. ¿Quién ganaría aquella disputa? De repente, Elsa hizo ademán de dirigirse hacia los leones y yo grité:

—¡Elsa, no, no vayas! ¡Te van a matar!



Volvió a sentarse y a mirar primero hacia nosotros y luego hacia los de su propia especie, indecisa. La situación se prolongó durante una hora, tras lo cual George disparó dos tiros en dirección a los leones, que huyeron en silencio. Entonces, puesto que Elsa aún no se había decidido, condujimos despacio de regreso a casa, con la esperanza de que nos siguiera, y fue lo que hizo. A regañadientes, caminó en paralelo al coche, volviendo la vista en numerosas ocasiones, hasta que al final saltó sobre el techo y la llevamos a casa. Cuando llegamos estaba muy sedienta y exhausta y bebió sin parar.

¿Qué habría ocurrido durante las cinco horas que Elsa había pasado con los leones? ¿La hubiera aceptado una manada salvaje pese al olor a humano que desprendía? ¿Podía ignorar un macho a una hembra en celo? ¿Por qué había regresado con nosotros en lugar de unirse a los de su especie? ¿Acaso temía a la leona fiera? Nos formulamos todas aquellas preguntas, pero la única certeza que hallamos era que había salido ilesa de la experiencia.

No obstante, después de aquella aventura, la llamada de la selva se hizo cada vez más fuerte. A menudo, Elsa no regresaba con nosotros al anochecer, y pasamos muchas noches buscándola. Durante la estación seca, el agua era lo que nos ayudaba a retenerla, porque solo podía encontrarla en casa.

Las rocas eran su lugar favorito, y siempre escogía posarse en lo alto de un risco o en alguna otra posición segura que le sirviera de atalaya. En una ocasión, pese a haber oído himplar a un leopardo en las proximidades, no nos quedó más remedio que dejarla en una de aquellas rocas. A la mañana siguiente regresó con varios rasguños ensangrentados y nos preguntamos si se los habría provocado el leopardo.

En otra ocasión, tras la puesta de sol, Elsa siguió las risas de una hiena, que al poco se convirtieron en chillidos histéricos a los que respondió con sonoros rugidos. George acudió corriendo a ver qué sucedía y llegó justo a tiempo para abatir de un disparo a una o dos hienas que se abalanzaban sobre ella. Después, Elsa se llevó su «caza» a un arbusto, arrastrándola entre las patas delanteras, como hacía de cachorra con las lonas para el suelo. Pero, aunque ya tenía dos años, sus dientes no podían penetrar la piel de una hiena y no sabía qué hacer con su presa.

A aquella edad, las jirafas eran aún sus amigas preferidas. Las acechaba desplegando todo tipo de estratagemas, pero ellas eran infalibles detectándola antes de que se les aproximara demasiado. Ello se debía en gran medida a que

Elsa parecía incapaz de controlar su cola. Podía dejar todo el cuerpo paralizado y no mover siquiera las orejas, pero la vistosa borla negra de su cola no paraba nunca quieta. En cuanto las jirafas la divisaban, se producía una competición para ver quién era la más osada. Una a una, en semicírculo, se le iban acercando, emitiendo unos resoplidos bajos interminables, hasta que Elsa no podía contenerse más, echaba a correr y provocaba la huida de la manada. En dos ocasiones había perseguido durante un rato a un enorme macho viejo, el cual no se había dado por vencido hasta después de recorrer un kilómetro y medio, momento en el que se detuvo, ya fuera porque le faltaba el aliento o porque se había hartado de la persecución. Entonces Elsa se le acercó poco a poco, describiendo círculos cada vez más estrechos a su alrededor y manteniéndose apartada de las potentes patas delanteras de la jirafa, que podían partirla el cráneo de una coz.

Elsa parecía entrar en celo cada dos meses y medio. Nos habían informado de que la indicación más evidente de tal estado era un sonoro ronroneo, pero, aunque había estado en celo ya en dos ocasiones, no habíamos notado nada de eso, solo un olor peculiar y el hecho de que rociaba con sus chorros incitantes los arbustos.

Poco después de su aventura con los leones, Nuru informó de que, al intentar seguirla en su paseo matinal, Elsa le había rugido repetidas veces. Era evidente que quería que se mantuviera rezagado mientras ella se dirigía con determinación hacia las montañas. Y así, pese al calor creciente, se había alejado al trote hasta que Nuru la había perdido entre las rocas. Por la tarde seguimos su rastro, pero enseguida lo perdimos y lo único que pudimos hacer fue llamarla desde los pies de los acantilados. Como respuesta obtuvimos un rugido extraño, no de Elsa, pero indudablemente sí de un león. Al poco la vimos descendiendo con dificultad por una ladera, por encima de las piedras, llamándonos como de costumbre. Cuando llegó hasta nosotros, se desplomó en el suelo, exhausta, jadeante y muy excitada. Habíamos llevado agua y parecía no saciar nunca su sed. Entonces vimos que tenía varios zarpazos ensangrentados en las patas traseras, en los hombros y en el cuello, así como dos perforaciones en la frente, que también sangraban y sin duda estaban provocadas por mordiscos, no por zarpas.<sup>4</sup>

Aunque normalmente Elsa no tenía un olor característico, en aquel momento sí desprendía un fuerte olor, mucho más intenso que el que despedía

en su época de celo. En cuanto se hubo recuperado un poco nos saludó como de costumbre y añadió un sorprendente ronroneo dedicado a cada uno de nosotros, como diciendo: «Mirad lo que he aprendido».

Cuando estuvo segura de tener nuestra admiración, volvió a tumbarse en el suelo y se quedó dormida durante dos horas. Era evidente que había estado apareándose con un león mientras la llamábamos.

Dos días después desapareció durante todo un día con su noche y encontramos su rastro junto al de un león; parecían haberse apareado varias veces.

A partir de entonces, Elsa pasó cada vez más noches fuera. Intentábamos que regresara a casa conduciendo cerca de sus lugares favoritos y llamándola. De vez en cuando acudía a nuestro reclamo, pero por lo general no lo hacía. A veces desaparecía, sin comida ni agua, durante dos o tres días. El agua nos servía aún para retenerla, pero faltaba poco para que llegaran las lluvias y fuimos conscientes de que entonces perderíamos todo el control sobre ella. Eso planteaba un problema que teníamos que resolver, y que se agravaba por el hecho de que en mayo llegaría el momento de nuestras largas vacaciones en ultramar. Siempre habíamos sabido que no podríamos dejarla vivir en libertad de manera indefinida en Isiolo. Nuestra idea original había sido enviarla junto a sus hermanas al zoo de Róterdam, y teníamos todos los acuerdos en regla por si surgía una emergencia. Pero Elsa había tomado las riendas de su futuro y sus últimas vivencias alteraron de manera decisiva nuestros planes para ella. Como habíamos tenido la fortuna de criarla en su entorno natural y parecía tan a gusto en el monte y los animales salvajes la aceptaban, consideramos que tal vez representara una excepción a la regla de que las mascotas puestas en libertad mueren a manos de su propia especie a causa de su olor humano o de su desconocimiento de la vida salvaje. Merecía la pena llevar a cabo el experimento de liberar a Elsa en su entorno natural.

Teníamos previsto pasar dos o tres semanas con ella, y luego, si todo salía bien, nos tomaríamos nuestras largas vacaciones, que supuestamente pasaríamos fuera de Kenia para cambiar de clima.

Teníamos que decidir dónde liberar a Elsa. Por desgracia, Isiolo estaba demasiado poblado para ponerla en libertad allí, pero conocíamos una zona donde durante gran parte del año no había humanos ni ganado y, en cambio, sí había fauna en abundancia, sobre todo leones.

Nos autorizaron a liberar a Elsa en aquel lugar y resolvimos que no había tiempo que perder, pues la estación lluviosa estaba al caer y debíamos llevarla a su futuro hogar antes de que empezara.

Para llegar allí debíamos recorrer quinientos cincuenta kilómetros, atravesar los altiplanos y el gran valle del Rift, así como una región bastante poblada donde había numerosas granjas europeas. Para ahorrarle a Elsa el bochorno de tener que enfrentarse a multitudes boquiabiertas y africanos curiosos en cada parada, además de para evitar las horas más calurosas del día, decidimos viajar de noche. Habíamos dispuesto iniciar el viaje a las siete de la tarde, pero Elsa tenía otra idea en mente. Antes de partir la llevamos de paseo como de costumbre a sus rocas favoritas, situadas frente a nuestra casa, al otro lado del valle. Allí la fotografié por última vez en su hogar. Habitualmente se mostraba tímida con la cámara y detestaba que la filmaran o la dibujaran. En cuanto veía una de esas espantosas cámaras resplandecientes enfocándola giraba la cabeza, se la tapaba con una pata o se marchaba caminando sin más. Aquel último día en Isiolo la sometimos a una buena sesión con la Leica de la que acabó a todas luces harta. Y se vengó de nosotros por ello. En un momento en el que dejé la cámara sin protección, saltó sobre ella, la agarró entre los dientes y se la llevó al galope sobre las rocas, donde la hizo oscilar con gesto provocador entre sus fauces y, sujetándola con firmeza entre las patas, la mordisqueó. Cuando conseguimos recuperarla comprobamos que, de puro milagro, no había sufrido desperfectos graves.

Era ya hora de regresar a casa para iniciar el largo viaje, pero justo entonces Elsa decidió acomodarse en una roca y contemplar el valle al modo característico de su especie, y no hubo manera de moverla de allí. Saltaba a la vista que no tenía ninguna intención de regresar a pie y que esperaba que la recogiéramos con el *jeep*. Las esperanzas de partir a la hora prevista se desvanecieron. George fue a casa y regresó con el Land Rover hasta los pies de las montañas donde había dejado a Elsa, pero ya no estaba allí. Al parecer, había decidido salir a dar su paseo nocturno. La llamó, pero no obtuvo respuesta. Reapareció a las once de la noche, saltó al techo del *jeep* y dio su consentimiento para que la llevaran a casa.

## 06

### PRIMERA PUESTA EN LIBERTAD

Había tocado ya la medianoche cuando al fin conseguimos encerrar a Elsa en su jaula de viaje y emprendimos la marcha. Con la esperanza de hacerle el viaje más fácil, le administré un tranquilizante; el veterinario nos había dicho que era un medicamento inofensivo y que le haría efecto durante unas ocho horas. Para dar a Elsa todo el apoyo moral posible, yo viajé con ella en la parte trasera de la camioneta. Durante la noche recorrimos un paisaje situado a dos mil quinientos metros por encima del nivel del mar y hacía un frío mortal. Por el efecto del tranquilizante, Elsa estaba semiconsciente, pero incluso en aquel estado cada pocos minutos estiraba las patas a través de los barrotes de la jaula para asegurarse de que yo seguía allí. Tardamos diecisiete horas en llegar a nuestro destino. El efecto del tranquilizante no desapareció hasta una hora después de nuestra llegada. Durante aquellas dieciocho horas, Elsa se puso muy fría, se le ralentizó la respiración y yo llegué a temer incluso que fuera a morir. Por suerte, se recuperó, pero aquella experiencia nos demostró que hay que ser muy cautelosos al administrar medicinas a los leones, puesto que estos son mucho más sensibles a sus efectos que otros animales y cada ejemplar reacciona a ellas de manera distinta. Habíamos tenido una vivencia previa en este sentido, cuando habíamos rociado a las tres cachorras con polvos insecticidas: una de ellas había reaccionado bien, la otra había enfermado y Elsa había tenido incluso convulsiones.

Hacia rato que había atardecido cuando llegamos a nuestro destino, donde nos recibió un amigo, el guarda de caza del distrito. Instalamos el campamento en un lugar maravilloso, a los pies de un macizo de trescientos metros de altura que domina una inmensa llanura de monte abierto atravesado por un

cinturón de vegetación oscura que señala el cauce de un río. Al encontrarnos a una altitud de mil quinientos metros, corría un aire fresco. Justo delante de nuestro campamento, una extensa pradera descendía hacia una llanura en la que pastaban manadas de gacelas de Thomson, topis, ñus, cebras de Burchell, antílopes ruanos, búbalos y unos cuantos búfalos. Era un paraíso animal. Mientras montaban las tiendas de campaña llevamos a Elsa de paseo y se dedicó a correr entre las manadas, sin saber a cuál seguir, porque había animales corriendo en todas direcciones. Como si quisiera zafarse de los efectos del espantoso viaje, Elsa se perdió entre aquellos nuevos compañeros de juego, quienes se mostraron bastante sorprendidos de encontrar a una leona tan rara entre ellos, una leona que corría como una loca hacia aquí y hacia allá sin motivo aparente. Pero al rato Elsa se cansó y regresó trotando al campamento para cenar.

Nuestro plan era el siguiente: durante la primera semana llevaríamos a Elsa sobre el techo del Land Rover de paseo por la nueva región para que se acostumbrara a ella y a los animales, muchos de los cuales pertenecían a especies que no conocía porque no habitan en la Frontera Septentrional. Durante la segunda semana teníamos previsto dejarla pernoctar al raso, mientras estaba activa en el bosque, y visitarla y alimentarla por las mañanas, cuando estuviera adormilada. Después reduciríamos sus comidas, con la esperanza de que ello la alentara a cazar para comer o bien a unirse a un león salvaje.

La mañana después de nuestra llegada iniciamos nuestro programa. Primero le quitamos el collar, como símbolo de liberación. Elsa saltó al techo del Land Rover y nos pusimos en movimiento. Recorridos solo unos pocos centenares de metros vimos una leona caminando en paralelo a nosotros cuesta abajo; pasó cerca de muchos antílopes que hicieron caso omiso de su presencia, sin duda al constatar, por su carrera decidida y constante, que en aquel momento no le interesaba cazar. Nos acercamos con el *jeep* a la leona. Elsa, muy emocionada, saltó de su asiento y, emitiendo rugidos suaves, siguió con precaución a aquella nueva amiga. Pero en cuanto la leona se detuvo y se dio media vuelta, Elsa se acobardó y regresó corriendo a toda velocidad a la seguridad del coche. La otra leona continuó su marcha resuelta y, al poco, descubrimos a seis cachorros aguardándola sobre un pequeño hormiguero entre unas hierbas altas.

Proseguimos nuestro camino y sorprendimos a una hiena mordisqueando un hueso. Elsa saltó del coche y persiguió al desconcertado animal, que solo tuvo tiempo de agarrar el hueso y echar a correr penosamente de allí. Pese a su torpeza, consiguió escapar, si bien perdió el hueso por el camino.

Después atravesamos varias manadas de antílopes, a quienes parecía suscitar curiosidad la imagen de un Land Rover sobre el cual viajaba una leona y quienes nos permitieron, siempre que permaneciéramos en el *jeep* y no habláramos, acercarnos a pocos metros de ellos. Durante todo aquel tiempo, Elsa observaba con atención, pero solo hacía ademán de saltar del coche cuando divisaba a un animal con la guardia baja, paciendo de espaldas a ella, o luchando; entonces descendía en silencio y caminaba con sigilo, pegando la panza al suelo y aprovechando cualquier escondite posible para avanzar de este modo hacia su víctima. En cuanto el animal parecía recelar, Elsa se quedaba completamente inmóvil o, si creía que podía manejar la situación mejor de este modo, fingía desinterés, se lamía las zarpas, bostezaba e incluso se tumbaba boca arriba, hasta que el animal se sentía seguro. Y entonces retomaba de nuevo el acecho. Aun así, por astuta que fuera, en ningún momento estuvo ni siquiera cerca de cazar.

Las pequeñas gacelas de Thomson provocaban a Elsa de manera poco noble, confiadas en la ley no escrita de la selva de que un animal superior jamás ataca a uno de menor tamaño salvo para alimentarse. Son las verdaderas pilluelas de la llanura, unas criaturas de lo más curiosas que no dejan la cola quieta ni un instante. Se dedicaron a fastidiar a Elsa con el simple propósito de que las persiguiera, pero Elsa parecía aburrída, no les hizo ningún caso y, con dignidad, las puso en su sitio.

Los búfalos y los rinocerontes eran arena de otro costal. Era «imperativo» perseguirlos. Un día, desde el coche, divisamos un búfalo atravesando la planicie a medio galope. Quizá le llamara la atención ver a una leona montada sobre el techo de un Land Rover. Elsa saltó sin más al suelo y, ocultándose entre la maleza, se dispuso a acecharlo. El búfalo tuvo la misma idea y saltó para esconderse entre las matas, si bien en dirección contraria. Nos mantuvimos a la espera, observando, hasta que el búfalo saltó de golpe y Elsa lo persiguió con valentía.

En otra ocasión, desde su asiento en el Land Rover, vio dos búfalos dormidos en un matorral. Y para allá que se dirigió. Siguió bramidos,

choques y un tremendo alboroto, hasta que al fin los búfalos salieron de entre las matas y se alejaron al galope en direcciones opuestas.

Los rinocerontes también la estimulaban. Un día tropezamos con uno que se hallaba de pie, profundamente dormido, con la cabeza enterrada en una mata. Elsa lo acechó con suma cautela y prácticamente logró frotarse el hocico con él. Entonces el pobre animal se despertó de golpe, soltó un resoplido de asombro y, con aire perplejo, dio media vuelta y salió como una flecha hacia una ciénaga cercana, donde se revolvió en el agua y acabó por dar una ducha a Elsa, que se unió al chapoteo. Difuminados por la espuma generada, la pareja desapareció de nuestra vista. Elsa regresó pasado un buen rato, mojada pero orgullosa.

Le encantaba trepar a los árboles, y a veces, tras buscarla en vano entre el herbazal, la encontrábamos balanceándose en la copa de un árbol. En más de una ocasión tuvo dificultades para descender al suelo. Una vez, tras intentar varias posibilidades, y haciendo que la rama sobre la que se encontraba se combara de manera alarmante por efecto de su peso, vimos su cola colgando entre el follaje, seguida por sus apuradas patas traseras, y al final cayó en la hierba desde más de seis metros de altura. Se avergonzó de haber perdido la dignidad ante su público, ya que, si bien le deleitaba hacernos reír cuando era eso lo que pretendía, detestaba que se rieran de ella. Se alejó a toda prisa de nosotros, que le concedimos el tiempo necesario para recuperar su autoestima. Cuando más tarde fuimos a buscarla, la encontramos recibiendo en audiencia a seis hienas. Los siniestros animales estaban sentados en círculo a su alrededor y yo me puse un poco nerviosa. Pero, como si quisiera compensar su torpeza anterior en el árbol, Elsa nos demostró que era muy superior a las aburridas hienas. Bostezó, se desperezó e, ignorándolas, caminó hacia nosotros. Las hienas se alejaron renqueantes, volviendo la vista atrás, quizá desconcertadas por la aparición de los extraños amigos de la leona.

Una mañana seguimos a unos buitres que volaban en círculo y, al poco, dimos con un león devorando una cebra que había cazado. Estaba tan ocupado desgarrando la carne que no nos prestó atención. Elsa descendió con precaución del todoterreno, rugiéndole, y, a continuación, aunque no recibió ninguna señal de aliento por su parte, se le acercó con cuidado. Al final, el león alzó la vista y la miró a la cara. Parecía preguntarle: «¿Acaso no conoces las normas de buena educación de los leones? ¿Cómo te atreves, hembra, a



interrumpir al señor mientras come? Se te permite que caces para mí, pero después tienes que esperar hasta que yo me haya comido mi parte para poder acabarte los restos».

Evidentemente, a la pobre Elsa no le gustó su expresión y regresó tan rápido como pudo a la protección del coche. El señor continuó comiendo y lo observamos durante un rato largo, con la esperanza de que Elsa recobrará el valor, pero no hubo manera de que abandonara su atalaya segura.

La mañana siguiente tuvimos más suerte. Sobre un hormiguero, vimos un topi quieto como un centinela mirando fijamente en una dirección. Seguimos su mirada y divisamos un joven león descansando entre las altas hierbas, al calor del sol. Era un magnífico macho joven, con una bonita melena rubia, y Elsa pareció sentirse atraída por él. «El marido perfecto para ella», pensamos. Condujimos hasta situarnos a unos treinta metros del león, que se mostró levemente sorprendido al ver a su futura novia sentada sobre un *jeep*, pero reaccionó con amabilidad. Elsa, al parecer víctima de la timidez y la coquetería, emitía rugidos suaves, pero se negaba a bajar del techo, así que nos alejamos un poco con el coche y la convencimos para que descendiera. Luego, sin más preámbulo, la dejamos allí y condujimos hasta el otro lado del león, lo cual la obligaría a pasar junto a él para llegar hasta nosotros. Tras mucho dudarle, reunió el valor suficiente para caminar hacia el león. Cuando se hallaba a diez pasos de él, se tumbó con las orejas gachas y agitando la cola. El león se puso en pie y se dirigió hacia ella (estoy convencida) con las mejores intenciones, pero Elsa entró en pánico y regresó corriendo al coche.

Nos marchamos de allí y, por curioso que parezca, fuimos a dar justo con una manada de dos leones y una leona con una presa.

Fue un golpe de suerte. Debían de haberla cazado hacía muy poco, porque estaban tan concentrados en su comida que, por más que Elsa hablaba con ellos, no le prestaban ni la menor atención. Al final dejaron la pieza, con sus abultadas panzas oscilando de lado a lado. Elsa no perdió tiempo en inspeccionar los restos del animal, su primer contacto con una verdadera pieza de caza. Nada mejor para nuestro objetivo que aquella comida provista por leones que desprendía olor a carne fresca. Después de que Elsa se comiera su parte, arrastramos la pieza hasta el joven león que se había mostrado tan afable. Albergábamos la esperanza de que, si Elsa le proporcionaba algo de comer, se formaría una opinión favorable de ella. Dejamos a Elsa con la pieza

de caza cerca del león y nos marchamos de allí. Al cabo de unas horas decidimos volver a comprobar qué había sucedido, pero encontramos a Elsa a medio camino de regreso al campamento. No obstante, como aquel león había mostrado interés en ella, durante la tarde volvimos a llevarla junto a él. Lo encontramos quieto en el mismo sitio. Elsa se comunicó con él desde su trono como si fueran viejos amigos, pero saltaba a la vista que no tenía ninguna intención de apearse del coche.

Para instarla a que abandonase su asiento, aparcamos detrás de un matorral, me bajé del coche... y por poco me derriba una hiena que salió como una flecha de su fresco retiro, donde encontramos una cría de cebra recién cazada, sin duda por el león rubio. Era la hora de comer de Elsa y, sin temor a las consecuencias, saltó del *jeepy* se dispuso a comerse el potrillo. Aprovechamos la oportunidad para marcharnos de allí en el coche tan rápido como pudimos y la dejamos sola para su aventura nocturna. A primera hora de la mañana, ansiosos por comprobar el resultado del experimento, fuimos a visitarla con la esperanza de encontrar a la joven pareja junta. Pero lo que encontramos fue a la pobre Elsa esperando exactamente en el punto en el que la habíamos abandonado, sin el león y sin la pieza de caza. Estaba encantada de vernos, desesperada por quedarse con nosotros, y me succionó los pulgares con frenesí para asegurarse de que todo seguía como siempre. Me entristeció profundamente haberle herido los sentimientos y no poderle explicar que lo que habíamos hecho era por su bien. Cuando se hubo calmado y se sintió lo bastante segura en nuestra compañía como para dormirse, decidimos, con el corazón partido, traicionar de nuevo su confianza y escabullirnos de allí.

Hasta entonces siempre le habíamos dado la carne despiezada, para que no asociara su alimento con los animales vivos. Ahora necesitábamos revertir el sistema, de manera que, durante su siesta de mediodía, condujimos cien kilómetros para cazarle un cervatillo. Tuvimos que recorrer tanta distancia porque estaba prohibido cazar cerca del campamento. Le llevamos el ciervo entero, preguntándonos si sabría cómo abrirlo, puesto que no había tenido una madre que le enseñara a hacerlo. No tardamos en averiguar que el instinto le indicaba exactamente qué hacer; empezó por la parte interior de las patas traseras, donde la piel es más blanda, le arrancó las entrañas y, tras deleitarse con estas exquisiteces, enterró el contenido del estómago y cubrió el rastro de sangre, tal como hacen los leones. Luego royó la carne de los huesos con los

molares y la arrancó raspándola con su áspera lengua.

Una vez comprobamos que sabía hacerlo, llegó el momento de dejarla cazar por sí misma. La llanura estaba repleta de matorrales aislados que servían de guarida ideal para cualquier animal. Lo único que tenían que hacer los leones cuando querían comer era esperar ocultos hasta que un antílope se acercaba a la carrerilla, salir tras él y cazar su cena.

A partir de entonces dejamos a Elsa sola durante dos o tres días seguidos, con la esperanza de que el hambre la espoleara a cazar. Pero cuando regresábamos la encontrábamos esperándonos, hambrienta. Era descorazonador tener que acatar el programa que habíamos trazado cuando era evidente que lo único que Elsa quería era estar con nosotros y recibir nuestro cariño. Lo demostraba a las claras chupándose los pulgares y abrazándonos con sus zarpas. No obstante, sabíamos que debíamos perseverar por su propio bien.

Para entonces ya éramos conscientes de que dejar a Elsa en libertad en la naturaleza nos llevaría mucho más tiempo de lo que habíamos previsto, de ahí que solicitáramos al Gobierno permiso para permanecer en el país durante las largas vacaciones con el fin de llevar a término nuestro experimento, petición que tuvieron la amabilidad de autorizar. Tras recibir el permiso, nos sentimos mucho más aliviados, pues sabíamos que disponíamos del tiempo necesario para completar nuestra labor.

Incrementamos el número de días que dejábamos a Elsa sola y reforzamos los cercados de espino alrededor de nuestras tiendas de campaña para que resultaran impenetrables para los leones. En realidad, lo hicimos para evitar que Elsa nos visitara cuando estaba hambrienta.

Una mañana, estando ella con nosotros, localizamos a un león en apariencia plácido y de buen humor. Elsa saltó del coche y nosotros tuvimos el tacto de dejar a la pareja a solas. Aquella noche, mientras nos encontrábamos sentados en nuestra tienda protegida por espinos, escuchamos el repentino rugido de Elsa y, antes de que tuviéramos tiempo de detenerla, se deslizó con cautela entre los espinos y se acomodó entre nosotros. Tenía zarpazos ensangrentados en diferentes partes del cuerpo y había recorrido trece kilómetros para regresar junto a nosotros, lo que ponía de manifiesto que prefería nuestra compañía a la del felino.

La vez siguiente la dejamos a una mayor distancia del campamento. En el

trayecto vimos dos elands gigantes, cada uno de ellos de unos setecientos kilos, enzarzados en una lucha. Elsa saltó sin más del *jeep* y se lanzó al acecho. Al principio, los elands estaban tan enfrascados en su refriega que no se percataron de su presencia, pero, cuando lo hicieron, Elsa esquivó por poco una coz salvaje de uno de ellos. Dejaron la riña y Elsa los persiguió durante una corta distancia, tras lo cual regresó hacia nosotros muy orgullosa de sí misma.

Poco después encontramos dos jóvenes leones sentados en la hierba, a campo abierto. Nos parecieron los compañeros ideales para ella, pero por entonces Elsa recelaba ya de nuestras estratagemas y se negaba a bajar del coche, si bien se comunicó con ellos con agitación. Dado que no teníamos modo de obligarla a bajar, dejamos pasar aquella oportunidad y proseguimos nuestro camino hasta encontrar a dos gacelas de Thomson enzarzadas en una lucha; la imagen hizo que Elsa saltara del coche y nos alejamos de allí a toda prisa, dejándola atrás para que continuara su aprendizaje sobre la vida en la naturaleza.

Tardamos casi una semana en regresar. La encontramos esperando y muy hambrienta. Se mostró muy cariñosa; por más veces que la hubiéramos engañado, por más que hubiéramos traicionado su confianza y por más que hubiéramos hecho para destruir su fe en nosotros, seguía siendo leal. Le echamos un poco de carne que habíamos llevado con nosotros y se dispuso a comérsela al instante. De pronto escuchamos unos gruñidos inconfundibles y, al poco, vimos a un par de leones trotando a toda velocidad hacia nosotros. Era evidente que habían salido de caza, y probablemente hubieran olido la carne. Se aproximaban a mucha velocidad. La pobre Elsa evaluó la situación y huyó tan aprisa como pudo, dejando atrás su preciada comida. Entonces apareció un chacal que hasta entonces debía de haber estado oculto entre las hierbas, aprovechó su oportunidad y empezó a comerse bocado a bocado la carne de Elsa, consciente de que la suerte no le sonreiría demasiado tiempo. Y, en efecto, así fue, ya que uno de los leones avanzó a un ritmo constante hacia él emitiendo rugidos de amenaza. Pero la carne es carne y no iba a resultar tan fácil ahuyentar al pequeño chacal, que se aferró a su posesión y le dio tantos bocados como pudo hasta tener al león prácticamente encima. E incluso entonces, con unas agallas increíbles, intentó proteger su comida, pero el tamaño se impuso a la valentía y el león se proclamó vencedor. Elsa

contempló la escena desde la distancia y vio cómo le arrebataban su primera comida en muchos días. Dadas las circunstancias, resultaba duro constatar que lo único que les interesaba a los dos leones era la carne. No le hicieron caso alguno. Para resarcirla por tal decepción nos la llevamos con nosotros.

En el campamento recibimos la visita de algunas personas. La primera comitiva venía a contemplar la fauna. George los invitó a pasar y, cuando estábamos a punto de explicarles que teníamos una leona domesticada en el campamento, Elsa, que había escuchado el coche, apareció de un brinco, rebotando de curiosidad y de simpatía. Se quedaron perplejos, por decirlo con suavidad, pero se lo tomaron bien.

Después, una pareja suiza que había oído decir que teníamos una leona cachorra vino a verla. Creo que esperaban encontrar un animal pequeño que pudieran tomar en sus brazos y acurrucar, pero al ver a Elsa, con sus ciento cuarenta kilos, sobre el techo del Land Rover se quedaron paralizados y tardamos un rato en convencerlos para que salieran de su coche y se quedaran a comer con nosotros. Elsa era la viva imagen de la cortesía, recibía con amabilidad a los forasteros, y solo en una ocasión barrió la mesa con la cola. Después de aquello, la pareja quedó encandilada con Elsa y nos pidieron que los fotografiáramos con ella desde todos los ángulos.

Llevábamos cuatro semanas acampados y, aunque Elsa había pasado la mayor parte de los últimos quince días en la selva, todavía no había empezado a cazar. Había dado comienzo ya la estación de las lluvias y cada tarde se producían aguaceros. Las condiciones en aquella región eran muy distintas de las de Isiolo; para empezar, era mucho más fría, y a diferencia de Isiolo, donde la tierra es arenosa y se seca al cabo de pocas horas, aquellos terrenos de algodón negro se convertían en cenagales tras las precipitaciones; además, al estar cubiertos de hierbas que llegaban hasta la altura de la cintura, a veces tardaban semanas en secarse. En casa, Elsa había disfrutado de las lluvias y las había vivido con entusiasmo; en su nuevo hogar, en cambio, parecía abatida.

Una noche cayó un chaparrón incesante. Antes del alba habían caído ciento veinte litros por metro cuadrado y el paisaje había quedado inundado. Por la mañana caminamos con dificultad por un barro que nos llegaba hasta las rodillas y encontramos a Elsa a medio camino de regreso al campamento. Parecía triste y tan desesperada por estar con nosotros que nos la llevamos a

casa. Aquella noche escuchamos de pronto un galope aterrorizado pasando junto al campamento, seguido de una quietud absoluta. ¿Qué drama estaría teniendo lugar ahí fuera? A continuación, se oyó la risa histérica de las hienas mezclada con los aullidos agudos de los chacales, que no tardaron en quedar silenciados por los gruñidos de al menos tres leones. Pensamos que debían de haber cazado justo a las afueras del campamento. ¡Menuda oportunidad para Elsa! Pero, mientras escuchábamos fascinados el magnífico coro de aullidos y ruidos penetrantes intercalados con estentóreos rugidos graves, Elsa se dedicó a restregar su cabeza contra nosotros y a mostrarnos lo contenta que estaba de hallarse en el interior del recinto de espinos en nuestra compañía.

Tras varios días, las lluvias amainaron y retomamos nuestros intentos de convertir a Elsa en una leona salvaje. Pero para entonces recelaba ya tanto de que la abandonáramos que nos costó horrores conseguir que nos siguiera hasta las llanuras.

Pese a todo, acabó acompañándonos, y allí encontramos a dos leonas que se acercaron a toda prisa al *jeep*, si bien Elsa huyó de ellas y parecía más nerviosa que nunca.

Era evidente que tenía miedo de los leones de aquella zona, de modo que decidimos no continuar obligándola a entablar amistad con ellos y esperar a que volviera a estar en celo. Tal vez entonces escogería a su propio macho por atracción mutua.

Entre tanto, concentraríamos nuestros esfuerzos en entrenarla a cazar su alimento y en conseguir que se independizara de nosotros. Además, una vez supiera cazar, sería una pareja más adecuada para un león, si decidía emparejarse con uno. Las llanuras aún estaban anegadas y la mayoría de la fauna se había concentrado en los escasos altos del terreno, que estaban más secos. Elsa sentía predilección por un pequeño altozano tachonado de rocas y escogimos aquella ubicación como base para llevar a cabo nuestros experimentos. Por suerte se hallaba a solo trece kilómetros del campamento; habría sido más seguro que nos desplazáramos a una mayor distancia, pero, dadas las condiciones climáticas, no era viable.

Dejamos a Elsa durante una semana en su altozano y, cuando regresamos, parecía tan infeliz que tuve que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para endurecerme y continuar con su educación. Nos sentamos con ella durante la pausa de mediodía, hasta que se durmió con la cabeza en mi regazo. De

pronto, escuchamos detrás de nosotros, entre los matorrales, un terrible estrépito y apareció un rinoceronte. Ambas nos pusimos de pie de un brinco y, mientras yo me ocultaba aprisa tras un árbol, Elsa se enfrentó con valentía al intruso y lo ahuyentó. En un gesto absolutamente injusto, aprovechamos aquel momento para volver a dejarla sola.

Aquella misma tarde, a última hora, el ambiente se volvió muy húmedo y la puesta de sol se reflejaba de manera espectacular en las cortinas de nubes de color rojo oscuro que, suspendidas en el cielo gris, aparecían perforadas por fragmentos de un arcoíris doble. Aquel caleidoscopio de colores luminosos cedió paso a unos nubarrones oscuros y amenazantes cargados de lluvia que formaron una masa negra sobre nuestras cabezas. Todo parecía en suspenso, a la espera de que el firmamento estallara.

Entonces, unas cuantas gotas gruesas cayeron como plomo sobre el suelo y, como si dos manos gigantescas hubieran desgarrado el cielo, dieron paso a un diluvio de tal fuerza torrencial que al poco nuestro campamento se hallaba en medio de una corriente de agua. La inundación se prolongó varias horas. Imaginé a la pobre Elsa sola en aquella noche gélida, temblorosa y triste, y los rayos y truenos no consiguieron más que acrecentar mi pesadilla. La mañana siguiente caminamos por el barro hasta salvar los trece kilómetros que nos separaban del otero en el que la habíamos dejado. Como de costumbre, nos estaba esperando y, al vernos, no cabía en sí de gozo. Nos saludó por turnos frotando la cabeza y el cuerpo contra nosotros repetidas veces entre gemidos. Pero aquel día era evidente que estaba triste, al borde de las lágrimas, y decidimos que, aunque eso interrumpiera su educación, no la dejaríamos a la intemperie con aquel tiempo inclemente. A diferencia de los leones locales, acostumbrados a aquel clima, ella procedía de una región semidesértica y no podía adaptarse de la noche a la mañana a unas condiciones tan distintas. Se alegró de regresar caminando con nosotros, chapoteando en la marisma como solía hacerlo en Isiolo y dejando claro lo feliz que se sentía.

Al día siguiente cayó enferma. Notaba mucho dolor al moverse, tenía las glándulas inflamadas y fiebre. Le preparamos un buen lecho de hierba en el anexo a la tienda de campaña de George y se tumbó resollando, apática e infeliz. La traté con sulfamida, el único medicamento que consideré que podía ayudar. Elsa no quería que me apartara de ella, y no lo hice.

Las lluvias continuaban y ni siquiera un vehículo con tracción a las cuatro

ruedas habría podido abrirse camino hasta el lugar más cercano con medios para realizar análisis de sangre, de manera que enviáramos con varias muestras a un mensajero, el cual tuvo que recorrer a pie casi doscientos kilómetros. Cuando regresó con los resultados supimos que Elsa se había infectado con anquilostomas y solitaria, cosa que ya había ocurrido en el pasado, así que sabíamos cómo tratarla. No obstante, ninguna de dichas afecciones explicaba la inflamación de sus glándulas ni la fiebre. Teníamos el presentimiento de que había contraído también algún virus transmitido por las garrapatas. De ser así, ello sugeriría que un animal inmune a las enfermedades de su propio entorno no tiene inmunidad frente a las cepas locales del entorno al cual se le transfiere y podría explicar la desconcertante distribución de animales en el África Oriental.

Elsa cayó tan enferma que durante un tiempo creímos que no se recuperaría. Sin embargo, al cabo de una semana, la fiebre se volvió intermitente: cada tres o cuatro días le subía la temperatura y luego volvía a la normalidad. Perdía a gran velocidad su bello color dorado, tenía el pelaje mate y deslustrado, como lana de algodón, y le salieron muchas canas en el lomo. El rostro se le puso de color gris ceniza. Le costaba arrastrarse desde la tienda a la escasa luz del sol, y la única señal esperanzadora era su apetito. Le dimos tanta carne y leche como quiso, aunque para conseguirlas había que recorrer una larga distancia. A pesar de las dificultades de transporte resultantes del clima también conseguimos mantener una correspondencia regular con el laboratorio veterinario de Nairobi, pero no se hallaron indicios de parásitos en las muestras que enviáramos, de manera que tuvimos que tratarla más o menos al azar.

Le administramos medicamento para los anquilostomas y las rickettsias, un parásito transmitido por las garrapatas que se apuntó como posible causa de su enfermedad, pero, como resultaba imposible insertarle una aguja hipodérmica en una glándula para obtener el fluido que habría permitido diagnosticarla, lo único que pudimos hacer fue mantenerla lo más tranquila posible y darle el afecto que necesitaba. Se portó muy bien y reaccionó a todo lo que hicimos por ella abrazándose con las garras cuando apoyaba la cabeza en sus hombros.

Durante su convalecencia, dado que vivía en comunión tan estrecha con nosotros, Elsa se volvió más dependiente y dócil que nunca. Pasaba la mayor



parte del día tumbada bloqueando la entrada de nuestro seto de espinos, en una posición estratégica que le permitía observar todo lo que sucedía tanto en el interior del campamento como en la planicie exterior. A la hora de nuestras comidas, en lugar de apartarse, prefería que los muchachos saltaran por encima de ella para servirnos. Entre risas, el personal hacía carreras de baquetas portando en equilibrio platos de sopa mientras Elsa les daba golpecitos amistosos al pasar sobre ella.

Dormía en la tienda de George, pero era libre de ir y venir a su antojo. Una noche, ya tarde, despertó a George con unos leves gemidos mientras intentaba salir por la parte trasera de la tienda. George se sentó y vio una silueta en la puerta de la tienda. Convencido de que Elsa no podía haber dado la vuelta tan rápidamente, encendió su linterna y vio una leona salvaje que pestañeaba para protegerse de la luz. La ahuyentó de un grito. Seguramente había olido a Elsa y, al escuchar los ruidos de la leona procedentes del interior de la tienda, se había decidido a investigar.

Habían transcurrido cinco semanas desde que Elsa había enfermado y solo había mejorado un poco. Estaba claro que el clima de aquella región le era adverso y que podía no ser inmune a las infecciones locales, como las transmitidas por las garrapatas y la mosca tsetse, que varían en función de la localidad. Además de eso, tenía un aspecto distinto al de los leones locales, con un color mucho más oscuro, el hocico más largo, las orejas más grandes y, en general, un mayor tamaño. Pertenece en todos los sentidos al semidesierto y no a las tierras altas.<sup>5</sup> Por último, estar en una reserva de caza no solo implicaba que George tenía que viajar treinta y cinco kilómetros en coche para salir a cazarle la comida, sino que no podía llevarla de caza con él y darle la oportunidad de asistir a la matanza y notar la sensación de abatir a una presa viva, experiencia que, de haber vivido en libertad, habría aprendido de su madre. De ahí que, tras haber permanecido acampados durante tres meses en la región, decidiéramos intentar encontrarle un hogar más adecuado.

No fue fácil hallar una zona con el clima indicado, agua permanente, caza suficiente para aprovisionarla de comida y ausencia de tribus o de partidas de caza; además, dicha zona debía ser accesible en coche. Al final descubrimos ese paraíso y recibimos el permiso del Gobierno para liberar a la leona allí. Decidimos ponernos en camino en cuanto cesaran las lluvias.

Desmontamos el campamento y lo cargamos todo en los vehículos, salvo a

Elsa, que justo aquel día entró en celo y desapareció en el monte. Llevábamos dos meses y medio esperando a que aquello sucediera, pero ahora sabíamos que no podíamos liberarla en aquella región. Durante el día no hubo ni rastro de ella. La buscamos en vano por todas partes, tanto en el Land Rover como a pie, y acabamos inquietándonos por si la había matado una leona salvaje. Lo único que podíamos hacer era aguardar a su regreso. Se ausentó durante dos días con sus dos noches, salvo por una breve visita en la que corrió hacia nosotros, restregó la cabeza contra nuestras rodillas y volvió a salir como una flecha; minutos después regresó en busca de algunas caricias más, luego se marchó por segunda vez y volvió igual de rápido, como si pretendiera decirnos: «Estoy muy contenta, pero entended que tengo que irme. Solo he venido a decirnos que no os preocupéis». Y desapareció de nuevo.<sup>6</sup> Cuando al fin regresó para quedarse presentaba arañazos y varias marcas de zarpas por las que sangraba, y se mostró muy irritable cuando intenté curarle las heridas. Tuvimos que hacer acopio de paciencia para conseguir que subiera a la camioneta.

Así concluyeron los primeros tres meses de nuestro experimento. Habíamos fracasado a causa de su enfermedad, pero estábamos seguros de que, con tiempo y paciencia, lo lograríamos.

# 07

## SEGUNDA PUESTA EN LIBERTAD

Nos quedaban setecientos kilómetros por delante. En algunos viajes, todo parece salir mal, y aquel fue uno de ellos. Cuando apenas llevábamos recorridos treinta y cinco kilómetros, uno de los cojinetes delanteros del coche de George se averió. Conduje hasta el puesto administrativo más cercano, situado a ciento cuarenta y cinco kilómetros de distancia, para solicitar que le enviaran uno de recambio. Tuve que pernoctar allí, con la pobre Elsa encerrada en la parte posterior de mi camioneta. Entre tanto, al recibir el cojinete, George descubrió que no tenía una llave de tuercas lo bastante grande para apretarlo, si bien al caer la tarde logró ajustarlo con ayuda de un martillo y un buril y pudo darme alcance. Durante aquella noche y la mañana siguiente tuvimos seis pinchazos; al final, a las nueve de la noche, cuando nos encontrábamos aún a treinta y cinco kilómetros de nuestro destino, mi vehículo empezó a emitir un sonido alarmante, de manera que nos detuvimos e instalamos nuestras camas de campaña al raso. Tras cincuenta y dos horas de conducción ininterrumpida, estábamos todos completamente exhaustos. Elsa se había portado de maravilla, sin protestar ni una sola vez; se desplomó a nuestro lado y se quedó dormida. La mañana siguiente creímos que nos costaría un mundo convencerla de volver a subirse al coche, sobre todo porque ya se había escondido entre los densos juncos que crecían junto a un pequeño riachuelo cerca del campamento. Como atravesar el riachuelo no iba a ser fácil, resolvimos cruzarlo con los vehículos primero e ir en busca de Elsa después.

El Land Rover cruzó las aguas sin problemas, pero mi camioneta quedó atascada y hubo que remolcarla. Luego volvimos a atravesar el arroyo a pie

para intentar convencer a Elsa de salir de su escondrijo a la sombra y seguirmos hasta los vehículos. Acudió sin tardanza y saltó a mi camioneta, como si supiera que el viaje aún no había concluido y quisiera colaborar. Partimos por un vericuetto a través del tupido bosque. Pero no acabaron ahí nuestros problemas: al cabo de pocos kilómetros, una de las ballestas posteriores de mi camioneta se rompió, cosa que impidió que llegáramos al nuevo hogar de Elsa hasta caída ya la tarde.

En verdad era un rincón recóndito de África. Para llegar a un lugar idóneo para acampar, George y los muchachos abrieron un camino a través de la espesura. Finalmente acampamos junto a un bello río bordeado por palmeras dum, acacias e higueras entretejidas con enredaderas. El agua corría espumosa y burbujeante a través de rápidos, pasaba entre islas cubiertas de juncos y, en la lejanía, se sosegaba creando multitud de charcas frías y cristalinas delimitadas por rocas lo bastante profundas para albergar muchos peces. Era un paraíso para los pescadores, y George no tardó en sacar su caña.

El paisaje era bastante distinto de la región que acabábamos de abandonar. Hacía más calor y no había grandes manadas pastoreando tranquilamente en los llanos de hierba, sino espinos y más espinos que impedían la visibilidad a pocos metros: la pesadilla de todo cazador. No obstante, se encontraba a solo cincuenta y cinco kilómetros del lugar natal de Elsa y era su entorno natural.

Cuando salimos de la exuberante vegetación tropical, confinada en las riberas, notamos el intenso sol golpeándonos como una ola de calor. Nos encontrábamos a escasa distancia del ecuador: el altímetro indicaba que estábamos a cuatrocientos ochenta y cinco metros de altitud. Únicamente era posible penetrar en los tupidos arbustos espinosos mediante un laberinto de senderos de caza, que también resultaron útiles para alertarnos de la presencia de elefantes, rinocerontes y búfalos cuyos excrementos y huellas dejaban claro que los usaban a diario. A unos doscientos metros del campamento había un salobral lleno de marcas de cuernos de rinoceronte y colmillos de elefante que indicaban que esos animales lo visitaban con frecuencia; además, casi todos los árboles tenían la corteza pulida o arrancada, cosa que revelaba que los elefantes se frotaban el cuerpo contra ella. Y precisamente por ello a Elsa le costaba llevar a cabo sus ejercicios para afilarse las zarpas, pues apenas quedaban árboles con la corteza áspera. Solo los baobabs, con sus gigantescas formas de color azul púrpuro elevándose sobre los bajos espinos, estaban

intactos, ya que sus lisos troncos no son de utilidad para los animales.

El gran atractivo del lugar era una inmensa cresta de roca rojiza con riscos y cuevas, en cuyas sombras vimos damanes correteando. Con un espléndido mirador, era el hogar ideal para un león. Desde su cima avistamos jirafas, antílopes acuáticos, kudús menores, gerenucs y antílopes jeroglífico desplazándose hacia el río, que constituía la arteria vital de aquel paisaje por lo demás árido.

Ya fuera a resultas de nuestro tratamiento para la rickettsia o debido al cambio de clima, Elsa mejoraba cada día que pasaba y pudimos retomar su educación. Cada mañana, en cuanto amanecía, la sacábamos a pasear, y de nuevo por la tarde. Aquellos paseos, que nos llevaron por numerosos senderos de caza y cauces de agua arenosos, revestían sumo interés para Elsa. Le encantaban; olisqueaba y seguía el rastro de animales que habían transitado por ellos la noche previa, se revolcaba en el estiércol de los elefantes y rinocerontes y perseguía a facóqueros y diddies. Nosotros también nos manteníamos alerta: tomábamos nota de las huellas de los animales, de su frescura y dirección, y de hacia dónde soplaba el viento, y manteníamos los ojos y los oídos bien abiertos para captar cualquier imagen o sonido revelador. Era necesario hacerlo, ya que, de otro modo, podías acabar topando de manera inesperada con un rinoceronte, un búfalo o un elefante, y son precisamente estos encuentros fortuitos de cerca los que pueden ocasionar problemas.

Aquí, a diferencia del primer lugar al que la habíamos llevado, Elsa sí podía ir de caza con George. Tanto él como yo detestamos matar animales, pero teníamos que hacer algunos sacrificios para educar a Elsa, y saber que en su estado natural los habría matado por cuenta propia apaciguaba nuestro cargo de conciencia. Cuanto antes aprendiera a cazar bien, mejor para todos. Elsa debía empezar por aprender a acechar a su presa, y, si no era capaz de matarla, George abatiría al animal con una bala y dejaría que fuera ella quien le diera el golpe de gracia. A continuación, dejaríamos que protegiera su caza de los buitres, las hienas y los leones, cosa que le permitiría conocer a estos animales en sus circunstancias naturales.

Habíamos escuchado varios leones cerca del campamento y a menudo veíamos sus huellas.

Una tarde, Elsa no regresó de su mirador favorito en la cima de las rocas.

Era un lugar espléndido donde soplaba una brisa fresca, las moscas tsetsé no la molestaban y podía contemplar a los animales a sus pies. Sin embargo, como hacía poco tiempo que estábamos en la zona, nos preocupó su ausencia y salimos en su busca. Hacía rato que había caído la noche y por el monte correteaban ya animales peligrosos, lo que hacía que avanzar con cautela por el sotobosque fuese una tarea algo angustiante. No había rastro de Elsa por ninguna parte y, derrotados, regresamos al campamento.

Al amanecer retomamos la búsqueda y, al poco, detectamos sus huellas mezcladas con las de un gran león. El rastro conducía hacia el río y reaparecía en la margen opuesta, donde había afloramientos rocosos. Nos dijimos que quizá fueran los dominios del león y hubiera llevado hasta allí a Elsa para aparearse.

En torno a la hora de la comida, los babuinos que había cerca del campamento se sumieron en una cháchara salvaje; esperamos que fuera el anuncio del regreso de Elsa, y así fue: al poco apareció atravesando el río a nado. Nos saludó frotándonos con la cabeza y nos explicó sus emocionantes aventuras. Nos alegramos de ver que no tenía arañazos. Dado que solo habían transcurrido quince días desde que la había maltratado un león cuando nos hallábamos en el anterior campamento, el hecho de que su nueva escapada hubiera sido voluntaria representaba un buen augurio para su liberación.

Una mañana, un antílope acuático nos brindó una oportunidad excelente para iniciar a Elsa en la caza. George disparó al antílope, pero, antes de que este cayera, Elsa le saltó al cuello y se colgó de él como un bulldog hasta que, al cabo de pocos minutos, el animal murió asfixiado. Era la primera vez que mataba un animal grande, más o menos de su mismo peso. Descubrimos que sabía por instinto cuál era el punto débil del animal y también cómo provocar una muerte rápida; de hecho, había empleado el método habitual de los leones para matar a una presa, que no consiste, como algunas personas creen erróneamente, en romperle el cuello. Empezó por comerse la cola, lo que, tal como descubriríamos, se convirtió en una costumbre; luego abrió el animal entre las patas traseras, se comió las tripas y enterró el estómago tapando todo rastro de sangre. ¿Sería un modo de engañar a los buitres? A continuación, agarró al antílope por el cuello y, montándolo a horcajadas entre sus patas delanteras, lo arrastró hasta un lugar estratégico bien escogido, en este caso un matorral a la sombra situado a unos cincuenta metros. La dejamos allí

protegiendo su presa de los buitres durante el día y de las hienas tras caer la noche. Se cuentan muchas historias de leones que transportan a sus víctimas echándoselas a la espalda, pero ni George ni yo hemos visto nunca a un león actuar de tal modo. En cambio, sí es cierto que portan a los animales pequeños, como un perro o una liebre, entre las fauces. Siempre hemos visto a los leones arrastrar las presas grandes tal como Elsa lo hizo en aquella y todas las demás ocasiones.

En torno a la hora del té regresamos a visitarla y le llevamos agua. Aunque le encantaba dar el paseo vespertino con nosotros, en aquella ocasión no hizo amago de abandonar su presa. Tampoco apareció por el campamento al oscurecer, si bien a las tres de la madrugada nos despertó un fuerte chaparrón y al poco apareció y se quedó a pasar la noche.

A primera hora de la mañana partimos todos a comprobar qué había sido de la presa. Por supuesto, había desaparecido, y en el suelo había estampadas huellas de leones y hienas. Escuchamos rugidos a escasa distancia y nos preguntamos si habría sido la lluvia o los leones lo que había hecho a Elsa abandonar su presa en plena noche.

Aunque Elsa había recobrado en gran medida la salud, distaba mucho de ser la de siempre y prefería pasar gran parte del día en el campamento. Para acabar con aquella costumbre y obligarla a descansar en la sombra fresca, junto al río, George se la llevaba a pescar. Elsa observaba con suma atención el agua, a la espera de detectar cualquier onda, por leve que fuera, y en cuanto un pez picaba en el anzuelo, se arrojaba al río para dar a la escurridiza criatura el golpe de gracia y sacarla. En ocasiones tuvimos graves dificultades para retirar el anzuelo antes de que saliera disparada hacia el campamento con el pescado en la boca; una vez allí, solía depositarlo sobre la cama de George, como si quisiera decirle: «Esta presa fría y extraña es tuya», y luego regresaba otra vez a esperar. Aquel nuevo juego era muy divertido, pero necesitábamos encontrar otra artimaña para alejarla del campamento.

Junto al río se alzaba un magnífico árbol cuyas ramas prácticamente acariciaban el agua. Bajo su verde copa, protegida por su fresca sombra y entre la luz amortiguada del deslumbrante sol, tenía la sensación de estar bajo una cúpula. Desde allí, oculta entre las ramas bajas, observé a multitud de animales salvajes, entre ellos kudús menores y antílopes jeroglífico que se acercaban al río a beber, un avemartillo que acudió a saciar su sed y babuinos

que me mantuvieron muy entretenida. Sentada allí, con Elsa a mi lado, tenía la sensación de estar a las puertas del paraíso: un ser humano y un animal en armonía y confianza junto a un torrente de aguas lentas que completaba la idílica panorámica. Pensé que aquel lugar podría convertirse en un estimulante «estudio» para pintar o escribir, de manera que clavé unos cuantos arcones de maletero a una estructura de madera e improvisé una mesa y un banco, y al poco empecé a trabajar allí, recostada sobre el ancho tronco de aquel árbol.

De pie sobre sus patas traseras, Elsa inspeccionó mi caja de pinturas y mi máquina de escribir con recelo y, con las patas delanteras apoyadas sobre las desdichadas herramientas, me lamió la cara y me exigió una muestra de afecto antes de permitir que me pusiera a pintar. Luego se acomodó a mis pies y yo me puse manos a la obra, completamente inspirada. Pero no había tenido en cuenta al público: en cuanto intenté concentrarme escuché el chillido inquisitivo de un babuino que se asomaba entre el follaje, y después la espesura de la ribera opuesta pareció cobrar vida y llenarse de rostros indagadores. Al poco, intrigados por Elsa, todos aquellos animales comenzaron a salir al descubierto, a saltar temerariamente de árbol en árbol, a gritar y aullar, a deslizarse de espaldas tronco abajo como por un tobogán, y a brincar y balancearse cual sombras en las copas de los árboles, hasta que un pequeño amiguito cayó al río provocando una gran salpicadura. Al instante, un babuino anciano acudió a su rescate y, agarrando a la criaturita empapada en apuros, se alejó corriendo con ella en busca de un lugar seguro. Tras este episodio, pareció que hubieran soltado a todos los babuinos del mundo, pues sus gritos eran ensordecedores. Elsa, incapaz de seguir tolerando aquella algarabía, se zambulló en el río y nadó hacia la orilla opuesta, acompañada por los chillidos hilarantes de los babuinos. En cuanto salió a tierra firme, saltó sobre el más cercano de aquellos pequeños atormentadores, que se balanceaba a una altura tentadoramente baja, pero este eludió con destreza el golpe saltando a una rama más alta, desde cuya seguridad se dedicó a hacerle muecas a Elsa y a fastidiarla agitando la rama. Los otros se unieron al juego y, cuanto más furiosa se ponía Elsa, más disfrutaban tomándole el pelo: sentados fuera de su alcance, se rascaban el trasero fingiendo no ver a la leona enfurecida que había a sus pies. La escena era tan divertida que, a pesar de la humillación de Elsa, encendí la cámara cinematográfica y la filmé. Aquello fue demasiado para ella: en cuanto me vio enfocándola con aquella caja que tanto



odiaba, volvió a lanzarse al río y, antes de que tuviera tiempo de poner la cámara a buen recaudo, se abalanzó sobre mí y ambas caímos rodando a la arena con la valiosa Bolex. Acabó todo mojado, con los babuinos aplaudiendo con entusiasmo nuestro numerito. Me temo que, a ojos de nuestro público, Elsa y yo sufrimos un desprestigio considerable.

Después de aquello, los babuinos buscaron cada día a Elsa, y ambas partes acabaron por conocerse bastante bien. Cuanto más toleraba Elsa sus provocaciones y menos caso les hacía, más atrevidos se volvían ellos. A menudo se agachaban a beber en el borde de los rápidos, separados de ella por apenas unos metros de agua. Uno de ellos montaba guardia mientras los otros se sentaban sobre sus ancas e, inclinados hacia delante, bebían despacio hasta saciarse.

No eran los únicos animales descarados que incordiaban a Elsa. Por ejemplo, en una ocasión en que le trajimos un antílope para que se lo comiera, apareció un varano. Estos grandes lagartos inofensivos, que miden entre un metro y un metro y medio de longitud, tienen lenguas bífidas, habitan en ríos y se alimentan de peces, si bien también les gusta la carne. Dice la leyenda que advierten de la cercanía de cocodrilos, y es cierto que comen huevos de cocodrilo y, con ello, actúan como una suerte de control de natalidad natural. Aquel día, el varano pretendía robarle unos bocados a la comida de nuestra leona. Elsa intentaba atraparlo, pero era demasiado rápido para ella, de manera que cubrió su pieza y la colocó de manera segura, fuera de su alcance, para evitar que le arrebatara otro pedazo. Tal comportamiento contrastaba con su actitud hacia nosotros. A Elsa le gustaba que yo le sujetara la comida mientras se la comía y permitía que George y Nuru toquetearan «su caza». Nos consideraba su «manada» y estaba dispuesta a compartirlo todo con nosotros; en cambio, no tenía intención alguna de hacerlo con un varano. De hecho, también diferenciaba entre mí misma, George, Nuru y el resto de nuestro personal; por ejemplo, a nosotros nos dejaba sacar su comida de la tienda y, en cambio, no permitía que lo hicieran ni el cocinero ni ninguno de los muchachos.

Nuestro idilio habría sido perfecto si Elsa no hubiera sido un animal carnívoro al que había que adiestrar para matar. La siguiente víctima fue un gerenuc. Después de que Elsa desempeñara su parte en la matanza, la dejamos a escasos kilómetros de distancia del campamento a cargo del cadáver. De

regreso a casa vimos a un león caminando en su dirección. ¿Habría olido ya la pieza? Por la tarde, cuando regresamos a visitar a Elsa, tanto ella como su presa habían desaparecido, pero la multitud de huellas de león grande nos reveló lo sucedido. Seguimos las pisadas de Elsa durante más de tres kilómetros y medio, y nos condujeron hasta su roca favorita, donde la avistamos con los prismáticos. Había sido lo bastante inteligente como para elegir la única posición estratégica donde se sentía a salvo del león y nosotros podíamos divisarla desde la distancia.

Una noche nos desvelaron unos resoplidos y un alboroto procedentes del salobral. Antes de que tuviéramos tiempo de despejarnos, Elsa salió corriendo de la tienda para proteger su «guarida». Siguieron más bufidos y bullicio, pero poco a poco se fueron sofocando. Era evidente que Elsa había cumplido su deber; al poco regresó resollando, se dejó caer junto a la cama de George y le colocó una pata encima, como si pretendiera decirle: «Ya volvemos a estar a salvo. No era más que un rinoceronte».

Pocas noches después se repitió la escena, esta vez con una manada de elefantes. Sus barritos sobresaltados procedentes de la parte posterior del campamento bastaron para que Elsa se pusiera en acción y, por suerte, lograra ahuyentar a aquellos mastodontes. El sonido de sus trompetas era espeluznante. Me aterran los elefantes: son los únicos animales grandes que me asustan de verdad. Y, en aquel momento, no podía dejar de pensar en la facilidad con la que la situación podría haberse invertido. Los elefantes podrían haber perseguido a Elsa, y ella, por descontado, habría regresado entonces junto a nosotros en busca de protección. George se rio de mis temores, pero yo distaba mucho de sentirme segura confiándonos siempre a la suerte.

Había un búfalo que se aproximaba a diario a nuestro campamento, hasta que una mañana se convirtió en víctima: George lo derribó de un balazo. Aunque estaba muerto antes de que Elsa llegara, la leona se puso loca de contenta; de hecho, se entusiasmó más con aquel animal muerto de lo que nunca la habíamos visto con ninguna presa. Se abalanzó sobre el búfalo muerto, atacándolo desde todos los ángulos y dando volteretas sobre el cuerpo. Ahora bien, por incontrolados que parecieran sus movimientos, se cuidaba mucho de mantenerse alejada de sus letales cuernos. Finalmente, golpeó al búfalo en el hocico con la pezuña para asegurarse de que estaba

muerto.

El objetivo principal de George al abatir un animal grande había sido atraer a algún león salvaje a la matanza. Teníamos la esperanza de que, si acudían, Elsa se uniría al festín y entablaría amistad con ellos. Para poder controlar lo que fuera que ocurriera, decidimos arrastrar el cadáver del jabalí hasta el campamento y dejar a Elsa a su cargo. Entre tanto, nosotros fuimos en busca del *jeep*. Cuando regresamos, las copas de los árboles circundantes estaban vencidas por el peso de los buitres y los marabús, pero Elsa mantenía a estos a raya, sentada a pleno sol junto a su pieza. Se sintió visiblemente aliviada cuando nosotros, su «manada», la reemplazamos y le fue posible retirarse a la sombra de un arbusto. Sin embargo, en cuanto los muchachos empezaron a cortar la piel de dos centímetros y medio de grosor del búfalo, no pudo resistirse y se les unió sin dilación. Mientras abríamos el estómago, Elsa nos ayudó, arrancando las tripas entre los atareados cuchillos y saboreándolas con deleite bajo las mismísimas manos de los matarifes. Se comió los intestinos succionándolos cual espaguetis, al tiempo que presionaba con sus dientes para expulsar de ellos el contenido no deseado, como si de un tubo de dentífrico se tratara. Con buen humor, observó cómo encadenaban el cadáver al *jeep*. Más tarde, mientras el pobre Land Rover avanzaba a trancas y barrancas por el terreno irregular tirando del pesado búfalo, ella, como de costumbre, viajaba montada sobre el techo de lona, añadiendo ciento cuarenta kilos a la carga.

Después de que los muchachos encadenaran el búfalo a un árbol cerca del campamento, Elsa lo protegió celosamente durante todo el día y la noche siguientes. A juzgar por el coro infinito de agudas risas de hiena, estuvo muy ocupada después de que cayera el sol, pero a la mañana siguiente, cuando regresamos, seguía protegiendo la pieza. Solo entonces la abandonó, dejando claro con ello que era nuestro turno de montar guardia mientras ella se encaminaba al trote hacia el río. Cubrimos la res con espinos para preservarla de los buitres y, de ese modo, la conservamos para otra lección de «defensa» nocturna.

Elsa, con su oscilante panza llena de carne de búfalo, se nos unió en nuestro habitual paseo vespertino. Tras caminar un rato por el monte detectó a una hiena abriéndose paso lentamente hacia el cadáver. Se quedó inmóvil, con la zarpa izquierda suspendida en el aire. Y, a continuación, con sumo sigilo, se

agazapó y se camufló entre la hierba pajiza hasta resultar prácticamente invisible. Tensa por la emoción controlada, observó a la hiena cojear tan tranquila, ajena a su público. Cuando estuvo a pocos metros, Elsa salió disparada hacia ella y le propinó un golpe certero. Con un chillido, el animal cayó al suelo y quedó boca arriba, emitiendo aullidos y gemidos interminables. Elsa nos miró y sacudió la cabeza a su peculiar modo señalando a su víctima, como preguntándonos: «¿Qué hago ahora?». Al ver que no la alentábamos, empezó a lamerse las zarpas y pareció aburrida del desdichado animal que tenía delante. Poco a poco, la hiena recobró la compostura hasta que al final, entre lamentos quejumbrosos, se escabulló de allí.

Hubo otras ocasiones en las que Elsa demostró la confianza que nos tenía.

Una tarde, a última hora, la dejamos a cargo de un antílope que ella y George habían cazado a gran distancia del campamento. Conscientes de que no permanecería junto a él durante la noche tan lejos de nosotros, fuimos en busca del *jeep* para transportarlo más cerca del campamento. Sin embargo, al regresar, tanto Elsa como la pieza se habían desvanecido. Al poco, la leona apareció entre la espesura y nos condujo hasta la guarida a la cual había arrastrado su comida durante nuestra ausencia. Y aunque se alegraba de vernos, no nos permitió desplazar el antílope hasta el coche y todos los trucos que probé para alejarla de allí fracasaron: no se iba a dejar engatusar. Al final colocamos el *jeep* delante de su comida y señalé hacia el coche primero y luego hacia el antílope varias veces, para darle a entender que pretendíamos ayudarla. Debió de comprenderlo, porque de repente se puso en pie, se restregó contra mis rodillas, sacó su presa de debajo de los espinos y la arrastró hacia el coche. Allí intentó levantar el antílope por la cabeza para meterlo en el Land Rover, pero enseguida se dio cuenta de que no conseguiría hacerlo desde fuera, así que subió al vehículo de un salto y, desde allí, agarrándolo por la cabeza, tiró con todas sus fuerzas mientras nosotros lo levantábamos por las ancas. Una vez el antílope estuvo dentro, Elsa viajó sentada sobre él, resollando, mientras George conducía. Con todo, el traqueteo a través del sotobosque no debía de resultarle cómodo en aquella posición de tensión y se decidió a saltar al exterior y de ahí al techo, desde donde agachaba la cabeza con frecuencia para comprobar si dentro del vehículo todo iba bien y si su caza seguía allí.

Cuando llegamos al campamento tuvimos que afrontar el problema de sacar el antílope del coche, pero en esta ocasión Elsa nos trató como aliados y nos dejó que fuéramos nosotros quienes más cargáramos con él. Al ver que todo el mundo ayudaba, salvo yo, Elsa se dirigió hacia mí y me dio un golpecito de aliento, como diciéndome: «¿Qué te parece si echas una mano tú también?».

Aunque habíamos dejado el antílope a escasa distancia del campamento, al poco la escuchamos arrastrándolo con la intención de meterlo dentro de nuestra tienda. Nos apresuramos a cerrar el seto de espinos, dejándola fuera con su hedionda caza. Pobre Elsa: dentro de la tienda se sentía mucho más segura y ahora tendría que pasar toda la noche protegiendo su comida. Lo mejor que podía hacer era apoyarla por fuera en el seto de espinos, y eso fue lo que hizo. A resultas de ello, las hienas se acercaron tanto e hicieron tal estrépito que nos fue imposible pegar ojo. Al final, Elsa debió de cansarse de perseguirlas para ahuyentarlas, porque la escuchamos arrastrando el antílope hacia el río y chapoteando en el agua con él. Y así consiguió derrotar a las hienas, que se marcharon. ¿Sabía Elsa que no la seguirían a través del agua?

La mañana siguiente encontramos sus huellas y el rastro que había dejado el antílope al ser arrastrado. Conducían a la orilla opuesta del río, pero, al parecer, al llegar allí Elsa no había querido separarse tanto de nosotros y lo había vuelto a arrastrar hasta nuestra ribera, donde lo había ocultado entre unos matorrales impenetrables, justo al borde del agua, para que ningún animal pudiera acceder a él a menos que se aproximara desde el río. La encontramos descansando con su caza y dejó claro que le había dolido que le cerráramos el paso; nos costó mucho volvernos a ganar su confianza y obtener su perdón.

Aunque Elsa no tuvo una madre que le enseñara, sabía por instinto cómo tratar con la fauna salvaje. En muchas ocasiones, durante nuestros paseos por el bosque, la observamos olisquear el aire para, a continuación, aguardar al acecho en una dirección, y luego oíamos el estrépito de grandes cuerpos abriéndose camino entre la espesura. Varias veces detectó la presencia de rinocerontes y los persiguió para alejarlos de nosotros. A decir verdad, era un perro guardián excelente.

Varias manadas de búfalos se habían establecido en una montaña cercana y Elsa no dejaba pasar la oportunidad de alborotarlos. En más de una ocasión los sorprendió en pleno sueño profundo y correteó entre ellos, escabulléndose

y saltando con agilidad para que no la embistieran con sus astas, e invariablemente marcaba territorio hasta que los búfalos se alejaban.

Una mañana nos adentramos en el lecho seco de un río y pudimos leer en la arena la «noticia» de quiénes lo habían visitado la víspera. Dos leones y un gran número de elefantes no eran poca cosa. El sol empezaba a calentar y estábamos todos cansados tras una caminata de tres horas. El viento soplaba en nuestra contra y, al doblar sin cuidado una curva, estuvimos a punto de colisionar con una manada de elefantes. Por suerte, Elsa andaba al trote a cierta distancia por detrás de nosotros y tuvimos tiempo de subir la empinada orilla, mientras los elefantes ascendían a la ribera opuesta y ponían a buen recaudo a tres crías. Un macho anciano cerraba la formación, listo para atacar en caso de peligro. Elsa se acercó somnolienta y, al ver al elefante, se sentó. Observamos la escena, preguntándonos qué sucedería. Ambas partes se miraron durante lo que se nos antojó una eternidad. Al final, el elefante se rindió y se unió a la manada, mientras que Elsa se tumbó boca arriba para desembarazarse de unas moscas tsetsé.

En el camino de regreso a casa, George disparó a un antílope acuático que estaba de pie junto al río. Gravemente herido, el animal se escabulló hacia la ribera opuesta seguido por Elsa, que atravesó a una velocidad increíble las profundas aguas en medio de grandes salpicaduras. Cuando llegamos a la ribera de enfrente la encontramos entre la maleza, jadeante sobre el antílope muerto. Estaba muy emocionada y no nos permitió tocar su presa, de manera que decidimos regresar a casa y dejarla protegiéndola. En cuanto empezamos a vadear el agua para volver, nos siguió, pero parecía debatirse entre dos impulsos contrapuestos: no quería quedarse al otro lado del río con la caza, pero tampoco quería renunciar a ella. Al final regresó a regañadientes junto al antílope, si bien al poco realizó un segundo intento de cruzar el río, antes de dar marcha atrás dubitativa. Para cuando nosotros llegamos a la orilla contraria, Elsa ya había tomado una decisión: la vimos arrastrando el cadáver hacia el agua. ¿Qué pretendía? Era imposible que pudiera cruzar el río tirando de aquel animal ella sola. Pero no estaba dispuesta a darse por vencida. Agarró el antílope con la boca y nadó empujando de él a través de las profundas aguas, sumergiéndose con frecuencia la cabeza para sujetarlo mejor. Tiró de él, lo empujó y estiró y, cuando el animal quedó varado, saltó sobre él para que volviera a flotar. Ambos desaparecieron de la vista repetidas veces y

solo la cola de Elsa o una de las patas del antílope nos revelaban la lucha que estaba teniendo lugar en el fondo del río. Observamos la escena fascinados. Al cabo de media hora de un esfuerzo tremendo, Elsa arrastró a su víctima a través de las aguas poco profundas que quedaban cerca de nosotros. Estaba exhausta, pero aún no había concluido su tarea. Tras meter a empellones a su presa en una pequeña bahía protegida donde el agua no podía llevársela, buscó una guarida segura. La orilla en aquel costado era un entramado sólido de plántulas espinosas de palmera dum con hojas afiladas que colgaban sobre las empinadas paredes que flanqueaban el río; ni siquiera Elsa podía penetrar aquella espesura.

La dejamos con su presa y pusimos rumbo al campamento en busca de machetes y cuerdas. Una vez allí, aprovechamos para tomar un desayuno tardío. Cuando regresamos, abrimos un paso a través del sotobosque de palmera dum hasta el borde del agua y, mientras Elsa observaba recelosa a los muchachos, yo coloqué una soga con un nudo corredizo alrededor del cuello del antílope. Al primer tirón, Elsa gruñó y agachó las orejas en ademán de advertencia, convencida de que pretendían arrebatarse su comida. Pero en cuanto me vio unirme a quienes estiraban de la cuerda, se relajó y ascendió por la ribera. Combinando esfuerzos logramos arrastrar el animal tres metros fuera del agua, donde los muchachos habían despejado un refugio a la sombra bien protegido para Elsa y su presa. La leona cayó entonces en la cuenta de lo que habíamos hecho por ella y fue enternecedor verla ir de uno a otro frotándonos con la cabeza y dándonos las gracias con suaves gemidos.

En dos ocasiones la observé caminar como si tal cosa a través de un ancho reguero de hormigas soldado negras, esparciendo sus columnas organizadas en todas direcciones con sus grandes zarpas. Pese a que estas fieras hormigas suelen morder cualquier cosa que interrumpa su migración, por algún motivo no se vengaron de Elsa.

Un día en que estábamos agotados yo caminaba absorta por detrás de Elsa. De súbito, emitió un gruñido espantoso, se elevó sobre las patas traseras y saltó hacia atrás. Pasábamos junto a un árbol que se bifurcaba a un metro y medio del suelo y, enroscada a sus ramas, vi una cobra roja que elevaba su capucha hacia nosotros. Gracias a Elsa no hubo que lamentar consecuencias, pues pasar junto a una cobra a tan poca distancia puede resultar peligroso. Era la primera vez que yo veía una cobra en un árbol. Incluso Elsa estaba

impresionada y, durante unos cuantos días, se desvió por precaución cada vez que nos acercábamos a aquel árbol.

Era una época muy calurosa y Elsa pasaba gran parte del tiempo en el río. A menudo permanecía de pie en las frías aguas, con medio cuerpo sumergido, y aunque con frecuencia vimos cocodrilos, no parecían preocuparle. Siempre que George abatía una gallina de Guinea cerca del río, Elsa la recuperaba y utilizaba su rescate como pretexto para chapotear en el agua con el ave en la boca; disfrutaba tanto de aquel juego como nosotros contemplándola.

Para entonces se había recuperado ya por completo y estaba en perfecta forma. Era muy conservadora en sus hábitos y, salvo por ligeras variaciones, observábamos la misma rutina cada día. Al amanecer dábamos un paseo, y a mediodía echaba una siesta cerca de nuestro árbol, a orillas del río, que se prolongaba hasta media tarde, cuando salíamos a nuestra excursión vespertina. De regreso, Elsa encontraba su comida aguardándole; por lo general, la transportaba hasta el techo del Land Rover, donde permanecía hasta que apagábamos las luces y todo el mundo se echaba a dormir. Luego se unía a George en su tienda y dormía junto a su cama, en el suelo, siempre con una zarpa en alto tocándolo.

Una tarde, Elsa se negó a salir a pasear. A nuestro regreso, ya al anochecer, había desaparecido y no regresó hasta la mañana siguiente. Más tarde descubrimos huellas de un león grande cerca del campamento y, cuando Elsa volvió, percibimos el peculiar olor que desprendía cuando estaba en celo. Sus modales también eran indicativos de su estado. Aunque se mostraba cordial, no daba muestras reales de afecto. Poco después de desayunar volvía a marcharse y se ausentaba durante todo el día. Tras el crepúsculo la escuchábamos saltando encima del Land Rover y yo salía enseguida a jugar con ella. Pero se mostraba distante e inquieta, descendía del vehículo de un salto y se perdía en la oscuridad. Durante la noche la escuchaba chapoteando en el río, acompañada por los chillidos de agitación de los alarmados babuinos, estrépito que se prolongaba hasta primera hora de la mañana. Entonces Elsa regresaba al campamento para hacernos una breve visita, toleraba las palmaditas de George, le ronroneaba y volvía a marcharse. Era evidente que estaba enamorada.

Para entonces sabíamos ya por experiencia que aquella fase le duraba unos cuatro días. A diferencia de las condiciones en nuestro anterior campamento,



allí todo era propicio para brindarle la oportunidad de reintegrarse a la vida natural. Parecía haber llegado el momento oportuno de hacerlo, así que decidimos retirarnos con discreción durante una semana y dejarla sola..., esperábamos que en compañía de una pareja. Teníamos que actuar con celeridad para evitar que nos viera irnos.

Mientras estábamos recogiendo, Elsa regresó. Dispusimos entonces que, mientras yo cuidaba de ella, George desmontaría el campamento, alejaría los vehículos cargados a una distancia de en torno a un kilómetro y medio y, cuando todo estuviera a punto, me enviaría un mensaje para que me reuniera con él.

Para alejar a Elsa del campamento, la llevé hasta nuestro árbol. ¿Sería la última vez que lo veríamos juntas? Elsa presentía que pasaba algo y, aunque intenté mantener nuestra rutina habitual y me había llevado la máquina de escribir y me dediqué a teclear como de costumbre, no conseguí serenarla, y yo tampoco era capaz de escribir con normalidad porque estaba triste. Aunque nos habíamos preparado para desprendernos de ella y deseábamos que tuviera un futuro más feliz del que le depararía vivir en cautividad, resultaba difícil afrontar el momento de la ruptura, hacer frente a nuestro cariño y dejarla ir, posiblemente para no volver a verla nunca más. Elsa debió de notar mi emoción, pues restregó su cabeza sedosa contra mí.

El río fluía lentamente ante nuestros ojos, tal como había hecho el día anterior y como lo haría al siguiente. Se oyó un cálah y del árbol cayeron unas cuantas hojas secas que el agua se llevó. Elsa formaba parte de aquella vida. Pertenece a la naturaleza, no a los humanos. Nosotros éramos «el hombre» y la queríamos y la habíamos criado para que nos quisiera. ¿Sería capaz de olvidar todo aquello con lo que había estado familiarizada hasta aquella misma mañana? ¿Cazaría cuando tuviera hambre? ¿O aguardaría confiada nuestro retorno, sabedora de que hasta entonces nunca la habíamos defraudado? Acababa de darle un beso para demostrarle mi cariño e infundirle seguridad, pero ¿era un beso traicionero? ¿Cómo podía saber ella que tenía que hacer acopio de todo mi amor para abandonarla allí y devolverla a la naturaleza con el fin de dejar que aprendiera a vivir sola hasta que encontrara una manada... de verdad?

Nuru acababa de llegar. Había traído un poco de carne y Elsa lo siguió confiada hasta los juncos y empezó a comer. Nosotros aprovechamos el

momento para escabullirnos.

# 08

## LA PRUEBA DEFINITIVA

Condujimos quince kilómetros hasta otro río, más angosto pero mucho más profundo que el que habíamos dejado atrás. Teníamos previsto instalarnos allí durante la semana. Al caer la tarde, George y yo paseamos junto a la orilla, despacio, pensando en Elsa. De pronto caí en la cuenta de cuánto dependía de ella, de en qué grado, durante casi tres años, había vivido la vida de una leona y había compartido sus sentimientos, sus intereses y sus reacciones. Vivíamos todos en tal comunión que estar solos se nos antojaba insoportable. Me sentía desesperadamente sola sin Elsa caminando a mi lado, frotándome con su cabeza y dejándome que le acariciara el suave pelaje y su cálido cuerpo. Por supuesto, albergaba la esperanza de volver a verla al cabo de una semana. Y eso significaba muchísimo para mí.

El sol se ponía y su cálida luz se reflejaba en las brillantes frondas de las palmeras dum, tiñendo sus puntas de un resplandor dorado.

Volví a pensar en Elsa y en el maravilloso mundo que la había visto nacer. Al margen de lo que su pérdida comportara para mí, ahora debíamos esforzarnos por reintegrarla a aquella vida y salvarla de una experiencia en cautividad en la que se vería privada de la naturaleza para la que había sido concebida. Pese a que hasta la fecha no había informes de leones criados con biberón liberados con éxito, seguíamos albergando la esperanza de que Elsa fuera capaz de adaptarse a la vida salvaje, a una vida que siempre había vivido muy de cerca.

Al fin, la semana de nerviosismo terminó y regresamos a comprobar si Elsa había superado la prueba.

Cuando llegamos a nuestro antiguo campamento buscamos sus huellas, pero no había rastro de ellas. Empecé a llamarla a gritos. Al poco, escuchamos su «yenc-yenc» familiar y la vimos acercarse desde el río, corriendo a toda velocidad. Su bienvenida nos reveló que nos había echado de menos tanto como nosotros a ella, y sus caricias y maullidos nos conmovieron en lo más profundo. Le habíamos llevado un antílope, pero apenas lo miró y, en lugar de interesarse por él, siguió saludándonos. Una vez pasado el alborozo, eché un vistazo a su estómago: estaba lleno. Parecía que hacía poco que había comido, lo cual me quitó un gran peso de encima, porque significaba que Elsa estaba a salvo. Había demostrado que podía defenderse por sí misma y ser independiente de nosotros, al menos en cuanto a la alimentación.

Mientras montaban nuestras tiendas, me la llevé al río y nos tumbamos juntas. Feliz de nuevo, conseguí relajarme al pensar que el futuro de Elsa estaba asegurado. Y ella debió de sentir algo parecido, porque apoyó su gran zarpa mullida sobre mí y se adormiló. Me desperté al notar que levantaba la cabeza y miraba a un antílope jeroglífico cuya forma rojiza había aparecido entre el follaje de la orilla opuesta. Elsa lo observó sin interés mientras el antílope bordeaba despacio el río, ajeno a nuestra presencia. Por más dichosa que Elsa pudiera sentirse en aquel instante, supe que su desinterés hacia aquel animal se debía en parte a que tenía la barriga llena. ¿Qué habría comido? Unos cercopitecos verdes pequeños nos observaban en silencio a través de los árboles, pero ¿dónde estaban nuestros bulliciosos amigos, los omnipresentes babuinos? Más adelante, mis temores acerca de su primera matanza se vieron confirmados cuando encontramos mechones de pelo de babuino cerca del bebedero, donde solían incordiar a Elsa.

Una vez tranquilos con respecto al futuro de Elsa, decidimos disfrutar de su compañía durante otro breve período y esperar a que se presentara la oportunidad de proceder a la separación definitiva de un modo que no resultara demasiado doloroso. Retomamos nuestra vida donde la habíamos dejado. Y aunque Elsa casi nunca nos perdía de vista, nos pareció un buen presagio que diera alas a su instinto cazador: en ocasiones, durante nuestras caminatas, desaparecía durante una hora.

El paisaje se había vuelto muy árido y con frecuencia incendios de herbazales iluminaban el cielo. Las lluvias cortas se esperaban al cabo de dos o tres semanas y el suelo reseco estaba ya sediento de alimento para recobrar

la vida. Las moscas tsetsé se hallaban en plena actividad y a la pobre Elsa le resultaban de lo más irritantes, sobre todo justo después del anochecer y de nuevo antes del amanecer. Desaparecía corriendo frenética a través del sotobosque para librarse de ellas rascándose con las ramas, o bien se restregaba contra el suelo, tras lo cual su pelaje lustroso acababa encrespado.

Para hacerla más independiente de nuestra vida en el campamento, nos la llevábamos de excursión durante todo el día y, tras el paseo matutino de dos o tres horas, nos acomodábamos en un lugar a la sombra junto al río. Allí tomábamos un pícnic y yo sacaba mi cuaderno de bocetos. Elsa no tardaba en adormilarse y, a menudo, yo la utilizaba como almohada mientras leía un libro o dormía. George pasaba la mayor parte del tiempo pescando y, por lo general, comíamos las dádivas del río. Elsa tenía que probar el pescado primero, pero, tras paladearlo un rato, ponía una mueca de desagrado y perdía el interés en la pesca de George. Nuru y el portador de armas demostraron ser unos cocineros excelentes asando los alimentos recién salidos del agua.

En una ocasión sorprendimos a un cocodrilo tomando el sol sobre una roca; desconcertado, se zambulló en un charco estrecho con rápidos en ambos extremos. El agua era tan clara y poco profunda que se veía el fondo, pero no vislumbramos ni rastro del cocodrilo y nos preguntamos adónde habría ido. Nos acomodamos para comer; Elsa estaba relajada a orillas del río y yo, apoyada en ella. Al poco, George se puso en pie para ir a pescar, pero antes, para asegurarse de que el cocodrilo no estuviera en el agua, sondeó el fondo con un palo largo; de repente, fue arrebatado de sus manos y un cocodrilo de casi dos metros de longitud que había permanecido oculto entre la arena se deslizó por encima de los rápidos y desapareció en otra charca. Había arrancado de un mordisco la punta del grueso palo. Puesto que a Elsa le había pasado por alto el incidente y no queríamos alentarla a perseguir al cocodrilo, decidimos trasladarnos a otro sitio.

A mediodía, un facóquero se acercó al agua a beber. Elsa lo acechó sigilosa y luego, ayudada por una bala del rifle de George, lo agarró por el cuello y lo asfixió. El encuentro tuvo lugar a cierta distancia del río y, como consideraba que a Elsa le resultaría más cómodo proteger su caza a la sombra, junto al agua, le señalé hacia el animal y luego hacia el río varias veces mientras le decía: «*Maji*, Elsa, *maji*». Elsa estaba familiarizada con la palabra *maji*, que yo empleaba para solicitarle a Nuru que le rellenara el bebedero. Y

al parecer entendía a la perfección aquel término suajili que significa «agua», porque arrastró el facóquero hasta el río. Jugó con la res en el agua durante casi dos horas, chapoteando, sumergiéndose con ella y divirtiéndose de lo lindo hasta quedar extenuada. Entonces la sacó a la orilla opuesta y desapareció con ella entre la maleza, y allí la protegió hasta que llegó el momento de regresar al campamento. Parecía decidida a no quedar rezagada, ya que, en cuanto nos pusimos en pie, arrastró su caza de nuevo hasta nuestro lado del río. La despiezamos delante de ella y, tras distribuir la carne entre Nuru y el portador de armas, partimos con Elsa trotando alegremente a nuestro lado.

A partir de entonces, cada vez que cazaba cerca del río, Elsa arrastraba su presa hasta el agua y repetía el juego al que había jugado con el facóquero. No atinábamos a entender su extraño comportamiento: quizá hubiera interpretado el «*Maji*, Elsa» como una norma y parte de su educación.

Las excursiones diarias estrecharon aún más el vínculo entre nosotros, e incluso Nuru y el portador de armas se sentían tan cómodos en presencia de Elsa que no se molestaban en ponerse en pie cuando la leona se dirigía hacia ellos para que le frotaran el hocico ni se asustaban cuando se sentaba encima de ellos, como solía hacer jugando. Y tampoco les importaba compartir con ella la parte posterior del Land Rover: cuando dejaba caer sus ciento cuarenta kilos entre las huesudas piernas de los hombres, estos se limitaban a reír y a acariciarla, a lo que ella correspondía lamiéndoles las rodillas con su áspera lengua.

En una ocasión en que nos encontrábamos descansando a orillas del río, con Elsa tumbada y dormida entre nosotros, George vio dos rostros negros asomados entre la maleza de la ribera de enfrente, observándonos. Era una pareja de cazadores furtivos con arcos y flechas envenenadas que había escogido aquel lugar para esconderse y tender una emboscada a los animales que acudieran a beber agua.

George dio enseguida la alarma y salió disparado hacia la otra orilla del río, seguido de cerca por Nuru y el portador de armas. Elsa, alertada y siempre dispuesta a divertirse, se unió a la persecución. Los cazadores lograron huir, pero pagaría por escucharlos explicar a su tribu que «*buana* caza» (el nombre indígena de George) ahora empleaba leones para perseguir a los cazadores furtivos.

Una mañana temprano, mientras dábamos nuestro paseo antes del desayuno, Elsa asumió el mando y, con gran determinación, se encaminó hacia un punto en el que habíamos oído barridos de elefante durante la noche.

De repente se detuvo, olisqueó el aire y, con la cabeza estirada, arrancó a correr a un trote rápido, dejándonos rezagados. Instantes después, en la lejanía, escuchamos la débil llamada de un león. Desapareció durante todo el día. Poco antes de anochecer escuchamos su rugido en la distancia, entreverado con el del león. Durante la noche, las hienas salieron de sus escondrijos y con sus necias risas nos impidieron pegar ojo. Al amanecer seguimos el rastro de Elsa y no tardamos en averiguar que se alejaba del campamento y se mezclaba con las huellas del otro león. Al día siguiente encontramos solo el rastro de Elsa y, en su cuarto día de ausencia, la seguimos al otro lado del río. La buscamos durante todo el día y, sin darnos cuenta, acabamos en medio de una manada de elefantes. No pudimos hacer otra cosa que huir. A primera hora de la quinta mañana, Elsa regresó famélica y comió hasta reventar. Después se retiró a mi cama de campaña y dejó claro que no quería que la molestaran. Más tarde aprecié que tenía dos mordiscos profundos y varios rasguños más superficiales en la curva de las patas posteriores, y se los curé lo mejor que pude. Reaccionó con afecto, succionándome los pulgares y abrazándome. Por la tarde no quiso salir a pasear; en lugar de ello, se sentó en el techo del Land Rover hasta que anocheció, y entonces volvió a desaparecer. Unas dos horas después escuchamos el rugido de un león en la distancia y la réplica inmediata de Elsa. Al principio, el sonido procedía de cerca del campamento, pero poco a poco su voz fue alejándose en la dirección de aquel león.

La mañana siguiente decidimos que era el momento oportuno para dejarla sola durante unos cuantos días y trasladamos el campamento para no obstaculizar su apareamiento con el león salvaje, que podía ofenderse por nuestra presencia. Sabíamos que Elsa era ya bastante capaz de cuidar de sí misma, cosa que hizo que esta separación fuera menos dolorosa que la primera, si bien me preocupaba que se le infectaran aquellos mordiscos.

Al cabo de una semana regresamos a nuestro lugar de acampada e interrumpimos a Elsa mientras acechaba a dos antílopes acuáticos. Era a primera hora de la tarde y hacía mucho calor: la pobrecilla debía de estar muy hambrienta para andar cazando a aquellas horas del día. Nos recibió llena de

júbilo y se dio un atracón de la carne que le habíamos traído. Constaté que tenía un nuevo mordisco en el codo y que sus viejas heridas necesitaban una cura urgente. Durante los tres días siguientes compensó el hambre que había pasado.

Para entonces todo el mundo había oído hablar ya de Elsa, y una partida de cazadores deportivos norteamericanos nos visitó con el propósito específico de filmarla. Ella los entretuvo de manera sublime e hizo todo cuanto pudo por complacerlos. Trepó a un árbol, jugó en el río, me abrazó, se nos unió durante la cena y se comportó con tal docilidad que ninguno de nuestros invitados podía creer que fuera una leona adulta que poco antes de su llegada había estado igual de cómoda en compañía de leones salvajes.

Aquella noche escuchamos la llamada de un león y Elsa se desvaneció en la oscuridad para ausentarse por dos días. Durante aquel tiempo, regresó para hacer una breve visita a la tienda de George. En un arrebató de cariño, a punto estuvo de romper su cama de campaña al saltar encima de él mientras dormía. Tras una breve comida, volvió a desaparecer. Por la mañana seguimos sus huellas hasta una cresta rocosa cerca del campamento. Tras ascender a la cumbre y buscarla en vano en todos sus lugares predilectos para tumbarse, estuvimos a punto de tropezar con ella entre la espesura. Era evidente que se había mantenido oculta con la esperanza de que no la viéramos. No obstante, pese a su deseo manifiesto de estar sola, nos recibió con afecto y fingió estar contenta de vernos. Respetamos sus sentimientos y la dejamos a solas con tacto. Aquella noche oímos el rugido de un león y el aullido de su séquito de hienas río arriba. Al poco, escuchamos la voz de Elsa cerca del campamento. Quizá para entonces ya hubiera aprendido a mantenerse alejada de su amo y señor mientras andaba de cacería, y a esperar a que se comiera su ración antes de acercarse a él. Algo después regresó a la tienda de George brevemente, lo rodeó con cariño con la pata y le gimió en voz baja, como si quisiera decirle: «Sabéis que os quiero, pero tengo un amigo fuera con el que tengo que irme, espero que lo entendáis», y partió de nuevo. La mañana siguiente, temprano, descubrimos las huellas de un gran león cerca del campamento: era evidente que había aguardado allí mientras Elsa acudía a la tienda de George a explicarle la situación. Elsa desapareció durante tres días, si bien regresaba cada noche unos minutos para transmitirnos su afecto, justo antes de partir de nuevo sin tocar la comida que le habíamos preparado. Cuando volvía de



aquellas escapadas parecía más cariñosa que nunca, como si quisiera compensarnos por habernos descuidado.

Las lluvias habían dado comienzo y, como de costumbre, estimulaban la energía y las ganas de jugar de Elsa. Lo único que tenía que hacer era tendernos una emboscada desde un escondrijo adecuado. Y como de nuestra manada yo era su «leona» favorita, me dedicaba las mayores de sus atenciones y solía ser yo la que acababa revolcándose por el suelo con el cuerpo suave pero pesado de Elsa encima, que me retenía hasta que George me liberaba. Yo sabía bien que la causa de que me consagrara aquellos privilegios era el más puro afecto, pero había que poner fin a aquella práctica, pues no era capaz de quitármela de encima sin ayuda. Por mi tono de voz, Elsa no tardó en entender que aquel juego no me hacía gracia y me enterneció ver cómo intentaba contener su energía, de tal manera que, incluso en pleno salto, lograba reprimirse en el último momento y acababa llegando hasta mí con pose digna.

Tras el primer aguacero, en cuestión de días los espinos grises y resecos se transformaron en un jardín del Edén. Cada grano de arena pareció ceder paso a una plántula que brotaba de la tierra. Caminamos por senderos de una vegetación color verde savia en los que cada arbusto se había transmutado en un ramillete gigante de florecillas blancas, rosas o amarillas. Ahora bien, por bella que tal transformación resultara a nuestros sentidos, no hizo sino añadir desasosiego a nuestros paseos, ya que la visibilidad quedaba reducida a unos pasos. Había charcos de lluvia por todas partes y cada uno de ellos era una concentración de huellas recientes de fauna salvaje. Elsa aprovechaba aquellos noticieros arbustivos para irse de caza lejos de nosotros. En ocasiones la observábamos acechar a antílopes acuáticos, que traía hacia nosotros. Otras veces seguíamos sus pisadas mientras perseguía a algún antílope jeroglífico, cosa que tenía la inteligencia de hacer describiendo una línea recta a través de los trayectos serpenteantes de su presa. No obstante, como estaba bien alimentada, se tomaba aquellas cacerías más como un pasatiempo que como un trabajo serio.

Una mañana paseábamos tranquilamente junto al río, con la intención de pasar el día fuera; Elsa nos acompañaba, rebosante de energía, y, a juzgar por el meneo de su cola, se lo estaba pasando de maravilla. Tras caminar durante dos horas nos dispusimos a buscar un lugar para desayunar cuando, de pronto, la vi detenerse en seco y aguzar las orejas, con el cuerpo tenso por la emoción.

Un instante después echó a correr, descendiendo con sigilosos saltos por las rocas que flanqueaban el río en aquel punto, y desapareció entre el denso bosque. En aquel punto, el río se divide en diversas isletas, todas ellas con una maleza impenetrable de arbustos, árboles caídos y escombros. Nos habíamos detenido a aguardar su regreso con el resultado de su acecho cuando escuchamos, tal como yo había intuido, el sonido inconfundible de unas trompas de elefante. Vibraciones graves rasgaban el aire, y yo estaba convencida de que entre los matorrales no había un único elefante. George no estaba de acuerdo: opinaba que aquel berrido correspondía a un búfalo. Yo había escuchado a infinidad de búfalos emitiendo sus diversos bramidos expresivos, pero ninguno de ellos se parecía tanto al barrito de un elefante. Aguardamos al menos cinco minutos, con la esperanza de que Elsa se aburriera de sus voluminosos amigos al cabo de un rato, como solía ocurrir. Entonces escuchamos un sonoro retumbo, y, antes de ser consciente de lo que sucedía, George descendió a saltos por las rocas diciendo que Elsa se había metido en un lío. Lo seguí tan aprisa como pude, pero me paralizó un nuevo estallido de violentos berridos justo delante. Muy intranquila, penetré la densa maleza, imaginando que en cualquier momento aparecería la voluminosa forma de un elefante enojado que aplastaría todo cuanto encontrara a su paso. Por instinto, tanto los hombres como yo misma nos detuvimos y le gritamos a George que hiciera lo mismo, pero no hubo manera de disuadirlo y desapareció tras las verdes murallas de enredaderas y árboles. A continuación, escuchamos un chillido ensordecedor seguido por los gritos de urgencia de George:

—¡Venid! ¡Aprisa!

Se me heló el corazón. Tenía que haber ocurrido un accidente. Mientras avanzaba dando traspies tan rápido como podía entre los matorrales, en mi mente se reproducían escenas espantosas. Pero al poco, por fortuna, vi la espalda quemada por el sol de George a través del follaje: estaba de pie, de manera que no debía de ser grave.

Volvió a apremiarme. Cuando al fin logré abrirme camino entre la maleza hasta el río, vi a Elsa chorreando, sentada encima de un búfalo en medio de los rápidos. No daba crédito a lo que veía: tenía delante de mí a un búfalo reducido e impotente, con la cabeza medio sumergida, mientras Elsa le desgarraba la gruesa piel y lo atacaba desde todos los ángulos. Tan solo

podimos conjeturar lo sucedido, ya que diez minutos antes yo había escuchado aquel primer «barrito de elefante». Mientras descansaba junto al agua, Elsa debió de recibir la molesta visita del búfalo, un macho viejo que había dejado atrás la flor de la vida, según averiguamos después, y lo había perseguido en dirección al río. El animal debió de intentar atravesar las aguas, pero probablemente patinó en las resbaladizas rocas de los rápidos y Elsa aprovechó su aprieto para saltar sobre él y mantenerle la cabeza bajo el agua hasta que quedó medio ahogado y demasiado exhausto para ponerse en pie. Después de aquello lo había atacado por su punto más vulnerable, entre las dos patas posteriores, que era lo que estaba haciendo cuando llegamos.

George esperó a que Elsa le diera la oportunidad de poner fin a la agonía del desdichado animal con una bala misericordiosa. En cuanto le asestó el golpe de gracia, vimos a Nuru, con el agua hasta la cintura, vadeando entre la espuma de los rápidos. No podía resistir la tentación de darse un atracón de aquella montaña de carne, pero, al ser musulmán, solo podría comerla si él mismo degollaba al animal antes de morir. Sin tiempo que perder, se aventuró a caminar entre las rocas resbaladizas y ocultas hacia la presa. Encaramada al búfalo, Elsa observaba cada uno de sus movimientos con tensa emoción. Y aunque conocía a Nuru desde que era una cachorrilla y le había permitido todo tipo de familiaridades, en aquel momento recelaba de él y, con las orejas gachas y gruñidos amenazantes, defendía la presa incluso de su niño. Daba miedo verla, pero Nuru, espoleado por su glotonería, hizo caso omiso de sus advertencias. Era grotesco contemplar su flacucha figura avanzando tambaleante hacia una leona enfurecida que gruñía sentada sobre un búfalo moribundo que aún coceaba. Al acercarse a Elsa, Nuru levantó el dedo índice y lo agitó de lado a lado al tiempo que le gritaba:

—No, no.

Y por increíble que parezca, Elsa le obedeció y, sentada como si tal cosa sobre el búfalo, le permitió degollarlo.

El problema que se presentó a continuación fue sacar la res del río. Tuvimos que arrastrarla a través de los rápidos, entre las rocas resbaladizas. Mover una bestia de quinientos kilos en tales circunstancias, con una leona excitada protegiéndola, no fue una tarea sencilla.

Sin embargo, Elsa, inteligente como era, no tardó en darse cuenta de lo que necesitábamos y, agarrando el búfalo por la raíz de la cola mientras tres

hombres tiraban de la cabeza y las patas, ayudó a sacarlo del agua. Aunando fuerzas y entre carcajadas por los esfuerzos de Elsa, entre todos lograron sacar el animal a tierra, donde lo descuartizaron. Y también en eso ayudó Elsa. Cada vez que le cercenaban una de sus grandes y pesadas patas, la arrastraba a la sombra de un arbusto, ahorrándoles así a los muchachos la tarea de tener que hacerlo luego. Por suerte, conseguimos acercarnos con el Land Rover hasta aproximadamente un kilómetro y medio de allí y transportar gran parte de la carne al campamento.

Elsa estaba exhausta: había tragado grandes cantidades de agua durante la refriega con aquella bestia y se había pasado al menos dos horas con el agua hasta el cuello en medio de la rápida corriente de un río. No obstante, por más cansada que estuviera, se negó a separarse de su caza hasta que se cercioró de que estaba segura y la habían despiqueado por completo. Solo entonces se retiró a descansar a la sombra de un arbusto.

Cuando me uní a ella momentos después me lamió el brazo, me echó una zarpa por encima y me abrazó hacia su mojado cuerpo. Tras la enorme excitación de la mañana, nos relajamos juntas. Me conmovió su ternura y el esmero con el que trataba mi piel y evitaba arañarme con las mismas garras que apenas unos minutos antes habían resultado tan letales para la gruesa piel de un imponente búfalo.

Incluso para un león salvaje, matar a un búfalo macho por sí solo habría sido una proeza. Elsa hacía poco que había aprendido el arte de la caza, y además las lecciones las había recibido de unos padres adoptivos muy inferiores. Sin duda, el río había sido un buen aliado, pero había necesitado desplegar una inteligencia considerable para aprovecharlo y me sentía muy orgullosa de ella.

Caída ya la tarde, cuando regresábamos a nuestro campamento, vimos una jirafa bebiendo en la orilla opuesta del río. Olvidando su cansancio, Elsa la acechó: cruzó el río con sigilo, en la dirección del viento, y, manteniéndose fuera de la vista de su presa y evitando hacer una última salpicadura, desapareció entre las matas ribereñas. La jirafa, ajena a todo peligro, extendió sus patas delanteras lo más lejos posible y agachó su largo cuello hacia el agua para beber. Contuvimos el aliento, a la espera de que en cualquier momento Elsa saltara de entre los matorrales y la atacara, pero, para nuestro alivio, la jirafa oyó o notó la presencia de Elsa en el último instante y, con un

movimiento ágil, se dio media vuelta y se alejó al galope. Tuvo suerte de que Elsa se hubiera dado un atracón de carne de búfalo. Pero la leona aún no había dado por concluidas sus aventuras del día, y, como su lema parecía ser «cuanto más grande, mejor», apareció entonces un elefante amblando sin prisa por el camino en dirección hacia donde estábamos. Mientras que nosotros nos apartamos a toda prisa para esquivarlo, Elsa decidió sentarse tranquilamente en medio del camino y esperar a que el imponente animal se hallara muy cerca antes de saltar con agilidad a un lado y provocar que el paquidermo diera media vuelta y huyera a toda prisa. Después de aquello, Elsa nos siguió en silencio hasta el campamento, se desplomó sobre la cama de George y se quedó dormida enseguida. No estaba mal para un solo día.

Poco tiempo después caminábamos por la umbría orilla cuando hallamos unos pequeños hoyos de barro, de un metro de diámetro y con forma de cuenco, en una laguna poco profunda. George me explicó que eran los lugares de puesta de la tilapia, un pez que habíamos visto a escasa distancia en el río. Mientras investigábamos aquellos hoyos enlodados, Elsa olfateó con mucho interés un matorral y arrugó el hocico, tal como solía hacer cuando olía a un león. Vimos entonces pisadas frescas de león cerca, y Elsa, emitiendo sus ronroneos característicos, siguió su rastro y desapareció. Se ausentó durante toda la noche y todo el día siguiente. Cuando fuimos en su busca por la tarde, la divisamos a través de los prismáticos posada sobre su roca favorita. Debí de vernos, porque escuchamos su llamada, pero no hizo ademán de abandonar su posición. Creyendo que podía estar cerca de leones salvajes, optamos por no interferir y regresamos a casa. Cuando todo el mundo se hallaba ya en cama, George escuchó los agónicos aullidos de un animal dolorido y, al poco, Elsa apareció en su tienda y se arrojó al suelo, junto a su cama. Le dio unas palmaditas con las zarpas, como si quisiera decirle algo. Al cabo de unos minutos, volvió a marcharse y desapareció durante toda la noche y el día siguiente.

La noche siguiente, mientras cenábamos, entró en la tienda, frotó su cabeza contra mí en gesto de cariño y volvió a marcharse a pasar la noche fuera. Por la mañana seguimos su rastro a una gran distancia. Aquella noche no regresó; llevaba ya tres días fuera, salvo por las breves visitas para demostrarnos su afecto. ¿Sería tal vez su tierno modo de decirnos que había encontrado una manada y que, aunque nos quería, estaba intentando romper nuestros lazos?

Aquella noche nos despertaron unos alarmantes rugidos de león mezclados con risas de hienas. Nos mantuvimos a la escucha, a la espera de que Elsa entrara en la tienda en cualquier momento, pero al amanecer aún no había regresado. En cuanto salió el sol, partimos en dirección a donde procedían los gruñidos, pero nos detuvimos al cabo de unos cientos de metros, desconcertados por un inconfundible rugido de león procedente del río, que quedaba más abajo. Justo en ese momento vimos un antílope y varios cercopitecos verdes huyendo a toda prisa monte a través. Avanzando muy despacio entre la tupida maleza en dirección al río, hallamos en la arena las huellas frescas de al menos dos o tres leones: conducían a la orilla de enfrente. Vadeamos el agua y seguimos el rastro, aún húmedo, que ascendía por la ribera opuesta, hasta que entreví, a menos de cincuenta metros, a través de las espesas matas, la forma de una leona. Entrecerré los ojos para comprobar si era Elsa y George la llamó por su nombre. La leona se marchó. Cuando George volvió a llamarla, echó a trotar más rápido por el sendero, hasta que el copete negro de su oscilante cola desapareció entre la maleza.

Nos miramos. ¿Habría encontrado su destino? Tenía que habernos oído. Y al seguir a los leones, había decidido su futuro. ¿Significaba eso que nuestras esperanzas de que regresara a la vida natural se habían cumplido? ¿Habíamos conseguido que se separara de nosotros sin herirla?

Regresamos al campamento solos y muy afligidos. ¿Debíamos dejarla ya y cerrar con ello un capítulo tan importante de nuestras vidas? George sugirió que esperásemos unos días más para asegurarnos de que la manada la había aceptado.

Fui a mi estudio junto al río y continué escribiendo la historia de Elsa, que había convivido con nosotros hasta aquella misma mañana. Me entristecía estar sola, pero intenté animarme imaginando que, en aquel mismo instante, Elsa estaría frotando su suave pelaje contra el de otro león y descansando junto a él bajo la sombra, tal como a menudo lo había hecho allí conmigo.

# 09

## EPÍLOGO

Tras más de tres años de compañía tan íntima, nos parecía impensable perder todo contacto con Elsa, siempre que ella quisiera mantenerlo con nosotros.

Dado que, en el ejercicio de sus deberes, George viaja continuamente, hemos procurado visitar la zona donde Elsa vive en intervalos de unas tres semanas. Al llegar al campamento, disparamos una o dos balas al aire o lanzamos un petardo, y casi siempre Elsa acude corriendo junto a nosotros al cabo de unas horas y nos recibe por todo lo alto, demostrándonos más afecto que nunca. En una ocasión transcurrieron quince horas antes de su aparición, y en otra, treinta: debía de hallarse muy lejos y, de manera inexplicable, presintió nuestra llegada. Durante nuestra estancia de tres días nunca nos pierde de vista y su regocijo por estar junto a nosotros resulta conmovedor.

Cuando llega el momento de partir, George se aleja unos quince kilómetros y abate un antílope o un facóquero a modo de obsequio de despedida para Elsa mientras los muchachos desmontan las tiendas y las cargan en los vehículos. Entre tanto, yo me siento con ella en mi estudio bajo el gran árbol e intento distraerla. En cuanto llega el antílope, se abalanza sobre él, pese a que por lo general la encontramos bien alimentada y en forma. Es evidente que hace tiempo que aprendió a cazar y ya no depende de nosotros para alimentarse. Mientras devora el antílope, los vehículos cargados se alejan un kilómetro y medio y, una vez acaba y se adormece, George y yo nos escabullimos.

Durante un rato antes de la despedida, Elsa se muestra un tanto distante y nos aparta la cara, y aunque todavía se muere de ganas de estar con nosotros, cuando se percata de que ha llegado el momento de marcharnos, facilita la

despedida de un modo enternecedor, controlándose con suma dignidad. Dado que sucede en todas las ocasiones, no puede tratarse de una coincidencia.

Poco tiempo después viajé a Inglaterra para negociar la publicación del libro sobre ella. Durante los meses que pasé en Londres, George me escribió relatándome todas sus visitas a Elsa, cuya historia continúa en sus cartas. Esta correspondencia da fe no solo de la capacidad continuada de Elsa de combinar su vida como leona salvaje con su antigua relación con nosotros, sino también de que dicha relación continúa siendo de igual a igual, a diferencia de lo que sucede entre un perro y su amo.

*Isiolo, 5 de marzo de 1959*

Conseguí escaparme a ver a Elsa la tarde del 25. Quince minutos después de mi llegada, apareció, procedente del otro lado del río. Debió de escuchar el motor diésel del camión. Tenía buen aspecto, aunque estaba delgada y hambrienta. Como de costumbre, me recibió con gran alborozo antes de ir en busca de su carne. Ya no estaba ni de lejos tan escuálida como la primera vez, y en un par de días ya había engordado y se mostraba tan en forma como siempre. Por supuesto, la desconcertó que tú no estuvieras allí y acudió en varias ocasiones a tu *boma*<sup>7</sup> y se asomó a la camioneta, llamándote. Sin embargo, no tardó en recuperar la rutina habitual, salvo por el hecho de que se negó en redondo a abandonar el campamento para salir de paseo. Iba al estudio por la mañana y pasaba allí todo el día conmigo. Cuando le llevé el segundo antílope, el domingo por la mañana, no permitió que nadie se acercara a él, defendiéndolo con fiereza. Pero, al ver que me dirigía al estudio, lo agarró, lo arrastró hasta allí, lo depositó junto al lugar donde yo estaba sentado y me permitió despedazarlo. Por la tarde, cuando regresé a mi tienda, agarró de nuevo el antílope y lo metió dentro. La tarde siguiente le dije: «Elsa, es hora de regresar a casa». Esperó a que recogiera los restos del antílope y luego, situándose por delante de mí, caminó con solemnidad hacia la tienda. Le han desaparecido las manchas blancas del lomo. Su amigo el varano estaba allí, a la espera de robar lo que pudiera. Ahora parece aceptarlo y no le presta atención cuando viene a por carne. Sigue sin haber indicios



de que haya contactado con leones.

Dejé a Elsa el martes. Permanecí con ella en el estudio mientras desmontaban el campamento. Pero, en cuanto oyó los motores de las camionetas, supo que iba a dejarla y se volvió distante, negándose a mirarme. Tengo previsto volver a verla el día 14.

*Isiolo, 19 de marzo de 1959*

Volví a visitar a Elsa el día 14. Salimos a las 10:15 de la mañana y llegamos en torno a las 18:30. No había rastro de ella. Lancé tres petardos y una bengala a lo largo de la noche. La mañana siguiente, al amanecer, salí en su búsqueda. Llegué hasta la gran charca que hay junto al camino donde Elsa le tendió la emboscada a aquel elefante. El estanque estaba seco y no había huellas de Elsa. Lancé otro petardo y regresé por la parte alta de la cresta hasta la pista forestal, y luego volví al campamento por detrás, siguiendo el *lugga*<sup>8</sup> de arena que hay ahí. Ni rastro. Llegué al campamento a las 9:15. Un cuarto de hora más tarde apareció de repente, procedente del otro lado del río, con muy buen aspecto y mucha carne alrededor de los huesos. Debía de haber cazado al menos una presa desde que la dejé once días antes. Me recibió por todo lo alto. Tenía algunas cicatrices, probablemente causadas durante la refriega de su última cacería, pero eran superficiales y apenas le habían penetrado la piel. Enseguida se acomodó a su rutina habitual. Rebosaba vida y me derribó un par de veces, ¡una sobre un espino! Aceptó salir a dar un breve paseo hasta el río en una ocasión, pero el resto de los días pasó la mayor parte del tiempo conmigo en el estudio.

Sigue sin haber indicios de contacto con leones salvajes. No escuché ninguno en este viaje. El bosque está muy reseco, lo cual seguramente hace que le resulte más fácil cazar, porque todos los animales tienen que acercarse al río a beber y allí la visibilidad es mejor. Dado que solo llevaba conmigo la tienda de montaña, por la noche estábamos un poco hacinados en ella, pero Elsa se comportó muy bien ¡y no mojó ni una sola vez el suelo! Como de costumbre, me despertó varias veces por la noche «frotándome el hocico» y

sentándose sobre mí. No tuve problemas para dejarla, cosa que hice el miércoles. De hecho, creo que se está volviendo más independiente y no le importa que la abandonemos. Me enerva la gente que sostiene que la vida y las acciones de un animal se rigen por el más puro instinto y los reflejos condicionados. Solo la capacidad de raciocinio puede explicar la calculada estrategia que emplea una manada de leones para cazar y los múltiples ejemplos que Elsa nos ha dado de un comportamiento inteligente y reflexivo.

*Isiolo, 4 de abril de 1959*

Llegué al campamento en torno a las 20:00 horas. Lancé los petardos de costumbre y una bengala. Pero Elsa no dio señales y tampoco apareció durante la noche. A la mañana siguiente, a primera hora, me dirigí al camino donde cazamos la gallina de Guinea y encontré allí los restos de un campamento reciente. Entonces describí un amplio semicírculo por la orilla opuesta del río, con la esperanza de hallar su rastro, pero no encontré huellas. Regresé al campamento temiendo que le hubieran disparado.

Le pedí a Ken Smith que me siguiera, porque también él tenía muchas ganas de ver otra vez a Elsa. Ken ya estaba en el campamento cuando llegué y me dijo que había visto a Elsa sobre la Gran Roca. La había llamado, pero parecía nerviosa y se había negado a bajar. Me dirigí hasta allí con él y, en cuanto la llamé y reconoció mi voz, descendió y me brindó una bienvenida fantástica. También se mostró muy amigable con Ken. Era la viva imagen de la salud, con el estómago abultado. Tenía que haber cazado la noche anterior. Ken instaló su cama en tu *boma* y Elsa no lo molestó ni una vez en toda la noche. Incluso salimos a pasear juntos y pasamos el día en el estudio, con Elsa dormida en mi cama y Ken en la suya, aunque en una ocasión sí que se sentó encima de él como muestra de pura amistad.

El jueves por la tarde conduje a Elsa hasta la roca. Ken se había marchado el día antes. Cuando ya pensaba en regresar al campamento, un leopardo empezó a rugir justo debajo de nosotros. Sin pensárselo, Elsa salió disparada a acecharlo, pero creo que el leopardo me oyó y

ya se había ido. La dejé el viernes por la mañana, tras cazarle un facóquero rollizo para que estuviera contenta. Se lo llevó sin demora al río y se lo pasó en grande jugando con él. Elsa parece estar en perfectas condiciones, no se le nota ningún hueso.

*Isiolo, 14 de abril de 1959*

Ayer tenía la intención de ir a ver a Elsa, pero tuve que ir a ahuyentar más elefantes de jardines. Sin embargo, pase lo que pase, mañana saldré para allí sin falta. No soy capaz de expresar las ganas que tengo siempre de volver a verla y cuánto me gustan sus cariñosas recepciones, que nunca fallan. Si encontrara una pareja me alegraría mucho por ella. Debe de sentirse muy sola. En ocasiones debe de experimentar mucha frustración, pero eso no parece afectar a su buen carácter y a su afabilidad. Lo que más me conmueve es que siempre sabe cuándo voy a dejarla y lo acepta, sin intentar interferir ni seguirme. Parece asumir con dignidad que es algo inevitable.

*Isiolo, 27 de abril de 1959*

Salí a ver a Elsa la tarde del 15 y llegué en torno a las 20:00 horas, tras esquivar por los pelos a un rinoceronte al doblar una curva. Tuve que sortearlo saliéndome un poco de la pista. Lancé los petardos y las bengalas de costumbre, pero aquella noche Elsa no dio señales de vida. La mañana siguiente me dirigí hasta la roca y lancé más bengalas. No hallé pisadas por ninguna parte. No apareció en ningún momento del día ni de la noche. Durante la madrugada hubo un aguacero tremendo, con unos relámpagos y unos truenos fantásticos, y el río bajaba crecido. A la mañana siguiente me dirigí a la «cresta del búfalo» y descendí al *lugga* de arena, por el que había circulado el agua de la crecida. De hecho, tuve que abandonarlo debido a las arenas movedizas. En un punto, de repente me hundí hasta la cintura y me costó sudor y esfuerzos salir. Luego seguí el sendero hasta una cresta cerca de la confluencia del *lugga* con el río. Me aventuré bastante más allá de donde habíamos llegado hasta ahora. Almorcé en

la orilla del río y luego lo crucé. El agua me llegaba hasta la cintura y bajaba roja por el fango. Como es lógico, la lluvia había borrado cualquier posible huella, pero de todos modos decidí seguir el cauce del río para regresar al campamento.

En un punto vi un bulto en el agua que me pareció el cadáver de un animal muerto. Me acerqué dispuesto a lanzarle una piedra cuando, de repente, emergió una cabeza: era un hipopótamo. Al poco escuché entre la maleza, junto al camino, un tremendo estrépito de bufidos, rugidos y aullidos: ¡eran un par de rinocerontes haciendo el amor! Llegué al campamento en torno a las 17:00 horas. Seguía sin haber ni rastro de Elsa. Estaba muy preocupado, porque nunca había tardado tanto en aparecer. Cuarenta y ocho horas después de mi llegada, en torno a las 20:30, escuché su voz grave llamándome desde el otro lado del río e, instantes después, llegó corriendo al campamento, convertida en la viva imagen de la salud. Estaba tremendamente contenta de verme. Nada sugería que hubiera estado con otros leones. Tenía hambre y se comió gran parte de los cuartos traseros del hediondo *granti* que le había cazado en el trayecto de regreso. La mañana siguiente salí y le cacé un jabalí, que disfruté de verdad. De hecho, comió tanto que se negó a salir del campamento.

El domingo por la mañana, mientras estábamos en el estudio, con Elsa profundamente dormida detrás de mí, un cocodrilo de dos metros y medio de longitud emergió del agua y se posó sobre las rocas de la orilla de enfrente. Me acerqué a rastras hasta el borde del agua, lo filmé con la cámara de cine y me dirigí con sigilo al campamento a coger el rifle. Le descerrajé un tiro que le atravesó el cuello. No volvió a moverse de las rocas. Envié a Makedde al otro lado para atarle una soga alrededor del cuello y arrastrarlo hasta nuestra orilla. Elsa lo observaba todo con sumo interés, pero seguía sin divisar el cocodrilo. No lo vio hasta que estaba ya muy cerca de la ribera. Se le aproximó con mucha cautela, como si fuera un búfalo, levantó una pata y le golpeó el hocico con cuidado, y luego, convencida ya de que estaba muerto, lo agarró y lo subió a la orilla, poniendo una horrorosa mueca de desagrado. Ni siquiera lo probó. Era evidente que prefería la carne del jabalí, que para entonces estaba ya putrefacta.

Dejé a Elsa el lunes por la mañana. Tropecé con un inmenso búfalo macho en uno de los charcos de lluvia. La mañana siguiente fui a cazar al gran león que se nos escapó el día en que matamos a la madre de Elsa. Ha estado causando muchos problemas y se ha comido doce reses de los roba en el transcurso de las últimas pocas semanas. Me pasé cuatro noches sentado sobre sus víctimas y parte de los días buscando sus huellas por las montañas rocosas, pero lo único que encontré fue el rastro de una leona con dos cachorros de unos tres o cuatro meses, sin duda primos o hermanastros de Elsa. De todas maneras, no lamento que el viejo león no apareciera. No creo que fuera adecuado para cazarlo y llevárselo a Elsa.

*Isiolo, 12 de mayo de 1959*

Partí el domingo 3 de mayo y establecí el campamento en torno a las 12:30 horas del día 5. No había señales de Elsa y el río bajaba muy crecido, más que nunca. Como es lógico, la lluvia había borrado cualquier rastro que pudiera haber. Por la noche lancé unos petardos y unas bengalas. La mañana siguiente, Elsa seguía sin dar señales de vida. Salí a cazarle un gerenuc, porque el *granti* que le había traídoapestaba. Elsa no apareció ese día ni durante los dos siguientes. No pude evitar preocuparme, aunque la razón más probable era que se hubiera ido con unos leones salvajes. Envié a Makedde y Asman a hacer indagaciones en los asentamientos africanos, pero nadie parecía haber visto u oído leones, de manera que el sábado por la mañana, con todo el pesar de mi corazón, empecé a recoger (llevaba ya fuera una semana).

De repente se oyó un gran alboroto entre los babuinos y Elsa apareció chorreando, tan en forma como siempre. Tenía el estómago vacío, pero no tenía hambre porque le hizo un feo al gerenuc, aunque no la culpo, puesapestaba. Era la misma Elsa de siempre, cariñosa y contenta de verme. No había indicios de que hubiera estado con otros leones, y, desde que te fuiste, tampoco ha habido señal de que haya estado en celo, si bien lo más probable es que lo haya estado entre visitas. Una vez se hubo acomodado, salí de caza y le traje un gerenuc

fresco. Por la noche lo metió en la pequeña tienda de montaña. Como puedes imaginar, Elsa, el antílope y yo no estábamos muy holgados allí dentro. Aun así, como el gerenuc estaba fresco, no me importó demasiado, salvo por las manchas de sangre y barro que quedaron por toda la tienda y en mi ropa.

Elsa ya lleva sola casi seis meses. Es tan capaz de cuidar de sí misma como cualquier león salvaje y es obvio que realiza largos safaris, pero sigue siendo igual de amistosa y cariñosa que siempre, la misma que cuando te fuiste. Es una leona salvaje en todos los sentidos, salvo en uno: la extraordinaria cordialidad que muestra hacia los europeos. Estoy seguro de que nos considera alguna especie de león y cree que no somos de temer y que puede tratarnos con amistad. No me cabe duda de que Elsa suspira por mi regreso. Siempre se alegra mucho de verme y, evidentemente, no le gusta que me vaya, pero, si me marchara para siempre, no creo que afectara demasiado a su vida.

*Isiolo, 20 de mayo de 1959*

No puedo explicarte nada más acerca de Elsa. Te doy todos los detalles en mis cartas. Sabes que cuando está saciada de carne no le gusta alejarse demasiado del campamento y que se pasa los días conmigo bajo los árboles del estudio. A menos que suceda algo inusitado, mantenemos la misma rutina que antes de tu partida. Por supuesto, Elsa es más independiente y se aventura a alejarse más, y ya no depende de mí para alimentarse. Quizá se muestra un tanto más recelosa con los africanos desconocidos y no deja que Nuru ni Makedde se le acerquen demasiado mientras come. En cuanto a trasladar la carne, ya sea de la tienda al estudio por la mañana o del estudio a la tienda por la noche, soy yo quien carga con ella y Elsa se limita a caminar tras de mí. Incluso cuando acampamos en la pequeña tienda de montaña, Elsa mete la carne dentro y no me queda más remedio que aguantarme o, si el hedor me resulta insufrible, ¡sacar mi cama fuera! Es evidente que sabe que, cuando está cerca de mí, su carne está a buen recaudo. Estoy seguro de que cuando tenga cachorros me los traerá y los dejará conmigo para que los cuide. Y cuando eso

ocurra, creo que solo nos permitirá acercarnos a nosotros. Tendremos que dejar a los criados aparte.

Tengo muchas ganas de volver a ver a Elsa. Parecía bastante apenada cuando me marché la última vez. Intenté escabullirme sin que me viera, pero cuando volví la vista estaba de pie, en el borde del salobral, observando cómo me alejaba. No intentó seguirme. Me sentí como un ladrón huyendo a hurtadillas.

*Isiolo, 3 de julio de 1959*

He vuelto a ir a ver a Elsa. Un cuarto de hora después de llegar al campamento, apareció y me recibió como de costumbre. Se la veía en forma, pero estaba muy hambrienta y durante la noche se comió casi la mitad de una gacela de Grant que le había llevado. La mañana siguiente, temprano, arrastró los restos hasta los matorrales que hay bajo el campamento y se quedó allí todo el día, salvo por las contadas visitas que me realizó en el estudio para asegurarse de que seguía allí. El martes por la mañana, tras acabarse la comida, me siguió hasta el río y recorrimos juntos poco menos de un kilómetro. De repente, algo en la orilla opuesta le llamó la atención. Parecía muy interesada: era obvio que había olido algo. Se dirigió con sigilo aguas arriba por la ribera y cruzó el río. Yo me oculté frente al punto en el que parecía tan interesada y esperé. No veía ni escuchaba nada. De súbito se produjo un alboroto y un antílope acuático macho salió corriendo de entre la maleza, atravesó el río y se dirigió derecho hacia mí, con Elsa pisándole los talones. Al verme, intentó desviarse, pero Elsa se le abalanzó y lo derribó. Siguió una tremenda refriega en el agua. Elsa lo agarró enseguida por otro punto, sujetándolo del cuello. Entonces, cuando el animal estaba demasiado débil para seguir luchando, lo agarró del hocico, envolviéndole toda la cara con las mandíbulas para asfixiarlo. Al final me resultó insoportable seguir mirando y le asesté un disparo por clemencia. El antílope debía de pesar cerca de doscientos kilos. Con un esfuerzo tremendo, Elsa lo arrastró hasta media altura de la escabrosa ribera, tras lo cual parecía derrotada. Intenté ayudarla, pero era incapaz de moverlo. La dejé allí para ir al campamento en busca de Nuru, Makedde y unas cuerdas. Cuando

regresamos, ¡el antílope estaba sobre la ribera, seco! Elsa tiene una fuerza asombrosa. ¡Imagina qué podría hacerle a un humano si quisiera! Y eso solo es una muestra de lo indulgente y amable que es con nosotros. Me marché el día 2, con mucha dificultad. Parecía intuir que me iba y, durante un largo rato, me miró fijamente y no me perdió de vista. Al final, al cabo de dos horas, se quedó dormida y pude escabullirme.

¡Prepárate para una bienvenida de órdago! De hecho, creo que sería mejor que no te dejaras ver hasta que me haya saludado a mí y se haya serenado un poco.

\* \* \*

A mi regreso a Kenia, George me indicó que nuestro viejo Land Rover se estaba cayendo a pedazos. Me entristecía deshacerme de él, por más abollado y arañado que estuviera por las zarpas de Elsa. No obstante, compramos un nuevo modelo y nos preguntábamos cómo reaccionaría Elsa.

George se había organizado para que sus vacaciones en el país coincidieran con mi retorno y no tardamos en partir en busca de Elsa. Cuando llegamos a su campamento, el 12 de julio, anocheceía. Unos veinte minutos más tarde, mientras estábamos montando mi tienda, escuchamos el familiar aullido de los babuinos en el río, el habitual anuncio de la llegada de Elsa.

George me sugirió que me subiera a la camioneta hasta que Elsa hubiera liberado un poco de energía saludándolo a él, porque temía que, con la emoción de verme después de tanto tiempo, no fuera capaz de controlar su fuerza y me hiciera daño.

A regañadientes, seguí su consejo y la observé darle la bienvenida, pero, transcurridos unos minutos, salí del vehículo. De repente, Elsa me vio y, como si fuera la cosa más natural del mundo, saltó con parsimonia por encima de George y empezó a restregar su rostro contra mis rodillas y a maullar como solía hacer. Luego, con las zarpas retraídas, utilizó sus 140 kilos para doblegarme y se dedicó a jugar conmigo como de costumbre, de forma amistosa, sin demasiado alboroto o excitación. Había crecido y engordado mucho, y me alegró ver que tenía el estómago lleno, gracias a lo cual tardó un largo rato en mostrar interés por la gacela de Grant que le había traído



George. Más tarde, para nuestra sorpresa, saltó sobre el techo del nuevo y resplandeciente Land Rover con la misma naturalidad con la que me había recibido a mí, pese a que tenía un aspecto muy distinto al viejo *jeep* abollado al que estaba acostumbrada.

Para pasar la noche, decidimos instalar mi cama de campaña en mi camioneta, por si Elsa sentía la necesidad de compartirla conmigo. Y demostró ser una precaución sensata, ya que, en cuanto se apagaron las luces, atravesó con sigilo pero con decisión el seto de espino que rodeaba mi *boma* y, apoyada sobre sus patas traseras, se asomó al interior de la camioneta para asegurarse de que estaba allí. Sin embargo, después de aquello, se acomodó junto al vehículo hasta primera hora de la mañana. La escuché entonces arrastrar el cadáver de la gacela de Grant hasta la orilla del río, donde lo protegió hasta que George se despertó y la llamó a desayunar. Entonces reapareció y a punto estaba de abalanzarse sobre mí cuando la detuve con un:

—No, Elsa, no.

Elsa se controló, se me acercó caminando con tranquilidad y, mientras nosotros seguíamos desayunando, se sentó tocándome con una zarpa. A continuación regresó junto a su presa abandonada.

Durante los seis días siguientes, Elsa compartió nuestra rutina en el campamento y nos acompañó en los paseos matutinos y vespertinos. Un día la observamos acechar a un antílope acuático mientras bebía en la orilla opuesta. Se quedó paralizada, completamente rígida, en una postura incómoda, hasta que el antílope le brindó la oportunidad de avanzar con sigilo en favor del viento. A continuación, cruzó el río sin hacer siquiera una salpicadura y desapareció entre los matorrales. Cuando regresó, frotó su cabeza contra nosotros, como si quisiera explicarnos su intento fallido de caza. En otra ocasión sorprendimos a una gran ave de rapiña sobre el cuerpo de un dicdic recién cazado; cuando dejó a su víctima, le ofrecimos aquel pequeño antílope a Elsa, quien lo rechazó arrugando el hocico con la mueca de desagrado que pone cuando algo no le gusta. Otro día decidimos pasar la jornada junto al río, de pícnic, George pescando y yo dibujando a Elsa. En cuanto empecé a comerme el emparedado, Elsa insistió en que le diera su parte e intentó arrebatarme la comida de la boca con sus grandes zarpas.

En otros momentos no era tan delicada y teníamos que mantenernos alerta para evitar sus juguetonas emboscadas, porque se había hecho tan fuerte que el

impacto de su pesado cuerpo distaba mucho de reportar un placer mutuo.

Una mañana se lo pasó en grande jugando en el río con un palo que George le había lanzado. Lo agarraba, saltaba a su alrededor haciendo cabriolas y salpicando toda el agua que podía con el látigo de su cola y volvía a dejarlo caer para tener la excusa de zambullirse a buscarlo y, orgullosa, emerger de nuevo con él a la superficie. Mientras George la filmaba cerca del borde del agua, Elsa fingía no notar su presencia, pero fue maniobrando con astucia para acercársele cada vez más y, sin previo aviso, soltó el palo y se abalanzó sobre el pobre George, como diciéndole: «Ahí tiene su merecido, señor fotógrafo». George intentó vengarse, pero Elsa se escabulló de un salto y, con una agilidad asombrosa, trepó al tronco de un árbol inclinado, fuera de nuestro alcance. Y allí permaneció sentada, lamiéndose las zarpas con aspecto de absoluta inocencia.

Tras aquella actuación, durante los dos días siguientes Elsa solo nos realizó breves visitas y se mostró distante. El día 23 no nos acompañó en nuestro paseo matutino, pero a última hora de la tarde vislumbramos su contorno sobre la roca situada cerca de nuestro campamento y nos costó dar crédito a lo que vimos: a menos de veinte metros de ella había una tropa de babuinos, en apariencia bastante tranquilos. A regañadientes, Elsa acudió a nuestra llamada y se nos unió a los pies de la roca, pero poco después se marchó tan rápido como pudo y se ocultó en el monte. La seguimos hasta que cayó la noche. Después regresó junto a nosotros y toleró mis caricias, pero era evidente que estaba incómoda e inquieta y quería irse. Se ausentó toda aquella noche y el día siguiente, durante los cuales solo regresó en una ocasión para un bocado rápido. El día siguiente, mientras conversábamos tras la cena, apareció de repente empapada después de cruzar el río. Nos saludó cariñosamente a ambos, pero, mientras daba cuenta de su cena, se detuvo de continuo para escuchar algo en el exterior. Por la mañana se había ido. Aquel extraño comportamiento nos desconcertó. No presentaba indicios de estar en celo y nos preguntamos si no habríamos alargado demasiado nuestra estancia. Era de lejos el período más largo que habíamos pasado con ella desde su liberación.

La noche siguiente, Elsa volvió a aparecer de la nada en medio de la oscuridad y, con un meneo de cola, derribó todo lo que había en la mesa; tras abrazarnos con un afecto excesivo, desapareció el resto de la noche, si bien

regresó un instante, como si quisiera disculparse.

La mañana siguiente hallamos la explicación a su extraño comportamiento en las huellas de un gran león. Por la tarde vimos, a través de los prismáticos, un montón de buitres sobrevolando en círculo y fuimos a investigar: encontramos el rastro de muchas hienas y chacales y las huellas de un león. Conducían hacia el río, donde el león sin duda había bebido y había dejado un gran charco de arena manchada en sangre. Sin embargo, no había huellas de Elsa ni presa de caza que explicara la presencia de los buitres ni de la sangre. Pasamos seis horas explorando la zona circundante, pero tuvimos que regresar al campamento sin Elsa. Esa noche, cuando volvió, parecía muy hambrienta y se quedó a dormir con nosotros, pero al alba había desaparecido de nuevo.

El día 29 la divisamos en la elevada cresta rocosa y, tras llamarla durante unos minutos, se nos unió, ronroneando y cariñosa, pero no tardó en regresar a la roca. Entonces vimos que estaba en celo, lo cual explicaba su reciente comportamiento. Cuando volvimos a visitarla por la tarde, aunque respondió a nuestras llamadas, se negó a bajar y tuvimos que subir nosotros a la roca. Al anochecer, se puso en pie y, a modo de despedida, frotó su cabeza contra mí, contra George y contra el portador de armas, y luego se alejó caminando despacio hacia su guarida. Solo volvió la vista para mirarnos en una ocasión. Al día siguiente la avisté con mis prismáticos encaramada a su roca, descansando. Ni sabiendo hablar habría podido decirnos más claramente que quería estar sola. Por más amor que le diéramos, era evidente que necesitaba la compañía de su propia especie.

Decidimos desmontar el campamento. Cuando nuestros dos vehículos pasaron por debajo de su roca, apareció en el horizonte y se quedó contemplando cómo nos alejábamos.

Nuestra siguiente visita a Elsa tuvo lugar entre el 18 y el 23 de agosto. Como siempre, cuando estaba con nosotros se mostraba muy cariñosa, pero de aquellos cinco días pasó dos sola en el monte y, aunque no detectamos el rastro de ningún león, parecía preferir la soledad a compartir nuestra vida. Por descontado, lo mejor para ella era ser independiente de nosotros.

El 29 de agosto, George se vio obligado a visitar la zona de Elsa para efectuar un control de caza y llegó a su campamento a las 18:00 horas con la intención de pernoctar en él. Lanzó dos petardos para atraer su atención. En torno a las 20:00 horas, escuchó a un león junto al río y lanzó otro petardo. El

león continuó rugiendo durante toda la noche, pero no había rastro de Elsa. La mañana siguiente, George encontró las huellas de un león o una leona joven cerca del campamento. Tenía que marcharse enseguida, pero regresó a las 16:00 horas. Una hora después, Elsa cruzó el río y se le acercó. Estaba afectuosa como siempre y tenía buen aspecto. Aunque no estaba hambrienta, comió un poco del antílope que George le había cazado y luego arrastró el cadáver al interior de la tienda. Poco después del crepúsculo, un león empezó a llamar. Para sorpresa de George, Elsa hizo caso omiso de la invitación, que se prolongó durante gran parte de la noche.

Por la mañana, temprano, tomó un buen desayuno y, sin dar muestras de apremio, desapareció en la dirección de la que procedía la llamada del león. Poco después, George escuchó su voz y la vio sentada sobre una gran roca, emitiendo graves rugidos. En cuanto lo divisó, descendió de la roca para ir a su encuentro. Aunque estaba contenta de verlo, dejó claro que quería estar sola y, tras unas breves caricias con la cabeza, desapareció en la espesura. George la siguió por intuición y encontró sus huellas, que apuntaban hacia el río. Al poco, la vio sentada en una roca, prácticamente oculta por un matorral. La observó durante un rato. Al principio, Elsa rugió, pero luego, con un resoplido desconcertado, descendió como una flecha de la roca y pasó zumbando junto a George para perderse entre las matas. Al instante apareció un joven león persiguiéndola y, sin darse cuenta de la presencia de George, se dirigió directamente hacia él. Cuando el león se hallaba a menos de veinte metros, George creyó que había llegado el momento de actuar, agitó los brazos y gritó. Desconcertado, el animal dio media vuelta y regresó por donde había venido. Segundos después, Elsa reapareció, se agachó nerviosa unos momentos junto a George y luego siguió al león. George se retiró y volvió al campamento.

Dos días después, tuvo que regresar a visitar la misma zona. Cuando se hallaba a escasos centenares de metros del campamento de Elsa, uno de los hombres que viajaba en el vehículo la vio bajo un arbusto cerca de la pista, al parecer ocultándose. Se trataba de un comportamiento insólito, pues de costumbre habría salido corriendo a recibir el coche y saludar a sus ocupantes. George, creyendo que el hombre la había confundido con una leona salvaje, dio media vuelta y regresó por donde había venido. Y encontró allí a Elsa, sentada bajo el arbusto. Al principio, Elsa no hizo ningún movimiento, pero después, consciente de que la habían descubierto, se acercó y fue la viva

imagen de la cortesía. Saludó con regocijo a George y fingió estar tan contenta de verlo como siempre, e incluso aceptó comer algo de la carne que le había llevado. Mientras comía, George recorrió a pie el camino en busca de huellas. Y halló las pisadas de Elsa junto con las de otro león. Entonces vio al propio león observándolo desde detrás de un arbusto. Parecía el mismo con el que había visto a Elsa unos días atrás. Al poco, los babuinos junto al río armaron una gran algarabía, señal de que se acercaba el león. Al escucharlo, Elsa se apresuró a acabarse la comida y acudió corriendo a reunirse con su amo y señor.

George montó el campamento y dejó el resto de carne en la tienda antes de partir a ocuparse de sus quehaceres. Al regresar al campamento, la carne seguía intacta. Elsa no apareció en toda la noche.

Elsa había encontrado al fin una pareja y quizá algún día nuestras esperanzas se hicieran realidad y entrara en el campamento seguida por una camada de fornidos cachorros.



*Segunda*  
**PARTE**







*Zweite*  
**PARTE**

# 10

## ELSA SE APAREA CON UN LEÓN SALVAJE

Entre el 29 de agosto y el 4 de septiembre de 1959, George vio a Elsa y a aquel león cortejando. Y no tardó en hacer los cálculos: 108 días de gestación; eso significaba que los cachorros nacerían entre el 15 y el 21 de diciembre.

Cuando, a su regreso de Isiolo, me explicó lo que había visto, me costó reprimir el instinto de partir enseguida hacia el campamento, pues temía que Elsa siguiera a su pareja y se adentrara en un mundo fuera de nuestro alcance.

Sin embargo, cuando llegamos, nos estaba esperando junto a la Gran Roca cerca de la pista forestal.

Estaba muy cariñosa, y también muy hambrienta.

Mientras montaban nuestras tiendas, el león la llamó y se pasó la noche merodeando alrededor del campamento, mientras Elsa, sin moverse del lado de George, saciaba su hambre haciendo caso omiso a su reclamo. Al alba escuchamos de nuevo la llamada del león, esta vez más distante.

Elsa permaneció en el campamento durante dos días, dándose tales atracones de comida que se quedaba adormilada, sin apenas moverse hasta que llegaba la tarde, cuando iba a pescar con George.

Durante la tercera noche comió tanto que nos preocupamos; sin embargo, por la mañana, pese a su abultada panza, se dedicó a trotar por el bosque con nosotros y primero acechó a dos chacales y luego a una bandada de gallinas de Guinea. Por supuesto, cada vez que se les acercaba, las aves alzaban el vuelo, tras lo cual ella se sentaba y se lamía las zarpas. Yo caminaba por delante, pero me detuve en seco al ver un ratel, un animal también conocido como tejón de la miel que rara vez se deja ver. Estaba de espaldas a mí, tan absorto

escarbando la madera podrida de un árbol caído en busca de larvas que no se percató de que Elsa se le acercaba. Ella lo vio y se dirigió hacia él muy despacio, con precaución, hasta hallarse prácticamente encima del animalillo, que no fue consciente de la situación hasta que sus cabezas se rozaron. Entonces, silbando y arañando, el tejón la atacó con tal valor y tal fiereza que Elsa retrocedió.

Aprovechando todas las ventajas que le ofrecía el terreno, el ratel inició una huida combativa, lanzando repetidos ataques, y logró salir indemne de aquella experiencia.

Elsa regresó derrotada y perpleja; lo que sucedía, simple y llanamente, era que estaba demasiado llena para cazar, salvo por diversión, y un compañero de juegos así de furioso no tenía nada de divertido.

Aquel incidente corroboró que estábamos en lo cierto al sospechar que, durante los primeros días después de su puesta en libertad, había sido un ratel el que le había asestado los profundos mordiscos y tajos en la parte inferior del cuerpo, ya que ningún otro animal pequeño es tan intrépido y valiente.

De regreso a casa, Elsa, exultante y cariñosa, me revolcó varias veces en la arena, mientras de fondo se oían los barritos de unos elefantes que, para mi gusto, estaban demasiado cerca.

Aquella noche, Elsa durmió a las puertas de mi tienda de campaña, pero justo antes de amanecer el león empezó a llamarla y fue a su encuentro.

Sus llamadas resultaban fáciles de distinguir: Elsa tiene una voz gutural muy grave, pero, tras el rugido inicial, solo emite dos o tres gruñidos, mientras que la voz del león es menos grave y tras rugir emite al menos diez o doce gruñidos.

Durante la ausencia de Elsa, desmontamos el campamento y dejamos Isiolo con la esperanza de que estuviera con su compañero. Nos ausentamos durante unas tres semanas.

Regresamos al campamento el 10 de octubre. Una hora después de llegar, la vimos nadando río a través para venir a saludarnos, pero, en lugar de la exuberante bienvenida que solía darnos, se me acercó caminando despacio. No parecía hambrienta y estaba mucho más tranquila y sosegada de lo habitual.

Al acariciarla me di cuenta de que tenía la piel suavísima y el pelaje de un brillo inusitado. Y también noté que tenía cuatro de los cinco pezones

agrandados.

Estaba embarazada. No cabía duda. Seguramente había concebido hacía un mes.

Existe la creencia extendida de que cuando una leona queda embarazada y tiene dificultades para cazar debido a su condición, una o dos leonas que ejercen de «tías» la ayudan. Se supone que dichas tías se ocupan también de cuidar a los cachorros recién nacidos, ya que el macho no resulta de excesiva utilidad en tales ocasiones; es más, a menudo no se le permite acercarse a la camada durante varias semanas.

Y puesto que la pobre Elsa no tenía tías, decidimos que nosotros ocuparíamos su lugar. George y yo hablamos largo y tendido sobre nuestros planes para ayudarla a alimentarse y evitar el riesgo de que se lastimara durante el embarazo.

Yo permanecería en el campamento tanto tiempo como pudiera y, en el puesto de guardias de caza más cercano, situado a unos cuarenta kilómetros de distancia, estableceríamos un rebaño de cabras para que pudiera recoger unas cuantas en mi camioneta a intervalos regulares.

Nuru se quedaría conmigo para ayudarme con Elsa, Makedde nos protegería con su rifle, Ibrahim conduciría y uno de los muchachos, el Toto (término suajili para «niño»), se quedaría junto a mí a modo de criado personal.

George nos visitaría siempre que se lo permitiera el trabajo.

Como si hubiera entendido nuestra conversación, Elsa se subió de un brinco a mi cama de campaña en cuanto la prepararon y dio a entender que la consideraba el único lugar adecuado para alguien en su estado.

A partir de entonces se apoderó de ella y, cuando a la mañana siguiente, encontrándome mal, hice que la transportaran hasta el estudio, acudió a compartirla conmigo. Yo estaba muy incómoda, así que al cabo del rato levanté la cama por un costado y Elsa cayó rodando por el otro. Muy ofendida, se retiró a los juncos de la orilla, donde permaneció hasta bien entrada la tarde, a la hora de nuestro paseo.

Cuando la llamé, me miró fijamente, se dirigió con decisión hasta mi cama, se subió a ella, levantó la cola e hizo algo que nunca había hecho en un lugar tan inapropiado.

Luego, con expresión autocomplaciente, bajó de la cama de un salto y se

situó a la cabeza de nuestra excursión.

Al parecer, tras cobrarse su venganza, volvíamos a estar en paz.

Observé que sus movimientos eran muy lentos y que el barrito de los elefantes en las proximidades solo la hacía aguzar los oídos. Aquella noche durmió en la tienda de George, sin responder a la llamada de un león que parecía encontrarse muy cerca del campamento.

Al constatar que por la mañana el león seguía llamando, llevamos a Elsa de paseo en su dirección. Allí, para nuestra sorpresa, hallamos el rastro de dos leones.

Cuando empezó a mostrar interés en las huellas, la dejamos y regresamos a casa. Elsa no volvió aquella noche, motivo por el cual nos sorprendió escuchar a un león rugiendo a escasa distancia del campamento (de hecho, por la mañana, sus huellas nos revelaron que había estado a menos de diez metros de nuestra tienda). Al día siguiente, Elsa tampoco vino a vernos. Con la esperanza de que los leones mostraran buena disposición hacia ella, George cazó un antílope y se lo dejó como regalo de despedida. Tras ello regresamos a Isiolo, donde permanecemos durante quince días, transcurridos los cuales decidí regresar a comprobar cómo estaba Elsa.

Había caído ya la noche cuando llegamos al campamento, pero Elsa no tardó en aparecer. Estaba muy delgada, famélica, y tenía tajos profundos y ensangrentados en el cuello y zarpazos en la espalda.

Mientras se comía la carne que le habíamos llevado, le curé las heridas, a lo cual reaccionó lamiéndome y frotando su cabeza contra la mía.

Durante la noche la escuchamos arrastrar la caza hasta el río y cruzarlo tirando de ella, y después la oímos regresar. Al poco, unos babuinos dieron la alarma y les respondió un león desde la orilla opuesta. Elsa replicó desde nuestro lado con suaves gemidos. Por la mañana, muy temprano, intentó abrir el portillo del seto de espino que rodea mi tienda. Lo empujó hasta lograr meter la mitad de la cabeza, pero se quedó atascada. En su intento por liberarse hizo que la puerta cediera y finalmente entró en la tienda con el portillo alrededor del cuello, a modo de collar. Se lo quité enseguida, pero, a juzgar por el desespero con el que me succionaba el pulgar, parecía inquieta, intranquila. Aunque estaba hambrienta, no hizo ademán de recuperar o proteger su «caza», como suele hacer. Se limitó a escuchar con mucha atención cuando se oía algún ruido procedente del lugar donde la había escondido.

Estábamos desconcertados por su extraño comportamiento, de manera que George fue a investigar qué había sucedido con el antílope. Descubrió que Elsa lo había llevado a la orilla opuesta del río, pero los rastros que encontró en aquella ribera sugerían que otra leona lo había arrastrado durante unos cuatrocientos metros, había devorado parte de él y después se había llevado los restos hacia unas rocas cercanas. Creyendo que aquella leona tenía cachorros ocultos en las rocas, George decidió no ir en su busca. Sin embargo, sí observó que, junto al rastro de la extraña leona, se apreciaban las huellas de un león... y que no se correspondían con las del compañero de Elsa. Todo apuntaba a que aquel león no había tocado la comida, sino que había seguido a la leona a cierta distancia y se la había cedido a ella.

¿Significaba aquello que, aunque los leones no resultan demasiado útiles a las leonas cuando están embarazadas o criando y, por ende, incapacitadas para cazar, sí realizan sacrificios por sus compañeras? ¿Había acudido Elsa, pese a estar hambrienta, con las heridas aún sin curar y necesitada de una tía que la ayudara en su embarazo, en auxilio de una leona con cachorros? Todo eran conjeturas.

A aquellas alturas había engordado ya mucho y cualquier ejercicio le representaba un gran esfuerzo.

Cuando venía conmigo al estudio, solía tumbarse sobre la mesa. Me desconcertaba que lo hiciera, porque, aunque la mesa tal vez sea el lugar más fresco, sin duda es mucho más dura que mi cama o que la blanda arena del suelo. En el transcurso de los días siguientes, Elsa compartió su tiempo entre su compañero y yo. Nuestra última noche en el campamento, Elsa se dio un atracón de carne de cabra y luego, con la barriga llena, se reunió con su león, que llevaba llamándola muchas horas. Su ausencia nos brindó una oportunidad excelente para partir hacia Isiolo.

La segunda semana de noviembre regresamos al campamento. Cuando nos acercamos a la guarida de Elsa encontramos el rastro de muchas ovejas y cabras y todo el terreno del campamento lleno de huellas de pezuñas. Temblé al pensar lo que podía haber sucedido si había matado a una de aquellas cabras que pastoreaban de manera provocadora en lo que ella consideraba sus dominios. Y nuestros temores se vieron acrecentados al encontrar cerca del río a un cocodrilo al cual habían arponeado hacía poco. George envió a una patrulla de guardas de caza a ocuparse de los cazadores furtivos mientras él y

yo íbamos en busca de Elsa.

Caminamos durante horas bosque a través, gritando su nombre al viento, pero no hubo respuesta. Al caer la noche, un león empezó a llamar desde la Gran Roca, pero aguzamos el oído en vano a la espera de oír la respuesta de Elsa.

Nos habíamos quedado sin petardos, de manera que, cuando oscureció, nuestro único medio para hacerle saber que estábamos allí era activar el penetrante aullido de la sirena antiaérea, un vestigio de la época del Mau Mau. En el pasado, aquel sonido la había atraído hacia el campamento.

Quien respondió fue el león; volvimos a activarla y el mismo león volvió a contestar. La extraña conversación se prolongó hasta que la llegada de Elsa le puso fin. Nos derribó de un salto a los dos. Tenía el cuerpo mojado, de manera que intuimos que había cruzado el río a nado y, por consiguiente, procedía de la dirección contraria a la de la llamada del león.

Parecía estar en forma y no estaba hambrienta. Se marchó al amanecer, pero regresó a media tarde, cuando nos estábamos preparando para salir de excursión. Ascendimos a la Gran Roca y nos sentamos allí a contemplar el sol ponerse como una bola de fuego tras las montañas de color añil.

Al principio, Elsa se fundió con el cálido color rojizo de la roca, como si formara parte de ella, y luego su silueta se perfiló contra el tenue cielo, donde resplandecía ya la luna llena. Daba la sensación de que estábamos en un barco gigante, anclados en un mar verde púrpuro de matorrales cuyas aguas estaban salpicadas por unas cuantas islas de afloramientos de roca granítica. La vista era tan inmensa, tan absolutamente pacífica y atemporal, que tuve la sensación de hallarme en una nave mágica que se deslizaba fuera de la realidad para internarse en un mundo donde los valores definidos por los humanos se desmoronaban y desaparecían. De manera instintiva, alargué la mano hacia Elsa, que estaba sentada a mi lado; Elsa pertenecía a aquel mundo y solo a través de ella podíamos atisbar el paraíso que habíamos perdido. La imaginé en el futuro, jugando con sus alegres cachorrillos sobre aquella roca, cachorros cuyo padre era un león salvaje que en aquel mismo momento podía estar aguardando a escasa distancia. Se tumbó boca arriba y me atrajo hacia sí. Con cuidado, coloqué mi mano debajo de sus costillas para notar si las vidas que llevaba dentro se movían, pero me la apartó como si quisiera decirme que había cometido una indiscreción. Tenía ya los pezones muy dilatados.



Al poco tuvimos que regresar al campamento, a la seguridad de nuestro seto de espinos, de las lámparas y de los rifles con que nos armábamos frente a las horas oscuras en las que daba comienzo la verdadera vida de Elsa.

Era el momento en el que nos separábamos y cada uno regresaba a su mundo.

Cuando llegamos al campamento encontramos allí a varios cazadores furtivos de la tribu borana, a quienes los guardias de caza habían acorralado. En tanto que jefe de los guardias de caza, una de las principales funciones de George es atajar la caza furtiva, pues pone en riesgo la supervivencia de la fauna salvaje en las reservas.

Elsa desapareció durante toda la noche y el día siguiente, lo cual nos preocupó: con tantos indígenas y sus rebaños en la zona, habríamos preferido tenerla a la vista. Por la tarde salimos en su busca. Al aproximarnos a la roca, la llamé por su nombre para advertirle de nuestra presencia, pero no obtuve respuesta. Al ascender al collado donde habíamos contemplado la puesta de sol la tarde anterior oímos un gruñido alarmante seguido por un estrépito y un crujido de madera en la gran hendedura que había bajo nosotros. Nos dirigimos a toda prisa hasta el filo de la roca más cercana y luego escuchamos la voz de Elsa muy cerca y vimos a su león alejándose con agilidad a través de los matorrales.

Elsa alzó la mirada hacia nosotros, hizo una pausa y, luego, en silencio, echó a correr tras su compañero. Ambos desaparecieron en la dirección en la que sabíamos que se encontraban los borana con su ganado.

Aguardamos prácticamente hasta el crepúsculo y luego la llamamos. Para nuestra sorpresa, salió trotando de entre la maleza, regresó al campamento con nosotros y pasó la noche allí, si bien a primera hora de la mañana siguiente se marchó.

George regresó a Isiolo con los detenidos, pero dejó a algunos guardas de caza en el campamento.

El monte estaba lleno de ovejas y cabras que habían quedado rezagadas de los rebaños y varios corderos recién nacidos balaban de manera patética. Con la ayuda de los guardas, los encontré y los llevé junto a sus madres.

Los relámpagos iluminaron el cielo nocturno, una señal clara de que las lluvias no tardarían. Jamás había recibido el primer chaparrón con tal sensación de alivio. Aquellas lluvias torrenciales significaban que los borana

regresarían a sus pasturas, con lo que la tentación y el peligro desaparecerían del camino de Elsa.

Por suerte, como no le gustaba el grupo de guardas de caza que compartía con nosotros el campamento, pasó aquellos últimos días de peligro en la ribera opuesta del río, donde no había ni boranas ni rebaños.

A diario, las lluvias empapaban la tierra hasta entonces agrietada. La transformación que provocan los primeros chaparrones resulta inimaginable para quien no lo haya visto con sus propios ojos.

Unos días antes nos rodeaba un monte gris y árido de matorrales resecos en el que los largos espinos blancos aportaban la única nota de color. Ahora, en cambio, nos envolvía una exuberante vegetación tropical repleta de una miríada de flores multicolor y el aire estaba impregnado de sus intensos aromas.

A su regreso, George trajo una cebra para Elsa. Era un capricho especial. En cuanto escuchó las vibraciones del coche, Elsa apareció, detectó la pieza de caza e intentó sacarla del Land Rover tirando de ella. Al comprobar que pesaba demasiado, se dirigió hacia los muchachos y, señalando con la cabeza hacia la cebra, les hizo saber que necesitaba ayuda. Entre risas, los muchachos arrastraron el pesado animal unos pocos metros y esperaron a que Elsa se abalanzara sobre su comida. Para nuestro asombro, aunque la carne de cebra era su preferida, no se la comió, sino que permaneció junto al río rugiendo a pleno pulmón.

Supusimos que estaba invitando a su compañero a compartir el festín. Ello habría sido indicativo de buenos modales en una leona, ya que, según es costumbre entre las manadas, si bien son las hembras quienes se encargan de cazar, deben esperar a que el león se haya comido su parte para saciar su hambre.

La mañana siguiente, el 22 de noviembre, Elsa cruzó a nado el río crecido, se acercó a la cebra y rugió repetidamente en la dirección de la cresta rocosa situada en nuestra orilla.

Vi que tenía un corte profundo a lo ancho de una de las zarpas delanteras, pero se negó a que se lo curara y, después de comer cuanto pudo, se marchó en dirección a las rocas.

Aquella noche llovió durante ocho horas y el río se convirtió en un torrente que podría haber sido peligroso para Elsa de haberlo cruzado, por más que

fuera una nadadora excelente. De ahí que a la mañana siguiente me sintiera aliviada al verla regresar procedente de la Gran Roca.

Tenía la rodilla muy inflamada y me permitió que le curara el corte de la zarpa.

Noté que le costaba mucho defecar y, cuando inspeccioné las heces, me sorprendió ver un trozo enrollado de piel de cebrá que, desplegado, presentaba el tamaño de un plato soperó. Había digerido el pelo, pero el pellejo medía más de un centímetro de grosor. Me maravilló la capacidad de los animales para desprenderse de tales piezas sin sufrir ninguna lesión interna.

Durante varios días, repartió su tiempo entre el león y nosotros.

George regresó de una patrulla con una cabra para Elsa. Por lo general, ella arrastraba la caza hasta el interior de la tienda de George, supuestamente para no tener que molestarse en protegerla. En cambio, aquel día la dejó junto al *jeep*, en un punto que no se veía desde la tienda. Durante la noche, su compañero acudió y comió hasta saciarse. Nos preguntábamos si era lo que pretendía Elsa.

La mañana siguiente tuvimos la precaución de dejar parte de la carne a cierta distancia del campamento, ya que no queríamos alentarlo a acercarse demasiado.

Al poco de atardecer escuchamos cómo arrastraba la carne y, por la mañana, Elsa se marchó con él.

Teníamos un dilema. Por un lado, queríamos ayudar a Elsa, que cada vez estaba más incapacitada por su embarazo, proporcionándole comida de manera regular, pero, por el otro, no queríamos interferir en sus relaciones con su compañero a causa de nuestra presencia continuada en el campamento. El león tenía derecho a estar molesto con nosotros, pero ¿le importunaba realmente nuestra presencia? En general, creíamos que no, y opino que estábamos en lo cierto porque, durante los siguientes seis meses, aunque no lo vimos, a menudo escuchamos sus característicos diez o doce gruñidos y reconocimos sus huellas, lo cual demostraba que seguía siendo el compañero habitual de Elsa.

Y aunque se mantenía fuera de la vista, cada vez era más atrevido, por más que parecía que entre nosotros se había establecido una suerte de tregua extraordinaria. El león había acabado por conocer nuestra rutina tanto como

nosotros sus hábitos. Compartía la compañía de Elsa con nosotros y creíamos que, a cambio, era de justicia que esperara ser recompensado de vez en cuando con comida.

Su actitud apaciguó nuestros remordimientos de conciencia y decidimos prolongar nuestra estancia.

Una tarde, mientras paseábamos con Elsa monte a través, llegamos a una gran roca agrietada. Elsa olisqueó la grieta con precaución e hizo una mueca; no parecía demasiado entusiasmada con acercarse más. A continuación escuchamos un siseo y, a la espera de que saliera una serpiente, George preparó su escopeta; sin embargo, lo que salió serpenteando de aquella grieta fue la ancha cabeza de un varano, que enseguida quedó al descubierto. Era enorme, de un metro y medio de largo y casi treinta centímetros de ancho, y se había inflado tanto como podía. Con el cuello alargado, movía su larga lengua bífida con rapidez y agitaba la cola con tanta violencia que Elsa consideró sensato retroceder.

Sentada desde una distancia de seguridad, admiré el valor de aquel lagarto, que, pese a no tener más medio de defensa que su aspecto amenazante y el látigo de su cola, había optado por salir y afrontar el peligro, en lugar de quedarse atrapado en aquella rendija.

Durante unos días vimos poco a Elsa, pero a menudo escuchábamos su rugido y detectábamos sus huellas, de manera que no nos preocupamos. Por desgracia, George tuvo que marcharse, pero yo me quedé allí y Elsa pasó tres días conmigo en el campamento a pesar de las continuas llamadas de su compañero.

Una tarde miró hacia el río, olfateó el aire y se marchó al monte. Siguió una tremenda algarabía de babuinos, pero Elsa los silenció con sus rugidos. Al poco le respondió su león, que debía encontrarse a unos ciento cincuenta metros. Su potente rugido pareció sacudir la tierra. Elsa le contestó rugiendo desde la ribera opuesta. Sentada entre ellos, me inquieté por si la pareja de enamorados decidía entrar en mi tienda, porque no tenía comida que ofrecerles. Sin embargo, poco después parecieron enronquecer a fuerza de rugir, sus resoplidos se fueron amortiguando hasta desaparecer por completo y no llegó ningún otro sonido del monte, salvo el zumbido de los insectos. Por suerte, la tarde siguiente George regresó con una cabra para Elsa.

# 11

## EL NACIMIENTO DE LOS CACHORROS

Estábamos a mediados del mes de diciembre y creíamos que los cachorros podían nacer en cualquier momento.

Elsa estaba tan gorda que cualquier movimiento parecía requerirle un gran esfuerzo; si hubiera vivido una vida normal, seguramente se habría ejercitado más, y yo hice cuanto estuvo en mi mano por obligarla a salir de paseo conmigo, pero prefería quedarse cerca de las tiendas de campaña. Nos preguntábamos qué lugar elegiría para dar a luz y llegamos a pensar que, como siempre había considerado que nuestra tienda era su «guarida» más segura, era posible que los pequeños nacieran allí.

De ahí que preparáramos un biberón y nos abasteciéramos de leche enlatada y un poco de glucosa. Además, yo me dediqué a leer cuantos libros y folletos encontré acerca de alumbramientos de animales y posibles complicaciones.

Puesto que no tenía experiencia como comadrona, estaba muy nerviosa y pedí consejo a un veterinario. Para poder juzgar de cuánto tiempo estaba embarazada Elsa, le presioné con suavidad el abdomen con la mano, justo por debajo de las costillas. No notaba ningún movimiento y me pregunté si nos habríamos equivocado acerca de la fecha en la que se había apareado.

El río bajaba muy crecido y George y yo decidimos caminar cinco kilómetros cauce abajo para contemplar unas cataratas que ofrecen un espectáculo extraordinario cuando baja mucha agua. Elsa nos observó partir desde el techo del Land Rover. No hizo amago de unírse nos y parecía adormilada. Teníamos que atravesar un monte fragoso y, mientras lo hacíamos,

deseé que nos hubiera acompañado para advertirnos de si se acercaba algún búfalo o elefante, pues sus excrementos indicaban que no andaban lejos.

La imagen de las cataratas era magnífica: agua espumosa caía en cascada por los barrancos y recorría con estrépito las rocas antes de desembocar en profundos remolinos.

En el trayecto de regreso, en cuanto el sonido de las cataratas se amortiguó, escuché el familiar gruñido de Elsa y al poco apareció trotando por el camino tan rápido como podía para reunirse con nosotros. Estaba cubierta de moscas tsetsé, pero aun así nos recibió con mucho cariño antes de arrojarse al suelo y revolcarse para intentar desembarazarse de los insectos.

Me conmovió que hubiera hecho el esfuerzo de venir en nuestra busca, sobre todo teniendo en cuenta que su león la había llamado a rugidos durante toda la noche anterior y había continuado haciéndolo hasta las nueve de la mañana sin que ella hiciera ademán alguno de ir a su encuentro.

No obstante, por más gratificante que ello fuera, también reavivó nuestros temores de que su compañero pudiera cansarse de compartirla con nosotros. Habíamos tardado mucho tiempo en encontrarle una pareja y sería imperdonable que la abandonara a causa de nuestra intromisión. Queríamos que sus cachorros se criaran siendo leones salvajes y para ello necesitaban a su padre.

Decidimos ausentarnos durante tres días. Por supuesto, era un riesgo, porque los cachorros podían nacer durante ese lapso y Elsa podía necesitarlos, pero consideramos que el peligro de que su compañero la abandonara era el peor de los males y nos marchamos.

Regresamos el 16 de diciembre y encontramos a Elsa famélica, esperándonos. Permaneció durante dos días en el campamento, aunque es posible que las reiteradas tormentas eléctricas explicaran su reticencia a abandonar su refugio. No obstante, para nuestra sorpresa, sí dio breves paseos, siempre hasta la Gran Roca, de donde regresaba enseguida. Tenía un apetito insaciable, cosa que nos llevó a pensar que se estaba aprovisionando para los días que vendrían.

La noche del 18 de diciembre, en medio de la oscuridad, franqueó el seto de espino que rodeaba mi tienda y se pasó toda la noche junto a mi cama. Rara vez había hecho algo así y lo interpreté como una señal de que creía que había llegado el momento.

Al día siguiente, cuando George y yo salimos a pasear, Elsa nos siguió, pero tuvo que sentarse a intervalos, jadeante y con un malestar evidente. Dada la situación, regresamos al campamento caminando muy despacio. De pronto, para nuestro asombro, se desvió entre los matorrales en dirección a la Gran Roca.

Aquella noche no regresó, pero por la mañana la escuchamos llamando con una voz muy débil. Creímos que era indicativo de que había dado a luz a sus cachorros y salimos en busca de su rastro. Sus huellas nos condujeron hasta cerca de la roca, pero la hierba estaba tan alta que le perdimos la pista. La cresta rocosa mide aproximadamente un kilómetro de longitud y, aunque la buscamos durante largo rato, no conseguimos localizarla.

Por la tarde volvimos a ir en su busca y al final la avistamos con los prismáticos. Estaba encaramada a la Gran Roca y, por su silueta, comprobamos que seguía embarazada.

Ascendimos hasta la cumbre y la hallamos tumbada junto a un gran peñasco que se alzaba sobre una ancha hendidura en la roca, cerca de una zona de hierba y de un pequeño árbol que proporcionaba sombra. Aquel siempre había sido uno de sus miradores favoritos y consideramos que sería un criadero ideal, ya que el interior de la grieta configuraba una cueva donde guarecerse de la lluvia.

Dejamos que fuera ella quien tomara la iniciativa y, al poco, avanzó despacio hacia nosotros, caminando con cautela y con un dolor evidente. Nos recibió con muestras de cariño, pero noté que le goteaba sangre de la vagina, señal inequívoca de que el parto había dado comienzo.

A pesar de ello, se acercó también a Makedde y al Toto, que se habían quedado rezagados, y se frotó la cabeza contra sus piernas antes de sentarse.

Cuando me acerqué a ella, se puso en pie y se dirigió al filo de la roca, y allí permaneció dándonos la espalda. Me pareció que había escogido aquel lugar escarpado para asegurarse de que no la siguiéramos. A intervalos, se acercaba y frotaba su cabeza con ternura contra la mía antes de regresar con decisión al peñasco, dejando claro que quería estar sola.

Nos alejamos un poco y, durante media hora, la observamos a través de los prismáticos. Rodaba de lado a lado, se lamía la vagina y gruñía repetidamente. De pronto se puso en pie y, con precaución, descendió por la escarpada fachada rocosa y desapareció en la densa espesura que se extendía a sus pies.

Puesto que no podíamos hacer nada por ayudarla, regresamos al campamento. Al caer la noche escuchamos la llamada de su león. No hubo respuesta.

Ya en la cama, permanecí despierta casi toda la noche, pensando en ella. Cuando por la mañana empezó a llover, mi nerviosismo aumentó y tuve que esforzarme por quedarme de brazos cruzados hasta que hubiera luz suficiente para salir a averiguar qué había ocurrido.

George y yo partimos muy temprano. Primero seguimos el rastro del león de Elsa. Había estado cerca del campamento, se había llevado a rastras el cadáver hediondo de la cabra que Elsa no había tocado durante tres días y se lo había comido entre la maleza. Luego había caminado hasta la roca, cerca del lugar donde habíamos visto desaparecer a Elsa.

Nos preguntamos cómo debíamos proceder. No queríamos que nuestra curiosidad comportara ningún riesgo para los cachorros, pues habíamos oído hablar de leonas en cautividad que, al ser molestadas poco después de dar a luz, habían matado a sus crías. Además, imaginamos que el padre no andaría lejos, así que decidimos dar por concluida la búsqueda y George se dirigió a cazar un gran antílope acuático para alimentar a Elsa y su compañero.

Yo ascendí a la Gran Roca y aguardé allí durante una hora, aguzando el oído para detectar cualquier posible ruido que pudiera darnos una pista del paradero de Elsa. No obstante, por más que escuché, solo había quietud y al final no pude soportar más el suspense y la llamé. No hubo réplica. ¿Estaría muerta?

Con la esperanza de que el rastro del león nos condujera hasta ella, retomamos sus huellas donde las habíamos dejado y nos llevaron hasta un lecho fluvial seco cerca de la roca. Allí le dejamos el antílope pensando que, si acudía a por él, podía ayudarnos a encontrar a Elsa.

Durante la noche lo escuchamos rugiendo en la distancia, así que a la mañana siguiente nos sorprendió detectar sus pisadas cerca de las tiendas. No se había comido la carne que habíamos depositado a escasa distancia del campamento, pero sí había encontrado la caza que le habíamos dejado cerca de la roca y la había arrastrado al menos ochocientos metros a través de un terreno escabroso formado por barrancos, afloramientos rocosos y tupidas matas. No queríamos importunarlo mientras comía, de manera que nos dispusimos a buscar a Elsa, pero no hallamos rastro de ella. Regresamos al



campamento a desayunar y luego partimos de nuevo. De pronto, a través de los prismáticos, vimos una gran bandada de buitres posados en los árboles que rodeaban el punto en el que pensábamos que el león había devorado el antílope.

Dando por supuesto que habría acabado de comer, nos encaminamos hacia allí. Al irnos acercando, comprobamos que todos los árboles y arbustos estaban repletos de aves de rapiña. Todas ellas miraban hacia el río seco, donde el cadáver del antílope yacía a pleno sol. Puesto que la carne estaba al raso y, pese a ello, los buitres no abandonaban sus perchas, concluimos que el león la estaba protegiendo. Por lo que alcanzamos a ver, no la había tocado, de manera que supusimos que Elsa podría estar cerca también y que su galante compañero había arrastrado la carga de casi doscientos kilos toda aquella distancia para ella. Consideramos poco inteligente continuar nuestra búsqueda, así que regresamos al campamento a comer, tras lo cual partimos de nuevo.

Al comprobar que los buitres seguían en los árboles, rodeamos el lugar en la dirección del viento y nos aproximamos con sigilo desde un terreno elevado.

George, Makedde y yo acabábamos de pasar junto a un arbusto abigarrado que cubría una grieta profunda en el terreno cuando de repente tuve un mal presentimiento. Me detuve, volví la vista atrás y vi al Toto, que caminaba muy cerca por detrás de mí, mirando fijamente hacia aquel arbusto. Acto seguido se oyó un gruñido espantoso y el crujido de ramas rotas, y un segundo más tarde volvía a reinar el silencio: el león se había ido. Habíamos pasado a menos de dos metros de él. Intuí que mi intranquilidad se debía a que había estado observando nuestros movimientos con suma atención. Cuando el Toto se había agachado para comprobar qué había en el matorral, el león se había sentido descubierto y se había marchado. Se habían mirado a los ojos y el Toto había visto su cuerpo desaparecer en el interior de la honda grieta. Sintiéndonos muy afortunados, regresamos al campamento y dejamos tres lotes de carne en distintos puntos antes de que anocheciera.

En cuanto amaneció, acudimos a inspeccionar los rastros: se los habían llevado todos las hienas.

Junto al río localizamos las huellas del compañero de Elsa, pero no había rastro de ella. Hacía tiempo que los charcos de lluvia se habían secado y el río era el único lugar en el que podía saciar su sed; de ahí que la ausencia de

todo rastro de Elsa nos inquietara. Al final, cerca del punto donde tres días antes la habíamos visto por última vez, detectamos unas cuantas pisadas que podían ser suyas, aunque no lo sabíamos con certeza. Esperanzados, buscamos a conciencia por la base de la Gran Roca, pero fue en vano.

Y dado que los buitres se habían marchado, no teníamos pista alguna de su paradero.

Volvimos a dejar carne cerca de la roca y del campamento. Por la mañana descubrimos que el león de Elsa había arrastrado algunos pedazos hasta el estudio, donde se los había comido, mientras que el resto había servido para alimentar a las hienas.

Hacía cuatro días que no veíamos a Elsa y seis desde su última comida, a menos que hubiera compartido el antílope acuático con su compañero.

Creíamos que había dado a luz a los cachorros la noche del 20 de diciembre y considerábamos que no podía ser casualidad que su león, ausente durante días, hubiera reaparecido justo ese día y desde entonces no se hubiera alejado de la roca, hecho del todo insólito.

En Nochebuena, George fue a por una cabra mientras yo continuaba la búsqueda infructuosa y llamaba a Elsa sin obtener respuesta.

Muy afligida, adorné nuestro pequeño árbol navideño. En el pasado siempre habíamos improvisado uno: a veces utilizaba una pequeña euforbia cactus, de cuyas ramas asimétricas colgaba guirnaldas de oropel y en cuya fibra carnosa clavaba unas velas; en otras ocasiones había usado un áloe, con sus amplios ramilletes de flores, y en otras una plántula de un arbusto espinoso muy ornamental y con espléndidas púas de las cuales colgar las decoraciones. Y cuando no encontraba nada más, llenaba un plato de arena, clavaba en él unas velas y lo decoraba con las plantas que encontrara en nuestro entorno semidesértico.

Pero aquella noche tenía un auténtico arbolito navideño, con las ramas decoradas con multitud de guirnaldas de oropel, velas y adornos brillantes. Lo coloqué sobre una mesa junto a nuestras tiendas que había forrado con flores y plantas. Y luego apilé los regalos que había traído para George, Makedde, Nuru, Ibrahim, el Toto y el cocinero y sellé los sobres con dinero para los muchachos en los que había pintado la rama de un abeto de Navidad. También había paquetes de cigarrillos, dátiles y latas de leche para ellos.

Me cambié aprisa, me enfundé un vestido y al poco ya era lo bastante de

noche para encender las velas. Llamé a los hombres, que aparecieron vestidos para la ocasión, sonrientes, aunque algo tímidos, porque nunca habían visto un árbol de Navidad como aquel.

Debo admitir que me conmovió ver aquel arbolillo plateado resplandecer en la inmensa negritud del bosque circundante, transmitiendo el mensaje del nacimiento de Cristo.

En Nochebuena siempre me sentía como una niña. Para destensar el ambiente, les expliqué a los muchachos la costumbre europea de celebrar la Nochebuena con un árbol. Después de haberles entregado sus regalos, brindamos tres veces por Elsa. El sonido de su nombre pareció permanecer en el aire y yo noté que se me hacía un nudo en la garganta. ¿Seguiría con vida? Indiqué al cocinero que trajera el budín de ciruela que habíamos comprado en Isiolo, lo regara con coñac y lo flambeara, pero, al hacerlo, no prendió ninguna llama azulada, porque el budín navideño era una masa empapada en salsa Worcester. Era evidente que el cocinero no se había encargado nunca de aquel ritual: no había prestado atención a mis instrucciones y se había mantenido firme en su creencia de que, dado que a George le gustaba tanto la salsa Lea and Perrins, bien podía aderezar con ella incluso el budín de ciruelas.

Sin embargo, no fuimos los únicos decepcionados con la cena navideña. Habíamos colgado una cabra muerta fuera del alcance de los depredadores para descenderla en caso de que Elsa apareciera. Después de habernos acostado escuchamos a su león gruñendo y rugiendo junto al árbol, mientras realizaba toda suerte de acrobacias. Continuó haciéndolo durante un largo rato, hasta que al final, exhausto, se dio por vencido y se retiró.

A primera hora de la mañana de Navidad salimos en busca de Elsa. Seguimos el rastro del león al otro lado del río y peinamos de nuevo el monte que rodeaba el punto al que había arrastrado el antílope acuático. Tras horas de búsqueda infructuosa, regresamos al campamento a desayunar. Durante la mañana, George mató de un disparo a una cobra agresiva que nos cruzamos cerca del campamento.

Más tarde nos encaminamos de nuevo a la pedregosa cresta: algo parecía decirnos que, si Elsa seguía con vida, tenía que estar allí. Nos abrimos paso a través de los densos matorrales y, esperanzada, me adentré a rastras en todas las grietas intentando apartar de mi pensamiento la idea de que podía hallar a

Elsa muerta, oculta de los buitres por los impenetrables arbustos de espino.

Cansados, nos sentamos a reposar a la sombra de una roca que sobresalía y conversamos sobre los posibles destinos que podía haber conocido Elsa. Estábamos muy alicaídos, e incluso Nuru y Makedde hablaban entre murmullos.

Intentamos animarnos recordando ejemplos de perras que no abandonaban a sus cachorros durante los primeros cinco o seis días porque tenían que mantenerlos calientes, alimentarlos y masajearles el vientre para ayudar a que su aparato digestivo empezara a funcionar. De hecho, habíamos previsto que Elsa tuviera una reacción similar, pero ello no explicaba la ausencia de todo rastro de ella. Además, las perras realizan visitas esporádicas a sus amos incluso después de dar a luz, y, habida cuenta de que Elsa había mostrado más apego hacia nosotros que hacia su compañero hasta el momento del alumbramiento, se nos antojaba improbable e inquietante que por el hecho de dar vida a sus cachorros se hubiera convertido en una auténtica leona salvaje.

A mediodía, con el ánimo lúgubre y taciturno, regresamos al campamento para la comida navideña.

De repente se produjo un movimiento rápido y, antes de tener tiempo de entender qué sucedía, Elsa ya estaba entre nosotros, barriendo todo lo que había sobre la mesa, derribándonos en el suelo y sentándose sobre nosotros, desbordante de alegría y afecto.

Mientras aquello sucedía, los muchachos aparecieron y Elsa los saludó por todo lo alto.

Había recuperado su figura y parecía estar en una forma espléndida. No obstante, tenía los pezones muy pequeños y en apariencia secos, rodeados por una areola de color rojo oscuro de unos cinco centímetros de ancho. Con precaución, le apreté una mama y comprobé que no salía leche. Le dimos un poco de carne, que devoró al instante. Nos formulamos multitud de preguntas. ¿Por qué había venido a visitarnos durante el momento más caluroso del día, en el que normalmente ni siquiera se movía? ¿Acaso lo había escogido de manera deliberada porque era el momento más seguro para dejar a su camada, teniendo en cuenta que pocos depredadores andarían al acecho bajo aquel calor abrasador? ¿O tal vez había oído el disparo que George le había descerrajado a la cobra y lo había interpretado como una señal destinada a ella? ¿Por qué tenía los pezones pequeños y secos? ¿Acaso acababa de

amamantar a los cachorros? Aun así, ello no explicaría por qué sus glándulas mamarias, tan grandes durante el embarazo, habían recuperado ya su tamaño normal. ¿Habrían muerto los cachorros? ¿Y por qué había aguardado cinco días antes de venir a nosotros en busca de comida?

Tras saciar su apetito y beber agua restregó cariñosamente su cabeza contra nosotros, caminó unos treinta metros en dirección al río, se tumbó y se echó un sueñecito. La dejamos descansar en paz. A la hora del té fui en su busca, pero había desaparecido.

Seguimos su rastro un breve tramo: conducía hacia la cresta rocosa, pero enseguida le perdimos la pista y regresamos sin haber averiguado nada acerca de la camada. Con todo, la tranquilidad de saber que Elsa estaba bien nos devolvió la moral.

Durante la noche escuchamos a su león llamarla desde la orilla opuesta del río, pero Elsa no le respondió.

Al día siguiente empezamos a preocuparnos por los cachorros. Si seguían vivos, ¿era posible que su madre no pudiera amamantarlos, a juzgar por sus pezones secos? Intentamos serenarnos diciéndonos que aquella areola roja probablemente se debiera a vasos sanguíneos rotos al succionar. Aun así, estábamos inquietos, porque las autoridades del zoo nos habían advertido que las leonas criadas en cautividad solían dar a luz a cachorros anormales que no sobrevivían, y, de hecho, una de las hermanas de Elsa había sufrido tal infortunio. Teníamos la necesidad de saber qué había sucedido con los leoncillos y, si procedía, rescatarlos, de manera que a la mañana siguiente los buscamos durante cinco horas, pero no encontramos siquiera un excremento o una hoja aplastada, por no mentar ya ningún rastro que nos indicara la ubicación del criadero de Elsa.

Por la tarde volvimos a buscar, de nuevo sin éxito. Mientras caminaba desanimado a través del monte, George estuvo a punto de pisar una víbora bufadora excepcionalmente grande, pero tuvo la suerte de reaccionar y dispararle justo antes de que le mordiera.

Media hora después escuchamos a Ibrahim disparando un rifle, señal de que Elsa había llegado al campamento. Era obvio que había respondido al disparo con el que George había abatido a la víbora.

Nos recibió con muestras de cariño, pero nos alarmó comprobar que seguía teniendo los pezones muy pequeños y secos. Sin embargo, Ibrahim nos

aseguró que al llegar tenía los pezones y las glándulas mamarias enormes, y que le colgaban de lado a lado. También nos dijo que se había comportado de modo extraño. Cuando Ibrahim había agarrado el rifle de la cocina, situada en la dirección por la que Elsa había llegado, la leona había echado a correr hacia él echa una furia. Posiblemente creyera que se dirigía hacia su camada. Y más tarde, cuando había ido al estudio a recoger la carne para ella que había colgada a la sombra, Elsa le había impedido tocar su comida. Después de aquello, se había acomodado en el techo del Land Rover. Había sido entonces cuando Ibrahim había comprobado que sus pezones y glándulas mamarias habían recuperado su tamaño habitual. Según sus palabras, «las había retraído». También nos explicó que los camellos y el ganado son capaces de retener la leche retrayendo los pezones. Para ordeñarlos, sus dueños se ven obligados a atar el animal a un árbol y aplicarle varios torniquetes, con los que consiguen que la tensión sanguínea de la musculatura aumente hasta tal punto que las ubres se relajan y resulta posible extraer la leche. Nos preguntamos si tal reacción explicaría el peculiar estado de los pezones de Elsa. ¿Era posible que una leona tuviera una reacción similar y contrajera los pezones para cazar? A decir verdad, de no poder hacerlo, se habría visto impedida por su pesado tren de aterrizaje y, además de ello, podría haberse lastimado las ubres con los arbustos espinosos.

Mientras nos formulábamos todas aquellas preguntas, Elsa, que se había dado un atracón de comida, se había puesto cómoda y no parecía tener intención de regresar junto a sus cachorros, cosa que me alarmó, porque empezaba a anochecer y era el peor momento para dejarlos solos.

Intentamos instarla a regresar junto a ellos caminando por el sendero por el que había llegado. Nos siguió con reticencias, aguzando los oídos en dirección a la roca, pero al poco regresó al campamento. Nos preguntamos si temía que la siguiéramos y halláramos a sus cachorros. Entre tanto, regresó a su comida y, una vez hubo roído metódicamente hasta el último pedazo de carne, nos alivió verla desaparecer en la oscuridad. Era muy probable que hubiera aguardado hasta que no hubiera luz para asegurarse de que no la seguiríamos.

Para entonces nos habíamos convencido ya de que estaba cuidando de sus pequeños. Sin embargo, a causa de las advertencias que nos habían hecho los zoológicos, no nos daríamos por satisfechos hasta comprobar por nosotros

mismos que eran leones normales.

Realizamos una nueva búsqueda infructuosa antes de regresar a Isiolo, donde pasamos los tres últimos días de diciembre. En el trayecto de regreso al campamento estuvimos a punto de colisionar con dos rinocerontes primero y luego con una pequeña manada de elefantes. No nos quedó más remedio que esquivarlos y pisar a fondo el acelerador para poder escapar, pero el gran macho de la manada se ofendió y nos persiguió durante bastante rato. No disfruté de aquel episodio, porque los elefantes son los únicos animales salvajes que me asustan de verdad.

Hicimos sonar la bocina varias veces antes de llegar al campamento para comunicarle a Elsa que estábamos de regreso y la encontramos esperándonos sobre un gran peñasco en el punto en el que la pista forestal pasa junto al extremo de la Gran Roca.

Saltó entre los muchachos, en la parte trasera del Land Rover, y luego se dirigió al remolque, donde portábamos una cabra muerta. Pocas veces la había visto tan hambrienta.

Enseguida constaté que tenía los pezones pequeños y secos; se los estrujé, pero no manó leche. Creíamos que se trataba de una mala señal, y al ver que permanecía con nosotros siete horas en el campamento, comiendo y saltando arriba y abajo del Land Rover, empezamos a sospechar que ya no tenía cachorros de los que cuidar. No se marchó hasta las dos de la madrugada.

Dejamos el campamento muy temprano y seguimos su rastro, que conducía hacia la Gran Roca. A escasa distancia había lo que se nos antojó una guarida ideal para una leona y su familia: grandes peñas rodeadas por unos matorrales casi impenetrables conformaban un refugio seguro. Nos encaminamos hacia la roca superior. Desde allí intentamos asomarnos al corazón de aquella «guarida». No vimos huellas, pero sí señales de que algún animal la había utilizado.

A escasa distancia vimos un rastro de sangre seca. Estaba muy cerca del lugar donde habíamos visto a Elsa ponerse de parto y dedujimos que quizá había dado a luz a los cachorros allí. Por otro lado, habíamos estado a menos de un metro de aquel punto en una de nuestras búsquedas previas y nos parecía imposible que Elsa pudiera haber ocultado allí a sus cachorros y no nos hubiera dado señales de vida.

Como si quisiera demostrarnos que tales conjeturas eran erróneas, después

de haberla llamado a gritos durante una hora, de repente apareció entre una mata situada a solo veinte metros de distancia. Pareció desconcertada al vernos y se nos quedó mirando fijamente, en silencio y muy quieta, como implorándonos que no nos acercáramos más.

Quizá estábamos tan cerca de su criadero que había considerado más oportuno salir a advertirnos que permitir que lo encontráramos. Al cabo de unos instantes, se acercó caminando a nosotros y se mostró muy afectuosa con George, conmigo, con Makedde y con el Toto, pero no emitió ni un solo sonido. Con gran alivio, comprobé que tenía los pezones el doble de grandes de lo habitual y que el pelo que los rodeaba estaba aún mojado de saliva.

Al poco regresó despacio hacia el matorral y permaneció quieta durante unos cinco minutos, dándonos la espalda y escuchando con atención cualquier sonido procedente de la espesura. Entonces se sentó, de espaldas a nosotros. Parecía querer decirnos: «Aquí empieza mi mundo privado y no podéis entrar en él». Fue una demostración solemne. Ni siquiera utilizando palabras hubiera expresado su voluntad con tanta claridad.

Nos escabullimos tan rápido como pudimos, desviándonos para ascender a la cima de la Gran Roca, desde donde miramos hacia abajo y la vimos sentada en el mismo sitio en el que la habíamos dejado.

Era evidente que nos olía, que sabía exactamente lo que estábamos haciendo y que no tenía intención de desvelarnos dónde estaba su guarida. Y ello me hizo caer en la cuenta de lo poco que conocemos las reacciones de los animales salvajes, a pesar de la relación íntima que teníamos con Elsa. Me divirtió recordar cómo nos habíamos preparado para la posibilidad de que los cachorros nacieran en nuestra tienda de campaña y cómo nos habíamos vanagloriado de que Elsa lo considerara su refugio más seguro. Aunque el rastro que habíamos encontrado recientemente conducía hasta la roca inferior, consideramos que era posible que los cachorros hubieran nacido en la guarida del peñasco y que después Elsa los hubiera trasladado unos treinta metros, hasta el lugar donde se encontraban ahora.

De ser así, probablemente había realizado aquel movimiento una vez amainaron las lluvias, puesto que la guarida en el peñasco estaba guarecida, a diferencia de la nueva, que, por lo demás, era un criadero ideal.

Resueltos a respetar los deseos de Elsa, decidimos no intentar ver a los cachorros hasta que ella nos los trajera, cosa que estábamos seguros que haría



algún día. Yo decidí permanecer en el campamento para proporcionarle comida y evitar así que tuviera que dejar a sus pequeños desprotegidos durante largos períodos mientras salía de caza para alimentarlos. También decidimos llevarle la comida, con vistas a reducir el tiempo que debía pasar lejos de sus cachorros.

Pusimos el plan en práctica sin demora y aquella misma tarde nos dirigimos en coche hasta un punto cercano a su guarida. Sabíamos que Elsa relacionaría la vibración del motor con nosotros y con comida.

Conforme nos aproximábamos al lugar donde la habíamos visto por última vez empezamos a gritar «*maji, chakula, nyama*», los términos suajili para «agua», «comida» y «carne» con los que Elsa estaba familiarizada.

Al poco apareció, tan afectuosa como siempre, y comió con ganas. Mientras tenía la cabeza en un cuenco que habíamos enterrado en el suelo para mantenerlo estable, nos marchamos. Al escuchar el motor, alzó la vista, pero no hizo ademán de seguirnos.

La mañana siguiente le llevamos su ración diaria, pero no apareció, ni tampoco lo hizo cuando regresamos por la tarde. Durante la noche, un león desconocido se acercó a unos quince metros de nuestra tienda y se llevó los restos.

Después de desayunar seguimos su rastro, que conducía hasta la Gran Roca, y las huellas indicaban que lo había acompañado otro león. Esperamos que Elsa estuviera disfrutando de la compañía y que la estuvieran ayudando a cuidar de su familia.

Descendimos al río para comprobar si había pisadas. No encontramos ninguna, pero, poco después, al ir a buscarle otra cabra, George se cruzó con ella cerca de su roca. Estaba muy sedienta. El recipiente de aluminio que le habíamos dejado como bebedero había desaparecido y nos preguntamos si lo habrían robado los otros leones. A su regreso, George le dio de comer y, a juzgar por su apetito, consideró poco probable que los leones hubieran compartido con ella la carne que habían robado.

Algo después, George partió hacia Isiolo. Elsa se quedó en el campamento conmigo hasta bien entrada la tarde y luego la vi escabullirse por el monte, río arriba, y la seguí. Obviamente, no le apetecía que la vigilaran, porque, cuando detectó mi olor, fingió afilarse las zarpas en un árbol. Y en cuanto le di la espalda saltó sobre mí y me arrojó al suelo, como diciéndome: «¡Deja de

espiarme!». Llegó entonces mi turno de aparentar que solo había ido a darle más comida. Aceptó mi excusa, me siguió y empezó a comer de nuevo. Después de aquello no hubo manera de hacerla regresar junto a los cachorros hasta mucho después de anochecer. Lo hizo mientras yo me encontraba leyendo en mi tienda, cuando estuvo segura de que no la seguiría.

Durante los días que siguieron continué llevando comida hasta el punto cercano a donde creíamos que estaban los cachorros. Siempre que me encontraba con Elsa, se esforzaba por ocultar el paradero de su guarida; de hecho, a menudo incluso volvía sobre sus propios pasos, sin duda para confundirme.

Una tarde, mientras pasaba junto a la Gran Roca, divisé a un extraño animal encaramado a ella. Bajo la tenue luz parecía un cruce entre una hiena y un león pequeño. Al verme, se escabulló con los andares de un gato. Sin duda, había visto a los cachorros, lo cual me alarmó. Más tarde, cuando llevé hasta allí un poco de comida, Elsa acudió enseguida a mi llamada; parecía inusitadamente alerta y trató al Toto con fiereza. La dejé tranquila comiendo en el techo de mi camioneta, donde había depositado la carne la noche anterior para quitarla del alcance de los depredadores, pocos de los cuales se arriesgarían a saltar sobre aquel objeto desconocido por más capaces que fueran de hacerlo. Estaba hecha un mar de dudas. Si continuaba dejando comida cerca del criadero de Elsa, ¿no acabaría atrayendo a los depredadores? Por otra parte, si dejaba la comida en el campamento y Elsa tenía que abandonar a los cachorros para venir en su busca, tal vez los mataran durante su ausencia. Ninguna de las opciones parecía satisfactoria. Frente a tal dilema, tras sopesarlo mucho, decidí continuar proporcionándole alimento cerca de su guarida. La tarde siguiente, mientras lo hacía, escuché el rugido de varios leones cerca de mí. Elsa parecía muy nerviosa y estaba muy sedienta.

Después de aquello decidí que, a pesar de su desaprobación, tenía que averiguar cuántos cachorros tenía y si estaban todos bien. Solo entonces podría ayudar en caso de producirse una emergencia. El 11 de enero hice algo imperdonable. Dejé a un guardia de caza (Makedde estaba enfermo) con el rifle en la pista forestal y, acompañada por el Toto, a quien Elsa conocía bien, ascendí por la vertiente rocosa gritando el nombre de Elsa repetidas veces para advertirle de nuestra llegada. No respondió. Le dije al Toto que se quitara las sandalias para no hacer ruido.

Cuando llegamos a la cumbre, nos colocamos junto al borde del precipicio y barrimos el monte que se extendía a nuestros pies con los prismáticos. Justo debajo de nosotros se encontraba el lugar del que Elsa había salido aquella primera vez, cuando la habíamos sorprendido y había montado guardia.

Aquel día no había ni rastro de ella, pero el lugar parecía un criadero en uso e ideal para tal cometido.

A pesar de estar muy concentrada en examinar los matorrales que había a nuestros pies, de repente tuve un mal presentimiento, dejé caer los prismáticos, di media vuelta y vi a Elsa avanzando muy despacio hacia el Toto. Apenas tuve tiempo de advertirlo antes de que lo derribara; había ascendido por la roca siguiéndonos con sigilo. El Toto se salvó por los pelos de despeñarse por el precipicio, gracias, sobre todo, a que llevaba los pies descalzos y pudo agarrarse a la piedra.

A continuación, Elsa se dirigió hacia mí y me derribó de manera amistosa, pero aun así era evidente que estaba molesta por habernos sorprendido tan cerca de sus cachorros.

Tras aquella demostración, caminó despacio a lo largo de la cresta rocosa, volviendo la vista por encima del hombro de vez en cuando para asegurarse de que la seguíamos. En silencio, nos condujo hasta el extremo opuesto de la cordillera. Allí descendimos hacia el monte. En cuanto estuvimos a nivel del suelo, echó a correr, si bien volvía la vista a intervalos para comprobar que íbamos tras ella.

Y por aquel derrotero nos llevó de regreso a la pista forestal, describiendo un amplio desvío para evitar pasar cerca de sus cachorros. Interpreté su silencio sepulcral como un deseo de no alarmarlos para impedir que aparecieran y nos siguieran.

Cuando Elsa pasea junto a mí, suelo darle palmaditas, y a ella le gusta; en cambio, aquel día no me permitió tocarla y dejó claro que estaba molesta conmigo. Incluso cuando más tarde, en el campamento, devoró su cena sobre el techo de la camioneta, se apartó de mí cada vez que intenté acercarme a ella.

No volvió junto a sus cachorros hasta que se hizo de noche.

Tras su regreso de Isiolo, George y yo invertimos la guardia. Elsa me había hecho sentir que no podía continuar espiándola; en cambio, George no había vivido aquella experiencia y tenía menos remilgos. Yo sentía una

curiosidad inmensa y no me incomodaba que George «obrara mal» si podía beneficiarme de su fechoría.

# 12

## VEMOS A LOS CACHORROS

Una tarde, mientras yo me encontraba en nuestro hogar en Isiolo, a más de ciento cincuenta kilómetros de distancia, George ascendió en silencio a la Gran Roca de Elsa y se asomó por la cumbre.

La vio a sus pies, amamantando a dos cachorros, y dado que a Elsa le quedaba la cabeza oculta bajo el saliente, estaba seguro de que no lo había visto. Tras contemplar a la familia, George regresó al campamento en busca de una res muerta.

Habíamos llevado varias cabras al campamento para poder aprovisionar a Elsa y evitar que tuviera que separarse de los cachorros para ir de caza, arriesgándose con ello a que fueran víctimas de los depredadores.

Tras depositar la comida a escasa distancia, George aguardó a ver qué sucedía. Elsa no acudió a recoger la carne. Y George se sintió culpable. Ella siempre se había comido la carne que habíamos dejado cerca de donde imaginábamos que se encontraba. ¿Acaso el hecho de que aquel día se negara a acercarse a la res indicaba que sabía que George la había estado espiando? Al comprobar que al día siguiente no aparecía por el campamento, George temió que así fuera. Sin embargo, al caer la noche, Elsa apareció, y tenía un apetito tan voraz que incluso aceptó comerse un dicdic, cuya carne por lo general despreciaba. Era lo único que George había podido encontrarle. Yo, por mi parte, no regresé de Isiolo hasta varios días después, tras recoger, de camino, una nueva provisión de cabras.

¡Me hizo muchísima ilusión saber las buenas noticias!

Al día siguiente, George se marchó a Isiolo y yo asumí la tarea de

abastecer a Elsa con la inmensa cantidad de comida que necesitaba mientras amamantaba a sus cachorros.

No tardé en comprobar que, pese a mostrarse tan cariñosa como siempre conmigo, permitirme sostener los huesos mientras los roía y estar igual de afectuosa con George, se había vuelto mucho más reservada en su actitud hacia los africanos y ni siquiera permitía a sus viejos amigos Nuru y Makedde, a quienes conocía desde cachorra, que la trataran con la misma confianza que antes de tener familia.

Un día, Elsa me causó un gran desasosiego, pues apareció en el campamento poco después de la hora del almuerzo y, tras comer, no dio señales de querer regresar junto a sus cachorros. Al anoecer, tuve que instarla a volver con ellos caminando en su dirección en la compañía del Toto.

Elsa nos siguió, pero, al poco, se internó en la maleza, avanzó un centenar de metros y se sentó dándonos la espalda y bloqueándonos el paso.

No había manera de moverla. Captamos la indirecta y nos retiramos, con la esperanza de que, una vez nos perdiera de vista, se reuniría con los pequeños. Al día siguiente volvió a dejar claro que estaba decidida a ocultar el paradero de sus crías. Por la tarde, el Toto y yo fuimos de excursión más allá de la Gran Roca. Caminábamos en silencio. Elsa apareció de pronto, restregó su cabeza contra mis rodillas y nos alejó en silencio de allí, que era donde se encontraba su guarida, hacia un conjunto de rocas pequeñas al que hemos bautizado como «Rocas Zom».

Entraba y salía de las hendeduras mientras avanzaba con sigilo a través de grietas angostas, y parecía divertirse viendo nuestros esfuerzos por atravesar los lugares más peliagudos. Cuando nos quedábamos rezagados, nos esperaba y nos hacía alguna que otra señal con la cabeza, como si pretendiera indicarnos que debíamos seguirla. Al final me senté para dejarle claro que sabía que nos estaba engañando.

Después de aquello, Elsa abandonó las Rocas Zom y nos condujo a través de matorrales espinosos y peñascos, cada vez más lejos de su guarida. En ocasiones olisqueaba larga y portentosamente los rincones prometedores como si nos quisiera hacer creer que nos estaba llevando hacia los cachorros. Después pasamos por un lugar en el que tenía la costumbre de tenderme emboscadas. Yo estaba cansada y no me apetecía que me tirara al suelo, así que me desvié. Al percatarse, salió de su escondrijo con aire muy digno,

aunque claramente decepcionada por tener que renunciar a la diversión.

Durante el breve lapso en el que había visto a los cachorros mamando, George no tuvo tiempo de averiguar si eran o no normales y, lógicamente, tampoco si había más que quedaran ocultos de su vista. De manera que la mañana del 14 de enero, cuando Elsa estaba en el campamento comiendo, George se deslizó con sigilo por las rocas Zom mientras yo permanecía en compañía de la leona.

Durante los últimos dos días Elsa apenas se había movido de aquella zona, lo cual nos indujo a pensar que había trasladado su criadero.

George trepó a la cima de la roca central y, en el interior de una grieta, vio a tres cachorros: dos estaban dormidos y el tercero mascaba una sansevieria; el leoncito lo miró, pero aún tenía los ojos borrosos y azulados, de manera que George supuso que no podía enfocar bien para verlo.

Tomó cuatro fotografías, aunque no esperaba que los revelados salieran bien, porque la hendidura en la que estaban los cachorros era bastante oscura. Mientras los fotografiaba, los dos cachorros que dormían se despertaron y gatearon. A George le pareció que estaban perfectamente sanos.

Cuando regresó al campamento y me explicó las excelentes noticias, Elsa seguía allí, sin recelar de nada.

Al anochecer, la condujimos hasta un punto cercano a las rocas Zom, pero aguardó a que nos alejáramos y a tener la tranquilidad de escuchar nuestras voces desvanecerse en la lejanía para bajar del Land Rover de un salto e ir a reunirse con los cachorros.

George regresó a Isiolo. La mañana después de su partida oí al compañero de Elsa llamarla desde la ribera opuesta del río. Aguardé en vano su respuesta. Por la tarde, en cambio, rugió a todo pulmón cerca del campamento y continuó haciéndolo hasta que me reuní con ella. Parecía muy contenta de verme y regresó a las tiendas conmigo, pero comió muy poco y se marchó cuando se hizo de noche.

Durante los dos días siguientes no apareció, a pesar de que su compañero la llamó sin cesar durante toda la noche. El tercer día, mientras desayunaba, escuché un espeluznante rugido procedente del río. Fui corriendo a ver qué sucedía y vi a Elsa de pie en el agua, rugiendo con todas sus fuerzas.

Parecía exhausta y enseguida se dio media vuelta y desapareció en la espesura de la ribera opuesta. Su extraño comportamiento me desconcertó. A

la hora del té acudió al campamento para tomar un bocado rápido y luego volvió a desaparecer. El día siguiente no me visitó, pero aquella noche me despertó el sonido de un gran animal aporreando mi camioneta, que estaba estacionada justo fuera del seto de espinos de mi tienda. De noche la utilizábamos como establo para las cabras, para protegerlas de los depredadores. Era evidente que un león intentaba acceder al rebaño. No me pareció que fuera Elsa, porque por lo general rugía en voz baja, de manera que supuse que se trataba de su compañero.

Escuché con atención, pero, consciente de que había un león salvaje cerca, procuré no hacer ruido. Sin embargo, cuando los golpes y las sacudidas se recrudecieron y temí que pudiera destrozar la camioneta, encendí una linterna. Lo único que conseguí con ello fueron unas embestidas aún más fuertes.

De repente escuché al compañero de Elsa llamándola desde el otro lado del río, lo cual me indicó que era ella quien estaba atacando a las cabras. Era evidente que estaba furiosa, pero era de noche y no quería despertar a los muchachos para poder salir de mi cercado, sobre todo porque temía que las embestidas de Elsa indujeran a su compañero a acudir en su auxilio. Lo único que se me ocurrió fue gritar:

—¡Elsa! ¡No! ¡No!

Albergaba pocas esperanzas de que me obedeciera, pero me sorprendió comprobar que detenía al instante el ataque y al poco se alejaba del campamento.

La tarde siguiente, el 2 de febrero, mientras me encontraba escribiendo en el estudio, el Toto acudió corriendo a informarme de que Elsa llamaba con voz muy extraña desde el otro lado del río. Avancé aguas arriba guiándome por el sonido y emergí entre la espesura en un punto cercano al campamento donde, durante la estación seca, se forma un banco de arena bastante ancho en nuestra ribera y, en la opuesta, un lecho fluvial seco desciende abruptamente hasta el río.

Me detuve de golpe, incapaz de creer lo que veían mis ojos.

Allí estaba Elsa, en el banco de arena, a pocos metros de mí, con un cachorro cerca de ella, otro saliendo del agua y sacudiéndose para secarse, y un tercero todavía en la otra orilla, caminando de un lado para otro y llamando con gemidos lastimeros. Elsa me miró fijamente, con una expresión mezcla de orgullo y vergüenza.



Yo permanecí absolutamente inmóvil mientras ella gemía a sus pequeños. Luego se aproximó al que acababa de cruzar, lo lamió con cariño y regresó al río en busca del pequeño que estaba varado en la orilla opuesta. Los dos cachorros que habían cruzado la siguieron de inmediato, atravesaron las profundas aguas del río nadando con valentía y al poco la familia estaba reunida.

Cerca de donde emergieron hay unas rocas entre las cuales crece una higuera cuyas raíces grises se aferran a la piedra como si de una red se tratara; Elsa se tumbó a descansar bajo su sombra, con su pelaje dorado resplandeciendo en contraste con el follaje verde oscuro y las rocas plateadas. Al principio, los cachorros se escondieron, pero luego su curiosidad venció a la timidez. Empezaron por asomarse a través de la maleza para observarme con precaución, pero luego salieron al descubierto y me miraron inquisitivos.

Elsa gimió para tranquilizarlos y, cuando finalmente se sintieron cómodos, empezaron a trepar a la espalda de su madre y jugaron a atrapar su cola en movimiento. Mientras rodaban amorosamente sobre ella, exploraban las rocas y remetían sus regordetes cuerpecitos bajo las raíces de la higuera, se olvidaron por completo de mí.

Transcurrido un rato, Elsa se puso en pie y se dirigió al borde del agua con intención de volver a zambullirse en el río; un cachorro caminaba cerca de ella y era evidente que pretendía seguirla.

Desafortunadamente, en aquel momento llegó el Toto, a quien yo había enviado en busca de comida para los leones. Elsa aplanó las orejas y permaneció inmóvil hasta que el muchacho depositó la comida en el suelo y se marchó. Entonces atravesó el río a nado con rapidez, seguida por un cachorro que, pese a mantenerse cerca de ella, parecía no tener miedo del agua. Cuando Elsa se acomodó para comer, el valeroso pequeñín giró sobre sus talones y cruzó el río a nado solo para unirse a sus dos hermanos, o quizá para ir en su ayuda.

En cuanto Elsa lo vio nadar donde no daba pie, se arrojó al río, le dio alcance, le agarró la cabeza con la boca y lo sumergió durante tanto rato que temí por su vida. Cuando le hubo enseñado a no ser tan temerario, lo sacó del agua, colgando de su boca, y lo depositó en nuestra orilla.

Para entonces un segundo cachorro había reunido el valor de cruzar el río a nado, con su cabecilla apenas visible por encima de las aguas ondulantes,

mientras que el tercero permanecía en la ribera opuesta, acobardado.

Elsa se acercó a mí y se tumbó panza arriba para demostrarme su cariño. Tuve la sensación de que pretendía explicarles a los cachorros que yo formaba parte de la manada y era digna de confianza.

Más tranquilos, los dos cachorros se acercaron con precaución, cada vez más, observando con sus grandes y expresivos ojos todos los movimientos de Elsa y míos, hasta encontrarse a menos de un metro de distancia. Me costó reprimir el impulso de inclinarme hacia delante para acariciarlos, pero recordé la advertencia que me había hecho un zoólogo: no tocar nunca a los cachorros a menos que sean ellos quienes tomen la iniciativa, y aquel límite de algo menos de un metro parecía una frontera invisible que ellos consideraban infranqueable.

Mientras todo aquello sucedía, el tercer cachorro maullaba de manera lastimosa desde la orilla opuesta, pidiendo auxilio.

Elsa lo observó durante un rato y luego se dirigió hacia el borde del agua, hasta el punto en el que el río se volvía más angosto. Con los dos valerosos cachorros acurrucados a su lado, llamó al más temeroso para que se les uniera. Sin embargo, el pequeño se limitó a caminar con nerviosismo de un lado para otro: tenía demasiado miedo para intentar cruzar.

Al verlo tan angustiado, Elsa acudió en su rescate acompañada por los dos valientes, que parecían disfrutar nadando. Al poco se hallaban todos en la orilla opuesta, donde se divertían ascendiendo por la empinada ribera de un *lugga* arenoso que desemboca en el río para después lanzarse rodando y aterrizar sobre las espaldas de sus hermanos; también jugaban a hacer equilibrios sobre el tronco de una palmera dum derribada.

Elsa los lamía afectuosamente, les hablaba con sus suaves gemidos y no los perdía de vista en ningún momento, y cuando alguno de ellos se aventuraba demasiado lejos para su agrado, iba tras el pequeño explorador y lo traía de vuelta.

Los observé alrededor de una hora y luego llamé a Elsa, que me contestó con su voz de siempre, muy distinta de la que utilizaba para comunicarse con los cachorros.

Se acercó al borde del agua, esperó a que toda su familia estuviera a sus pies y empezó a cruzar a nado. En aquella ocasión la acompañaron los tres cachorros.

En cuanto salieron del agua, Elsa los lamió por turnos y, en lugar de venir corriendo hacia mí como suele hacer cuando sale del río, se me acercó despacio, se restregó con delicadeza contra mí, se revolcó en la arena, me lamió la cara y, por último, me abrazó. Me enterneció muchísimo su deseo evidente de mostrarles a los cachorros que éramos amigas. Los pequeños se nos acercaron, aunque manteniendo las distancias. Se les veía interesados, pero también desconcertados y decididos a quedar fuera de mi alcance.

A continuación, Elsa y los cachorros se dirigieron a la res muerta y ella se dispuso a devorarla, mientras los pequeños lamían y desgarraban la piel y, muy emocionados, daban volteretas sobre ella. Probablemente fuera la primera vez que veían un animal muerto.

Las pruebas indicaban que tenían seis semanas y dos días de vida. Estaban en excelentes condiciones y, aunque aún tenían un velo azulado sobre los ojos, veían ya a la perfección. Su pelaje tenía menos manchas que el de Elsa y sus hermanas, y era menos grueso que el de ellas a su edad, pero también mucho más delicado y brillante. No conseguí averiguar su sexo, pero enseguida me di cuenta de que el cachorro con el pelo más claro era más vivaracho y curioso que los otros dos y sentía un apego especial por su madre. Siempre se acurrucaba cerca de ella, a ser posible bajo su barbilla, y la abrazaba con sus pequeñas zarpas. Elsa era muy tierna y paciente con sus pequeños y les permitía subírsele encima y mordisquearle las orejas y la cola.

Se me acercó poco a poco, como si pretendiera invitarme a unirme a sus juegos, pero cuando toqueteé la arena con los dedos, los cachorros, pese a alzar sus astutos rostros redondos para mirarme, se mantuvieron a distancia.

Al atardecer, Elsa aguzó los oídos y luego se llevó a los cachorros entre las matas, a unos cuantos metros de distancia. Instantes después los escuché mamar.

Regresé al campamento y, al llegar, tuve la grata sorpresa de encontrar a Elsa y los cachorros esperándome a unos diez metros de la tienda.

Le di unas palmaditas a Elsa y me lamió la mano. Luego llamé al Toto y entre los dos cargamos los restos de la cabra del río. Elsa nos observó y tuve la sensación de que nos agradecía que la liberásemos de la tarea de arrastrar aquella pieza pesada. Sin embargo, cuando estuvimos a unos veinte metros de ella, se nos acercó corriendo con las orejas gachas. Le indiqué al muchacho que soltara la carne y permaneciera quieto y empecé a arrastrarla hacia los

cachorros. Elsa se tranquilizó al ver que solo yo manejaba la comida, y en cuanto la deposité en el suelo, empezó a devorarla. Tras observarla durante un rato, me dirigí a mi tienda y me sorprendió comprobar que me seguía. Se dejó caer en el suelo y llamó a los cachorros para que se nos unieran, pero los pequeños permanecieron fuera maullando y, al poco, ambas regresamos junto a ellos.

Nos sentamos todos en la hierba, Elsa apoyada en mí mientras amamantaba a sus pequeños.

De repente, dos de ellos empezaron a pelearse por un pezón. Elsa reaccionó colocándose en una posición que les permitía acceder mejor a sus ubres y, al hacerlo, se apoyó a descansar en mí y me abrazó con una zarpa, incluyéndome en su familia.

Era una noche muy apacible; la luna se desplazaba lentamente por el cielo y la silueta de las palmeras dum se recortaba contra la tenue luz. No se oía ningún ruido, salvo a los pequeños mamando.

Muchas personas me habían advertido que, después de dar a luz, con toda probabilidad Elsa se convertiría en una madre protectora de sus cachorros fiera y peligrosa. Sin embargo, allí estaba, tan confiada y cariñosa como siempre, dispuesta a compartir su felicidad conmigo. Me sentí muy humilde.

# 13

## LOS CACHORROS HACEN AMIGOS

La mañana siguiente, al despertarme, Elsa y los cachorros habían desaparecido. Y como había llovido durante toda la noche, sus huellas se habían borrado.

A media tarde apareció sola, con un apetito voraz. Le sostuve la comida mientras la roía para captar su atención y, entre tanto, le dije al Toto que fuera a investigar sus pisadas recientes para saber dónde se encontraban los cachorros.

Cuando el Toto regresó, Elsa saltó sobre el techo de mi camioneta y, desde su mirador, nos observó a los dos mientras desandábamos sus pasos y nos adentrábamos en el monte.

Lo hice de manera deliberada, para instarla a regresar junto a los cachorros. En cuanto se percató de adónde nos dirigíamos, nos siguió al instante y, tomando la delantera, trotó con rapidez siguiendo sus huellas; en varias ocasiones se detuvo a esperarnos, resollando, hasta que le dimos alcance. Me pregunté si habría decidido al fin conducirnos hasta su guarida. Cuando llegamos a la «Roca de los Bufidos» —así bautizada porque una vez la habíamos sorprendido allí con su pareja y nos habían asombrado sus alarmantes bufidos—, se detuvo a escuchar y después trepó con agilidad la ladera hasta media altura. Me espero dudosa y, cuando le di alcance, me adelantó corriendo hasta llegar al collado escindido por la gran hendedura en la cara opuesta. Casi sin aliento, me reuní con ella. Estaba a punto de darle una palmadita cuando aplanó las orejas, emitió un gruñido de enojo y me dio un zarpazo. Era evidente que no era bienvenida, así que me retiré. Cuando había descendido la mitad de la pedregosa vertiente, volví la vista atrás y vi a

Elsa jugando con un cachorro y a otro más saliendo de la hendedura.

Me desconcertó su repentino cambio de actitud, pero respeté sus deseos y los dejé solos. Me reuní con el Toto, que me esperaba en el monte, a los pies de la cresta, y observamos a Elsa a través de los prismáticos. En cuanto vio que estábamos a una distancia de seguridad, se relajó y los cachorros salieron a jugar con ella.

Saltaba a la vista que uno de ellos estaba mucho más apegado a ella que los otros; a menudo se sentaba entre sus patas delanteras y se frotaba la cabeza contra la barbilla de su madre, mientras que los otros dos se afanaban en investigar el entorno.

George regresó el 4 de febrero y se emocionó al conocer las novedades sobre los cachorros. Por la tarde nos dirigimos a la Roca de los Bufidos con la esperanza de que también él pudiera verlos.

De camino escuchamos los gritos alborotados de los babuinos. Nos pareció muy probable que la presencia de Elsa fuera la causa de tal jolgorio, de manera que, al acercarnos al río, la llamamos. Apareció al instante, pero, aunque se mostró muy amistosa, era evidente que estaba alterada y no dejaba de correr con nerviosismo entre nosotros y los matorrales que bordeaban el río. Parecía esforzarse por impedirnos que llegáramos al agua.

Supusimos que los cachorros estarían allí y nos sorprendió que intentara evitar que George los viera. Al final, nos condujo de regreso al campamento dando un gran desvío.

Dos días después la vimos cerca de la Roca de los Bufidos. Nos dirigimos hacia allí caminando ruidosamente para hacerle saber que nos acercábamos. Apareció entre los tupidos matorrales a la entrada de la grieta y se quedó muy quieta, observándonos. Instantes después se sentó sin apartar la mirada de nosotros, que nos manteníamos a unos doscientos metros de distancia, y nos dejó claro que no nos acercáramos más. Volvió varias veces la cabeza hacia la hendedura, escuchando con atención, pero, aparte de eso, mantuvo su posición «de guardia».

Caímos entonces en la cuenta de que Elsa marcaba una diferencia entre traernos a los cachorros y que fuéramos nosotros quienes los visitáramos.

Transcurrieron dos semanas antes de que llevara a los cachorros al campamento para presentárselos a George, aunque cabe decir en su descargo que, en aquel lapso, nos vimos obligados a viajar a Isiolo un par de días y, en

nuestra ausencia, una mañana se había presentado en el campamento con los pequeños, pero solo había encontrado a los muchachos.

Makedde nos explicó que había ido a saludarla y Elsa se había frotado la cabeza contra sus piernas, y que uno de los valientes cachorros se había acercado a él. Sin embargo, cuando se había agachado para acariciarlo, le había gruñido y había regresado corriendo junto a los otros, que estaban ocultos a cierta distancia. Permanecieron en el campamento hasta la hora de comer y luego se marcharon. Elsa regresó sola por la tarde en busca de comida, pero para entonces la cabra sacrificada estaba ya putrefacta y, disgustada, desapareció después de oscurecer.

Yo llegué en torno a una hora después de que se hubiera ido. Makedde estaba encantado con aquel cachorrillo valeroso; me aseguró que se trataba de un macho y anunció que lo había bautizado con un nombre, según aclaró, muy popular entre la tribu de los meru. Sonaba parecido a Jespah. Les pregunté a él y a los muchachos cuál era el origen de aquel nombre. Me explicaron que era bíblico, pero como cada uno lo pronunciaba a su manera, resultaba difícil buscarlo. La asociación fonética más parecida que pude hallar fue Jefté, que significa «Dios libera». Y si tal era el origen de aquel nombre, no podía ser más apropiado para el cachorrillo. Más adelante, cuando supimos que la familia se componía de dos leones y una leona, bautizamos al hermano de Jespah con el nombre de Gopa («tímido» en suajili), porque era muy retraído, y a su hermana la llamamos Elsitá.

Al día siguiente, Elsa apareció por la tarde, tremendamente emocionada de verme y muy hambrienta. Al cabo del rato salí a dar un paseo con la esperanza de que, en mi ausencia, regresara junto a los cachorros y, cuando volví, se había ido.

La mañana siguiente lloviznaba. Me desperté al oír el típico gemido de los cachorros de Elsa procedente de la otra ribera. Salté de la cama de un brinco y llegué justo a tiempo para verla cruzar el agua con sus pequeños: Jespah pegado a ella y los otros dos algo rezagados.

Elsa se me acercó caminando despacio, me lamió y se sentó junto a mí. Luego llamó varias veces a los cachorros. Jespah se aventuró a acercarse bastante, mientras que los otros mantuvieron las distancias. Les di algo de carne, que Elsa arrastró de inmediato hasta un matorral cercano. Ella y los cachorros se pasaron las dos horas siguientes devorándola, mientras yo los

observaba sentada en un banco de arena.

Mientras comían, Elsa se comunicó con los cachorros mediante una serie de gemidos en voz baja. Aún mamaban con frecuencia, pero también masticaban ya la carne. Elsa no la regurgitaba para ellos, aunque, a tenor de las grandes cantidades que había ingerido en los últimos tiempos cuando aparecía sola por el campamento, se antojaba probable que lo hiciera horas más tarde, cuando estaba con los pequeños. Pero es mera especulación. Nunca la vimos hacerlo.

Los cachorros tenían ya unas nueve semanas, y pude confirmar por primera vez la suposición de Makedde de que Jespah era un león.

Al cabo de un rato fui a desayunar y, al poco, vi a Elsa guiando a los cachorros describiendo un amplio círculo hasta la pista forestal. La seguí despacio, con la esperanza de sacarles algunas fotografías, pero se detuvo en seco bloqueando la carretera y aplanó las orejas. Acepté su reprobación y regresé, si bien volví la cabeza para mirarlos una última vez y vi a los cachorros saltando detrás de su madre, en dirección a la Gran Roca. Para entonces estaban hechos ya unos caminantes que se perseguían y daban empujones mientras intentaban mantener el ritmo de Elsa. Pese a su entusiasmo, siempre obedecían a su llamada, estaban muy bien educados en cuestiones de higiene y siempre se apartaban del camino para defecar.

Durante los días siguientes, Elsa acudió a menudo a visitarnos sola. Estaba tan cariñosa como siempre, pero, desde que había dado a luz, algunos de sus hábitos habían cambiado. Ahora rara vez nos tendía emboscadas, estaba menos juguetona y solía comportarse con más solemnidad.

Me preguntaba dónde dejaba a los pequeños mientras nos realizaba aquellas largas visitas. ¿Les instruía para que no se movieran hasta que ella regresara? ¿Los ocultaba en un lugar seguro?

El 19 de febrero, cuando George me relevó «montando guardia», regresé a Isiolo para reunirme con lord William Percy y su esposa y traerlos a conocer a la familia de Elsa.

En general, desalentábamos las visitas, pero hicimos una excepción con nuestros viejos amigos, que conocían a Elsa desde que era una cachorrilla y siempre habían demostrado un gran interés en su evolución.

Al llegar al campamento, George nos recibió con la buena noticia de que había visto a los cachorros. Aquella mañana se había despertado cuando aún



estaba oscuro y había escuchado un breve y rápido chapoteo, seguido de unos relamidos más largos procedentes del bebedero de Elsa. Al asomarse, había divisado la tenue silueta de los cachorros alrededor del bebedero. Al cabo de unos minutos se habían ido todos.

También comentó que justo antes de que se escuchasen las primeras vibraciones de nuestro coche, Elsa estaba a punto de cruzar hacia nuestra orilla del río con los cachorros, pero, al percatarse de que se acercaba un vehículo, se había retirado al monte.

Al poco reapareció, pero parecía nerviosa y reacia a entrar en el agua. Para animarla a unirse a nosotros, la llamé por su nombre y dejé una res muerta en la ribera del río.

No hizo movimiento alguno hasta que regresé junto a nuestros amigos; entonces atravesó aprisa el río, agarró la cabra y se apresuró a regresar con ella junto a los cachorros. Una vez en la orilla opuesta, la arrastró hasta unas hierbas, donde toda la familia se dispuso a darse una comilona; los observamos a través de los prismáticos.

Al caer la noche, escuchamos unos ruidos terribles y, con la luz de nuestras linternas, vimos a Elsa defendiendo su presa de un cocodrilo, que, al vernos, se escabulló al instante en el agua.

Por la mañana, al examinar las huellas, comprobamos que al final el cocodrilo había conseguido arrebatárle la cabra. Nos impresionó que Elsa siempre pareciera saber hasta dónde podía llegar exactamente con aquellos reptiles. Nunca había mostrado miedo hacia ellos, por más que nosotros sabíamos que en aquel río había muchos ejemplares de más de tres metros y medio de longitud. Elsa tenía sus vados predilectos, evitaba las zonas de aguas muy profundas y, además de tomar esta precaución, sin duda presentía la presencia de los cocodrilos. No sabíamos cómo funcionaba su mecanismo. Nosotros teníamos nuestro propio método de detectar la presencia de cocodrilos; sabíamos que reaccionan de manera invariable a un sonido parecido a «*imn, imn, imn*», y solíamos aprovechar dicho conocimiento.

Si sospechábamos de la presencia de cocodrilos, nos escondíamos en la orilla del río y repetíamos «*imn, imn, imn*»; entonces, si había alguno en un radio de cuatrocientos metros, se acercaba al borde del agua como atraído por un imán. A menudo continuábamos hasta ver muchos de sus espantosos hocicos periscópicos sobresaliendo del agua. Si nos movíamos y nuestros ruidos

procedían de un lugar distinto, los seguían.

George había aprendido aquel truco de los pescadores africanos del lago Baringo, que está infestado de cocodrilos.

Al día siguiente, *lady William* empezó a dibujar a Elsa, cosa que a esta solía desagradarle, si bien en aquella ocasión no puso objeciones. En cualquier caso, me quedé cerca por si de repente le fastidiaba ejercer de modelo. Pero al ver que parecía indiferente a lo que sucedía, transcurrido un rato me marché. En cuanto le di la espalda, salió como un rayo hacia la artista y la abrazó juguetonamente. Teniendo en cuenta que Elsa pesa casi ciento cuarenta kilos, me admiró la serenidad con la que *lady William* aceptó aquella demostración de afecto.

Al día siguiente, a la hora del té, vimos a Elsa con los cachorros en la orilla opuesta del río, pero, en cuanto nos divisó, trasladó a su familia un poco más abajo y luego cruzaron el río. Le llevamos algo de comida, que Elsa recogió enseguida y se llevó a unas matas, junto a sus cachorros, que estaban escondidos.

Más tarde les entró la sed y se acercaron a beber al borde del agua. Me alegró que nuestros invitados pudieran disfrutar de aquella espléndida imagen de los leones bebiendo a escasa distancia, con las patas delanteras dobladas y el cuello alargado hacia delante entre sus puntiagudos hombros. Al principio se limitaron a beber a lametones sonoros, pero luego se zambulleron en las aguas poco profundas y empezaron a jugar. Era evidente que no les asustaba el agua, como dicen que les ocurre a los gatos.

Pensé que aquellos cachorrillos eran muy afortunados de vivir en un lugar tan bello y estimulante. La cresta rocosa en la que habían nacido empezaba en nuestra ribera, la atravesaba y describía un círculo durante varios kilómetros en la orilla opuesta. Estaba interrumpida por grietas y cuevas que los damanes y otros animales pequeños usaban como madrigueras. Alrededor de aquellas montañas, por todos los flancos, se extendía un monte lleno de huellas y olores de fauna salvaje. Y después estaba el río, con sus rocas y sus bancos de arena en los que las tortugas, que parecían guijarros gigantes, tomaban el sol matinal.

En otros puntos, el río estaba flanqueado por higueras, acacias y palmeras datileras de las que colgaban lianas y zarcillos que se alargaban, retorciéndose, hacia el abigarrado sotobosque y proporcionaban guaridas impenetrables a multitud de animales.

También habitan allí los gráciles cercopitecos verdes, los payasos babuinos y agamas de color turquesa, además de todo tipo de lagartos, algunos con cabezas de un vistoso color naranja, otros con colas de un vívido azul, y nuestro amigo el varano. Antílopes jeroglífico, kudús menores y antílopes acuáticos acuden a este reducto a beber, y el terreno aplanado y pisoteado demuestra que también lo visitan rinocerontes y búfalos. De todos los habitantes del bosque, los que más nos fascinaban eran el sinfín de pájaros de colores que se apiñaban en los matorrales: las oropéndolas, los vistosos martines pescadores, los iridiscentes suimangas y arañeros, el pigargo vocinglero y el buitre palmero, blanco y negro y muy grande, y los búceros, cuyos graznidos rítmicos ascienden en crescendo, decrecen y empiezan de nuevo.

Una vez nuestros amigos se hubieron acostado, George y yo regresamos a ver a Elsa. La encontramos de pie al borde del río, plantando cara a un cocodrilo cuyo hocico sobresalía del agua, a poco más de un metro de distancia.

No queríamos asustar a los cachorros disparando al cocodrilo, de manera que intenté que Elsa se alejara de allí ofreciéndole una de sus comidas preferidas, a base de sesos, tuétano, calcio y aceite de hígado de bacalao. Había empezado a dársela cuando estaba embarazada y le resultaba irresistible.

También entonces se sintió atraída por el recipiente en el que la llevaba y vino con los cachorros a sentarse delante de nuestra tienda, a la luz del farol.

A los cachorros no parecía molestarles el resplandor: tal vez creyeran que se trataba de un nuevo tipo de luna.

Cuando me acosté, George apagó «la luna» y permaneció sentado en la oscuridad durante un rato. Los cachorros se le acercaron al alcance de la mano y luego, tras saciar la sed para el camino, la familia al completo se dirigió hacia la Gran Roca, desde donde instantes después empezó a llamarlos el compañero de Elsa.

Más tarde, George fue a recoger los restos de la res muerta, pero descubrió que un cocodrilo se la había llevado al agua. Abatió de un disparo al ladrón y rescató la carne.

Una mañana, temprano, Elsa visitó el campamento antes de que hubiera nadie despierto. La escuché y la seguí. Estaba ya en el río cuando la llamé;

regresó al instante, se acomodó conmigo en un banco de arena y empezó a llamar con maullidos a los cachorros, alentándolos a acercarse a nosotras. Se aproximaron a unos tres metros, pero era evidente que no les apetecía que los toquetearan, y, como lo último que yo quería era que se volvieran dóciles, me alegré de su reacción.

A Elsa parecía desconcertarle que siguieran teniendo miedo de mí, pero al final desistió en su intento de que fraternizáramos, se llevó a su familia al otro lado del río y desapareció entre la maleza.

A las diez de la mañana regresó sola, olisqueó con nerviosismo unas matas junto al río y luego se alejó al trote, olfateando, por el mismo camino que había tomado por la mañana.

Tras perderla de vista, la escuchamos gruñendo con fiereza. Regresó de nuevo, olisqueando con nerviosismo, y al final gruñó a pleno pulmón en dirección a la roca, tras lo cual se zambulló en el río y desapareció entre los matorrales de la orilla opuesta. No sabíamos a qué atribuir su extraño comportamiento; pensamos que quizá hubiera perdido a un cachorro.

Cuando a la hora de comer Ibrahim llegó acompañado de tres miembros de una tribu que afirmaban buscar una cabra extraviada, pero portaban arcos y flechas envenenadas, tuvimos la certeza de estar en lo cierto: sin duda su aparición había desconcertado a los pequeños y habían huido despavoridos.

Elsa tardó un par de días en volver a traer a los cachorros al campamento. Aquella mañana habíamos llevado a nuestros amigos a contemplar las magníficas cataratas del río Tana, que pocos europeos visitan por la dificultad del acceso.

A nuestro regreso encontramos a Elsa y los cachorros en el campamento, así que, mientras nosotros tomábamos una copa, ellos disfrutaron de su cena. Guardamos silencio, porque sabíamos lo sensibles que eran los pequeños a las voces humanas. No les importaba la cháchara de los muchachos que llegaba de la cocina, en la distancia, pero si estábamos cerca de ellos e intercambiábamos una palabra, aunque fuera en voz baja, se escabullían. Y el chasquido del obturador de la cámara de fotos sencillamente los enervaba.

Tenían diez semanas y Elsa había empezado a destetarlos. En cuanto creía que ya habían tomado suficiente leche, se sentaba sobre sus ubres o se tumbaba encima del techo del Land Rover. De este modo, si los cachorros no querían morir de hambre, tenían que comer carne. Le arrancaban de la boca

a su madre los intestinos de las presas y los succionaban como espaguetis, con los dientes cerrados para expulsar el contenido no deseado, tal como hacía ella.

Aquella tarde, uno de los cachorros estaba decidido a tomar más leche e insistió tanto en meterse bajo la panza de su madre que al final Elsa acabó enojándose, le dio un buen golpe y saltó encima del *jeep*.

Los pequeños se entristecieron mucho; erguidos sobre las patas traseras, apoyaron las delanteras en el vehículo y se dedicaron a maullar llamando a su madre, pero ella continuó sentada, lamiéndose las zarpas y fingiendo no oír sus llantos.

Recuperados de su despecho, los cachorros se despegaron del *jeep* y se dedicaron a explorar alegremente los alrededores, hasta perderse de vista. Elsa se impacientaba si no acudían a su llamada y, si no reaparecían enseguida, saltaba del vehículo e iba a buscarlos para ponerlos a salvo.

Las dos tardes siguientes, Elsa regresó al campamento con su familia. Estaba sumamente cariñosa y, con la emoción, barrió nuestras copas vespertinas de la mesa. La tercera noche trajo consigo a los cachorros y se comportó de idéntico modo. Nos sorprendió observar que a los pequeños no les desconcertó lo más mínimo que nuestra cena aterrizara en el suelo con gran estrépito.

Parecían sentirse en casa en nuestra presencia, razón por la cual nos asombró que las dos tardes siguientes Elsa los dejara en un salobral al descubierto a unos cien metros de distancia, y también que les enseñara a mantenerse a raya mientras ella se daba una buena comilona ante sus ojos.

Diluvio toda la noche. En tales ocasiones, Elsa suele refugiarse en la tienda de George, y fue justo lo que hizo aquel día. Desde su interior, llamó a los cachorros para que la siguieran, pero estos permanecieron fuera, al parecer disfrutando del aguacero, y al poco su pobre madre se sintió obligada a salir y hacerles compañía.

Al día siguiente fui a Isiolo con nuestros amigos. George se quedó en el campamento. Sabíamos que, ahora que había empezado de verdad la estación lluviosa, el transporte no tardaría en resultar muy difícil y teníamos que trazar nuestros planes teniendo en cuenta este factor.

# 14

## LOS CACHORROS EN EL CAMPAMENTO

Cuando dos días después regresé al campamento para relevar a George, comprobé que debía ser precavida y no dejar que los muchachos se acercaran a Elsa cuando estaba con sus cachorros. Si Makedde se les aproximaba, lo miraba con los ojos entrecerrados y las orejas gachas, con una expresión fría y asesina. En mí tenía confianza plena, y dio prueba de ello dejándome esporádicamente al cargo de los cachorros mientras iba a beber al río.

Durante varias noches se produjeron unas tormentas espantosas y los rayos y truenos caían tan cerca que me asusté bastante. Llovía a mares. Habida cuenta de que la tienda de George estaba vacía, Elsa y los cachorros podrían haberse cobijado en ella, pero el miedo innato de los pequeños al ser humano era tan acentuado que preferían quedarse fuera y empaparse. Aquel rasgo era la señal más evidente de su sangre salvaje y algo que nosotros estábamos dispuestos a alentar, aunque fuera a expensas de que se mojaran y desafiara al deseo de Elsa de que entablaran amistad con nosotros. A menudo, Elsa parecía jugar al pillapilla con ellos, describiendo círculos cada vez más cerca de la tienda en la que yo estaba sentada, como si quisiera que entraran en ella sin ser conscientes de hacerlo.

En dos ocasiones, Elsa entró como una flecha en la tienda y, asomándose por encima de mi hombro, los llamó. Pero ninguno de sus ardidés consiguió que los pequeños traspasaran la frontera que ellos mismos se habían impuesto.

Parecía que el hecho de que hubiéramos criado a su madre en cautividad no había afectado en absoluto al instinto que poseen los animales salvajes de no acercarse a un peligro desconocido. Más aún, la propia Elsa había demostrado al esconder a sus cachorros de nosotros durante cinco o seis

semanas que su instinto para proteger a sus pequeños seguía vivo.

Con todo, su decepción ante sus intentos de convertirnos en una manada, frustrados en parte por el temor al ser humano de los cachorros y en parte también por lo que ella debía de interpretar como una falta descorazonadora de colaboración por nuestra parte, era evidente. Parecía muy desconcertada, pero no estaba dispuesta a rendirse. Una tarde entró en mi tienda, se tumbó de manera deliberada detrás de mí y llamó en voz baja a los cachorros, invitándolos a mamar. Con ello, no solo pretendía que los cachorros entraran en la tienda, sino obligarlos a pasar por mi lado. Y aunque no me cabe duda de que a ellos les habría alegrado que me retirase detrás de su madre y ella habría agradecido que pusiera algo de mi parte por alentarlos, decidí permanecer donde estaba, muy quieta. Por un lado, si me hubiera cambiado de sitio habría frustrado las intenciones de Elsa, y, por el otro, espolear a los pequeños habría ido en contra de nuestra decisión de no domesticarlos. Y lo lamentaba mucho, porque me habría encantado ayudar a los cachorros y me angustió el modo en que Elsa me miró durante largo rato, con ojos de decepción, antes de salir a reunirse con sus pequeños. Como es lógico, Elsa no entendía que mi inacción se debía a nuestro deseo de preservar el instinto salvaje de los cachorros. Debía de creer que yo era una insensible, mientras yo me esforzaba por reprimir mis sentimientos por el bien de su familia.

En cambio, a los cachorros les preocupaba nuestra relación por los motivos contrarios y se inquietaban cada tarde cuando Elsa, perseguida por las moscas tsetsé, se tumbaba delante de mí para que la librara de aquella plaga.

Al verme darle palmadas para matar las moscas, los cachorros se inquietaban sobremanera. Jespah, en particular, se acercaba y se agazapaba, dispuesto a saltar sobre mí si su madre necesitaba protección. No debían de entender que ella pareciera agradecida por mis golpes.

En una ocasión en la que Elsa, Jespah y Elsitá estaban bebiendo delante de la tienda, Gopa se mostró demasiado nervioso para acercarse al cuenco con agua. Al verlo, Elsa se dirigió a él con determinación y le dio unos golpecitos de aliento, tras lo cual el pequeño reunió suficiente valor para unirse a sus hermanos.

Jespah tenía una personalidad muy marcada: era valiente hasta la temeridad. Una tarde, después de haberse dado un atracón, y con la barriga a punto de reventar, Elsa echó a andar hacia la roca. Era prácticamente de

noche. Dos de los cachorros la siguieron obedientes, pero Jespah continuó comiendo. Elsa lo llamó en dos ocasiones, pero él le prestó atención apenas un momento y siguió a lo suyo. Finalmente, cuando su madre regresó, caminando hacia él con clara determinación, Jespah se dio cuenta de que se había metido en un lío y, engullendo la carne, con grandes trozos colgándole a ambos lados de la boca, echó a trotar tras ella.

Por aquella época tuve que regresar unos días a Isiolo y George me reemplazó en el campamento.

Para entonces, Elsa había conquistado los corazones de miles de personas y se había hecho famosa de la noche a la mañana. Y era muy gratificante, pero también temíamos que acabara compartiendo el destino de todas las celebridades: la falta de privacidad.

Personas de todo el mundo nos escribían afirmando que les gustaría venir a verla. Después de todos los esfuerzos que habíamos realizado para que ella y sus cachorros vivieran una vida en libertad, no podíamos permitir que la leona y su familia se convirtieran en una atracción turística. Evidentemente, podíamos apelar a sus admiradores, a los cazadores deportivos y a nuestros amigos para que no invadieran su privacidad, pero carecíamos de medios legales para mantener alejadas a las personas y nos preocupaba que algún visitante provocara a Elsa en nuestra ausencia y ocurriera algún accidente.

La evolución de los cachorros, que poco a poco se iban convirtiendo en verdaderos leones salvajes, superaba todas nuestras expectativas. En cambio, su padre suponía una enorme decepción. En parte la culpa era nuestra, porque habíamos interferido en la relación con su familia, pero era innegable que él no había ayudado a alimentarlos; al contrario, a menudo les robaba la comida. Y, además, nos había ocasionado multitud de problemas. Una tarde intentó hacerse con una cabra que había dentro de mi camioneta. En otra ocasión, mientras Elsa y los cachorros estaban comiendo delante de nuestra tienda, ella lo olió y, tras olisquear repetidamente muy nerviosa en dirección a los matorrales, puso fin a su comida y se apresuró a llevarse a los cachorros. George salió con una linterna para averiguar a qué se debía aquel revuelo; no había caminado ni tres metros cuando un fiero gruñido lo dejó helado y vio entonces al padre de los cachorros escondido entre unos matorrales, justo delante de él. Retrocedió a toda prisa y, por suerte, el león hizo lo mismo.

Al día siguiente surgió otra amenaza. Makedde nos informó de que había



un cocodrilo enorme durmiendo en el paso por el que Elsa solía atravesar el río. George agarró un rifle y se dirigió hacia allí. El cocodrilo seguía tumbado y era realmente enorme; después de dispararle, George lo midió: 3,70 metros de longitud, todo un récord para aquel río. De haberla atacado un monstruo así, Elsa no habría tenido ninguna oportunidad de salir con vida.

Cuando regresé al campamento, me llevé conmigo a Nuru, que acababa de volver tras pasar seis meses en su casa aquejado de una enfermedad interna. Y aunque volvía a estar en plena forma, culpaba a Elsa de su enfermedad, cosa que me sorprendió, porque siempre había sido muy servicial con ella. Al parecer, el inicio de su malestar había coincidido con el momento en el que le habíamos solicitado que cuidara de Elsa y de sus dos hermanas, y debido a ello estaba convencido de que la leona le había echado mal de ojo.

Precisamente con el fin de disipar tal superstición había decidido llevarlo al campamento conmigo. Mientras aguardábamos bajo la llovizna, le hablé de los cachorros y pareció muy interesado.

Durante la noche, el río se amansó y pudimos llegar al campamento a primera hora de la mañana. Elsa, atraída por las vibraciones del vehículo, nos recibió con demasiado ímpetu para lo exhaustos que estábamos.

Por la tarde, con ilusión por enseñarle los cachorros a Nuru, nos encaminamos hacia su guarida. De repente, escuchamos a Elsa hablando con sus pequeños entre la maleza, justo delante de nosotros. Al poco apareció brincando y, tras saludarnos, recibió a Nuru con gran alborozo. De hecho, estaba tan contenta de ver a su viejo amigo tras una ausencia tan prolongada que resultaba enternecedor, y fue así como Nuru empezó a acariciarla con palmaditas y ahuyentó toda superstición sobre el mal de ojo. Tras aquella reunión se volvió aún más abnegado con ella que antes de caer enfermo. Sin embargo, Elsa no le enseñó a los cachorros, sino que aguardó a que fuera de noche para traerlos al campamento.

A diferencia de su madre, los cachorros nunca habían tenido juguetes artificiales con los que jugar, pero les gustaba pelearse bajo la luz del farol y no perdían ocasión de encontrar un palo por el que batallar. En otras ocasiones, jugaban al escondite y a tenderse emboscadas. A menudo acababan atrapados en un abrazo, con la víctima tumbada patas arriba, agitando las cuatro zarpas en el aire e intentando zafarse del atacante. Elsa solía participar en sus juegos y, pese a su enorme peso, saltaba como otro cachorro más.

Habíamos habilitado dos bebederos para ellos: una palangana de aluminio resistente y un antiguo casco de acero montado sobre un trozo de madera que Elsa había utilizado desde su infancia. Era este último el que a los cachorros les gustaba más. Solían volcarlo y siempre parecían sorprenderse con el estrépito que hacía al caer. Tras recuperarse del susto, se enfrentaban a aquel objeto brillante en movimiento con la cabeza ladeada y le daban golpecitos con cuidado. Tomamos fotografías con *flash* de aquellos juegos.

En cambio, nos resultaba más difícil fotografiarlos jugando de día, porque estaban menos activos. La mejor oportunidad era a última hora de la tarde, cuando iban a su patio de recreo preferido, cerca de una palmera dum caída en el borde de la ribera, a unos doscientos metros del campamento. Aquel lugar presentaba múltiples ventajas: con vistas despejadas, contaba con un abigarrado matorral a escasa distancia en el que podían desaparecer en caso de amenaza, y estaba cerca de un salegar natural y también del río, por si necesitaban beber. Y, además, yo a menudo les dejaba una res muerta en las proximidades.

George y yo solíamos ocultarnos en el bosque y filmábamos a la familia subiendo y bajando de aquel árbol caído y atormentando a su madre, que siempre estaba preparada para protegerlos.

Sabían que estábamos cerca, pero no les incomodaba; en cambio, si aparecía un africano, aunque fuera en la distancia, dejaban de jugar al instante y los cachorros desaparecían entre las matas, mientras que Elsa se encaraba al intruso con las orejas gachas y expresión amenazante.

El 2 de abril, George regresó a Isiolo y yo permanecí en el campamento. Conforme transcurrieron los días, observé que los cachorros se volvían cada vez más retraídos, incluso con respecto a mí. Ahora preferían describir un amplio círculo serpenteando por la hierba para acceder a su comida, en lugar de seguir a su madre en línea recta, lo que implicaba acercarse mucho a mí.

Para evitar que los depredadores robaran la carne durante la noche, empecé a trasladar la carcasa a rastras desde la palmera dum hasta mi tienda, donde la encadenaba. Solía ser una carga pesada y Elsa me observaba arrastrarla, al parecer satisfecha de que yo hubiera asumido la laboriosa tarea de proteger su comida.

En cambio, a Jespah le hacía mucha menos gracia verme manejar la carne. Tras varios conatos tímidos, en ocasiones me lanzaba ataques en toda regla,

agazapándose mucho al principio y luego precipitándose hacia mí a toda velocidad. Elsa acudía de inmediato en mi rescate, y no solo se interponía entre su hijo y yo, sino que le propinaba un golpe deliberado y sonoro. Después se sentaba conmigo en la tienda durante largo rato, haciendo caso omiso de Jespah, que permanecía fuera desconcertado. Se tumbaba junto al casco del agua, con la cabeza apoyada en él, y de vez en cuando bebía perezosamente.

No obstante, por más que me conmoviera la reacción de Elsa, entendía que a Jespah le desconcertara que su madre reprobaba su reacción instintiva. Bajo ningún concepto pretendía provocar sus celos. Aún era demasiado pequeño para hacer daño, pero George y yo entendíamos que era esencial establecer una tregua amistosa con los cachorros mientras dependieran de nosotros para comer y hasta que crecieran lo suficiente para representar un peligro. Era un problema peliagudo, porque no queríamos que mostraran hostilidad hacia nosotros, pero tampoco docilidad. Desde hacía un tiempo, la propia Elsa también parecía ser consciente de nuestra dificultad y se esforzaba por colaborar en resolverla. Y aunque castigaba a Jespah si, en su intento de protegerla, me atacaba, también se me enfrentaba con firmeza si creía que me estaba familiarizando demasiado con sus hijos. Así, en varias ocasiones en las que me acerqué a ellos mientras jugaban, me miró con los ojos entrecerrados, avanzó hacia mí de manera lenta pero decidida y me agarró por las rodillas, en un gesto amistoso pero determinado con el que me dejó claro que podía apretar mucho más si no captaba la indirecta y me replegaba.

# 15

## LA PERSONALIDAD DE LOS CACHORROS

Una mañana me despertó la llegada de un Land Rover que anunciaba la futura visita de dos periodistas británicos, Godfrey Winn y Donald Wise. Y me preocupé, porque Elsa era impredecible cuando estaba con los cachorros. De hecho, últimamente incluso se había opuesto a la presencia de Nuru. Envié al conductor con un mensaje en el que suplicaba a George que detuviera al grupo a unos quince kilómetros del campamento y proponía reunirme con ellos allí.

Tras tomar aquellas precauciones, me sorprendió que la comitiva se presentara en el campamento de todos modos. Andaba intentando convencer a nuestros visitantes de que se retiraran cuando escuché los gruñidos de Elsa. Probablemente la habían atraído las vibraciones del motor. En cualquier caso, allí estaba, y sus cachorros con ella. En tales circunstancias, no me quedó más remedio que intentar aprovechar la situación.

Conduje a nuestros invitados al estudio para tomar un té, mientras George amarraba una res muerta al tronco de la palmera dum caída para que pudiéramos observar a Elsa y a los cachorros comiendo. Le expliqué al señor Winn que no era en absoluto mi deseo monopolizar a Elsa y a su familia, pero que sí pretendía que los leones vivieran una vida salvaje, lo cual implicaba preservar su privacidad.

Compartimos una noche agradable, con una cena junto a la tienda de campaña.

Al cabo del rato, Elsa se subió de un brinco al techo del Land Rover, que estaba aparcado a escasa distancia.

La tarde siguiente encadenamos una res muerta junto a nuestra tienda. Elsa

acudió enseguida a por su comida e hizo cuanto pudo por alentar a los cachorros a unírsele. Se dedicó a hacer cabriolas para quitarles el miedo, pero ni siquiera Jespah se aventuró a salir a la luz del farol. Aquella noche escuchamos la llamada de su padre, y por la mañana se habían ido todos.

El 8 de abril, George partió para Isiolo y yo me quedé en el campamento. Una noche, Elsa despreció la comida que le ofrecí; después, los muchachos me explicaron que la cabra estaba enferma, de lo cual deduje que su instinto la había advertido de que la carne estaba infectada. Los cachorros también se negaron a tocarla. Por regla general, eran muy comilones, se daban grandes atracones y, además de comer carne, insistían en que Elsa los amamantara.

Elsa se pasó aquella noche con la cabeza apoyada en mi hombro y llamando a los cachorros con un maullido muy sonoro, pese a que lo emitía con los labios cerrados. Intentaba en vano que se me acercaran.

Me conmovía mucho verla discriminar entre jugar conmigo y jugar con ellos. Con los cachorros era bastante bruta, les estiraba de la piel, los mordisqueaba con afecto o les sujetaba la cabeza gacha para que no interfirieran en su comida; a mí me habría dañado de haberme tratado así, pero siempre era muy tierna cuando jugábamos. Yo lo atribuía en parte al hecho de que cuando la acaricio, siempre lo hago con delicadeza, hablándole en voz baja y calmada, a lo cual ella responde con sosiego. Estoy segura de que si la tratara con rudeza, ella me demostraría su fuerza superior.

Aquella noche, ya desde la cama, escuché al compañero de Elsa llamar, pero ella, en lugar de acudir junto a él, intentó colarse a través del seto de espinos de mi *boma*.

—No, Elsa, no —le grité.

Se detuvo en seco y, a continuación, acomodó a sus cachorros junto al seto de mimbre, donde pasaron la noche.

Al día siguiente no apareció hasta que se hizo oscuro y solo trajo consigo a dos de los cachorros. Jespah no los acompañaba. Elsa se acomodó para dar cuenta de su comida con Gopa y Elsita. Yo temía por Jespah, pero en plena noche no podía salir a buscarlo, de manera que intenté inducir a su madre a hacerlo imitando el maullido agudo del cachorro y señalando hacia el monte. Al cabo del rato, Elsa se marchó. Los dos cachorros no parecían turbados por su ausencia y continuaron comiendo durante al menos cinco minutos antes de cambiar de idea e ir tras ella. Poco después regresaron los tres, de nuevo sin

Jespah. Repetí mi táctica y Elsa realizó una nueva búsqueda, pero volvió a regresar sin él. La insté aún una tercera vez, pero la búsqueda resultó nuevamente infructuosa.

Después descubrí que Elsa tenía una gran púa clavada profundamente en la cola. Debía de dolerle mucho porque, cuando intenté arrancársela, se irritó. Por suerte, al final logré extraérsela, tras lo cual lamió la herida primero y luego mi mano, en gesto de agradecimiento. Para entonces Jespah llevaba ya una hora desaparecido.

De repente, y sin apremio por mi parte, Elsa y los dos cachorros se dirigieron decididos hacia el monte y al poco escuché el maullido familiar de Jespah.

No tardó en aparecer con los otros, mordisqueó un poco de carne y se tumbó a menos de un metro y medio de mí. Suspiré al verlo regresar sano y salvo, puesto que el momento que había elegido para andar solo era el más peligroso en cuanto a depredadores se refiere y aún era demasiado pequeño para enfrentarse incluso a una hiena, por no mentar ya a otro león. Sospechaba que había estado donde la res muerta en mal estado que su madre se había negado a tocar y que yo había ordenado arrojar lejos del campamento.

Para proporcionarle algo inofensivo en lo que invertir su energía, saqué la cámara de un viejo neumático y la retorcí cerca de él. La atacó al instante, tras lo cual su hermano y su hermana se le unieron en aquel nuevo juego. Pelearon y tiraron del neumático hasta que no quedaron más que trizas de caucho.

Aquella noche llovió. Por la mañana me sorprendió descubrir en la tienda de George no solo las huellas de Elsa, sino también las de un cachorro. Era la primera vez que uno de ellos entraba en aquella zona, que hasta entonces habían considerado prohibida.

La noche siguiente, Elsa, al ver que a los muchachos se les había olvidado colocar las ramas de espino delante de la puerta de mimbre de mi cercado, apartó aquella a un lado, entró en la tienda y se tumbó en mi cama. Parecía tan contenta, envuelta en la mosquitera desgarrada, que me vi teniendo que pasar la noche sentada al raso.

Jespah entró en la tienda siguiendo a su madre y, apoyado en sus patas traseras, examinó la cama, pero por suerte decidió no probarla. Los otros cachorros permanecieron fuera.

Pasé gran parte de la noche intentando convencer a Elsa de que saliera de

la tienda, lo cual no fue fácil, pues no me atrevía a abrir la puerta por si a los otros cachorros se les ocurría entrar corriendo a reunirse con su madre. Pretendía que Elsa saliera agachándose a través de la puerta de mimbre. Durante un rato, mis esperanzas de éxito se antojaron exiguas, hasta que se me ocurrió emitir maullidos alrededor del campamento mientras agitaba la linterna, fingiendo que los cachorros se habían perdido y los estaba buscando. Elsa y Jespah salieron a toda prisa. Ella lo hizo a través de la puerta, pero desconozco cómo lo hizo el pequeño. Volvía a tener la tienda para mí sola. Sin embargo, no pude pegar ojo porque Elsa se dedicó a embestir mi camioneta, causando un gran estrépito. Como en la ocasión anterior, de nuevo para mi sorpresa, dejó de hacerlo cuando le grité:

—No, Elsa, no.

No entendía por qué cargaba contra el camión de las cabras, porque, si tenía hambre, aún quedaba algo de comida junto al río.

Para entonces, los cachorros tenían ya unas dieciséis semanas y la familia debería haberse quedado protegiendo su presa. ¿Se habría vuelto Elsa tan holgazana que esperaba no solo que le proporcionáramos la comida, sino que la liberáramos de la tarea de salvaguardarla?

¿Estaríamos acabando con su instinto salvaje? ¿Era conveniente que nos alejáramos de ella? No parecía el momento más propicio para abandonarla, pues hacía poco habíamos detectado las huellas de dos africanos desconocidos muy cerca del campamento. Sin duda habían venido a hacer un reconocimiento de nuestro paradero, porque volvíamos a estar en época de sequía y probablemente pretendían llevar a su ganado a pastar a las reservas de caza, aunque fuera ilegal. Dadas las circunstancias, consideré oportuno continuar abasteciendo de comida a la familia; en caso contrario, Elsa acabaría matando a alguna de las cabras intrusas. Me reconforté pensando que faltaba poco para las lluvias, que entonces los africanos se marcharían y que, en la próxima estación seca, Elsa ya habría enseñado a los leones a cazar con ella.

Entre tanto, yo sentía un interés inmenso en observar su desarrollo. Ya estiraban los tendones y eran capaces de sostenerse sobre las patas traseras para clavar las zarpas en la corteza rugosa de ciertos árboles, sobre todo acacias; al hacerlo dejaban a la vista las bases rosas de sus uñas. Cuando el ejercicio concluía, en la corteza se veían arañazos profundos.

Noté algo curioso en las heces de Elsa, que previamente había examinado en busca de parásitos. Antes de dar a luz a los cachorros siempre estaban infestadas de lombrices solitarias y ascárides, y, aunque me habían dicho que la presencia de solitarias en los intestinos de un león es beneficiosa (y, en efecto, en las autopsias que hacíamos a todos los leones que George abatía siempre las habíamos encontrado en grandes cantidades), de vez en cuando yo había medicado a Elsa para erradicárselas. En cambio, después de que tuviera a sus hijos no volví a encontrar rastro de lombrices en sus heces, ni tampoco en las de los cachorros. Y solo cuando los pequeños cumplieron nueve meses y medio aparecieron de nuevo, esta vez en los excrementos de todos.

Otro cambio que aprecié guardaba relación con el aseo. En el pasado, Elsa había orinado con frecuencia en la lona del suelo de la tienda, y alguna que otra vez incluso en la lona del techo del Land Rover, pero, desde que era madre no había vuelto a dar señas de aquellos malos modales y obligaba a los cachorros a desviarse del camino cuando necesitaban aliviarse.

Ninguno de ellos mostraba la «cresta en la espalda» tan característica de los leones, un penacho de aproximadamente treinta centímetros de largo y unos cinco de ancho que desciende por la columna y en el que el cabello crece en dirección opuesta al resto del pelaje. A Elsa y a su hermana Grande les había salido muy temprano, mientras que Lustica, la tercera, nunca la tuvo.

Era muy fácil distinguir a los cachorros. Jespah era el de color más claro, tenía un cuerpo de proporciones perfectas, el hocico muy puntiagudo y los ojos tan rasgados que conferían un aire ligeramente mongol a su delicado rostro. Y además de ser el más despreocupado, atrevido e inquisitivo de los tres, también era el más cariñoso. Cuando no estaba acurrucado contra su madre y abrazándola con las zarpas, daba muestras de afecto a sus hermanos. A menudo, mientras Elsa comía, lo vi fingir que comía también, cuando en realidad solo se estaba restregando con ella. La seguía a todas partes, como una sombra.

Su tímido hermano, Gopa, era el más apuesto; tenía unas manchas muy oscuras en la frente, pero sus ojos, en lugar de ser brillantes y despiertos como los de Jespah, eran ligeramente estrábicos y solían estar nublados. Era más alto y más corpulento que su hermano y tenía tal barrigón que una vez llegué a temer que reventara. Pese a no ser en absoluto tonto, era muy indeciso y, a diferencia de Jespah, no era aventurero; de hecho, siempre permanecía



rezagado hasta cerciorarse de que era seguro avanzar.

Elsita hacía honor a su nombre, pues era una réplica exacta de su madre a su edad. Tenía la misma expresión, las mismas marcas y la misma constitución esbelta. Y su carácter era tan asombrosamente parecido al de Elsa que esperábamos que fuera igual de cariñosa. Por supuesto, sabía que por el momento estaba en desventaja en comparación con sus dos hermanos, más fuertes, pero lo compensaba con astucia. Y aunque todos los cachorros estaban muy bien educados y obedecían a Elsa al instante en las ocasiones importantes, cuando jugaban no demostraban tenerle ningún miedo y solo a veces se dejaban intimidar por los golpes que les propinaba cuando se volvían muy descarados.

Una noche, mientras toda la familia estaba tumbada delante de la tienda, me dispuse a encender una lámpara de queroseno. De repente, estalló en llamas y solo tuve tiempo de arrojarla al suelo, fuera de la tienda, y entonces prendió de manera tan alarmante que fui corriendo en busca de Ibrahim para que me ayudara a extinguir el fuego. Cogimos unas alfombras viejas para sacudir con ellas las llamas, pero, para cuando regresamos, ya se habían apagado. Durante todo aquel revuelo, los cachorros permanecieron tumbados muy cerca de allí, observando en silencio el extraño comportamiento de su «luna». Elsa se acercó a investigar la llamarada y tuve que gritarle: «No, Elsa» con mi voz más autoritaria para evitar que se chamuscara los bigotes. A continuación, la familia se acomodó a las puertas de mi tienda para pasar la noche.

Antes de irme a dormir escuché lo que me pareció el sonido de una pareja de rinocerontes haciendo el amor. Estos corpulentos animales emiten los sonidos mansos más insólitos al aparearse. Otra posibilidad era que los sonidos pertenecieran a una pareja de búfalos. Fuera lo que fuese, me alegré de tener el rifle cerca de la cama por si se producía una emergencia. Al ver que no sucedía nada, me eché a dormir y a la mañana siguiente me despertó el estrépito de la loza al chocar con el suelo. Al instante, el Toto entró corriendo en la tienda sin la bandeja del té. Casi sin aliento, me explicó que mientras me traía el té de la mañana a la tienda lo había derribado un búfalo. Había logrado llegar a la puerta de mi seto justo a tiempo para cerrársela en las narices a aquella bestia. Sonreí al pensar que una endeble puerta de mimbre hubiera dado a aquel pobre hombre sensación de seguridad mientras lo

perseguía un búfalo a la carga.

Cuando los cachorros cumplieron dieciocho semanas, Elsa pareció resignarse al hecho de que su relación con nosotros nunca sería igual a la que habíamos tenido antes.

De hecho, los pequeños cada vez se mostraban más retraídos y preferían comer fuera de la zona iluminada junto a nuestro campamento, salvo Jespah, que, como seguía a su madre a todas partes, solía venir con ella a la «zona de peligro». Por aquel entonces, Elsa solía colocarse entre nosotros y los cachorros, en posición defensiva.

Puesto que estaban en unas condiciones excelentes, consideramos que debíamos arriesgarnos a dejarlos salir de caza con Elsa, aunque fuera por unos días. Su padre había estado merodeando por la zona en los últimos tiempos y, puesto que la familia solo había acudido al campamento durante breves visitas para alimentarse, asumimos que estaban pasando gran parte del tiempo con él.

Mientras los muchachos desmontaban el campamento, me dirigí al estudio y, sentada en el suelo, con la espalda apoyada en un árbol, empecé a leer un inmenso montón de cartas de lectores de mi primer libro sobre Elsa. Me las había traído el Land Rover que había venido para transportar nuestras pertenencias. Me estaba preguntando de dónde sacaría el tiempo para contestarlas todas, como era mi deseo, cuando, de repente, Elsa me aplastó. Mientras bregaba por liberarme de debajo de sus casi ciento cuarenta kilos, las cartas quedaron esparcidas por todas partes. Cada vez que conseguía ponerme en pie y empezaba a recogerlas, Elsa saltaba sobre mí aprovechando que me había agachado a por una y acabábamos rodando por el suelo. A los cachorros se les antojó una diversión tremenda y se liaron a correr persiguiendo las hojas de papel que revoloteaban en el aire. Creo que los admiradores de Elsa habrían disfrutado al ver cuánto apreciaba sus cartas. Al final, mandé a buscar la cena de Elsa y así conseguí desviar tanto su atención como la de los cachorros. Me alegra decir que recuperé todas las cartas.

Para entonces, los muchachos habían acabado de recoger y los vehículos cargados aguardaban a una cierta distancia. Pese al fragor de las cataratas, Elsa oyó enseguida las vibraciones del motor. Las escuchó alertada y luego me miró, con las pupilas muy dilatadas, tanto que sus ojos parecían casi negros. Tuve la extraña impresión de que, como en ocasiones anteriores, sabía que estábamos a punto de abandonarla y su expresión parecía decir: «¿Qué

pretendéis dejándonos a mí y a mis cachorros sin comida?». A continuación, abandonó la carne que estaba devorando, descendió despacio por el *lugga* de arena y desapareció con sus hijos.

# 16

## ELSA CONOCE A SU EDITOR

Tras cinco días de ausencia, regresamos al campamento el día 28 de abril. Diez minutos después de nuestra llegada apareció Elsa, sola. Estaba en una forma excelente y parecía encantada de vernos, pero se escapó con la res que le habíamos traído antes de que tuviéramos tiempo de colgarla de un árbol para la noche.

No volvió a aparecer en las cuarenta y ocho horas siguientes, cuando acudió sola y se dio un atracón de carne. Por la mañana se había ido.

La ausencia de los cachorros nos inquietaba, sobre todo porque Elsa tenía las ubres llenas de leche, pero, para nuestro alivio, la tarde siguiente encontramos a toda la familia jugando en un cauce seco. Nos siguieron de regreso al campamento. Al poco se desencadenó una tormenta; Elsa se nos unió de inmediato en nuestra tienda, mientras que los cachorros permanecieron sentados fuera, sacudiéndose a intervalos el agua del pelaje. Nadie luce su mejor aspecto empapado y aterido, pero los cachorros estaban de lo más entrañable, pese a su imagen patética: en contraste con sus cuerpos mojados, sus orejas y zarpas parecían el doble de grandes de lo normal. En cuanto el aguacero amainó, Elsa se reunió con ellos y jugaron a un enérgico juego, quizá para entrar en calor. Después se acomodaron para cenar y desgarraron la carne con tal fiereza que bajo sus pelajes, para entonces secos y esponjosos, pudimos apreciar el movimiento de su desarrollada musculatura. Al final de la comida, los vimos enterrar los restos por primera vez en su corta vida. Arañaron la arena depositada sobre el pequeño montículo con sumo cuidado, para que quedara perfectamente disimulado. Quizá su madre les había enseñado a hacerlo durante los cinco días en los que habían vivido en plena

naturaleza. Después de haberlo limpiado todo, los cachorros se acurrucaron alrededor de Elsa y ella los amamantó durante un largo rato.

Como habíamos previsto que la visita fuera corta, estábamos ansiosos por sacarle algunas fotografías a Elsa, que desbarató nuestros planes pasando la mayor parte del tiempo lejos del campamento. También queríamos alimentarla antes de la próxima ausencia, de manera que una mañana temprano la llamamos desde los pies de la Gran Roca. Descendió con Jespah pisándole los talones. Los otros dos se mantuvieron a una cierta distancia. Nos siguieron durante un rato por la pista forestal, con los cachorros peleando y retozando y Elsa realizando pausas frecuentes para esperarlos. Lucía una mañana espléndida, corría un aire fresco y las bellas nubes que suelen decorar los cielos de Kenia incluso en los días más luminosos aún no habían tenido tiempo de formarse. Rebosantes de alegría, los cachorros nos seguían travesando y derribándose entre sí, hasta que Elsa se internó entre la maleza, probablemente con la intención de tomar un atajo hasta el campamento. Elsita y Gopa salieron corriendo detrás de ella, mientras que Jespah continuó por el camino. Parecía creerse al cargo de su manada, en la que sin duda no nos incluía, porque se aseguraba de que no lo siguiéramos. Desoyó la llamada de su madre y nos lanzó ataques decididos, agazapándose y echando a correr hacia delante. Sin embargo, cuando se encontraba cerca, se detenía, nos miraba e inclinaba la cabeza a uno y otro lado. Parecía abochornado, como si no supiera qué hacer a continuación. Mientras tanto, Elsa regresó en busca de su desobediente vástago, que, tras esquivar con agilidad un vigoroso golpe, echó a trotar detrás de sus hermanos.

Pasamos una jornada feliz en el estudio, donde la familia devoró una cabra. Cuando estuvieron saciados, los cachorros se tumbaron boca arriba, con las patas en el aire, y se adormilaron. Yo me apoyé en la cadera de Elsa y Jespah se tumbó bajo su espinilla. En cuanto los cachorros se despertaron de la siesta se fueron a explorar las ramas bajas que pendían sobre los rápidos, hasta la parte central del río. Ni la altura ni el agua que corría bajo ellos parecían asustarles, y se giraban con suma agilidad incluso sobre las ramitas más delgadas.

Justo antes del crepúsculo, empecé a arrastrar los restos de la carne hacia el campamento. Mientras lo hacía, Jespah me atacó en dos ocasiones, pero Elsa le dedicó tal mirada de desaprobación que dejó de hacerlo y se

escabulló.

Una tarde, un día en que George tuvo que salir de patrulla, intenté de nuevo tomar unas fotografías. Acompañada por el Toto, que me ayudaba a cargar con la cámara, encontré a la familia profundamente dormida en lo que nosotros denominamos «el *lugga* de la cocina», una zona arenosa de un lecho fluvial seco. Al divisarlos, le ordené al Toto que regresara al campamento. Hacía mucho calor, pero el cielo estaba encapotado. Coloqué las cámaras en posición y Elsa se acercó y se revolcó entre los trípodes, sin llegar a derribarlos. Aparecieron entonces los cachorros, muy intrigados por aquellos objetos brillantes y ansiosos por investigar las bolsas que había colgado fuera de su alcance. Al poco empezó a lloviznar, pero, al tratarse de uno de esos chubascos momentáneos, cubrí las cámaras con bolsas de plástico y no me preocupé de trasladarlas.

De repente, vi que Elsa se quedaba rígida y miraba con ojos entrecerrados en la dirección de donde yo había venido. Luego, con las orejas gachas, salió corriendo como un rayo hacia los matorrales. Escuché un grito del Toto y salí como una flecha tras ella gritando: «No, Elsa, no». Por suerte, llegué a tiempo de controlarla. Le grité al Toto que regresara al campamento muy despacio y en silencio, con el fin de no darle a Elsa ningún incentivo para perseguirlo. Caí en la cuenta de que, al ver que llovía y en contra de mis indicaciones, el Toto había decidido regresar para ayudarme a transportar las pesadas cámaras. Estuvo a punto de resultar gravemente recompensado por su amabilidad.

En cuanto el Toto quedó fuera de la vista logré serenar a Elsa, acariciándola y diciéndole una y otra vez con voz aplacadora que solo era «el Toto, Toto, Toto», a quien tan bien conocía. Recogí el material e inicié el camino de regreso al campamento. No fue un trayecto fácil. Recelosa, Elsa se me adelantaba para asegurarse de que era seguro continuar avanzando. A resultas de ello, acabé entre ella y los cachorros, cosa que estos desaprobaban. Jespah no dejaba de atacarme. Al final conseguí situarme a la cabeza del grupo, como era mi intención, porque no quería que Elsa fuera la primera en llegar al campamento. Contaba con la desventaja de que, para poder ver lo que sucedía a mis espaldas, me veía obligada a caminar hacia atrás, lo cual resultaba difícil con la pesada carga que debía transportar. En todo el trayecto no dejé de hablarle a Elsa con un tono de voz natural y

apaciguador, con la esperanza de que se sosegara antes de llegar a casa.

Cuando me hallaba a una distancia a la que los muchachos podían oírme, les grité que prepararan una res muerta y mantuve a Elsa a raya hasta que estuvo lista. Gracias a ello, nuestro retorno fue pacífico.

A la vuelta de George realizamos otra expedición fotográfica. Nos acercamos a la roca donde habíamos divisado a Elsa aquella misma mañana, pero, por más que la llamamos, no apareció. Solo después de que la luz fuera ya demasiado tenue para filmar emergió de súbito de entre un matorral situado a apenas diez metros de nosotros.

Parecía muy serena; tal vez hubiera pasado toda la tarde allí, observándonos. Nos frotó las rodillas con la cabeza, pero no emitió sonido alguno. Sabíamos que guardaba silencio cuando no quería que los cachorros la siguieran. Y tan sigilosamente como había aparecido se desvaneció entre la maleza. Luego detectamos las huellas de su compañero y concluimos que debían de estar juntos.

La tarde siguiente vislumbré a Elsa a través de los prismáticos cerca del lugar donde había desaparecido el día anterior. Estaba sobre la cordillera, recortada contra el cielo, observando con suma atención una pequeña oquedad entre unas rocas. Me vio, pero no me prestó atención. Permanecí allí casi hasta el crepúsculo, y durante todo aquel tiempo no se movió en ningún momento: parecía montar guardia. De repente fijó la atención en la pista forestal. Probablemente oyera el sonido del *jeep* de George, que regresaba de patrullar. Al cabo de poco apareció el vehículo, se detuvo y yo entré y empecé a conversar con George. Observé que en la parte trasera llevaba unas gallinas de Guinea que había cazado y pensé que al fin disfrutaríamos de un agradable cambio con respecto a la comida enlatada de la que nos habíamos estado alimentando.

Pero Elsa saltó entre nosotros sin previo aviso y enseguida estaba entre las aves. Empezaron a volar plumas por todas partes, mientras ella saltaba en el maletero haciendo esfuerzos frenéticos por desplumar las gallinas. Daba la sensación de que no iba a dejar nada, de manera que George agarró una gallina de Guinea y se la lanzó a los cachorros. Al instante, Elsa se abalanzó sobre ella, momento que aprovechamos para encender el motor y ponernos en marcha. Al darse cuenta, saltó sobre el techo del Land Rover e insistió en acompañarnos a casa. Esperábamos que, recorridos unos centenares de

metros, su instinto maternal la hiciera regresar junto a sus cachorros, pero aquel día no se sentía para nada maternal y tuvimos que golpear la lona del techo desde el interior hasta hacerla sentir tan incómoda que decidió saltar y reunirse con su desconcertada prole.

Más tarde vinieron todos al campamento y disfrutaron de la gallina. Nos divirtió observar lo astuta que se había vuelto Elsitá. Dejó que sus hermanos arrancaran las plumas más punzantes y, una vez el ave estuvo desplumada, aprovechó la primera oportunidad que se le presentó para hacerse con ella.

Después de apropiársela, la defendió con gruñidos y zarpazos, con las orejas gachas y una expresión tan intimidante que los pequeños consideraron más sensato ir a desplumar otra gallina.

En ocasiones, las reyertas entre los cachorros por las comidas eran bastante brutas, pero después nunca se enfurruñaban ni mostraban resentimiento alguno. Nos sorprendió que prefirieran la carne de las gallinas de Guinea a la de cabra. Cuando Elsa era una cachorra consideraba las gallinas muertas un mero juguete y rara vez se le había ocurrido comérselas.

La familia pasó aquella noche cerca del campamento, y por la mañana creímos averiguar el porqué, ya que detectamos las huellas del padre en los alrededores y dimos por supuesto que pretendía que compartieran con él su comida. Era evidente que Elsa no había estado de acuerdo con el plan, porque había arrastrado el animal a un matorral situado entre nuestras tiendas y el río, donde era poco probable que su compañero se atreviera a entrar.

Elsa permaneció con los cachorros en su bastión durante las siguientes veinticuatro horas y no salió hasta escuchar que George regresaba de su patrulla en el Land Rover. Le había traído más gallinas de Guinea y la diversión y el festín de la noche previa se repitieron.

Al atardecer fui a dar un paseo y me sorprendió ver las huellas del león de Elsa superpuestas a las roderas de los neumáticos del *jeep* de George, que acababa de regresar. El padre debía de haber rondado por allí cerca hacía muy poco. Cuando regresé, encontré a Elsa con el oído avizor, y al poco volvió a llevarse a los cachorros y su comida al matorral. Momentos después escuchamos el bufido del león a escasa distancia. Se pasó toda la noche resoplando.

La mañana siguiente partimos rumbo a Isiolo, donde debíamos permanecer durante ocho días. Aunque Elsa debió de escuchar los ruidos familiares de



desmontar el campamento, no abandonó en ningún momento su fortaleza de espino.

A nuestro regreso a Isiolo nos entusiasmó saber que habían telefonado desde Londres tres veces los últimos días y habían convenido volverlo a hacer la mañana siguiente. Hablar por teléfono con alguien de Inglaterra, a seis mil quinientos kilómetros de distancia, resulta muy emocionante cuando uno se encuentra en un puesto avanzado remoto. Billy Collins nos confirmó que aceptaba nuestra invitación para venir a conocer a Elsa.

Fletamos una avioneta para transportarlo desde Nairobi hasta la pista de aterrizaje más cercana y nos pusimos en marcha con dos días de antelación. Estábamos decididos a encontrar a Elsa e intentar retenerla con los cachorros cerca del campamento para que pudiera conocer en persona a su editor.

Llegamos al campamento temprano. George disparó un tiro para notificárselo a Elsa y enseguida escuchamos su «onc-onc», pero no se dejó ver. Puesto que su voz procedía del estudio, fui hasta allí y la encontré bebiendo en el río, con los cachorros. Me miró y continuó dándole lametones al agua, como si no le sorprendiera verme tras ocho días de ausencia.

Pero después se me acercó para lamerme mientras Jespah se acomodaba a un paso de distancia. A continuación, Elsa se subió de un brinco a la mesa y se tumbó a todo lo largo. Jespah, erguido sobre sus patas traseras, se frotó el hocico con ella. Comieron un poco de la carne que les había llevado, pero no parecían hambrientos. No obstante, cuando George intentó recuperar los restos de la res, Elsa se los arrancó con un suave tirón y los arrastró hasta un matorral. Durante la noche escuchamos a la pareja de Elsa llamando, y, en torno a medianoche, George se despertó y la encontró subida a su cama, lamiéndolo, mientras los cachorros la observaban desde fuera de la tienda. La mañana siguiente fui con Ibrahim a recibir a Billy Collins.

Llegamos a la hora de comer a la pequeña población somalí donde esperábamos que aterrizará la avioneta y les indicamos a los africanos que mantuvieran la pista de aterrizaje despejada de ganado porque podía aparecer un avión en cualquier momento.

Aquel aeródromo se había construido en un principio para controlar las plagas de langosta, y bastó con limpiar unos cuantos matorrales para tenerlo listo. Ahora rara vez se utiliza y, como los rebaños locales acostumbran a cruzarlo, se fusiona tan bien con el entorno que cuesta detectarlo desde el aire.

En torno a la hora del té escuchamos las vibraciones de un motor, pero pasó un largo rato antes de que la avioneta, tras describir varios círculos, aterrizara. Al instante, los habitantes del poblado, musulmanes, inundaron en masa la pista con sus coloridos turbantes y sus ropas holgadas, parloteando animadamente mientras observaban a Billy Collins y al piloto salir de la pequeña cabina. Billy había llegado a Nairobi apenas tres horas antes, tras un vuelo nocturno a bordo de un Comet. Encontré muy deportivo por su parte que se aventurara a subirse justo después a aquel cuatro plazas que avanzaba a sacudidas por las célebres bolsas de aire que se concentran alrededor del impresionante monte Kenia para acabar buscando una pequeña pista de aterrizaje en las inmensas llanuras de arena de la Frontera Septentrional.

Suponiendo que Billy estaría cansado después de su largo viaje desde Londres, y no demasiado entusiasmada ante la expectativa de toparnos con elefantes en medio de la oscuridad, sugerí acampar allí mismo para pasar la noche, pero, tras discutirlo con Ibrahim y el guardia de caza, decidimos retomar la carretera.

Cuando llegamos al puesto de avanzada donde está estacionado el depósito de cabras de Elsa, el encargado me entregó una nota para George en la que se solicitaba su presencia urgente al día siguiente en el puesto de administración más cercano como testigo de un juicio por caza furtiva. Tras otras dos horas de viaje rascando el todoterreno con la densa maleza llegamos al campamento, listos para una revitalizante copa, pero antes de que George tuviera tiempo de servirla escuchamos el familiar «jonk-jonk» y momentos después Elsa apareció corriendo, seguida por sus cachorros. Nos dio la bienvenida con el alborozo acostumbrado y, tras olisquear con cautela varias veces a Billy, también lo saludó frotándose la cabeza con la suya, mientras los cachorros observaban la escena a una distancia prudencial. A continuación, Elsa arrastró la carne fuera de la zona iluminada por el farol, hasta un rincón a oscuras cerca de mi tienda, donde se acomodó con sus hijos a cenar. Entre tanto, nosotros también cenamos. Habíamos preparado un seto de espinos especial junto a la tienda de George para instalar la de Billy, y, tras mostrarle su nuevo hogar, cerramos su puerta de mimbre con una barricada de espinos por fuera y lo dejamos disfrutar de un merecido descanso.

Elsa permaneció fuera del cercado de mi tienda y la escuché hablar en voz baja con sus cachorros hasta que me quedé dormida. Al amanecer me

desvelaron unos ruidos procedentes de la tienda de Billy. Reconocí su voz y la de George: era evidente que estaban intentando convencer a Elsa de que se bajara de la cama. Al despuntar el alba, se había colado a través de la puerta de mimbre densamente trenzada, había saltado encima de la cama de Billy y se había dedicado a acariciarlo a través de la mosquitera desgarrada, apresándolo bajo su pesado cuerpo. Billy había mantenido admirablemente la calma, teniendo en cuenta que aquella era su primera experiencia de despertarse con una leona adulta sentada sobre él. Incluso cuando Elsa le mordisqueó suavemente el brazo, en una muestra de afecto, se limitó a hablarle con voz serena.

Al poco, Elsa perdió el interés y siguió a George fuera del recinto, donde se dedicó a retozar con sus cachorros alrededor de las tiendas. Transcurrido un rato, la familia desapareció en dirección a la Gran Roca y, después, George partió para asistir al juzgado.

A su regreso, a la hora del té, nos explicó que acababa de pasar junto a una manada de elefantes cerca del campamento, de manera que nos acabamos la merienda aprisa y nos dirigimos en el *jeep* por la pista forestal a filmarlos, pero cuando llegamos a la Gran Roca divisamos a Elsa en su cima, magníficamente recortada contra el cielo. Nos olvidamos de los elefantes y caminamos hasta los pies de la roca con la intención de filmar a Elsa y sus cachorros. Al verla prestar atención varias veces a un sonido procedente de detrás de una roca, supusimos que no andarían lejos. Elsa nos observó avanzar, pero no se movió ni un ápice, a pesar de nuestras mimosas llamadas. Se mantuvo distante, y los cachorros no aparecieron. Aguardamos durante un rato considerable, pero, al ver que no sucedía nada, decidimos probar suerte con los elefantes.

En cuanto regresamos al coche, Elsa se puso en pie y llamó a sus cachorros, que, como si pretendieran burlarse de nosotros, posaron todos de manera espléndida. Habíamos esperado más de una hora a que ocurriera justo aquello. No obstante, como Elsa había dejado tan claro que no estaba de humor para que la filmaran, condujimos hasta el punto donde George se había cruzado con los elefantes, pero solo hallamos sus huellas, así que regresamos junto a Elsa.

Cuando llegamos a la roca, la luz era demasiado tenue para fotografiar y nos contentamos con contemplar a la familia a través de los prismáticos. Los

cachorros se perseguían y tendían emboscadas unos a otros alrededor de los riscos y Elsa no apartaba la vista de nosotros. Al final, la llamamos y descendió sin más; atravesó la maleza como una flecha y, tras saludarnos a todos con cariño, aterrizó con un estridente golpe seco sobre el techo del Land Rover. Mientras le dábamos palmaditas en las garras, que le quedaban colgando por encima del parabrisas, Elsa miraba hacia los cachorros, que seguían jugando en la roca, ajenos a su partida. Y pese a que parecía disfrutar de nuestras atenciones, no les quitó los ojos de encima a sus hijos hasta que finalmente bajaron gateando con dificultad de la roca. Entonces saltó del coche y desapareció entre la espesura para ir a su encuentro.

Nosotros aprovechamos la oportunidad para regresar al campamento y preparar una res para la familia. Llegaron justo cuando ya estaba lista y se dispusieron a devorar la carne mientras nosotros tomábamos una copa vespertina a unos pasos de distancia. Pasamos toda la tarde contemplando a los leones, que parecían haber aceptado a Billy como amigo.

Antes de amanecer volvieron a despertarme unos ruidos procedentes de la tienda de nuestro invitado, en la que Elsa había encontrado otra vez el modo de colarse para dar los buenos días. George, que había acudido al rescate de Billy, logró engatusarla para que se marchara. A continuación, reforzó los espinos de la parte exterior de la puerta de mimbre, formando una barricada tan abultada que estaba seguro de que Elsa no sería capaz de penetrarla, y volvió a acostarse. Sin embargo, Elsa no iba a dejarse derrotar por unos espinos, así que, al cabo de poco rato, Billy se encontró de nuevo aplastado bajo su abrazo. Mientras bregaba por liberarse de la mosquitera enmarañada, George volvió en su rescate, si bien esta vez tardó mucho más rato en retirar los espinos de la parte exterior de la puerta y, cuando quiso entrar en la tienda, Elsa ya había logrado entrelazar sus zarpas alrededor del cuello de Billy y colocarle la dentadura contra la mejilla. La habíamos visto hacérselo muchas veces a sus cachorros: era un gesto de afecto, pero en Billy debió de tener un efecto muy distinto.

Me alarmó mucho aquel comportamiento inusitado en Elsa. Nunca le había hecho nada parecido a un invitado y lo único que se me ocurría era interpretarlo como una señal de afecto, ya que, de no haber sido un juego, habría actuado de un modo muy distinto. A pesar de que decidí permanecer junto a Billy, volvió a abrirse paso a través de la puerta de mimbre sin que ni

George, que estaba fuera, ni yo, que estaba dentro de la tienda, pudiéramos detenerla. Esta vez, Billy estaba de pie y, siendo un hombre alto y fuerte, se preparó para soportar el peso de Elsa cuando ella se irguió sobre sus patas traseras, le apoyó las zarpas delanteras en los hombros y le mordisqueó la oreja. En cuanto lo liberó, le di tal zurra que salió malhumorada de la tienda y, avergonzada, prodigó sus cariños a Jespah, revolcándose con él en la hierba, mordisqueándolo y agarrándolo, tal como había hecho con Billy. Al final, la familia al completo se marchó brincando hacia las rocas. No sé quién estaba más agitado, si el pobre Billy o yo. Lo único que se nos ocurría era que aquella reacción extraordinaria de Elsa hacia Billy era su manera de aceptarlo en la familia, ya que solo se había mostrado así de afectuosa con sus cachorros y con nosotros. Pero no queríamos arriesgarnos a que sus muestras de cariño hacia nuestro amigo se repitieran, de manera que decidimos acortar su estancia y abandonar el campamento después de desayunar.

Recorridos unos kilómetros, vimos dos elefantes a unos treinta metros de la carretera. Olisquearon nuestro olor alzando sus trompas, realizaron unos cuantos movimientos indecisos y se alejaron. Entonces Ibrahim recorrió a pie la pista para comprobar si era seguro continuar, porque conducíamos con el remolque muy cargado y ello nos habría imposibilitado dar media vuelta rápidamente en caso de producirse una emergencia. Su misión de reconocimiento nos evitó dirigirnos derechitos hacia un elefante macho que había permanecido en la carretera. Le concedimos tiempo para que se apartara, pero tardó mucho más de lo que necesitábamos para tomar fotografías antes de desaparecer en el monte. Tras aquello, continuamos sin más sobresaltos, si descontamos los dos pinchazos que nos lanzaron a la cuneta. Unas dos horas antes de llegar a Isiolo, el *jeep* se detuvo con una brusca sacudida. El remolque había perdido una rueda y el eje se había quedado atascado en el terreno. No hubo más solución que dejar al guardia de caza que nos escoltaba al cargo de aquel cacharro y enviar a una grúa que lo remolcara hasta casa. Llegamos a Isiolo mucho después de medianoche.

# 17

## INCENDIO EN EL CAMPAMENTO

A principios de junio, tras diez días de ausencia, regresábamos al campamento cuando, justo antes del atardecer, en un punto situado a menos de diez kilómetros de nuestro destino, detectamos que todos los árboles y arbustos estaban repletos de aves de rapiña. Nos dirigimos lentamente hacia ellos y, de repente, nos encontramos acorralados entre elefantes. Debía de tratarse de una manada de unas treinta o cuarenta cabezas que había merodeado por la zona durante las pasadas semanas. Había muchas crías, cuyas madres, preocupadas, se acercaron al *jeep* con las trompas en alto y batiendo las orejas mientras sacudían enfadadas la cabeza hacia nosotros. Era una situación peliaguda, y no ayudó la llegada de mi camión, que, con Ibrahim al volante, nos seguía de cerca. George subió de un salto al techo del Land Rover y se mantuvo allí en pie, con el rifle en la mano. Esperamos lo que pareció una eternidad, tras la cual algunos de los elefantes empezaron a cruzar la pista forestal a unos veinte metros de distancia.

Fue una imagen imponente. Aquellos mastodontes caminaban en fila india, sacudiendo sus inmensas cabezas en gesto de desaprobación en nuestra dirección, para proteger a sus crías, que avanzaban protegidas entre sus corpulentos cuerpos.

Tras unas protestas encolerizadas, la mayoría de la manada se apartó y solo quedaron en el bosque algunos elefantes indecisos. Esperamos a que siguieran al resto, cosa que hicieron todos, salvo dos grupitos, que se quedaron a defender su territorio y no parecían tener intención de apartarse.

George quería comprobar qué animal muerto había atraído a las aves y, puesto que la luz menguaba, decidió acercarse a pie con Makedde,

atravesando los dos grupos restantes de elefantes. Entre tanto, Ibrahim y yo permanecemos sobre el techo del *jeep* vigilando a aquellas bestias de cerca para poder advertir a George de sus movimientos. George encontró el cadáver reciente de un antílope acuático y huellas de león a su alrededor. Estaba prácticamente intacto, de lo cual se deducía que la llegada de los elefantes había obligado al león a retirarse.

Cuando George regresó, la luz cedía ante la oscuridad y los elefantes seguían obstaculizando el camino. No podíamos rodearlos con los vehículos, de manera que decidimos avanzar a través de ellos como una flecha. Y lo conseguimos.

Nos preguntábamos si habría sido Elsa quien había cazado aquel antílope, pero la zona quedaba fuera de su coto de caza habitual, y, además, haberse enfrentado a una bestia como aquella, con una cornamenta tan formidable y más pesada que ella (el antílope debía de pesar unos ciento ochenta kilos), al tiempo que protegía a sus cachorros habría sido una iniciativa temeraria. Estábamos convencidos de que no la habría acometido a menos que estuviera famélica.

Al día siguiente, a nuestro regreso al campamento, vimos a Elsa y a sus cachorros en la Gran Roca. En cuanto nos divisó, bajó a toda prisa y se abalanzó con todo su peso sobre George, que quedó aplastado bajo su afecto. Acto seguido, me derribó a mí como un bolo mientras los cachorros, desconcertados, asomaban las cabezas por encima de las altas hierbas para comprobar qué sucedía.

De regreso en el campamento, les proveímos una comida por la que compitieron con tales gruñidos, refunfuños y golpes que pensamos que debían de estar muy hambrientos. Elsita acaparó gran parte de la carne y, al final, se marchó con su botín, dejando a sus hermanos con tanta hambre que nos vimos obligados a servirles otra res.

Después, mientras descansábamos, Jespah, con un atrevimiento inusitado, empezó a mordisquearme las sandalias y a darme golpecitos en los dedos de los pies. Dado que ya tenía las zarpas y los dientes desarrollados, doblé las piernas para ocultar mis pies, pero, al verlo tan decepcionado, alargué la mano hacia él en gesto amistoso. La observó con atención, luego me miró y se marchó.

Aquella tarde, Elsa ocupó su posición habitual en el techo del Land Rover,

pero los cachorros, en lugar de retozar, se desplomaron en el suelo y no se movieron ni una sola vez. Nos sorprendió, ya que a aquella hora era cuando solían estar más activos. Durante la noche escuché a Elsa hablándoles con suaves gemidos y también oí ruidos de succión. Debían de estar muy hambrientos para tener que mamar después de haberse comido dos cabras en veinticuatro horas.

Por la mañana se habían marchado. Seguimos su rastro, que conducía directamente hasta el antílope acuático muerto, de manera que tenía que ser Elsa quien dos días antes, tras un largo acecho, se había enfrentado a aquel animal formidable. Había sido mala suerte que la llegada de los elefantes les hubiera impedido a ella y a los cachorros darse una buena comilona.

Entendimos entonces por qué todos estaban tan hambrientos y exhaustos cuando llegaron al campamento.

Recogimos los bonitos cuernos del antílope y los colgamos en el estudio, a modo de recuerdo de la primera cacería de los cachorros con su madre. En aquel momento tenían ya cinco meses y medio.

Una tarde, cuando Elsa y los cachorros regresaban al campamento con nosotros, ella y Jespah se nos avanzaron, mientras que Gopa y Elsita permanecieron rezagados. Jespah parecía muy preocupado y corría adelante y atrás para capitanear a su manada, hasta que su madre se quedó quieta, entre nosotros y él, y nos permitió tomar la delantera, reuniendo así a la familia. Después se restregó contra nuestras rodillas afectuosamente, como dándonos las gracias por haber captado la indirecta. Aquella noche desapareció de la cocina una gallina de Guinea cocida. La robó el padre de los cachorros, cuyas huellas localizamos cerca de la tienda de la cocina.

La mañana siguiente, al despertarme, escuché a Elsa hablándoles a los cachorros en un matorral cercano. Desde su nacimiento, nunca habíamos utilizado la radio mientras estábamos en el campamento, para no asustarlos. Pero aquel día, George puso las noticias de la mañana. Elsa apareció al instante, se quedó mirando de hito en hito el aparato y no paró de rugir a todo pulmón hasta que lo apagamos. Luego regresó junto a los cachorros. Al cabo de un rato, George volvió a encender la radio y un instante después Elsa volvió a aparecer. Como había sucedido antes, solo dejó de rugir cuando la apagamos.

Le di unas palmaditas y le hablé en voz baja, para sosegarla, pero no se



dio por satisfecha hasta haber realizado una búsqueda concienzuda dentro de la tienda. Luego se dirigió hacia su familia. A menudo me había preguntado cómo reaccionaba Elsa a los distintos sonidos y me había vanagloriado de tener respuesta a tales preguntas, pero aquella reacción por su parte fue inesperada. Antes de liberarla, cuando vivía con nosotros, habíamos escuchado la radio a diario, y, aunque en el momento de encenderla siempre se sobresaltaba, como solía pasarle cuando yo tocaba el piano, en cuanto determinaba de dónde procedía el sonido dejaba de prestarle atención. Por lo demás, sabía distinguir el motor de un coche del de un avión. Por más atronador que fuera el ruido de este último, no le prestaba ninguna atención; en cambio, la más leve vibración causada por el motor de un coche la ponía en alerta, a menudo antes de que nosotros la percibiéramos. Había intentado cantarle para comprobar su reacción, pero no había observado reacciones a ninguna melodía. Por otro lado, cuando de manera esporádica yo imitaba la llamada de los cachorros para instarla a ir en su búsqueda, reaccionaba de inmediato, tal como yo pretendía, y en cambio cuando los imitaba por mera diversión hacía caso omiso.

Como todo animal salvaje, por supuesto sabía reconocer varios sonidos de animales e interpretar el humor de la bestia que se le aproximaba. Y también percibía nuestro estado de ánimo por la entonación de la voz. Creo que no me equivoco si digo que prefería que los humanos le hablaran en voz baja, en lugar de con tono agudo, aunque la estridencia no se debiera a la agitación.

\* \* \*

El 7 de junio regresamos a Isiolo para pasar nueve días y, a nuestra vuelta, Elsa apareció por el campamento media hora después de que lanzáramos un petardo. La acompañaban los cachorros. Nos recibió con gran alegría, pero pude apreciar que tenía heridas en la cabeza y la barbilla, y un tajo profundo en el tobillo izquierdo, que tenía muy inflamado. Debía de dolerle, porque se negaba a moverse más de lo necesario y no me permitió que le curara las heridas. Toda la familia estaba muy hambrienta e hicieron falta dos cabras para saciarlos.

La mañana siguiente seguimos su rastro para comprobar dónde habían dormido la noche previa a nuestra llegada. Sabíamos que era en la ribera

opuesta, la preferida de Elsa, por más que a nosotros ambas se nos antojaran idénticas. Nos preocupaba su elección, porque sabíamos que los cazadores furtivos frecuentaban aquel lado, y, si bien estando sola no habría corrido peligro, con tres cachorros la situación era muy distinta.

Habíamos escogido aquella zona para liberarla porque a ambos lados del río había un cinturón de varios kilómetros de diámetro en el que las moscas tsetsé eran muy activas. La picada de esta especie de tsetsé es inofensiva tanto para el ser humano como para la mayoría de la fauna salvaje, pero en cambio es letal para el ganado, de manera que esperábamos que, debido a ello, no pasturara por allí ninguna cabra que pudiera suponer una tentación para Elsa. Era una leona de costumbres y, aunque cada dos o tres días cambiaba su guarida, se movía en una zona confinada, cosa que nos tranquilizaba.

En los últimos tiempos habíamos tenido pruebas abundantes de que las tribus vecinas estaban invadiendo el territorio y consideramos que sería interesante identificar la guarida que Elsa utilizaba con más frecuencia, pues de ese modo podríamos acudir en su ayuda en caso de producirse una emergencia. Seguimos sus huellas, que nos condujeron desde el río, por un cauce seco, hasta un afloramiento rocoso situado a unos ochocientos metros del campamento al que llamábamos la Cueva de Roca. Se trataba de una magnífica cavidad guarecida de la lluvia con múltiples «miradores», lugares de descanso ideales desde los que supervisar el monte circundante. Además de tales comodidades, en las proximidades crecían algunos árboles a los que los cachorros podían trepar. Parecía ser la guarida actual de Elsa.

Cuando regresamos al campamento, nos estaba esperando con los cachorros; estaba intranquila, pero muy cariñosa conmigo. Me permitió usarla como almohada y me abrazó con sus zarpas. Jespah, que nos había estado observando, no parecía aprobar tales muestras de afecto y, cuando su madre se marchó, se agazapó y cargó contra mí. Lo hizo tres veces y, aunque viraba de rumbo en el último momento, fingiendo estar más interesado en las boñigas de elefantes, sus orejas chatas y sus gruñidos enojados no dejaban duda acerca de sus celos. Con todo, era significativo que hubiera decidido atacarme cuando su madre no podía verlo. Para aplacarlo, le di unas golosinas y luego até una cámara de un neumático a una cuerda de tres metros y tiré de ella. Mientras jugábamos al tira y afloja, de repente escuchamos el retumbo de unos elefantes, que parecían estar divirtiéndose en el estudio.

El 20 de junio, los cachorros cumplían seis meses y, para celebrar su primer medio año de vida, George les cazó una gallina de Guinea. Por supuesto, Elsita se hizo con ella y desapareció entre los matorrales. Sus hermanos, indignados, salieron en su busca, pero regresaron derrotados, se lanzaron rodando por un banco de arena y aterrizaron sobre su madre. Elsa estaba tumbada boca arriba, con las cuatro patas en el aire. Atrapó a los cachorros y les agarró la cabeza con la boca. Los pequeños intentaron zafarse de ella y le pellizcaron la cola. Tras un espléndido rato de juego con ellos, Elsa se puso en pie, se me acercó con aire solemne y me abrazó con ternura, como si quisiera demostrarme que no pretendía dejarme al margen. Jespah nos miró perplejo. ¿Cómo debía interpretar aquello? Si su madre me tenía tanto cariño, yo no podía ser mala, pero, al mismo tiempo, era muy distinta de ellos. Cada vez que le daba la espalda, me acechaba, pero cuando me volvía para mirarlo, se detenía y giraba la cabeza a uno y otro lado, como si no supiera qué hacer a continuación. Y entonces parecía encontrar la solución: se iba y se adentraba en el río, con la clara intención de cruzar a la orilla opuesta. Elsa salía corriendo tras él. Yo le gritaba: «No, no», pero era en vano, pues el resto de la familia enseguida los seguía. Por pequeño que fuera, Jespah había asumido el liderazgo de la manada, y la familia lo había aceptado.

Cuando regresaron, Elsa se adormiló con la cabeza reposada en mi regazo. Y aquella fue la gota que colmó el vaso para Jespah. Se me acercó sigiloso y empezó a arañarme las pantorrillas con sus afiladas zarpas. Yo no podía mover las piernas debido al peso de la cabeza de Elsa y, para intentar detenerlo, alargué la mano hacia él. En un abrir y cerrar de ojos me mordió, haciéndome una herida en la base del dedo índice. Tuve suerte de llevar encima sulfanilamida en polvo para podérmela desinfectar enseguida. Todo esto sucedió a pocos centímetros del rostro de Elsa, pero ella tuvo la diplomacia de hacer caso omiso del incidente y mantener los ojos cerrados, soñolienta.

Después de aquello regresamos todos al campamento. Jespah estaba tan juguetón que empecé a preguntarme si no me habría mordido jugando. Desde luego, entre su madre y él, los mordiscos eran una muestra de afecto.

Sin embargo, para entonces ya nos preocupaba un poco la relación que tenía con nosotros. Nos habíamos esforzado por respetar los instintos naturales de los cachorros y no hacer nada que pudiera impedirles ser leones salvajes,

pero, de manera inevitable, la consecuencia era que no teníamos control alguno sobre ellos. Elsitá y su tímido hermano seguían mostrándose tan retraídos como siempre y nunca provocaban una situación que exigiera un escarmiento. Jespah, en cambio, tenía un carácter muy distinto y no podía instarlo a apartar sus afiladas zarpas con un simple «No, no», como hacía con Elsa cuando era una cachorra, para enseñarle a esconder las uñas al jugar con nosotros. Por otro lado, tampoco quería utilizar una vara para castigarlo. Elsa podría enfadarse, e incluso podría perder la confianza en mí. Nuestra única esperanza parecía radicar en entablar una relación amistosa con Jespah, pero, por el momento, sus reacciones impredecibles hacían más posible una tregua que una amistad.

Tras pasar cinco días en el campamento, regresamos a Isiolo y, al llegar a casa, descubrimos que en breve George debería viajar al norte para un safari de tres semanas de duración. No queríamos abandonar a Elsa durante tanto tiempo, y, como en ausencia de George y su Land Rover yo no dispondría de transporte suficiente para desplazarme entre Isiolo y el campamento, decidí pasar aquellas tres semanas en el monte, aunque ello alterara la vida salvaje de los cachorros.

Antes de la partida pasaría dos semanas sola en Isiolo, tras las cuales George y yo planeamos encontrarnos en el campamento la primera semana de julio. Luego él regresaría de su patrulla y pondría rumbo a Isiolo para hacer los preparativos del safari por el norte.

Al aproximarme al campamento, me preocupó no ver a George. Continué conduciendo movida por un mal presentimiento, que se agravó cuando, al acercarme más, el aire se llenó de un humo tan denso que empezaron a dolerme los pulmones.

Cuando llegamos no daba crédito a lo que veía. Los arbustos espinosos habían quedado reducidos a púas y los troncos de los árboles ardían lentamente, lo cual se sumaba al intenso calor. Las dos acacias, que proporcionaban sombra y eran el hogar de tantas aves, estaban chamuscadas. En aquella escena carbonizada y ennegrecida, la lona verde de las tiendas de campaña destacaba en marcado contraste. Me alivió encontrar a George dentro de una de ellas, almorzando.

Tenía mucho que explicarme. Dos días antes, a su llegada, había encontrado el campamento en llamas y había detectado las huellas de doce

cazadores furtivos, que, no contentos con prender fuego a los árboles y el seto de espino, se habían dedicado, además, a destruir todo cuanto encontraron. Incluso habían arrancado el pequeño huerto que Ibrahim había plantado.

George estaba muy preocupado por Elsa y había lanzado varios petardos entre las siete de la tarde y las diez de la noche, sin obtener respuesta. Entonces, a las once, Elsa se había presentado en el campamento con los cachorros, todos con un hambre voraz. En menos de dos horas habían devorado una cabra. Elsa había estado muy cariñosa y, a lo largo de la noche, había acudido en varias ocasiones a tumbarse en la cama de George, que había apreciado que tenía varias heridas. Se había marchado al amanecer y, al poco, George había seguido su rastro y la había divisado sentada en la Roca de los Bufidos.

Entonces George había resuelto ir a averiguar de dónde procedía la noche anterior. Sus pisadas, que conducían río abajo, se mezclaban con las huellas de los cazadores furtivos; de ahí que George se preguntara si pretendían cazar a Elsa y a los cachorros.

Después de comer había enviado a tres guardas de caza en busca de los hombres que habían incendiado el campamento. Regresaron con seis de los culpables. Los mantuvo atareados reconstruyendo el campamento, un trabajo poco agradable, a tenor de la cantidad de arbustos espinosos que tuvieron que cortar para fabricar los setos.

Elsa y sus cachorros, que habían pasado la noche en el campamento, lo abandonaron poco después de amanecer. Media hora más tarde, George escuchó unos rugidos procedentes de la Gran Roca, y como se habían marchado en aquella dirección, dio por sentado que se trataba de Elsa. De ahí que le sorprendiera escuchar su voz procedente de la ribera opuesta al cabo de poco. Apareció entonces mojada y sin los cachorros. Parecía muy agitada: tenía varias heridas ensangrentadas en las ancas.

Al cabo de unos minutos, Elsa echó a correr en dirección a la Gran Roca, llamando con sonoros rugidos. George estaba seguro de que se había peleado con un rival, porque aquellas heridas no se las había hecho una presa y, además, su nerviosismo sugería que sabía que el animal que la había amenazado seguía cerca. Ello llevó a George a deducir que los rugidos que en un principio había atribuido a Elsa debían de corresponder al león que la había atacado, y que, mientras ambos se enfrentaban, los cachorros se habían

dispersado y después de la refriega ella había huido al otro lado del río. Decidió acompañarla en busca de su familia y ascendieron juntos a la Gran Roca. Cuando llegaron a la cima, Elsa llamó con un tono de voz que transmitía mucha preocupación.

En un momento dado, un tupido matorral atrajo su atención y permaneció junto a él. Puesto que George no atinaba a ver a los cachorros en la espesura, retomó la búsqueda, pero fue en vano. Más tarde encontró a Elsa en la base de la Roca de los Bufidos, llamando a sus crías desesperada. Juntos bordearon la cordillera, asomándose a cualquier posible escondrijo. Encontraron las huellas de un gran león y de una leona, y Elsa pareció muy alterada. Durante la mañana había insistido en tomar la iniciativa, pero entonces aceptó seguir a George.

Después de llegar al final de la roca, cerca del lugar donde nacieron los cachorros, Elsa olisqueó de manera persistente en el interior de una grieta. De repente, George vio a un cachorro asomándose por la parte superior de la roca que había sobre ellos y, al poco, apareció un segundo. Eran Elsitá y Gopa. Faltaba Jespah.

Al ver a su madre, los pequeños descendieron a toda prisa y se frotaron el hocico con ella, tras lo cual partieron los tres hacia el *lugga* de la cocina. Para ese entonces yo ya había llegado, así que, cuando George terminó de comer, lo acompañé en busca de Jespah.

Alrededor de una hora después, Elsa apareció a los pies de la Gran Roca y me recibió de la manera más tierna posible. Mientras le quitaba las moscas tsetsé del pelaje con un cepillo y le curaba las heridas, los dos cachorros se asomaron a mirarme desde una distancia de unos sesenta metros y luego echaron a correr. Cuando empecé a frotarle con sulfapiridina en polvo las heridas, descubrí que no solo tenía cortes en las ancas, sino también unos arañazos muy feos en el pecho y la barbilla.

Mientras toda aquella escena tenía lugar, los cachorros permanecieron entre los matorrales, sin que Elsa les prestara atención. Para alentarlos a acercarse a su madre, nos retiramos tras unas rocas y, al cabo de un rato, acudieron corriendo junto a ella.

En cuanto estuvieron todos acomodados de manera segura en la cima del peñasco, George partió hacia las rocas Zom en busca de Jespah mientras yo exploraba las estribaciones de la cordillera. Al volver la vista hacia Elsa, la

vi poner una mueca y olfatear en la dirección del matorral que, según George, la había intrigado tanto aquella mañana. La llamé, pero no se movió. El suelo estaba cubierto de huellas frescas de león y entendí por qué estaba asustada. Aun así, cuando George regresó, Elsa y los dos cachorros se reunieron con nosotros bajo la roca.

Elsa se nos adelantó trotando en dirección al matorral que tanto le interesaba. Y justo después de pasar junto a él caí en la cuenta de que tras ella correteaban no dos, sino tres cachorros, con total despreocupación. La familia pareció tomarse la reaparición de Jespah tras un día de ausencia como la cosa más natural del mundo. Nosotros, en cambio, sentimos un inmenso alivio y los seguimos hasta el río, donde se detuvieron a beber largamente mientras nos adelantábamos a prepararles una res en el campamento. Cuando por fin pudimos sentarnos a cenar, conversamos sobre el extraño comportamiento de Elsa. ¿Por qué no había seguido buscando a Jespah? ¿Acaso sabía desde el principio que estaba escondido en aquellas matas? ¿Cómo podía saberlo? ¿Por qué iba a permanecer Jespah solo durante doce horas a escasa distancia del campamento, del río y de las rocas, donde se encontraba el resto de la familia? ¿Y por qué no había respondido al reclamo de su madre ni a nuestras llamadas?

De haber continuado los leones forasteros cerca de las rocas, los temores de Elsa y de Jespah habrían tenido una explicación, pero, en tal caso, era poco probable que los otros dos cachorros hubieran optado por refugiarse allí.

Después de cenar, George tuvo que partir hacia Isiolo para preparar su safari de tres semanas. No me hacía demasiada gracia que se fuera tan tarde, cuando todos los animales se ponían en movimiento.

Al poco de marcharse, los leones empezaron a rugir desde la Gran Roca, y continuaron haciéndolo durante gran parte de la noche. Al escucharlos, Elsa se desplazó con los cachorros lo más cerca posible de mi seto, y allí permanecieron hasta el amanecer.

Una tarde llamé a Elsa, que estaba en la orilla opuesta. Apareció al instante, y estaba a punto de atravesar el río a nado con los cachorros cuando, de repente, se quedaron todos paralizados, mirando de hito en hito el agua. Entonces Elsa condujo a los cachorros cauce arriba y aparecieron frente al *lugga* de la cocina, una zona donde el agua es muy poco profunda en la temporada de sequía. A pesar de ello, tardaron una hora en cruzar el río y los

cachorros prescindieron de sus habituales juegos de chapoteo y ahogadillas. Me tranquilizaba, porque demostraba que eran prudentes, pero también era un reflejo de sus reacciones volubles, como demuestra el hecho de que, al día siguiente, cuando llamé a Elsa desde el mismo lugar exacto y a la misma hora, todos nadaron hasta mi orilla sin dudarlo un instante. Aprecié que Elsa tenía una herida del tamaño de un chelín en la lengua, con un tajo muy profundo en el centro que le sangraba, y me sorprendió ver que no le impedía lamer a los cachorros.

A la hora del crepúsculo, nos encontrábamos todos sentados junto al río. De repente, Elsa y los cachorros miraron hacia el agua, olfateando y poniendo muecas. Cuando miré yo también, vi a un cocodrilo a tres o cuatro metros de distancia. Sabía que debía de tratarse de un ejemplar grande, porque tenía una cabeza de unos treinta centímetros de longitud.

Agarré el rifle y lo maté. Aunque los cachorros se hallaban a menos de un metro de distancia de mí, el disparo no los inquietó. Después, Elsa se me acercó y me acarició la rodilla con la cabeza, en señal de agradecimiento.

Casi cada tarde, Elsa llevaba a los cachorros al banco de arena. Entre otras atracciones, había allí excrementos frescos de búfalo y, a veces, también estiércol de elefante en el que los pequeños se revolcaban con regocijo. Además, jugaban sobre los troncos de las palmeras derribadas. Al caer, cosa que sucedía con frecuencia, aterrizaban siempre de pie, como el gato del refrán, y en las contadas ocasiones en que acababan torpemente sobre la hierba, como un paquete caído, parecían sorprenderse por su abrupto descenso.

Fue en torno a esta época cuando Jespah se volvió más amistoso. Para entonces me daba ya algún que otro lametón esporádico y, en una ocasión, incluso se había erguido sobre sus patas traseras para abrazarme. Elsa se esforzaba por no demostrarme demasiado afecto en presencia de los cachorros, pero, cuando estábamos a solas, seguía tan dulce como siempre. Su confianza en mí permanecía intacta e incluso me permitía que le arrancara la carne de las zarpas y la trasladara a un lugar más adecuado cuando lo consideraba oportuno. Y también me dejaba toquetear la carne de los cachorros. Por ejemplo, por la noche, cuando solía retirar las reses a medio comer de la orilla del río para evitar que acabaran siendo pasto de los cocodrilos, nunca interfería, aunque no me quedara más remedio que



arrastrarla por encima de su cuerpo o, lo que era aún más asombroso, los cachorros se colgaran de la res para defenderla.

Al anochecer, los cachorros estaban pletóricos y jugaban a incordiar a su madre, y la pobre Elsa acababa perdiendo la dignidad. Jespah, por ejemplo, descubrió que, cuando se erguía sobre sus patas traseras y le agarraba la cola con las zarpas, a Elsa no le resultaba fácil liberarse. Y de esta guisa caminaban describiendo círculos, con Jespah haciendo payasadas hasta que ella se hartaba y se sentaba encima de él. Al pequeño parecía encantarle el modo que su madre tenía de poner fin a su travesura y la lamía y abrazaba hasta que la otra se escapaba y se escondía en nuestra tienda.

Sin embargo, al poco, la tienda también dejó de servirle de refugio, porque Jespah la seguía a su interior, echaba un rápido vistazo y luego tiraba al suelo todo cuanto quedaba a su alcance. Durante la noche solía oírlo rebuscando entre las cajas de comida y de cerveza. El tintineo de las botellas parecía ser una fuente de diversión infinita. Una mañana, los muchachos hallaron trocitos de mi querido cojín de caucho en el río, pero no podía recriminárselo a Jespah, pues era a mí a quien se le había olvidado quitarlo de la silla la noche antes. Jespah parecía sentirse cómodo en la tienda; en cambio, sus hermanos no eran tan intrépidos y permanecían fuera.

# 18

## LA LUCHA DE ELSA

Una mañana, Makedde observó a buitres volando en círculo y, tras dirigirse al punto que sobrevolaban, a un kilómetro y medio río abajo, halló los restos de un rinoceronte que había caído abatido por flechas envenenadas el día antes, mientras bebía.

Los cazadores furtivos habían dejado multitud de huellas y habían construido *machans*<sup>9</sup> en los árboles, cerca del punto que los animales usaban de bebedero.

La noche del 8 de julio, el león de Elsa nos deleitó con un bonito concierto de «gemidos», orquestado con el himplar de un leopardo y los aullidos de las hienas. La noche siguiente, en mi tienda, mientras le quitaba las moscas tsetsé a Elsa, que tenía la cabeza sobre mi regazo, un estentóreo rugido de su león me desconcertó. Elsa salió como un rayo en la dirección del *lugga* de la cocina. Los cachorros salieron disparados tras ella, pero regresaron al poco y, confusos, se sentaron a las puertas de la tienda. Después Elsa regresó y permaneció en el campamento hasta que el león dejó de llamarla. En cuanto se hubo ido, escuché un crujido de huesos y entendí que las hienas estaban comiendo.

La noche siguiente, Elsa acudió acompañada de sus cachorros. Después de que yo me acostara, se marchó tres veces a cruzar el río, pero yo no veía motivo para proporcionarle comida gratis a ningún depredador que merodeara por los alrededores, así que las tres veces la llamé e insistí en que debía proteger los restos de su res. Me obedeció y finalmente se quedó hasta justo antes de amanecer, cuando ya no era preciso seguir protegiendo la carne.

Durante tres días apareció por el campamento mucho después de anochecer, y el cuarto, el 15 de julio, lo hizo acompañada solo de dos cachorros. Jespah no estaba con ella. Me alarmé y, tras esperar un rato, empecé a repetir su nombre una y otra vez, hasta que Elsa decidió ir río arriba en su busca, llevándose a los otros dos cachorros con ella.

Durante más de una hora la escuché llamándolo, hasta que el sonido por fin se desvaneció en la distancia.

Luego, de pronto, se oyeron unos rugidos de león salvaje acompañados por los chillidos de terror de los babuinos. Como era de noche y no podía salir a comprobar qué sucedía, esperé el resultado compungida, pues estaba segura de que los leones habían atacado a Elsa.

Elsa regresó al cabo de un rato, con la cabeza y los hombros llenos de arañazos ensangrentados y un mordisco en la raíz de la oreja que le había atravesado la carne. Tenía un agujero en el que cabían dos dedos. Aquella era, de lejos, la peor herida que había tenido nunca. Elsitá y Gopa regresaron con ella y, muy asustados, se sentaron a escasa distancia. Intenté curarle a Elsa las heridas con sulfanilamida, pero estaba demasiado irritable para dejar que me acercara a ella, y tampoco mostró interés por la carne que le ofrecí. Dejé la res a medio camino entre los cachorros y yo. Los pequeños se abalanzaron sobre ella, la arrastraron hasta la oscuridad y al poco los escuché devorándola.

Permanecí sentada un largo rato con Elsa; tenía la cabeza ladeada y le goteaba sangre de la herida. Al final se puso en pie, llamó a los cachorros y se dispusieron a vadear el río.

Recomida por la desesperación, esperé a que amaneciera para ir en busca de Jespah. La mañana siguiente, siguiendo el rastro de Elsa, Makedde, Nuru y yo nos dirigimos hacia la Cueva de la Roca y respiramos aliviados al encontrar a la familia reunida. Me alegró saber que Jespah estaba bien, y pude concentrarme en tratar a su madre. La herida de la oreja seguía sangrándole con profusión y, de vez en cuando, Elsa sacudía la cabeza para drenar la cavidad. Debido al lugar en el que se encontraba, no podía lamérsela, pero se la rascaba de continuo para ahuyentar a las moscas, lo que no ayudaba a mantener las heridas limpias.

Todos los cachorros parecían apagados, pero Jespah lamía a su madre con cariño.

Los muchachos se mantuvieron al margen mientras intentaba poner sulfapiridina en la herida de Elsa, que se negaba a colaborar, apartándose cada vez que me acercaba a ella con un esfuerzo considerable. Me alertó escuchar voces. Pensé que probablemente se tratara de los cazadores furtivos. Tenía que pensar con rapidez. ¿Era mejor quedarnos quietos? Probablemente no, porque Elsa no parecía querer nuestra compañía y podía marcharse con los cachorros y caer en manos de los cazadores. Regresé al campamento, con la esperanza de que el hambre la incitara a seguirme.

En la travesía de vuelta, nos desviamos para inspeccionar el campo de batalla de la noche anterior. Lo localizamos en un banco de arena en medio del río, a unos ochocientos metros del campamento. Había numerosas huellas de león mezcladas con huellas de babuino, pero, aunque pudimos distinguir las huellas de un león macho, no estábamos seguros de si iba o no solo.

Esperé impaciente hasta última hora de la tarde a que Elsa y su familia acudieran al campamento y, cuando lo hicieron, me las apañé para introducir unas cuantas pastillas de sulfapiridina en la carne, que comió de mi mano. Pensé que, si podía administrarle quince pastillas diarias, había bastantes posibilidades de que no se le infectara la herida. La oreja le colgaba flácida, lo cual indicaba que tenía los músculos lesionados, y agitaba de continuo la cabeza para desembarazarse del líquido que le rezumaba.

Jespah, que había sido la causa de la refriega, estaba muy amigable. Me lamía, y en varias ocasiones ladeó la cabeza y se me quedó mirando fijamente durante un largo rato.

Existe la creencia de que los felinos no se miran a la cara durante largo rato, pero no es cierta ni en el caso de Elsa y sus hermanas ni en el de sus cachorros. De hecho, he descubierto que transmiten sus sentimientos modificando la expresión de sus ojos de manera mucho más explícita de lo que nosotros los expresamos en palabras.

Una vez Elsa se hubo acomodado para pasar la noche se escuchó la llamada de un león. Pareció alarmarse y, al cabo de poco, se marchó con los cachorros.

Me alegró verlos de regreso la tarde siguiente. Jespah se dedicó a darme golpecitos con el hocico en la espalda de vez en cuando, en gesto amistoso, pero, al parecer, Elsa desaprobaba su comportamiento, porque se colocó entre ambos.

Hacia el atardecer, Nuru arreó las cabras hacia la camioneta. Por primera vez vi a los cachorros interesarse por ellas. Por supuesto, habíamos procurado evitar todo contacto entre los cachorros y las cabras vivas, y hasta entonces nunca habían reaccionado a sus balidos.

Durante la noche escuché a dos leones rugir mientras quebraban los huesos de una res que había delante de la tienda de George. Comieron durante un buen rato y no se marcharon hasta el amanecer, cuando los muchachos empezaron a hablar en la cocina. Entonces cruzaron el río entre los chillidos de los babuinos, a los que respondieron con sonoros bufidos. Encontramos las huellas de un gran león y una leona.

Elsa se mantuvo alejada durante varios días. Imaginé que su ausencia estaba justificada por la presencia de aquella pareja que merodeaba por los alrededores y que la noche siguiente se dedicó a rugir mientras rodeaba la camioneta de las cabras.

Los muchachos y yo buscamos a Elsa en varias ocasiones, pero fue en vano; y durante la búsqueda nos las vimos con un rinoceronte y unos cuantos búfalos.

Tras cuatro días de ausencia, mi nerviosismo fue en aumento, pues las heridas de Elsa debían impedirle cazar con normalidad y temía que los cazadores furtivos pudieran hacerle daño. Cuando la noche del 20 de julio divisé unos buitres volando en círculo, el corazón se me encogió. Fuimos a investigar, pero lo único que encontramos fueron más huellas de los cazadores furtivos. Habían fabricado escondites cerca de todos los bebederos, en ambos márgenes del río. También hallamos las cenizas de fuegos recientes y huesos de animal chamuscados.

Tres horas después, al regresar al campamento, los dos exploradores a los que el guardia de caza había enviado en busca de los cazadores furtivos me informaron de que habían visto a Elsa y los cachorros bajo un arbusto en la ribera opuesta del río, aproximadamente a un kilómetro y medio tierra adentro.

Elsa estaba tumbada a la sombra y los cachorros dormían. Había visto a los muchachos aproximarse, pero no se había movido. Sonaba extraño, a menos que estuviera tan enferma que no le importara siquiera que se le acercaran desconocidos.

Makedde sugirió que le lleváramos un poco de carne, pero no la suficiente para saciar su hambre, con el fin de tentarla a regresar al campamento. Cuando

nos encontrábamos cerca de su guarida, les dije a los muchachos que se mantuvieran rezagados y la llamé.

Salió caminando con lentitud y con la cabeza gacha hacia un lado. Me sorprendió y alarmó que se hubiera acomodado en un lugar tan expuesto, donde los cazadores furtivos podían divisarla con facilidad. Noté que se le había infectado de pus la oreja. Era evidente que le dolía mucho, y cuando sacudía la cabeza, cosa que hacía con mucha frecuencia, sonaba como si tuviera el oído lleno de líquido. Además de eso, tanto ella como Elsita estaban cubiertas de moscardones. A ella logré quitárselos, pero la cachorra era demasiado salvaje para dejarme ayudarla. Entre tanto, los tres hermanos se pelearon por el pedazo de carne que les habíamos llevado y no dejaron nada para Elsa, más que unos huesos pulidos. Ella observó la escena con resignación, desmintiendo la leyenda de que las leonas se dan atracones mientras sus cachorros pasan hambre. Jespah me agradeció que les hubiera llevado comida lamiéndome la mano con su áspera lengua. Intenté incitar a Elsa a regresar al campamento gritando «*maji, chakula, nyama*», pero, al ver que no se movía, volvimos a casa sin ella.

Como había tomado muchas fotografías, fui al campamento en busca de un carrito nuevo. Entonces escuché a los cachorros llegar por la orilla opuesta y tomé un atajo hasta el río. Elsa salió sin previo aviso de entre unas matas y me derribó. Al regresar por un sendero distinto al que había utilizado para marcharme, la había asustado y temía por sus cachorros. Había estado inquieta toda la tarde y era evidente que sentía mucho dolor, porque cuando los cachorros le tocaban por accidente la oreja, les gruñía y les golpeaba irritada. Jespah parecía ser consciente de su situación y la lamía todo el rato.

Aquella noche, después de meterme en la cama, y una vez que Elsa y los cachorros se hubieron ido, escuché el himplar de un leopardo y rugidos de león. Me levanté y llamé a los muchachos para que me abrieran el seto de espino y así poder salir y guardar los restos de carne en el *jeep*. No quería alentar a los depredadores a compartir las provisiones de comida de Elsa, pues ello podía ahuyentarla.

En cuanto se le curara la oreja y pudiera cazar, estaba decidida a dejarla. Yo llevaba ya tres semanas sola en el campamento y George se retrasaba. Deseaba que regresara pronto, pues cuando su tienda estaba ocupada, los depredadores no se acercaban a la carne que había encadenada cerca de ella.

En su ausencia, los leones salvajes merodeaban alrededor del campamento cada noche, y aunque Makedde e Ibrahim podrían haber usado sus rifles en caso de emergencia, me inquietaba la seguridad de los muchachos.

Al fin llegó George, que fue recibido por los rugidos de un león desconocido. Al saber que nadie había visto a Elsa durante varios días, decidió ir en su busca, resuelto a espantar a aquel león y a la fiera leona que la habían malherido. Para entonces ya los conocíamos bien a ambos, al menos por el rugido, y también reconocíamos sus huellas. Corrían en paralelo al río durante unos quince kilómetros. Por supuesto, compartían la región con otros leones, además de con Elsa, pero era ella la única que se mantenía siempre cerca del campamento. La leona fiera habitaba en aquella región desde mucho antes que Elsa, pero no sabíamos qué había hecho esta para enojar tanto a aquella bestia desagradable. Estábamos seguros de que no había competido por la atención de su macho, sino que se había mantenido fiel a su joven león. Quizá Elsa hubiera interferido durante una de sus cacerías o hubiera invadido su territorio, o quizá simplemente se trataba de un animal malhumorado. En cualquier caso, estábamos seguros de que había perseguido a Elsa y a los cachorros al otro lado del río, en dirección a los cazadores furtivos, y también de que ella y su pareja se habían apoderado de la Gran Roca durante varios días.

Siguiendo sus pisadas, finalmente encontramos las huellas de los cachorros en la ribera de enfrente: conducían a unos peñascos que habíamos bautizado con el nombre de Rocas Fronterizas, pues se hallaban en los confines del territorio de Elsa, pero había anochecido ya y no nos quedó más remedio que regresar al campamento. A volver allí al día siguiente, encontramos las pisadas frescas de un león y una leona superpuestas a las de los cachorros. Nos ilusionamos, pero al poco descubrimos que las huellas conducían tan lejos que era improbable que correspondieran a las de Elsa. De regreso a casa detectamos una trampa de lanza con resorte cerca del río. Colgaba de un árbol cuya copa se extendía por encima del sendero de caza.

Las trampas de lanza con resorte son un dispositivo letal consistente en un tronco de unos treinta centímetros de diámetro y sesenta de longitud en cuya sección transversal, encarada al suelo, se sujeta un arpón envenenado. Cuando se suelta el tronco, cae sobre el animal que pasa por debajo y su peso basta para garantizar que el arpón penetre incluso el pelaje más grueso.

Al día siguiente buscamos río arriba, por la ribera opuesta. También allí había multitud de huellas de león, incluidas las de una leona con tres cachorros. Nos condujeron a ocho kilómetros del campamento, a una parte del monte que Elsa no había visitado, al menos que nosotros supiéramos. Al aproximarnos a un baobab, escuchamos el sonido de unos animales sobresaltados, y el Toto atisbó la grupa de una leona y tres cachorros que podrían ser los de Elsa. Desaparecieron en un pestañeo y, por más que llamamos, no obtuvimos respuesta.

George y yo les seguimos la pista un trecho sin salir de nuestro asombro: si se trataba de la familia de Elsa, ¿por qué se habían escabullido? Por otra parte, ¿qué probabilidades había de que hubiera en la zona otra leona con tres cachorros de un tamaño similar a los de Elsa? De regreso a casa encontramos huellas frescas de león que conducían en la dirección de la que procedíamos.

La mañana siguiente regresamos a aquel punto y, en un radio de 500 metros, vimos pisadas recientes de un león, una leona y cachorros. Nos condujeron a un lecho fluvial seco y luego hacia unas rocas, si bien antes de llegar a ellas la manada había regresado de manera abrupta, había echado a correr hacia el río y lo había cruzado.

Las huellas de la orilla opuesta aún estaban húmedas. Era evidente que, al oírnos, habían huido. Lo único que sabíamos con certeza era que se habían disgregado y eran veloces.

Tras más de dos horas de rastreo, averiguamos que la manada se había reagrupado en un cauce arenoso. Avanzamos con mucho sigilo hasta que escuchamos chillidos de agitación de babuinos y, simultáneamente, el rugido de un león. Estaba muy cerca de nosotros.

Su rugido nos resultaba familiar, porque lo habíamos oído con frecuencia por la noche. Tenía la voz ronca y los muchachos solían decir que debía tener malaria.

George procedió a acecharlo y se le acercó tanto que casi ensordecí con su siguiente rugido. De repente, atisbé sus cuartos traseros a solo treinta metros de distancia; los muchachos incluso le vieron la cabeza y la melena.

Es muy poco habitual que un león ruja a las once de la mañana. Era evidente que aquel estaba llamando a una leona, cuya réplica llegó al instante desde la dirección de los chillidos de los babuinos. Con la esperanza de que fuera Elsa, dejamos atrás al león ronco y echamos un buen vistazo a los



alrededores, pero no vimos nada.

Al final, cansados y sedientos, nos sentamos y preparamos un té. Mientras lo tomábamos, sopesamos dos posibles explicaciones para la desaparición de Elsa. Era viable que, en lugar de permanecer en el campamento y arriesgarse a que la leona malhumorada la atacara y la hiriera, hubiera decidido compartir los peligros de la vida del león ronco, cuyo rastro podría corresponder al que habíamos encontrado el día anterior. Aquella era una resolución optimista al misterio. La alternativa pesimista era que Elsa hubiera fallecido a causa de la infección de oreja y que una pareja de leones salvajes hubiera adoptado a los cachorros.

En el camino de regreso vimos bandadas de buitres sobrevolar en círculo el *lugga* de la cocina y los muchachos se adelantaron para inspeccionar quién era la víctima.

Yo me quedé rezagada, temiendo lo que pudieran descubrir, pero al poco nos gritaron que habían encontrado el cadáver de un kudú menor al que probablemente hubieran matado unos perros salvajes por la noche.

Pasamos los dos días siguientes recorriendo los confines del territorio de Elsa, en parte a pie y en parte en coche.

George se marchó la última semana de julio y yo continué buscando a Elsa. La mañana siguiente a su partida, mientras caminaba con Makedde por la pista para vehículos que conduce hacia la Gran Roca, seguí el rastro de un solo león que se había dirigido al campamento, y también detecté las huellas de unos zapatos en punta, que Makedde reconoció por ser idénticas a las que había visto hacía poco cerca del escondrijo de un cazador furtivo. Ambos rastros se mezclaban con las roderas de los neumáticos del *jeep* de George.

Estaba claro que los cazadores furtivos vigilaban nuestros movimientos, y, sin duda, al escuchar el coche de George marcharse, la mañana siguiente habían acudido a reconocer el terreno. ¡Menuda decepción debieron de llevarse al descubrir que yo seguía allí!

Hacía más de quince días que la leona había atacado a Elsa y, salvo la vez en la que el explorador la había divisado bajo el arbusto, nadie la había visto ni habíamos hallado rastro de los cachorros.

Sumida en una profunda tristeza, le pregunté a Makedde si quería a Elsa. Pareció desconcertado, pero me respondió con ternura:

—¿Dónde está, para que pueda quererla?

Su respuesta solo consiguió deprimirme más. Al verme, Makedde me reprendió con tono enojado:

—Solo piensa en la muerte. Habla de muerte y se comporta como si no hubiera un *Mungo* [Dios] que cuida de todo. ¿Acaso no confía en él para que cuide de Elsa?

Alentada, me puse en pie y retomamos la búsqueda, pero los días transcurrieron sin resultados.

La noche del decimosexto día de la desaparición de Elsa y los cachorros, tras encender las lámparas, me serví una copa y me senté en la oscuridad aguzando el oído para detectar cualquier sonido esperanzador. Entonces, de repente, se produjo un movimiento ágil y, con su afectuoso saludo, Elsa estuvo a punto de derribarme de la silla. Estaba flaca, pero parecía en forma, y la herida de la oreja se le estaba curando por fuera, aunque el centro seguía infectado. Era evidente que tenía mucha hambre, porque cuando los muchachos se nos acercaron con la res que les había pedido salió como una flecha hacia ellos.

—No, Elsa, no —le grité.

Se detuvo, regresó obediente junto a mí y se controló hasta que hubieron encadenado la carne delante de la tienda. Entonces se abalanzó sobre ella y la devoró con voracidad. Parecía tener mucha prisa. Engulló la mitad de la cabra y luego, apartándose de la luz de la lámpara astutamente, se alejó cada vez más hasta acabar desapareciendo en dirección al estudio.

Sentí un alivio inmenso al saber que estaba bien, pero ¿dónde estaban los cachorros? Su visita apenas había durado media hora. Esperé hasta bien entrada la noche con la esperanza de que regresara con ellos para acabarse la cabra. Al comprobar que no era así, metí las sobras en mi *jeep* para evitar que se las comieran los depredadores y me acosté.

Al amanecer del día 1 de agosto me desveló el maullido de los cachorros y, acto seguido, los vi avanzando despacio hacia mi seto de espino. Llamé a los muchachos para que les trajeran la carne y me uní a Elsa para contemplar juntas cómo sus crías se peleaban por la comida.

Enseguida quedó claro que los restos de la cena del día anterior no bastarían para satisfacer a cuatro leones famélicos, de manera que le ordené a Makedde que sacrificara otra cabra y me las apañé para mantener a Elsa tranquila mientras lo hacía. Elsa tenía una capacidad de autocontrol fascinante:

aguardó a que Makedde depositara la res muerta a unos diez metros de distancia para ponerse en pie y arrastrarla hasta los matorrales cerca del río.

Elsita y Gopa la siguieron, mientras que Jespah estaba demasiado ocupado mascando huesos como para prestar atención a lo que sucedía y no decidió reunirse con su familia hasta al cabo de un largo rato de estar los dos a solas. Se montó a horcadas sobre lo que quedaba de la cabra y, tirando de ella, descendió hacia el río.

Yo permanecí sentada bajo una gardenia arbustiva, cerca de allí, aguardando la oportunidad de introducir el medicamento en la carne de Elsa para que se le curara la herida infectada. Me alivió, aunque también me desconcertó, no detectar ningún arañazo nuevo, ni en ella ni en los cachorros, pese a que tenían que haber cazado en algún momento durante su larga ausencia del campamento.

Los cachorros reñían por los trozos más apetitosos de carne con gruñidos y manotazos. La vida en el monte sin duda los había asilvestrado, porque ahora estaban constantemente en alerta para detectar cualquier ruido sospechoso, y a punto estuvo de cundir el pánico cuando unos babuinos chillaron.

Los dos cachorros pequeños se mostraban más retraídos que nunca y se asustaban ante cualquiera de mis movimientos, por leve que fuera; en cambio, para mi sorpresa, Jespah se me acercó, ladeó la cabeza con mirada inquisitiva, me lamió el brazo y me dejó claro que quería que fuéramos amigos.

El sol estaba alto y empezaba a hacer calor. Después de haberse saciado, los cachorros jugaron alegremente en las aguas poco profundas del río, zambulléndose, peleando, chapoteando y agitando el agua hasta que, al final, se desplomaron a la sombra de una roca, donde Elsa se reunió con ellos.

Mientras los contemplaba dormitar satisfechos, con las patas colgando por encima del peñasco, recordé con humildad la reprimenda de Makedde por mi falta de fe: era inconcebible imaginar una familia más feliz.

Espoleada por la curiosidad de descubrir qué habían hecho durante su larga ausencia, le pedí a Makedde que siguiera el rastro que Elsa había dejado al llegar al campamento.

Entre tanto, le curé la herida aprovechando que estaba demasiado adormilada para oponerse al tratamiento. Al anochecer, me dirigí a las tiendas para escuchar el informe de Makedde.

Me explicó que había seguido el rastro hasta el límite de su territorio y que allí, en un afloramiento rocoso, no solo había encontrado sus huellas y las de los cachorros, sino también las de otro león, o quizá dos.

Probablemente aquello explicara cómo se habían alimentado Elsa y los cachorros, y también su extraño comportamiento cuando la había sorprendido primero el explorador y luego nosotros, puesto que eran reacciones típicas de una leona en celo.

Puede parecer extraño que no se nos hubiera ocurrido, pero, dado que Elsa todavía amamantaba a sus cachorros, no esperábamos que tuviera interés en volverse a aparear. Habíamos aceptado la creencia generalizada de que las leonas salvajes solo procrean cada tres años porque, en el ínterin, enseñan a sus crías todo lo que deben saber para cazar y ser independientes. El hecho de que Elsa volviera a estar en condiciones de procrear mucho antes de lo previsto, ¿podía deberse a que le proporcionábamos nosotros la comida? Sin lugar a duda, con siete meses y medio, los cachorros podrían haber sobrevivido a base de una dieta de carne, y ella no tenía modo de saber que habíamos permanecido allí con el fin de curarle las heridas y ayudarla a recobrar la forma para que pudiera enseñar a sus pequeños a cazar.

# 19

## LOS PELIGROS DEL MONTE

Alrededor de las nueve de aquella noche, Elsa y los cachorros se acercaron desde el río, se instalaron delante de mi tienda y exigieron su cena. Como los restos de la carne seguían junto al arbusto de la gardenia, llamé a Makedde y al Toto y les pedí que me ayudaran a arrastrarlos hasta el interior del seto. Me hice con una lámpara de queroseno y descendí por la angosta senda que habíamos desbrozado entre la densa maleza para conectar el campamento con el río.

Makedde, armado con un palo y una lámpara de parafina, iba en cabeza; el Toto, lámpara en mano, lo seguía de cerca, y yo cerraba la marcha. Recorrimos en silencio unos cuantos metros sendero abajo. De pronto escuchamos un estrépito espantoso, tras lo cual la lámpara de Makedde se apagó y un segundo después una masa negra monstruosa aplastó la mía y me derribó de un golpe.

Cuando recobré la conciencia, Elsa me estaba lamiendo. En cuanto pude recobrar la compostura, me senté y llamé a los muchachos. El Toto emitió un débil gemido. Estaba sentado cerca de mí, con la cabeza entre las manos. Se puso en pie tembloroso mientras tartamudeaba:

—Búfalo, búfalo.

En aquel instante escuchamos la voz de Makedde, procedente de la cocina, informándonos a gritos de que estaba bien. Cuando nos calmamos, el Toto me explicó que había visto a Makedde apartarse hacia el margen del camino y golpear con la vara a un búfalo. Instantes después, la bestia había derribado al Toto y luego a mí. Nunca sabremos qué sucedió cuando Elsa y el búfalo se

encontraron cara a cara. Por suerte, el Toto solo tenía un chichón en la cabeza que se había hecho al caer sobre un tronco de palmera derribado. Yo me notaba sangre resbalando por los brazos y los muslos, y sentía cierto dolor, pero quería regresar al campamento antes de examinar mis heridas. El incidente desmintió la creencia popular de que un león, por domesticado que esté, se vuelve salvaje al oler o probar sangre: Elsa, que había acudido a protegernos, parecía entender que estábamos heridos y se mostró muy tierna y cariñosa.

No albergaba dudas con respecto a la identidad del animal, pues llevábamos semanas viendo unas huellas de búfalo macho que, a través de los matorrales ribereños, conducían desde el estudio hasta el banco de arena, donde una línea triangular de pisadas indicaba el lugar en el que tenía su abrevadero. Tras saciar la sed, solía proseguir su camino aguas arriba.

Nunca había salido a beber hasta bastante después de medianoche. Aquel día debía de tener una sed inusitada y se había avanzado. Probablemente Elsa lo oyó moverse y por eso había traído a los cachorros al campamento a las nueve. Cuando el búfalo nos había visto descender hacia el río con las lámparas, se había asustado, había emprendido la huida por el camino más cercano hacia un lugar seguro y nos había encontrado obstaculizándole el paso.

Yo recibí varias coces que me dejaron moretones en los muslos, y solo pude dar las gracias por que no hubieran impactado en zonas más vulnerables de mi anatomía.

Elsa regresó con nosotros al campamento, donde los cachorros la aguardaban; cómo había evitado que la siguieran era un misterio para mí.

Estaba preocupada por Makedde y me dirigí enseguida a la cocina a comprobar cómo se encontraba. Lo encontré allí, ileso, explicando con gran jolgorio a sus pasmados amigos su refriega cuerpo a cuerpo con el búfalo. Me temo que su estatura heroica quedó ligeramente disminuida por la visión de mis piernas ensangrentadas, pero lo único importante es que todos estábamos bien.

Pasé una noche muy incómoda, ya que, además de las dolorosas heridas, se me empezaron a hinchar las glándulas y me resultó casi imposible encontrar una postura en la que pudiera relajarme o respirar sin empeorar la incomodidad de mis doloridas costillas.

La tarde siguiente, Elsa se preocupó de arrastrar la comida río arriba y, tirando de ella entre sus patas delanteras, cruzó el río y ascendió por un escarpe tan empinado que era poco probable que ningún animal fuera tras ella. Me pregunté si aquel comportamiento tan inusual se debería a que el búfalo la había asustado tanto como a mí.

Hacia principios de agosto, Elsa se había vuelto más colaboradora; en cambio, su hijo Jespah no había seguido su ejemplo y cada día estaba más desmandado. Por ejemplo, Elsa nunca molestaba a las cabras de nuestro rebaño, mientras que Jespah parecía tener un interés desmedido en ellas.

Una noche, cuando Nuru las estaba arreando hacia mi camioneta, se dirigió derechito hacia ellas, atravesando como una flecha la cocina y pasando a pocos centímetros del devoto Ibrahim, que estaba arrodillado sobre su alfombra pronunciando sus oraciones nocturnas. Después se escabulló entre los contenedores del agua, esquivó la fogata al aire libre y llegó a la camioneta justo cuando las cabras iban a entrar en ella.

Consciente de sus intenciones, eché a correr, agarré un palo y, sujetándolo delante de él, le grité: «No, no» con mi voz más autoritaria.

Jespah pareció desconcertado, olisqueó el palo y empezó a jugar a darle golpecitos, lo cual dio tiempo a Nuru para meter las cabras en la camioneta. A continuación, Jespah regresó conmigo junto a Elsa, que nos había estado observando jugar. A menudo, Elsa me ayudaba a controlar a Jespah, ya fuera añadiendo un zarpazo a mis noes o colocándose entre nosotros dos. No obstante, me preguntaba cuánto tiempo transcurriría antes de que, incluso con su ayuda, mis órdenes y palos dejaran de tener efecto. Jespah estaba lleno de vida, de curiosidad y de ganas de divertirse; era un magnífico leoncito salvaje que crecía a marchas forzadas, y había llegado el momento de que los dejáramos, tanto a él como a sus hermanos, vivir una vida natural. Mientras reflexionaba sobre ello, él andaba persiguiendo a los otros cachorros y, con sus juegos, volcó el cuenco de agua sobre su madre, empapándola. Se llevó un zarpazo por sus diabluras, tras lo cual Elsa lo aplastó con su pesado y mojado cuerpo. Era una imagen divertida y nos reímos, pero Elsa se lo tomó como una falta de tacto y, tras mirarnos con desaprobación, se alejó con aire ofendido seguida por sus otros dos cachorros, estos sí bien educados. Un rato después, cuando se subió al techo de mi Land Rover, fui a disculparme y a hacer las paces con ella. Había luna llena y las estrellas refulgían. Elsa, con las pupilas

muy dilatadas y los ojos casi negros, bajó la mirada hacia mí con expresión seria, como si pretendiera decirme: «Has echado a perder el castigo». Me quedé con ella un largo rato, acariciándole el sedoso pelaje de la cabeza.

Después escuchamos los relinchos y gruñidos de dos rinocerontes apareándose en el salobral. Elsa miró alertada a los cachorros, pero, al comprobar que estaban absortos en su comida, decidió no prestar atención a la pareja de enamorados. No tardamos en escucharlos cruzar el río. George se había reunido conmigo, y había venido acompañado por el equipo encargado de combatir la caza furtiva por toda la Frontera Septentrional. Les pidió que fueran a hablar con algunos hombres de la tribu que habitaba en la orilla opuesta del río, quienes, a cambio de una recompensa adecuada, les proporcionarían información acerca de los cazadores furtivos. En cuanto el equipo se estableciera, teníamos la intención de dejar que Elsa y su familia cuidaran de sí mismos. Las heridas de Elsa estaban más o menos curadas, y queríamos que los leones tuvieran una vida natural. Sin embargo, cuando los exploradores regresaron, descubrimos que tendríamos que cambiar de planes. Trajeron consigo a algunos prisioneros, y un informador le explicó a George que los cazadores furtivos estaban decididos a matar a Elsa con flechas envenenadas en cuanto nos marcháramos. Añadió que, después de quemar el campamento, tres de los culpables habían ascendido a la gran roca de Elsa para cazar damanes, pero se habían dado por vencidos cuando una serpiente había mordido a uno de ellos.

Éramos conscientes de que, en paralelo a la sequía, progresarían las actividades de los cazadores, y por más eficiente que fuera el equipo anticaza furtiva, les sería imposible, si nosotros no la alimentábamos, impedir que Elsa cazara más allá de su territorio habitual, con el consiguiente riesgo de encontrarse con los hombres de la tribu.

Como es lógico, si seguíamos acampados, la educación de los cachorros para la vida salvaje se retrasaría y seguramente acabaríamos mimándolos, pero consideramos mejor afrontar ese riesgo que una tragedia.

Una noche en la que las moscas tsetsé estaban particularmente activas, Elsa y sus dos cachorros varones se tumbaron boca arriba en mi tienda e intentaron aplastar a aquellos bichos atormentadores. Al hacerlo derribaron dos camas de campaña que estaban apoyadas contra la pared. Elsa se tumbó en una de ellas y Jespah en la otra, mientras que Gopa tuvo que contentarse con la



lona del suelo. La imagen de dos leones repantingados en sendas camas, pese a distar mucho de nuestra imagen idílica de la reintegración de la familia de Elsa a la vida salvaje, resultaba bastante cómica. Solo Elsitita permaneció fuera: seguía estando tan asilvestrada como siempre y no entraba en la tienda por nada del mundo, lo cual apaciguó un poco mis remordimientos.

Una tarde, mientras nos hallábamos a orillas del río con Elsa y los cachorros, tuve ocasión de examinarle las heridas y detecté que, aunque le había administrado bastante sulfanilamida, todavía no se le habían curado del todo. Aproveché la oportunidad para revisarle la dentadura y vi que tenía dos colmillos rotos.

La infección de anquilostomas, que había padecido de cachorra, le había dejado un surco en los bordes de los dientes, y las fracturas se habían producido precisamente en estas hendiduras. Imaginé que aquellos dientes rotos le serían un impedimento a la hora de cazar, por más que sus zarpas fueran sus armas principales.

Al oscurecer, regresamos a las tiendas. Aquella noche Elsa estaba alerta e inquieta, y al final desapareció en el monte con los cachorros.

En torno a medianoche me despertó el rugido de varios leones seguido del espeluznante ruido de una pelea. Tras una pausa, hubo una segunda riña, y luego una tercera. Al final escuché los gemidos de un león que había resultado herido en la refriega. Deseé que no se tratara de Elsa. Acto seguido escuché un animal atravesando el río y luego todo quedó sumido en el silencio.

Al amanecer, nos levantamos y fuimos a rastrear las huellas dejadas por aquellos visitantes pendencieros. Reconocimos las pisadas de la leona fiera y su compañero. Era evidente que Elsa los había desafiado al ver que se acercaban al campamento. Durante seis horas, seguimos el rastro de Elsa, que nos condujo a la otra orilla del río, hasta las Rocas Fronterizas, donde se reunía con el rastro de los cachorros.

Buscamos todo el día en vano y, al ponerse el sol, disparamos al aire. Al cabo de un rato escuchamos a Elsa llamando desde la lejanía y, al poco, apareció seguida por Jespah.

Aunque renqueaba, parecía apresurarse en llegar hasta nosotros, si bien se detuvo en un par de ocasiones y volvió la vista atrás para comprobar si la seguían los otros dos cachorros. Cuando se reunieron con nosotros, tanto ella como Jespah nos demostraron cuán contentos estaban de vernos restregándose

contra nuestras piernas. Entonces vi que Elsa tenía un corte profundo en una de las patas delanteras, que le sangraba y, obviamente, le dolía mucho. El único modo de ayudarla era llevarla a casa y vendarle la herida.

El campamento estaba bastante lejos, caía la tarde y, a juzgar por las numerosas huellas de búfalos y rinocerontes, era fundamental que no nos sorprendiera allí la noche. Todo indicaba que debíamos apresurarnos, pero, pese a los gritos impacientes de George urgiéndonos a darnos prisa, tuvimos que realizar frecuentes pausas para esperar a los pequeños, que avanzaban con parsimonia. Jespah se comportaba como un perro pastor, corriendo entre George y la retaguardia, en un intento por mantenernos a todos reunidos.

Por una vez, las moscas tsetsé jugaron en nuestro favor. Elsa estaba cubierta de ellas y me siguió el ritmo con la esperanza de que le cepillara el lomo y se las quitara. Jespah, que también estaba siendo devorado, apoyó por primera vez su cuerpo sedoso contra mis piernas pidiéndome que le librara de aquella plaga. Iba en contra de mis principios tocarlo, pero costaba resistirse a cepillarlo para quitarle las moscas.

Elsa se detenía a menudo para rociar con su chorro los arbustos. ¿Volvía a estar en celo?

Llegamos al campamento exhaustos. Elsa se negó a comer, pero se arrellanó sobre el Land Rover y observó a los cachorros desgarrar la carne, desviando la mirada a intervalos para observar muy concentrada la oscuridad. Poco después de las nueve se marchó del campamento con su familia y, en torno a medianoche, escuchamos un león llamando desde la Gran Roca.

Durante los días siguientes acudió al campamento cada tarde y le vendé las heridas.

Días después, una vez recuperada, Elsa y los cachorros nos acompañaron bordeando el río a la caza de un cocodrilo, y fuimos testigos de un nuevo ejemplo de su capacidad para ordenarles a los cachorros que se quedaran quietos y que estos la obedecieran.

Olió un ciervo y lo acechó de manera infructuosa; mientras tanto, los cachorros permanecieron absolutamente inmóviles, sin interferir en ningún momento en su caza, aunque después se dedicaron a chapotear con regocijo en el agua y a trepar a los árboles. Lo hacían hincando las zarpas en la corteza e impulsando su cuerpo, y en ocasiones trepaban hasta a tres metros de altura.

Elsa dio muestras de otra reacción instintiva en esta ocasión. Los

cachorros estaban jugando a unos cien metros de un cocodrilo que habitaba en una charca profunda. Estaba claro que Elsa lo consideraba inofensivo. Quizá supiera que estaba saciado, porque no le inquietaba su proximidad, mientras que, por lo general, la onda más leve en el agua la hacía recelar. Habíamos observado desde siempre que diferenciaba entre los juegos inofensivos, como el tira y afloja de George y Jespah por una res muerta, y un juego que podía entrañar peligro o asustar, como cuando George lanzaba un palo al río. En esos momentos, Elsa se interponía entre los cachorros y el agua, ya fuera para evitar que saltaran o, si estaban asustados, para tranquilizarlos y demostrarles que lo que habían visto no era más que un trozo de madera flotante y no el hocico de un cocodrilo.

El 12 de agosto tuve que desplazarme a Nairobi para una estancia de seis días. A mi regreso, el día 18, mientras disfrutábamos de una cena a altas horas de la noche, escuchamos el rugido de dos leones. Por el ruido dedujimos que se aproximaban rápidamente al campamento procedentes de río arriba. Elsa salió corriendo en su dirección, con los cachorros tras ella; regresó al cabo de tres cuartos de hora, pero los cachorros se habían ido y empezó a buscarlos alrededor del campamento, muy nerviosa.

De pronto, un rugido ensordecedor que parecía proceder de detrás de la cocina nos dejó pasmados, y George, que estaba sentado mirando en esa dirección, vio la luz de la linterna reflejada en los resplandecientes ojos de un león.

De pie, cerca de nuestra tienda, Elsa rugió desafiante hasta que, por suerte, los cachorros regresaron. Se los llevó de allí al instante y, al poco, los escuchamos cruzando el río a toda prisa.

Una vez recobrada la tranquilidad, nos acostamos. Sin embargo, en torno a la una y media de la madrugada, a George lo desveló un ruido cerca de su tienda y, al apuntar con la linterna, vio a una leona desconocida sentada a unos treinta metros de distancia. Se puso en pie despacio y le disparó por encima de la cabeza para ahuyentarla, pero lo único que consiguió fue que otro león empezara a rugir.

Durante media hora siguió una sinfonía de rugidos, gruñidos y resoplidos, y luego los leones prosiguieron su camino.

La noche siguiente, Elsa apareció muy tarde y se acomodó cerca de las tiendas, mientras Jespah, que se hallaba en uno de sus momentos llenos de

vitalidad, se divertía desbaratando todo lo que quedaba a su alcance: despejó las mesas de botellas, platos y cubiertos, sacó los rifles de sus pies y cambió de lugar mochilas llenas de munición antes de desfilar delante de los otros cachorros con unos recipientes de cartón que luego despedazó. Por la mañana descubrimos que la familia seguía en el campamento, lo cual era insólito. Los muchachos se mantuvieron dentro del cercado de la cocina, a la espera de que se marcharan, y luego, al ver que no tenían intención de hacerlo, George se acercó a Elsa y ella lo derribó. A continuación, George me liberó del seto de espino y decidí probar suerte. Me acerqué a Elsa llamándola por su nombre, pero, mientras se me acercaba despacio, con los ojos entrecerrados, me mantuve en guardia, y fue un acierto porque, cuando se hallaba a menos de diez metros, se abalanzó sobre mí a toda velocidad, me tiró al suelo, se sentó encima de mí y acto seguido procedió a darme lametones.

Al verla así de amistosa, dedujimos que aquella debía de ser su idea de un juego matutino. No obstante, Elsa sabía que no nos gustaba que nos tirase al suelo, y era la primera vez que lo hacía desde el nacimiento de los cachorros.

Más tarde se llevó a los cachorros a un lugar a los pies del estudio, y por la tarde nos reunimos allí con ellos. Jespah sentía mucho interés por el rifle de George e hizo cuanto pudo por arrebatárselo, pero enseguida cayó en la cuenta de que le resultaría imposible lograrlo mientras su dueño lo vigilara. Una vez constatada esa circunstancia, fue divertido verlo intentar distraer a George fingiendo que perseguía a sus hermanos. Cuando los recelos de George se disiparon y dejó el rifle en el suelo para agarrar la cámara de fotos, Jespah se sentó a horcajadas. Siguió un auténtico juego de tira y afloja, que Elsa observó muy atenta. Al final, acudió al rescate de George sentándose sobre su hijo y obligándolo a liberar el arma. Permaneció sentada sobre el cachorro durante tanto tiempo que me preocupé. Cuando al fin lo liberó, pese a que el pequeño miraba con anhelo el rifle y se agazapaba cerca de él, se mostró sumiso y lo dejó en paz. Aun así, Elsa desconfiaba de su buen comportamiento y en varias ocasiones se interpuso entre el cachorro y el arma.

Al final, ella se tumbó boca arriba con las patas en el aire. gimió suavemente y los cachorros acudieron al instante a mamar. Elsa parecía dichosa, y a mí me maravillaba que los cachorros no le hicieran daño con sus afilados dientes. Mientras aquella escena idílica tenía lugar, un monarca colilargo sobrevoló nuestras cabezas, con su cola de plumas blancas

semejante a un largo tren. Los cachorros cumplían ocho meses aquel día, y Elsa tenía todos los motivos del mundo para sentirse orgullosa de ellos.

Cuando se adormilaron, con las panzas a punto de reventar, Elsa se puso en pie, arqueó la espalda bostezando largamente, se me acercó, me lamió, se sentó a mi lado y colocó su zarpa sobre mi hombro durante un rato; luego apoyó la cabeza en mi regazo y se echó a dormir. Mientras ella, Jespah y Gopa echaban un sueño, Elsita cuidaba de la familia; en dos ocasiones acechó sin éxito a un antílope acuático.

Ya desde la cama escuchamos sonidos de animales masticando, que se prolongaron hasta la madrugada: era evidente que la familia iba a pasar la noche en el campamento devorando una res. Durante el día siguiente permanecieron muy cerca de las tiendas. Aquella noche escuchamos al padre de los cachorros llamar y pensamos que su proximidad había hecho que Elsa prefiriera no alejarse demasiado. No se separó de nuestro lado durante los tres días siguientes.

## 20

### CACHORROS Y CÁMARAS

Alrededor del campamento se respiraba un auténtico ambiente de jardín del Edén, pues los animales que compartían el territorio con nosotros se habían acostumbrado tanto a nuestra presencia que no tenían miedo de acercárenos. Incluso los peces se habían vuelto amistosos y, cuando nos veían, nadaban hacia nosotros.

Mientras tecleo estas palabras en mi máquina de escribir, una tropa de unos cincuenta babuinos camina de un lado para otro en la orilla de enfrente. En medio de ellos hay tres antílopes jeroglífico, un carnero y una cierva con su cervatillo que parecen haberse unido a la tropa en busca de seguridad y no se inmutan cuando un babuino pasa rozándolos.

No podría haber una escena más pacífica, ni tampoco más alejada de la idea general de que los babuinos hacen trizas a los animales más pequeños. De no estar amenazada por los cazadores furtivos, la vida salvaje aquí sería ideal, porque incluso aquella leona fiera representaba un peligro mucho menor para Elsa que el ser humano. A fin de cuentas, Elsa formaba parte natural de la vida en la selva, tan natural como las enemistades entre leones.

Era alentador saber que ahora salía a enfrentarse a su enemiga. Lo habíamos apreciado durante la tercera semana de agosto, la noche en la que Elsa y los cachorros estaban cenando frente a nuestra tienda. De repente, gruñó y se marchó, para regresar al cabo de una hora. Durante aquella noche escuché a dos leones merodeando por el campamento y, al poco, estalló un temible altercado. Hacia el amanecer, escuché a Elsa llevarse a los cachorros hacia la Gran Roca. Por la tarde nos reunimos con ella en el bosque, cuando venía hacia el campamento. Tenía la cabeza, sobre todo alrededor de la oreja herida,

cubierta de mordiscos ensangrentados.

Al llegar al campamento, saqué los restos de la res del día anterior. No quedaba demasiado y Elsa ni siquiera la tocó, pero los cachorros comieron con voracidad. Cuando los muchachos sacaron una res nueva, Elsa se animó a comer también. Me preguntaba por qué, si estaba hambrienta, había evitado tocar el primer plato que le habíamos servido. ¿Habría visto tal vez que no había suficiente para todos y había preferido que los cachorros se saciaran antes de tomar su parte?

Aquella noche, Ibrahim llegó con un nuevo Land Rover a prueba de leones que yo había encargado recientemente. También trajo la correspondencia, y me acomodé a leer un artículo sobre Elsa publicado en el *Illustrated London News*. La describían como un animal de renombre internacional. Y era gratificante, aunque en aquel momento Elsa anduviera con la cabeza gacha, muy dolorida.

Cuando se nos unió en el estudio al día siguiente seguía estando muy alterada, si bien ello no fue óbice para que disciplinara a Jespah con una serie de zarpazos certeros al ver que el pequeño, intrigado por el repiqueteo de mi máquina de escribir, andaba incordiándose.

Pobre Jespah, aún le quedaba tanto por aprender..., y no acerca de la vida salvaje que le correspondía, sino de nuestro extraño mundo. El pequeño parecía sentir mucha curiosidad. Una noche, por ejemplo, lo escuché trajinando en la tienda de George, si bien no descubrí lo ocupado que había estado hasta la mañana siguiente, cuando me percaté de que mis prismáticos habían desaparecido. Al final encontré pedacitos de la funda de cuero entre las matas, debajo de la tienda. Tenían marcas de los dientes de leche de Jespah. A escasa distancia encontré los prismáticos en el suelo, y, por suerte, o más bien por milagro, las lentes estaban intactas. Y aunque desde luego Jespah podía ser un engorro, también era irresistible y era imposible enfadarse mucho rato con él.

Con ocho meses de edad, ya casi había perdido el pelo esponjoso, que había sido sustituido por un pelaje suave como el de un conejo. Había empezado a imitar a su madre y ansiaba que lo tratáramos como a ella. En ocasiones se me acercaba y se tumbaba bajo mi mano pidiéndome que lo acariciara. Aunque iba en contra de mis principios, confieso que a veces no pude resistirme. A menudo también me pedía jugar, pero, pese a sus buenas

intenciones, no estaba segura de que no me mordiera o me arañara, tal como haría con su propia familia. No era como Elsa, que en tales ocasiones sabía controlar su fuerza, porque Jespah era un leoncito salvaje.

George y yo observábamos con suma atención las distintas relaciones que los cachorros de Elsa entablaban con nosotros. Jespah, espoleado por una curiosidad insaciable, había superado sus inhibiciones previas, se mezclaba con nosotros y se mostraba afable, si bien no permitía familiaridades.

Elsita era una auténtica leona salvaje: gruñía si intentábamos acercarnos a ella y se escabullía. Pese a ser menos bulliciosa que sus hermanos, sabía apañárselas para lograr lo que se proponía de un modo sosegado y eficaz. En una ocasión observé cómo Jespah intentaba arrastrar una cabra recién sacrificada hacia un matorral. Tiraba, empujaba y saltaba sobre ella, pero no conseguía moverla. Entonces Gopa acudió en su ayuda y, entre los dos, hicieron cuanto pudieron, hasta que, exhaustos, se dieron por vencidos y se sentaron resollando junto a ella. Entonces Elsita, que había estado observando sus esfuerzos, apareció y, tirando con fuerza y colocándose a horcajadas sobre ella, arrastró la pesada carga hasta un lugar seguro, donde sus jadeantes hermanos se le unieron enseguida.

Gopa se refugiaba en la tienda cuando las tsetsé estaban más activas, y aquellas ocasiones me permitieron ser testigo de sus celos. Por ejemplo, si me sentaba cerca de Elsa, me miraba escrutadoramente a los ojos, con expresión de desaprobación, dejándome claro que Elsa era su madre y que preferiría que la dejara en paz. Una noche yo estaba sentada en la entrada de la tienda mientras él se encontraba en el anexo, en el punto opuesto, y Elsa entre ambos, observándonos. Cuando Gopa empezó a morder la lona de la tienda, le reprendí con mi voz más severa:

—No, no.

Y, para mi sorpresa, me gruñó, pero dejó de morder. Poco después volvió a las andadas y, si bien volvió a responder a mi «No» con gruñidos, dejó de morder la tela otra vez.

Hasta entonces, todos los cachorros respondían a nuestros «No», aunque nunca habíamos reforzado nuestra prohibición con una vara ni nada que pudiera asustarlos.

Tras un día y una noche serenos alrededor del campamento, Elsa y sus cachorros se marcharon por la mañana temprano y cruzaron el río. De ahí que



me sorprendiera que, al poco, Makedde nos informara de que había encontrado las huellas de una leona que la noche anterior se había aproximado hasta la cocina, procedente de aguas arriba, y había regresado por donde había venido. ¿Se trataría acaso de la leona fiera? Aunque Elsa no había mostrado señales de alarma, se mantuvo alejada durante un día y medio, y cuando regresó, lo hizo ya caída la noche. Dejó a los cachorros escondidos a cierta distancia y se llevó la comida a rastras aprisa, manteniéndola en todo momento fuera de la vista de sus crías. La mañana siguiente, todos habían cruzado el río. Unas cuantas noches más tarde, mientras la familia se encontraba en el campamento, en torno al amanecer, escuchamos a dos leones acercándose procedentes de río arriba. Elsa se llevó enseguida a sus hijos y, bajo la tenue luz, los atisbamos corriendo hacia el estudio. Al poco, regresó sola, trotando con decisión en dirección a los leones. Ni yo ni los muchachos escuchamos ni un solo ruido, por más que aguzamos el oído. Al cabo de media hora, Elsa regresó y llamó a sus cachorros. Al no recibir respuesta, echó a correr, llamándolos una y otra vez, desesperada. En cuanto logré desembarazarme del seto de espino, me uní a ella en su búsqueda, pero me gruñó y, olisqueando el camino, desapareció rumbo a la Roca Norte. Algo después escuchamos muchos bufidos procedentes de allí, pero, dando por supuesto que los dos leones se hallaban cerca, decidimos no seguir a Elsa hasta la tarde, cuando la situación se serenó. En el camino, además de las huellas de Elsa, detectamos las de otra leona. Ambas conducían a la roca.

Elsa no apareció por el campamento aquella noche, pero dos horas después de que George regresara de Isiolo la tarde siguiente, acudió a visitarme con los cachorros, todos en buena forma, aunque inquietos. Inspeccionó la maleza de los alrededores varias veces, y se marcharon mucho antes de que despuntara el día.

A principios de septiembre nos enteramos de que *sir* Julian Huxley planeaba venir pronto, en una misión patrocinada por la Unesco, para investigar el problema de la conservación de la fauna salvaje en el África Oriental. Nos complació que nos escribiera solicitándonos que le mostráramos partes de la provincia de la Frontera Septentrional, ya que eso nos brindaría la oportunidad de ponerle al corriente de los problemas locales y de la falta de medios para abordarlos.

Creíamos que la visita de *sir* Julian sería un gran estímulo para todas las

personas interesadas en la conservación de la fauna salvaje. También sabíamos que quería ver a Elsa. Teníamos por costumbre limitar sus visitas solo a aquellas personas que tenían razones de peso para verla, y, como era evidente que *sir* Julian era una de ellas, nos alegró que se tomara la molestia de conocerla.

Entre el 7 y el 9 de septiembre mostramos a *sir* Julian parte del distrito de la Frontera Septentrional, y una tarde, a última hora, llegamos a los dominios de Elsa.

Disparamos los tiros de costumbre. Veinte minutos después nos emocionó escuchar los chillidos de los babuinos que solían anunciar la llegada de Elsa y los cachorros. Entusiasmada de verme, Elsa estuvo a punto de derribarme al suelo. Luego saltó sobre el techo del Land Rover. Mientras tanto, los cachorros se afanaban en arrastrar a un lugar seguro una res muerta que les habíamos suministrado. Los observamos durante media hora y luego nos marchamos. Elsa puso expresión de desconcierto cuando vio que los vehículos reemprendían la marcha tras un lapso tan breve.

Durante mi siguiente visita, George llegó con un camión, además de con su *jeep*, y, atraídos por el ruido de los motores, Elsa y los cachorros no tardaron en aparecer. Me comunicó que la mañana siguiente llegaban de Londres David Attenborough y Jeff Mulligan, y que debíamos ir a recogerlos al aeródromo más próximo. Hacía tiempo que intercambiábamos correspondencia con David Attenborough acerca de la posibilidad de rodar un documental sobre Elsa y sus cachorros para la BBC.

Ya nos habían hecho otras propuestas cinematográficas antes, pero las habíamos rechazado, temerosos de que la llegada de un gran equipo de rodaje alterarse a Elsa. Al tratarse de solo dos personas era mucho menos preocupante, pero incluso ellos necesitarían protección constante. Esperábamos mantenerlos seguros por la noche haciendo que uno de ellos durmiera en mi Land Rover a prueba de leones, rodeado por un gran seto de espinos, mientras que al otro invitado lo alojaríamos en una tienda montada sobre el techo de un camión, que se encontraría dentro del mismo cercado. Otra tienda les serviría de vestidor, de cuarto de baño, de laboratorio y de almacén para guardar el material.

Poco después de acostarnos escuchamos el rugido de un león río arriba y observamos que Elsa abandonaba el campamento al instante. La mañana

siguiente, el 13 de septiembre, George me llamó temprano para que acudiera a su tienda y allí encontré a Elsa en un estado lamentable, con la cabeza, el pecho, los hombros y las patas cubiertos de tajos profundos y ensangrentados. Parecía estar muy débil; cuando me arrodillé a su lado para examinarle las heridas, se limitó a mirarme. Nos sorprendió mucho, porque no habíamos escuchado rugidos durante la noche y no éramos conscientes de que se hubiera producido una pelea. Cuando empecé a curarle las heridas, Elsa se esforzó por incorporarse y se arrastró despacio hacia el río, con visible dolor. Me apresuré a mezclar unas pastillas de sulfapiridina con su comida, con la esperanza de atajar el riesgo de infección, pues era evidente que cualquier tratamiento externo le dolería y la irritaría. Cuando estuvo todo listo, pasé veinte minutos buscándola, pero no fui capaz de encontrarla. Debía ir a recoger a nuestros invitados, así que dejé que fuera George quien saliera en busca de los cachorros desaparecidos. Era el momento más inoportuno para tener visita, menos aún de unos productores cinematográficos, y temía que no tuvieran ocasión de trabajar en su proyecto. Los recibí con la triste noticia, pero no tardé en apreciar la suerte que habíamos tenido al dar con dos amantes de los animales como David y Jeff.

Llegamos al campamento a la hora de comer y encontramos allí a George, que acababa de regresar de buscar sin éxito a los cachorros. Mientras nuestros invitados se instalaban, salí en busca de Elsa y la encontré bajo un tupido arbusto cerca del estudio. Respiraba aceleradamente y permaneció tumbada, casi inmóvil, mientras yo le ahuyentaba con la mano las moscas de las heridas. Regresé al campamento para buscar agua y mezclarle unas pastillas de sulfapiridina con la carne. Al ver mis preparativos, David se ofreció a ayudarme y me acompañó hasta el estudio portando la palangana de agua. Le dije que la depositara en el suelo, a cierta distancia de Elsa, y lo reemplacé.

¡Pobre Elsa! Nunca la había visto sufrir tanto. No hizo ningún esfuerzo por levantar la cabeza: tuve que sujetársela yo mientras bebía. Bebió a lametones durante un rato largo. Y después se comió la carne, pero dejó muy claro que no le apetecía tener compañía, así que la dejamos a solas.

Puesto que no podíamos hacer nada más por Elsa, George y yo nos dispusimos a buscar a los cachorros en la ribera opuesta del río. Caminamos llamándolos a gritos por todos los nombres que usamos para dirigirnos a Elsa y a Jespah. Al final, detrás de un matorral, entrevimos a un cachorro, pero

huyó al ver que nos acercábamos. Para no asustarlo más, decidimos regresar a casa y esperar a que fueran ellos quienes encontraran el modo de volver junto a su madre. Jespah fue el primero en hacerlo; en torno a las seis de la tarde cruzó el río y se acercó corriendo a Elsa. Entonces escuchamos a otro cachorro maullar desde la orilla opuesta. Elsa también lo oyó, se arrastró hasta la ribera y lo llamó. Era Gopa, que, al ver a su madre, cruzó el río a nado. Les ofrecí un poco de comida, que los leones pequeños devoraron. Elsa ni siquiera la tocó. Mientras Jespah y Gopa comían, llevamos a nuestros invitados de paseo junto al río. A nuestro regreso, nos sorprendió gratamente encontrar a Elsa sentada en el techo del Land Rover que había aparcado delante de las tiendas. Tomamos una copa y cenamos a escasos metros de distancia de ella, pero parecía ajena a nuestra presencia. Nos inquietaba qué hubiera podido pasarle a Elsita, pero, al rato de habernos acostado, George la divisó acercándose al campamento.

Poco después de medianoche, la familia se marchó, y algo después escuchamos los rugidos de la fiera leona. Durante todo el día siguiente, Elsa se mantuvo alejada, pero sabíamos el motivo: George había visto a la leona en la Gran Roca. Aquella noche volvimos a escuchar sus rugidos. Estábamos muy preocupados por Elsa, de manera que, en cuanto amaneció, George se dirigió río arriba en su busca mientras que yo lo hacía en la dirección opuesta, acompañada de Makedde, Nuru y un guarda de caza; llevábamos agua encima, por si la localizábamos. Detectamos sus huellas unos ochocientos metros más allá de la Roca Fronteriza, mucho más lejos de donde había llegado nunca, al menos que nosotros supiéramos. Elsa inspeccionó la zona para comprobar si era seguro salir, y, al poco de hacerlo, aparecieron también los cachorros. Tenían una sed terrible. No daba abasto a verter el agua, y me costó evitar que me arañaran y me arrancaran el recipiente de plástico de las manos y lo destrozaran.

De regreso a casa, al reunirnos con los muchachos, que se habían quedado un poco atrás, tanto Elsa como Jespah olisquearon con recelo al guarda de caza, que siguió mi consejo y se mantuvo absolutamente inmóvil, por más que su rostro indicaba que no estaba tan tranquilo como sugería su postura. En cuanto fue posible, le indiqué que se adelantara y lo envié al campamento con Makedde.

Las heridas de Elsa tenían mejor aspecto, pero había que volverlas a curar.

Hizo falta mucha persuasión para que la familia nos siguiera. Regresamos despacio al campamento. Nuru permaneció conmigo, armado, pero cuando consideré que estábamos cerca de casa le ordené que se avanzara y advirtiera a David de nuestra llegada, para que pudiera filmar a los leones cruzando el río. Después de irse, me sentí un poco intranquila, y luego me preocupé de verdad: había calculado mal la distancia y acabé perdiéndome en el monte. Era mediodía y hacía mucho calor, y los leones se detenían a resollar a la sombra de cada arbusto. Sabía que lo más inteligente era buscar el *lugga* más cercano y seguirlo, porque desembocaría en el río y desde allí podría orientarme. No tardé en encontrar un *lugga* angosto y eché a andar por él, entre sus escarpadas riberas. Elsa iba tras de mí y los cachorros correteaban tras ella. Al doblar un meandro, de repente me encontré cara a cara con un rinoceronte. Me era imposible apartarme con un salto ágil para cederle el paso, como se supone que hay que proceder en tales circunstancias, de manera que di media vuelta y deshice el camino corriendo tan rápido como podía mientras aquella bestia resoplaba a mi espalda. Divisé al fin un pequeño desfiladero en la orilla y, casi sin ser consciente de lo que hacía, subí por él y eché a correr monte a través. En aquel momento el rinoceronte debió de ver a Elsa, porque viró de manera brusca y echó a correr por la ribera opuesta. Elsa permaneció muy serena observándonos a ambos. Me sentí muy afortunada y sumamente agradecida por el hecho de que no hubiera seguido su costumbre habitual de perseguir a cualquier rinoceronte que veía.

Momentos después, sentí un inmenso alivio al ver a Nuru dirigiéndose hacia mí. Iba a darle las gracias por acudir a rescatarme, pero entonces me explicó que él también se había topado con un rinoceronte que lo había perseguido y que ese era el motivo que le había llevado hasta donde yo me encontraba. Nos reímos de nuestros respectivos sustos y luego, sin alejarnos el uno del otro, regresamos al campamento.

Lo encontramos desierto, ya que, cuando Makedde había llegado y les había informado de que habíamos encontrado a Elsa, George, David y Jeff habían acudido en mi ayuda. Envié a un explorador en su busca para comunicarles que ya estábamos en el campamento, sanos y salvos. Entre tanto, Elsa y los cachorros se divirtieron jugando en el río y se refrescaron tras su larga caminata bajo el sol. Luego se retiraron al monte con una res y allí permanecieron hasta medianoche, cuando cruzaron a la ribera contraria.

Dando por sentado que no habría oportunidad de filmar a los leones hasta el atardecer del día siguiente, pasamos la mañana fotografiando damanes en las rocas. Regresamos acalorados y exhaustos, comimos pasada la hora y luego nos dirigimos hacia el estudio, donde nos habían preparado unas camas de campaña para echarnos una siesta. Estaban dispuestas en fila: la mía en la parte exterior, la de David en el centro y la de George, en el flanco opuesto. Jeff andaba por allí cerca cargando las cámaras. Me quedé dormida enseguida, pero me desperté repentinamente al notar a Elsa, empapada, sentada encima de mí, lamiéndome con afecto y haciéndome prisionera bajo su inmenso peso; justo en ese momento, David saltó por encima de George y fue a reunirse con Jeff. Entre los dos, enseguida pusieron las cámaras en funcionamiento. Elsa saltó sobre George, lo saludó con cariño y luego se dirigió caminando con aire solemne hacia las tiendas para acomodarse dentro de una de ellas. Hizo caso omiso de la presencia de nuestros invitados, y lo mismo ocurrió más tarde, aquella noche, mientras tomábamos una copa. Había estado dentro de una tienda con Jespah y, al salir, pasó a unos quince centímetros del pie de Jezz, pero fingió no percatarse de su existencia; por lo que a ella concernía, no estaba allí.

La mañana siguiente seguimos sus huellas y la encontramos durmiendo a medio camino de la cima de la Roca de los Bufidos. No era nuestra intención molestarla, así que volvimos a casa y regresamos después de merendar. En aquella ocasión acudimos cargados de varias cámaras para tomar planos desde todos los ángulos.

Fuimos muy afortunados, porque ni Elsa ni los cachorros podían haberse mostrado más solícitos y haber posado con más elegancia en el collado. Al final, Elsa descendió y nos saludó a todos, incluidos David y Jeff, restregando la cabeza contra nuestras rodillas. Permaneció con nosotros hasta que oscureció y regresamos al campamento. Los cachorros, tal vez alterados por la presencia de desconocidos, permanecieron en la roca.

Aunque a Elsa no parecía haberle molestado que la filmaran, me preguntaba si acudiría a por su cena. Últimamente, incluso la presencia de uno de sus muchachos preferidos la había mantenido alejada del campamento. Pero mi preocupación era infundada: justo cuando iba a explicarles a nuestros invitados que quizá no apareciera estuvo a punto de derribarme en el suelo con su tempestuoso saludo. El hecho de que acudiera al campamento confirmó mi

impresión de que los africanos la inquietaban y, en cambio, no parecía recelar lo más mínimo de los europeos.

Mezclé un plato de su carne preferida con un poco de aceite de hígado de bacalao y, cuando me disponía a llevárselo, Jespah me tendió una emboscada y se lo zampó.

Mientras eso sucedía, Jeff, que probaba la grabadora de sonido, reprodujo sin querer algunas de las grabaciones de los rugidos de la leona fiera. Jespah aguzó los oídos y ladeó la cabeza, como si escuchara con atención aquella voz que detestaba. Acto seguido dejó su manjar y fue corriendo a advertir a su madre del peligro.

La mañana siguiente volvimos a filmar a Elsa en la roca y fuimos nuevamente testigos de su simpatía por David y Jeff: en esta ocasión, trajo a los cachorros a jugar con nosotros. Me interesó mucho observar que Jespah reaccionaba como solía hacer Elsa cuando era una cachorra; enseguida percibía si a alguien le gustaba, le ponía un poco nervioso o le asustaba, y en función de ello trataba a la persona. A David, lamento decirlo, decidió acecharlo y tenderle emboscadas, así que nuestro invitado pasó la mayor parte del tiempo intentando esquivar al cachorro. Fue una pena enorme que la oscuridad impidiera filmar sus juegos.

En su última noche, nuestros invitados se despidieron de Elsa cuando esta estaba sentada en el techo del Land Rover: mientras le sacudían la pata tuve la sensación de que Elsa se había convertido para ellos en algo más que una mera atracción cinematográfica. Les agradecí de corazón tanto a David como Jeff el tacto y la amabilidad que habían demostrado al rodar su documental.

# 21

## ELSA EDUCA A LOS CACHORROS

La tarde del 21 de septiembre, George, el Toto y yo nos reunimos con la familia en el monte. Elsa nos saludó como de costumbre y Jespah nos lamió a George y a mí, pero, cuando se dirigía a lamer al Toto, su madre se interpuso entre ellos en gesto de desaprobación. Aquel hecho nos confirmó su cambio de actitud: pese a haberse encariñado tanto del Toto como de Nuru y Makedde, desde el nacimiento de los cachorros se oponía a que se acercaran a africanos o viceversa, y era evidente que esa prohibición se había hecho extensiva al Toto.

La tarde siguiente encontramos a la familia jugando en el río. Mientras los cachorros chapoteaban y peleaban por unos palos flotantes, Elsa se situó cerca del Toto, en una posición que le permitía mantenernos a todos vigilados.

Mientras nos dirigíamos a casa, Jespah parecía muy interesado en el rifle del Toto, a quien no dejaba de acechar y tender emboscadas. Elsa acudió en su rescate en varias ocasiones y se sentó sobre su hijo el tiempo suficiente para que el Toto pudiera avanzar sin que lo incordiará.

Aquella noche, las moscas tsetsé estaban especialmente molestas y Elsa se desplomó dentro de mi tienda y, maullando, me pidió que le ayudara a librarse de ellas. Entré para llevar a cabo mi tarea, pero Jespah y Gopa se me adelantaron y los encontré sobre su madre, rodando sobre ella para aplastar las moscas. Al ver que me acercaba me gruñeron, de manera que, mientras yo le quitaba los bichos, Elsa se dedicó a darles lametones para apaciguar sus celos. Por lo general, ella siempre me permitía hacer aquello, ya que toda ayuda era bienvenida. De ahí mi sorpresa cuando, la mañana siguiente, mientras observaba a los cachorros jugar con ella, Elsa me dio un par de



zarpazos y saltó hacia mí.

Aquella noche realizó una breve visita al campamento, si bien esperó a que nos hubiéramos acostado, y no volvió a aparecer hasta la noche siguiente, en que acudió con los cachorros y mantuvo las distancias: recogió su carne, la arrastró fuera de mi vista y, al cabo de un rato, se marchó.

La tarde siguiente, al regresar de una excursión en la que había encontrado muchas huellas frescas de elefante, vi a Jespah afanado en hacer trizas mi único salacot. Era un fastidio, pues lo necesitaba para caminar bajo el sol abrasador. Elsa, quizá para compensar la barrabasada de su hijo, se mostró especialmente cariñosa. Permanecimos sentadas largo tiempo junto al río, observando un osado martín pescador que se nos acercaba mucho.

Fue en torno a esa época cuando empecé a apreciar lo celoso que se estaba volviendo Gopa, no solo de mí, sino también de su hermano. Cuando Jespah jugaba con su madre, se abría camino entre ambos a empujones, y si Elsa se me acercaba, se agazapaba y gruñía hasta que su madre iba junto a él.

Tras la partida de George, opté por dormir en el Land Rover, cerca del cual encadenábamos las reses sacrificadas por la noche con la intención de protegerlas de depredadores imprevistos.

Una noche me despertó un ruido de árboles partiéndose y de barritos de elefante. Estaban junto al río, entre el estudio y las tiendas, pero se aproximaban cada vez más, cosa que me inquietó, porque no sabía qué hacer si llegaban hasta las tiendas. Elsa estaba sentada con sus cachorros cerca de mi «coche-cama», mirando en la dirección de la que procedían aquellos ruidos y quizá albergando dudas similares. Escuchamos todos con suma atención. De pronto vi una inmensa forma moviéndose en la parte alta de la ribera; se detuvo, permaneció quieta durante lo que se me antojó una eternidad y luego se desvaneció en la oscuridad. Elsa y los cachorros se mantuvieron tan en silencio como yo y permanecieron en su posición de «guardia» hasta que el estruendo hubo cesado. Entonces me pareció ver que se marchaba.

Poco después, la luz de mi linterna se reflejó en un par de ojos verdes que se acercaban poco a poco. Dando por supuesto que se trataba de un depredador que merodeaba por allí, salí del coche con la intención de cubrir la res con espinos, pero, antes de tener tiempo de arrastrar una gran rama hasta ella, Elsa se abalanzó sobre mí y regresé. Más tarde, convencida de que Elsa y los cachorros se marchaban tras haber cenado, salí de nuevo, pues de ningún

modo quería regalarles comida a los chacales. Pero Elsa volvió a saltar sobre mí para defender su presa. Pasamos el resto de la noche observándonos. Al final ganó ella, probablemente a expensas de comer mucho más de lo que quería.

En octubre, tanto Billy Collins como yo consideramos que sería conveniente reunirnos y comentar los planes para la secuela de *Nacida libre*.

Fui a recogerlo a Nairobi. Cuando llegamos al campamento a la hora de cenar, encontramos a la familia de leones comiendo delante de las tiendas. Yo estaba un poco intranquila, pero Elsa nos recibió de manera cordial y luego volvió a su cena. Pasamos el resto de la noche a escasos metros de ella, si bien no nos prestó ninguna atención.

Al día siguiente hacía un calor espantoso y el monte estaba totalmente reseco. Incluso en el estudio, donde por lo general se está fresco, hacía un calor asfixiante cuando llegamos por la mañana para empezar a trabajar. Aunque nos distrajimos contemplando a los babuinos, los antílopes y las diversas aves, avanzamos bastante y no fuimos en busca de Elsa hasta después del té. No la encontramos en el camino de ida. Sin embargo, al regresar al campamento por una angosta senda, de repente Jespah y ella me sorprendieron restregándose contra mis piernas.

Para Elsa, Billy era uno más de nosotros. En cambio, a Jespah le causaban mucha curiosidad sus zapatillas deportivas y sus calcetines blancos. Agazapado y oculto tras cada mata que encontraba en el camino, se preparaba para tenderle una emboscada, pero, como siempre interveníamos, al final se enojó porque le frustráramos los planes y se marchó a reunirse con los otros cachorros. Elsa pasó la noche encaramada en el techo del Land Rover.

La mañana siguiente me despertó lamiéndome a través de la mosquitera desgarrada. ¿Cómo había entrado en mi tienda? Me preocupaba que se le hubiera ocurrido visitar a Billy y alcé la voz para preguntárselo. Billy me contestó que Elsa acababa de dejarlo. En aquel momento apareció el Toto con mi té matutino. Al verlo, Elsa descendió despacio de mi cama y se dirigió hacia la puerta de mimbre del cercado de espino. Allí aguardó hasta que el Toto se la abrió, tras lo cual salió con serenidad, recogió a los cachorros y se marcharon trotando hacia las grandes rocas.

Me vestí aprisa y salí con cierta inquietud a comprobar cómo le había ido a Billy. Me explicó que Elsa se había colado por debajo de la puerta de

mimbre de su cercado, que habíamos obstruido con una barricada de espino, y luego había saltado sobre el Land Rover. Sin embargo, al comprobar que no podía acceder a Billy, se había decidido a visitarme a mí.

Cuando David Attenborough y Jeff nos visitaron habían dormido exactamente en el mismo sitio y no les había prestado la más mínima atención. Las únicas personas con quienes insistía en compartir la cama éramos George y yo.

Por la tarde visitamos a la familia, a la que encontramos en la Roca de los Bufidos. En cuanto Elsa y Jespah nos divisaron, descendieron y nos recibieron con alborozo. Makedde nos acompañaba, y Elsa lo saludó también, pero se colocó a toda prisa entre él y Jespah para evitar que su cachorro se frotara la cabeza con sus piernas. Gopa y Elsita permanecieron en la roca, pero, tras adentrarnos unos cien metros en el monte, Elsa los llamó y bajaron corriendo, si bien se mantuvieron fuera del alcance de nuestra vista. No se dejaron ver hasta que llegamos al río, cuando, con mucha calma, se sentaron en el agua para refrescarse mientras nos observaban con atención. Luego Jespah se acercó a Elsa y empezó a hacerle arrumacos; estaba muy afectuoso, pero en el trayecto de vuelta sus travesuras nos retrasaron y se nos echó la noche encima. Para empezar, aunque Billy se había desprendido de sus calcetines blancos, seguía fascinando a Jespah, que se le sentó a los pies y lo miró con descaro, retándolo a avanzar. Billy intentó esquivarlo, pero fue en vano, porque Jespah estaba decidido a cortarle el paso. Elsa intervino en un par de ocasiones derribando a su hijo, pero lo único que consiguió con ello fue alentar sus travesuras. Luego el pequeño cambió de objetivo: George, que se había adelantado a la expedición, notó de pronto que dos patas lo agarraban por detrás con la intención de tirarlo al suelo. ¡Desde luego, Jespah disfrutó de lo lindo aquella noche! No nos dio tregua hasta que llegamos al campamento y se concentró en su cena.

El 12 de octubre era el último día de Billy en el campamento, motivo por el cual nos esforzamos por localizar a la familia. No lo logramos, pero, al regresar al campamento, encontramos allí a Elsa y Jespah. Billy se despidió de Elsa dándole unas palmaditas mientras estaba tumbada sobre el Land Rover, y también le acarició la cabeza, cosa que, por norma general, solo me consiente a mí.

Durante la segunda semana de octubre, George regresó al campamento.

Los días transcurrían sin sobresaltos, hasta que una noche la leona fiera y su compañero anunciaron su llegada con unos rugidos portentosos desde la Gran Roca. Elsa captó la indirecta y se llevó a su familia a la otra orilla.

Al día siguiente, a primera hora de la mañana, George vio a la leona fiera de pie en la Gran Roca, perfectamente silueteada contra el cielo. La leona le permitió acercarse hasta unos cuatrocientos metros y luego se marchó.

Elsa acudió a comer un bocado aquella noche, pero no volvió a aparecer en las siguientes cuarenta y ocho horas. Durante aquel tiempo, George y yo alternamos la guardia. Preocupada por la ausencia de Elsa, salí a buscarla, pero no hallé sus huellas. La mañana siguiente encontramos su rastro y el de los cachorros por todo el campamento; me pareció raro que no hubieran hecho algún ruido para indicar su presencia. Al seguir sus pisadas descubrimos que se mezclaban con huellas de rinoceronte y de elefante.

Aquella noche, la familia sí se presentó en el campamento, pero Elsa estaba de un humor extraño y no mostró interés alguno en mí, ni tampoco en Gopa o Elsita. Parecía completamente absorta en Jespah. Compadecía a Gopa, que se esforzaba por captar su atención. Cada vez que su madre pasaba junto a él, rodaba por el suelo para invitarla a jugar, pero lo único que conseguía era que lo pisara para ir a reunirse con Jespah.

Alrededor de las ocho y media de la tarde, dos leones empezaron a rugir; toda la familia escuchó con atención, pero solo Elsa y Jespah se dirigieron a trote ligero hacia el estudio, mientras que Gopa y Elsita, tras acompañarlos un breve trecho, regresaron a acabarse la cena. Siguieron devorando la carne hasta que se oyó un temible rugido a tan escasa distancia que salieron disparados tras su madre, que para entonces había cruzado ya el río.

Puse a buen recaudo los restos de la carne, y menos mal, porque el dueto de leones se prolongó durante toda la noche. La tarde siguiente, bajo la luz crepuscular, Makedde y yo avistamos una leona ascendiendo a la Gran Roca y sentándose en la cima. No me cabía duda de que era la leona fiera. Saqué los prismáticos y, por primera vez, pude contemplarla bien. Tenía el pelaje mucho más oscuro que Elsa, y era mucho más corpulenta y bastante fea. Miraba hacia nosotros desde la cumbre de la roca, sin dejar de rugir en ningún momento. Aquella noche no pegamos ojo, y, como era de esperar, Elsa se mantuvo alejada.

Por la mañana seguimos las huellas de la leona fiera y su compañero;

habían caminado aguas arriba, hasta la zona en la que creíamos que vivían normalmente. Y sin duda Elsa lo sabía, porque aquella misma noche trajo a su familia al campamento a cenar. Apenas me prestó atención hasta que los cachorros se abalanzaron sobre la comida, tras lo cual estuvo tan cariñosa como siempre. Era evidente que se trataba de una estratagema que había ideado para no suscitar sus celos.

El aire era opresivo y los relámpagos estriaban el horizonte a intervalos frecuentes. Al poco de acostarme empezó a soplar un fuerte viento, los árboles crujieron y la lona de la tienda empezó a aletear. Cayeron algunas gotas y, al poco, ya llovía a cántaros. El aguacero se prolongó durante toda la noche. Al no haber previsto aquel diluvio, no habíamos clavado bien las estacas de las tiendas, a resultas de lo cual los hierros se vencieron y me pasé toda la noche intentando enderezarlos lo suficiente para protegerme la cabeza, mientras bajo mis pies parecía correr un río.

Cuando salí vi que la tienda de George también se había venido abajo y escuché en su interior a Elsa gimiendo en voz baja. Al poco apareció con Jespah y Gopa, bastante desaliñados pero secos. Elsita, en cambio, ni siquiera intentó refugiarse del chaparrón: la vi fuera del cercado de espinos, calada hasta los huesos.

Me dispuse a ordenar nuestras pertenencias empapadas y a llevarlas a los coches para protegerlas de los leones, tarea en la que me «ayudó» Jespah, que se lo pasó en grande defendiendo cada caja que yo pretendía mover. Cuando hube concluido, Elsa, Jespah, Gopa y yo nos apiñamos en mi tienda, mientras que Elsita solo consintió en situarse junto a la entrada, donde al menos quedaba un poco guarecida.

Las lluvias continuaron durante cuatro días.

Pese a hallarse en una región semidesértica, cerca del hogar de Elsa hay una cordillera de la que descienden pequeños riachuelos que atraviesan esta zona árida. El más cercano al campamento fluía ahora más crecido de lo que yo lo había visto nunca. Un torrente rojo y rugiente desbordó bramando sus márgenes, inundó el estudio hasta la altura de la mesa y dejó a su paso un montón de escombros, incluida una palmera dum que el agua había arrancado. Me alegré muchísimo de que Elsa y los cachorros se encontraran en nuestra ribera y de tener comida suficiente para alimentarlos.

Al cabo de tres días, la tierra chamuscada de los alrededores del

campamento había reverdecido y los arbustos reseco y quebradizo se habían transformado en una vegetación exuberante. A decir verdad, brotó tal profusión de flores que durante tres o cuatro días el suelo estuvo alfombrado de pétalos de colores.

Los animales del monte enseguida reaccionaron a aquel paso de la aridez de la sequía a la exuberante abundancia que la siguió. Apenas una semana después, cuando las lluvias cesaron, divisé muchas crías de animal. Unos pequeños varanos de vivas tonalidades, que tomaban el sol junto al río, se zambulleron en las aguas espumosas al notar que me acercaba. Dos tortugas diminutas, que no medirían más que una moneda, nadaban cerca del estudio; eran réplicas perfectas en miniatura de las tortugas adultas, del tamaño de un plato sopero más o menos, que a menudo había observado en las rocas de la orilla de enfrente. Ahora bien, el vivero más insólito de todos lo descubrí una mañana al pasear río abajo. A escasa distancia de uno de los lugares de paso preferidos por Elsa, hay una charca profunda donde observé lo que parecían ser renacuajos gigantes, que se mantenían en posición vertical agitando las aletas con energía. Al mirarlos de cerca comprobé que eran crías de cocodrilo, aunque no debían de medir más de quince centímetros; apenas tendrían dos o tres días de vida.

George había llegado al campamento en cuanto las condiciones del terreno le habían permitido viajar, y había venido acompañado de cinco guardas de caza que integrarían una patrulla permanente destinada a desarticular la caza furtiva. Como debían instalarse a cierta distancia de Elsa y de nuestro campamento, George acudió a supervisar la instalación de su puesto y el desbroce de una pista forestal para acceder a él.

Esperábamos que en el plazo de dos semanas los trabajos estuvieran bastante avanzados. Entonces podríamos empezar a separarnos de Elsa durante períodos cada vez más dilatados con el fin de obligar a los cachorros a salir de caza con ella y vivir plenamente en libertad. A resultas de nuestra imprevista estancia prolongada en el monte se habían habituado a la vida en el campamento, y, aunque no teníamos control sobre ellos, Jespah había entablado una relación bastante íntima con nosotros. Aun así, su instinto salvaje seguía intacto y, desde luego, Gopa y Elsitá solo nos toleraban porque veían que su madre insistía en que fuéramos amigos.

Nos preguntábamos cómo les comunicaba que no debían hacernos daño,

cosa que habrían podido hacer de haberlo pretendido. Tal vez solo imitaran su ejemplo. En particular Jespah, cuando jugaba con nosotros o cuando tenía celos, podría habernos causado graves daños de no haberse controlado, pero lo hacía siempre, e incluso nos dejaba claro cuándo estaba malhumorado.

Gopa era menos simpático, pero mientras lo dejáramos a su aire no causaba problemas.

Y Elsita seguía tan tímida como siempre, aunque a aquellas alturas ya no la poníamos tan nerviosa. Nos sorprendía que ninguno de los cachorros hubiera intentado nunca subirse al techo del Land Rover con Elsa, por más que a menudo alzaban la vista hacia ella con expresión despechada cuando se encaramaba a la lona para que dejaran de incordiarla. A juzgar por la capacidad de los cachorros para trepar a los árboles, podrían haber subido con facilidad al capó y luego haber dado otro salto hasta el techo, tal como había hecho Elsa de más pequeña, pero por algún motivo parecían considerar el *jeep* zona prohibida.

Durante las ausencias de George, Jespah y Gopa usaban su tienda a modo de «guarida». A resultas de ello, cuando regresaba la encontraba un poco hacinada. A mí me preocupaba, pues George prefiere dormir en una cama de safari baja, y con Elsa, Jespah y Gopa a su alrededor, me inquietaba que pudiera producirse algún incidente, pero los leones siempre se comportaban asombrosamente bien. Si Jespah intentaba jugar con los dedos de sus pies, George pronunciaba un «no» autoritario y dejaba de hacerlo al instante.

Se sentían tan en casa que, una noche, Elsa se dio media vuelta y volcó la cama de George, el cual aterrizó sobre Jespah. No hubo ningún desastre, y Gopa, que dormía cerca de la cabeza de George, ni se inmutó.

Al día siguiente, cuando regresábamos al campamento, encontramos a toda la familia, salvo Jespah, devorando una res muerta. No tardamos en descubrir al cachorro ausente detrás de las tiendas, dando cuenta de una gallina de Guinea guisada que había robado de la mesa, pero el pequeño truhan tenía una expresión tan pícaro que no pudimos más que soltar una carcajada. Aun así, nos sorprendió que prefiriera la carne cocinada a la fresca. Y al día siguiente nos llevamos una sorpresa aún mayor cuando, al encontrarnos con toda la familia en el monte, vimos que Elsa estaba amamantando a los cachorros. Tenían ya diez meses y medio y no creo que extrajeran demasiada leche, pues las ubres de Elsa parecían vacías.

A pesar de que aún mamaban, empezamos a apreciar las primeras señales de adolescencia en Jespah y Gopa: les había salido una bonita pelusa mullida alrededor del cuello y el rostro, y, aunque parecían un poco barbilampiños, tenían un aspecto de lo más atractivo. Mientras Elsa nos saludaba con cariño, Jespah se abrió camino entre nosotros a empellones y exigió también unas palmaditas. Elsa nos observó y luego lamió a su hijo en señal de aprobación.

Regresamos juntos al campamento. Delante de él se encontraban los restos de la cena del día anterior, pero Elsa se negó incluso a olisquearlos y exigió una cabra fresca. Más tarde, un leopardo gruñó desde el otro lado del río y ella salió disparada, dejando atrás a los cachorros, que, transcurridos unos quince minutos, la siguieron. Nos alegraba comprobar que Elsa tomaba la iniciativa y estaba preparada para defender su territorio.

Aquella noche se oyeron rugidos de león. Cuando después seguimos sus pisadas, descubrimos que conducían hasta la Gran Roca. Era evidente que algo había asustado a los cachorros, porque, el 24 de noviembre, cuando Elsa cruzó el río a nado, se negaron a seguirla y ella tuvo que regresar dos veces para alentarlos antes de que reunieran el valor de hacerlo. Una vez en la otra orilla, se lo pasaron en grande jugando: Elsa y Jespah rodaron abrazados por el suelo, como les gustaba hacer, y el pobre Gopa se dedicó a saltar con torpeza entre ellos reclamando un poco de atención. Al ver que me acercaba a fotografiarlos, Gopa me gruñó y Jespah le asestó tal zarpazo que pareció estupefacto por tal castigo. Si bien formaba parte del juego, aquel gesto ilustraba la diferencia de carácter entre ambos hermanos. Sin embargo, como de costumbre, cuando se acomodaron para cenar, los celos quedaron olvidados.

George había cazado una gallina de Guinea y me la escondí tras la espalda porque quería dársela a Elsita. Aguardé el momento en el que solo ella mirara hacia arriba y se la enseñé. Entendió la situación al instante y, si bien continuó comiendo con sus hermanos, me observó con atención mientras me alejaba un poco. Esperé hasta que Jespah y Gopa estuvieran concentrados en la carne y, cuando solo Elsita veía lo que hacía, lancé el ave detrás de unas matas. Entonces, mientras ella me observaba, me dediqué a señalarle hacia la gallina, hasta que de repente echó a correr como un rayo, agarró el ave y se la llevó al interior de un matorral, donde pudo comérsela sin que los demás la incordiaran.



Al día siguiente vimos a la familia sentada sobre un mirador de roca en la orilla opuesta del río, frente al estudio, a cuyos pies se extiende un profundo estanque en el que antiguamente habitaba un gran cocodrilo. Los cachorros parecían nerviosos y solo Elsa lo atravesó a nado. Agarró una res muerta que habíamos llevado con nosotros y volvió a cruzar el río con ella, si bien esta vez evitó el estanque y nadó corriente arriba, para cruzar por un punto en el que la ribera es mucho más empinada y donde nunca habíamos visto cocodrilos.

La familia no parecía hambrienta, porque, en lugar de comer, prefirió seguir jugando a trepar a los árboles; los cachorros hacían equilibrios sobre las ramas inclinadas que se proyectaban sobre el río y parecían decididos a ponerse la zancadilla y a lanzar a sus adversarios al agua. Al final, Elsa se les unió y nos pareció que les daba una lección sobre cómo darse la vuelta en una rama y cómo pasar de una rama a otra.

Al anoecer, la carne seguía intacta y, como no queríamos perderla ni provocar un enfrentamiento entre Elsa y algún depredador que pasara por allí, George se dispuso a recuperarla.

Lo primero era conseguir que la familia cruzase a nuestra ribera, pues, de otro modo, se opondría a la retirada de su comida. Mientras George ascendía cauce arriba para quedar fuera de su vista y vadeaba el río, yo sostuve en alto una gallina de Guinea para intentar tentarlos. Los leones picaron el anzuelo y se me unieron. Por desgracia, cuando George llegó hasta la res muerta, Elsa lo vio, nadó a toda prisa hacia la otra orilla y la defendió. Hizo falta mucha persuasión por parte de George para que Elsa le dejara transportar la res flotando al otro lado del río, y aun así nadó a su lado, con cara de sospecha. Mientras todo aquello sucedía, los cachorros corrían arriba y abajo por la orilla, alterados, si bien en ningún momento intentaron unirse a Elsa. Me sorprendió, porque por lo general no les daba miedo el río, que en aquellas fechas, además, era fácil de vadear. No obstante, más tarde, recuperaron su reputación de valientes: poco después de anoecer escuchamos unos ruidos que indicaban que había un rinoceronte en el salobral; Elsa salió disparada hacia allí, seguida por los cachorros, y, a juzgar por los bufidos que se oyeron, el rinoceronte debió batirse en rápida retirada. La valerosidad de los cachorros era incuestionable, si se atrevían a enfrentarse a un animal grande y fiero como un rinoceronte.

Cuando tenía el ánimo juguetón, a Jespah le gustaba hacer payasadas. Un día en que estaba especialmente contento y andaba incordiando a todo el mundo para jugar, coloqué una bandeja redonda de madera en una rama que pendía sobre el río para comprobar qué hacía con ella. Trepó al árbol e intentó agarrar con los dientes la bandeja por el borde, de unos dos centímetros y medio de grosor, utilizando una pata para estabilizarla, ya que se balanceaba. Cuando la tuvo bien sujeta para transportarla en horizontal, descendió del árbol con mucho cuidado, haciendo varias pausas para asegurarse de que lo estábamos observando. Finalmente, al llegar al suelo, desfiló exhibiendo su trofeo, hasta que Elsitá y Gopa se lanzaron a perseguirlo y pusieron fin a su actuación.

Las vacaciones de George tocaban a su fin y consideramos que era el momento adecuado para irnos. Los cazadores furtivos parecían haber desistido. Elsa ya sabía defender su territorio y los cachorros se habían convertido en fuertes leones jóvenes, por lo que les había llegado la hora de salir a cazar con su madre y llevar una vida natural. Además, como cada vez manifestaban más celos, nos parecía injusto que nuestro afecto hacia su madre pudiera inducirlos a provocarnos algún daño.

Decidimos prolongar más nuestras ausencias. Para empezar, planeamos dejarlos solos seis días, pero al final, debido a las fuertes lluvias, no pudimos regresar hasta transcurridos nueve.

Elsa no apareció en respuesta a los disparos que lanzamos al aire, y tampoco detectamos huellas alrededor del campamento, pero era posible que se hubieran borrado con la crecida del río. Al cabo de un rato, me dirigí paseando hacia la Gran Roca y tropecé con Elsa y los cachorros. Jadeaban, de lo cual deduje que habrían recorrido una larga distancia para acudir a mi llamada. Se mostraron encantados de verme y Jespah se interpuso entre Elsa y yo a la espera de que lo saludara. En cambio, Gopa y Elsitá mantuvieron las distancias. Estaban todos en una forma espléndida, tan corpulentos como cuando los habíamos dejado.

Les había llevado una res muerta, pero, mientras que Elsa se acomodó a devorarla, los cachorros no parecían tener prisa en comer y se dedicaron a jugar un rato antes de unírsele. Una vez saciada, Elsa se me acercó, muy cariñosa. Como los cachorros estaban demasiado ocupados comiendo para percatarse, no dieron indicios de tener celos, sin duda justo lo que pretendía

su madre.

Al día siguiente me quedó claro que Elsa intentaba por todos los medios evitar riñas o cualquier animosidad entre ellos. Yo les había dado una gallina de Guinea a los cachorros y andaban peleándose por ella. Gopa, muy enfadado, nos gruñó a Jespah, a Elsita y a mí. Al oírlo, su madre acudió enseguida a comprobar qué sucedía, pero, al constatar que Gopa se había enfadado por una nimiedad, regresó al techo del Land Rover.

Minutos más tarde, mientras los cachorros comían, me acerqué a ella, pero me recibió con un gruñido y dos zarpazos. Retrocedí, atónita, porque no creía merecer tal trato. Al poco saltó del coche y se restregó cariñosamente contra mí, sin duda para compensar su mal comportamiento. La acaricié y se arrellanó a mi lado, con una zarpa apoyada en mí. Cuando los cachorros se nos unieron, rodó hacia el otro lado y dejé de existir para ella.

Siempre dejaba claro cuánto le preocupaba que los cachorros nos consideraran sus amigos. Una noche, tras haberse dado un atracón con la carne que les habíamos suministrado, Jespah entró en la tienda. Estaba demasiado lleno para jugar y se tumbó boca arriba, porque, con la panza tan abultada, era la posición más cómoda. Me miró pidiéndome que le acariciara. Como se mostraba muy dócil, me sentí relativamente a salvo de sus zarpas y de sus afiladas uñas, y le acaricié el sedoso pelaje. Cerró los ojos y emitió un ruido similar a un chupeteo, una clara señal de felicidad. Elsa, que nos había estado observando desde el techo del coche, se nos unió y nos lamió a ambos, demostrando con ello cuán feliz la hacía comprobar que nos llevábamos tan bien.

La feliz escena tuvo un final abrupto cuando Gopa se coló en la tienda y se sentó encima de Elsa, con una expresión posesiva que me dejó claro que sobraba, así que me retiré.

Por más que quisiera a sus pequeños, Elsa no perdía ocasión de disciplinarlos cuando hacían algo que sabía que desaprobábamos, aunque solo actuaran movidos por sus instintos naturales.

Por lo general, por la noche encerrábamos a las cabras en mi camioneta, pero durante un breve lapso nos vimos obligados a protegerlas dentro de un robusto cercado de espino porque tuvimos que enviar la camioneta al mecánico. Uno de esos días, Jespah asedió la *boma* con tal persistencia que acabamos preocupándonos por la seguridad del rebaño. Ninguna de las

estrategias que inventamos para distraerlo funcionó. Entonces Elsa acudió en nuestra ayuda. Se dedicó a hacer cabriolas alrededor de su hijo para tentarlo a jugar con ella, pero Jespah no le prestó la más mínima atención. Entonces Elsa le dio varios zarpazos y Jespah se los devolvió. Era divertido ver cómo ambos competían por ser más listo que el otro. Al final, Jespah se olvidó de las cabras y siguió a Elsa a la tienda, donde les esperaba la cena.

Cuando acabó de cenar, Jespah, privado de la diversión con las cabras, buscó otro entretenimiento y encontró una lata de leche que hizo rodar por el suelo de lona de la tienda hasta dejarlo todo pringado. Luego cogió la almohada de George, pero las plumas le hacían cosquillas, así que buscó otro juguete y, antes de que pudiera detenerlo, se hizo con un alfiletero que yo estaba usando y salió corriendo con él a la oscuridad. Me aterraba que apretara las mandíbulas y se le abriera, porque podía tragarse el contenido, así que cogí nuestra cena, una gallina de Guinea asada, y salí corriendo tras él. Por suerte, no pudo resistirse a la visión del ave y dejó caer el alfiletero, esparciendo por la hierba agujas, alfileres, cuchillas y tijeras. Pusimos mucha atención en recogerlo todo para que no entrañara ningún peligro para los cachorros.

## 22

### EMPIEZA UN NUEVO AÑO

Había llegado la hora de regresar a Isiolo y dejar a los cachorros bajo el hechizo de la vida salvaje.

El 3 de diciembre telefoneé al comisionado del distrito en cuya región se encuentra el hogar de Elsa. Me advirtió que tal vez fuera necesario trasladarla, pues las tribus del lugar la culpaban del estricto control de la caza furtiva que provocaba nuestra presencia. Además, para espolear la animadversión hacia Elsa, esgrimían que recientemente un león domesticado había matado a una mujer en Tanganica.

Cuatro días después nos llegó el rumor de que un león había atacado y malherido a dos miembros de una tribu a veintidós kilómetros del campamento de Elsa. George partió de inmediato a investigar el suceso. Llegó al campamento demasiado tarde para empezar con las pesquisas ese mismo día. Aquella noche, Elsa y los cachorros jugaron alegremente alrededor de la tienda. Aunque comieron con voracidad, estaban en perfectas condiciones, cosa que resultaba reconfortante, pues hacía ya siete días que vivían por su cuenta. En cuanto amaneció, George se dirigió al puesto de los guardas de caza. No se tenía noticia de que ningún león hubiera atacado a un humano, de manera que envió a los guardas a la escena del supuesto incidente y regresó al campamento.

Para mantener a los leones cerca de las tiendas, les proporcionó una res muerta, que enseguida arrastraron a unos matorrales próximos. Permanecieron allí hasta la noche.

Yo llegué al campamento al día siguiente, después de anochecer. Los

muchachos estaban demasiado cansados para descargar la camioneta y guardar en ella a las cabras, así que durante la noche las protegimos con un cercado de espino.

Pese a que nuestra llegada en dos vehículos fue ruidosa y Elsa debió de escucharnos, no acudió a recibirme. Era la primera vez que no lo hacía.

Después de acostarme escuché a los cachorros atacando la *boma* de las cabras. Los crujidos de madera, los rugidos de león y los balidos de animales que huían en estampida no dejaban duda acerca de lo que estaba sucediendo. Salimos enseguida, pero Elsa, Gopa y Elsita ya habían matado a una cabra cada uno. Jespah tenía a una subyugada con la zarpa, pero George logró rescatarla ilesa.

Tardamos dos horas en acorrallar a las supervivientes del rebaño, que habían huido presas del pánico, y en ponerlas a buen recaudo en la camioneta, mientras las hienas, atraídas por el ruido, describían círculos a nuestro alrededor.

Elsa se llevó su caza al otro lado del río. George la siguió y, al ver a un gran cocodrilo a punto de atacarla, le disparó, pero erró el tiro. Se pasó hasta las dos de la madrugada sentado cerca de Elsa por si el reptil volvía a aparecer, pero no lo hizo. Los cachorros parecían apenados por encontrarse con sus presas separados de Elsa por el río; tras media hora de maullidos nerviosos, se reunieron con su madre sin haber dado siquiera un mordisco a las cabras que habían cazado.

Por la tarde regresaron los guardas de caza y explicaron que habían sido incapaces de confirmar el rumor de que los leones habían malherido a miembros de una tribu, si bien sí habían reunido pruebas suficientes para demostrar que, influidas por cazadores furtivos y agitadores políticos, las tribus estaban desarrollando una hostilidad creciente hacia Elsa. Conscientes de que su vida corría peligro, discutimos cómo proceder.

Habíamos pasado seis meses en el campamento —mucho más tiempo del que habíamos planeado—, con el único objetivo de proteger a Elsa y a sus cachorros de los cazadores furtivos, y, al hacerlo, habíamos interferido inevitablemente en su vida natural. Si alargábamos nuestra estancia, los cachorros se domesticarían tanto que tendrían pocas posibilidades de adaptarse a la vida en la selva en el futuro.

Además, si continuábamos acampando en la reserva, no conseguiríamos

más que agravar la antipatía de las tribus. Dado que en las circunstancias actuales no podíamos dejar a Elsa y los cachorros solos, la única solución que se nos ocurrió fue buscarles un nuevo hogar y trasladarlos lo antes posible.

Hallar un lugar adecuado para liberar a Elsa había sido difícil, y todo apuntaba a que encontrar uno para ella y los cachorros lo sería aún más. Sabíamos que, a aquellas alturas, con la ayuda de su madre para enseñarles a cazar y a protegerse de sus enemigos naturales, los cachorros eran capaces de vivir en el monte, pero ¿dónde estarían a salvo, no ya de los animales salvajes, sino de los humanos, que ahora demostraban ser su enemigo más peligroso?

La mañana siguiente, George me dejó al cargo del campamento y regresó a Isiolo con la esperanza de hallar una solución al problema.

Por la tarde paseé con Nuru hasta la Roca de los Bufidos, donde habíamos divisado a Elsa. Descendió enseguida a saludarnos, pero, cuando empecé a subir al collado para ver a los cachorros, que dormían, me impidió hacerlo sentándose en medio del camino, y no llamó a sus hijos hasta que nos encontrábamos ya de regreso al campamento. A través de los prismáticos vi a Jespah y Gopa bajar a su lado, mientras que Elsita permaneció en la cumbre haciendo de centinela.

Caída ya la noche, la familia llegó al campamento y, tras cenar, Elsa, Gopa y Jespah jugaron en la tienda hasta que se adormilaron abrazados. Los dibujé mientras Elsita nos miraba desde el exterior. Por la noche se oyeron los rugidos de un león que se mantuvo cerca del campamento durante los tres días siguientes. En todo aquel tiempo, Elsa no se alejó de allí. Solo cuando el león hubo abandonado la zona se aventuró a llevar a los cachorros a la Gran Roca y luego, hacia la hora del té, regresó, como si quisiera cenar temprano para asegurarse de que no la perturbara la posible aparición de otro león.

Yo solía reunirme con la familia cuando venían de camino al campamento, y a menudo me conmovía el comportamiento de Jespah. Cuando Elsa y yo nos saludábamos, el pequeño no quería quedarse al margen, pero creo que entendía que me daban miedo sus zarpas, porque se colocaba de espaldas a mí y permanecía inmóvil, como si quisiera decirme que así podía acariciarlo sin temor a sufrir arañazos accidentales. Siempre solía adoptar aquella postura cuando quería que lo acariciara.

El 20 de diciembre era el primer cumpleaños de los cachorros. El río

bajaba tan crecido que no pudimos atravesarlo para ir en su busca, razón por la cual, cuando la familia apareció en el campamento, mojada pero en buena forma, me alegré mucho.

Como regalo de aniversario tenía una gallina de Guinea para ellos, que corté en cuatro porciones para que cada uno disfrutara de una. Tras engullir su manjar, Elsa saltó al techo del Land Rover mientras los cachorros seguían devorando la carne que les habíamos preparado.

Puesto que todos los leones estaban felizmente ocupados, llamé a Makedde para que me escoltara durante un paseo. En cuanto nos pusimos en marcha, Elsa saltó del *jeep* y nos siguió, y luego Jespah, al ver que su madre desaparecía, dejó de comer y echó a correr tras nosotros. Apenas nos habíamos alejado cuando vimos a Gopa y Elsita correr en paralelo a nosotros, persiguiéndose entre los matorrales.

Al llegar al punto en el que la pista se acerca más a la Gran Roca, los leones se sentaron y se revolcaron en la arena. Me quedé a contemplar cómo el sol se ponía y teñía la roca de un rojo intenso. Luego, al ver que Elsa parecía acomodada, regresé caminando al campamento, convencida de que la familia pasaría la noche en la roca. De ahí mi sorpresa cuando vi que Elsa me seguía. Se situó junto a mí, para que le ayudara a zafarse de las moscas tsetsé, con Jespah trotando a su lado como un hijo bien educado. Gopa y Elsita se tomaron su tiempo; bastante rezagados, se dedicaron a perseguirse y tuvimos que hacer varios altos para esperarlos.

Elsa parecía haberse unido a mí con la sola intención de pasear. Era la primera vez que lo hacía desde el nacimiento de los cachorros y me pareció una manear encantadora de celebrar su cumpleaños.

Cuando llegamos al campamento, Elsa se despatarró en el suelo de mi tienda; sus dos hijos machos se le unieron, acariciándole el hocico y abrazándola con las zarpas. Los dibujé, hasta que Elsa se retiró al techo del Land Rover y los cachorros se dispusieron a cenar. Con cuidado de que los pequeños no me vieran, me acerqué a acariciar a Elsa, que me respondió con mucho cariño. Quería darle las gracias por haber compartido a sus hijos con nosotros durante su primer año de vida y por haber compartido también sus preocupaciones durante esa etapa, tan llena de peligros para cualquier cría de animal. Al cabo de un rato, como para recordarme que, pese a nuestra amistad, pertenecíamos a dos mundos distintos, un león rugió y, tras escuchar con



atención, Elsa se marchó.

Por la mañana detectamos las pisadas de una leona río arriba, pero no había rastro de Elsa. No apareció en todo el día ni durante la noche siguiente. La segunda noche escuchamos a dos leones rugiendo y entendimos por qué no había visitado el campamento. De ahí que me sorprendiera encontrarla por la mañana, hacia las nueve, encaramada a la Roca de los Bufidos, rugiendo a todo pulmón. La llamé, pero no me hizo caso y continuó rugiendo durante una hora. ¿A quién llamaría a aquella inusitada hora del día?

Esa noche trajo a los cachorros a cenar, pero al escuchar unos rugidos de león se marchó a la ribera opuesta.

Elsa y los cachorros pasaron la noche del 23 de diciembre en el campamento. Después de desayunar, cuando fui a dar un paseo por la pista forestal para leer en la arena el rastro de los visitantes de la víspera, me siguió la familia entera. Llamé a Makedde y caminamos todos juntos durante unos tres kilómetros y medio.

Jespah estaba muy simpático, se restregaba contra mí e incluso permaneció bastante quieto mientras le quitaba una garrapata que tenía cerca de un ojo. Vimos a dos chacales tomando el sol; en paseos anteriores, los había visto en aquel mismo lugar y nunca se habían asustado de nosotros. Aquel día, aunque nos encontrábamos apenas a unos treinta metros de ellos, no se inmutaron y solo se escabulleron cuando Elsa echó a correr tras ellos, pero, en cuanto se dio media vuelta, se asomaron entre los arbustos, aparentemente bastante tranquilos.

Continuamos hasta llegar a un gran charco de agua donde los leones bebieron. A aquella hora, el sol empezaba a calentar con fuerza y no me habría sorprendido que Elsa decidiera pasar el día en aquel lugar, pero dio media vuelta de buena gana y regresó trotando despacio con nosotros.

No pude evitar imaginar que éramos una familia en su paseo dominical, pero en realidad no era domingo, sino la mañana de Nochebuena. Si bien Elsa no tenía conciencia de aquella fecha, por una extraña coincidencia había escogido un día que yo sentía la necesidad de celebrar para acompañarme de paseo con su familia.

Pasamos de nuevo por el lugar donde habíamos visto a los chacales; seguían allí, pero como los leones tenían demasiada pereza para jugar, ni siquiera se molestaron en levantarse.

A Elsa y a los cachorros empezaba a agobiarles el calor y se detenían con frecuencia a descansar bajo la sombra de un árbol. Aun así, cuando nos encontrábamos a escasa distancia de la Gran Roca, echaron a correr monte a través y en pocos saltos treparon a la cima, donde se acomodaron entre las piedras. Yo subí con dificultad tras ellos, pero Elsa me dejó claro que querían estar a solas. Ella sabía exactamente cuánto le convenía dar a cada uno de sus dos mundos, de manera que me contenté con sacarle algunas fotografías protegiendo a los cachorros.

George llegó en torno a la hora del té con una maleta llena de correo. Mientras paseábamos recogiendo flores para las decoraciones navideñas, me explicó las gestiones que había hecho para encontrar un nuevo hogar para Elsa y los cachorros. Creía que en la zona del lago Rudolf sería donde más a salvo estarían de intromisiones humanas. Había obtenido permiso de las autoridades para trasladarlos allí si surgía la necesidad y planeaba visitar la zona en breve para explorar la región en busca de un lugar adecuado.

Se trata de una parte de Kenia muy lúgubre y con condiciones muy severas, y la perspectiva me deprimió. Para mayor escarnio, Elsa escogió justo aquel momento para unirse a nosotros de camino a casa; tras ella, los cachorros jugaban alegremente. No soportaba imaginarlos vagando por el desierto ventoso y sembrado de lava que rodea aquel lago.

Al llegar al campamento dimos de cenar a la familia, lo que los mantuvo ocupados mientras yo preparaba la mesa para la cena de Navidad. La decoré con flores y adornos de oropel, y puse en el centro el pequeño arbolito plateado de Navidad del año anterior, junto a otro aún más pequeño que acababa de llegar de Londres. Luego saqué los regalos para George y los muchachos.

Jespah observó mis preparativos con suma atención y, en el momento en el que le di la espalda para coger las velas, salió disparado, agarró un paquete que contenía una camisa para George y se dedicó a retozar con él en un matorral. Gopa se le unió al instante y los dos se lo pasaron de fábula jugando con aquella camisa. Cuando conseguimos rescatarla, no estaba en condiciones de regalársela a George.

Casi había oscurecido y empecé a prender las velas. Y aquello bastó para que Jespah decidiera acudir en mi ayuda. Evité por los pelos que estirara del mantel y se volcara encima toda la decoración y las candelas ardiendo. Y

costó bastante persuadirlo para que se mantuviera alejado mientras encendíamos el resto de ellas.

Cuando todo estuvo a punto, se acercó ladeando la cabeza y observó los centelleantes árboles de Navidad; luego se sentó y contempló cómo las velas se consumían poco a poco. Una a una fueron apagándose todas las bujías, y yo tuve la sensación de que representaban cada uno de los días felices que habíamos pasado allí. Y cuando ya no prendía ninguna, la negritud se hizo tan intensa que parecía una metáfora de la negrura de nuestro futuro. A escasos metros de distancia, Elsa y sus cachorros descansaban apaciblemente en la hierba, apenas visibles bajo la tenue luz.

Después, George y yo leímos nuestra correspondencia. Nos llevó muchas horas hacerlo, durante las cuales viajamos con la imaginación por todo el mundo y nos acercamos a todas las personas que le deseaban felicidad a Elsa y a su familia, y también a nosotros.

Por suerte, fue en uno de los últimos sobres que abrí donde encontré la orden del Consejo del Distrito Africano de retirar a Elsa y a los cachorros de la reserva.



*Tercera*  
**PARTE**





*Tercera*  
**PARTE**



## 23

### LA ORDEN DE DEPORTACIÓN

El motivo que daba el Consejo era que, como Elsa estaba acostumbrada a nuestra compañía, podía representar un peligro para otras personas.

No salíamos de nuestro asombro, pues las propias autoridades locales nos habían ayudado a escoger la zona para liberarla y hasta entonces la habían considerado un gran activo para la reserva.

Tras la recepción de la orden de deportación, lo único que podíamos hacer era intentar que el traslado fuera lo menos traumático posible para los leones y buscarles un nuevo hogar que fuera agradable.

Escribimos a amigos en Tanganica, Uganda, Rodesia y Sudáfrica solicitándoles qué posibilidades había de encontrar un buen territorio para la familia en sus países. Sin embargo, antes de decidirnos a sacar a Elsa y a su familia de Kenia, George quiso explorar la zona de la orilla este del lago Rudolf, en el norte del país.

Su plan me apesadumbraba. El paisaje en aquella región es desolador y temía que la caza alrededor del lago fuera tan escasa que Elsa y los cachorros dependieran de nosotros para alimentarse. Además, se trata de una zona tan remota que, en caso de urgencia, seríamos muy afortunados si podíamos contar con ayuda.

Para el traslado, primero tendríamos que construir una rampa y colocar un camión de cinco toneladas pegado a ella, de tal manera que su suelo quedara nivelado con la parte superior del repecho. Luego dejaríamos la cena de los leones dentro del camión. Una vez que los cachorros se hubieran acostumbrado a su nuevo comedero, construiríamos una alambrada resistente

para recubrir la caja del camión y le acoplaríamos una trampilla, que cerraríamos cuando los cachorros estuvieran comiendo, con el fin de convertir el vehículo en una jaula de viaje.

Cavamos la rampa en el salobral que había cerca del estudio. Se me rompía el alma al mirar a los cachorros, que parecían emocionados por las actividades insólitas que tenían lugar en su terreno de juegos: olisqueaban con curiosidad la tierra recién excavada y se divertían revolcándose por el suelo, convencidos de que todo aquello lo hacíamos para entretenerlos.

El 28 de diciembre, George partió en misión de reconocimiento hacia el lago Rudolf. Aquella tarde encontré a la familia cerca del río y, tras los acostumbrados saludos amistosos por parte de Elsa y Jespah, fuimos juntos hasta el borde del agua. Los cachorros se zambulleron sin más preámbulo y se dedicaron a sumergirse y perseguirse entre sí, mientras Elsa y yo los observábamos desde la orilla. Mientras estaban en el agua, ella los protegía con aire solemne, pero, en cuanto salían chorreando, jugaba con ellos y les ayudaba a explorar el terreno. Un árbol cercano proporcionó una gran diversión. Mientras los cachorros trepaban con dificultad por su tronco, su madre los adelantó y, con unos pocos movimientos ágiles, saltó muy por encima de ellos. Contuve la respiración al verla ascender más y más y ver cómo las esbeltas ramas superiores se combaban de manera alarmante bajo su peso. Trepó hasta la copa del árbol. ¿Qué hacía?, me pregunté. ¿Les estaba enseñando a sus hijos el modo correcto de trepar a los árboles o solo fanfarroneaba? Cuando detectó que las ramas no eran lo bastante resistentes para sostenerla, giró con gran dificultad y, probando con precaución cada nueva rama, inició el descenso. Logró bajar, pero no puede decirse que aterrizara con dignidad y, entonces, como si pretendiera sugerir que la caída había sido en broma, empezó a saltar alrededor de los cachorros. Los pequeños la persiguieron y, durante todo el trayecto de regreso a casa, jugaron al escondite y a tender emboscadas, de las cuales yo solía ser la víctima.

Al día siguiente, a la hora del té, Elsa me demostró que era una madre y compañera fabulosa para sus cachorros. La familia apareció en la orilla opuesta del río, frente al estudio. Yo había visto un cocodrilo de casi dos metros adentrarse en el agua, así que no me sorprendió que los cachorros caminaran con nerviosismo de un lado para otro por la plataforma rocosa que había al borde del río, temerosos de saltar a la profunda poza que se extendía

bajo ellos.

Elsa los lamió uno a uno y luego se zambulleron a la vez y nadaron en formación cerrada, para mayor seguridad. Cuando los cachorros se relajaron y empezaron a perseguirse entre sí para secarse, Elsa se les unió. Le agarró la cola a Jespah con la boca y caminó en círculos con él, disfrutando tanto de la payasada como su pequeño.

Al cabo del rato, Jespah se sentó cerca de mí dándome la espalda, como solía hacer cuando quería que lo acariciara. Parecía saber que me daba un cierto reparo que me arañara, porque, a diferencia de su madre, él no había aprendido a ocultar las uñas cuando jugaba con seres humanos.

Por la tarde, los leones me acompañaron de paseo. Me agradaba aquel nuevo hábito del paseo familiar, porque me brindaba la oportunidad de observar las reacciones de los cachorros a todo lo que hallábamos a nuestro paso y, además, me permitía pasar más tiempo con Elsa, de cuya compañía me había visto privada en un grado considerable desde el nacimiento de los pequeños. Cuando llegamos a la Gran Roca, Gopa y Elsita se quedaron rezagados y, por más que los llamé para que nos siguieran, se obcecaron en no hacerlo. Elsa prosiguió su camino, como si supiera que no podía ocurrirles nada malo. Poco a poco había ido dándoles más libertad y no parecían inquietarle sus muestras de independencia. En cambio, Jespah estaba visiblemente agitado: corría de unos a otros y solo al final, y con cierta reticencia, decidió seguirnos a su madre y a mí.

Anduvimos unos tres kilómetros y medio, hasta que, aprovechando que había refrescado, Elsa y Jespah empezaron a jugar; era muy entretenido observar cómo competían por ver quién era el más listo mientras retozaban como un par de gatitos.

En el trayecto de vuelta divisé a Gopa y a Elsita sobre un afloramiento rocoso de la cordillera principal, silueteados contra una puesta de sol espectacular. Me observaron guardando las distancias al pasar por debajo de ellos. Elsa y Jespah subieron a la cumbre de la Gran Roca y los reclamaron con suaves rugidos. Los dos cachorros se desperezaron, bostezaron y fueron a reunirse con su madre.

Los esperé hasta la hora de dormir con una res muerta, pero no dieron señales de vida. A última hora de la noche escuché los resoplidos del padre de los pequeños, lo cual explicaba su ausencia. La mañana siguiente, para

asegurarme de que todo estaba bien, fui con Nuru a la roca y en su base hallamos las huellas de un gran león.

Elsa y los cachorros no aparecieron por el campamento durante dos días, tiempo durante el cual escuché repetidas veces los rugidos del padre. Elsa regresó entrada ya la noche. La acompañaban solo sus dos hijos, pero no parecía perturbada por la ausencia de Elsita, y, después de una comilona, regresaron a la roca.

A primera hora de la mañana siguiente seguí su rastro hasta que vi a Gopa y Elsita sobre la roca; entonces, dando por supuesto que su padre se hallaría en las proximidades, regresé a casa.

Por la tarde, me crucé con la familia en la pista forestal. Gopa y Elsita resollaban: habían estado persiguiendo a un chacal al que había escuchado gritar a cierta distancia. Mientras Elsa me saludaba, le indiqué con señas a Nuru que regresara al campamento y preparara una res, pero Jespah decidió jugar al escondite con él y, hasta que su madre intervino, Nuru tuvo que hacer acopio de todo su ingenio para esquivar a los cachorros. Elsa se hizo cargo de los pequeños, jugando con ellos y distrayéndolos hasta que Nuru acabó su tarea. Elsa solía comportarse de aquel modo, lo cual indicaba a las claras que lo hacía de manera deliberada. Cuando llegamos al campamento, los cachorros se abalanzaron sobre la cena, pero su madre parecía muy agitada y, tras varias exploraciones breves de reconocimiento, desapareció en el monte, sola.

El 1 de enero sentí una gran zozobra. ¿Qué nos depararía el nuevo año? Como si pretendiera animarme, Jespah se me acercó y, adoptando su «posición segura» (es decir: la que me mantenía a salvo de sus zarpas), me invitó a jugar con él. Le acaricié con cariño, pero de repente rodó hacia mí y, por instinto, retrocedí de un salto. Pareció desconcertado. Acto seguido, volvió a rodar a su posición de seguridad e inclinó la cabeza. Era evidente que no entendía mi miedo a sus uñas; no se cansaba de invitarme a jugar con él, y me habría encantado explicarle que, cuando su madre era una cachorrilla diminuta, le había enseñado a controlar sus zarpas y que precisamente por eso podía jugar con ella sin miedo, a diferencia de lo que ocurría con él.

Al día siguiente se repitió la situación: Jespah quería jugar conmigo y yo quería jugar con él, pero, cuando estuve al alcance de sus zarpas, no me quedó más remedio que retirarme. Elsa observó la escena encaramada al Land

Rover. Parecía ser consciente de la desilusión de Jespah por mis precauciones, porque descendió, lamió a su hijo y lo abrazó hasta que volvió a ponerse contento. Entre tanto, Elsitá, nerviosa, se ocultó tras las hierbas, demasiado asustada por mi presencia como para ponerse a descubierto. Elsa se dirigió hacia ella y ambas estuvieron retozando hasta que la pequeña también se relajó. Cuando Jespah y Gopa se unieron a la diversión, Elsa se retiró a su refugio en el techo del Land Rover; subí allí con ella, con la intención de acariciarla para compensarla por la aparente hostilidad que había mostrado hacia su hijo, pero, cuando me acerqué, me dio un zarpazo y luego mantuvo las distancias durante toda la tarde.

El 2 de enero llegaron en un camión Ken Smith y Peter Saw, guardas de caza de distritos vecinos. Habían acudido con el consentimiento del Departamento de Caza para ofrecerse a ayudarnos a trasladar a Elsa y los cachorros. Ken tomó algunas medidas para adecuar la rampa a un camión Bedford con tracción a las cuatro ruedas propiedad del Gobierno que se ofreció a prestarnos para el traslado. También nos ofreció una alambrada a prueba de leones para recubrir la caja y nos propuso enviarnos su viejo camión Támesis hasta que el Bedford estuviera adaptado. Ello nos permitiría empezar a acostumbrar a los cachorros a alimentarse en un camión.

Ken había participado en la cacería que había introducido a Elsa en nuestras vidas y la había visitado en dos ocasiones, pero no había visto a los cachorros, de manera que, una vez tomadas las medidas pertinentes, partimos todos en busca de la familia. Los encontramos en el *lugga* del estudio, pero los cachorros huyeron al ver a dos desconocidos. Elsa saludó a Ken como un viejo amigo y, en cambio, no prestó atención a Peter. Toleró que la fotografieran, pero, cuando nuestros invitados se le acercaron, Jespah se asomó nervioso a través del follaje, dispuesto a defender a su madre si era preciso. Al final se dejó ver, si bien mantuvo una distancia prudencial con respecto a Ken y Peter.

No era nuestra intención molestar a los cachorros, así que regresamos al campamento y ordenamos alejar el camión varios centenares de metros por la pista forestal. Poco después apareció Elsa sola. Nos observó un rato y, a continuación, haciendo caso omiso de Peter, agarró con firmeza a Ken por la rodilla. Supusimos que su intención era comunicarle que creía que ya era hora de que se fuera. Ken captó la indirecta y se marcharon, y al instante los

cachorros aparecieron trotando con alegría y se pusieron a jugar. Aquello nos demostró que se estaban volviendo cada vez más tímidos con los desconocidos. Jespah había superado sus celos con respecto a George y a mí, pero no se fiaba de nadie más.

Un día después me demostró su confianza cuando me permitió que le quitara una garrapata del párpado y un par de larvas de mosca. Se trata de unos gusanos presentes en la mayoría de los animales de caza que, aunque son inofensivos, debilitan las condiciones de su anfitrión y lo hacen vulnerable a contraer otras enfermedades.

Jespah permaneció inmóvil mientras le quitaba las larvas, luego se lamió las heridas y se colocó en su posición de seguridad, invitándome a que lo acariciara. Y, por vez primera, incluso me permitió que le tocara su sedoso hocico. Quizá quisiera demostrarme su gratitud por mi ayuda.

Aquella noche entró solo en la tienda, adoptó la posición de seguridad y permaneció bastante quieto mientras lo acariciaba. Sus demandas de afecto representaban un serio problema: detestaba desilusionarlo, pero, por otra parte, a mi temor a sus zarpas se sumaba el hecho de que queríamos que los cachorros fueran leones salvajes, y la cordialidad de Jespah suponía un riesgo para su futuro. Gopa y Elsita eran distintos: siempre reaccionaban como animales salvajes.

Jespah era el líder de los cachorros. Una tarde lo encontré muy alterado; estaba solo en la orilla opuesta del río, mientras que el resto de la familia acababa de cruzarlo. Caminaba arriba y abajo mirando con nerviosismo al agua, claramente atemorizado por la presencia de un cocodrilo. Intenté ayudarlo arrojando palos y piedras a la profunda poza que tenía que atravesar a nado, pero se limitaba a hacerle muecas al reptil invisible. Con todo, al final se decidió: se zambulló y nadó tan rápido como pudo, agitando el agua de manera deliberada. Elsa, de pie muy quieta a solo unos metros de distancia, había contemplado mis intentos de ahuyentar al cocodrilo. Al ver que Jespah salía del agua sano y salvo, se me acercó y me lamió con cariño, y el cachorro también estuvo especialmente cariñoso conmigo toda aquella tarde.

Después, mientras nos dirigíamos por el angosto sendero hacia las tiendas de campaña, Gopa me tendió una emboscada y me gruñó como un salvaje; me asusté, porque no entendía por qué estaba tan enojado, pero después vi que había arrastrado su cena hasta allí y que, al pasar yo por su lado, se había

sentido obligado a defenderla.

Al día siguiente llegó el camión Thames. Le dimos un buen lavado y lo aparcamos frente al repecho, pero olía a gasolina, a gasóleo y a africanos, por lo que no hubo manera de convencer a los cachorros de que se acercaran a él. Ni siquiera Elsa me siguió a su interior, por más que probé todos los ardides que se me ocurrieron para convencerla, creyendo que su ejemplo alentaría a los cachorros. No había nada que hacer, salvo esperar a que los leones dejaran de desconfiar del camión, lo cual era mucho pedir, ya que hasta entonces los pequeños no habían estado nunca dentro de un vehículo.

\* \* \*

El 8 de enero, a la hora de comer, escuché la cháchara animada de los babuinos en la orilla opuesta al estudio. Por lo general, anunciaba que la familia rondaba por allí, de manera que algo más tarde me dirigí al *lugga* del estudio con mi cuaderno de bocetos. Encontré allí a Elsa, a Gopa y a Jespah, y, como estaban adormilados, aproveché aquella espléndida oportunidad para dibujarlos. La pobre Elsa estaba infestada de larvas, pero, cuando había intentado estrujárselas para quitárselas, había aplanado las orejas y me había gruñido, así que no me quedó más remedio que dejarla en paz.

Al anoecer seguía sin haber ni rastro de Elsitá, lo cual me inquietaba, pero, al ver que su madre no parecía preocupada, me serené, pues había descubierto que el instinto de Elsa era más fiable que el mío. Estoy convencida de que Elsa presentía el peligro y, de un modo imperceptible, lograba comunicarse con sus cachorros. A menudo los observábamos con atención para detectar cualquier indicio de una señal visual o auditiva entre Elsa y sus crías, pero jamás conseguimos captar ninguna. Aun así, era capaz de mantener a sus cachorros a raya en las circunstancias más diversas. Presentía la presencia de cocodrilos bajo el agua, así como de animales ocultos que pudieran representar una amenaza para su familia. Y sabía cuándo habíamos llegado al campamento, por mucho que en aquel momento se hallara a gran distancia e hiciera ya tiempo de nuestra ausencia. Asimismo, tenía un instinto certero para detectar si a las personas les gustaba de verdad o no, al margen de la conducta que mostraran hacia ella.

¿Qué facultad poseían ella y otros animales salvajes altamente

desarrollados que lo explicara? En mi opinión, tal vez sea cosa de la telepatía, que al parecer los humanos también usábamos para comunicarnos antes de desarrollar la capacidad del habla.

Cuando acabé de dibujar regresamos todos al campamento y les di su cena a los leones. Una vez concluida, Elsa se puso de repente en pie, escuchó con atención en dirección del río y se encaminó hacia allí. La seguí a una cierta distancia. Bordeamos la orilla durante un rato y luego viró de manera brusca, atravesó el *lugga* del estudio y se internó despacio entre los matorrales hasta llegar al borde del agua. Le di alcance y, bajo la luz crepuscular, conseguí entrever a Elsita caminando de un lado para el otro en la orilla opuesta, temerosa de sumergirse en el agua, que era bastante profunda en aquel punto; en más de una ocasión había visto allí a un gran cocodrilo. Elsa la saludó con un gruñido afectuoso en voz baja, avanzó con rapidez aguas arriba y mantuvo la mirada clavada en Elsita mientras esta la imitaba en la ribera opuesta. Cuando llegaron a una zona poco profunda del río, Elsa se detuvo y modificó su llamada, y al final su hija hizo acopio de valor para cruzar a nado.

Prácticamente ya había oscurecido, así que, para no causar más temor a Elsita, emprendí el camino de regreso. Para mi sorpresa, cuando salí de entre las tupidas matas encontré a Jespah y Gopa esperando a su madre y su hermana. Tomé un atajo hasta el campamento para que la familia pudiera reunirse sin que mi presencia les molestara. Más tarde, Elsa entró en mi tienda y se restregó cariñosamente conmigo como queriendo demostrarme lo feliz que estaba de tener otra vez a toda la familia reunida y de que la incertidumbre que habíamos compartido hubiera desaparecido por fin.

Sin embargo, Elsa iba a vivir un segundo momento de alarma antes de que terminara el día. Mientras se frotaba conmigo, de repente se puso rígida y, con la cabeza al nivel de los hombros, echó a correr hacia la oscuridad. Regresó enseguida, pero al poco volvió a salir disparada. Repitió aquel ir y venir varias veces, hasta que al final se acomodó para disfrutar de su cena con los cachorros. Poco después, me desconcertó el rugido del padre de los cachorros, que no debía de estar a más de veinte metros de distancia. Escuché con atención y contabilicé los resoplidos que siguieron a su rugido: doce. Mientras se oían, su familia dejó de comer y permaneció inmóvil; no retomaron la cena hasta que el león se hubo marchado. Pasaron la noche cerca del campamento, pero se fueron a primera hora de la mañana y no regresaron



en las veinticuatro horas siguientes. Cuando lo hicieron, les dimos carne, pero, aunque los cachorros la arrastraron hasta los matorrales, no se la comieron; en lugar de ello, se reunieron conmigo y con Elsa en el salobral.

Habían transcurrido seis días desde que habíamos colocado el camión junto a la rampa en el salegar, y, a juzgar por los rastros, ningún león se había acercado a él. Entré en la caja abierta y llamé a Elsa, que me siguió dubitativa, si bien se colocó a lo ancho en la entrada, de manera que a mí me impedía salir y a Jespah, entrar. Al cabo del rato, Elsa regresó a las tiendas de campaña y saltó sobre el techo del Land Rover. Los cachorros empezaron a comer y yo me acerqué a su madre y jugué con ella; mientras lo hacía, detecté que dos de las inflamaciones provocadas por las larvas se le habían infectado. Me habría gustado curárselas, pero cada vez que la tocaba se apartaba. Cuando al día siguiente volví a probar suerte, parecía aún más sensible.

Siempre llevo encima sulfanilamida en polvo para desinfectar las picaduras de mosquito y los arañazos, pero George opina que, aunque es muy eficaz en seres humanos, a los animales no hay que administrarles medicamentos a menos que haya evidencias de que sus propios anticuerpos no bastan para curarse de manera natural. Así que, confiando en la resistencia natural de Elsa, y creyendo que se limpiaría las heridas a lametones como había hecho siempre cuando había tenido plagas de gusanillos, decidí no administrarle sulfanilamida.

Los leones se pasaron el día siguiente en el *lugga* de la cocina, donde Nuru y yo los encontramos por la tarde. Envié a Nuru al campamento a sacrificar una res. Elsa se las apañaba para mantener a los cachorros alejados de las cabras, pese a que demostraban un interés creciente por ellas. De no haber exhibido Elsa una actitud tan colaboradora, habría sido inviable mantener nuestra tregua.

Aquel día volvió a desplegar su tacto y su sentido del juego limpio habituales cuando los cachorros se dedicaron a tenderme emboscadas. Solo pretendían divertirse, pero tenían unas zarpas muy afiladas. Elsa acudió en mi rescate, golpeó a sus hijos, luego me propinó a mí también un suave zarpazo y, en términos generales, se encargó de que el desconcierto de los cachorros por mi reticencia a jugar con ellos no derivara en animosidad.

El deseo de Elsa de que todos entabláramos amistad era evidente, tal como me demostró la tarde siguiente. Nuru y yo divisamos a los leones en la Roca

de los Bufidos. En cuanto la llamé, Elsa acudió a reunirse conmigo. Estaba muy cariñosa; de hecho, parecía querer aprovechar los pocos momentos que teníamos a solas, ya que, en cuanto apareció Jespah, tomó distancias. Estaba decidida a no despertar los celos de sus cachorros. Siempre se mostraba cuidadosa en presencia de Jespah, y, cuando Gopa y Elsita estaban cerca, teníamos el acuerdo tácito de no darnos muestras de cariño, pues ellos dos, más que Jespah, tenían tendencia a sentir celos de mí.

Mientras atravesábamos el denso matorral para dirigirnos al río, Nuru vivió un momento complicado con Jespah, que aprovechó cualquier escondite para abalanzarse sobre él e intentar arrebatarse el rifle. Si no lo consiguió fue porque Elsa se interpuso entre ambos.

Cuando llegamos al río, le dije a Nuru que tomara un atajo hasta el campamento y les preparara la cena a los leones. Se escabulló tan aprisa como pudo, pero Jespah no estaba dispuesto a renunciar a la diversión y lo siguió con sigilo. Mis noes cayeron en oídos sordos; por suerte, sabía que podía confiar en las estrategias de Nuru para librarse de situaciones difíciles. Tenía una manera única de tratar a los animales y siempre era bueno con ellos. Lo había observado usar todo tipo de trucos para desviar su atención cuando hacían travesuras, en lugar de recurrir a la fuerza o al castigo. En todos los años que había permanecido en contacto diario con ellos, lo máximo que se había llevado era un arañazo, y encajaba con alegría sus embestidas. No había nadie que me ofreciera mayor confianza para tratar con los leones.

Mientras Nuru se dirigía hacia el campamento, me llevé al resto de la familia al río. Cuando llegamos al *lugga* del estudio, Jespah se nos unió y, por sus alegres pavoneos, imaginé que debía de haberse divertido a costa del pobre Nuru. De regreso en el campamento, los cachorros se abalanzaron sobre su cena y Elsa se encaramó con cuidado al techo del Land Rover. Las heridas causadas por las larvas parecían provocarle mucho dolor, pero no dejaba que le tocara las zonas inflamadas, y mucho menos que las estrujara para sacarle los gusanos.

# 24

## ELSA, ENFERMA

Hacía dos semanas que George se encontraba en su misión de reconocimiento por el lago Rudolf. Se le habían unido Ken Smith y el guarda de caza de la zona. Esperaba su regreso en cualquier momento, pero al mismo tiempo temía escuchar el rumor de su vehículo, ya que eso podía significar el fin de la felicidad de Elsa. ¿Qué le depararía su nuevo hogar? ¿A cuántas leonas más tendría que conquistar antes de crear un territorio seguro para los cachorros? Elsa adoraba su hogar, donde además había conseguido hacer valer sus derechos. Ella y sus hijos tendrían que olvidar aquel entorno ideal y todo lo que les resultaba familiar para empezar a ser felices en otro lugar. Si el ser humano, que puede razonar, a menudo da muestras trágicas de su incapacidad para adaptarse al exilio, ¿cómo puede esperarse que animales salvajes, más conservadores y más dependientes de su territorio, se adapten a un entorno completamente ajeno?

Los leones estaban en el *lugga* del estudio, que, flanqueado por abigarradas matas y a la sombra de grandes árboles, era uno de sus escondites preferidos, pues les proporcionaba un refugio fresco bajo el tórrido sol, arena blanda en la que dormir y, normalmente, una ligera brisa procedente del río. La familia llevaba allí desde la mañana. Con el cuaderno de dibujos en la mano, me reuní con ellos a la hora del té. Mientras dibujaba, podía escuchar el trino de multitud de pájaros y el relajante borboteo del río. Se respiraba tanta paz y éramos tan felices allí...

Cuando refrescó un poco, Elsa se levantó y, tras desperezarse, se acercó a Jespah y lo lamió; él se puso panza arriba y la abrazó con sus garras. A continuación, Elsa vino hacia mí, me frotó la cara con la suya y dio un

lametón; después fue hacia Gopa y repitió sus muestras de afecto; por último, se acercó a Elsita. Nos había saludado a todos, uno por uno, empezando por el que estaba más cerca de ella y acabando por el que estaba más lejos. Era su señal de que creía que era hora de regresar a casa. Echó a andar hacia el campamento, volviendo la vista atrás cada pocos metros para asegurarse de que la seguíamos. Tardamos en ponernos en marcha, pues Jespah quiso investigar mis bártulos; llegué justo a tiempo para rescatar mis materiales de dibujo y las cámaras, guardarlos en mochilas y colgarlos de una rama, fuera de su alcance. Gopa y Elsita se nos habían adelantado y, al ver que los seguía, me obstaculizaron el paso de manera tan artera que no pude más que sentarme y fingir que no tenía interés en sus travesuras. Caía la tarde y los mosquitos, en plena actividad, convirtieron mi descanso involuntario en un momento bastante desagradable. Por suerte para mí, Elsa se dio cuenta de lo que sucedía y acudió en mi rescate. Pegó a sus hijos en broma y, cuando se olvidaron de mí y echaron a andar tras ella, empujándose y persiguiéndose entre sí, retomé el camino.

Aquella noche vi a Gopa mostrar un impulso sexual por primera vez, primero cuando jugaba con Elsa y luego con Jespah. Era un mero juego y sin duda lo movía un instinto extraño, cuyo significado no entendía. Me sorprendió que eso ocurriera a una edad tan temprana, ya que los cachorros solo tenían doce meses y medio y aún no habían cambiado los dientes de leche.

Durante la noche escuché a la familia merodeando cerca del campamento. Después de desayunar se dirigieron corriendo hacia los troncos de palmera dum que había más allá del salobral, donde Elsa permaneció en pie, contemplando el camión. Al poco subió con cuidado al techo de la cabina y se arrellanó en él. Llevaba diez días esperando que lo hiciera, pero en aquel momento me entristeció verla sentada tan confiada en el camión que iba a alejarla de su hogar.

Me uní a ella e intenté sin éxito quitarle las larvas. Se las lamía. Por lo que pude ver, tenía siete puntos inflamados, pero en algunos momentos había llegado a contar hasta quince, así que no me alarmé.

Al cabo de un rato, los cachorros se adentraron en el monte y Elsa los siguió; por la tarde regresaron y estuvieron jugando entre los troncos. Elsa se mostraba muy impaciente con sus hijos y al final se refugió en el techo de la

cabina del camión para escapar de sus travesuras. Los pequeños no habrían tenido dificultad en seguirla, pero preferían efectuar un amplio desvío cada vez que pasaban junto al camión.

Elsa se pasó toda la tarde descansando sobre el techo de la cabina, desde donde nos contemplaba a sus cachorros y a mí. Cuando fui a dar un breve paseo, no me siguió, y a mi regreso la hallé en la misma posición. Después de anoecer, acudió a tumbarse en la hierba delante de mi tienda, pero no hizo amago de saltar sobre el techo del Land Rover, como tenía por costumbre. Me acerqué a ella, pero Gopa y Jespah, que estaban descansando entre unas hierbas altas a poca distancia, me embistieron.

A primera hora de la mañana escuché a Elsa llamar a sus cachorros con su suave gemido, «umm, umm, umm», un sonido reconfortante que siempre tenía un efecto tranquilizador en mí.

Al poco desaparecieron todos en dirección al *lugga* del estudio; por la tarde cogí mi cuaderno de dibujos y me dirigí hacia allí. Elsa me recibió con ternura y afecto, e incluso Gopa hizo un gesto de amistad ladeando la cabeza hacia mí. Pasamos una tarde encantadora. Los cachorros jugaron mientras yo dibujaba. La dicha habría sido absoluta de no ser por la fastidiosa inquietud que me sobrevinía cuando pensaba en el cruel traslado del que solo un milagro podía salvarnos. Esperaba que Elsa no presintiera mi desdicha y mi nerviosismo, porque ya tenía bastante con las heridas de las larvas.

Cuando consideró que había llegado la hora de regresar a casa, nos hizo su señal acostumbrada de lamernos por turnos. Me pregunté durante cuánto tiempo conseguiría mantener las relaciones amistosas que existían entre los cinco. ¿Cuánto tiempo más me aceptarían como un miembro de la manada? Si lográbamos que los cachorros llevaran una vida salvaje en la naturaleza sería el fin de nuestra relación. De hecho, nuestra vida íntima con los leones se había prolongado tanto porque las amenazas de los cazadores furtivos nos habían obligado a permanecer con ellos para protegerlos. Por otra parte, si no trasladábamos los leones al lago Rudolf, la posibilidad de que vivieran una vida en libertad plena se pospondría e incluso devendría impracticable. Era inevitable, pues negarles una vida natural para que yo pudiera retener mi posición como parte de la manada era un precio demasiado alto para ellos.

Elsa no dejaba de lamerse las heridas y yo esperaba que ello ayudara a sanarlas rápidamente. Aquella noche volvió a quedarse en la hierba delante de

mi tienda y se negó a comer. Mientras la observaba, Gopa se me acercó con la intención de hacerse mi amigo. Era un gesto insólito y me habría gustado reaccionar, pero, como Jespah, él tampoco había aprendido a retraer las uñas cuando jugaba con seres humanos y, muy a mi pesar, tuve que decepcionarlo. Me acuclillé frente a él y, mirándolo a la cara, pronuncié su nombre, con la esperanza de que entendiera que, aunque no jugara con él, lo quería. Jespah puso fin a la delicada situación saltando encima de su hermano. A los dos les había crecido mucho la melena últimamente; Gopa la tenía mucho más oscura y el doble de larga que su hermano, y su gruñido era más ronco y, en ocasiones, podía resultar intimidatorio. Era un joven león imponente en todos los aspectos.

La tarde siguiente encontré de nuevo a la familia en el *lugga* del estudio. Había llevado conmigo mi cuaderno de bocetos, pero preferí sentarme cerca de Elsa y reconfortarla acariciándole la cabeza. Permaneció tumbada prácticamente inmóvil y me permitió que le diera palmaditas, pero, cuando le tocaba la espalda o le rozaba con la mano una herida, me gruñía y dejaba claro que no quería que interfiriera. Tenía el hocico húmedo y frío, señal inequívoca de que estaba enferma. Dos de las heridas le supuraban pus. Esperaba que fuera indicativo de que se drenarían. Seguí refrenándome de administrarle sulfanilamida para no debilitar su sistema inmunitario natural, y estaba tan convencida de que las larvas eran las causantes de su enfermedad que ni siquiera se me ocurrió tomarle una muestra de sangre y enviarla a analizar para comprobar si tenía alguna otra infección.

Cuando oscureció, Elsa se adentró en el monte, a unos cuantos metros del *lugga*, y permaneció allí con sus cachorros cuando me dirigí al campamento. Tras aguardar un rato a que aparecieran, me inquieté y empecé a llamarla. Me alivió que, al poco, se acercara despacio a mi tienda y me lamiera con ternura. Después volvió a desvanecerse en la oscuridad y aquella noche ya no volví a verlos, ni a ella ni a los cachorros.

Por la mañana seguí sus huellas hasta que los divisé en la cima de la Roca de los Bufidos. No quería molestarlos y me dispuse a pintar la roca desde la distancia, hasta que un chaparrón puso fin a mis esfuerzos.

Regresé por la tarde y, a través de los prismáticos, divisé a dos de los cachorros en la roca. No había rastro de Elsa. Supuse que Jespah y ella, pese a no estar a la vista, no andarían lejos, así que la llamé, pero no obtuve

respuesta. Los leones no vinieron al campamento aquella noche. No era algo infrecuente, pero estaba preocupada por el estado de Elsa y, al amanecer, me dirigí a la roca. Me alivió ver a toda la familia sobre la cresta. Llamé a Elsa y alzó la cabeza; los cachorros no se inmutaron.

A la hora del té regresé con Nuru; Elsa salió de entre los matorrales que había a los pies de la roca, seguida de Jespah. Nos recibió con afecto, pero noté que le costaba respirar y que cada movimiento parecía exigirle un gran esfuerzo. Jespah se comportaba como un guardaespaldas, lo cual me impedía acariciarla. Me senté cerca de ella, hasta que Gopa y Elsita se nos unieron y pusimos todos rumbo al campamento. Elsa se mostraba muy impaciente con los cachorros y muy sensible a cualquier roce. Si uno de sus hijos se restregaba con ella, aplanaba las orejas y gruñía. No se opuso a que yo caminara a su lado y le ahuyentara las moscas, pero se enfadó de verdad cuando uno de sus pequeños hizo ademán de empujarla. Nunca la había visto reaccionar así. Se sentó en repetidas ocasiones durante la corta distancia que separaba el monte de la pista forestal, pero, una vez en el camino, avanzamos con más facilidad. Cuando llegamos al campamento fue derecha al Land Rover y se tumbó en el techo con mucho cuidado para evitar chafarse las heridas. Permaneció allí toda la tarde. Le llevé un poco de tuétano, que por lo general le encantaba, pero se limitó a mirarlo y a girar la cabeza, y cuando intenté acariciarle las patas, las apartó.

Me despertó el sonido de los cachorros persiguiéndose alrededor de las tiendas. No había rastro de Elsa. Esperé a escuchar su familiar gemido, pero lo único que oí fue el «chiang» agudo de Jespah. Lo vi asomarse por la puerta del cercado y, en cuanto salí por ella, divisé a Gopa en la orilla del río, a punto de cruzar al otro lado. Al verme, soltó un bufido de desconcierto y se zambulló. Al poco, escuché a los otros saludándolo.

Estaban a punto de cumplirse cuatro semanas desde que habíamos recibido la orden de deportación y ya hacía tres que George se había marchado en su misión de reconocimiento al lago Rudolf. Antes de su partida, habíamos acordado iniciar el traslado el 20 de enero. Era día 19 y los cachorros no habían entrado en el camión Thames ni una sola vez, el Bedford no había llegado todavía, Elsa estaba enferma y no habíamos encontrado ni un nuevo hogar para los cachorros ni una manera de trasladarlos. Estaba claro que íbamos a retrasarnos mucho en nuestro calendario.

# 25

## LA MUERTE DE ELSA

George regresó aquella noche con malas noticias.

Él y Ken Smith, al volante de dos Land Rover y un camión, habían visitado primero la zona de la bahía de Alia, situada justo al norte de los montes Longendoti. La bahía de Alia era el lugar donde habíamos llevado a Elsa en el safari a pie que relaté en mi primer libro. Desde aquella cordillera, unos cuantos valles aislados descienden hasta el lago Rudolf, y era una de las zonas en las que George esperaba encontrar un hogar adecuado para Elsa y los cachorros. Hasta entonces nadie había llegado a aquellos valles en un vehículo motorizado, de manera que lo primero que necesitábamos era hallar una ruta practicable.

George realizó una misión de reconocimiento bastante completa y llegó a la conclusión de que Moite era nuestra única esperanza, y eso si podía encontrar o abrir una pista transitable y obtener permiso para alquilar una parcela de tierra allí.

Antes de regresar a Isiolo había debatido con el comisionado del distrito de Marsabit la posibilidad de alquilar unos terrenos cerca de Moite y había solicitado su colaboración para construir una carretera de cien kilómetros y despejar el terreno para crear una pista de aterrizaje. El comisionado del distrito le había dado su consentimiento. La financiación, por supuesto, correría de nuestro cargo. Puesto que la suma a desembolsar era considerable, George dijo que antes de tomar una decisión debatiría el asunto conmigo.

Ese era el resumen de su viaje exploratorio.

La perspectiva de trasladar a los leones cerca del lago Rudolf se me



antojaba muy inconveniente, de manera que me sentí muy aliviada cuando, entre la correspondencia que George había recogido de camino al campamento, encontramos cartas de Rodesia, Bechuanalandia y Sudáfrica en respuesta a nuestras indagaciones, todas las cuales ofrecían posibilidades alternativas.

Puesto que desconocíamos si las condiciones ecológicas de aquellas regiones serían adecuadas para nuestros leones, George me sugirió que partiera de inmediato hacia Nairobi y le pidiera consejo al mayor Ian Grimwood, el guardabosques en jefe, buen conocedor de aquellas localidades. Si a su parecer eran inadecuadas, yo debía telegrafiar al comisionado del distrito de Marsabit para indicar que empezaran a trabajar sin demora en la nueva carretera y despejaran un espacio para usar como pista de aterrizaje. Durante mi ausencia, George adiestraría a los cachorros para que comieran en el Bedford, que debía llegar al cabo de pocos días con la alambrada instalada.

El tiempo se nos echaba encima, así que accedí a ir, siempre que Elsa se hubiera recuperado lo suficiente para dejarla. Aquella noche no vimos a los leones, pero los escuchamos en la ribera opuesta del río. La mañana siguiente cruzamos a la otra orilla y encontramos a la familia a pocos metros del agua. Elsa surgió de entre la densa maleza y se restregó contra mí con cariño. Le rasqué la cabeza y detrás de las orejas. Tenía el pelaje sedoso y el cuerpo fuerte y duro. La acaricié durante un largo rato y luego ella fue a saludar a George y Nuru, tras lo cual volvió a internarse entre los matorrales, donde sus hijos estaban escondidos.

George no consideró que tuviera peor aspecto que otras veces que había tenido infecciones de larvas, lo cual me tranquilizó. No obstante, como hacía dos días que no comía, antes de marcharme les dejamos carne en la ribera bajo la atenta mirada de Elsa desde la orilla opuesta. Al ver que no hacía ademán de ir a recogerla, George transportó la comida a flote al otro lado. Elsa solo hizo el esfuerzo de levantarse cuando la tuvo justo delante, y entonces, sin probar bocado, la arrastró pendiente arriba hasta las matas en las que estaban los cachorros.

Con aquella última imagen de Elsa ayudando a sus hijos, dejé a mi pesar el campamento para viajar a Nairobi, donde recibí un telegrama de George. Decía: «Elsa peor. Fiebre alta. Sugiero traigas aureomicina».

Ken había transmitido el mensaje por teléfono desde Isiolo y había

solicitado al mayor Grimwood que me indicara que ya le había enviado él la medicina a George.

Yo estaba muy preocupada, pero, puesto que la ayuda ya iba de camino, decidí, en vista de la necesidad urgente de realizar los preparativos para el traslado, pernoctar aquella noche en Nairobi.

El mayor Grimwood me explicó que en los hogares que nos habían ofrecido en Rodesia y Bechuanalandia las condiciones ecológicas no serían adecuadas para Elsa y los cachorros, motivo por el cual nos aconsejaba que los trasladáramos al lago Rudolf. También me sugirió que hiciéramos compartimentos dentro del cerramiento alambrado del camión, porque, si transportábamos a la familia en una jaula común y un león entraba en pánico, este podría herir a los demás.

Le envié un telegrama al comisionado del distrito de Marsabit indicándole que empezaran las obras sobre las que George y él habían hablado.

La mañana siguiente me levanté temprano, ya que tenía algunos asuntos apremiantes que atender antes de partir de Nairobi. Al bajar las escaleras encontré a Ken esperándome. Parecía cansado y estaba cubierto de polvo: acababa de llegar de Isiolo con el mensaje de George de que Elsa estaba muy grave. George había enviado un telegrama de socorro a media noche pidiéndome que regresara urgentemente con un veterinario. Ken se había puesto en contacto con John MacDonald, el veterinario de Isiolo, que había salido de inmediato, y después había conducido trescientos kilómetros hasta Nairobi para transmitirme el mensaje de George. Le estaba inmensamente agradecida.

Fleté una avioneta y, al poco, Ken y yo estábamos de camino hacia la pequeña población somalí que albergaba el aeródromo más cercano al campamento, donde podríamos alquilar un vehículo para el resto de nuestro viaje. Tuvimos la suerte de encontrar un viejo Land Rover para recorrer los últimos ciento diez kilómetros.

Llegamos al campamento en torno a la hora del té, tras dejar el *jeep* a una cierta distancia para no alarmar a Elsa. Fui corriendo al estudio. Encontré allí a George sentado a solas. Me miró sin pronunciar palabra. Su expresión me dijo más de lo que podía soportar.

Cuando me hube recuperado del golpe, George me llevó a la tumba de Elsa. Estaba bajo un árbol, cerca de las tiendas, con vistas al río y al tramo de

ribera en el que Elsa me había presentado a los cachorros. Era el árbol en el que los pequeños habían aprendido a afilarse las zarpas y bajo cuya sombra la familia había jugado tantas veces, y también el árbol donde, un año antes, la pareja de Elsa había intentado sin éxito conseguir su cena de Navidad.

George me explicó todo lo sucedido durante mi ausencia. Estas fueron sus palabras:

Después de tu partida trasladé mi tienda cerca de la rampa y esperé a que apareciera la familia, pero aquella noche no vinieron. Por la mañana tuve que ir a visitar un puesto de caza emplazado río arriba y no quedé libre hasta la tarde para ir en busca de Elsa. Vi a los cachorros jugando en la ribera opuesta y luego encontré a Elsa tumbada bajo un arbusto algo más arriba. Se puso en pie y nos saludó a mí y a Makedde. Los cachorros aparecieron y se quedaron jugando cerca de su madre.

Regresé entonces al campamento. Aquella noche tampoco aparecieron los leones. Antes de desayunar fui en busca de Elsa; estaba tumbada sola cerca del lugar donde la había dejado la víspera. Respondió a mis llamadas, pero no se puso en pie para saludarme. Le costaba respirar y parecía tener mucho dolor; era evidente que estaba enferma. Regresé al campamento y envié de inmediato el camión Thames a Isiolo para mandarte el telegrama explicándote que Elsa había empeorado y que enviaras aureomicina. También envié una carta explicando la situación.

Luego regresé junto a Elsa con agua y una bandeja de carne y sesos que había mezclado con sulfatiazol. Bebió un poco de agua, pero, pese a lo mucho que le gustan los sesos, no probó bocado. Entonces diluí un poco de sulfatiazol en el agua, pero se negó a bebérsela.

Regresé al campamento para comer y luego volví junto a Elsa. Se había desplazado un poco y estaba tumbada entre las hierbas altas. Me alarmé mucho, porque cada vez estaba más débil; ni siquiera miraba la comida y solo bebió un poco de agua que le ofrecí en la palangana.

Dejarla sola durante la noche era impensable, pues en aquel estado de fragilidad podrían haberla atacado las hienas, un búfalo o incluso otra leona. Así que decidí pasar la noche con ella. Les pedí a los

muchachos que trajeran mi cama de campaña, los restos de la cabra y una lámpara de queroseno. Pasé la noche en el monte, vigilando que la lámpara no se apagara. Los cachorros vinieron a comerse la cabra; después, Jespah intentó arrancarme las mantas de la cama. Elsa parecía estar algo mejor. Se acercó en dos ocasiones a mi cama y restregó con cariño su cabeza contra mí.

En una ocasión, durante la noche, me desperté y vi a los cachorros en alerta, con la vista clavada detrás de mi cabeza. Lo siguiente que escuché fue un estentóreo bufido; al apuntar con la linterna, un búfalo desapareció corriendo en la espesura. Elsa estaba tumbada junto a mi cama. Los cachorros estaban juguetones y querían que su madre jugara con ellos, pero, cuando se le acercaban, Elsa les gruñía.

Al amanecer, parecía bastante cómoda, de manera que regresé al campamento a desayunar y luego escribí un poco a máquina.

En torno a las diez empecé a inquietarme y fui en busca de Elsa. No la encontraba: no respondía a mis llamadas y no había rastro de los cachorros. Durante dos horas busqué río arriba y río abajo, hasta que finalmente la hallé tumbada, con medio cuerpo en el agua, junto a un pequeño islote que hay cerca del campamento. Parecía muy enferma, respiraba muy rápido y estaba extremadamente débil. Intenté darle agua haciendo un cuenco con las manos, pero no podía tragar.

Permanecí con ella durante una hora. De pronto, Elsa hizo un inmenso esfuerzo, ascendió el desnivel para encaramarse al islote y se desplomó en el suelo. Llamé a Nuru y le ordené despejar un camino hasta un lugar donde resultara fácil atravesar el río. Tras dejar a Nuru al cargo, regresé al campamento e improvisé una camilla con mi cama de campaña y los hierros de una tienda. Cuando la tuve lista, la llevé a la isla y la estiré al lado de Elsa con la esperanza de que, como siempre le ha gustado tumbarse en la cama, rodara y se subiera a ella. Si lo hacía, tenía previsto transportarla con ayuda de los muchachos al otro lado del río y llevarla a mi tienda. Pero Elsa no intentó siquiera subirse a la cama. De pronto, hacia las tres, se puso en pie y se dirigió tambaleante hacia el río. Lo vadeó con mi ayuda hasta el tramo de ribera situado bajo la cocina. Estaba extenuada por el esfuerzo y se tumbó durante un largo rato en la orilla. Al menos, ya estaba en nuestro

lado del río y cerca del campamento. Los cachorros aparecieron en el islote, sin duda atraídos por el olor de su madre, pero parecían tener miedo de cruzar.

Elsa se dirigió hasta el banco de arena que hay bajo nuestras tiendas; tuvo que detenerse a descansar en dos ocasiones antes de alcanzarlo.

Les mostré un pedazo de carne a los cachorros y luego arrastré su cena hasta un banco de arena en la orilla opuesta. Jespah y Elsita cruzaron el río, pero Gopa dudó hasta que vio a sus hermanos comer, momento en el que se aventuró a echarse al agua. En la otra orilla, Jespah le esperaba para tenderle una emboscada.

Durante las dos horas siguientes, Elsa permaneció tumbada en el banco de arena, con Jespah cerca. Se puso en pie en dos ocasiones para acercarse a beber al borde del río, pero le costaba tragar. Daba pena mirarla. Intenté acercarle agua a la boca haciendo un cuenco con las manos, pero se le resbaló por las comisuras. Al oscurecer, ascendió por el estrecho sendero y se tumbó en el lugar donde estaba mi tienda, momento que aproveché para trasladarla junto a la rampa.

Probé a introducirle un poco de leche con güisqui en la boca con la ayuda de una jeringa; logró tragarse un poco. Luego la cubrí con una manta, con la esperanza de que no se moviera demasiado. Caí presa de la desesperación, pues estaba convencido de que no sobreviviría a aquella noche. Estaba ansioso por enviarte un mensaje y preocupado por el camión, que tendría que haber llegado hacía rato. Caí en la cuenta de que la única esperanza de salvarla era hacer venir a un veterinario lo antes posible, pero, por otro lado, no quería dejarla sola por si echaba a andar en medio de la oscuridad y luego me resultaba imposible encontrarla.

Al final decidí arriesgarme a abandonarla durante una hora y media, el tiempo que me llevaría ir y volver de un vado peliagudo donde creía que el camión podía haber quedado encallado. A menos de tres kilómetros y medio del campamento encontré el camión, que se había quedado varado tanto a la ida como a la vuelta de Isiolo. El conductor traía el medicamento para Elsa. Le escribí una carta a Ken explicándole que necesitábamos con urgencia un veterinario y

pidiéndole que se pusiera en contacto contigo, y luego envié al chófer de nuevo a Isiolo en mi Land Rover.

Por suerte, Elsa no se había movido. Los cachorros habían aparecido y les di un poco de carne.

No había manera de que Elsa se tragara la medicina. Todos mis intentos de hacer que se la bebiera fueron en vano. Estaba muy inquieta, se levantaba, daba unos pocos pasos y volvía a tumbarse.

En torno a las once de la noche entró en la tienda que había instalado cerca del estudio y permaneció allí tumbada durante una hora. Luego se puso en pie, descendió despacio hasta el río, vadeó las aguas y permaneció allí dentro unos minutos intentando beber, pero sin poder tragar.

Entonces regresó a mi tienda y volvió a tumbarse.

Los cachorros entraron en la tienda y Jespah acarició con el hocico a su madre, pero ella no respondió.

En torno a las dos menos cuarto de la madrugada, Elsa salió de la tienda, regresó al estudio y descendió nuevamente al agua. Intenté detenerla, pero continuó avanzando resuelta hasta llegar al banco de arena bajo los árboles donde solía jugar con los cachorros. Se tumbó en el barro, visiblemente afligida, y luego fue alternando entre sentarse y tumbarse, con la respiración más entrecortada que nunca.

Intenté que regresara a la arena seca del estudio, pero parecía incapaz de realizar esfuerzo alguno. Verla en aquel estado era espantoso, muy angustiante. Incluso pensé en poner fin a su sufrimiento, pero creía que aún había la posibilidad de que llegaras con un veterinario a tiempo para ayudarla.

En torno a las cuatro y media de la madrugada desperté a todos los muchachos del campamento, colocamos a Elsa en la camilla y, con enorme dificultad, la trasladamos a mi tienda. Allí se acomodó y yo me tumbé junto a ella, completamente exhausto.

Al alba, se puso en pie de repente, caminó hasta la parte delantera de la tienda y se derrumbó. Le sostuve la cabeza en el regazo. Minutos después se sentó, emitió un grito desgarrador y se desplomó.

Había muerto.

Los cachorros estaban cerca, obviamente desconcertados y afligidos. Jespah se acercó a su madre y le lamió la cara. Parecía asustado y se reunió con los otros, que estaban escondidos entre la maleza, a unos metros de distancia.

Media hora después de la muerte de Elsa llegó John MacDonald, el veterinario sénior de Isiolo. Aunque George detestaba la idea, accedió a que, en el interés de la medicina y de los propios cachorros, se le practicara una autopsia para establecer la causa de la muerte.

Una vez concluida, enterraron a Elsa bajo la acacia donde a menudo había descansado, en la ribera, cerca del campamento; a la orden de George, los guardas de caza dispararon tres salvas sobre la tumba, que reverberaron en la roca de Elsa. Quizá en algún lugar en medio de aquel mar frondoso su compañero los escuchó y se detuvo.

Era el 24 de enero de 1961.

## 26

### GUARDIANES DE LOS CACHORROS DE ELSA

Ahora nos tocaba proteger a los cachorros de Elsa.

Después de ponerse el sol, me dirigí al río y me senté en el banco de arena donde un año antes Elsa me había presentado a sus cachorros. Permanecí allí largo rato. De repente, escuché un débil «chiang» en la ribera opuesta. Al instante pronuncié todos los reclamos que esperaba que los cachorros reconocieran y, al final, a través de la oscuridad, entreví a Jespah asomándose entre la maleza, pero desapareció en un abrir y cerrar de ojos.

Dejé algo de carne donde los cachorros pudieran verla, pero no aparecieron ni respondieron a mis llamadas. El único sonido que escuché fue el aullido de un número inusitado de hienas. Más tarde encadenamos una res muerta cerca de la tienda de George, pero los cachorros no aparecieron en toda la noche y, al escuchar la siniestra risa de las hienas, la inquietud se apoderó de nosotros: no creíamos que los cachorros tuvieran ninguna posibilidad si los atacaban unos depredadores tan imponentes.

La mañana siguiente retomamos la búsqueda. Seguimos las huellas desde donde Jespah había partido la noche anterior. Conducían aguas arriba, hasta un lugar cerca de la isla donde Elsa se había desplomado el día antes de morir. Llevamos algo de carne con nosotros, con la esperanza de tentarlos a regresar al campamento dándoles la comida poco a poco, pero cuando vimos a Jespah escondido en un matorral y mirando con ojos hambrientos la carne, la depositamos toda en el suelo. La agarró al instante y la engulló con voracidad. Luego escuché el frufú de unas ramas y vi a Elsitá a unos veinte metros de distancia, pero huyó cuando nuestras miradas se cruzaron.



Preocupados por el recuerdo de la jauría de hienas que habíamos oído durante la noche, queríamos que los cachorros permanecieran cerca del campamento, de manera que no les proporcionamos más comida y confiamos en que el hambre los obligara a venir a nosotros.

Después, como Ken tenía que regresar a Isiolo, fuimos a despedirlo. Cuando regresamos cogimos una ración de carne para Elsita y otra para Gopa, pero, cuando llegamos al lugar donde habíamos dejado a Jespah, este saltó como una flecha de un arbusto y se hizo con la carne antes de que pudiéramos detenerlo. Compadeciéndonos de Elsita y Gopa, que para entonces debían de estar muy hambrientos, regresamos al campamento en busca de los restos de la res. Gopa apareció atraído por el olor de la carne, que arrastramos de nuevo hacia el campamento. Los tres cachorros, visiblemente nerviosos, nos siguieron. Pasamos la cabra a flote al otro lado del río, pero los cachorros permanecieron en la orilla opuesta. Durante dos horas observaron cómo protegíamos la carne y los llamábamos, pero no realizaron ningún intento de cruzar el río, de manera que encadenamos la carne a un árbol y regresamos al campamento. Entre tanto, los muchachos habían llenado tres camiones con piedras de la zona de la Gran Roca. Las apilamos sobre la tumba de Elsa formando un gran montículo y desbrozamos la zona aledaña.

Al atardecer, George y yo fuimos a comprobar cómo les iba a los cachorros. Jespah y Elsita estaban descansando plácidamente junto a la carne, pero Gopa seguía en la otra orilla. Sospechando que podía cruzar el río para defender su comida, George empezó a arrastrarla hacia el campamento, pero quien lo detuvo fue Jespah, que se abalanzó sobre ella. Regresamos a las tiendas de campaña con la esperanza de que Gopa acabara reuniendo el valor de lanzarse al agua para comerse su parte.

Más tarde, mientras estábamos sentados delante de la tienda de George, que seguía plantada cerca del repecho, escuchamos el «chiang» de Jespah. Les ordenamos a los muchachos que trajeran otra res enseguida. Cuando lo hicieron, Jespah los acechó, pero no hizo amago de tocar la carne, y, en cuanto la depositaron cerca de la tienda, desapareció. Habíamos dejado la única cadena con la que podíamos sujetar la res en el lugar donde habíamos visto a los cachorros durante la tarde, así que fuimos en su busca, pero tanto la cadena como la carne habían desaparecido.

Cuando regresamos al campamento, los tres cachorros estaban devorando

su comida, pero huyeron al notar que nos acercábamos. Era evidente que Jespah había venido en misión de reconocimiento y que luego había llamado a sus hermanos para que acudieran a comer. Desde el momento de la muerte de Elsa, había asumido el papel de líder y protector. Cuando ya estábamos acostados, los cachorros regresaron y finiquitaron la cena. Al amanecer salí en su búsqueda y los encontré a los tres sobre la Roca de los Bufidos, pero, aunque me vieron, no respondieron a mis llamadas. Recogí a George y nos detuvimos en la cresta que había frente a la roca, la cual estaba escindida por una ancha sima, pensando que la distancia tranquilizaría a los cachorros. Reaparecieron y, durante dos horas, se limitaron a permanecer sentados, mirándonos. Todos nuestros intentos de comunicarnos con ellos toparon con su mirada escrutadora y empecé a tener la sensación de que me juzgaban por asesinato. Tuvimos que regresar a casa solos; los cachorros aparecieron mucho después de anochecer. Jespah se apoderó sin más de la carne y la arrastró hacia los otros cachorros, que estaban escondidos entre unos matojos.

Me acerqué a ellos y llamé en voz baja:

—¡Jespah! ¡Jespah!

Salió a verme y me dejó acariciarlo. Me alegré de que confiara en mí como solía hacer. Después, regresó junto a Elsita y Gopa, pero agarré un palo y, para incitarlo a jugar, lo agité en el aire. Jespah salió de un brinco y jugamos al tira y afloja, tras lo cual les llevó triunfante el palo a sus hermanos.

Se quedaron a pasar la noche en el campamento; cada vez que me desvelé los escuché dando vueltas. De fondo se oían las risas burlonas de las hienas.

Por la mañana, George tenía que desplazarse cerca de la cabecera del río a inspeccionar un puesto de los guardias de caza. Decidí hacerles compañía a los cachorros con la esperanza de ganarme su confianza, dejando que se acostumbraran a mi presencia durante las horas más calurosas del día, cuando estaban menos activos. Localicé a Jespah en la ribera opuesta; había estado durmiendo bajo un arbusto y me permitió acercarme a escasos metros, pero observaba alerta todos mis movimientos. En torno a una hora después se puso en pie y se marchó. Seguí sus huellas, que me condujeron hasta un árbol con el tronco bifurcado que se alzaba a orillas de un hondo *lugga*. Allí divisé a los otros dos cachorros saltando en un recodo del río.

De pronto, tuve el presentimiento de que me observaban. Alcé la vista y vi a Jespah sentado en la horqueta del árbol. Descendió de un salto y echó a

correr en dirección a Gopa y Elsitá. Permanecí durante una hora bajo el árbol para darles a los cachorros tiempo de acomodarse y luego los seguí y los encontré en el meandro del *lugga*, con Jespah cerrando la retaguardia. Me acerqué a unos diez metros de ellos, me senté y permanecí inmóvil otra hora, tras la cual avancé con cuidado hasta unos tres metros de él. Jespah huyó, pero cuando lo llamé, dio media vuelta, se me acercó mucho y me miró a los ojos, tras lo cual salió del *lugga*.

Era imposible detectar las huellas entre las altas hierbas, así que caminé río abajo. Tuve de nuevo la sensación de que me observaban y, al darme la vuelta, vi a Jespah agazapado a mi espalda. Me senté, con la esperanza de que él hiciera lo mismo, pero se retiró con el mismo sigilo con que se había acercado. Seguí allí unas dos horas y luego noté un ligero movimiento a unos veinte metros de distancia. Al instante, atisé a dos cachorros durmiendo bajo un arbusto. Ninguno de nosotros se movió hasta la hora del té, cuando George llegó; los cachorros desaparecieron y acertamos a vislumbrar a Jespah corriendo a toda velocidad entre la espesura.

Todo aquello nos hizo constatar que, si los cachorros habían tolerado nuestra presencia en el pasado, había sido únicamente gracias a Elsa. Desde su muerte no solo no respondían a nuestra llamada, sino que huían cada vez que nos veían o nos olían. Así que, para no ahuyentarlos del campamento con nuestra presencia, dejamos carne en el banco de arena que había junto a las tiendas y nos fuimos en busca de plantas para la tumba de Elsa.

La mañana siguiente, temprano, nos despertó la cháchara animada de los babuinos procedente de la ribera opuesta del río, así que nos levantamos y cruzamos a la otra orilla para comprobar cuál era la causa. Enseguida divisamos a los cachorros, que estaban escondidos. Habíamos llevado con nosotros dos trozos de carne y les dimos uno; el otro lo sostuvimos en alto para que lo vieran y nos lo llevamos al otro lado del río, donde lo depositamos a la vista. Pasé toda la mañana protegiéndolo de los buitres mientras los cachorros me observaban sin hacer ningún intento de echarse al agua.

A mediodía, consciente de que debían de estar hambrientos, no lo soporté más y llevé a flote la carne al otro lado. Jespah la arrastró hasta un tupido cúmulo de palmeras. Vadeé el río de regreso a mi orilla y, tras ocultarme de su vista, los observé devorar la carne y descender al agua unas cuantas veces

para beber. Cada vez que salían a descubierto miraban a su alrededor con nerviosismo. Al acabarse la comida, vi a Jespah enterrar el contenido del estómago y trepar a un árbol, donde pasó un largo rato antes de reunirse con sus hermanos en el monte.

En torno a la hora del té, George y yo fuimos a echar otro vistazo; localizamos a los cachorros, pero huyeron al ver que nos aproximábamos. Al oscurecer, las hienas empezaron a aullar al otro lado del río y me preocupé por ellos, pero hacia medianoche escuché la llamada de su padre. Empezó a rugir aguas arriba y fue acercándose poco a poco, hasta que lo oí justo frente a la tumba de Elsa. Rugió tres veces, a intervalos cortos. ¿La estaría llamando?

La noche estaba despejada, las estrellas parecían enormes y la Cruz del Sur resplandecía justo sobre la tumba de Elsa. Cuando se oyó el rugido de su padre, los cachorros debían de estar cerca de él, porque al amanecer encontramos sus huellas, que llevaban desde el campamento hasta la orilla opuesta del río. Pasamos el resto del día siguiendo sus pisadas, pero no encontramos a los cachorros. Justo antes del anochecer, en un punto distante del campamento, reconocimos las huellas del padre de los cachorros, seguidas por las pisadas de los pequeños.

Al día siguiente nos dedicamos a buscarlos sin éxito y, mientras lo hacíamos, tropezamos con varios búfalos y rinocerontes y nos atacó un puercoespín. Entre las pisadas distinguimos solo las de un león, a bastante distancia cauce abajo, y las de un león y una leona río arriba. Nos preguntamos si podrían corresponder a las de la leona fiera y su compañero.

Por la tarde encadenamos una res muerta al Land Rover y esperamos en vano a que los cachorros vinieran a por ella.

Hacía solo una semana que había muerto Elsa y, aunque habíamos creído que sus hijos se volverían dependientes de nosotros, lo cierto era que nos habían evitado hasta que el hambre había empezado a apremiar. Visto en retrospectiva, tengo la sensación de que la vida de Elsa siguió un patrón del cual incluso su prematura muerte formaba parte. Mientras estuvo viva, el estigma de estar semidomesticada pudo tener consecuencias para sus cachorros, disminuyendo sus posibilidades de llevar una vida plena en la naturaleza. Si los habían querido expulsar de su territorio para obligarlos a vivir en el lúgubre litoral del lago Rudolf, había sido solo por su madre. Sin embargo, ahora que Elsa había muerto, era posible que los hubieran adoptado

leones salvajes, lo que haría que las autoridades les permitieran permanecer allí o, cuando menos, que les autorizaran a vivir en una reserva natural o un parque nacional, en los cuales se habría prohibido vivir a Elsa por su amistad con los seres humanos. Los cachorros tenían la edad perfecta para adaptarse a cualquiera de las alternativas. Me pregunté si, tal como había hecho a menudo en el pasado, Elsa no había resuelto el problema a su manera.

Aquella noche, la preocupación de cómo recuperar la confianza de los cachorros, que necesitarían nuestra ayuda al menos durante otros diez meses, no me dejó pegar ojo. Hacía exactamente un año que Elsa los había traído del otro lado del río para presentárnoslos.

No me encontré bien del todo para salir en su búsqueda hasta la tarde siguiente, cuando Nuru y yo dimos la vuelta a las rocas en vano. En el trayecto de regreso a casa detectamos las huellas de una hiena que conducían hasta los troncos de palmera dum que había cerca del campamento, y allí hallamos a los cachorros. Jespah me siguió hasta las tiendas y me permitió acariciarlo mientras los muchachos le preparaban una res. Al verla se abalanzó sobre ella y la arrastró aprisa hasta el lugar donde estaban ocultos sus dos hermanos. Y entonces, antes de comer, regresó junto a mí, adoptó la posición de seguridad y me invitó a jugar con él. Ladeó la cabeza y se tumbó panza arriba, pero, cuando me acerqué a él, me asestó un golpe como un latigazo y me aparté. A menudo lo había visto clavarle las afiladas uñas a su madre en la piel. ¿Cómo podía saber él que mi piel era distinta? Le lancé rodando un neumático viejo y le ofrecí un palo a modo de consuelo, pero, aunque hizo el intento de entretenerse con aquellos juguetes inertes, enseguida se aburrió y regresó con los cachorros.

Con la esperanza de que se le templara el humor después de comer, aguardé un par de horas y luego me acerqué a él. Volvió a darme un zarpazo, cosa que impedía cualquier avance por mi parte. Y cuando intenté hablarle con voz tierna a Gopa, este se limitó a gruñirme y se alejó con las orejas gachas. Jespah lo siguió y se interpuso entre ambos, con la intención clara de proteger a su hermano. De pronto nos interrumpió un resoplido procedente del salobral. Mientras agarraba mi linterna, Jespah se llevó la carne a un arbusto de espino.

Pese a ser tan joven y necesitar también ayuda, demostraba ser un líder responsable de la manada, siempre dispuesto a cuidar de sus hermanos.

George llegó de Isiolo a la hora del té. Traía los resultados de la autopsia

de Elsa. Había fallecido a causa de una infección causada por un parásito de las garrapatas llamado babesia que destruye los glóbulos rojos. La infección del cuatro por ciento que habían hallado le había provocado la muerte debido a lo debilitada que estaba por las picaduras de las moscas del mango.

Era la primera vez que se detectaba aquella infección en un león.

## PLANES PARA TRASLADAR A LOS CACHORROS

El día del retorno de George, los cachorros acudieron al campamento caída ya la noche; Jespah el primero, seguido por Gopa y Elsitá. De nuevo, Jespah me invitó a jugar con él. Con George allí, creí que podía arriesgarme a llevarme un arañazo, así que, sobreponiéndome al miedo, extendí la mano en el aire. Antes de darme cuenta de lo que sucedía, Jespah me había desgarrado la falange de un dedo. No era una herida seria, pero sí lo bastante grave como para entender que nosotros dos no podríamos jugar nunca.

George traía la noticia de que el mayor Grimwood pasaría por Isiolo al día siguiente y decidí ir a reunirme con él allí, porque quería discutir el futuro de los cachorros con él. Si era preciso trasladarlos, teníamos la esperanza de que nos ayudara a encontrarles un hogar en una reserva de fauna salvaje del África Oriental.

El mayor Grimwood dio muestras de ser un hombre muy comprensivo y me prometió contactar con las autoridades de los parques nacionales de Kenia y Tanganica.

Me llevé al campamento una vieja jaula que habían fabricado originalmente para trasladar a Elsa a Holanda. Tenía la esperanza de conseguir que los leones comieran dentro de ella.

Nuestro plan era el siguiente: los cachorros debían acostumbrarse a comer en una gran jaula comunitaria que colocaríamos en el suelo. Luego, un día, cuando los tres estuvieran dentro, cerraríamos la puerta y, camuflando el tranquilizante entre tuétano, les administraríamos una dosis a cada uno en su plato. Introduciríamos los platos a través de una segunda portezuela, lo

bastante pequeña para impedir que los leones pudieran escapar por ella. Durante el tiempo en que el medicamento hiciera efecto, los cachorros estarían seguros dentro de la jaula, lo cual era importante, porque no queríamos que vagaran por ahí en un estado de semiinconsciencia y pudieran ser víctimas de los depredadores. En cuanto los inmovilizara el sedante, teníamos pensado transferirlos a tres jaulas separadas especialmente diseñadas para caber en la caja de un camión de cinco toneladas.

Llegué en torno a medianoche y encontré a todos los cachorros protegiendo su carne cerca de las tiendas. No pareció perturbarles el destello de los faros, ni siquiera cuando giré en su dirección. Habíamos notado que, aunque por el día estaban muy nerviosos, cuando se hacía oscuro apenas se inquietaban. La mañana siguiente, George tuvo que regresar a Isiolo y yo quedé de nuevo al mando del campamento. Cuando me quedaba sola, dormía dentro del Land Rover y lo aparcaba cerca de la carne para protegerla de los depredadores.

La noche del 10 de febrero me alegró ver a los cachorros persiguiéndose alrededor de las tiendas tras cenar, porque desde la muerte de su madre habían estado preocupantemente apagados y después de comer se habían limitado a permanecer sentados quietos, observando.

La noche siguiente coloqué la jaula en su sitio y encadené la carne a poca distancia. Cuando los cachorros llegaron, a la hora de costumbre, Jespah, tras olisquearla con cierto recelo, entró en la jaula. Luego salió y se acomodó cerca de la carne con Gopa y Elsitá. Les hablé en voz baja, con la intención de que poco a poco aprendieran a asociar la carne con mi presencia. En aquellos tiempos preparaba tres platos de pastel de carne cada día, que rellenaba con una mezcla de aceite de hígado de bacalao, sesos y tuétano. De este modo, pretendía adiestrar a los cachorros a comer por separado para que, cuando llegara el momento de administrarles los tranquilizantes para el traslado, cada uno ingiriera su ración del medicamento, evitando así el riesgo de una posible sobredosis.

Durante los tres días siguientes, los leones mantuvieron su rutina: se pasaban el día al otro lado del río, en el último lugar donde habían estado con su madre, y acudían al campamento a cenar cuando caía la noche. Decidí no interferir en dicha rutina, con la esperanza de que se sintieran más tranquilos y aprendieran a confiar en mí. Tuve la sensación de estar progresando cuando, una tarde, Jespah atravesó el río muy temprano, en torno a las seis, y se comió



la comida del plato que yo sostenía en las manos. Siempre que pronunciaba el nombre de Elsa, cosa que hacía cada vez que llamaba a su hija, Jespah alzaba la vista en señal de alarma. Él y Gopa reconocían sus nombres a la perfección. Y aunque el hecho de que su hermana compartiera el nombre con su madre les provocara confusión, pensé que debían acostumbrarse a oírlo. En caso de urgencia, era vital que Elsita supiera que la estaba llamando.

Tras una tarde apacible juntos, me retiré al Land Rover. En torno a las tres de la madrugada escuché al padre de los cachorros llamarlos en voz baja desde la ribera opuesta. Parecía estar comunicándose con ellos. Más tarde volvió a llamarlos, esta vez desde la Gran Roca, y por la mañana Nuru me explicó que había encontrado las pisadas de los leones dirigiéndose hacia el peñasco.

Por la tarde fui allí con Nuru para examinar las huellas y vi que las de los cachorros se unían enseguida con las de su padre. No quería molestarlos, así que regresé al campamento y me dediqué a contemplar a dos loros hasta que se hizo de noche.

Jespah llegó en torno a las ocho de la tarde, seguido de cerca por los otros cachorros. Estuve hasta la madrugada observando cómo comían y jugaban, y me pregunté si alguna vez su padre les proporcionaría alimento o les enseñaría a cazar.

El regreso de George al día siguiente coincidió con la primera comida de Jespah dentro de la jaula. Gopa y Elsita lo observaron, pero no hicieron ademán de imitarlo. Sin embargo, después de acostarnos, reunieron el coraje y ambos se aventuraron a entrar en la jaula a comer. Fue un gran alivio para nosotros. Ahora que sabíamos que eran capaces de superar su temor a aquel objeto extraño, ya podíamos encargarnos de las jaulas en las que los trasladaríamos.

Decidimos que fabricaran las jaulas con tres caras de barrotes de hierro, para que, durante el viaje, los cachorros pudieran verse entre sí y darse apoyo moral, pero no lastimarse unos a otros. Por supuesto, existía un mayor riesgo de que sufrieran alguna rozadura contra los barrotes, pero nos pareció que ese daño físico resultaría más fácil de sanar que el pánico mental que podían sentir si viajaban en una caja oscura. La cuarta cara de las jaulas consistiría en una trampilla de madera.

Una vez decidido el diseño, partimos para Nanyuki, a trescientos cincuenta y cinco kilómetros de distancia, para encargarnos de las tres jaulas de viaje. De

regreso al campamento pasé por Isiolo, donde encontré un mensaje de una empresa farmacéutica que nos ofrecía medicinas para ayudar a los cachorros a superar su actual estado de ansiedad. Desde la muerte de Elsa habíamos recibido numerosas cartas de consuelo que demostraban que era una leona muy querida por personas de todo el mundo, y funcionarios de diversos parques zoológicos se habían ofrecido a acoger a los cachorros, pero aquel era el primer ofrecimiento práctico que tenía en cuenta la situación inmediata de los leones. Aguardé en Isiolo hasta poder reunirme con los representantes de la farmacéutica. Me conmovió que me regalaran terramicina en polvo, un antibiótico que, en su opinión, reforzaría la resistencia de los cachorros.

También les agradecí de corazón sus consejos relativos a los tranquilizantes. Nuestras investigaciones sugerían que lo único que podíamos arriesgarnos a administrarles era Librium, un ansiolítico. Los leones no son muy sensibles a los medicamentos, pero cada uno puede reaccionar a ellos de manera distinta y, por consiguiente, impredecible.

Cuando regresé al campamento, George me explicó que durante mi ausencia había vivido un momento muy emocionante. El primer día, los cachorros habían aparecido a última hora de la tarde y, aunque se había oído la llamada de un león, habían permanecido junto a la tienda toda la noche. La tarde siguiente, George siguió sus huellas hasta la Roca de los Bufidos, ascendió a la cima y los llamó. Al final, Jespah había aparecido, se había sentado cerca de él y le había permitido acariciarle la cabeza. Luego se había dejado ver Elsitá, si bien se había mantenido a cierta distancia. Y en cuanto a Gopa, solo le vio las puntas de las orejas asomando por detrás de una roca.

De camino a casa, George tropezó con tres búfalos y un rinoceronte, y se alegró de que los cachorros no estuvieran con él. Después de oscurecer, llegaron al campamento y se comieron parte de la carne que había encadenada fuera de la jaula, hasta que Jespah la arrastró a su interior. Tras la cena, los cachorros cruzaron el río y pasaron las veinticuatro horas siguientes jugando en la otra orilla. George vio cómo trepaban a los árboles y comprobó que ya lograban ascender a bastante altura. Aquella noche no acudieron a cenar, de manera que, a la mañana siguiente, Nuru les llevó la carne restante hasta el estudio con la intención de colgarla en lo alto de aquella nevera arbustiva improvisada. Jespah descendió del árbol y saltó para alcanzar la carne, pero falló por poco. Al poco, George llegó y vio a Jespah desgarrando la carne

colgada mientras Elsita, en la orilla opuesta, lo observaba desde la rama de un tamarindo. Cuando Jespah se dirigió a beber al río, George aprovechó la oportunidad para cortar la cuerda de la carne y dejar que cayera al suelo; Jespah regresó, la arrastró hasta el río y se la llevó flotando por el agua a sus hermanos.

En torno a la hora del té, George sorprendió a los cachorros en un banco de arena. Gopa y Elsita huyeron, y Jespah los siguió. Una hora más tarde, George vadeó el río y se pasó veinte minutos llamando a los cachorros, sin obtener respuesta. Entonces percibió un movimiento en la copa de un tamarindo y, al alzar la vista, vio a un leopardo posado sobre una de las ramas superiores, muy atareado devorando los restos de carne que les había robado a los cachorros.

Entonces apareció Jespah y empezó a trepar por el árbol en dirección al leopardo, que le bufó y le gruñó. Dado que las ramas superiores, más delgadas, eran demasiado débiles para aguantar el peso del cachorro, Jespah se vio obligado a instalarse en una horqueta que había más cerca del suelo.

Para tener mejor ángulo de visión, George ascendió por la pendiente; en aquel momento, el leopardo bajó de un salto, pasando a menos de un metro de Jespah. Tras aterrizar, corrió todo lo rápido que pudo, con los tres cachorros persiguiéndole. George siguió su rastro río abajo, hasta llegar junto a Jespah, que tenía la mirada clavada en las copas de los árboles que lo rodeaban. Al no ver ni rastro del leopardo, George decidió regresar al campamento.

Mucho después de oscurecer llegaron los cachorros y Jespah se tomó el aceite de hígado de bacalao del comedero que George le sostuvo en alto. Gopa cenó dentro de la jaula. En ese momento llegué yo, y me alegró comprobar que se estaban acostumbrando a la idea de comer allí.

Ambos nos sentíamos muy orgullosos de Jespah: los leopardos y los leones son enemigos por naturaleza. Por supuesto, un leopardo no tendría ninguna posibilidad ante un león adulto y le cedería el paso, pero que un cachorro joven se enfrente a un leopardo es un asunto muy distinto, y Jespah había demostrado tener muchas agallas.

Por la mañana me despertaron unos suaves maullidos que me sonaban muy familiares; de hecho, me costaba creer que no fuera Elsa quien maullaba. En realidad, era Jespah diciéndoles a sus hermanos que dejaran su persecución matutina alrededor de las tiendas y lo siguieran hasta el río. Al cabo de poco

escuché sus chapoteos al atravesar el agua y luego a dos leones rugiendo río arriba.

Aquella noche, Jespah apareció muy tarde y solo por un rato breve: era evidente que había acudido a explorar el terreno para asegurarse de que era seguro, porque al poco regresó con Gopa y Elsita. Se tomó el aceite de hígado de bacalao y me permitió darle unas palmaditas en la cabeza, en el hocico y las orejas, manteniéndose bastante quieto mientras lo hacía. Una vez apagadas las luces, George vio a Elsita unirse a sus hermanos en la jaula, que, con los tres cachorros y la res dentro, estaba bastante hacinada.

Al día siguiente volví a ponerme al mando del campamento, pues George tuvo que partir para Isiolo. Por la tarde vi a los cachorros en un banco de arena cerca del estudio y aprecié que Gopa tenía ya la melena bien definida: era unos cinco centímetros más larga y mucho más oscura que la gorguera rubia de Jespah.

Aquella noche, lo único que escuché fueron unas sonoras salpicaduras, posiblemente causadas por un búfalo en el río, pero no hubo rastro de los cachorros hasta la noche siguiente. Estaban todos famélicos y Elsita se lio a zarpazos con sus hermanos para dejarles claro que no tenía intención de que la privaran de su ración de aceite de hígado de bacalao, que, por norma general, sus hermanos se zampaban a lametones antes de que ella tuviera siquiera oportunidad de probarla.

A todos les seguía costando abrir una res muerta, y, como los muchachos habían olvidado hacerlo aquel día, aguardé mi oportunidad y acudí en su auxilio. Al verme interferir con su comida, Jespah me atacó. La situación se puso peliaguda por un momento, porque la comida y yo estábamos dentro de la jaula y el cachorro bloqueaba la salida. Por suerte, pareció entender que intentaba ayudarlos y esperó a que acabara de hacerlo, en una exhibición de inteligencia y temperamento afable que me recordaron mucho a su madre.

Transcurrieron más de veinticuatro horas antes de que los cachorros volvieran a dejarse ver; entonces, a primera hora de la mañana, escuché la llamada de su padre, primero desde un lugar cercano y después desde cerca de la Gran Roca, y al poco escuché a los cachorros beber agua a lametones del casco de acero, que era su bebedero favorito. Salí del coche para abrir la jaula y permitirles acceder a la comida, pero, impasibles, se dirigieron con determinación hacia la Gran Roca, claramente más interesados en reunirse con

su padre que en comer. ¿Estaría proporcionándoles también él comida?, me pregunté. Durante la noche escuché repetidos bufidos procedentes de la roca y a la mañana siguiente encontré huellas de todos los leones que conducían hasta ella. Para mi decepción, la noche siguiente su padre había vuelto a abandonar a los cachorros; lo escuché merodear por los alrededores y los pequeños llegaron al campamento muy hambrientos. Pese a ello, aguardaron pacientes a que les abriera la jaula y luego, cuando yo ya me había metido en el «saco de dormir», se abalanzaron sobre su comida. Se acabaron hasta el último trozo que les había preparado. Al amanecer, cruzaron de nuevo el río.

## ¿UNA NUEVA MANADA PARA LOS CACHORROS?

Una noche, los cachorros descansaron por primera vez cerca de la tumba de Elsa. Hacía un mes desde que la habíamos construido y, aunque antaño había sido su lugar de juegos favorito, desde la muerte de su madre nunca los habíamos visto allí ni habíamos encontrado sus huellas en los alrededores. Tal vez fuera coincidencia o se debiera solo al potente sentido del olfato que tienen los leones.

Por otro lado, existen pruebas que sugieren que los animales con una inteligencia muy desarrollada parecen tener una cierta noción de la muerte. Así ocurre, en particular, con los elefantes. Por ejemplo, se dio el caso de un elefante al que, según parece, sus compañeros tenían en muy alta estima; cuando falleció por causas naturales, dos elefantes macho permanecieron junto al cuerpo durante varios días y luego le quitaron los colmillos y los depositaron a cierta distancia del cadáver. Otro caso curioso tuvo lugar cuando George se vio obligado a matar a un elefante que se había vuelto peligroso. Le disparó por la noche, en un jardín de Isiolo. A la mañana siguiente se llevaron de allí su cadáver debido al fuerte hedor. Y al día siguiente George descubrió que los compañeros del animal habían trasladado su omóplato izquierdo de nuevo al punto exacto en el que había sido abatido.

Asimismo, George y yo hemos sido testigos de casos en los que los elefantes parecían preocupados por la muerte de un ser humano. En uno de nuestros safaris, los hombres de una tribu nos explicaron que pocos días atrás un elefante había matado a un hombre y que, desde entonces, el paquidermo acudía cada tarde al lugar donde se había producido la tragedia y permanecía allí durante una o dos horas. Investigamos los hechos y parecían ser ciertos.

El 27 de febrero encontramos a los cachorros en la cima de la Roca de los Bufidos, descansando a la sombra de unas euforbias cactus. Jespah acudió a nuestra llamada, se sentó cerca de mí y ladeó la cabeza, si bien mantuvo la mirada fija en Gopa y su hermana. Al cabo del rato, Elsita se nos acercó un poco, pero Gopa mantuvo las distancias y se comportó como si no existiéramos. Vi que Jespah tenía una garrapata más grande de lo normal y me alarmé, pues podía transmitirle babesia, pero, por más estrategias que usé para intentar quitarle aquel parásito, él me lo impidió e interpretó mis acciones como una invitación a jugar. Hacía una tarde estupenda, apacible y atemporal; todo a nuestro alrededor estaba impregnado de recuerdos de Elsa, y nos maravillamos de cuánto se le parecía Jespah, con aquella expresión inteligente y su actitud amistosa y responsable. Sacamos muchas fotografías y no regresamos a casa hasta que el sol se tiñó de un intenso color rojo.

En cuanto descendimos de la roca, Gopa y Elsita se unieron a Jespah, y los contemplamos a los tres en pie, silueteados contra la puesta de sol. Parecían mirarnos fijamente, pero es posible que, en realidad, estuvieran observando al búfalo que salió de su guarida a los pies del peñasco en cuanto nos acercamos a él y pasó a toda prisa a pocos pasos de donde estábamos, por suerte tan desesperado por evitar un encuentro como nosotros mismos. Los cachorros permanecieron en pie sobre la roca hasta que no nos fue posible vislumbrarlos bajo la tenue luz.

Las dos noches siguientes no se presentaron en el campamento. Tras escuchar a un león llamar desde la orilla opuesta del río, George siguió el rastro de los cachorros y averiguó que habían bebido en el punto donde el río se aproxima más a la Roca de los Bufidos y después habían cruzado a la otra ribera. Al día siguiente localizamos sus huellas a unos tres kilómetros y medio cauce abajo, cerca de las de un león y una leona. Todas ellas conducían hasta la cresta rocosa adonde las pisadas de Elsa habían conducido a Makedde el julio pasado, después de ausentarse durante dieciséis días.

George rodeó el risco y observó que las huellas de los cachorros se detenían en un extremo de las rocas, mientras que las del león y la leona se detenían en el opuesto.

No pude sumarme a George en aquellas exploraciones porque el estado de mi pierna me impedía caminar. Tres semanas antes me había hecho un corte en la espinilla con el tocón de un árbol. Al principio, la herida parecía estar

sanando, pero luego empeoró y a aquellas alturas presentaba un aspecto alarmante y me dolía horrores. Decidí acudir al hospital de la misión situado en unas montañas cercanas. Salí hacia allí con Ibrahim por la mañana, muy temprano. En cuanto el médico me vio la herida me metió en el quirófano. Él y la enfermera jefe me cuidaron con gran amabilidad durante dos días, tras los cuales me hallaba ya lo bastante recuperada para regresar al campamento. Ibrahim acudió a la misión cada día a traerme las notas en las que George me ponía al corriente de la búsqueda de los cachorros.

*3 de marzo.* Los cachorros no aparecieron ayer, ni durante el día ni durante la noche. Hacia las siete de la mañana eché a caminar río abajo, por la orilla opuesta. No vi huellas frescas hasta que Nuru y yo llegamos al paso que hay debajo de la catarata. Allí vadeé el río hasta el otro lado y vi a los tres cachorros. Jespah se nos acercó y se sentó cerca de nosotros, mientras que los otros se escondieron entre la maleza. Iniciamos el camino de regreso hacia el campamento, pero, al ser media mañana, deduje que los cachorros se tumbarían entre los matorrales. A mi llegada al campamento, en torno a las once y media, encontré a Ibrahim con la noticia de tu operación. Me explicó que, hacia las cinco, justo después de cruzar el riachuelo que separa esta zona del hospital, había visto a un gran león y tres cachorros sentados junto a la pista forestal. Dos de los cachorros eran machos y la otra una hembra, de la misma edad que los hijos de Elsa. De hecho, Ibrahim pensó que eran ellos y que estaban con su padre. Detuvo el coche a escasos metros de distancia. El león y dos de los cachorros se alejaron un poco, mientras que el tercero permaneció sentado junto a la carretera. Ibrahim gritó: «¡Jespah, Jespah! ¡Cucú!». El cachorro inclinó la cabeza. Ibrahim abrió la puerta e hizo ademán de salir. El cachorro seguía sentado. Entre tanto, aparecieron el resto de los leones y se sentaron al otro lado del vehículo. ¿No es una coincidencia extraordinaria? De no ser porque había visto a nuestros cachorros a mediodía, estaría convencido de que Ibrahim había visto a los hijos de Elsa y me habría dirigido de inmediato en el *jeep* hacia allí. ¡Qué misterio!

Los cachorros aparecieron por el campamento hacia las 19:30, sin nada de hambre. Se quedaron a pasar la noche y, por la mañana, se



encaminaron hacia la Roca de los Bufidos. Escuché a otros dos leones llamando aguas arriba del río.

*4 de marzo.* En torno a las 17:00 ascendí a la cima de la Roca de los Bufidos y encontré a los cachorros. Elsita fue la única que salió; se sentó a unos doce metros de mí hasta el atardecer. Regresé al campamento. Hacia las 23:00, los cachorros no habían aparecido, así que me metí en la cama. A las 00:30 me desvelé y encontré a Jespah en mi tienda. Me levanté y le di aceite de hígado de bacalao y sesos; los otros dos cachorros se comieron una cabra dentro de la jaula. Volví a acostarme. Hacia las 1:30 me desveló de nuevo un resoplido de desconcierto de uno de los cachorros, una señal inequívoca de que había otros leones en el campamento. Al levantarme, escuché gruñidos y riñas en un arbusto cercano, seguidos por los rugidos a pleno pulmón de dos leones a unos metros de distancia. Rugieron durante largo rato, merodeando alrededor del campamento, hasta que uno de ellos se dirigió al estudio, llamó con tono grave y luego se dirigió por el camino hacia la Gran Roca. Se oyeron más gruñidos y refriegas. Luego se marcharon hacia el *lugga* de la cocina. Después de eso escuché un solo gemido, que parecía haber emitido un cachorro cerca de la cocina. Minutos después, los leones estaban de regreso en el campamento, pero, tras nuevos rugidos, finalmente los escuché atravesar las aguas del río y sus gruñidos fueron alejándose río abajo.

*5 de marzo.* Al amanecer encontré huellas de león a todo alrededor y en el interior del campamento. Al parecer, los leones habían estado persiguiéndose en el banco de arena donde Elsa yació en el momento de su muerte. Seguí las pisadas de dos cachorros en la cara opuesta del río, risco arriba, hacia la Roca de Shamba, pero perdí el rastro y entonces di con las huellas de un gran león, que ascendían por un barranco. Cerca de las rocas donde solía tumbarse Elsa localicé las huellas de una leona y un cachorro.

Hay dos alternativas: o los cachorros se asustaron cuando los leones aparecieron y huyeron al otro lado del río, o bien se les han unido y se han marchado con ellos. El hecho de que los leones no

aparecieran por el campamento hasta las 12:30 de la mañana, procedentes de la orilla opuesta, sugeriría que habían estado con los leones, y que después estos los siguieron.

George tuvo que marcharse a Isiolo el 5 de marzo, el día en que yo regresé del hospital. Aquella noche, los leones no aparecieron. Yo no sabía si sentirme reconfortada o preocupada. Si se habían unido a una manada y una leona les enseñaba a cazar, entonces se volverían salvajes antes de que llegara el momento de deportarlos, y seguramente eso era lo mejor que podía sucederles. Por otro lado, era posible que los leones salvajes los hubieran ahuyentado del campamento y que necesitaran ayuda urgente.

El estado de mi pierna me impedía acompañar a Makedde y Nuru en busca de los cachorros. Intenté verle el lado positivo a mi incapacidad diciéndome que, al menos, me impediría interferir, lo cual era algo positivo, porque, si una manada había adoptado a los cachorros, cualquier perturbación podía hacer que los padres adoptivos los abandonaran. Aun así, no sabía a ciencia cierta si habían encontrado una manada y me angustiaba.

Transcurrieron otros dos días con sus dos noches sin noticias de los cachorros. Entonces regresó George, que enseguida salió en su busca, aunque fue en vano. A la mañana siguiente, Nuru y él volvieron a explorar el terreno y descubrieron que los cachorros se habían unido a un león o una leona joven. Convencido de que los cachorros habían sido adoptados por una manada, George decidió no perseguirlos por temor a importunar a los padres adoptivos.

Empezamos a creer que ellos mismos habían resuelto el problema de su futuro, pues hacía doce días que no los veíamos

## 29

### LOS CACHORROS EN APUROS

El 16 de marzo, George y Nuru salieron temprano para la búsqueda diaria. Me encontraba sola en el campamento cuando llegaron dos guardas de caza y un informador a comunicarme que, durante la noche del 13 al 14, tres leones habían atacado las *bomas* de una tribu en el río Tana y habían malherido a cuatro vacas. Los africanos habían intentado ahuyentarlos a pedradas, con fuego y porras, pero los leones habían regresado de manera persistente. Creían que los asaltantes eran los cachorros de Elsa y le suplicaban a George que fuera a deshacerse de ellos.

Envié de inmediato a los hombres a ponerse en contacto con George, cosa que hicieron disparando al aire. Regresaron todos al campamento y, después de almorzar, pusieron rumbo al lugar de las incursiones.

En total, había ocho *bomas*, a escasa distancia las unas de las otras; estaban compuestas por grupos de pequeñas chozas de barro semicirculares protegidas por unos cercados de espino hasta la altura de los hombros y de un par de metros de grosor. Las *bomas* estaban rodeadas por una densa fragosidad, lo cual implicaba que un león podía acercarse a las chozas sin ser visto. Se encontraban cerca del río Tana, donde la tribu daba de beber a su ganado.

George detectó las huellas de una leona; se había internado en un cercado de espino casi impenetrable y después, para salir, se había abierto paso a la fuerza. A continuación, George intentó examinar las pisadas de otro león, pero le costó hacerlo porque la mayoría se habían borrado bajo las pezuñas del ganado. Aun así, logró seguir el rastro de los leones hasta el punto de la ribera donde habían bebido. Avanzó cauce abajo, con la esperanza de hallar huellas

frescas en un lugar en el que era probable que hubieran bebido la noche anterior, y no se equivocaba, pues encontró el rastro reciente de tres leones.

Acompañado de dos guardas y un guía, siguió el rastro. En torno a una hora más tarde, estaban buscando por un lecho seco cubierto de densa vegetación cuando, de repente, a unos diez pasos de distancia, vieron a una leona tumbada durmiendo, parcialmente oculta tras el tronco de un árbol. George la observó durante varios minutos: parecía una leona adulta. Un guarda que se encontraba varios pasos por detrás de él le hizo una señal y le dio unos golpecitos a su rifle. George descubrió que había olvidado cargarlo. Ni siquiera el estrépito del cerrojo despertó al animal. Entre susurros, el guarda urgió a George a dispararle, diciéndole que se trataba de una leona adulta. Habría sido muy fácil atravesarle el cerebro de un balazo. Pero algo hizo titubear a George. De pronto, la leona se sentó y le miró a los ojos. Arrugó el rostro y, emitiendo un gruñido bajo, desapareció corriendo. Al mismo tiempo, George escuchó a otros dos leones darse a la fuga. Creía que no se trataba de nuestros cachorros, pero aun así no les había disparado porque no podía estar seguro de que no lo fueran. Llamó a los cachorros por su nombre, pero no obtuvo respuesta. Lo que ayudó a reforzar su convicción de que no habían sido nuestros cachorros quienes habían perpetrado aquellos ataques era la manera como los leones habían asaltado el poblado y el hecho de que se hubieran abierto camino a la fuerza por un cercado de espino especialmente robusto, así como la aparente facilidad con la que habían matado a dos vacas adultas. Todo ello indicaba que era obra de leones con experiencia.

George indicó a los miembros de la tribu que le informaran de inmediato si se producía otra incursión y regresó al campamento.

La mañana siguiente, George y Nuru se dirigieron hacia la desembocadura del *lugga* de los elefantes y vieron allí dos cachorros descansando en un islote del río, pero escaparon antes de que George tuviera tiempo de enfocarlos con los prismáticos. Simultáneamente, escuchó a más leones darse a la fuga. Siguiendo su rastro, llegó hasta el cadáver de un joven búfalo que debían haber cazado la noche anterior. Lo habían devorado cinco leones. George estaba convencido de que se trataba de los cachorros de Elsa y de sus padres adoptivos. Llamó a Jespah durante un largo rato y le pareció escuchar un leve gemido al otro lado del río, pero ningún cachorro salió al descubierto y regresó al campamento.

Al día siguiente estalló una terrible tormenta eléctrica y el aguacero se prolongó durante toda la noche, cosa que hizo que, por la mañana, el río apenas fuera vadeable. Pese a ello, un informador logró cruzarlo. Traía un mensaje del jefe del asentamiento de Tana indicando que los leones habían vuelto a atacar a su ganado.

Al escuchar tales noticias, George se dirigió a la escena del ataque en su Land Rover. Había llovido tanto que se vio obligado a tomar un desvío. Yo permanecí en el campamento para montar guardia, por si acaso los cachorros seguían en nuestra zona.

Dos mañanas después me dirigí a la tumba de Elsa y, mientras estaba allí, noté movimientos en la cima de la Gran Roca. A través de los prismáticos divisé a dos leones tumbados al sol. Me dirigí hacia ellos tan aprisa como me lo permitía la pierna lesionada y enseguida distinguí a tres leones adultos y tres cachorros exactamente del mismo tamaño que los hijos de Elsa. Estaban encaramados al risco, recortados contra el cielo. Los observé durante varios minutos; descansaban todos juntos, tranquilos, y una leona lamía a los cachorros, que estaban tumbados patas arriba, jugando. Saqué algunas fotografías, pero, temiendo estar a demasiada distancia para obtener buenos resultados, incluso con el teleobjetivo, me acerqué con precaución a la manada. Cuando me encontraba a unos cien metros, los leones se alarmaron y uno tras otro desaparecieron en la oquedad donde Elsa se había puesto de parto. Solo un cachorro quedó rezagado. Agachó la cabeza entre sus patas delanteras, observándome. Su comportamiento me hizo pensar que quizá se tratara de Jespah. Por desgracia, como estaba sentado con el sol matinal a contraluz, solo distinguía su silueta y no puede apreciar ningún detalle que confirmara que era él. Al acercarme, el cachorro se escabulló.

La idílica escena familiar que había presenciado me hizo sentir feliz por primera vez desde la muerte de Elsa. Aunque no podía estar segura de que se tratara de sus hijos con unos padres adoptivos, me parecía demasiada coincidencia que un par de leones con tres cachorros de la misma edad que los de Elsa se hubieran instalado de repente cerca del campamento.

Cuando regresé a las tiendas me recibieron dos guardas de caza con una carta de George. Decía lo siguiente:

Llegué al asentamiento la tarde-noche del domingo 26, tras

recorrer sesenta y cinco kilómetros por pistas forestales pésimas y doce a través de una densa espesura. Logré dar con un animal muerto y me senté sobre él, cerca de una *boma* que los leones habían atacado. Aquella noche no apareció ningún león. Por la mañana acampé a unos tres kilómetros y medio del poblado, a orillas del Tana, y descendí por el río en busca de huellas. No vi ninguna fresca. Más tarde llegaron los guardas para informar de que los leones habían intentado colarse en otra *boma* durante la noche, pero los habían ahuyentado. Los guardas habían seguido sus huellas hasta perder el rastro. Ayer por la noche volví a sentarme sobre el cadáver de un animal en un calvero a unos ochocientos metros de esa otra *boma*. En torno a las once de la noche, sin advertencia previa, Elsitá apareció de pronto y se abalanzó sobre el animal, que estaba atado al tocón de un árbol. Enseguida apareció Jespah, con una flecha, por suerte no envenenada, clavada en un anca. Ambos empezaron a comer. Al poco vi a Gopa acechando en la distancia; finalmente, también se acercó a la carne. Estaban muy flacos, parecían famélicos. No se asustaron cuando les hablé, y devoraron la diminuta cabra en una hora. Se acercaron varias veces por decisión propia al cuenco con agua que había colocado cerca de la parte trasera del *jeep*. Estoy convencido de que reconocieron mi voz y de que regresarán esta noche. No cabe duda de que han sido los cachorros los que han atacado las *bomas*. Tendremos que pagar una suma muy elevada a modo de compensación. Envía a Ibrahim con tu Land Rover enseguida con todas mis cabras, comida para mí, mi tienda pequeña y también mi mesa, mi silla y mis cajas. Debo reclutar de inmediato una cuadrilla de lugareños para abrir una pista forestal en el monte. Luego tendremos que trasladar todo el campamento y enviar aquí un camión con las jaulas para poder sacar a los cachorros de este distrito. Pero lo más urgente es que envíes las cabras con Ibrahim. Si el río baja demasiado crecido, tendrá que dar un amplio desvío, pero debe llegar aquí hoy. Los cachorros están muy hambrientos y, a menos que los alimentemos, volverán a atacar la *boma*. Sin duda, todos estos problemas los ha causado la leona fiera, que debió de perseguir a los cachorros hasta expulsarlos del campamento de Elsa el 4 de marzo.

Tuyo, G. Por favor, mándame también toda la munición

# 30

## CRISIS

Al leer aquellas palabras se me heló la sangre. Al principio me costó sobreponerme a la sorpresa que me causó la extraordinaria coincidencia de que una manada con tres cachorros del mismo tamaño que los de Elsa se hubiera instalado en la zona justo en aquel momento, llevándonos a pensar que Jespah, Gopa y Elsitá seguían cerca del campamento.

Luego recordé la manada a la que Elsa, estando embarazada, había entregado su cabra y para la cual había ejercido de tía. ¿Era posible que la leona fiera fuera la madre de aquellos cachorros, quizá nacidos poco antes que los de Elsa? En tal caso, parecía probable que la zona que rodeaba el campamento hubiera sido el territorio de aquella leona antes de liberar en él a Elsa. De ser así, cuando descubrió a una rival, que además mantenía una extraña relación con seres humanos, debió de retirarse río arriba, llevándose con ella a sus cachorros. Recordé aquel día de julio en el que, mientras buscábamos a Elsa, nos había parecido ver a la familia cerca de un baobab río arriba y nos había sorprendido su extraño comportamiento. Me pregunté si no me habría equivocado y había tomado a aquella leona (a la que apodaba la «leona fiera») y su familia por Elsa y sus cachorros. Cuando en fechas posteriores la leona había venido a hacer un reconocimiento del campamento, siempre había procedido de aguas arriba. Había acudido sola, pero probablemente prefería dejar a sus cachorros seguros mientras ella exploraba el terreno. Si tal suposición era cierta, entonces los ataques de la leona fiera contra Elsa sin duda habían sido un intento por reivindicar su derecho a su antiguo hogar. En tales ocasiones, siempre nos había encontrado allí instalados y se había retirado. En cambio, con Elsa muerta, era probable que hubiera

aprovechado la oportunidad de perseguir a los cachorros de su rival para expulsarlos de la zona y apoderarse de su antiguo territorio. Fuera como fuese, parecía casi seguro que la manada que aquella misma mañana yo había tomado por los cachorros de Elsa era la familia de la leona fiera.

Fue un mazazo a la felicidad que había sentido apenas horas antes, cuando había creído que los cachorros estaban sanos y salvos y los había exculpado de los ataques a las *bomas* del Tana.

Me costaba imaginar cómo se las habrían apañado para sobrevivir por sí mismos durante varias semanas. Eran demasiado pequeños para cazar animales salvajes, y debían de haber atravesado un espantoso período de hambre antes de encontrar a aquellas cabras que consideraban su alimento natural. Por otra parte, el inamistoso recibimiento de los encolerizados africanos los habría aterrorizado.

La única solución era pagar una indemnización tan cuantiosa que la tribu no sintiera la necesidad inmediata de deshacerse de los cachorros, y que mientras tanto encontráramos un lugar seguro para la familia en el menor plazo posible.

Dado que ya no había nada que me retuviera en el campamento, partí de inmediato con Ibrahim, un guarda que nos hacía de guía, cinco cabras y el material de acampada esencial. Íbamos apiñados en el coche, y el segundo guarda y el resto de nuestro personal tuvieron que tomar un atajo a pie monte a través.

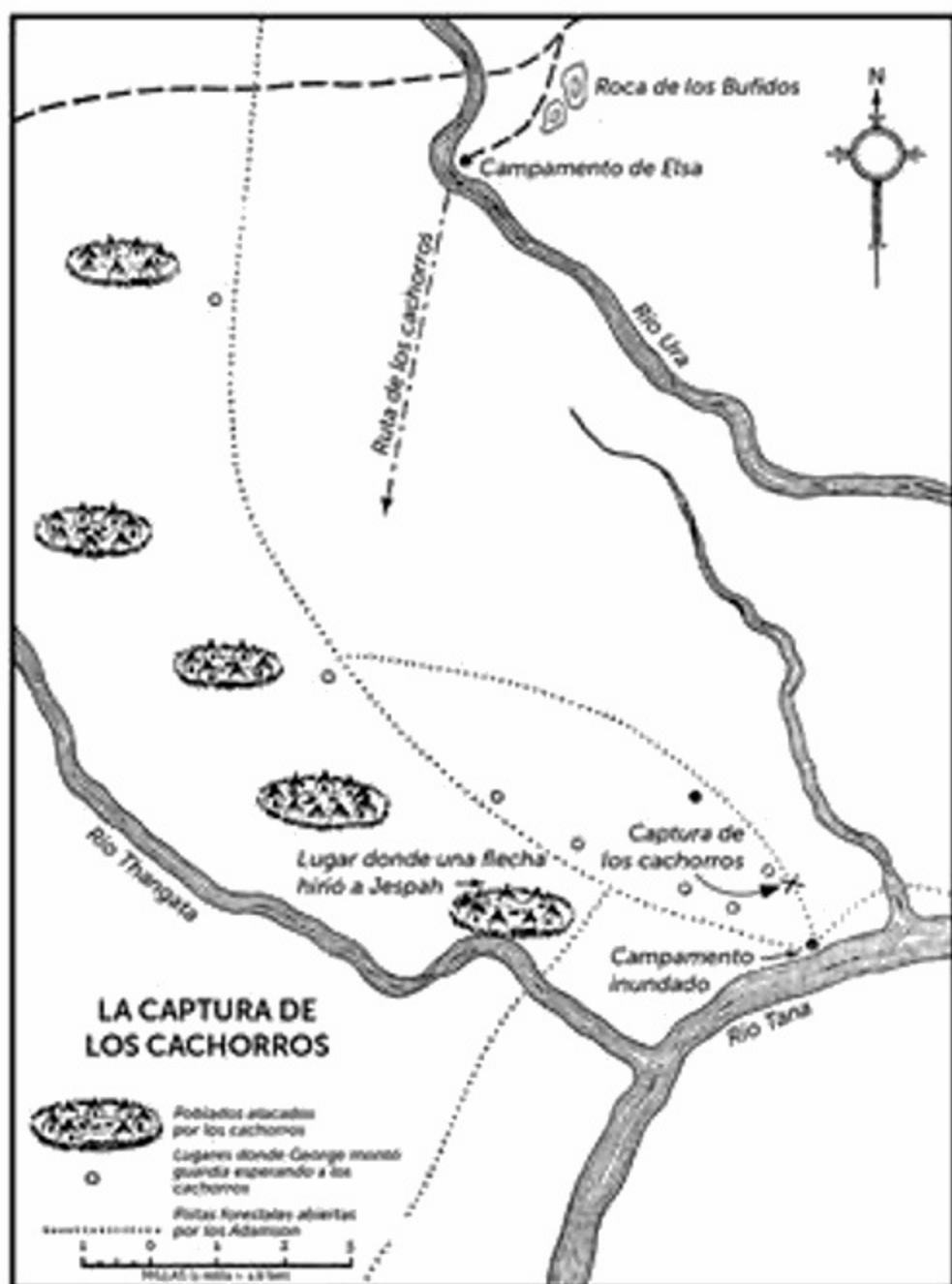
Avanzamos traqueteando por pistas muy maltrechas; al contemplar el paisaje circundante, daba la sensación de que un gigante se había entretenido en lanzar rocas de manera aleatoria. Dejamos atrás varios asentamientos africanos, anidados entre enormes peñones; las chozas de tierra redondas parecían montículos y se fundían a la perfección en el paisaje.

Llegamos al Tana justo antes de anochecer.

A partir de aquel punto, el guarda tuvo que guiarnos a pie a lo largo de los últimos doce kilómetros, ya que la espesura estaba tan tupida que resultaba imposible ver qué había delante o esquivar obstáculos.

Tras dos largas horas de avanzar penosamente por el monte, llegamos a orillas de un río de unos cuarenta y cinco metros de ancho y aguas rápidas. Quitamos la correa del ventilador, descendimos por un pronunciado terraplén y, tras mucho empujar con el agua hasta las rodillas, llegamos a la otra orilla.





Allí encontramos la *boma* del jefe de la tribu, pero tuvimos que recorrer aún tres kilómetros y medio más para llegar al campamento de George, donde nos informaron que había ido a montar guardia, a la espera de los cachorros. Descargué todo mi material y fui a reunirme con él en el *jeep*. Debí de llegar en torno a las nueve de la noche.

Mientras esperábamos a que aparecieran los cachorros, encendiendo y apagando de manera intermitente un potente foco para orientarlos, George me habló de la herida de Jespah.

La noche del 25, varios hombres de la tribu habían salido a hacer una batida, dispuestos a matar a los leones. Habían acorralado a uno de ellos (de hecho, a Jespah) en el seto de espino que protegía el rebaño de cabras. El león había matado a dos cabras, pero, antes de poder marcharse con su botín, había sido rodeado por un grupo de encolerizados indígenas armados con arcos y flechas envenenadas. El león se había puesto a cubierto tras el grueso seto de espino, adonde los africanos habían lanzado unas veinte flechas envenenadas. Pero el seto era tan grueso que las flechas no lo penetraban. Solo una saeta lanzada por un *toto* había dado en el blanco. Por suerte, la punta no era letal, ya que el *toto* era demasiado joven para que los adultos le permitieran usar veneno mortal.

También por fortuna, la punta de la flecha no había penetrado demasiado en el anca de Jespah. Bajo la piel se le apreciaban la púa y unos siete centímetros de la asta, mientras que otros dos centímetros colgaban hacia abajo. George esperaba que la punta de la flecha cayera por su propio peso y Jespah pudiera lamerse la herida y curársela; de ser así, había bastantes posibilidades de que no se le infectara. No parecía obstaculizarle los movimientos y tampoco provocarle dolor, ya que George lo había visto tumbarse varias veces sobre ella. Los cachorros se habían mostrado muy amistosos y no se habían opuesto a su presencia, pero, por descontado, Jespah no le había permitido extraerle la flecha.

George había contratado a treinta africanos para que despejaran un camino de trece kilómetros en paralelo al río con el fin de poder trasladar todo el campamento en el camión, cosa que hicimos más tarde, con cuidado de no ocupar ninguno de los pasos de los hipopótamos.

Luego trazamos un plan para resolver nuestro problema más inmediato.

George montaría guardia durante la noche en su Land Rover, en rutas que creía que los cachorros podían tomar para llegar a las *bomas*, donde colocaría comida para ellos. Y yo haría lo mismo en el campamento, mientras los guardas, equipados con petardos, protegerían las diversas *bomas*. En caso de que uno de nosotros viera a los cachorros, avisaríamos a George disparando al aire: un disparo si eran los guardas quienes los avistaban y dos si lo hacía yo.

Cuando oscureció, George partió hacia su puesto de vigilancia, pero aquella noche los cachorros tomaron una ruta distinta, atacaron una *boma* y malhirieron a una oveja, si bien antes de poder alimentarse de ella los espantaron los petardos de los guardas.

Aquella noche llovió, cosa que dificultó encontrar huellas al día siguiente. Con el fin de atraer a los cachorros hacia el Land Rover, George había arrastrado una res muerta a través del bosque hasta el vehículo, para que pudieran olfatear su rastro, pero la mañana siguiente descubrimos que quienes habían venido a por ella habían sido hienas y chacales. De ahí que la noche siguiente los cachorros volvieran a probar suerte en otra *boma* y malhirieran a dos cabras, aunque los ahuyentaron de nuevo antes de que pudieran comérselas.

La estación lluviosa daría comienzo muy pronto y nos preocupaba, porque, cuando lo hiciera, quedaríamos incomunicados a menos que contáramos con un camión con tracción a las cuatro ruedas. El viejo camión Thames no servía de gran cosa en un bosque virgen, y no podíamos quedarnos de manera indefinida con el camión Bedford que Ken Smith nos había prestado. Además, necesitábamos un camión para traer todo el equipamiento del campamento, para ayudar a la cuadrilla de obreros y, principalmente, para el traslado final, cuando hubiéramos atrapado a los cachorros. De hecho, para ello necesitábamos no uno, sino dos camiones; habíamos previsto organizar un convoy integrado por un camión para los leones, otro para el material de acampada y dos Land Rover para transportar nuestro equipaje personal. Era esencial que los *jeeps* no fueran sobrecargados por si había que remolcar a los camiones en las zonas más complicadas.

Tras mucho debatirlo, decidí que lo mejor era ir a Isiolo y conseguir un camión Bedford nuevo, del mismo tamaño que el de Ken, para cargar en él las tres jaulas de viaje, que ya estaban encargadas.

La mañana siguiente, tras saber que los cachorros habían intentado atacar dos *bomas*, pero que los habían espantado antes de que pudieran causar daños, partí hacia Isiolo con nuestro leal Ibrahim.

Cuando me informé sobre las condiciones para encargar un camión Bedford nuevo, me indicaron que la entrega tardaría unas tres semanas. Era un plazo excesivo y pregunté si, en caso de emergencia, podíamos alquilar un camión a una empresa de safaris. Tras recibir la confirmación de que era posible, realizamos las gestiones pertinentes y nos dirigimos con el camión de Ken hacia el campamento de Elsa para recoger el equipamiento que habíamos dejado atrás y pernoctar allí.

Era una noche apacible y la tenue luz de la luna lo fundía todo en una pacífica armonía. Despierta en la cama, mucho después de oscurecer, escuché al padre de los cachorros describiendo círculos alrededor del campamento y resoplando, para después dirigirse hacia la Gran Roca antes de cruzar por fin el río. Era mi última noche en nuestro viejo campamento, que para mí había sido como un hogar.

Llegamos al Tana alrededor de la hora del té y George me recibió con la noticia de que, aunque había seguido el rastro de día y había montado guardias nocturnas, no había visto a los cachorros ni una sola vez, por más que cada noche habían atacado una *boma*.

Parecía extenuado por la falta de sueño, la ansiedad y la preocupación de saber que se le estaba acumulando el trabajo en Isiolo, pero no dejaría el Tana ni una sola noche mientras se prolongara aquella crisis.

La mañana siguiente, un rastreador informó de que había localizado huellas de un único león en dirección al campamento de Elsa, pero había perdido el rastro junto al río, frente al puesto del guarda.

Aquella noche, en torno a las nueve, mientras George montaba guardia protegiendo la comida, de repente vio a Jespah y a Elsitá. Estaban terriblemente demacrados, y Jespah seguía con la flecha clavada en el anca. Pese a ello, ninguno de los dos parecía nervioso y el pequeño se bebió a lametones el aceite de hígado de bacalao del plato que George le sostuvo en alto. Comieron con voracidad y no se marcharon hasta las cinco de la madrugada. Después de aquello, nos dijimos que probablemente Gopa hubiera abandonado a sus hermanos y que las pisadas que el rastreador había detectado en dirección al viejo campamento eran las suyas.

George pasó el resto del día abonando una cuantiosa indemnización a los miembros de la tribu; por la noche, esperó cerca del lugar donde creía que se ocultaban los cachorros. Llovió toda la noche y los cachorros no aparecieron. En vez de ello, regresaron al punto donde habían visto a George la noche anterior y, al no encontrarlo allí, atacaron tres *bomas*, matando a dos cabras y malhiriendo a otras seis. Por la mañana, los rastreadores que seguían las huellas vieron huir a dos cachorros.

Más tarde llegó un guarda procedente del campamento de Elsa e informó de que durante la noche del 5 al 6 de abril, un joven león había estado merodeando por la zona y había dejado huellas en el punto donde solía alzarse la tienda de George; después se había encaminado hacia la Gran Roca. La noche siguiente había regresado en compañía de un gran león. Este último no había entrado en el campamento, pero sí había atravesado el río. El león joven había ido primero al árbol que usábamos como «frigorífico», luego a la tumba de Elsa y, por último, había entrado en la vieja jaula. Aquella información confirmó nuestras suposiciones de que se trataba de Gopa. Sin duda indignado por que lo expulsaran de las *bomas* antes de poder comer, el hambre se había impuesto a su timidez natural y había realizado aquel viaje por sí solo, con la esperanza de encontrarnos en el campamento con comida lista para servirle.

Si Gopa pudiera actuar de guía de los otros cachorros e inducirlos a regresar al campamento de Elsa, nos facilitaría enormemente el trabajo.

Aquella noche, los cachorros pasaron a menos de cien metros de George al regresar de una *boma* donde habían devorado parte de una cabra muerta que los hombres de la tribu habían descartado. Estábamos desesperados. Lo único que podíamos hacer era reforzar los setos alrededor de las *bomas* y apostar guardas para proteger todas las que fuera posible.

Durante el día siguiente, el ambiente estuvo cargado de humedad y, después de acostarme, empezó a diluviar. Me preocupaba que George estuviera montando guardia bajo aquel aguacero en una pequeña tienda rodeada de leones. Además, el retumbo de los hipopótamos sonaba más cerca de mi tienda de lo que me habría gustado. Pero, a pesar de estos factores estresantes, acabé durmiéndome.

Me desveló un sibilante sonido rítmico, pero, como se mezclaba con el tamborileo de la lluvia sobre la lona de la tienda de campaña y el rugido del Tana desbordado a escasos metros de distancia, no logré desentrañar de qué se

trataba. Tal vez fuera una rama rota que rozara la lona, así que no le presté más atención. Entonces, uno de los palos de mi tienda se vino abajo. Encendí la linterna y vi que aquel sonido sibilante lo causaban las olas al lamer mi tienda.

Habíamos montado el campamento unos tres metros por encima del nivel habitual del agua; en menos de tres horas, el cauce del Tana había aumentado aquella altura. Mirase en la dirección que mirase, lo único que veía era agua. Con el haz de la linterna pude divisar que el terreno interior se había convertido en una ciénaga salpicada de profundos charcos. Aquel era el único lugar al que podíamos trasladarnos..., siempre y cuando el río no lo inundara primero. Si el agua aumentaba otros treinta centímetros más, lo barrería por completo.

Estaba al borde de un ataque de nervios. Llamé a los muchachos a gritos, pero sus tiendas estaban montadas a unos doscientos metros de distancia y con el atronador bramido del Tana no me oían. Corrí hasta ellos tan rápido como pude. Las lonas de sus tiendas estaban bien aseguradas y dormían plácidamente en el interior de lo que se había convertido en una trampa. De hecho, de no haber llegado cuando lo hice, podrían haber muerto ahogados.

En cuanto salieron de allí, aún amodorrados, constataron el peligro. Primero desmontaron la tienda grande de George, donde guardábamos los rifles, las medicinas, la comida y el material. Ya estaba medio inundada, de manera que trasladamos todo lo que pudimos recuperar a terreno firme y luego desmontamos mi pequeña tienda. Mi linterna era la única que funcionaba, pero al poco también se cayó al agua y quedó inservible. Pensé en lo afortunados que éramos de que Ibrahim estuviera allí, pues se encargó de organizar al resto de los hombres, que estaban muy asustados, y evitó que el torrente se llevara buena parte del material.

De momento, estábamos a salvo, pero era consciente de que, a menos que sucediera un milagro, en cuestión de minutos la zona del interior, nuestro único refugio, también quedaría anegada.

Clavé un palo en el barro para marcar el nivel del agua y lo observé compungida. Me costó dar crédito a lo que veía cuando comprobé que el agua se mantenía en el mismo nivel: la avenida había alcanzado su altura máxima antes de llevarse nuestro campamento.

A continuación, sin tiempo que perder, nos dispusimos a rescatar el Land Rover de George, que había quedado temporalmente inservible y cubierto

hasta media altura por la inundación. Por suerte, estaba aparcado cerca de un árbol y, con una polea improvisada, conseguimos levantarlo y mantenerlo suspendido sobre el agua, para que el río no se lo llevara. De nuevo, agradecí que Ibrahim estuviera allí para ayudarnos con aquella operación. Cuando hubimos acabado, calados hasta los huesos y exhaustos, esperamos a que amaneciera.

George llegó con la primera luz, rígido, frío y empapado. Nos explicó que antes de que empezara a llover, Jespah y Elsita habían aparecido, se habían dado una enorme comilona y poco después se habían marchado. Con el aguacero, todos los palos de la tienda habían cedido y se le había derrumbado encima. Durante el resto de la noche se había acurrucado bajo la lona mojada. Estaba intranquilo, porque, si los cachorros regresaban a investigar los restos del naufragio, no se podría hacer nada. Sin embargo, según se demostró más tarde, Elsita y Jespah estaban ocupados en otros asuntos: pese a haber devorado la cena con tanto apetito, habían ido a una *boma* y habían matado a una cabra.

A la hora del desayuno, el río había descendido casi dos metros. Al examinar las olas flagelantes con los prismáticos vi entre los escombros una lancha neumática posada bocabajo en la copa de un árbol de una de las islas. También observé una bella garza Goliat en la ribera opuesta machacando un pez con rápidos golpes contra una roca. Pensé en cuánto tenía que esforzarse para prepararse el desayuno.

# 31

## PREPARATIVOS PARA ATRAPAR A LOS CACHORROS

Extendí nuestras pertenencias empapadas y las dejé secar bajo el sol mientras George partía en busca de los cachorros. No los encontró, pero aquella noche, mientras permanecía sentado en mi coche con comida a punto, Jespah y Elsita llegaron, comieron con voracidad y después se quedaron allí hasta las once. A primera hora de la madrugada, George los escuchó rugir. Por lo que él sabía, era su primer intento, y, aunque el sonido era un poco inmaduro, fue una interpretación bastante loable. Nos preguntamos si estarían llamando a Gopa o bien reivindicando derechos sobre su nuevo territorio.

La noche siguiente, los dos cachorros llegaron temprano, se comieron la mitad de la comida que George les había preparado y, cuando empezó a llover, se marcharon. Después, al parecer por pura maldad, atacaron una *boma*, matando a tres cabras y malhiriendo a otras cuatro.

La noche siguiente, mientras se dirigía a encontrarse con los cachorros, George quedó atascado en el fango. Cuando al fin llegó, encontró a Jespah y a Elsita esperándolo. Durante un rato, permaneció sentado en la oscuridad y los escuchó devorar con regocijo la carne que les había suministrado. Más tarde, al encender los faros del coche, se sorprendió al ver tres cachorros. Gopa tenía que haber llegado justo entonces, porque estaba saludando formalmente a sus hermanos. Cuando la ceremonia concluyó, atacó la comida y no permitió que los otros cachorros se le acercaran. Debía de estar famélico, pero tenía buen aspecto. Se había ausentado durante más de una semana, y George calculaba que durante ese tiempo debía de haber comido bien al menos dos veces, ya que, de lo contrario, no habría estado en tan buena forma. Todos los cachorros se tomaron su aceite de hígado de bacalao, tras lo cual partieron en



dirección a las *bomas*. George disparó un tiro de advertencia para que los guardas estuvieran alerta cuando llegaran los cachorros y los recibieran con petardos para ahuyentarlos.

Aunque hasta entonces los cachorros no habían colaborado en nuestros planes de atraparlos en las jaulas, consideramos esencial tenerlo todo preparado para su captura. Día a día, las condiciones climáticas empeoraban, así que era esencial tener las jaulas listas antes de que las lluvias imposibilitaran el transporte en camión.

Partí con Ibrahim hacia Isiolo para recoger todos los artículos que necesitábamos. Allí, el mayor Grimwood me informó de que, tras negociar con una serie de reservas de caza, había obtenido autorización para que lleváramos los cachorros al Parque Nacional Serengeti, en Tanganica. Le estaba inmensamente agradecida y muy satisfecha, ya que el Serengeti es famoso por sus leones y por la abundancia de fauna salvaje. Pensé que no podíamos haberles encontrado un hogar mejor a los cachorros de Elsa.

Escribí al director del Parque Nacional agradeciéndole su generosa oferta y señalándole que, durante uno o dos meses, los cachorros seguirían necesitando nuestra ayuda, ya que solo tenían dieciséis meses. Hasta hacía poco tiempo aún conservaban los dientes de leche y no serían capaces de cazar por sí mismos hasta los dos años. Por supuesto, también mencioné que Jespah tenía una flecha clavada en el anca.

La lluvia no dio tregua mientras estuve en Isiolo y yo estaba impaciente por volver antes de que las inundaciones nos cortaran el paso. Cuando al fin llegué, con las tres jaulas y un camión, George me explicó que los cachorros habían acudido a verlo durante las cuatro noches de mi ausencia, y aunque habían intentado perpetrar algún otro ataque, los habían espantado antes de que ocasionaran daños. Las precauciones que George había tomado (reforzar los setos de espino, proteger los hogares más vulnerables con guardas y lanzar un disparo de advertencia cuando sospechaba que los cachorros iban a realizar alguna diablura) habían dado su fruto.

George me explicó que un día les había dado a los cachorros dos gallinas de Guinea, lo cual había desencadenado una pelea inmediata; con una pintada delante, no mostraban interés alguno por la res muerta que tenían a su disposición. Me explicó que Elsitá renqueaba, probablemente a causa de alguna espina que se le habría clavado en una almohadilla de la zarpa, pero

seguía tan salvaje como siempre y no había podido hacer nada por ayudarla.

Los cachorros se hallaban de nuevo en una forma excelente. Jespah seguía con la punta de la flecha clavada en el anca, pero no parecía provocarle incomodidad ni interferir en sus movimientos. Habían recuperado su confianza en George y no se incomodaban cuando caminaba entre ellos mientras comían para rellenarles el cuenco de agua o los platos de aceite de hígado de bacalao. Además, no solo se mostraban confiados bajo el manto de la noche. El día anterior, a plena luz del día, George los había encontrado dormidos bajo un arbusto. Al verlo, no habían dado muestras de alarma y se habían limitado a alejarse una corta distancia antes de acomodarse a dormir de nuevo.

Sin duda, se trataba de un avance, pero seguíamos teniendo la sensación de vivir sobre un volcán. El monte que nos rodeaba estaba repleto de cabras y ovejas, y quienes pastoreaban aquellos rebaños eran niños pequeños. Cuanto antes apresáramos a los cachorros y nos los lleváramos de allí, mejor para todo el mundo.

A tal fin, despejamos un claro en la espesura, cerca del lugar donde tenían la costumbre de descansar durante el día, y allí colocamos las tres jaulas contiguas. George sujetó en alto las trampillas mediante cuerdas tiradas por unas poleas aseguradas a un tronco recto que había colocado en horizontal, apoyando sus extremos en las horquetas de los dos árboles entre los cuales se encontraban las jaulas. Una vez hecho esto, juntó los cabos de las tres cuerdas y los trenzó en una sola cuerda, que ató con un nudo corredizo a un árbol situado unos veinte metros por delante de las jaulas, donde tenía previsto esperar dentro de su Land Rover. De este modo, si los cachorros entraban en jaulas separadas, lo único que tenía que hacer era soltar la cuerda y las tres trampillas caerían de manera simultánea.

Primero debíamos acostumbrar a los cachorros a comer en las jaulas y, después, aguardar el momento oportuno. Llevaban once noches acudiendo de manera más o menos regular a que George los alimentara, así que para alejarlos de las *bomas* e irlos acercando a las trampas fue aproximando a estas, poco a poco, el lugar en el que los alimentaba. Cuando había conseguido atraer a los cachorros a unos cuatrocientos metros de las jaulas, encadenó dos reses muertas al Land Rover y, al aparecer los cachorros, remolcó la carne hacia las jaulas-trampa.

Los cachorros no mostraron temor alguno al ver las grandes jaulas; de

hecho, Gopa incluso se sentó dentro de una de ellas a comer. Por fin parecía que se avecinaba el momento de capturarlos.

Entre tanto, queríamos extirparle la flecha del anca a Jespah. George les había preguntado a los ancianos que aún recordaban las luchas tribales cómo extraían antiguamente las flechas clavadas en la carne y le habían explicado que hacían girar la saeta para aflojar la púa. De ese modo, causaban menos daño a la carne que si se arrancaba sin más. No creíamos que Jespah nos permitiera hurgarle en la herida, de manera que George inventó un dispositivo, consistente en un molde con los bordes afilados, algo más grande que la púa. Tenía la esperanza de poderlo deslizar por debajo de la punta de la flecha y sacar ambos juntos sin agrandar la herida más de lo necesario. Para ello sería preciso retener a Jespah en una jaula y usar un anestésico local, como por ejemplo un espray congelante. George esperaba poder hacerlo después de atrapar a los tres cachorros y antes de emprender el viaje hacia el Serengueti. Partí rumbo a Isiolo con Ibrahim para hacerme con el espray y con unas cadenas para nuestros vehículos con tracción a las cuatro ruedas. Viajamos en el camión Bedford de Ken, que necesitaba pasar por el mecánico, y vivimos varios momentos desagradables cuando el inmenso vehículo de cinco toneladas patinó sobre la carretera húmeda. El cielo estaba encapotado y era evidente que se aproximaban lluvias, motivo por el cual yo tenía mucha prisa por regresar antes de que las condiciones climáticas empeoraran.

Por suerte, solo tardé un día en realizar las compras necesarias. También telefoneé a Julian McKeand, quien me prometió reunirse con nosotros la mañana siguiente para ayudarnos a realizar la captura. Luego telefoneé a John Berger, el veterinario de Naro Moru, y a otro veterinario de Nairobi, que en ambos casos vivían a lo largo de la ruta por la que trasladaríamos a los cachorros. Les pregunté si operarían a Jespah en caso de que pasáramos cerca de su residencia a una hora prudente, puesto que no tenía claro que el espray congelante funcionara con el grueso pelaje de Jespah y no quería arriesgarme a una operación que podía acabar en fracaso.

Cuando Julian llegó, le expliqué cómo planeábamos capturar a los cachorros. Me recomendó pasar a recoger la gran jaula comunitaria que teníamos en Isiolo, pues consideraba que resultaría mucho más fácil atraparlos en ella y luego transferirlos a jaulas individuales. Dudaba de que los tres fueran a entrar de manera simultánea, cada uno en una jaula. Por supuesto, no

podíamos arriesgarnos a apresarlos por separado, porque, en cuanto atrapáramos al primero, advertiría a los otros.

De manera que cargamos en el camión la voluminosa jaula común y la llenamos con tantas cabras como cabían. Luego Julian condujo su Land Rover para poderse mover con independencia.

Aquella noche llovió a mares. A todo lo largo de la carretera, los coches patinaban entre las profundas roderas y los conductores bregaban por evitar caer en una zanja o colisionar con otros vehículos, y los chaparrones repentinos no hicieron sino empeorar la situación. Mucho antes de llegar al río, el bramido del torrente me indicó que no podríamos atravesarlo. Cerca de tres metros de aguas furiosas fluían entre las escarpadas márgenes. Nuestra única opción era acampar junto al río para hacer noche y cruzar los dedos para que al día siguiente el nivel del cauce hubiera decrecido.

Por la mañana comprobamos que, en lugar de reducirse, el nivel del agua había aumentado aún más. Lo único que podíamos hacer era enviar a dos guardas a recorrer a pie el trayecto restante —una distancia inferior a veinticinco kilómetros en línea recta a través del monte— para informar a George de nuestro apuro y pedirle que, cuando el agua retrocediera, nos enviara su Land Rover por la pista forestal recién desbrozada para remolcarnos al otro lado. Una vez lo hicimos, nos acomodamos a esperar a nuestro equipo de rescate.

# 32

## LA CAPTURA

Entre la correspondencia que había recogido en Isiolo encontré recortes de prensa con titulares de lo más alarmantes. «*Los cachorros de Elsa podrían ser abatidos*», «*Los cachorros de Elsa, amenazados de muerte*» o «*Sentencia de muerte para los cachorros de Elsa*».

Estaba horrorizada. Los recortes informaban de que el mayor Grimwood había comunicado a los reporteros de Nairobi que había dado a George instrucciones de capturar a los cachorros y trasladarlos a una reserva de caza, indicándole que, si no lograba hacerlo, debería matarlos. Que el mayor Grimwood comunicara a la prensa que había dado tal orden sin informarnos primero era absolutamente anómalo en él. Estaba segura, tal como corroboré más tarde, de que la prensa había malinterpretado sus palabras.

Por supuesto, yo sabía que, si los cachorros arañaban a alguien, por leve que fuera el zarpazo, sería su sentencia de muerte. Por suerte, hasta el momento no lo habían hecho, pero era fundamental trasladarlos cuanto antes. Entre tanto, no teníamos más remedio que quedarnos de brazos cruzados frente a un río impracticable.

La lluvia se detuvo en seco. Ibrahim y yo observamos con impaciencia cómo el agua disminuía. Como temía que los guardas, en su excursión a pie hacia el campamento, pudieran haberse retrasado, le sugerí a Julian que condujera junto a Ibrahim hasta el punto más próximo posible al campamento y que, cuando ya no fuera posible continuar avanzando con el Land Rover, Ibrahim recorriera a pie el resto del trayecto y transmitiera mi mensaje a George.

Partieron los dos y, cuando el *jeep* llegó a su límite, Ibrahim avanzó penosamente durante muchos kilómetros a través del lodo, con el agua hasta la cintura. Tal como yo había previsto, llegó al campamento mucho antes de que aparecieran los guardas. George envió a Ibrahim a recogerlos en su Land Rover y, a mediodía del día siguiente, lo vimos saludándonos alegremente desde la orilla opuesta.

Una vez allí, dejamos al conductor a cargo del camión para que nos siguiera más adelante y nos embutimos en el Land Rover. Al poco avanzábamos rebotando en los baches de la pista forestal recién despejada.

Poco después de nuestra llegada, George nos llevó a ver las jaulas-trampa y nos mostró su dispositivo. Nos impresionó comprobar que, en cuanto liberaba la cuerda, las tres trampillas caían de manera simultánea cual guillotinas, dejando un pequeño hueco para la cola, por si sobresalía. Ni siquiera un profesional habría ingeniado una manera mejor de atrapar a los cachorros y me sentí muy orgullosa de él.

Nos explicó que los cachorros habían aparecido todas las noches y que cada uno de ellos había entrado en una jaula a comer la carne que les había dispuesto dentro. Jespah incluso se había pasado toda una noche dentro de una de las jaulas. El problema era que, en ocasiones, dos cachorros entraban en una misma jaula o que, si los tres estaban en jaulas distintas, siempre había alguno de ellos al que le sobresalían la cabeza o las ancas por la puerta, cosa que hacía imposible usar la guillotina. ¿Alguna vez estarían los tres al mismo tiempo en una posición que permitiera capturarlos?

Teníamos la esperanza de que nuestras inquietudes estuvieran cerca de tocar a su fin, pero entonces nos llegó otra bomba por correo. George recibió una carta del comisionado de distrito en cuya zona estábamos instalados con un ultimátum para capturar a los cachorros en un plazo determinado. El comisionado añadía que lamentaba tener que dar tal orden, pero como la situación se estaba aprovechando políticamente, no podía ofrecernos su respaldo después de esa fecha.

Nos afligimos, porque, aunque creíamos que faltaba poco para poder capturar a los cachorros, afrontábamos serias dificultades: mi pierna lesionada; personal enfermo; el hecho de que, aunque George hubiera presentado hacía poco su renuncia para poder pasar todo el tiempo posible con los cachorros, aquella podía no tener efecto inmediato y verse obligado a

regresar a Isiolo... Además, Julian se había tenido que marchar y, para acabarlo de rematar, existía la posibilidad de que las fuertes lluvias nos retuvieran allí. La única buena noticia era que, durante los últimos nueve días, los cachorros habían dejado de atacar las *bomas* y habían acudido cada día a que George les alimentara.

Era 24 de abril. Yo no los veía desde el 27 de febrero, cuando Jespah había jugado conmigo en la Roca de los Bufidos. Con la esperanza de volverlos a ver, me quedé junto a George y, después de aparcar mi coche cerca del suyo, preparé montones de carne con dosis de terramicina y los deposité en el interior de las jaulas junto a las reses muertas. Luego aguardamos dentro de nuestros respectivos Land Rover.

Poco después de oscurecer noté que algo acariciaba mi vehículo: era Jespah. Se dirigió en silencio hacia las jaulas, al parecer impertérrito por hallar un segundo vehículo en la escena. Se comió dos de los bocados con terramicina y luego se dirigió hacia George, que se encontraba de pie fuera de su coche y sostenía en la mano un plato con aceite de hígado de bacalao. El cachorro se lo bebió a lametones hasta dejarlo resplandeciente y luego regresó a su cena. No se mostró sorprendido de verme; cuando lo llamé en voz muy baja con un «cucú», se limitó a inclinar las orejas un momento y luego continuó comiendo. Había crecido muchísimo y estaba más corpulento, aunque, al igual que Elsa, seguía siendo un león de constitución esbelta. Se le apreciaba perfectamente la flecha bajo el anca, y la herida abierta le supuraba un poco, pero no estaba inflamada y parecía limpia. De vez en cuando, se sentaba y se la lamía. Me alegré de que no pareciera entorpecer sus movimientos.

De pronto escuché un sonido sibilante en un arbusto detrás de mi coche y, al enfocar hacia allí la linterna, entreví a Gopa a unos veinte metros de distancia. Permaneció allí un cuarto de hora, oculto, y luego se le unió Elsita. Los llamé con un «cucú», pero, lejos de alentarlos, solo conseguí que Gopa se escabullera en dos ocasiones, si bien al final no pudo resistirse al olor de la carne y se dirigió con mucha precaución a las jaulas. Se comió los trozos de carne y relamió dos platos de aceite de hígado de bacalao antes de empezar con la cabra muerta. Elsita era sumamente tímida y no se aventuró a acercarse a las jaulas hasta bien pasada la medianoche. Para entonces, sus hermanos ya se habían comido toda la terramicina y el aceite de hígado de bacalao.

Todos los cachorros estaban en buena forma. Tras haber visto las fotografías que George les había sacado cuando los había encontrado en el Tana, en las que parecían esqueletos con patas, fui consciente de la magnífica labor que había llevado a cabo. El hecho de que hubieran recuperado una salud espléndida y la confianza en nosotros respondía única y exclusivamente a la paciencia e ingenio de George. Los observamos comer hasta las cuatro de la madrugada, hora en que se marcharon con la barriga llena.

La mañana siguiente enviamos a Ibrahim a Isiolo con correo urgente; el tiempo pintaba inhóspito y tardaría en realizar aquel trayecto de casi seiscientos cincuenta kilómetros por carreteras resbaladizas.

Aquella noche, los cachorros no aparecieron. Intentamos no preocuparnos recordándonos que, después de la comilona de la víspera, no necesitaban cenar. Durante la noche escuché rugir a un león. Y la mañana siguiente no pudimos salir en busca de huellas porque las fuertes lluvias habían borrado todas las pisadas. Me alivió ver a Jespah regresar al oscurecer, si bien solo nos realizó una visita efímera y, una hora después, lo escuché llamar desde la distancia. En el ínterin, Gopa había aparecido fugazmente, pero se había marchado al escuchar la llamada de su hermano. Al rato se presentaron los tres cachorros. Poco después rugió un león, pero no le prestaron atención. Jespah y Elsita estaban en jaulas separadas devorando su cena. Gopa los visitó por turnos, pero, al notar que no era bienvenido, se sentó de mal humor en la entrada de la tercera jaula. ¿Entraría? ¿Podríamos soltar las trampillas y capturarlos? El suspense era enervante, más aún por el temor a que el león que habíamos escuchado recientemente tuviera tiempo de inducir a los cachorros a seguirle. Si lo hacían, no podríamos protegerlos de la sentencia de muerte o de las flechas de las tribus.

La noche siguiente surgieron nuevos motivos de preocupación, porque, al primer rugido del león, los cachorros dejaron de comer, aguzaron los oídos, dejaron caer la carne y salieron disparados en la dirección de la que procedían las llamadas. Los tres regresaron más tarde a acabarse la cena, pero no pudimos evitar preguntarnos si siempre volverían.

Ibrahim llegó con la noticia de que el nuevo Bedford aún tardaría diez días en estar listo. Otra preocupación añadida era que, cuando se registraban precipitaciones intensas, y aquellas habían sido además frecuentes, las carreteras quedaban oficialmente cerradas al tráfico.



Entre tanto, llegaron los rastreadores y nos informaron de que las huellas de los cachorros conducían en la dirección del león salvaje. Si esperábamos a que el tiempo mejorase y a que se reabrieran las carreteras, los cachorros podían marcharse antes con aquel león regional y verse abocados al desastre.

Aquella noche no aparecieron. Me los imaginé divirtiéndose con su nuevo amigo, pero también visualicé que el tiempo de su indulto se agotaba. El único factor positivo era que hacía dos días que no llovía en nuestra zona. El cierre oficial de las carreteras funcionaba en base a las condiciones locales, de manera que, si seguía sin llover y los cachorros entraban en las jaulas, al menos las condiciones climáticas no nos impedirían trasladarlos de aquella zona.

Pasamos el día perfeccionando el dispositivo de captura, ensayando nuestros respectivos papeles y afilando el escalpelo con el que George esperaba extirpar la punta de la flecha. Pese a tales ocupaciones, las horas se hicieron eternas hasta que llegó el momento de sentarse a esperar a los cachorros.

Acababa de terminar de echar la terramicina a los trozos de carne cuando apareció Jespah. Se comió dos y luego se sentó delante de nuestros coches a observarnos. Entre tanto, su hermano y su hermana entraron cada uno en una jaula. Algo después salieron y se tumbaron cerca de Jespah. Estaban encantadores bajo la intensa luz de la luna, y yo ansiaba poderlos alejar de los peligros, que parecían multiplicarse. Sin embargo, como si se burlara de mí, el león eligió justo aquel momento para rugir y los cachorros salieron disparados. Escuché una efusiva blasfemia procedente del coche de George: otra de las pocas noches que nos quedaban echada a perder... Resignada, fui a tumbarme a mi cama, no sin antes pedirle a George que me despertara cuando fuera mi turno de montar guardia, o antes, si sucedía algo. Estaba muy deprimida, pero también muy cansada, y me quedé dormida.

De pronto me despertó el estrépito de las puertas de las jaulas. Siguió un silencio sepulcral, como si la vida al completo se hubiera detenido. Al cabo de poco empezó la lucha dentro de las jaulas.

George y yo acudimos al tiempo hacia ellas, retiramos apresuradamente los bloques de madera que habíamos colocado bajo las puertas para evitar que pudieran atraparles las colas y cerramos las estrechas rendijas para eliminar toda posibilidad de abrirlas haciendo palanca e imposibilitar cualquier intento

de huida.

A pesar del alivio inmenso al saber que los cachorros estaban a salvo, tanto George como yo nos sentíamos culpables de haberlos engañado. Muy agradecida por el modo como George había efectuado aquella difícil captura por sí solo, le besé, pero por toda respuesta obtuve una sonrisa triste.

## VIAJE AL SERENGUETI

No había tiempo que perder si queríamos reducir la incomodidad y desconcierto de los cachorros al mínimo. George montó guardia mientras yo iba al campamento, despertaba a los muchachos y les comunicaba la noticia. Entre todos, recogimos aprisa el campamento para estar listos para subir a los cachorros al camión en cuanto se hiciera de día.

El alba avanzó por un cielo aún iluminado por la luna y amaneció un nuevo día que marcaría un cambio en todas nuestras vidas.

Cuando todo estuvo listo, condujimos el Bedford de cinco toneladas hasta las jaulas. George me explicó que, después de recuperarse del susto de estar atrapado, Jespah se había serenado y había pasado la mayor parte de la noche sentado tranquilamente en su jaula. Elsita había seguido su ejemplo, mientras que Gopa había continuado luchando durante largo rato. Ahora gruñía salvajemente a nuestros muchachos, que habían acudido a ayudar a meter las jaulas en el camión.

Aunque les habíamos indicado a los miembros de la tribu que no se acercaran a los leones, se había congregado allí una muchedumbre parlanchina. Aterrorizado, Gopa había destrozado en su refriega uno de los tablones del techo de su jaula y había partido otros dos. Tapamos el agujero con lona aislante y la fijamos cruzando por encima dos barras de hierro aseguradas con cuerdas gruesas. Luego elevamos las jaulas, cada una de las cuales pesaba más de trescientos cincuenta kilos. Durante toda aquella operación, los africanos gritaban al unísono para sincronizar sus movimientos, lo cual aterrorizaba a los cachorros. Mientras las pesadas jaulas colgaban en el aire levantadas mediante un aparejo de poleas, los leones, horripilados,

caminaban de un lado para otro haciendo que aquellas se balancearan de manera alarmante. Primero subimos a Elsitá; su jaula, colocada a lo largo a un lado del camión, llenaba la mitad de la amplitud de la caja. Junto a ella colocamos a Gopa, cuya jaula ocupaba la otra mitad. Las puertas de madera de ambas jaulas lindaban con la parte posterior de la cabina del conductor. Por último, colocamos la jaula de Jespah a lo ancho en el extremo del remolque. De este modo, los cachorros podían verse entre sí y solo quedaban separados por los barrotes de las jaulas. Además, esta disposición nos permitía llegar a Jespah fácilmente desde la parte trasera del camión para intentar extirparle la punta de la flecha en cuanto se presentara la oportunidad. Por el momento quedaba descartado operarle, ya que estaba demasiado alterado, pero esperábamos poderse la extraer más adelante, ya lo hiciéramos nosotros o un veterinario.

En su estado actual, los cachorros no tocarían la comida, así que era imposible administrarles un tranquilizante. Por suerte, sabíamos que los tres habían cenado bien, y además habíamos introducido carne en todas las jaulas, junto con un contenedor de agua que rellenamos antes de cubrir el camión con lona aislante para proteger a los cachorros de las ramas bajas que pudieran golpear al camión durante el viaje.

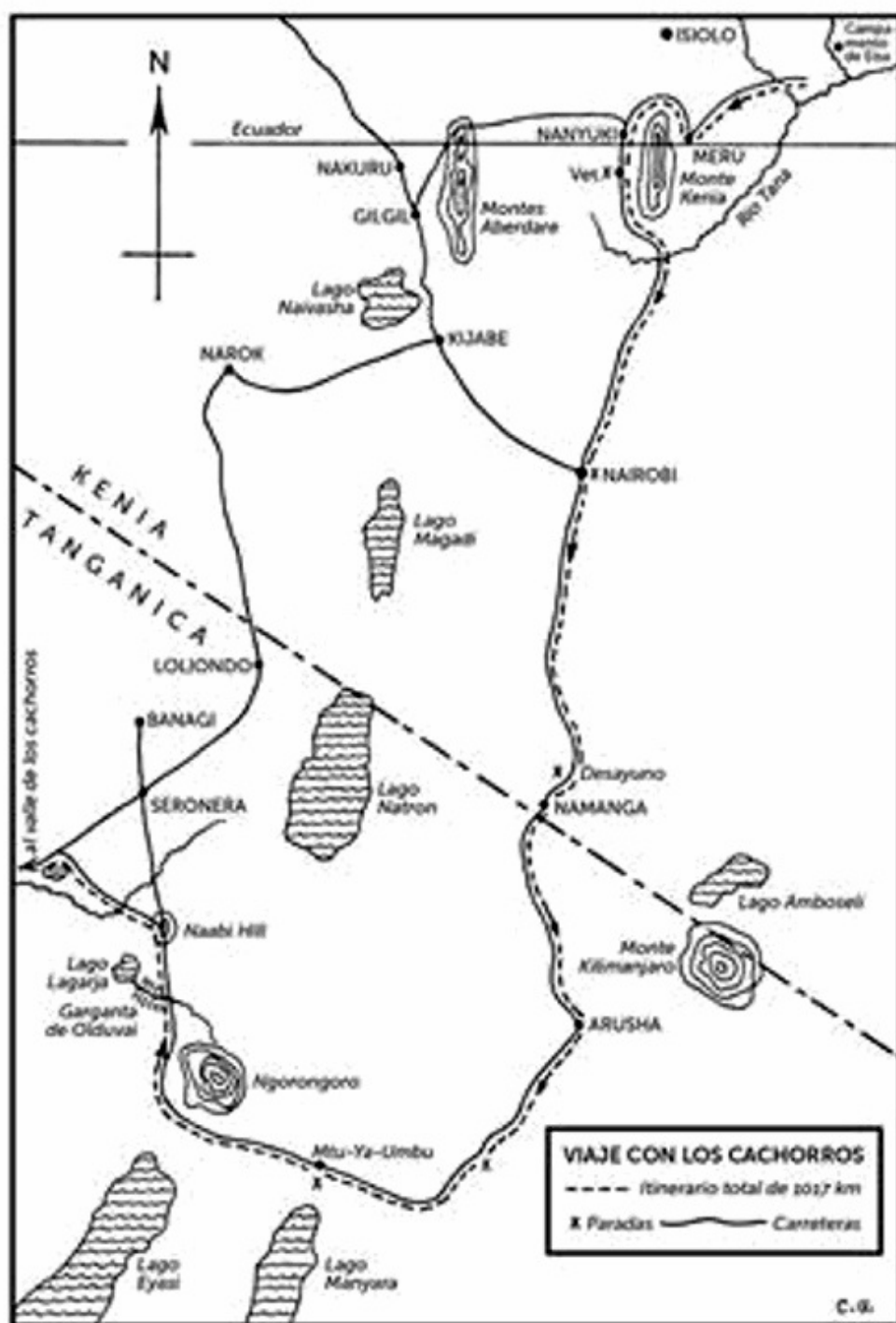
Estábamos listos para partir. Eché un último vistazo para asegurarme de que todo estaba en orden: la expresión de desespero de Jespah rozaba lo insoportable. El convoy se puso en marcha, dejando atrás a la multitud murmurante.

Los primeros veintidós kilómetros fueron duros. Los camiones botaban al pasar por encima de las piedras que encontraban en el camino mientras avanzaban por la nueva pista que se había abierto entre la maleza. Pese al traqueteo, los cachorros permanecieron tumbados y se tomaron bien el viaje.

El río seguía crecido, pero se podía vadear. Mi Land Rover y el camión de los leones lo cruzaron bien, pero destrozaron tanto los márgenes que los otros vehículos no pudieron salvar la pendiente y hubo que remolcarlos con el camión de los leones.

Densos nubarrones se acumulaban a ambos lados y nos rodeaban como una amenazante cortina negra. Deslizándonos por el barro, nos batimos en paralelo a aquella colosal tormenta durante cien kilómetros y lo vencimos por los pelos. Al atardecer llegamos a las oficinas centrales del distrito, donde

dejamos un mensaje para el comisionado comunicándole la buena noticia, y luego proseguimos.



Al cruzar la frontera del distrito, respiré hondo: los cachorros estaban por fin fuera de la jurisdicción de la sentencia de muerte. Volviendo la vista atrás para contemplar el diluvio que seguía pisándonos los talones fui consciente de lo poco que había faltado para que las inundaciones nos hicieran prisioneros.

En total debíamos recorrer algo más de mil cien kilómetros. A partir de aquel punto, la mayor parte del trayecto se efectuaba por zonas montañosas que se elevaban hasta los dos mil trescientos metros de altura. Habíamos iniciado el viaje en una elevación de trescientos sesenta y cinco metros y para entonces ya habíamos alcanzado una altitud de dos mil cien. Aunque en realidad estábamos cruzando el ecuador, hacía un frío glacial. Por encima de nuestras cabezas, los picos irregulares y nevados del monte Kenia se alzaban hasta los casi cinco mil doscientos metros y sus cumbres estaban rodeadas de densos nubarrones. A sus pies, la llovizna caía sobre nosotros.

Hasta entonces, nuestro pequeño convoy se había mantenido unido y, si un vehículo quedaba rezagado, los demás lo esperábamos. Eran las nueve de la noche cuando llegamos al pequeño pueblo donde vivía el veterinario que podía operar a Jespah.

Pese a la hora intempestiva, John Berger se ofreció amablemente a extirparle la flecha allí mismo, pero fue incapaz de hacerlo, porque, al ser un desconocido, cuando Jespah lo vio empezó a rugir con furia y no le permitió acercarse lo suficiente para administrarle el anestésico. El veterinario me tranquilizó asegurándome que creía que, si esperábamos dos o tres semanas, la flecha se desprendería por sí sola. En todo caso, se trataba de una herida superficial, parecía estar perfectamente sana y no interfería con ninguna función vital. Por si la flecha no caía por sí sola, me prestó un fórceps extralargo para la extracción de balas, me dio un poco de antiséptico y me sugirió que podríamos arrancársela más adelante, si Jespah nos permitía practicarle la operación. Aceptamos de buen grado el café que nos ofreció el veterinario, pues no habíamos comido ni bebido nada desde el desayuno.

Una vez entramos en calor, retomamos el viaje. El tiempo empeoró, la llovizna dio paso a un auténtico aguacero y el frío se hizo penetrante. Nos deteníamos a menudo para asegurar las lonas del remolque de los cachorros que se iban soltando, y yo los compadecí al verlos en los rincones más apartados de sus jaulas, intentando guarecerse de aquella lluvia torrencial.

Viajamos durante toda la noche a una altitud de mil quinientos metros y temí que pudieran contraer una neumonía. En dos ocasiones nos retuvieron los *askaris* (la policía africana), que buscaban a un criminal. Nos costó un cierto tiempo convencerles de que no llevábamos a nadie escondido en nuestros camiones, solo a tres leones que no habían hecho daño a ningún ser humano.

A las tres de la madrugada llegamos a Nairobi, donde repostamos. Cuando el personal adormilado de la gasolinera vio a nuestros leones creyó estar soñando; no quise ni imaginar cómo iba a ser nuestro tránsito por las poblaciones a plena luz del día.

Las horas transcurridas entre las tres de la madrugada y el alba fueron las que más nos pusieron a prueba a todos. La travesía por la llanura de Kajiado estuvo acompañada de ráfagas de viento gélido y varios chaparrones. Nuestros conductores estaban agotados por el esfuerzo de no perder el control de los vehículos en la resbaladiza calzada. Yo reemplacé a George al volante cuando le empezó a costar mantener los ojos abiertos. Aquella parte del viaje debió de ser una tortura para los cachorros.

Cuando amaneció nos encontrábamos a pocos kilómetros de Namanga, cerca de la frontera con Tanganica. Allí nos permitimos hacer un pequeño descanso y entrar en calor con un té caliente. Los cachorros, extenuados, yacían apáticos en sus jaulas, con los rostros irritados por la fricción continua contra los barrotes. La carne que había dentro de las jaulas estaba putrefacta y llena de larvas de mosca. Intentamos sacarla con unas espátulas de hierro que habíamos llevado para tal fin, pero las reses estaban tan enganchadas a los barrotes que no pudimos moverlas. Lo único que podíamos hacer era darles carne fresca y agua a los cachorros, si bien no manifestaron interés ni en una cosa ni en la otra.

Para acortar la duración de sus penurias en la medida de lo posible, decidimos que yo me adelantara y condujera a toda velocidad hasta Arusha, a unos ciento sesenta kilómetros de distancia, para anunciar nuestra llegada al director de Parques Nacionales y hallar una ubicación donde poner en libertad a los cachorros en el Serengeti (dado que estábamos llevando a cabo el traslado durante el fin de semana, no habíamos tenido ocasión de enviar un telegrama advirtiendo de nuestra llegada). George me seguiría con los cachorros a menor velocidad y nos encontraríamos a las afueras de la ciudad, para evitar las aglomeraciones de espectadores curiosos.



Lucía una mañana estupenda y observé cómo las nubes de la noche anterior se dispersaban y dejaban a la vista el monte Kilimanjaro elevándose por encima de la niebla matutina. Su cumbre de nieve recién caída parecía tan etérea bajo la luz matinal que costaba creer que fuera un volcán coronado por un glaciar. Yo había admirado a menudo el Kilimanjaro desde la distancia y también había ascendido a su cima, pero aquel día, más que ningún otro, parecía una manifestación celestial alejada del mundo atribulado de los hombres; una creación virgen y grandiosa de la cual los animales formaban parte integral. Con ese pensamiento en mente, me llevé una decepción cuando avisté solo tres jirafas y unos pocos impalas en llanuras donde años atrás abundaba la fauna salvaje. El creciente tráfico por la nueva carretera asfaltada había alejado a los animales. Caí en la cuenta, en ese momento, de que también yo iba en uno de aquellos vehículos destructores, si bien, al menos, mi presencia estaba justificada por la esperanza de proporcionar a los cachorros una vida en la naturaleza, sin amenazas del hombre. También pensé que el futuro de los parques naturales, verdaderos santuarios de la naturaleza y refugio de los animales salvajes, dependería no solo de la compasión y la ayuda activa de unas cuantas personas consagradas a la causa, sino del apoyo de todos los habitantes de África, con independencia de su raza. Y ello hizo que tomara la firme decisión de destinar los ingresos generados por la venta de los libros de Elsa y sus cachorros a financiar programas de conservación.

En Arusha me reuní con el director de Parques Nacionales y hablamos sobre la localidad para la puesta en libertad de los cachorros. Me sorprendió que sugiriera Seronera, pues es la sede central del parque y donde reside todo el personal de este y, además, acoge un centro para turistas. Le rogué que nos asignara una ubicación más remota y accedió a que los liberásemos en una zona cercana a un río que nunca se secaba. Muy amablemente, prometió enviarme un mensaje de radio a uno de los guardas del parque para pedirle que se reuniera con nosotros en el camino y nos guiara hasta aquel punto. Y también se ofreció a brindarnos cualquier ayuda que pudiéramos necesitar.

Tras dejar al director, tardé cinco horas en encontrar a George, que había conducido el camión cien kilómetros más allá de Arusha. Ello implicaba que no lograríamos llegar al Serengueti antes del anochecer, así que acampamos en Mtu-Ya-Umbu, a los pies del macizo del Manyara.

Los cachorros estaban en un estado lamentable. Tenían el rostro amoratado

y magullado y las partes huesudas del cuerpo irritadas. Además, la carne en descomposición del interior de las jaulas había atraído a un enjambre de moscardones que zumbaban sobre sus heridas. Los cachorros intentaban en vano protegerse cubriéndose la cara con las garras. Su sufrimiento me resultaba insoportable.

Dado que los muchachos estaban tan cansados como nosotros, decidimos no instalar todavía el campamento y dormir al raso. George y yo colocamos nuestras camas cerca de las jaulas y durante toda la noche escuchamos a los cachorros moverse con inquietud. En cuanto amaneció, ordené recoger el campamento, cosa que no me hizo muy popular, pero estaba decidida a poner fin al padecimiento de los cachorros lo antes posible.

Al poco, en cuanto empezamos a ascender el macizo que se cernía sobre nosotros, avistamos el lago Manyara, hasta entonces oculto a nuestra vista por kilómetros de selva virgen. El lago es una de las principales atracciones de Tanganica. Sus aguas poco profundas están cubiertas de flamencos y otras aves acuáticas, mientras que del frondoso bosque emergen elefantes, búfalos y leones que acuden a beber a ellas.

No disponíamos de tiempo para disfrutar de tales vistas, porque el cielo estaba tapado y unos leves chubascos servían de aviso de lo que estaba por venir. Concentrados en la velocidad, ascendimos a ritmo constante hasta las «Tierras Altas de los Volcanes Gigantes». Por desgracia, la llovizna redujo la visibilidad a apenas unos metros y no pudimos ver ni los volcanes ni el Ngorongoro, el cráter más grande del mundo, con dieciséis kilómetros de diámetro. Solo pudimos intuir la pendiente en la que estaba trazada la carretera al ver niveladas con su borde las partes superiores de lobelias gigantes, una planta que alcanza hasta tres metros de altura.

Cuanto más ascendíamos, más densa se hacía la niebla y más calaba el frío a través de nuestras ropas. Los muchachos, que nunca habían estado a una altitud parecida, parecían azules bajo sus oscuras pieles africanas. La profusión de excrementos nos reveló que aquella no era solo una autopista para turistas, sino que también transitaban por ella búfalos, elefantes y otros animales salvajes. De hecho, un elefante salió de entre la espesura y tuvimos que frenar en seco.

Llegamos por fin al borde del cráter del Ngorongoro. En una visita anterior, yo me había asomado a su interior y había visto animales pastando

unos cuatrocientos cincuenta metros por debajo, pero aquel día lo único que se veía eran nubes esponjosas. Durante unos cuantos kilómetros avanzamos con precaución por la carretera resbaladiza que rodea el borde y luego, de pronto, la niebla se despejó; parecía como si hubieran levantado una cortina que diera paso a una nueva escena: a nuestros pies, en la distancia, vimos aparecer la pradera del Serengueti bañada por la cálida luz del sol.

Ante nosotros se extendían colinas ondulantes tan profusamente cubiertas de luminosos senecios amarillos que parecían de oro. Entre aquella masa de flores pastaban populosas manadas de cebras, ñus, gacelas de Thomson y rebaños de ganado pastoreados por masáis. Era extraño ver a animales salvajes y domesticados pasturando unos junto a otros, una circunstancia solo posible porque los masáis no cazan furtivamente ungulados.

Descendimos enseguida a una altitud de unos mil quinientos metros, a cuyo nivel el sol calentaba tanto que pudimos desprendernos de algunas capas de ropa. Tras pasar por la célebre garganta de Olduvai supimos que nos hallábamos a solo ciento diez kilómetros de nuestro destino. Hasta entonces, la carretera había sido bastante buena, pero de repente se deterioró, convirtiéndose en una de las peores pistas por las que hemos transitado nunca. Había baches hasta la rodilla llenos de polvo y lava, y al traquetear por ellos levantábamos una nube asfixiante que lo penetraba todo.

Como cada vez hacía más calor, retiramos las lonas que cubrían la caja para evitar que los cachorros se asfixiaran, pero lo único que conseguimos fue que sus heridas quedaran cubiertas de polvo. Era evidente que lo estaban pasando fatal, rebotando sin piedad mientras el camión avanzaba a bandazos de un bache a otro. Tuvimos que efectuar múltiples paradas para sacar los vehículos de profundos socavones y sustituir las ballestas rotas. Yo no sabía qué era peor para los cachorros, si la lluvia y el gélido frío que acabábamos de dejar atrás o el calor infernal y el polvo atroz que nos aguardaba durante los próximos cincuenta kilómetros. Llegamos con dos horas de retraso a Naabi Hill, donde debíamos reunirnos con el guarda del parque; el pobre hombre se había pasado todo ese rato observando cómo nuestra caravana de vehículos avanzaba como una oruga, levantando una estela de polvareda a su paso.

Tuvimos que abreviar el recibimiento porque se estaban formando nubarrones de tormenta y aún nos quedaba un largo trayecto que recorrer por terreno de algodón negro, el peor para transitar con lluvia. En ruta pasamos

junto a grandes manadas de ñus y cebras. Pese a no ser más que la avanzadilla de la migración anual, ninguno de nosotros había visto nunca tal congregación de fauna salvaje. A última hora de la tarde, esquivando manadas y sorteando zonas cenagosas, llegamos al punto fijado para la puesta en libertad.

# 34

## PUESTA EN LIBERTAD

El nuevo hogar de los cachorros era un lugar idílico que se extendía en la cabecera de un amplio valle de unos sesenta y cinco kilómetros de longitud. En uno de los lados, un escarpado macizo se elevaba para dar paso a una meseta; en el otro había una sucesión de colinas. A escasa distancia, un río serpenteaba por la vaguada. Sus riberas estaban cubiertas de una tupida espesura y grandes árboles, los cuales proporcionaban un escondite perfecto para toda suerte de animales. El valle parecía un parque, con cúmulos de árboles y arbustos espinosos que se hacían más densos a medida que se ascendía por las montañas. Ahora bien, también era un paraíso para los mosquitos y para las moscas tsetsé, si bien a estas últimas quizá deberíamos considerarlas como guardianas aladas, pues son las mejores protectoras de la fauna salvaje, ya que, al ser mortales para el hombre y su ganado, los mantienen alejados.

Lo primero que hicimos fue pensar en cómo conseguir que los cachorros estuvieran más cómodos. Escogimos una acacia robusta, fijamos a una de sus ramas los aparejos de poleas y descendimos las jaulas al suelo. Habían transcurrido tres días desde la captura y los cachorros prácticamente habían alcanzado el límite de su resistencia. Tenían los ojos hundidos y yacían apáticos en el suelo de sus jaulas, demasiado fatigados para interesarse lo más mínimo por el entorno. Nos alegramos mucho de haber decidido llevar con nosotros la voluminosa jaula común para que pudieran recuperarse de los estragos del viaje.

Tras abrirla por la parte posterior, colocamos las jaulas de Elsitá y Gopa con las puertas de cara a la abertura y luego, con ayuda de las poleas, abrimos

las trampillas correspondientes.

Durante unos minutos no se produjo ninguna reacción, pero, de repente, Gopa entró corriendo en la jaula de Elsita, se sentó encima de ella y empezaron a lamerse y abrazarse, abrumados por la felicidad de volver a estar juntos. Rápidamente, cerramos la puerta trasera y reemplazamos la jaula vacía de Gopa por la que contenía a Jespah. En cuanto abrimos la puerta, salió como el rayo y cubrió a sus hermanos, como si quisiera protegerlos de nuevas calamidades, y también empezó a lamerlos y abrazarlos.

Contemplándolos, nos convencimos más que nunca de que habíamos hecho lo correcto trasladando a los cachorros en jaulas que les permitían verse. Probablemente ello les había causado algunas rozaduras adicionales, pero sería más fácil sanar esas heridas que un alma rota. Nos alegró comprobar que, pese a lo que habían pasado, los cachorros seguían siendo tan juguetones entre sí como siempre.

Ahora teníamos que conseguir que descansaran y compensarles por las comidas perdidas. Introdujimos una res muerta en la jaula común, les indicamos a los muchachos que acamparan a cierta distancia y aparcamos nuestros Land Rover a derecha e izquierda de la jaula para proteger a los cachorros de los merodeadores que pudieran aparecer durante las horas nocturnas.

Hacia las nueve de la noche ya habíamos acabado y nos dispusimos a disfrutar de un merecido descanso. Pero Gopa se inquietó y desde mi cama escuché en varias ocasiones cómo se removía y hacía crujir sus huesos. A la mañana siguiente me alegró ver que no quedaba nada de la comida que les habíamos preparado. Los cachorros habían regresado a las mugrientas jaulas de viaje; parecían aferrarse a ellas como el único lugar familiar que les infundía sensación de seguridad en aquel extraño entorno. A resultas de ello, no fuimos capaces de retirar la carne putrefacta.

Estaba claro que tendríamos que mantenerlos confinados hasta que se les pasara un poco el desconcierto. Para animarlos a entrar en la jaula común, introdujimos un poco de carne fresca en ella. Consideramos que era muy importante que nadie los molestara, de manera que dimos órdenes estrictas al personal de no acercarse a las jaulas y nosotros mismos fuimos en busca de un lugar donde acampar al menos a un kilómetro y medio de distancia. Tras montar las tiendas, regresamos y vimos que los cachorros no habían salido de

sus sucias jaulas, repletas de moscas. Haciendo caso omiso de sus protestas, limpiamos las jaulas tan bien como pudimos. No fue una tarea fácil, porque los cachorros defendieron su pequeño territorio con gruñidos y zarpazos. Tanto George como yo tuvimos arcadas varias veces mientras raspábamos la mugre para limpiarla, de manera que, cuando aquella repulsiva operación tocó a su fin, regresamos al campamento a darnos un baño y tomar la primera comida caliente en cuatro días.

Mientras comíamos, el guarda del parque vino a concretar los términos de nuestra acampada. Las autoridades del parque habían tenido la amabilidad de darnos permiso para cuidar de los cachorros hasta que se acostumbraran a su nuevo hábitat y pudieran defenderse por sí mismos. El guarda nos explicó que, mientras tanto, podíamos alimentarlos con animales cazados fuera del parque del Serengueti.

Cuando regresamos junto a los cachorros, los tres estaban tumbados en la jaula comunitaria. El aspecto de sus rostros era impactante, porque la jaula grande estaba hecha de malla de alambre soldada, más irritante aún que los barrotes de hierro de sus jaulas de viaje. Cada vez que presionaban el rostro contra la alambrada, se les reabrían las heridas, y, para empeorar aún más las cosas, los cachorros intentaban ahuyentarse las moscas de las llagas con las zarpas. El pobre Gopa era el que estaba más magullado, y él y Elsitá gruñían como salvajes cuando nos acercábamos a la jaula. A Jespah no parecía importarle nuestra presencia e incluso nos permitió intentar arrancarle la punta de la flecha, aunque no lo conseguimos.

Nos acomodamos para pasar la noche, con la jaula comunitaria protegida entre nuestros dos *jeeps*. Al poco, escuchamos al primer león acercarse. Los bufidos fueron aproximándose rápidamente, hasta que distinguimos a varios animales rodeando nuestro pequeño refugio y luego vimos sus ojos reflejados en los haces de luz de nuestras linternas. Los cachorros escuchaban con mucha atención sus gruñidos, mientras nosotros les gritábamos para intentar relajarlos. Cuando se restableció el silencio, llamé a los cachorros cariñosamente por sus nombres y al poco los escuché desgarrando la carne. Me alertó notar que uno de ellos parecía tener dificultades para respirar, pues pensé que podía haber contraído una neumonía. Pero cuando se hizo de día me alegró comprobar que, a pesar del intenso rocío, ninguno de los cachorros parecía gravemente enfermo; de hecho, todos se mostraban muy contentos y

tenían la barriga llena.

Hacía una mañana fresca. Incluso a aquella altitud, de unos mil metros, el aire era mucho más frío que en el campamento de Elsa. Por la noche habíamos cubierto la jaula con una lona, pero, con la salida del sol, la destapamos. En cuanto empezó a hacer calor, las repelentes moscas aparecieron de nuevo y, literalmente, cubrieron a los cachorros. El pobre Jespah no dejaba de espantárselas de las heridas con una pata delantera mientras con la otra abrazaba a Elsita.

Después de desayunar, George se dirigió con el *jeep* fuera del Serengueti para cazarles algo de comer mientras yo permanecía junto a ellos. En cuanto me daba la oportunidad de hacerlo, intentaba arrancarle la flecha del anca a Jespah. Ni siquiera le importaba que le pellizcara la piel y tirase tan fuerte como podía, pero la púa seguía atascada. Hacía cinco semanas que llevaba aquella flecha clavada y no me gustaba el aspecto que tenía la herida, pero, como el veterinario nos había aconsejado no operarlo al menos hasta dentro de unas semanas, tuve que resignarme a esperar.

Algo más tarde, durante la mañana, la plaga de moscas hizo que los cachorros se inquietaran; caminaban de un lado para otro, restregándose la cabeza contra la alambrada y reabriéndose las heridas, hasta que al final se acurrucaron juntos, mirándome con expresión de reproche. Pese a estar enjaulados, sucios y cubiertos de heridas ensangrentadas, seguían exhibiendo una dignidad que solo los leones pueden mostrar en tales circunstancias.

Estaba convencida de que el Serengueti era, con mucho, el mejor hogar que podíamos haberles encontrado, pero el clima y las condiciones ecológicas diferían considerablemente de los de su antiguo hábitat y la mayoría de los animales autóctonos pertenecían a especies que desconocían. Incluso los leones locales eran de una subespecie distinta. ¿Cuál sería su reacción mutua? ¿Y qué problemas originaría la reclamación del territorio? Puesto que había caza suficiente para que cualquier animal pudiera disfrutar de un amplio abastecimiento de comida, mi única esperanza era que los leones del Serengueti fueran más tolerantes que la leona fiera que había atacado a Elsa.

Cuando George regresó en torno a las tres del mediodía con una pieza de caza, hablamos acerca de la liberación de los cachorros. Habíamos pensado tenerlos confinados uno o dos días más, hasta que se restablecieran un poco, pero el tormento de las moscas nos hizo cambiar de opinión y decidimos



liberarlos sin más dilaciones.

Aquel era un buen momento, ya que, durante las horas de más calor, los cachorros estaban menos activos y, por consiguiente, era menos probable que huyeran o entraran en pánico. Y lo más importante: a aquella hora había menos peligro de que se toparan con leones salvajes. Tras depositar su comida entre la jaula y el río, levantamos una de las jaulas de viaje y dejamos un hueco por el que salir. Cuando nos vieron hacerlo, corrieron aterrorizados a acurrucarse en el rincón más alejado de la jaula comunitaria. Al cabo de un rato, Gopa investigó receloso la abertura, se retiró por precaución varias veces y finalmente salió por ella con aire solemne. No se interesó lo más mínimo en el animal que George les había cazado, sino que se encaminó despacio hacia el río. Al cabo de un centenar de metros se detuvo, dudó, y luego siguió caminando.

Jespah y Elsitá se abrazaban con expresión de desconcierto mientras observaban a Gopa alejarse. Luego Jespah se acercó a la abertura y salió. También él se dirigió despacio hacia el río, deteniéndose en varias ocasiones para volver la vista hacia su hermana.

Entre tanto, Elsitá corría frenética de un lado para otro en la jaula o se quedaba de pronto quieta contra la alambrada, desesperada por unirse a sus hermanos pero sin saber cómo hacerlo, hasta que al final encontró el camino hacia la libertad y, tras echar a correr rápidamente hacia Jespah, los tres cachorros desaparecieron entre los juncos. Casi de inmediato, la cortina de agua de un chaparrón hizo que los perdiéramos de vista.

# 35

## MIGRACIÓN

En cuanto aquel telón gris se levantó, buscamos con los prismáticos en el lugar donde habíamos visto por última vez a los cachorros, pero no hallamos ni rastro de ellos. Me alegré de que hubieran ido directos al río porque significaba que al menos sabían dónde beber.

Aunque el río no era tan paradisíaco como el del campamento de Elsa, cubría las necesidades de los cachorros; por su lecho fluía agua fresca e, incluso en la temporada de sequía, conservaba algunos pozos de aguas blanquecinas estancadas. Y en la ribera opuesta, en la lejanía, una cadena de montañas ocultaba un extenso salobral frecuentado por muchos animales. Nos alegraba pensar que, si los leones locales aceptaban a los cachorros, no les resultaría difícil vivir allí.

Para evitar peleas, una de nuestras primeras tareas sería encontrar un comedero donde los cachorros pudieran alimentarse sin interferencias de los leones autóctonos y otros depredadores. Depositar su comida en la jaula comunitaria era arriesgado, porque, en un espacio confinado, los cachorros podían verse acorralados. Lo que necesitábamos era un refugio para la caza al que los cachorros pudieran huir con facilidad en caso de peligro. Trasladamos la jaula comunitaria junto a un gran árbol y aparcamos a ambos lados nuestros coches, configurando una especie de plaza abierta. Colgamos el animal muerto de una rama gruesa con ayuda de una polea que fijamos a uno de los *jeeps*; de este modo, nos resultaría más fácil bajar la carne durante la noche, si los cachorros aparecían, o mantenerla alejada de ladrones si se ausentaban. No esperábamos que los cachorros regresaran aquella noche, porque no creíamos que fueran a volver a las jaulas en las que habían estado atrapados hasta que

tuvieran hambre.

Poco después de oscurecer, una manada de al menos tres leones se acercó tanto que la luz de nuestras linternas se reflejó en sus ojos. Era fácil saber cuándo había un león merodeando, porque siempre anunciaba su llegada con un gruñido en voz baja; en cambio, las leonas se aproximaban furtivamente, en silencio, y no me percataba de su presencia hasta que escuchaba su respiración, momento en que ya estaban agazapadas junto a mi coche. Aun así, pese a sus arteros avances, no consiguieron hacerse con la presa que protegíamos.

La mañana siguiente, temprano, peinamos las márgenes del río con los prismáticos, pero no detectamos señal alguna de los cachorros. De hecho, no los avistamos hasta que los primeros rayos de sol acariciaron las aguas, momento en que los vimos salir del monte, muy cerca del lugar donde habían desaparecido la noche anterior. Ascendieron la mitad del risco, deteniéndose con frecuencia, hasta llegar a un matorral, y allí se tumbaron. Cuando los llamé por su nombre, me miraron, pero no se movieron. Luego apareció una tropa de babuinos y los cachorros se dirigieron con paso tranquilo hasta la cima de la montaña, con los babuinos siguiéndolos de cerca. Al final, la comitiva al completo desapareció en la cresta.

Con la esperanza de poder seguir los movimientos de los cachorros, atravesamos el río con los *jeeps* y bordeamos la montaña hasta la otra ladera, pero no los divisamos. Mientras lo hacíamos nos dio alcance un Land Rover que nos traía un radiotelegrama en el que se nos indicaba que el nuevo Bedford ya estaba listo y podíamos recogerlo en Nairobi. El correo en el Serengeti dependía del transporte ocasional, pero los telegramas se transmitían dos veces al día por radio desde la sede central en Arusha.

Enviamos a Ibrahim a Nairobi a devolver el camión que Ken y Downey nos habían alquilado por una módica suma y a recoger el Bedford.

La noche siguiente, los cachorros aparecieron en torno a las nueve. Comieron con voracidad, pero, cuando George alumbró los faros, huyeron y no regresaron hasta al cabo de una hora. Entonces se acomodaron a cenar. Jespah incluso pidió dos raciones de aceite de hígado de bacalao, que se comió, como era su costumbre, del plato que George le sostenía en alto, lo cual nos reveló que, a pesar de todo lo que había sufrido últimamente, seguía confiando en nosotros.

De madrugada escuché a uno de los cachorros dirigirse hacia el río, donde emitió una serie de breves rugidos, pero noté que no iban seguidos de los bufidos con los que suelen acabar los rugidos de los leones.

Aprovechando la ausencia de sus hermanos, la pequeña Elsa se hartó de comer. Más tarde, los tres cachorros comieron lo suficiente para pasar el día y, al amanecer, se marcharon. En cuanto desaparecieron, un león rugió estentóreamente a una distancia alarmante y al poco vi un ejemplar con una espléndida melena oscura silueteado contra el sol rojo sangre de la mañana. Olisqueó en la dirección de la comida de los cachorros, avanzó hacia la parte trasera del coche de George y observó la mosquitera que aleteaba en su interior. Cuando se dispuso a investigar el cadáver del animal, nos liamos a gritar y, aunque no podíamos competir con sus rugidos, conseguimos desconcertarlo y hacer que se marchara en dirección al campamento. En cuanto se fue, izamos el animal para ponerlo fuera de su alcance y nos dirigimos en los *jeeps* al campamento para entrar en calor con un poco de té caliente.

Al llegar, vimos al león de melena oscura a unos cien metros de los agitados muchachos, quienes, refugiados en lo alto del camión, intentaban advertirnos de su presencia. El pobre león no debía de entender a qué se debía aquella invasión inesperada de su territorio.

Cuando caía la noche regresamos a nuestro puesto cerca de la comida de los cachorros. Gopa apareció con el crepúsculo, pero se ocultó entre el herbazal hasta que la oscuridad le hizo sentirse seguro para acudir en busca de su comida. Jespah lo siguió al poco, mientras que Elsitita no se dejó ver. En su lugar, quienes se presentaron también fueron el león de melena oscura y dos leonas. Se agazaparon a unos ocho metros de mi coche, mientras que, al otro lado, Gopa y Jespah daban cuenta de su cena. Lamenté no llevar conmigo un *flash* para poder sacar una fotografía de aquella insólita comitiva: tres leones salvajes hambrientos agazapados en la hierba y separados de los cachorros solo por mi vehículo. Jespah y Gopa no parecían en absoluto preocupados por la proximidad de los leones locales; es más, debían de sentirse completamente seguros y tener confianza plena en nuestra capacidad para protegerlos, porque, una vez se hubieron llenado la panza, se tumbaron boca arriba.

De repente se escuchó una leve llamada desde el otro lado del río. Tal vez fuera Elsitita, porque al instante sus hermanos se escabulleron por detrás del

coche de George, evitando a los leones salvajes. Izamos de nuevo el cadáver y pasamos la noche manteniendo a la manada salvaje a raya.

El 7 de mayo, George partió a primera hora a cazar algo para los cachorros fuera del Serengueti. La pista forestal hasta la frontera estaba en mal estado, así que no preveía su regreso hasta la tarde. En torno a la hora de comer, unos nubarrones amenazantes se cernieron sobre el campamento; con las primeras gotas apareció sin previo aviso un Land Rover en el que viajaban el presidente de la junta directiva del parque nacional y su comitiva, entre la cual figuraba el guarda del parque. Entramos aprisa en la tienda para evitar mojarnos. El presidente me comunicó que apreciaba la publicidad que los cachorros estaban dando al Serengueti, pero añadió que debíamos abandonar el parque a finales de mayo, porque la temporada turística empezaba en junio y nuestra acampada libre y el hecho de que alimentáramos a los leones podía suscitar críticas. Horrorizada, insistí en que no podíamos abandonar a los cachorros hasta que pudieran arreglárselas por su cuenta. Sugerí que, para evitar las dificultades de las que hablaba, podíamos trasladar el campamento lejos de los caminos turísticos y le prometí ser muy discreta al alimentar a los cachorros, recalcando que a finales de mayo solo tendrían diecisiete meses y que, por regla general, los leones de esa edad aún no son capaces de cazar por sí mismos.

Justo en aquel momento llegó George, que respaldó mis argumentos. El presidente no aceptó nuestra propuesta y nos dejó consternados. Hacía pocos días que habíamos liberado a los cachorros, que hasta entonces habían dependido de nosotros, y nos parecía monstruoso abandonarlos sin más y esperar a que se las apañaran solos.

Andábamos discutiendo la situación cuando llegaron nuevos visitantes. Entre ellos figuraban Lee y Matty Talbot, un par de científicos estadounidenses dedicados a la investigación ecológica. Defendían planteamientos muy estimulantes, compartíamos muchos intereses y no tardamos en entablar amistad.

Cuando regresamos a nuestro puesto de guardia nocturno, encontramos a los cachorros esperándonos. George estaba cansado tras su largo viaje y se echó a dormir, mientras que yo me encargué de montar guardia. Jespah se acercó varias veces a la parte posterior de mi *jeep* para pedirme caricias y permaneció bastante quieto mientras yo se las prodigaba. Era la primera vez

que lo hacía desde que habíamos dejado el campamento de Elsa. A pesar de lo que había ocurrido, y quizá siguiendo el ejemplo de su madre, seguía confiando en mí y ejercía de puente entre sus hermanos y nosotros. Tanto George como yo estábamos seguros de que, sin él, Gopa y Elsita no habrían tolerado nuestra presencia. Gopa tenía la fortaleza y la independencia necesarias para ser el líder de una manada, pero carecía de los atributos del afecto y la comprensión que distinguían a su madre y a su hermano. Aunque había sido Gopa quien se había marchado del Tana para regresar a su antiguo hogar y pasar allí una semana solo, y aunque había sido también él el primero en aventurarse a salir de la jaula comunitaria hacia la libertad y reclamaba como buen león su parte de cada comida, cuando algo le perturbaba o le asustaba acudía corriendo junto a Jespah en busca de ayuda y tranquilidad, tal como antes había corrido junto a su madre.

Jespah parecía ser el soporte moral del trío, lo cual probablemente había hecho que se convirtiera en el líder pese a ser menos imponente que Gopa. Desde una edad muy temprana, siempre había protegido a su madre, y, tras la muerte de esta, se había encargado de sus dos hermanos. Era siempre él quien exploraba el territorio en busca de peligros y plantaba cara si surgía algún tipo de amenaza. Y, desde hacía poco, cada vez que Elsita se asustaba y huía, era él quien iba en su búsqueda, la tranquilizaba y la traía de vuelta.

Los cachorros pasaron la noche devorando su nueva pieza de caza. Se marcharon al amanecer, con las pesadas barrigas oscilando de lado a lado. Estaban en perfectas condiciones, salvo por algunas heridas provocadas por las rozaduras, y, por supuesto, Jespah seguía teniendo la punta de la flecha clavada en el anca.

Durante las dos noches siguientes no dieron señales de vida. Como la pierna lesionada me impedía dar largos paseos, fue George quien fue en su búsqueda. Su rastro lo condujo al otro lado del valle, hacia el macizo, donde las rocas proporcionaban un buen refugio. Pensamos que tal vez se sentían más seguros alejados de los leones autóctonos, aunque ello los obligara a recorrer tres kilómetros y medio para llegar a su cena.

La noche siguiente, los cachorros llegaron poco después de que nos fuéramos a dormir. Parecían más nerviosos de lo habitual y huyeron al escuchar la llamada de un león, pese a sonar a una gran distancia. No regresaron hasta las tres de la madrugada. Engulleron la comida y se

marcharon. Entendimos el motivo de sus prisas cuando, poco después, un coro de leones empezó a rugir a escasa distancia de nosotros.

La noche siguiente volvió a repetirse la situación, y Elsita estaba en tal estado de nervios que incluso se asustaba cuando encendíamos las linternas.

Llovió durante todo el día y acudimos temprano al comedero. Cuando llegamos allí, encontramos a Jespah haciendo equilibrios sobre la rama de la que colgaba su cena, intentando llegar a ella desde arriba, mientras que los otros dos cachorros, semiocultos entre las hierbas, lo observaban. En cuanto descendimos el animal, se abalanzaron sobre la carne y se pasaron la noche devorándola. Por la mañana solo quedaban los huesos, lo cual significaba que teníamos que volver a salir del Serengeti para cazarles algo más que llevarse a la boca.

A escasa distancia del campamento pasamos junto al león de melena oscura y sus dos amigas. Siempre habíamos creído que los leones pasaban su luna de miel en privado, motivo por el cual nos sorprendió ver a aquel león apareándose con una de las leonas en presencia de la otra. A menos de un kilómetro y medio vimos a un magnífico león de melena rubia tomando el sol en la llanura. No nos prestó atención ni a nosotros ni a los clics de nuestras cámaras; se dedicó a bostezar y desperezarse como si no estuviéramos allí. Al poco, sin apenas tener tiempo de cambiar el carrete de la cámara, topamos con otra pareja de leones enamorados. Tumbados muy juntos y con aspecto cansado, nos ignoraron.

Cuanto más nos alejábamos, más arbolado y montañoso se volvía el paisaje y más aumentaban las manadas de animales. Al aproximarnos a la frontera pasamos por una feria de ganado gigantesca, como la que celebran las tribus ganaderas en la Frontera Septentrional. Kilómetro tras kilómetro, bajo cada árbol, grupos de ñus y cebras se apiñaban hasta el límite de la sombra, mientras que, bajo el sol abrasador, los animales incapaces de hallar cobijo vagaban sin rumbo. El ruido era ensordecedor. Cuando cerré los ojos tuve la sensación de escuchar un coro de ranas toro, y solo el rebuzno agudo de las cebras me recordó que no estábamos en una ciénaga, sino entre miles y miles de animales congregados para la gran migración anual hacia el lago Victoria y la contigua reserva de Mara. Fuimos muy afortunados de llegar al Serengeti a tiempo para contemplar aquella imagen única.

Cuando regresamos con la caza al lugar donde comían los cachorros,

encontramos a Jespah y Gopa haciendo acrobacias entre las ramas de la acacia y divisamos a Elsita escondida por allí cerca. De pronto, Gopa aguzó los oídos en dirección a su hermana y empezó a descender por el árbol. Casi había llegado al suelo cuando saltó y cayó con torpeza, tras lo cual se puso en pie con un aire un poco alocado y trotó hacia Elsita. Mientras, Jespah permaneció en su rama hasta que le mostré el plato de la comida, momento en el cual él también empezó a bajar por el árbol y, con la ansiedad de llegar al aceite de hígado de bacalao, estuvo a punto de caerse. Me alegró comprobar que tenía las heridas casi curadas y que le crecía un bonito pelaje sobre las cicatrices; en cambio, la herida de la flecha le supuraba y tenía muy mal aspecto.

Cuando prácticamente había oscurecido, Elsita se acercó a la carne, pero estaba hecha un manojo de nervios, así que intenté tranquilizarla repitiendo su nombre. Luego hicimos cuanto pudimos por ahuyentar a los leones salvajes y las hienas, pero, a pesar de nuestros esfuerzos, los cachorros se marcharon y no volvieron.

Después de desayunar regresamos a contemplar la migración. De camino hacia allí pasamos junto al león y la leona que se apareaban. Aunque estaban tumbados al raso y seguramente nos vieron, nos permitieron acercarnos hasta unos veinticinco metros de distancia. Nuestra llegada pareció perturbarles tan poco que al final el león montó a su compañera, un acto que duró tres minutos y que acabó con él dándole un tierno mordisco en la frente, a lo cual ella respondió con un suave rugido. Un cuarto de hora más tarde, el león se le volvió a acercar, pero en esta ocasión ella lo desdeñó con un gesto con la zarpa. El mismo acercamiento se repitió tres veces antes de que la leona le permitiera montarla otra vez, y de nuevo el león acabó mordiéndole en la frente. Continuamos observándolos y, tras otros veinte minutos aproximadamente, el león la montó por tercera vez y solo la liberó después de darle un ligero mordisco en el cuello. Después, ambos se echaron a dormir. No se escuchaba sonido alguno; el tiempo parecía haberse detenido en aquella inmensa llanura. Cuando pusimos en marcha el *jeep*, la leona levantó la mirada y nos miró pestañeando con los ojos entrecerrados, mientras que el león ni se inmutó.

Nos habían explicado que en el Serengueti había muchas más leonas que leones, lo cual sin duda explicaba la insólita cantidad de parejas que vimos



apareándose. Los leones suelen tener un harén, y acaban teniendo también una extensa familia, pues la leona, durante los dos años que pasa cuidando de sus cachorros, no deja que el padre la monte. En aquella zona las hembras superaban ampliamente en número a los machos, y vimos a muchos leones bastante flacos. Pensamos que, en parte, esto se debía a que la luna de miel de un león suele durar entre cuatro o cinco días, tiempo durante el cual la pareja no come y apenas bebe. Y como que en la región no había leones suficientes para satisfacer las demandas de tantas leonas, a menudo ellos pasaban hambre.

Durante las tres noches siguientes, los cachorros no aparecieron por el comedero, pero sí que tuvimos la visita de otros depredadores hambrientos y muy activos. En concreto, el león de melena oscura y su manada permanecieron en la vecindad, dejando claro que no estaban dispuestos a permitir que los cachorros se adueñaran de su territorio.

Caímos en la cuenta de que debíamos buscar un nuevo lugar para alimentar a los cachorros..., pero antes teníamos que encontrarlos.

Nos dijeron que, durante la temporada de la migración, muchos leones se limitaban a seguir la columna de los animales en movimiento, porque les resultaba más fácil matar a los rezagados que cazar como de costumbre. Nuestra única opción era descubrir dónde habían establecido sus derechos las manadas más conservadoras y trasladar a nuestros cachorros a otra zona.

Pasamos los días siguientes peinando el terreno, pero las altas hierbas y la tierra seca dificultaban seguir el rastro.

En cuanto a los leones, nunca habíamos visto tantos: pasamos caminando junto a una manada de cinco sentados sobre una roca, y a escasa distancia de ellos, vimos otra manada de siete tumbados en un altozano. Si bien nos repasaron de arriba abajo, no se inmutaron ni siquiera al vernos caminar a cuatro metros de ellos. Seguimos avanzando y tropezamos con una tercera manada integrada por una leona, dos cachorros pequeños, dos cachorros medianos y dos leones magníficos, y muy cerca vimos a dos leones de melena oscura acechando a un topi en un cerro; como empezaba a hacer calor y no pusieron demasiado entusiasmo en su empeño, al final el topi consiguió escaparse. Más tarde nos sorprendimos varias veces al ver juntos a dos leones adultos, si bien nos explicaron que, en el Serengeti, hay parejas de leones que permanecen juntas durante muchos años.

Fuimos a un pequeño lago a contemplar a los flamencos que había en sus

orillas y avistamos un avemartillo picoteando su comida en las aguas poco profundas, cerca de un varano dormido. Se traba de un espécimen de lagarto bastante grande, de más de un metro de longitud. Mientras lo observábamos, un chacal se le aproximó por detrás, claramente con malas intenciones. Nos habían hablado de chacales que comían víboras bufadoras y de leones de los alrededores del lago Rudolf que mataban cocodrilos, pero ni George ni yo habíamos visto nunca a un carnívoro matar un reptil y comérselo. El varano se mostró ajeno al peligro que le acechaba hasta que el chacal estuvo lo bastante cerca para morderle, momento en el que agitó su amenazante cola y su atacante dio un salto en el aire y huyó. El varano volvió a adormilarse, pero el chacal no estaba dispuesto a darse por vencido tan fácilmente. Volvió al ataque, si bien en esta ocasión decidió acercarse al varano desde delante. Lo recibió un sonoro siseo que lo hizo huir a toda prisa hacia la espesura, donde una leona se sentó de repente delante de él, con un cachorro asomando por la derecha y otro por la izquierda. El chacal, con las prisas de marcharse de allí, estuvo a punto de caerse de espaldas. Entonces la leona se dirigió hasta el agua y empezó a beber cerca del varano, que se largó de allí a toda prisa andando como un pato. Nada de ello pareció perturbar al avemartillo, que continuó picoteando aplicadamente, haciendo caso omiso de la leona, del chacal y del varano.

Al sexto día de ausencia de los cachorros empezamos a inquietarnos. Habíamos planeado que se independizaran de manera paulatina, así que su repentina desaparición no nos pareció natural. Nos preguntábamos si compartirían el instinto de retorno al hogar de los gatos. De ser así, bien podían estar viajando a su antiguo hábitat, a seiscientos cincuenta kilómetros en línea recta y mil cien si desandaban el camino por el que habían venido. Era poco probable que siguieran la carretera, pero decidimos ir a investigar y retrocedimos cincuenta kilómetros por ella, hasta el punto donde nos habíamos reunido por primera vez con el guarda del parque. No detectamos ninguna señal de los cachorros. En el trayecto de vuelta pasamos junto a inmensas manadas de animales migratorios y vimos una columna de cinco kilómetros de longitud de gacelas de Thomson caminando en fila india, avanzando como atraídas por un imán. Pese a la caza fácil que ofrecían, no nos pareció probable que los cachorros se hubieran aventurado en aquella región, ya que la pradera descubierta no ofrecía refugio y estaban acostumbrados a

escondese entre tupidos matorrales. Aun así, buscamos con cuidado entre las rocas y la vegetación de la montaña antes de tirar la toalla y regresar al campamento.

La mañana siguiente trazamos en un mapa una línea recta entre el Serengueti y el campamento de Elsa.

En cuanto salía del Serengueti, la línea se adentraba en una zona habitada por la tribu de los masáis, célebre por cazar leones. Antes de quedar bajo administración europea, para demostrar su hombría cada joven guerrero de esta tribu estaba obligado a matar con su lanza a un león, con cuya melena se hacía un tocado que lucía en las ocasiones especiales como prueba de su valentía. El alanceo de leones había quedado prohibido por las leyes de caza, pero seguía practicándose en secreto, de manera que no nos pareció que fuéramos a recibir noticias de nuestros cachorros procedentes de esta zona. De todos modos, quisimos asegurarnos. Makedde era turkana, pero hablaba la lengua de los masáis, así que decidimos enviarlo a acampar entre la tribu para comprobar si, durante las conversaciones informales, podía recabar alguna información acerca de los cachorros. Si habían atacado al ganado, quizá pudiera evitar que los arponearan.

En el trayecto hacia la frontera hicimos un alto en Seronera para telefonar al director. Nos dijo que lamentaba que hubiéramos tenido contratiempos, pero dejó meridianamente claro que debíamos abandonar el Serengueti a finales de mes. Eso nos daba diez días, un lapso de una brevedad alarmante. Atravesamos un paisaje repleto de leones. En una manada, cinco leonas amamantaban a ocho cachorros de distintas edades. Los cachorros iban de una madre a otra y las leonas no manifestaban deseo alguno de diferenciar a los suyos de los de sus compañeras.

Tracé planes para llevar a Makedde con su material a la zona de los masáis la mañana siguiente e intentar encontrar una familia que lo aceptara, mientras George continuaba buscando en el valle cerca del campamento.

En cuanto regresamos, hice el equipaje, para poder salir temprano al día siguiente. Puesto que nos quedaba tan poco tiempo, George decidió iniciar la búsqueda en el valle sin más dilación. La mañana siguiente llegó sonriendo: había encontrado a los cachorros..., o más bien ellos lo habían encontrado a él.

Había conducido diez kilómetros valle abajo, había aparcado el *jeep* en un

punto donde sus faros pudieran verse desde lejos y luego había encendido un foco direccional hacia todos los puntos de la brújula a intervalos regulares.

En torno a las nueve de la noche, los cachorros habían llegado. Parecían estar en buena forma y no estaban hambrientos, pero tenían tanta sed que los dos machos se bebieron a lametones toda el agua que les dio George y no dejaron nada para la pobre Elsitá. Estaban todos muy amistosos y Jeshah incluso intentó entrar en el coche de George. Permanecieron allí toda la noche y, aunque comieron un poco de la carne, ya putrefacta, que les había llevado George, sobre todo se dedicaron a divertirse persiguiendo a las hienas. Cuando, poco después de amanecer, se marcharon, pusieron rumbo a un pequeño valle. George se había apresurado a regresar para darme la buena noticia y evitar que fuera a la frontera. Era evidente que, tras su experiencia con la leona fiera en el campamento de Elsa, a los cachorros les asustaban los leones del entorno donde los habíamos liberado y habían ido en busca de una zona más aislada donde pudieran establecer sus propios dominios.

Decidimos no trasladar el campamento principal, sino acudir cada noche al «valle de los cachorros» y pernoctar allí en nuestros coches. La cañada donde habían escogido establecer su hogar se hallaba a los pies del macizo, por encima del cinturón de las tsetsé, medía unos dos kilómetros y medio de longitud y el acceso y la salida se efectuaban por medio de dos angostas quebradas. Uno de aquellos barrancos proporcionaba un refugio especialmente seguro. De unos ochocientos metros de longitud y un metro y medio de anchura, tenía unas paredes verticales de más de dos metros y medio de altura. Por encima del barranco, una vegetación casi impenetrable proporcionaba un tupido dosel que lo convertía en una guarida fresca durante las horas más calurosas del día.

Cualquier peligro que se aproximara se escuchaba desde mucha distancia, y, si era preciso, los cachorros podían esconderse en el interior del barranco y ascender por uno de los escarpados acantilados que interrumpían el macizo. Allí, entre rocas salientes y una abigarrada maleza, se encontrarían en una óptima posición estratégica para ver y evitar al enemigo. Desde la cima de la escarpadura se disfrutaba de unas vistas espléndidas del inmenso y ondulado interior boscoso y de la zona del parque que conducía hasta el río, así como de otro valle que atravesaban sus aguas y, tras este, de montañas y más valles que se extendían hasta el horizonte. El curso del río estaba delimitado por un

cinturón vegetal que serpenteaba a lo largo del valle hasta perderse en la calima. Entendimos que los cachorros habían encontrado un hogar mucho mejor que el que nosotros habíamos escogido para ellos.

Llegamos a su valle a última hora de la tarde y nos apostamos entre la escarpadura y el río, bajo un gran árbol, de una de cuyas ramas colgamos la carne. Al poco salió un cachorro del barranco, si bien se mantuvo oculto entre las hierbas. Al oscurecer, los tres aparecieron y se dirigieron directamente a la palangana de agua. Estaban tan sedientos que tuvimos que rellenarla muchas veces antes de que saciaran su sed. Observamos que los tres estaban en buena forma y que las heridas provocadas por las rozaduras estaban sanando bien. Sin embargo, la punta de la flecha no daba muestras de desprenderse por sí sola, y aunque Jespah se bebió el aceite de hígado de bacalao del plato que le sostuve en alto, no me permitió intentar arrancársela. Después de beber, los cachorros desaparecieron bajo el manto de oscuridad y no regresaron a cenar hasta que George apagó los faros de su vehículo. Entendimos que no habían abandonado sus hábitos puramente nocturnos y que, en general, aparecían de noche y desaparecían al alba.

# 36

## EL BARRANCO

En cuanto localizamos a los cachorros, George comunicó la noticia a Seronera.

Después nos reunimos con el director para hablar sobre el futuro de los cachorros. Nos sugirió que nos marcháramos, pero, cuando le argumentamos que aún no podían defenderse por sí mismos y que nos preocupaba la herida de flecha de Jespah, accedió a que nos quedáramos hasta finales de mayo para ayudarlos.

Aquella noche, Jespah y Gopa salieron del barranco al anochecer, mientras que Elsita se mantuvo oculta. Gopa comió con glotonería la carne, pero Jespah regresó junto a su hermana y los dos permanecieron fuera del alcance de los faros hasta que George los apagó. Solo entonces salieron y se reunieron con Gopa.

Al día siguiente volvimos a ir a contemplar la migración. Era una imagen absolutamente fantástica. Las manadas migratorias pasan varias semanas congregándose en la pradera, por lo que, tras un par de días, lo que antes eran hierbas de un metro de altura queda reducido a simples tallos de unos diez centímetros. El desplazamiento en sí apenas dura unos días y su determinación y urgencia es algo que hay que ver para creer.

Observamos fascinados a las manadas avanzando en decenas de miles y, en ocasiones, tuvimos la impresión de que el mismo suelo se movía. Los ñus se mantenían en grupos de entre diez y cien ejemplares y caminaban en fila india por caminos trillados; las cebras, siempre que era posible, caminaban cerca del agua. Eran las dos especies predominantes, si bien también había

grandes manadas de gacelas de Thomson, otras más reducidas de gacelas de Grant, búbalos y topis, y divisamos una manada de unos doscientos antílopes eland. En la periferia de las manadas corrían hienas y chacales hambrientos a la espera de su oportunidad de atrapar a un rezagado. Se mirara en la dirección que se mirara, la pradera estaba cubierta de animales en un número imposible de calcular.

Durante las horas frías, rebosaban energía. Nos divertía, sobre todo, el comportamiento del lanudo ñu. Los machos perseguían a las hembras que se descarrilaban y retaban a duelo a los rivales, mientras que las hembras sacudían la cabeza y coceaban a los pretendientes demasiado persistentes. En no pocas ocasiones pasó cerca de nosotros un ejército de ñus, que nos dejó cubiertos de polvo. Me daba miedo que las cámaras se estropearan, así que las tapé y, en consecuencia, no sacamos fotografías. En una ocasión, una manada de muchos centenares de cebras adelantó al galope a nuestro *jeep*, levantando una gran polvareda con sus retumbantes pezuñas; cuando ya prácticamente nos habían dejado atrás, entre la nube de polvo vislumbré a un león saltando sobre la última cebra, que logró escaparse, al igual que cuando la atacó un segundo león instantes después.

Cuando la polvareda se dispersó vimos a los dos leones sentados bajo un árbol y apreciamos que uno de ellos era muy viejo y flaco. Se nos ocurrió que tal vez dependiera para cazar de su compañero, que estaba en la flor de la vida.

Aquella noche, al regresar al barranco, encontramos a los cachorros muy cansados. Jespah estaba especialmente letárgico y se tumbó cerca de mi coche; siempre que Elsita se le acercaba la lamía, y más tarde, cuando la leona se alejó a una cierta distancia, se le unió y la abrazó. Gopa ya estaba devorando la carne, y solo cuando Elsita reunió el valor suficiente y se abalanzó sobre su cena Jespah se nos acercó a por su aceite de hígado de bacalao. Pasó la noche cerca de mi *jeep*.

La mañana siguiente decidimos explorar el valle de sesenta y cinco kilómetros en el que se encontraba el barranco de los cachorros. Durante un rato conseguimos transitar por una pista forestal, que después se desvaneció y nos obligó a abrirnos paso entre hierbas que llegaban a la altura del hombro y espinos sibilantes.

En tales circunstancias, como es lógico, divisamos muy pocos animales;

solo un rinoceronte parecía inclinarse por aquella espesura punzante, y sentimos una gran envidia de su piel de paquidermo.

El valle desembocaba en una extensa llanura abierta en la que se alzaba una solitaria palmera de abanico, una especie que suele crecer cerca del agua; junto a ella había una manada de topi, compuesta, según nuestros cálculos, por unas tres mil cabezas. Nunca habíamos visto una manada tan numerosa, pese a que después nos explicaron que, en aquella misma pradera, que es su terreno favorito para concentrarse, es posible contar hasta cinco mil ejemplares.

Era ya última hora de la tarde cuando regresamos al valle de los cachorros, y nos entusiasmó encontrarlos esperándonos. Interpretamos que podía tratarse de una señal de que estaban abandonando sus hábitos puramente nocturnos y empezaban a comportarse como los leones del Serengueti, quienes, al no temer por su seguridad, pasan los días al descubierto. Si nuestros cachorros eran capaces de adaptarse a un entorno ecológico distinto, no solo resultarían beneficiados ellos, sino que sentarían un precedente para trasladar a otros leones sentenciados a regiones donde existieran buenas perspectivas de que su puesta en libertad resultase un éxito. Aquella noche hacía frío y los cachorros se marcharon a las diez.

Al regresar al campamento nos aguardaba una carta del director en la que confirmaba que debíamos abandonar el Serengueti el 31 de mayo y añadía que, entre aquel día y dicha fecha, se nos prohibía introducir más carne en el parque para alimentar a los cachorros.

Condujimos hasta el barranco y encontramos a los leones esperándonos. Jespah seguía sin comer, no tocó la carne y parecía apático. Nos preguntábamos si la herida abierta alrededor de la punta de la flecha se le habría infectado, pese a que no lo parecía. Otra posibilidad era que, tal como le había sucedido a Elsa en el momento de su primera liberación en una región muy similar al Serengueti, Jespah hubiera contraído una infección causada por las moscas tsetsé o las garrapatas y tuviera fiebre. Llevaba lánguido un par de días y su estado se había vuelto alarmante.

La mañana siguiente, angustiados por él, recorrimos a pie el filo del barranco e intentamos avistarlo entre el denso dosel vegetal con ayuda de los prismáticos. Al cabo del rato vimos a los cachorros, pero ellos también se percataron de nuestra presencia y, alarmados, echaron a correr hacia el acantilado. Les llamé por su nombre, pero huyeron, de manera que regresamos



al campamento.

Los pocos kilómetros que separaban el barranco de los cachorros de nuestro campamento eran la parte más bella del valle.

Mientras caminábamos a través de las negras rocas se me ocurrió que aquellas losas lisas serían una lápida perfecta para la tumba de Elsa. Me pareció que sería bonito que su lápida procediera del nuevo hogar de sus cachorros. Para comprobar su dureza, rayé una losa con un trozo de cuarzo, que apenas dejó marca. Más tarde, cuando un maestro cantero talló el nombre de Elsa en una de aquellas losas partió cinco cinceles y nos dijo que era más dura que el granito y el mármol y que nunca volvería a trabajar con una roca como aquella.

La noche siguiente, los cachorros no aparecieron hasta después de oscurecer, lo cual fue una decepción, porque revelaba que todavía no estaban preparados para abandonar sus hábitos nocturnos.

Tras dar un único lametón al aceite de hígado de bacalao, Jespah se retiró detrás del coche; cuando los otros cachorros acabaron de comer, fueron en su busca e intentaron incitarlo a jugar con ellos, pero, aunque les lamió, no se movió.

Al amanecer, Gopa y Elsitá volvieron a comer y luego fueron junto a Jespah y lo empujaron para que fuera con ellos al barranco. Transcurrido un rato, se puso en pie lentamente y empezó a seguirlos. Lo llamé y regresó, quedándose en pie delante de mí. Le señalé la carne y le hablé, como hacía cuando quería que Elsa comiera, y reaccionó tal como solía hacer su madre: se dirigió hacia el animal muerto y empezó a comer. Era la primera vez en tres días que lo veíamos alimentarse.

Cada vez que Gopa y Elsitá lo reclamaban, alzaba la cabeza y no volvía a comer hasta que yo le decía:

—Venga, Jespah, *ñama* [carne], *ñama*, come un poco más.

Al final, Gopa regresó y, saltando sobre las ancas de Jespah, lo convenció para que fuera con ellos al barranco.

Tras averiguar que aún me quedaba un poco de terramicina, decidí empezar a tratar con ella a Jespah aquella misma noche. Fue una suerte que solo él quisiera tomarse el aceite de hígado de bacalao del plato que le sostenía en mis manos. De otro modo, Gopa seguramente habría ingerido la mayor parte.

Los restos de carne ya estaban putrefactos, y los cachorros, acostumbrados a la carne fresca, los olisquearon con expresión de repugnancia.

La creencia generalizada de que los leones dejan que la carne se pudra antes de comérsela es errónea, aunque, por supuesto, si están desesperados, se comen lo que sea. Mi esperanza era que nuestros cachorros aprendieran pronto el arte de conseguir comida fresca. Estaba justo pensando en ello cuando Elsita se marchó caminando con determinación, como si se dispusiera a ir de caza. Gopa la siguió, pero Jespah permaneció tumbado y se limitó a levantar la cabeza de manera esporádica. Cuando sus hermanos regresaron, jugó con ellos como pudo, pero saltaba a la vista que estaba enfermo.

Era impensable dejarlo en aquel estado, de manera que envié a Ibrahim a Seronera con una carta dirigida al guarda del parque en la que le exponía la situación y le solicitaba que ampliara unos días nuestro permiso de permanencia en el Serengueti. Mientras tanto, como no teníamos comida que darle y andábamos muy cortos de tiempo, George se encargó de alejarse sesenta y cinco kilómetros de las fronteras del parque para cazarle algo. Éramos conscientes de que aquello contravenía las instrucciones que nos habían dado, pero esperábamos que, dadas las circunstancias, hicieran la vista gorda. Cerca de la frontera avistamos una avioneta volando a baja altura e imaginamos que estaría llevando a cabo un censo de la migración. De regreso al campamento, el guarda del parque, que iba de pasajero en aquella avioneta y había visto a George cazar, nos recibió exigiéndonos que le explicáramos por qué habíamos cazado un animal pese a la prohibición explícita de hacerlo. Nos disculpamos, le explicamos las circunstancias y le suplicamos que nos ampliara el permiso para acampar cerca de los cachorros. Nos contestó que no estaba en posición de garantizar tal ampliación y nos aconsejó que nos entrevistáramos con el director en Arusha. El guarda se ofreció a fletarme una avioneta por radio desde Nairobi. Me recogería a la mañana siguiente. Aquella noche, como de costumbre, la pasamos con los cachorros. Al día siguiente volé a través de un paisaje fascinante hasta Arusha, donde el director me había invitado a comer. Estaba muy disgustado por el hecho de que George hubiera abatido a aquel último animal contraviniendo sus órdenes. Me disculpé y le expuse el apuro en el que nos encontrábamos. Entonces me sugirió que, si no estábamos satisfechos con la situación, capturásemos de nuevo a los cachorros y los trasladáramos a una de las dos reservas de caza de

Tanganica, donde no estarían sujetos a las regulaciones de los parques naturales y podríamos permanecer con ellos si estaban enfermos. Yo no tenía ningún deseo de trasladar una segunda vez a los cachorros; tras consultar un mapa, me convencí de que el plan no era aconsejable por motivos adicionales: las dos zonas sugeridas eran muy estrechas y los cachorros podían atravesar con facilidad la frontera protectora y adentrarse en una región densamente poblada. Tras rechazar su propuesta, el director accedió a ampliarnos el permiso de permanencia con los cachorros otros ocho días y nos autorizó a cazar otras tres piezas más fuera del Serengueti entre aquella fecha y el 8 de junio, el día de nuestra partida. Para evitar cualquier malentendido, lo puso por escrito y dejó que fuéramos nosotros quienes decidiéramos si queríamos trasladar a los cachorros fuera del Serengueti o dejar que, después del 8 de junio, la naturaleza siguiera su curso. También se ofreció a fijar una reunión con el presidente de la junta directiva para exponerle nuestro caso y solicitar más ayuda de la que él podía ofrecernos.

Regresé al campamento bajo un aguacero, deprimida y sintiéndome enferma. Aun así, me dirigí enseguida hacia el barranco para reunirme con George, pero los cachorros no aparecieron aquella noche y lo único que escuchamos fue el rebuzno de las cebras. La mañana siguiente tenía fiebre alta, si bien ello no impidió que saliera con George en busca de los cachorros. No encontramos ni rastro de ellos.

Los cachorros aparecieron después de anochecer y se dirigieron directos al aceite de hígado de bacalao. Últimamente se lo comían con tal voracidad que nos habíamos visto obligados a racionárselo para no sobrealimentarlos.

Cuando sostuve en alto el plato que contenía la carne mezclada con la terramicina, Jespah levantó la garra para que lo acercara más al suelo, pero se detuvo a medio camino y la dejó suspendida en el aire mientras comía. Me pregunté si habría notado mi miedo a que sus afiladas zarpas me rozaran la mano y me arañara.

Después, una leve llamada de león atrajo la atención de los cachorros, que se dirigieron hacia donde procedía el rugido.

Durante su ausencia nos mantuvimos ocupados ahuyentando a las hienas de la caza, pero no se fueron hasta que regresaron los cachorros. Los leones comieron a toda prisa algo más de carne y luego se retiraron al barranco. En cuanto se fueron, las hienas regresaron y permanecieron allí hasta que izamos

el cadáver fuera de su alcance. La noche siguiente el león volvió a llamar y los cachorros salieron en su dirección sin apenas tocar la cena. La tercera noche, Gopa y Elsita estaban muy hambrientos y comieron con voracidad, pero Jespah no probó la comida. Pese a que, sin duda gracias a la terramicina, parecía estar en mejores condiciones, distaba mucho de estar recuperado.

En vista de ello, decidí visitar al presidente y exponerle el problema. Le señalé que la herida de flecha de Jespah podía requerir una operación quirúrgica y que, en su baja forma actual, necesitaba nuestra ayuda, y recalqué que, si abandonábamos a los cachorros antes de que fueran cazadores competentes, con toda probabilidad la rehabilitación sería un fracaso. Mis argumentos no bastaron para convencerlo ni para que pospusiera la fecha de nuestra partida.

Ello implicaba que solo nos quedaban tres días, pero, de regreso al campamento, de repente se me ocurrió que nadie podía impedirme permanecer en el Serengueti en calidad de turista.

Tendría que acampar en los puntos oficiales y ello conllevaría un largo trayecto en coche diario para ver a los cachorros. Además, no podría alimentarlos ni salir de noche, pero, aun así, me permitiría mantener el contacto con ellos. De manera que cambié de rumbo y conduje directamente a Seronera para reservar una plaza de acampada. Allí me indicaron que debía presentar mi solicitud al director y, aunque me sorprendió, así lo hice, con las mejores esperanzas.

Ansiosos por aprovechar al máximo los pocos días restantes, condujimos hasta el barranco, pero los cachorros no aparecieron hasta el anochecer.

Mientras los esperábamos vimos a un impala solitario que habíamos avistado en cada una de nuestras visitas a la cañada. No formaba parte de ninguna manada y no parecía temer a los cachorros, que, por su parte, tampoco habían intentado acecharlo en ningún momento. Nos fascinaba aquella tregua que, según comprobaríamos, duró durante todo el tiempo que pasamos en el Serengueti.

Al llegar, Jespah se tomó su medicina, Gopa se abalanzó sobre la carne y Elsita se dedicó a perseguir a unas cebras que rebuznaban a lo lejos. Regresó muy hambrienta y le dio un zarpazo a Jespah cuando intentó compartir la comida. Este, por su buen temperamento, se apartó y se sentó a cierta distancia hasta que su hermana hubo acabado. Luego sujetó los huesos entre sus zarpas

y, girando la cabeza de lado a lado, consiguió roer un poco de carne. Era tan generoso y altruista como solía ser Elsa.

La mañana siguiente, George fue en busca de la última pieza de caza que podíamos suministrar a los cachorros.

Cuando regresamos al barranco y les servimos la carne, se abalanzaron sobre ella. Detestaba pensar que, a partir de entonces, atravesarían un período de hambre antes de convertirse en cazadores hábiles. Al menos, Gopa y Elsita estaban en buena forma, pero me preocupaba mucho Jespah.

Empezó a llover y los cachorros desaparecieron. George izó el cadáver, pero los leones habían permanecido cerca y, al ver lo que ocurría, echaron a correr hacia la carne y se colgaron con tal ímpetu que temimos que rompieran la cuerda. Cuando George la descendió de nuevo, agarraron al animal por el cuello, intentando ahogarlo como si estuviera vivo. Fue tranquilizador verlo, porque demostraba que, al menos, conocían la primera regla para matar.

El 7 de junio me dirigí a Seronera, donde se me informó que, mientras me comportara como una turista más, podía permanecer en el parque.

Al regresar al campamento vi al león de la melena oscura de nuevo, esta vez acompañado por su compañera y otra leona que tenía dos cachorros de unas cinco semanas de edad. Estaba segura de que era la manada que había expulsado a nuestros cachorros del lugar en el que los habíamos liberado varias semanas atrás.

Pasamos aquella noche, la última en la que teníamos permiso para permanecer al raso, tiritando en el coche bajo un aguacero. Era tal el estrépito que ahogaba nuestras llamadas a los cachorros. Ni siquiera aparecieron cuando cesó la lluvia. Dados sus hábitos nocturnos, podía muy bien ser nuestra última oportunidad de verlos, de ahí que se apoderara de mí una terrible pesadumbre cuando escuché el trino adormilado de los pájaros recién despiertos y vi despuntar el alba.

Una bandada de estorninos se estaba desayunando los restos de la caza y atacaron a George cuando empezó a descender el cadáver. Partimos los huesos más grandes para extraer el tuétano, que tanto les gustaba a los cachorros, y arrastramos la carne hasta el barranco y la cubrimos con ramas, con la esperanza de que las hienas no tuvieran tiempo de descubrirla antes de que llegaran los cachorros. Luego los buscamos; despacio, recorrimos la quebrada llamándolos por todos sus nombres familiares, pero no vimos ni rastro de

ellos.

Mientras recogíamos, escudriñé el entorno a través de los prismáticos y vi dos águilas volatineras volando muy alto en el cielo. Las había visto días antes, planeando por el aire sin apenas variar la curva perfecta de sus alas. Era evidente que su territorio estaba por encima del barranco de los cachorros.

George había puesto ya en marcha el motor de su coche cuando, en la cima de la escarpadura, aprecié una mancha amarilla que enseguida reconocí como la cabeza de Jespah. Lo llamé y, en respuesta a mi llamada, quienes aparecieron fueron Gopa y Elsita. No podíamos irnos sin despedirnos de los cachorros, de manera que George apagó el motor y ascendimos al escarpe.

Gopa y Elsita, desacostumbrados a que los siguieran a su fortaleza, huyeron a refugiarse en el barranco, pero Jespah permaneció sentado tranquilamente, esperándonos, y nos permitió sacarle algunas fotografías. Luego se dirigió despacio a reunirse con sus hermanos, deteniéndose varias veces en el camino para volver la vista hacia nosotros. ¿Volveríamos a ver alguna vez a los cachorros?

## DE TURISTA EN EL SERENGUETI

Invertimos gran parte del día en recoger el campamento y no llegamos a Seronera hasta después de la hora del té. Allí residen los tres guardas y sus familias, cerca del alojamiento para turistas. Los visitantes que prefieren acampar pueden hacerlo en una zona autorizada situada aproximadamente a un kilómetro y medio de distancia. Yo preferí vivir al aire libre y contemplar el amanecer desde mi cama en la tienda de campaña.

Después de marcharse George, justo cuando empezamos a montar el campamento, cayó un chaparrón que empapó la mayoría de nuestras pertenencias. Durante la noche, varias hienas merodearon por los alrededores y un león se acercó tanto a mi tienda que escuché su respiración; por suerte, los muchachos dormían en el camión y no tuve que preocuparme por su seguridad.

Durante el día me dirigí a Seronera para efectuar los trámites para mi estancia y descubrí que tenía que entregar las armas de fuego, porque iba en contra de la normativa que los visitantes estuvieran armados.

Al preguntarle al guarda qué debía hacer si me visitaban los leones en plena noche, sonrió y respondió:

—¡Pues ahuyentarlos a gritos!

Y, en efecto, cuando dejé el Serengueti era ya toda una experta en aquella técnica de espantarlos con la voz.

La mañana siguiente, temprano, partí con Nuru y un conductor local en busca de los cachorros; había que recorrer un trayecto de cuarenta kilómetros por pistas resbaladizas para llegar hasta el barranco. Los encontramos a los

tres tumbados bajo un gran árbol. Eran las nueve y nunca los había visto al aire libre tan tarde; me pregunté si tal vez esperaban nuestro regreso. Los cachorros nunca habían intentado buscarnos, pero siempre habían esperado a que nosotros lo hiciéramos. Igual que solía hacer Elsa. De hecho, tras liberarla, siempre nos trató como visitantes de sus dominios. Pensé que el comportamiento actual de los cachorros podía demostrar que no se sentían abandonados y que ya estaban lo bastante instalados en su nuevo entorno como para sentirse en casa; en suma, consideré que la rehabilitación había sido un éxito.

Llamé a los cachorros, pero no se movieron, y cuando salí del coche, huyeron. Los seguí en el *jeep* hasta que Gopa y Jespah se acomodaron bajo un árbol; para entonces, Elsitá había desaparecido. A continuación, me dirigí al barranco para averiguar qué había pasado con la última pieza de caza, pero no encontré ni rastro de la carne.

Después regresé y, al comprobar que los dos hermanos seguían bajo el árbol, me dejé ver y los llamé, pero se limitaron a permanecer sentados observándome, sin moverse, de manera que me acomodé a escribir unas cartas. Al rato, Gopa descendió hasta el río y, poco después, Jespah lo siguió, con movimientos lentos. Dos horas más tarde pasó una cebrá como un rayo seguida por una manada de impalas que parecían huir. Pensando que tal vez los cachorros los estuvieran persiguiendo, conduje hasta el lugar donde había visto a Jespah desaparecer y a punto estuve de colisionar con un joven león de melena rubia; algo más abajo del valle, vi a una leona adulta y, algo después, a otras dos, pero no había rastro de los cachorros.

Tenía que partir hacia Seronera si queríamos llegar antes de que anocheciera. Sufrimos una avería con el coche y el taller no lo tuvo reparado hasta las diez de la mañana siguiente, de manera que tenía pocas esperanzas de encontrar a los cachorros al raso cuando llegáramos al barranco.

De camino vi un magnífico león, con la melena alborotada, saciado y adormilado junto a una presa; había tres chacales devorándola con buen apetito, pero el león no movió ni un pelo. Tampoco prestaba atención a dos jóvenes leones con melena rubia que había sentados a unos cien metros a la sombra de un árbol.

Cuando llegamos al barranco, solo vimos al impala solitario.

Pensando que la causa del nerviosismo de los cachorros el día anterior



podía deberse a la presencia del conductor desconocido a quien había contratado, me llevé solo a Nuru conmigo, pero no tuvimos suerte y regresamos a Seronera tras un día en blanco. El león de la melena rubia y su comitiva no se habían movido del lugar donde los habíamos visto por la mañana.

Al día siguiente, de camino al barranco, divisé una docena de hienas manchadas avanzando en una dirección, y algo más lejos vi una masa oscura de animales que parecían amontonados. A través de los prismáticos observé a seis licaones sobre una presa. Cuando se apartaron un momento logré distinguir un cachorro de hiena luchando por ponerse en pie, pero un segundo después los licaones volvieron a abalanzarse sobre él. No soportaba ver cómo seis perros salvajes despedazaban un cachorro, así que conduje hacia allí tan rápido como pude y los licaones se retiraron. Situé el coche entre ellos y el cachorro hasta que este fue capaz de caminar despacio hacia la jauría de hienas. La cría tenía algunas heridas ensangrentadas en el lomo, pero no parecía sentir demasiado dolor ni estar herida de gravedad. Me detuve en varias ocasiones para volver la vista hacia los licaones. Cuando un segundo cachorro avanzó hacia ellos no sabía en qué dirección mover el coche ni cómo darles alcance a tiempo para proteger a ambas crías al mismo tiempo, pero al final intervinieron las hienas adultas y, resguardando a los cachorros entre ellas, se los llevaron a un lugar seguro. Entonces los licaones desplazaron su foco de interés y, fingiendo que jugaban, fueron saltando los unos sobre las ancas de los otros mientras se acercaban a unas cuantas gacelas de Thomson. De repente, cuatro de las hienas echaron a correr hacia los licaones y, para mi sorpresa, estos huyeron. Es cierto que las hienas tienen unas mandíbulas potentes y que una jauría puede ser muy peligrosa, pero jamás habría esperado que los licaones abandonaran una víctima cuya sangre ya habían probado al ser atacados por un número inferior de hienas.

Entre los animales que encontramos aquella mañana había una manada de unas cincuenta cabezas de impala. Con sus cuernos en forma de lira, sus cuerpos esbeltos y bien proporcionados y su intenso color rojizo, los impalas se cuentan entre los antílopes más bellos. Al notar que nos aproximábamos, uno se alejó con gráciles saltitos y, al poco, la manada al completo brincaba a su rimo. Aquella vez tenían una excusa para moverse, pero a menudo saltan por mera diversión. En aquella estación, las manadas estaban integradas por

ejemplares de ambos sexos, pero, durante determinados meses, las hembras se mantienen aisladas y los machos forman manadas de solteros. Hemos contado hasta cuarenta machos viejos y jóvenes en una misma manada y hasta setenta hembras, algunas veces protegidas por un solo macho.

En la entrada al valle de los cachorros reconocí a las dos parejas de leones que había visto aparearse allí antes y, cuando llegué al barranco, encontré el hueso de la mandíbula de un impala recién cazado. Miré alrededor con nerviosismo en busca del impala solitario y me alegré al divisarlo bebiendo a cierta distancia. Llamé a los cachorros, pero lo único que vi fue a una hiena escabullirse.

Aquel día tampoco hubo progresos. La conducción era complicada, quedamos encallados en varias madrigueras de cerdo hormiguero ocultas bajo hierbas y tuvimos que usar el gato para levantar las ruedas.

Cada mañana salíamos temprano hacia el valle de los cachorros. El sol resplandecía a baja altura y las llanuras eran un mar de rocío centelleante sobre el cual se elevaba la neblina. Mirásemos donde mirásemos veíamos animales esbeltos o peludos, listados, moteados o lisos, con una variedad de cuerpos y cornamentas infinita, todos ellos brincando y retozando con una felicidad casi contagiosa. Muchos eran conservadores en sus hábitos y a algunos individuos acabamos conociéndolos bastante bien.

Un día pasamos un rato largo observando a tres leones que se parecían tanto a los nuestros que me costó convencer a Nuru de que no eran Jespah, Gopa y Elsita. Para demostrarle que se equivocaba, los llamé, pero no obtuve respuesta alguna y, al final, coloqué un plato con agua cerca del coche para más comprobación. Al verlo, el líder de los dos cachorros macho me gruñó y se marchó. Era extraño que tres cachorros de la misma edad que los de Elsa también hubieran perdido a su madre, y extraño que la leona no solo se pareciera a Elsita, sino que se comportara como ella, salvo porque, al sentarse, no escondía la cabeza entre los hombros. Además, ninguno de los cachorros tenía una herida de flecha como Jespah ni una panza como la de Gopa. Tras observarlos durante varias horas, me convencí de que se trataba de una manada de desconocidos, pero, al alejarnos de allí en coche, empecé a albergar dudas, así que regresamos para echarles otro vistazo y confirmar que no se trataba de nuestros cachorros.

Como estaba bastante segura de que Jespah, Gopa y Elsita no se adaptarían

fácilmente a las moscas tsetsé ni a la proximidad de muchos leones, los busqué por la falda de la escarpadura y en quebradas valle abajo, donde no había moscas y habitaban menos leones. Encontramos un *lugga* muy erosionado que se me antojó bastante prometedor, pues pensé que, protegidos por sus empinadas márgenes, los cachorros se sentirían más seguros acercándose al río que atravesando el valle. Había tantos impalas cerca de aquel *lugga* que lo bauticé como «el *lugga* de los impalas». En el extremo más alejado, junto al río, una manada de leones había establecido su territorio. La primera vez que los vimos fue durante las horas más calurosas del día. Divisamos a una leona y a dos cachorras casi adultas dormidas. Cerca estaba su caza, que protegían pese a estar saciadas. Sobre el animal muerto se erguía un árbol con la copa repleta de buitres y, en una de sus ramas, había una tercera cachorra tumbada. Al cabo de un rato, se desperezó, bostezó, descendió despacio al suelo y se tumbó acurrucada a su madre.

Hacía mucho calor y las leonas resollaban. De pronto, dos de las cachorras se marcharon a un pequeño árbol arbustivo y treparon a sus esbeltas ramas, que se agitaron de manera alarmante bajo su peso, pero, impertérritas, las leonas continuaron en lo alto, sin duda disfrutando de la brisa.

En otra ocasión, encontramos de nuevo a aquellas cuatro leonas dirigiéndose hacia una charca de agua estancada en el lecho del río. La madre caminaba por delante y comprobaba a cada paso el barro con una pata. Cuando ya no fue posible continuar avanzando sin arriesgarse a quedar enlodada, se consoló de no poder llegar al agua a beber buscando un lugar de su agrado y tumbándose sobre el barro fresco. Dos de las cachorras siguieron su ejemplo. A menudo habíamos visto a Elsa actuar con idéntica precaución. Los leones tienen siempre mucho cuidado de no quedar atrapados en el barro; de hecho, no soy capaz de recordar ningún caso en el que uno de ellos haya muerto a causa de ello.

Por desgracia, no ocurre lo mismo con los elefantes, quienes, durante las sequías, cuando enloquecen de sed, con frecuencia quedan empantanados, y cuanto más bregan por liberarse, más los engulle el lodo. Hemos intentado muchas veces rescatar a un elefante de esta espantosa muerte lenta. A veces, varios de ellos quedan atrapados en el mismo barrizal. Es posible que un desastre de este tipo acaecido a varios elefantes haya dado lugar a la leyenda de los cementerios de elefantes. Por su parte, los hipopótamos, los

rinocerontes y los búfalos, todos ellos también animales pesados que disfrutaban revolcándose en el barro, no se quedan nunca empantanados y parecen saber por instinto qué lugares son seguros para bañarse en el fango y cuáles conviene evitar.

Al cabo de pocos días volvimos a encontrar a las cuatro leonas en la misma zona, y también a un león muy grande. Pensé que era mejor continuar nuestra búsqueda valle abajo, porque era poco probable que nuestros cachorros permanecieran en el territorio reivindicado por una manada como aquella. Condujimos sesenta y cinco kilómetros hasta el final del valle, donde vimos una inmensa congregación de ñus y cebras. Estaban cubiertos por enjambres de tsetsé, lo cual me llevó a pensar que los cachorros tampoco escogerían aquel lugar para establecer su hábitat. La única zona que no habíamos explorado hasta entonces era la de las montañas en la ribera opuesta del río, frente al barranco de los cachorros, y el interior de la escarpadura.

Recorrer aquellas montañas era una propuesta desesperada, porque no había modo de ascenderlas en coche, aunque esperaba poder llegar al menos al borde de la escarpadura realizando un largo desvío hacia el interior para acceder a las laderas más suaves de la cara trasera. Para ello pasamos varios días rebotando en los baches de un paisaje muy agreste. Al final decidí desistir de intentar llegar a la escarpadura, porque no podía permitirme tener una avería en aquella zona tan remota.

Cada mañana partíamos llenos de esperanza y cada noche regresábamos abatidos por la derrota.

En el trayecto de regreso a casa, con el sol a nuestra espalda, teníamos ocasión de contemplar a los animales bajo una luz ideal.

La escena vespertina transmitía una inmensa paz, si bien yo sabía que solo se trataba de una pausa antes de que los depredadores salieran de caza para llenarse el estómago, y la multitud de hienas que merodeaban por allí así lo atestiguaban. A diferencia de los felinos, que matan a sus presas, las hienas prefieren aprovecharse de la caza de otros depredadores o poner la diana en un antílope recién nacido o en alguna otra víctima incapaz de defenderse.

Mis noches en el campamento solían ser emocionantes. Escuchaba a leones rondando y llegué a reconocer las voces de muchos de ellos. En una ocasión me despertaron unos ruidos parecidos a lametones y, medio dormida, escuché durante un rato antes de darme cuenta de que había una leona dentro de mi

tienda bebiendo de mi palangana. Solo una mesa me separaba de ella, así que le grité que se marchara, cosa que hizo obediente. Informé de aquel incidente al guarda del parque, quien me dijo que se tenía noticia de que los leones del Serengueti en ocasiones entraban en las tiendas de campaña, arrancaban la lona del suelo y echaban un vistazo para comprobar qué sucedía.

Y aunque algunos visitantes nocturnos sí que hicieron que el corazón me latiera muy rápido, el rugido de los leones en la quietud de la noche nunca me pareció un ruido que helara la sangre, sino el sonido más bello y, a menudo, muy tierno. Los leones que vivían cerca de Seronera, acostumbrados a ver turistas desde cachorros, eran prácticamente amistosos. Muchos de ellos habían mamado rodeados de coches y, por consiguiente, habían acabado por considerar a los seres humanos y los vehículos motorizados como elementos naturales de sus vidas.

Salvo en las zonas donde se cazaba o disparaba desde los vehículos, los animales salvajes parecían considerar los coches como una especie de ser con extraños hábitos y un olor peculiar, pero, en todo caso, inofensivo. Y mientras los pasajeros no hablaran demasiado, no se movieran y permanecieran dentro del vehículo, tampoco provocaban alarma; solo cuando se aventuraban a apearse, los animales entraban en pánico y huían corriendo.

Cada día veíamos muchos leones, pero seguíamos sin encontrar ni rastro de nuestros cachorros. En aquel tiempo, el director efectuó una breve visita a Seronera. Le pregunté si me autorizaría a pasar unas cuantas noches en el interior de mi coche cerca de donde creía que vivían los cachorros. Le expliqué que me parecía un sinsentido buscarlos a plena luz del día, pero que probablemente acudirían al ver los faros del *jeep*. Me contestó que no estaba autorizado a darme tal permiso, de manera que continué como hasta entonces.

Buscamos lo más cerca que pudimos de las montañas situadas al otro lado del río. En plena estación seca, los animales dependían de aquellos arroyos y charcas, pues no se secaban nunca. Era la época del año en la que los cazadores furtivos estaban más activos, pues sabían exactamente por dónde debían pasar los animales para ir a saciar su sed. Los guardas se esforzaban mucho por contrarrestar sus actividades y era horripilante ver la cantidad de trampas, lanzas y flechas envenenadas que confiscaban; de todos modos suponían solo una pequeña proporción del total de armas y trampas existentes: el alambre para preparar las trampas es barato y puede comprarse a cualquier

comerciante indio.

En toda el África Oriental, la caza furtiva, la sequía, las inundaciones y la destrucción legal de fauna para hacer hueco al hombre y a sus cosechas amenazan la supervivencia de los animales salvajes. La idea de que un día se extingan me horroriza. Cuanto más vivo entre ellos, más quiero ayudarlos y más me convenzo de que hacerlo va en beneficio del ser humano, porque, si exterminamos a todos los animales salvajes, destruiremos el equilibrio de la creación del que también nosotros formamos parte. Un diario cuáquero recogía una opinión muy pertinente relativa a nuestra relación con los animales al afirmar que hemos pasado por alto el hecho de que, cuando se dice que al principio se dio al hombre dominio sobre el resto de los animales, se trataba de un hombre sin pecado, pues aún no había desobedecido a Dios y vivía en comunión diaria con él.<sup>10</sup>

Cada día, mientras conducía por aquellos parajes en busca de los cachorros, tenía tiempo de sobras para preguntarme por qué el ser humano se estaba divorciando de la vida natural. Sin embargo, la cantidad de cartas que recibía acerca de los libros de Elsa me tranquilizaba, pues era una prueba de que a un número inmenso de personas les encantaría seguir llevando una vida en contacto con la naturaleza y la fauna salvaje. Pensé en cuánto disfrutarían si pudieran ver —en lugar de solo leer acerca de ello— a la leona y sus cachorros que en aquel preciso instante nos bloqueaban el camino, desperezándose al sol y sin mostrar intención alguna de dejarnos pasar (a fin de cuentas, ¿de quién era aquel camino?).

Conforme fueron transcurriendo los días de búsqueda infructuosa, fui deprimiéndome más y más, y al final escribí a George pidiéndole que regresara y me ayudara a buscar a los cachorros.

Unos días más tarde, el director y un guarda del parque visitaron mi campamento. Aproveché la oportunidad para replantear mi solicitud de pasar unas cuantas noches en el coche para ver si los leones acudían atraídos por los faros, y también pregunté si se me permitiría ascender la escarpadura y caminar por las montañas, si era preciso escoltada por un guardabosques africano armado. Recalqué de nuevo el estado de la herida de Jespah y la juventud de los cachorros. El director me indicó que plantearía mis peticiones en la próxima reunión de la junta directiva, y me sugirió que, entre tanto, escribiera al presidente, cosa que hice.

Una noche, mientras mecanografiaba, me sorprendió escuchar una voz inglesa y, al echar un vistazo alrededor, vi a tres hombres. Eran granjeros de Kenia que estaban de vacaciones y habían instalado su campamento a escasos centenares de metros del mío. Al ver mi luz, habían acudido a invitarme a tomar una copa con ellos.

Me desconcertó que hubieran atravesado sin una linterna aquella distancia, por corta que fuera. Les indiqué que había leones por los alrededores y que podían estar escondidos en cualquier sitio. Mi nerviosismo les hizo gracia, pero aceptaron mi lámpara para utilizarla en el camino de vuelta.

La noche siguiente cené con ellos y me fascinó ver que no tenían tienda de campaña, sino que dormían al raso, en camas de acampada, a solo quince centímetros del suelo. Cuando les pregunté qué harían si se les acercaba un león mientras dormían, soltaron una carcajada. Me quedó claro que me consideraban una histérica.

La mañana siguiente volvimos a encontrarnos en un riachuelo situado debajo del lugar de acampada, donde tuvimos que detenernos porque una manada de trece leones nos obstaculizaba el paso. Fue una larga espera. Al final, la manada se fue y pudimos proseguir. Los granjeros se marcharon aquel día, y a mi regreso encontré una botella de vino y una carta en la que me recomendaban que me animara y que dejara de inquietarme por las visitas nocturnas. Me habría gustado darles la razón, pero seguía opinando que dormir al raso en camas de campaña tan bajas era una invitación a los problemas.

El 1 de julio recibí un telegrama de George informándome de que llegaría el día 4. Entre tanto, proseguí con la búsqueda.

De camino a casa me detuvo una comitiva de safari que me informó de que la noche anterior había pasado a pocos metros de su tienda una pareja de leones y que uno de ellos cojeaba.

A mi regreso, encontré a George en el campamento. Tras casi un mes fuera, se había tomado un permiso de diez días y estaba tan ansioso por no perder ni un momento que había conducido durante toda la noche.

Pese a la falta de sueño, estaba listo para partir sin dilación en busca de los cachorros, pero primero me entregó la respuesta del director a nuestra petición de autorizarnos a pasar la noche fuera del campamento. Se limitaba a exponer que los miembros de la junta directiva habían debatido nuestra carta y que me escribiría oficialmente para poner en nuestro conocimiento su

decisión. Añadía que esperaba que no pensáramos que eran poco comprensivos con aquel asunto. Y, aunque no revelaba nada más, nos hizo albergar esperanzas.

Como sabía que el guarda del parque había ido a Arusha y debía regresar aquella misma noche, pasé a verlo. Había traído la carta del director, en la que nos indicaba que, si aceptábamos determinadas condiciones, podíamos dormir fuera un máximo de siete noches, ofrecer a los cachorros agua y aceite de hígado de bacalao y caminar por donde quisiéramos por nuestra cuenta y riesgo. También permitía que George portara armas de fuego para defensa propia. El director añadía que había obtenido permiso para trasladar a los cachorros a la Reserva de Caza de Mkomazi, en Tanganica, donde, al no tratarse de un parque nacional, podíamos permanecer con ellos; sin embargo, añadía que la decisión de trasladarlos era solo nuestra.

Las condiciones a las que aludía eran: que enviáramos inmediatamente jaulas a la zona en la que estábamos buscando; que cuando encontrásemos a los cachorros —si es que los encontrábamos— tomáramos una decisión sobre si trasladarlos o dejarlos donde estaban; que si decidíamos no trasladarlos deberíamos abandonar el parque y no esperar que hicieran más excepciones con nosotros; que en caso de decidir trasladarlos debíamos ponerlo en conocimiento del guarda del parque de inmediato; que no debíamos cazar sin autorización previa del guarda del parque, y que debíamos ponerlo al corriente de la situación cada dos días.

En el camino de regreso al campamento pasé junto a una partida de safari que acababa de llegar y había montado sus tiendas a poca distancia de las nuestras. También eran granjeros de Kenia.

Cargamos los coches con material para una semana de ausencia. Tras tantos años de acampar en plena naturaleza entre animales salvajes, yo tenía el sueño ligero y aquella noche me despertó el sonido distante de un vehículo. Instantes después apareció el guarda del parque y nos indicó que nos refugiáramos de inmediato en los coches, pues un león había atacado a un visitante de un campamento cercano al nuestro y seguía merodeando por la zona. Nos preguntó si teníamos morfina, porque en Seronera se habían acabado las existencias. El hombre había quedado malherido. Por suerte, George tenía dos ampollas y se las dimos al guarda, junto con todas nuestras provisiones de sulfonamida.



Nos explicó que, con las primeras luces, una avioneta chárter de la zona trasladaría al herido a Nairobi. Tras asegurarnos que no podíamos hacer nada más por ayudar, se marchó. Al cabo de no demasiado tiempo, escuchamos la avioneta despegar.

Entre tanto, George había indicado a Nuru y al resto del personal que encendieran las lámparas y se mantuvieran despiertos.

A primerísima hora nos dirigimos a la escena del incidente, a solo trescientos metros de nuestro campamento, para averiguar si los amigos del desafortunado hombre necesitaban ayuda. Las pisadas revelaban que dos leones habían pasado por nuestro campamento y habían seguido la pista forestal que conducía hasta la siguiente zona de acampada, donde se habían detenido. Las huellas correspondían a dos leones machos, uno de ellos considerablemente más grande que el otro. El león más grande se había dirigido a la hoguera del campamento, había agarrado una gran jarra esmaltada y la había perforado con la dentadura, lo cual indicaba la potencia de sus mandíbulas. El grupo de campistas estaba integrado por cinco personas: un matrimonio que ocupaba una tienda aparte, cuyas puertas habían cerrado para pasar la noche, y tres hombres que compartían una segunda tienda de campaña. Como hacía una noche cálida, no habían instalado las mosquiteras y habían colocado sus bajas camas de acampada en fila, con la cabeza orientada hacia la puerta de la tienda, que habían dejado abierta. Uno de ellos había colocado una palangana sobre un taburete detrás de su cabeza, y el de en medio contaba con el palo central de la tienda a modo de protección, pero, en el caso del tercero, nada lo separaba del exterior. Durante la noche, el granjero de la cama central, a quien había despertado un suave gemido, comprobó que la cama de su vecino estaba vacía y revuelta. Encendió una linterna y, a quince metros de distancia, vio que un león arrastraba a su amigo por la cabeza. Despertó al resto del campamento y dos criados africanos se dirigieron con valentía hacia el león. Uno de ellos le arrojó un *panga* (un cuchillo largo), y posiblemente le alcanzó, pues el león soltó al hombre, mordió con saña el mango del cuchillo y se alejó a una cierta distancia. El granjero herido fue rescatado enseguida. Entre tanto, el león continuó describiendo círculos alrededor del campamento, y solo consiguieron ahuyentarlo conduciendo hacia él con un coche.

Entre los visitantes del refugio había un enfermero europeo que atendió al

granjero herido, y luego los guardas del parque y sus mujeres cuidaron de él hasta que la avioneta pudo despegar y lo transportaron a Nairobi. Por desgracia, sus heridas eran mortales y falleció en el quirófano.

Era el primer accidente mortal ocurrido en el Serengueti desde que se había declarado parque nacional. Aquella mañana, dos de los guardas del parque abatieron a los dos leones. El de mayor tamaño tenía una herida infectada en el hombro, la cual sin duda le había supuesto un grave impedimento para cazar. En tales circunstancias, cualquier león de cualquier región de África no dudaría en matar a un ser humano.

## VOLVEMOS A VER A LOS CACHORROS

El director llegó en avión aquella misma mañana y mantuvimos una conversación con él. Nos confirmó la autorización para dormir a la intemperie en el valle de los cachorros durante siete noches, pero, en cuanto a la posibilidad de alimentarlos si los encontrábamos demacrados, nos advirtió que no lo hiciéramos sin antes ponernos en contacto con él. Añadió que, en caso de emergencia, el guarda del parque podría ayudarnos. A George solo le quedaban ocho días de permiso, de manera que decidimos que no teníamos tiempo de recoger las jaulas, pese a que era una de las condiciones recogidas en la carta. En cualquier caso, no sabíamos si íbamos a necesitarlas o no. Antes de ponernos en marcha, teníamos que trasladar el campamento a Seronera, ya que, a causa del incidente, la acampada quedaba prohibida hasta que se adoptasen nuevas medidas de seguridad.

Salimos para el barranco de los cachorros a última hora del día. Cuando llegamos, aparcamos nuestros coches en medio de la pequeña llanura donde George había visto a los cachorros en mayo.

Aquella noche no aparecieron.

A primera hora de la mañana nos acercamos con los *jeeps* a la quebrada de los cachorros y ascendimos la escarpadura que había sobre ella, donde los habíamos visto hacía casi un mes. Caminamos por su cresta durante cerca de tres horas, llamándolos repetidas veces en vano. Luego descendimos al valle contiguo y regresamos a pie a los coches. Al llegar a la cima de un cerro que conducía al barranco de los cachorros, George me agarró por el hombro. Los tres estaban sentados junto a los *jeeps*, esperándonos. Se comportaron como si tal cosa, como si nunca los hubiéramos abandonado. Jespah se acercó a

saludarnos con los suaves gemidos con los que Elsa solía darnos la bienvenida. Me permitió que le acariciara la cabeza y luego se sentó y nos observó mientras nos acercábamos a los otros cachorros, que, al vernos, se marcharon y se acomodaron bajo un árbol. Sin embargo, cuando les ofrecimos aceite de hígado de bacalao y agua, acudieron y se lo tomaron con rápidos lametones. Estaban flacos, pero en buena forma, aunque Jespah y Gopa habían perdido completamente la melena y parecían leonas. Jespah tenía el pelaje deslustrado y seguía con la flecha clavada. La herida le supuraba un fino suero que atraía a las moscas y que se lamía de continuo; además, tenía varias cicatrices pequeñas, probablemente causadas por enfrentamientos con otros animales. Muy amistoso, se acercó a nosotros, pero no nos permitió extraerle la punta de la flecha.

Era maravilloso volver a ver a los cachorros. Mientras los contemplábamos, nos formulamos varias preguntas que nos desconcertaban. ¿Por qué habían perdido los leones la melena? Sabíamos que, cuando se veían sometidos a estrés, los gatos domesticados a veces mudaban el pelo. ¿Era posible que Jespah y Gopa se hubieran quedado sin melena debido al estrés de adaptarse a un nuevo entorno? ¿Por qué habían aparecido aquel día? ¿Habrían visto los faros por la noche y habrían entendido que estábamos allí? ¿O acaso se habían ocultado cuando los habíamos buscado por el valle, demasiado atemorizados por la presencia del conductor desconocido como para dejarse ver?

Aunque en el pasado siempre habían permanecido a cubierto durante las horas más calurosas, aquel día se quedaron bajo la tenue sombra de un árbol mientras nosotros comíamos. Cuando George fue en busca del segundo *jeep*, que habíamos dejado en la llanura, no se inmutaron, y durante el resto de aquel día permanecieron a cielo descubierto. De hecho, parecían estar adoptando los hábitos de los leones del Serengueti.

El impala solitario estuvo presente todo el tiempo. Cuando empezó a oscurecer descendió sin prisas colina abajo, paciendo. Elsita lo acechó y, al cabo de un rato, Jespah la siguió. Mientras el antílope comía, se agazapaban y avanzaban con sigilo hacia él, pero, cuando volvía la vista hacia ellos, permanecían inmóviles. Gopa se limitaba a contemplar la caza. Finalmente, el impala echó a correr y los cachorros regresaron.

Habíamos guardado parte de nuestro equipo, junto a las camas de

campana, en el interior de los coches, y el resto en la baca del techo. Jespah inspeccionó los objetos, quizá en busca de su cena, e incluso Gopa y Elsita se nos acercaron, pero lo único que teníamos para ofrecerles era aceite de hígado de bacalao. Les permitimos beber tanto cuanto consideramos que podía sentarles bien, luego se instalaron cerca de nuestro coche y durante la noche los escuchamos jugar. Jespah nos visitó en varias ocasiones, seguramente desconcertado por que no le diéramos comida.

Tras semanas de ansiedad, fue un alivio tremendo saber que la puesta en libertad había sido un éxito y que los cachorros estaban en unas condiciones relativamente buenas. Nuestra única preocupación era la herida supurante de Jespah y su pelaje deslustrado. No podíamos plantearnos trasladar de nuevo a los cachorros después de todo lo que habían pasado y tampoco queríamos separar a Jespah si era posible operarlo en el Serengueti, de manera que decidimos aprovechar la semana para intentar que se recuperase un poco y hacer los arreglos pertinentes para operarlo allí mismo más adelante. Los pocos días de los que disponíamos no nos permitían hacerlo entonces.

La mañana siguiente encontramos a los cachorros bajo un arbusto a unos cien metros ladera abajo. Jespah se nos acercó enseguida y se colocó entre nosotros y sus hermanos, y yo le di aceite de hígado de bacalao. Aquella mañana, su pelaje tenía mucho peor aspecto que la primera vez que lo había visto y estaba cubierto de tumefacciones del tamaño de guisantes. Y aunque nos preocupaba, no quisimos alarmarnos hasta estar seguros de qué había provocado aquellas inflamaciones, pues se parecían bastante a las que Elsa había tenido alguna que otra vez tras revolcarse encima de las hormigas. No obstante, como no podíamos saber si se debían a eso mismo, tendríamos que tener a Jespah bajo observación. Ello implicaba alimentar a los cachorros, que de otro modo se verían obligados a ir de caza.

George condujo hasta Seronera para solicitar permiso para dar de comer a los cachorros y envió un telegrama a los editores de los libros de Elsa trasladándoles las buenas noticias. Presa de su entusiasmo, escribió aquel telegrama y uno similar al director de Arusha en un tono excesivamente optimista: «Cachorros en excelente forma». Su redacción transmitió una impresión errónea y dio pie a un grave malentendido posterior. Mientras George estaba fuera, yo me dediqué a observar a los cachorros dormitando bajo un arbusto.

En torno a la hora de comer, una manada de unas ciento veinte gacelas Thomson apareció con el impala solitario. Al verme, se detuvieron, se volvieron hacia los cachorros y empezaron a pacer a veinte metros de ellos. Una gacela descarada se atrevió incluso a acercarse al arbusto bajo el que se encontraban. En general, la manada al completo se comportaba como si no hubiera leones cerca. Los cachorros estaban sentados sobre las patas traseras, con las cabezas apoyadas en las garras, observando. La situación se prolongó durante media hora y, entonces, de repente, Elsita echó a correr veloz hacia la manada, que huyó hacia el valle, salvo unas veinticinco gacelas que quedaron aisladas y rezagadas. Poco después, Elsita también les dio caza, pero estaba claro que lo hacía por mera diversión. Ninguno de los implicados se tomó en serio el juego hasta que Gopa y Jespah se unieron a la cacería, momento en el que las gacelas saltaron con estrépito por encima de las rocas y ascendieron por la montaña, con excepción de un cervatillo y su padre, que permanecieron en silencio contemplando todo aquel alboroto y no se marcharon hasta que los cachorros regresaron. Bajaron entonces lentamente por el valle para ir a reunirse con el resto de la manada y, a medio camino, los recibió la madre del cervatillo, que lo lamió y lo guió de nuevo hacia la seguridad del grupo.

George regresó sin haber cazado nada; el guarda del parque se había ausentado y decidió esperar hasta la tarde para poder hablar por radio con el director. Obtuvo permiso para comprar dos cabras en una pequeña población fuera del parque, a unos cien kilómetros de distancia, pero como no tenía tiempo de ir y volver en el mismo día tuvo que esperar a la mañana siguiente para ir a por ellas.

Al anochecer, los cachorros vinieron en busca de su cena, pero, como solo teníamos aceite de hígado de bacalao para ofrecerles, se marcharon temprano. La mañana siguiente, George fue en busca de las cabras y yo ordené el material y aireé nuestras camas. Los cachorros llegaron mientras los trastos estaban esparcidos por el suelo, lo cual les brindó una oportunidad espléndida para jugar, pero tenían buen talante y al final me permitieron recoger todas nuestras pertenencias intactas. Después se refugiaron bajo la sombra de un arbusto, donde pasaron el resto del día.

George llegó a las seis de la tarde con las cabras. En cuanto vio la carne, Jespah la agarró y se marchó corriendo con ella; Gopa y Elsita lo persiguieron y se produjo una escaramuza. Los tres cachorros se sentaron con los hocicos

juntos, aferrados a la cabra con una irritación creciente, gruñéndose y resoplando. Aquello se prolongó durante una hora, y no parecía que ninguno de ellos fuera a ceder. Entonces Gopa intentó llevarse la carne, pero Jespah la agarró al instante y se produjo un nuevo encontronazo. Elsita se apartó en silencio mientras sus dos hermanos se enfrentaban con las orejas gachas y entre gruñidos de enojo, hasta que al final se relajaron y los tres cachorros compartieron la comida amistosamente.

Colocamos la segunda cabra sobre el techo del vehículo, convencidos de que allí estaría segura hasta el día siguiente, ya que los cachorros nunca habían intentado encaramarse a los coches. No obstante, a primera hora de la mañana, me despertó un fuerte golpe seco y una sacudida violenta del coche. Instantes después vi a Jespah saltar del techo al capó arrastrando la cabra y luego llevársela al barranco seguido de los otros cachorros.

Un par de horas después reapareció y saltó al techo del *jeep*, donde habíamos guardado parte de nuestro material, y encontró un montón de cosas que le deleitaron: cajas de cartón llenas de botellas, mi prensa de plantas, un cojín de caucho y una silla plegable. Vacío las cajas, cuyo contenido repiqueteó en el suelo con gran estrépito. Luego intentó acceder al papel secante del interior de la prensa de plantas y, al no conseguirlo, la lanzó al suelo. También registró el resto de nuestras pertenencias. Cuando se dio por satisfecho, apoyó la cabeza en sus garras y nos miró pestañeando. Sus hermanos lo habían observado con suma atención, pero no se habían atrevido a unírsele y se marcharon a jugar en un árbol caído, donde al poco se les unió Jespah. Los tres cachorros jugaron a empujarse durante un rato y luego desaparecieron en el barranco.

Vimos un gran número de buitres sobrevolando en círculo la cima de la montaña más cercana y supusimos que habría algún animal muerto, probablemente alguno que hubiera cazado el león al que había oído rugir en las proximidades durante la noche. Después de comer salimos en busca de los cachorros y los encontramos dormidos bajo unos tupidos matorrales a los pies del acantilado. Junto a ellos yacía el cadáver de un antílope de los cañaverales recién cazado. Desconocíamos si lo habían cazado ellos o se lo habían robado a un leopardo. El hecho de que se hubiera producido una cacería tan cerca de nosotros sin que hubiéramos oído nada se nos antojaba insólito.

Por la noche regresamos junto a los cachorros y descubrimos que prácticamente se habían acabado el antílope y habían arrastrado los restos bajo las matas. Escuchamos a los leones respirar entre la espesura, pero no los vimos. Parecía extraordinario que animales tan grandes pudieran ocultarse tan bien, en especial sabiendo como sabíamos que se encontraban a escasos metros de distancia. Más tarde oímos a un leopardo himplar, lo que nos reveló quién había cazado al antílope.

Al anochecer, los cachorros vinieron a beber y pasaron la noche cerca de nosotros, pero, por la mañana, habían desaparecido. Después de comer salieron del barranco y Jespah saltó sobre el techo de mi *jeep*, mientras que Gopa y Elsita descansaban a la sombra de un árbol a unos cincuenta metros de distancia. Me pregunté por qué Jespah prefería subir a mi coche, en lugar de al de George. ¿Pensaba acaso que era «su» coche o tal vez se le antojaba el más cómodo de los dos? Elsa siempre había preferido el coche de George.

El impala solitario seguía merodeando por allí; bufaba y gruñía, pero los cachorros le hacían caso omiso. Elsita dedicó un rato a acechar a gacelas de Thomson, claramente sin intención de cazarlas, y al poco se acomodó. Yo me senté cerca de Jespah y, siempre que mi posición me lo permitía, intentaba tirarle de la flecha. No oponía resistencia a que moviera el asta protuberante, pero la punta seguía tan clavada como siempre y no daba indicios de irse a desprender. La púa estaba justo debajo de la piel y un pequeño corte habría bastado para extirpar la flecha con la punta por delante. Las hinchazones, probablemente debidas a picaduras de hormiga, habían desaparecido, pero seguía teniendo el pelaje mate y andrajoso. Sin embargo, cuando el sol poniente lo tiñó de dorado, sus rasgos y su expresión se parecían tanto a los de su madre que cuando me miró a los ojos, como solía hacer ella, tuve la impresión de que Elsa había vuelto. Mientras le daba palmaditas en la garra y le acariciaba el hocico, tanto Jespah como yo cerramos los ojos. Y entonces estuve segura de que Elsa estaba allí. Al abrirlos de nuevo, me sentí extrañamente libre.

Caída la noche, nos retiramos a nuestros coches. Al poco, el techo de lona del mío se combó bajo el peso de Jespah y desde mi cama pude darle palmaditas a través de la tela. Después, a George lo desveló el balanceo de su *jeep* y encontró a Jespah apoyado en el portón trasero observándolo como si quisiera entrar. No había rastro de los otros cachorros y el propio Jespah se



marchó al amanecer.

Pasamos la mañana buscando a los leones en vano, pero, a la hora del té, aparecieron procedentes del valle en el que los habíamos buscado y Jespah se sentó en el capó de mi coche. Hice un último intento de arrancarle la flecha, sin éxito.

Al día siguiente debíamos dejar a los cachorros, cosa que habríamos hecho bastante felices de no ser por la herida de Jespah. Por poco que pareciera estorbarle en aquel momento, era evidente que había debilitado su condición y que era un foco de infección, tal como demostraba su pelaje deslustrado. En combate con una presa, podía rasgársele la piel o clavársele más aún la punta de la flecha; cualquiera de ambas posibilidades podía provocar graves daños que, con el tiempo, obstaculizarían su capacidad para cazar. Dadas las circunstancias, cuanto antes lo operaran, mejor. Analizamos la situación y decidimos abreviar el tiempo con los cachorros y partir lo antes posible la mañana siguiente para poder comunicarnos por radio con el director y obtener permiso para llevar a cabo la operación. Para ello, además de una jaula en la que confinar a Jespah, necesitaríamos un cirujano veterinario que le administrara el anestésico y realizara la intervención. George estaba seguro de poder dilatar su permiso el tiempo necesario para hacer todos los preparativos y operar a Jespah.

Al caer la noche, Jespah acudió en busca de su aceite de hígado de bacalao. No quedaba mucho en la lata de cinco litros que habíamos abierto hacía seis días y mi intención era repartirlo a partes iguales entre los cachorros. Al verme con la lata en la mano, Jespah intentó agarrarla.

—No, Jespah, no —le reprendí, y con aspecto desconcertado y herido, se dio media vuelta.

Repartí el aceite en tres platos. Gopa y Elsita se bebieron el suyo de inmediato, pero Jespah seguía ofendido y se negó a acercarse al plato que le sujetaba en alto. No me atrevía a dejarlo en el suelo, porque entonces los otros se lo comerían, así que me esforcé por reconquistar su favor. Pero Jespah siguió mirando tercamente en la dirección contraria, fingiendo que yo no existía.

Pasamos la noche contemplando a los cachorros dándose lametones los unos a los otros y revolcándose afectuosamente detrás de los coches. Se marcharon en torno a las once. Esa sería la última vez que los veríamos,

aunque por entonces esperábamos regresar pronto con un veterinario.

Más tarde, aquella misma noche, escuchamos a unos leones llamándose en voz baja y esperamos que fueran nuestros cachorros saliendo de caza.

A la mañana siguiente partimos hacia Seronera con la intención de organizarlo todo para operar a Jespah sin más demora. Pero topamos con una negativa. En el trayecto hasta Arusha volvimos a reunirnos con el director. Nos aconsejó que planteásemos la solicitud a la directiva, cuya siguiente reunión estaba prevista para agosto. Con gran pesar, dejamos Tanganica.

# 39

## LA LARGA BÚSQUEDA

Al llegar a Nairobi conocimos la buena noticia de que Ken Smith asumiría el puesto de guarda en jefe del Distrito de la Frontera Septentrional, gracias a lo cual George quedaba liberado para ayudar con los cachorros. Escribimos al director de los Parques Nacionales de Tanganica solicitándole que presentara nuestra solicitud de autorización para operar a Jespah ante los administradores en la junta de mediados de agosto.

Viajé a Isiolo para sacar nuestros muebles de la casa gubernamental en la que habíamos vivido y trasladarlos a la que habíamos alquilado a los Parques Nacionales de Kenia, que se encontraba a unos trece kilómetros de nuestro antiguo hogar. Entre tanto, George partió para ayudar en el traslado de una manada de kobs ugandeses que habitaban en una zona donde su presencia entraba en conflicto con los intereses humanos. Su nuevo destino sería una reserva de caza situada a unos cuatrocientos ochenta kilómetros. La operación fue financiada en parte por el Departamento de Caza, en parte por el Elsa Appeal y en otra parte por los derechos de autor generados por los libros de Elsa. Aquellos kobs ugandeses no solo eran unos bellísimos antílopes, sino que su manada de quinientas cabezas era la única de su especie en Kenia.

Hacia finales de agosto, Billy Collins volvió a visitar el África Oriental con la esperanza de ver por última vez a los cachorros. Además, se disponía a asistir a la Conferencia de Arusha, la primera convención sobre conservación de la fauna en el África Oriental, a la cual se había invitado a personas de todo el mundo interesadas en la conservación de la fauna salvaje.

La llegada de Billy Collins a Nairobi coincidió con la recepción de un telegrama del director en el que nos informaba que la junta directiva nos había

denegado el permiso para operar a Jespah.

El doctor T. Harthoorn, del Colegio de Veterinarios de Makerere, uno de los cirujanos veterinarios más reputados de África, ya había accedido a realizar la operación si encontrábamos a Jespah en un estado que requiriese intervenirlo. Como casualmente se encontraba en Nairobi en aquellas fechas, pudimos hablar con él acerca de cómo proceder a continuación, en vistas de aquel nuevo revés a nuestras esperanzas. También hablamos con Noel Simon, fundador y presidente de la East African Wild Life Society, y con el mayor Grimwood.

Decidimos que Billy y yo partiríamos hacia el Serengueti y pasaríamos una semana intentando localizar a los cachorros.

Al pasar por Arusha, Billy se acercó a ver al director y le expuso nuestro deseo de que nos permitieran dormir en campo abierto para localizar a los cachorros, así como de obtener permiso para operar a Jespah si el doctor Harthoorn lo consideraba oportuno. La conversación no comportó ningún cambio de actitud por parte del director, pero convinieron en que, después de buscar a los cachorros, Bill se reuniera con el presidente y debatiera con él el asunto.

Tras nuestra llegada, a primera hora de la mañana, partimos hacia el punto donde habíamos puesto en libertad a los cachorros. Hallamos el lugar ocupado por un grupo de agrimensores que llevaban allí instalados un mes. Les preguntamos qué leones habían visto y resultó que habían visto muchos, pero, por supuesto, no sabían decirnos si nuestros cachorros se encontraban entre ellos.

Luego nos dirigimos a la quebrada de los cachorros y llamé a Jespah, Gopa y Elsitá, pero no obtuve respuesta, de manera que continuamos ascendiendo por el valle. Cada vez que veíamos árboles llenos de buitres, nos acercábamos a ellos con el coche con la esperanza de hallar a los leones sobre una presa, pero íbamos de decepción en decepción. Encontramos varias manadas de leones. También nos topamos con una manada de doscientos búfalos y nos vimos obligados a virar de un volantazo. Buscamos a los cachorros hasta la última hora posible de acuerdo con el reglamento, que obligaba a los turistas a regresar a Seronera antes del anochecer.

En el transcurso de los días siguientes, peinamos el río, donde, a causa de la sequía, la concentración de animales era mayor que ninguna de las que yo

había visto hasta entonces. Al final regresamos al barranco y llamamos a los cachorros durante un largo rato, sin hallar ni rastro de ellos. En el trayecto de vuelta a casa vimos a un bello guepardo sobre un hormiguero, y, en una charca, a un leopardo y un jaribú africano saciando su sed.

El cuarto día quedó claro que Billy no se encontraba bien. Las moscas tsetsé se lo habían comido a picadas y tenía los brazos y las piernas muy hinchados, así que agradecí que por casualidad hubiera un médico hospedado en el refugio. Le diagnosticó una alergia, le recetó medicamentos y le aconsejó no regresar a la zona infestada por las tsetsé.

Una noche cenamos con el guarda del parque y su esposa y nos reunimos con el director, quien sugirió que al día siguiente acudiéramos a presenciar la puesta en libertad de un rinoceronte que habían trasladado al parque procedente de una zona donde interfería con un plan de asentamientos. Era la primera puesta en libertad de aquella índole.

Se congregó una muchedumbre para contemplarla. Cuando las puertas de la jaula se abrieron y el rinoceronte quedó a la vista, se armó un gran alboroto. El animal, desconcertado, se dirigió hacia un vehículo cuyo conductor, espantado por los gritos de alarma, puso en marcha enseguida; entonces el rinoceronte cambió de rumbo, pasó rozando el automóvil del presidente, se dirigió despacio hacia el río y finalmente desapareció en un matorral. Me alivió comprobar su buen comportamiento, ya que, cuando los provocan, los rinocerontes son animales impredecibles.

Billy aprovechó la ocasión para entregarle al presidente una carta en la que le solicitaba que permitiera operar a Jespah. Poco después dejamos el Serengueti.

Cuando llegamos a la escarpadura de Manyara de camino hacia Arusha, el sol se ponía tras el horizonte y, bajo la luz crepuscular, la vasta expansión que nos rodeaba parecía infinita. De pronto, escuchamos un tarareo acompañado por las notas de un instrumento que sonaba parecido a un xilófono. Al levantar la cabeza, vimos caminando a través de la inmensa llanura a un pequeño *toto* tocando un instrumento de fabricación casera compuesto por unas barras de metal fino de distinta longitud fijadas a una caja de madera hueca. Mientras el niño se desvanecía en la oscuridad, tuve la impresión de que eso era África, o de que él era África... Y quizá lo fuera.

Al día siguiente comimos con varios de los asistentes a la conferencia,

incluido el presidente. De nuevo hicimos cuanto pudimos por convencerlo de que accediera a autorizarnos a operar a Jespah, si era posible y necesario. Fue en vano. Noel Simon, sintiéndose especialmente descontento con nuestro fracaso, escribió más tarde una carta en nombre de la East African Wild Life Society al presidente sugiriéndole que el doctor Harthoorn acompañase a George durante diez días en busca de Jespah y que, si lo encontraban y lo consideraba aconsejable, lo operase. Accedí a no acompañar a George y al doctor Harthoorn para demostrar que mi insistencia en encontrar a Jespah no estaba motivada por el egoísmo. Luego nos desplazamos a Nairobi y Billy tomó su avión rumbo a Europa.

Cuando regresé a Isiolo, George me recibió con la noticia de que los elefantes y los rinocerontes habían destrozado la tumba de Elsa, de manera que fuimos a investigar, llevando con nosotros la lápida de piedra en la que habían tallado su nombre y un saco de cemento para hacer un montículo a prueba de paquidermos.

Al llegar encontramos que los desperfectos eran muy inferiores a los esperados, pero era evidente que los rinocerontes habían utilizado la tumba como lugar de descanso. Se habían comido dos de las euforbias y todos los áloes, y el monte a lo largo de la ribera y el estudio estaba todo pisoteado. Encontré excrementos de elefante y rinoceronte por todas partes. Había temido regresar allí; sin embargo, me sentía extrañamente en paz, como si hubiera vuelto a casa.

A la mañana siguiente condujimos hasta la Gran Roca y cargamos el coche con losas grandes que arrancamos de la superficie de la roca y arrojamos rodando por las pronunciadas laderas. Queríamos reconstruir el montículo, cubrir las piedras con losas y unirlo todo de manera imperceptible con cemento. En la cabecera de la tumba teníamos previsto colocar la lápida negra en la que habíamos grabado el nombre de Elsa y las fechas. Dedicamos una semana a construir la tumba de Elsa; durante todo aquel tiempo, el inusitado silencio se nos antojó insoportable.

Esperamos hasta finales de octubre para conocer la decisión de la junta directiva. Fue una negativa. Decididos a localizar a Jespah, resolvimos regresar de inmediato al Serengueti, aunque ello implicara tener que lidiar con las lluvias y buscarlo como simples turistas.

En el Distrito de la Frontera Septentrional, la estación lluviosa ya había

dado comienzo y hallamos grandes dificultades para transitar con nuestros dos Land Rover y el camión de Elsa por la carretera anegada que enlazaba con Tanganica.

Cuando llegamos al Serengueti encontramos un cielo encapotado que amenazaba con desencadenar inundaciones en cualquier momento.

Acampamos en nuestra antigua ubicación. Las llanuras estaban repletas de grandes manadas de ñus y cebras, con multitud de potros y becerros entre ellos. Al llegar al valle de los cachorros nos cortó el paso una leona tuerta a la que ya habíamos visto con anterioridad. Estaba tumbada en la pista forestal y se negó a apartarse, lo cual nos obligó a esquivarla con el coche. En el barranco no encontramos huellas de leones, pero, al continuar conduciendo hacia el valle del parque, sí vimos a una manada de cinco devorando una cebra abatida. Entre ellos había dos jóvenes leones, uno con una melena rubia corta y otro con una melena igual de corta, pero más oscura. Permanecimos allí durante cuatro horas, observando a la pareja hasta que estuvimos seguros de que no se trataba de Jespah y Gopa.

Se nos ocurrió que una manera de atraer a nuestros cachorros podría ser dejar el *jeep* vacío al raso durante la noche junto al barranco. Aquella imagen familiar podía atraerlos y, en caso de ser así, a la mañana siguiente reconoceríamos sus pisadas; o quizá incluso nos esperasen allí. De manera que aparcamos mi coche donde pudiera avistarse desde la distancia y regresamos al campamento en el de George.

Aquella noche cayó un aguacero, lo que retrasó nuestra partida la mañana siguiente. Hicimos un alto en el camino, pues encontramos a cuatro leonas con seis cachorros muy pequeños sobre una presa cerca de la cabecera del valle de los cachorros. Nos detuvimos a observarlos y al poco notamos que una quinta leona nos observaba a nosotros, oculta tras el todoterreno. Nunca habíamos visto a tantas leonas juntas, pero dimos por sentado que el macho no debía de andar lejos.

Al llegar al barranco no encontramos huellas de león cerca del Land Rover y decidimos dejarlo donde estaba durante un tiempo, así que protegimos los neumáticos con espinos y quitamos la rueda de recambio, pues las hienas no le hacen ascos al caucho.

Para entonces nos encontrábamos ya en plena temporada lluviosa y el paisaje estaba anegado. A pesar de las condiciones adversas, cada mañana

acudíamos al barranco, recorríamos los valles y nos adentrábamos más allá de la escarpadura, pero no hallamos rastro alguno de los cachorros. Recorríamos unos ciento cincuenta kilómetros al día.

Al poco, las precipitaciones se intensificaron y resultó imposible conducir en paralelo al río, e incluso el terreno elevado que recorría la base del escarpe estaba en malas condiciones. En ocasiones teníamos que cubrir los surcos con piedras para poder avanzar; otras veces buscábamos termiteros y colocábamos su sustancia dura como el cemento bajo las ruedas para poder desencallarlas. A menudo George tuvo que colgarse con un arnés del aparejo de poleas; atábamos un extremo de la cuerda a un árbol y, con el otro enrollado al hombro, tiraba de ella y sacaba el *jeep* del fango.

Para evitar quedar atascados, en la medida de lo posible transitamos por la cima de los riscos, y averiguamos que los pocos animales que había en la zona hacían exactamente lo mismo.

Aun así, hubo un momento en que nos vimos obligados a atravesar un *lugga*. Casi de inmediato, el coche quedó empantanado en las aguas fangosas del lecho. Intentamos durante todo el día sacar el coche de allí, sin éxito.

Justo antes de que anoheciera, George probó por última vez a desatascar el *jeep*. Pero, al tirar con todas sus fuerzas de la cuerda, esta se rasgó y George cayó de espaldas a las gélidas aguas.

No nos quedó más remedio que pernoctar allí.

George se instaló en la parte trasera del coche y yo me acomodé como pude en el asiento delantero, desde el cual vigilé con nerviosismo la crecida del agua, que por entonces ya llegaba a la altura de los asientos. Por suerte, llevábamos un hornillo Primus encima. George lo encendió, tendió su ropa empapada en una cuerda y lo colocó debajo de ella para que se secase. Pasamos una noche de lo más desagradable. Lo más irónico del asunto era que, después de suplicar durante tanto tiempo que nos permitieran dormir al raso para poder atraer a los cachorros con los faros encendidos, a resultas del accidente quedamos hundidos en el fondo del *lugga* y las luces no se veían desde lejos.

En torno a las once de la mañana siguiente escuchamos la vibración de un motor y esperamos que significara que alguien nos estaba buscando, pero el ruido enseguida se desvaneció en la distancia. Calados hasta los huesos, continuamos trabajando bajo una lluvia torrencial hasta las tres de la tarde,



cuando decidimos que, si tras veintiocho horas no habíamos conseguido mover el coche ni un centímetro, más nos valía empezar a regresar a pie a Seronera. Estábamos agotados y se trataba de una excursión larga y peligrosa, pero era mejor que pasar otra noche en condiciones tan engorrosas. Apenas habíamos echado a andar cuando llegó un Land Rover y salió de él un estadounidense que había acampado cerca de nosotros en Seronera dos días antes.

Nos explicó que, al ver que no regresábamos, nuestros muchachos habían dado la voz de alarma y dos vehículos habían partido en nuestra búsqueda, pero las fuertes lluvias habían borrado nuestras huellas. Uno de aquellos vehículos era el que habíamos escuchado durante la mañana. Incluso empujando mucho y remolcándonos nos costó dos horas desatascar el todoterreno y poder volver chapoteando en los coches hasta Seronera. Aquella noche celebramos nuestro regreso con nuestra última botella de jerez.

Nadie recordaba unas lluvias tan atroces y se calculaba que el setenta y cinco por ciento de los animales se había desplazado a la zona más elevada de las laderas del cráter del Ngorongoro para escapar de las llanuras cenagosas. Sabíamos que había leones que formaban parte de aquel éxodo y nos preguntábamos si nuestros cachorros se contarían entre ellos. Aquellas inundaciones sin precedentes nos mantuvieron recluidos durante días eternos y la vida de acampada se volvió muy incómoda.

El clima seguía siendo espantoso, había poca caza cerca y los leones que habitaban cerca del refugio tenían que recorrer distancias considerables para conseguir una presa, a resultas de lo cual los cachorros que eran demasiado jóvenes para acompañar a sus padres solían quedar abandonados durante períodos de hasta cuarenta y ocho horas. Cuando el estado de las leonas y los cachorros se agravó, el guarda del parque les cazó algún que otro antílope para evitar que la madre tuviera que abandonar a sus hijos para ir de caza. Aquello ayudó a las manadas de Seronera, pero me preguntaba cuántos cachorros recién nacidos lejos del refugio sobrevivirían a tales condiciones.

Me dolía horrores una muela y estaba impaciente por ir al dentista en Nairobi, de manera que me alegró que una avioneta pudiera aterrizar con aquel clima y conseguir un asiento en ella.

Pasé cinco días en Nairobi y luego tomé un vuelo de regreso, tras hacerme con un cabrestante, que mostró su utilidad al día siguiente, cuando volvimos al barranco de los cachorros, pues nos permitió sacar el coche de cualquier

socavón en poco tiempo y, por ende, conducir por lugares que hasta entonces nos habían parecido demasiado peligrosos para aventurarnos en ellos.

Hacia un mes que habíamos dejado mi coche en el barranco, pero, como las lluvias habían borrado todas las huellas, era imposible determinar si los cachorros se habían acercado a inspeccionarlo. Esperando tener mejor suerte, lo dejamos donde estaba.

Condujimos unos quince kilómetros por el valle sin ver más animales que búfalos. Enjambres de moscas tsetsé teñían de negro la lona del coche, demostrando que la teoría de que solo siguen objetos en movimiento es errónea, porque, incluso cuando permanecíamos quietos, estábamos cubiertos de ellas y, por más que esperásemos, no daban indicios de alzar el vuelo.

El 6 de diciembre, dos guardias del parque nos llamaron para indicarnos que, debido a una visita que el príncipe Felipe de Edimburgo iba a realizar al Serengeti entre el 11 y el 13 de diciembre, debíamos abandonar Seronera entre los días 8 y 13. Nos sugerían que nos instaláramos en Banagi, a diecisiete kilómetros de distancia. Preguntamos si era posible obtener un permiso especial para continuar buscando a los cachorros durante los días que el duque no visitaría el parque, pero el director no nos lo concedió. Así que nos trasladamos a Banagi.

Hasta la construcción de Seronera, Banagi había acogido las instalaciones centrales del Serengeti, que ahora se utilizaban para alojar temporalmente a personas que realizaban trabajos de investigación en el parque. En recuerdo de Michael Grzimek, se había construido un laboratorio cerca del refugio que se espera que un día se convierta en un centro de investigación científica. Ambos edificios se alzan sobre un pequeño cerro con vistas al río, que hay que atravesar para llegar hasta ellos. Una carretera elevada de cemento facilita cruzarlo en épocas de clima seco, pero, con las riadas, la comunicación con Seronera se mantiene solo gracias a un puente de bambú que cuelga de árboles que crecen en ambas orillas.

Lo único que podíamos hacer era escribir nuestra correspondencia y escuchar la radio, por la que oímos el llamamiento de un pequeño poblado somalí situado cerca del campamento de Elsa solicitando ayuda para combatir las inundaciones.

Tras nuestro regreso, el 13 de diciembre, nos dirigimos al barranco de los cachorros, donde una leona con un ojo herido nos observó con calma durante

un cuarto de hora. No se parecía a Elsitá, pero, para asegurarnos, la llamamos por todos los nombres a los que estaba acostumbrada y agitamos en el aire su plato de comida. Se limitó a mirarnos y, al final, acabó desapareciendo en el barranco. Era extraño que una leona salvaje nos hubiera observado durante tanto tiempo; probablemente tuviera cachorros en la quebrada y los estuviera protegiendo.

Debo confesar que, durante mi última visita a Nairobi, estaba tan deprimida que por primera vez en mi vida había consultado a un adivino, un hombre de gran reputación que predijo que el 21 de diciembre mis estrellas cambiarían y, con ellas, también mi suerte, proporcionándome un éxito inesperado (supuse que se refería a que encontraría a los cachorros). Añadió que, durante aquella fase crítica, debía llevar puesto algo de color azul, porque era mi color de la suerte. Me daba bastante vergüenza y no le expliqué a George lo que había hecho, pero sí llevé puesto un pañuelo azul día y noche, y el día 21 estaba exultante. Aquella mañana decidimos intentar llegar al barranco, pero topamos con un inmenso lago formado sobre un salobral. George comprobó su profundidad vadeándolo hasta que el agua le llegó a los muslos, luego quitó la correa del ventilador y se adentró en él con el coche. Casi de inmediato nos quedamos atascados, con el agua al nivel de los asientos. Me desnudé tan aprisa como pude, agarré las cámaras y salí del lago a pie. Con las prisas se me olvidó el talismán azul; cuando volví la vista atrás lo vi flotando en la distancia, y con él, mi confianza en los adivinos. Pasamos el resto del día intentando sacar el coche del lago y no conseguimos llegar al barranco hasta la mañana siguiente. Encontramos allí mi *jeep*, comprobamos que funcionara y condujimos unos veinticinco kilómetros por el valle, pero lo único que vimos fue una jirafa y un par de hienas. Las tsetsé estaban en pleno apogeo y la conducción era tan dura que se rompió el eje trasero del coche. Cuando, al anochecer, traqueteando y resbalando sobre el barro, llegamos a Seronera, nos recibieron al grito de «¡Ya llega el Submarino!», sobrenombre con el que bautizaron al coche de George. Me acosté temprano, pero me desvelé en torno a las cinco de la madrugada y escuché a dos leones resoplando cerca de la cocina. Me di la vuelta enseguida para mirar hacia la abertura de mi tienda. Momentos después, un voluminoso cuerpo pasó rozando la lona y arrancó varias de las cuerdas de la tienda, tras lo cual un gran león entró en ella y permaneció a pocos pasos de mi cama. Con su magnífica

melena, parecía una polvera gigante. Por suerte, había una mesa de acampada entre ambos y me dio tiempo a gritar. El león retrocedió de un salto, salió de la tienda y se reunió con su amigo. Ambos pasaron trotando frente a la tienda de George y continuaron resoplando durante un rato largo; probablemente les intrigara la luz de nuestras linternas, con las que alumbramos en su dirección. La noche siguiente, la pareja volvió a visitarnos, pero los oí a tiempo para gritar y evitar que pasaran a verme. Caminaron entre nuestras tiendas y luego desaparecieron bajo el manto de la noche.

Tuvimos que llevar el coche de George al mecánico para que le realizaran unas más que necesarias reparaciones, de manera que en Nochebuena nos dirigimos en el camión hasta el barranco de los cachorros, donde mi *jeep* seguía estacionado. Cuando llegamos, el conductor regresó a casa en el camión y nosotros continuamos la excursión en mi todoterreno.

Llovió sin cesar y no vimos ni rastro de los cachorros, de manera que, al atardecer, regresamos a casa muy desanimados. Al llegar al río descubrimos que había crecido rápidamente y por entonces tenía ya veinte centímetros de profundidad. Ello nos impedía llegar a Seronera e implicaba que deberíamos pasar la noche a cureña rasa. Sería muy incómodo, pero tal vez nos brindaría la oportunidad que tanto habíamos esperado de atraer a los cachorros con los faros del coche. Aparcamos en campo abierto, lo más lejos posible del río, y dejamos las luces encendidas.

Atrajeron a millones de mosquitos y otros insectos, y, como no teníamos aerosol, quedamos completamente a su merced. Lo único que pude hacer fue ponerme un trapo que habíamos usado para limpiar las lunas del coche sobre la cara para protegérmela.

En dos ocasiones escuchamos rugidos de león y albergamos la esperanza de que los cachorros aparecieran. Pero lo único que apareció fue una hiena muy interesada en nuestros neumáticos de caucho que se mostró impasible ante nuestros gritos, aunque sí escapó al detectar nuestro olor. Tumbada en el asiento delantero, recordé cómo habíamos pasado las dos Navidades anteriores. El día de Navidad de 1959, Elsa había reaparecido por primera vez tras dar a luz a los cachorros y, con la alegría de volver a vernos, había barrido nuestra cena de la mesa; y la Navidad de 1960, ella y los cachorros me habían observado encender las velas con sumo interés, Jespah se había escapado con mi regalo para George y yo había abierto el sobre que contenía

la orden de deportación.

Aquel día no se parecía en nada a los dos anteriores. Por la mañana, cuando le deseé una feliz Navidad a George, me miró sorprendido y preguntó:

—¿Hoy es Navidad?

Aun así, me alegré de haber pasado la noche en el coche en lugar de en el campamento, pero George consideró que debíamos regresar a Seronera sin dilación para evitar que enviaran un equipo de rescate y malgastaran gasolina, pues apenas quedaban existencias.

El río había decrecido durante la noche y, con cierta dificultad, logramos atravesarlo; al poco nos metimos en un bache y yo me golpeé la cabeza tan fuerte que vi las estrellas, pero no las estrellas favorables que el vidente me había prometido.

Cuando llegamos al campamento, los muchachos nos explicaron que unos leones habían andado merodeando toda la noche y la multitud de huellas nos corroboró su historia.

Nos esperaba abundante correspondencia navideña y regalos llegados de todo el mundo: varios de los donantes habían tenido en cuenta las condiciones en las que estábamos viviendo y, aparte de recibir muchas cosas agradables para llevarnos a Seronera, gracias a ellos nuestra acampada resultaría mucho más cómoda a partir de entonces.

Hacía una bonita noche y asistimos a un extraño fenómeno que en alguna ocasión habíamos observado en las zonas semidesérticas del distrito de la Frontera Septentrional. Conforme los rayos del sol poniente se desvanecían por el oeste, en el este aparecía un reflejo de la puesta de sol, bastante difuminado pero, por lo demás, una réplica exacta.

Continuamos buscando a los cachorros de sol a sol y observamos que los animales salvajes iban regresando poco a poco al valle. Entre ellos había tres leonas con cinco cachorros, a quienes en lo sucesivo nos encontramos tantas veces que se acostumbraron a nuestra presencia; una tarde, cuando las leonas salieron a acechar a un búfalo, dejaron a los cachorros tan cerca del coche que podríamos haberlos tocado fácilmente.

El clima dio una breve tregua, tras la cual las lluvias regresaron con fuerzas renovadas. Nuestra única posibilidad de encontrar a los cachorros era buscarlos en las zonas de mayor altitud, así que, mientras las inundaciones lo permitieran, decidimos realizar una búsqueda exhaustiva por la zona

montañosa. Para llegar a ella, conduciríamos a través de las llanuras, manteniéndonos lo más cerca posible de las cumbres.

El terreno estaba terriblemente mojado y resultaba tan desagradable para los animales como para nosotros; tuvimos una prueba de ello la mañana en la que vimos a una leona y sus dos cachorros encaramados a un árbol, claramente guareciéndose del agua. Al acercarnos a tomar una fotografía, los pequeños cayeron al suelo, tras lo cual la leona descendió de un ágil salto para trepar a otro árbol instantes después. En aquella excursión disfrutamos también de una imagen de lo más divertida: unas gallinas de Guinea enfadadas persiguiendo a tres chacales. Cada vez que los chacales daban media vuelta, las cacareantes aves volaban por encima del trío y los picoteaban. Y a los chacales no les quedaba más remedio que huir con el rabo entre las patas a un lugar seguro desde donde tuvieran buena perspectiva para, poco después, lanzar un contraataque. Sin embargo, las gallinas de Guinea eran tan agresivas que al final los chacales acabaron dándose por vencidos.

Durante aquellas semanas, la lluvia no dio tregua y, poco a poco, nuestro «submarino» acabó hecho pedazos: primero se averió el perno de centrado; luego los pernos de anclaje; después la tubería del freno; a continuación, el motor de arranque, y, por último, el tubo de escape, pese a lo cual el *jeep* continuó transportándonos hasta el día en que volvimos a quedarnos aislados en el campamento debido a las inundaciones. Entonces utilicé el coche como dormitorio, pues mi tienda parecía un colador y, además, consideré que tal vez fuera más prudente dormir allí, ya que una manada de leones con cinco cachorros se había instalado en las proximidades de la zona de acampada.

# 40

## EL PRECIO DE LA LIBERTAD

Llevábamos meses bregando con el tiempo más adverso posible, naufragando en nuestro coche, aparcando trabajo importante y descuidando nuestra salud, y todo ello bajo unas condiciones que reducían enormemente nuestras posibilidades de encontrar a los cachorros. De manera que, cuando el día 2 de febrero, el director acudió a Seronera, le escribí volviendo a suplicarle que nos dejaran dormir a campo abierto, porque era nuestra mejor baza para ver a los cachorros. Respondió que no era competencia suya otorgarnos tal permiso, pero que plantearía mi petición a la junta directiva durante la reunión de marzo, si yo lo estimaba oportuno. Para entonces, si Jespah seguía con vida, haría ya un año que llevaba una punta de flecha clavada, a menos que se le hubiera desprendido sola. Y dado que por el momento no podíamos hacer nada más por obtener el permiso que necesitábamos, reemprendimos la búsqueda y, desesperados, intentamos encontrar una ruta que nos permitiera llegar a la escarpadura y su zona interior. No obstante, tuvimos que aguardar a que las lluvias amainaran para poder llegar a la cima del escarpe y conducir a lo largo de ella. La primera hora de la mañana y el atardecer eran los momentos más probables para divisar a los cachorros, pero no nos era posible llegar a la zona en la que podrían estar lo bastante pronto ni dejarla lo bastante tarde por la necesidad de acatar el reglamento del parque y estar en Seronera durante las horas de oscuridad.

Una noche, el director nos visitó y le insinué que una posible estrategia para romper el *impasse* entre las autoridades del parque y nosotros sería que yo asistiera a la reunión de la junta directiva en marzo, si con ello podía aclarar nuestra posición. El director prometió comunicarme si era posible. El

gerente del campamento, que había acudido con él, nos indicó que dos días antes, al aproximarse al cobertizo donde guardaba su Land Rover, una leona había saltado de la parte posterior descapotada de su *jeep*, y que aquel mismo día se había repetido idéntica escena. Era evidente que buscaba un lugar donde guarecerse de la lluvia, pero, en el futuro, el gerente tenía previsto echarle la capota al coche.

Pocos días después supe que la junta había accedido a que asistiera a su reunión, de manera que, cuando llegó el momento, partí rumbo a Arusha mientras George proseguía con la búsqueda de los cachorros. Al conducir a través de la pradera contemplé magníficas manadas de ñus y cebras regresando a ella desde las tierras altas. Mientras la llanura había estado desprovista de caza, no habíamos buscado por aquella zona, pero pensé que, a mi vuelta, debíamos comprobar si los cachorros se encontraban entre aquellas manadas.

El comité ejecutivo de la junta directiva estaba integrado por el presidente, tres administradores y un director; se había invitado también a un cirujano veterinario a la sesión. Solicité que me permitieran dormir en plena naturaleza y que, en caso de hallar a los cachorros, pudiera decidir después qué era lo más conveniente para Jespah. Se me denegó la solicitud de acuerdo con la opinión de aquel cirujano veterinario que no había visto nunca a Jespah y esgrimiendo como prueba el telegrama que George había enviado en julio indicando que habíamos hallado a los cachorros en una forma excelente. Señalé que, en cuanto habíamos tenido ocasión de observar a los cachorros más de cerca, George se había desdicho de su afirmación con respecto a Jespah y subrayé que muchas personas cualificadas para evaluar el caso de un león con una flecha clavada coincidían con nuestra opinión de que podía ser esencial intervenirlo. Añadí que se trataba de personas que no pondrían en riesgo su reputación a menos que estuvieran seguras de los hechos. Pero fue en vano, de manera que volvimos a encontrarnos en la situación que afrontábamos desde hacía nueve meses. Antes de marcharme, me indicaron que el Serengueti permanecería cerrado durante la siguiente estación lluviosa, entre abril y mayo, a lo cual añadieron que, si deseábamos regresar en junio como turistas normales, no habría objeción.

Cuando le expliqué a George el resultado de la reunión decidió apelar al Ministerio de Tierras y Reconocimientos de Tanganica y escribir al ministro



Tewa solicitándole permiso para dormir a campo abierto y también para continuar nuestra búsqueda en el Serengueti durante la estación lluviosa. La respuesta fue negativa.

Durante el tiempo que nos quedaba estábamos decididos a concentrar nuestra búsqueda en las zonas libres de tsetsé, y si era necesario volveríamos en junio y continuaríamos buscando a Jespah. A su regreso de un safari, el guarda del parque nos dijo que había visto al joven león cojo que un cazador blanco había avistado también recientemente. Seguía en compañía de otro león que claramente le proporcionaba comida, porque él no podía cazar por sí mismo. El guarda del parque le había cazado un par de gacelas de Thomson para ayudarlo, pero dudaba de que se recuperara y nos dijo que tenía previsto mantenerlo vigilado y rematarlo para que no sufriera si lo consideraba necesario. Al escucharlo, por más que el guarda nos había asegurado que no podía tratarse de Jespah porque no tenía ninguna herida ni cicatriz, partimos de inmediato en busca del animal herido. En el trayecto encontramos a una comitiva de safari que nos indicó que había visto a dos leones muy delgados, uno de ellos cojo. No pensamos que se tratara del par del que nos había hablado el guarda, pues nos hallábamos a quince kilómetros de distancia de donde él los había divisado y un animal renqueante difícilmente podía haber recorrido esa distancia.

A escasos centenares de metros de Naabi Hill había unas rocas y unos cuantos árboles que proporcionaban sombra y componían una guarida ideal para leones desde donde observar la llanura circundante, de nuevo repleta de caza.

Encontramos aquellas rocas ocupadas por dos jóvenes leones. George los había visto antes y entonces uno de ellos estaba enfermo, pero ya estaban ambos en buena forma. Se frotaban las cabezas con afecto, tal como solían hacer nuestros cachorros. En las proximidades había una leona adulta; cuando detuvimos el coche para sacarle una fotografía, se tumbó boca arriba, con las cuatro patas en el aire, y bostezó con pereza.

Una mañana vimos a un joven león rubio y a tres leonas encaramados a un *kopje*;<sup>11</sup> nos permitieron aproximarnos y el león, pese a parecer mayor que Jespah, guardaba un parecido asombroso con él. Mi única esperanza era que un día Jespah pudiera tener también su harén y ser igual de feliz. Por la tarde, aquel mismo día, volvimos a ver a la manada, que había descendido a la

llanura y estaba eligiendo una presa para su cena entre un grupo de tres cebras y un potro que pacían ajenos al peligro a unos cuatrocientos metros de distancia.

Una de las leonas la acechó con el vientre muy pegado al suelo; tras recorrer unos treinta metros, se detuvo para esperar a que el resto de la manada le diera alcance. El león cerraba la retaguardia. Luego, otra leona tomó la delantera y dirigió a la partida de caza otros treinta metros adelante. Se hallaban a unos setenta metros de su presa cuando una cebra percibió su presencia. Los leones, al sentirse descubiertos, permanecieron inmóviles; la cebra los miró con serenidad y continuó pastando. Entre tanto, el potro, sin dejar de pacer, fue acercándose a la manada. Alrededor reinaban el silencio y la paz, y resultaba perturbador ver a aquella cebrilla aproximándose a los leones, que, sentados en fila y sin mostrar ninguna prisa, se limitaban a observar. Pero, a fin de cuentas, los leones tenían que vivir, y, además, ¿quién era yo para criticarlos por matar para sobrevivir cuando aún recordaba una época en la que disparar a un ciervo indefenso me parecía un deporte entretenido? De ello hacía ya mucho tiempo, y, después de haber convivido con animales en su entorno natural, me costaba imaginar cómo había sido capaz en el pasado de segar la vida de criaturas indefensas solo para premiar con un trofeo mi vanidad.

Con la luz crepuscular tuvimos que regresar a casa, gracias a lo cual nos ahorramos presenciar el final de aquel acecho, aunque quizá el potrillo escapara, ya que, al día siguiente, cuando regresamos al mismo lugar esperando encontrar a la manada sobre su pieza, no hallamos rastro de ningún cadáver ni de los leones. A unos cuantos kilómetros de distancia encontramos a tres leonas devorando un ñu al que acababan de dar caza. Una de ellas le extraía con cuidado los pelos de la barba y los escupía en el suelo. Me recordó a Elsa, que detestaba los pelos y las plumas porque le hacían cosquillas y, aunque le encantaba la carne de gallina de Guinea, se negaba a comérsela a menos que se la desplumáramos. Por la tarde tuvimos ocasión de presenciar la ceremonia que realizan los licaones al reunirse con su jauría. Encontramos ocho en una madriguera y un noveno corriendo hacia ellos. Llegó resollando y saludó a todos los miembros de la manada uno por uno, restregándose con ellos; cuando hubo acabado la ronda, se apartó y defecó. Y solo entonces se echó a descansar con los demás licaones. Se produjeron otras

cuatro llegadas más y cada uno de los licaones procedió de idéntico modo, lo que nos llevó a convencernos de que aquel saludo a todos los miembros de la jauría por parte del licaón que regresa y el marcaje de la madriguera con excrementos debe de ser una costumbre en esta especie.

Al rodear Naabi Hill en el trayecto de regreso vimos una manada de ocho leones y detuvimos el coche; al instante, un joven macho se nos acercó corriendo y se sentó muy cerca a observarnos. Se parecía tanto a Jespah que nos preguntamos si sería nuestro cachorro, pero no tenía ninguna cicatriz y su expresión era distinta. Nos habría gustado comprobarlo, pero no pudimos hacerlo porque debíamos llegar a Seronera antes de que anocheciera.

A primera hora de la mañana partimos en su busca de nuevo. La manada se había desplazado solo a escasa distancia por la pradera y estaban todos adormecidos, demasiado saciados para percatarse de nuestra presencia, salvo el joven león, que se acercó, rodeó el coche y se comportó de manera tan amigable que volvieron a asediarnos las dudas. ¿Podía ser Jespah? El plato sería la prueba concluyente. Lo sostuvimos en alto: el cachorro lo miró con absoluta indiferencia. Entonces sus hermanos y hermanas reunieron el valor de venir a jugar alrededor del *jeep* y tuvimos que resignarnos al hecho de que no eran los hijos de Elsa, por más que el cachorro macho más grande tuviera muchos rasgos en común con Jespah, incluido el hábito de vigilar la manada mientras los adultos descansaban y recuperaban energías tras la cacería nocturna. Una vez aquel joven león se convenció de que éramos inofensivos, se dirigió hacia su padre y se acurrucó contra él, si bien, con la cabeza sobre las patas, continuó observándonos con los ojos entrecerrados mucho después de que el resto de la manada se quedara dormida.

A aquellas alturas prácticamente habíamos abandonado toda esperanza de hallar al león herido, aunque seguíamos empeñados en hacerlo para asegurarnos de que no se trataba de Jespah. Un día lo encontramos junto a un charco de lluvia. Su compañero estaba con él y, a escasa distancia, había dos jóvenes leones con melenas cortas. Los cuatro parecían haber formado una manada de solteros, esperábamos que con la intención de ayudar al león enfermo. Al ver que nos acercábamos, el león se irguió sobre las cuatro patas, si bien al poco volvió a sentarse: estaba claro que le dolía apoyar peso sobre la pata herida. Tenía el anca atrofiada, estaba muy delgado y la expresión de sus ojos revelaba que sentía dolor. Nada más verlo habíamos sabido que no se

trataba de Jespah, pero me atormentaba la idea de que nuestro cachorro pudiera estar en un estado similar.

No nos quedaba demasiado tiempo antes de que nos expulsaran del Serengueti durante dos meses, y como para entonces ya habíamos investigado la población de leones de los alrededores de Naabi Hill de manera bastante exhaustiva, decidimos pasar los últimos días examinando el valle de los cachorros.

Un día, en el trayecto de regreso a casa, divisamos unos buitres describiendo círculos en el aire y, al conducir en su dirección, encontramos a un par de leones devorando un búfalo que acababan de cazar. Eran leones adultos y, de no haber sido por la diferencia de edad, habríamos creído que se trataba de Jespah y Gopa, ya que el rubio tenía el mismo hocico largo y estrecho, los mismos ojos dorados y una expresión igual de bondadosa y digna que Jespah, mientras que el de melena más oscura bizqueaba un poco como Gopa. Pero tenían al menos cuatro años y melenas completamente desarrolladas, así que era imposible que fueran nuestros cachorros.

Durante los últimos días en el parque condujimos de sol a sol con la esperanza de divisar por última vez a los cachorros antes de irnos. Habíamos pasado cinco meses en el Serengueti, gran parte de ellos bajo unas espantosas condiciones climáticas, habíamos conducido sin parar, les habíamos exigido a nuestros cuerpos y a nuestros vehículos más de lo que podían soportar y habíamos buscado en todos los lugares accesibles en los que pensábamos que podían estar los cachorros. Y todo había sido en vano. El único resultado positivo era que habíamos acabado por conocer la fauna salvaje de la zona y habíamos tenido ocasión de estudiar su comportamiento durante las lluvias, además de dejar una red de pistas forestales que podría resultar de utilidad a los guardas para llegar a zonas del Serengueti hasta entonces inaccesibles.

Durante nuestro último día, los cuervos volvieron a guiarnos hasta un búfalo muerto cerca del lugar donde cinco días antes habíamos visto a los dos leones que parecían una versión adulta de Jespah y Gopa.

El león de melena oscura parecido a Gopa, con la barriga llena a reventar, protegía un nuevo búfalo frente a tres chacales descarados, que aprovechaban cualquier oportunidad para robar un bocado, hasta que un rugido los hizo echar a correr para esquivar un zarpazo. El león rubio no participó en la defensa, sino que permaneció tumbado a la sombra de un árbol, con la melena

alborotada por el viento matinal.

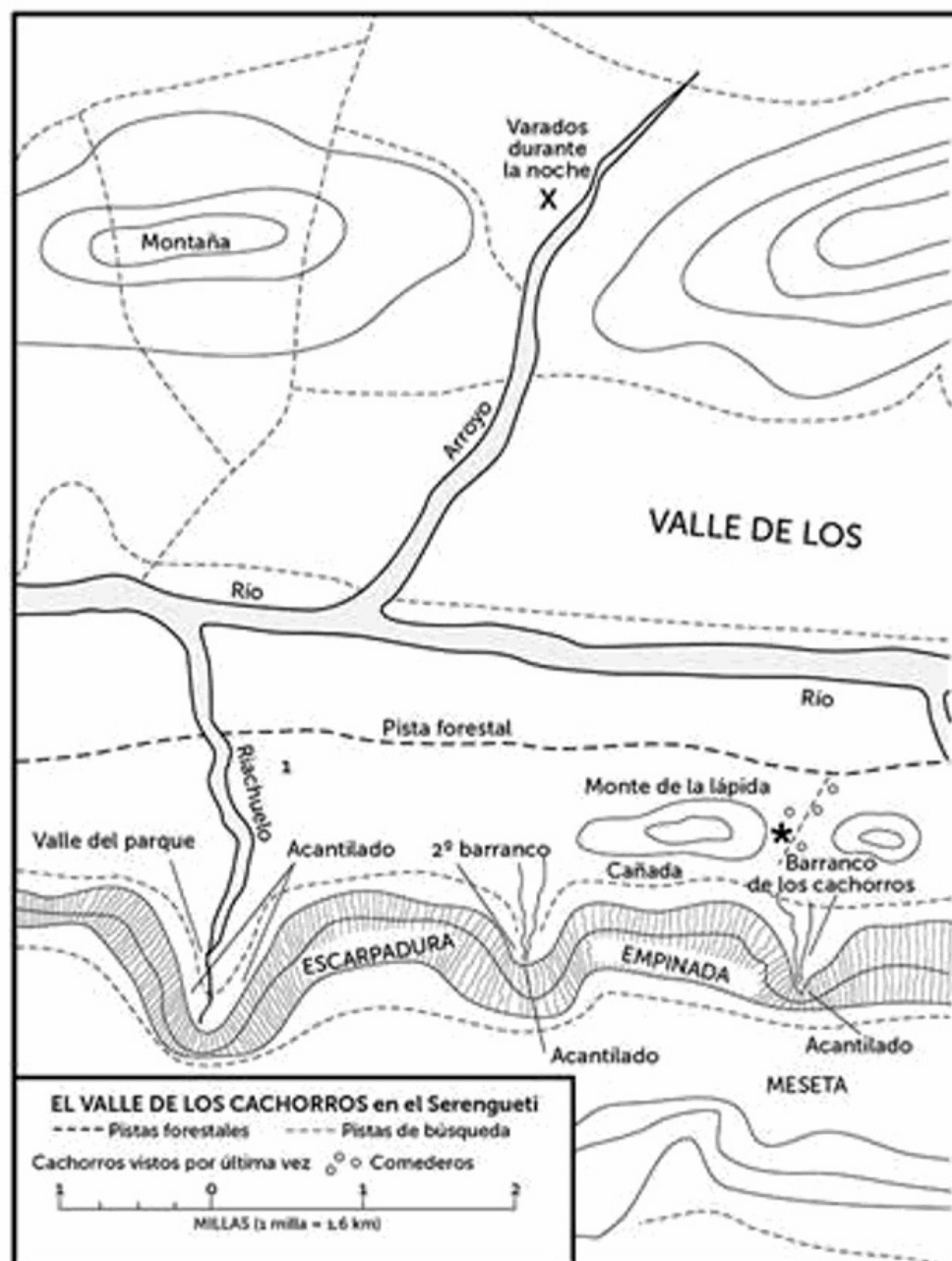
Eran leones espléndidos: distantes pero amistosos, dignos y dueños de sí mismos. Al contemplarlos me resultó fácil entender por qué el león siempre ha fascinado al hombre y se ha convertido en un símbolo de algo que admira. El rey de la selva, como lo han bautizado, es un monarca tolerante; y, en efecto, es un depredador, pero los depredadores son esenciales para mantener el equilibrio de la fauna salvaje, y el león no pretende causar daños ni ataca al hombre a menos que se lo persiga por su piel o que esté demasiado endeble para buscar otra presa más activa. Solo mata para saciar su hambre, tal como demuestran los rebaños que pacen alrededor de una manada cuando saben que los leones tienen la barriga llena.

Disfruté enormemente contemplando aquella escena que se desarrollaba ante nuestra mirada. Pensé en los hijos de Elsa. ¿Dónde estarían en aquel momento? Mi corazón estaba con ellos allá donde estuvieran. Pero fue también al ver a aquellos leones, al contemplar a aquella bella pareja, cuando caí en la cuenta de que todas las características de nuestros cachorros eran inherentes a ellos. De hecho, en cada uno de los leones que vi durante nuestras búsquedas reconocí la naturaleza intrínseca de Elsa, Jespah, Gopa y Elsitá, el espíritu de todos los magníficos leones de África. Que Dios los proteja de las flechas y los bendiga a ellos y a su reino.

FIN

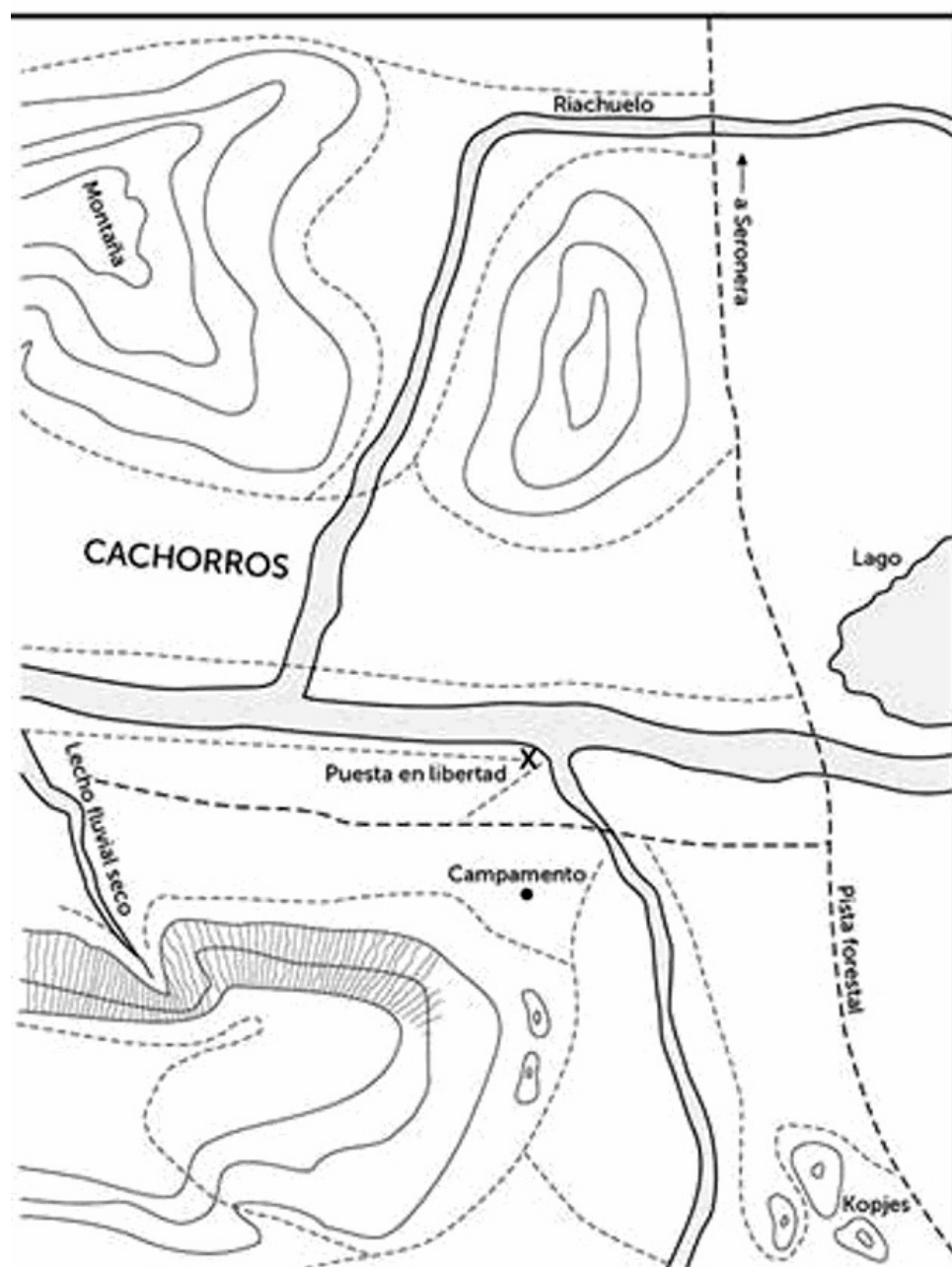
*Serengueti, junio de 1962*











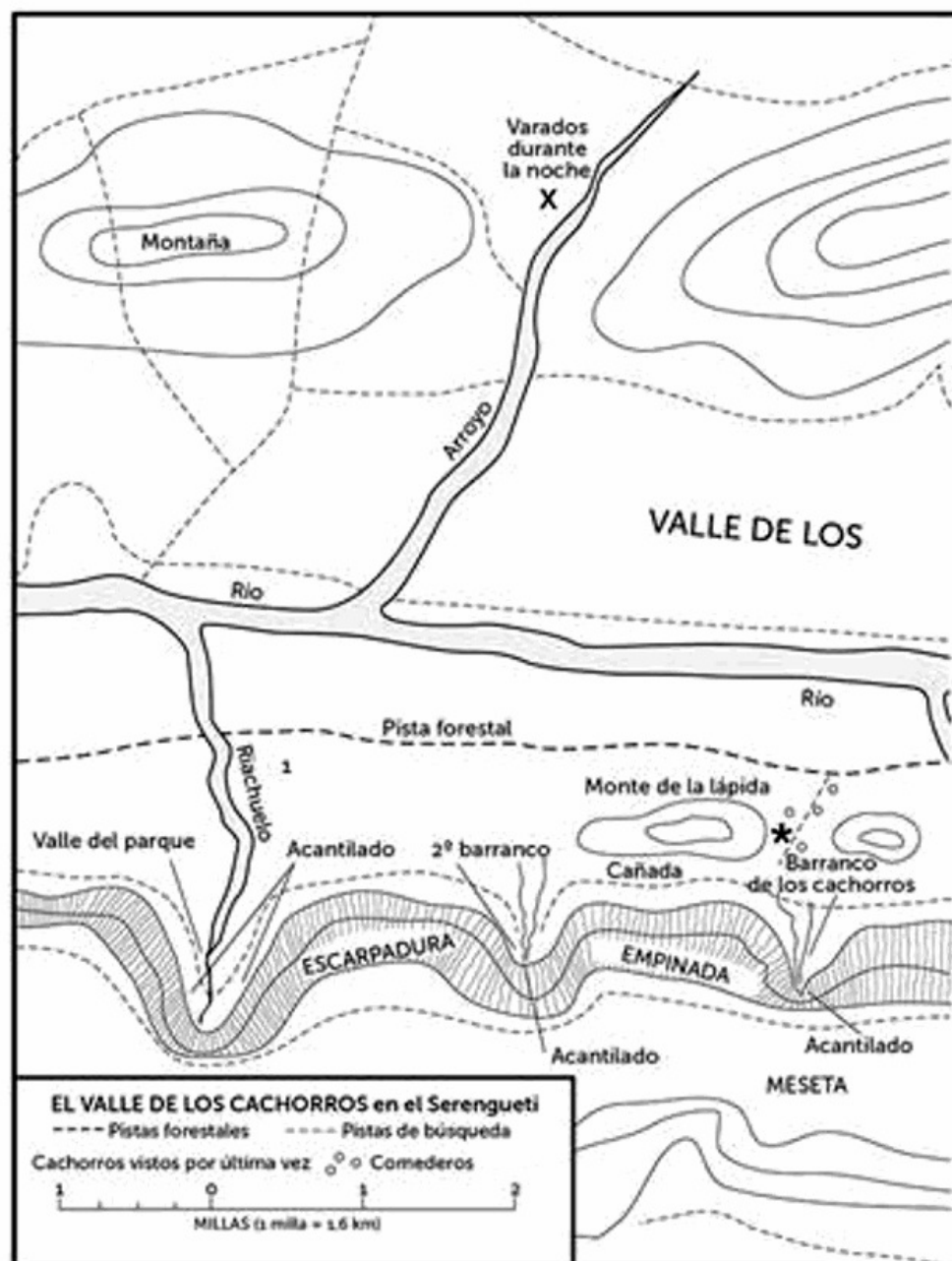






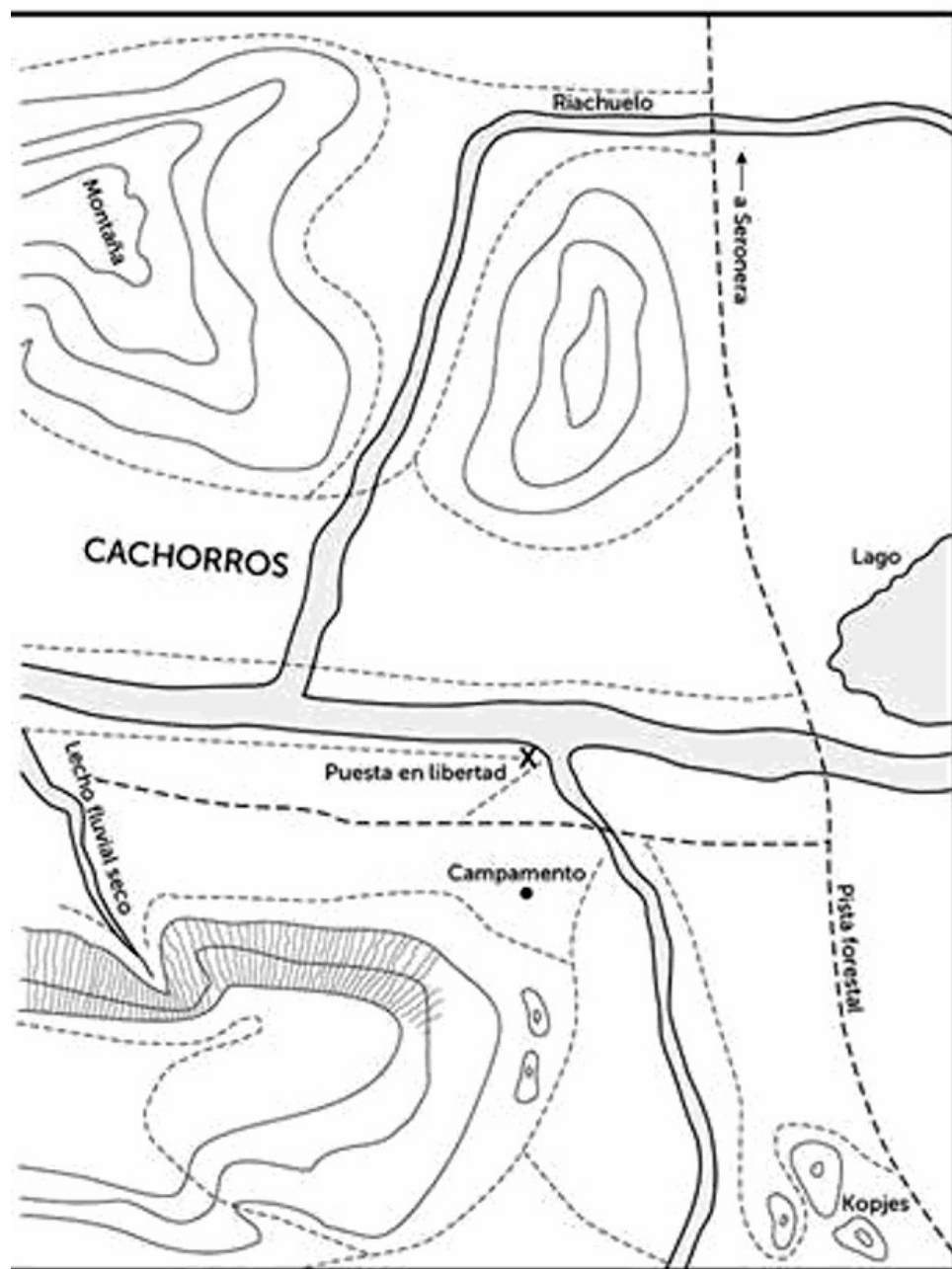






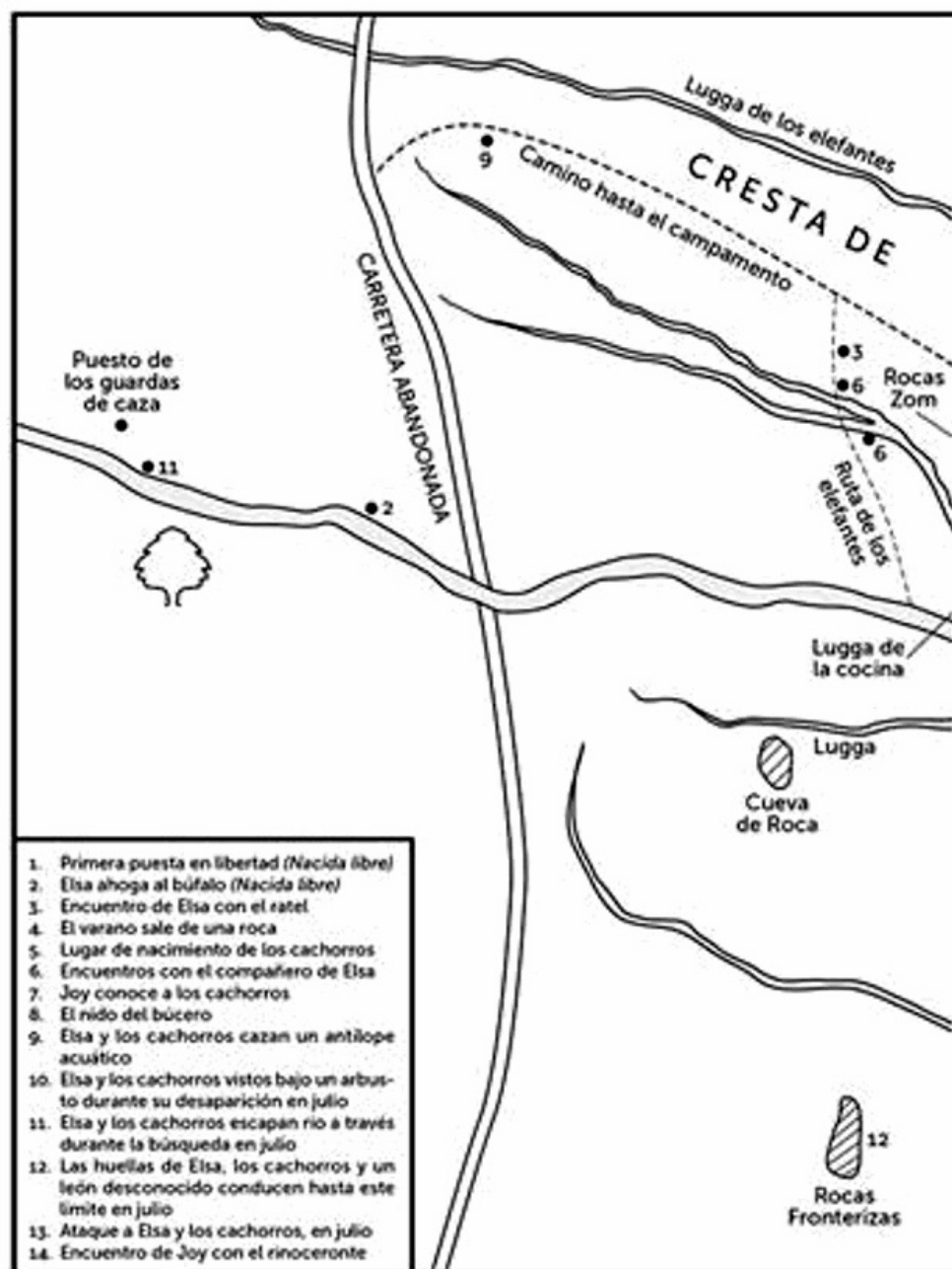






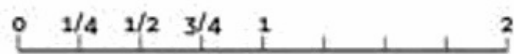




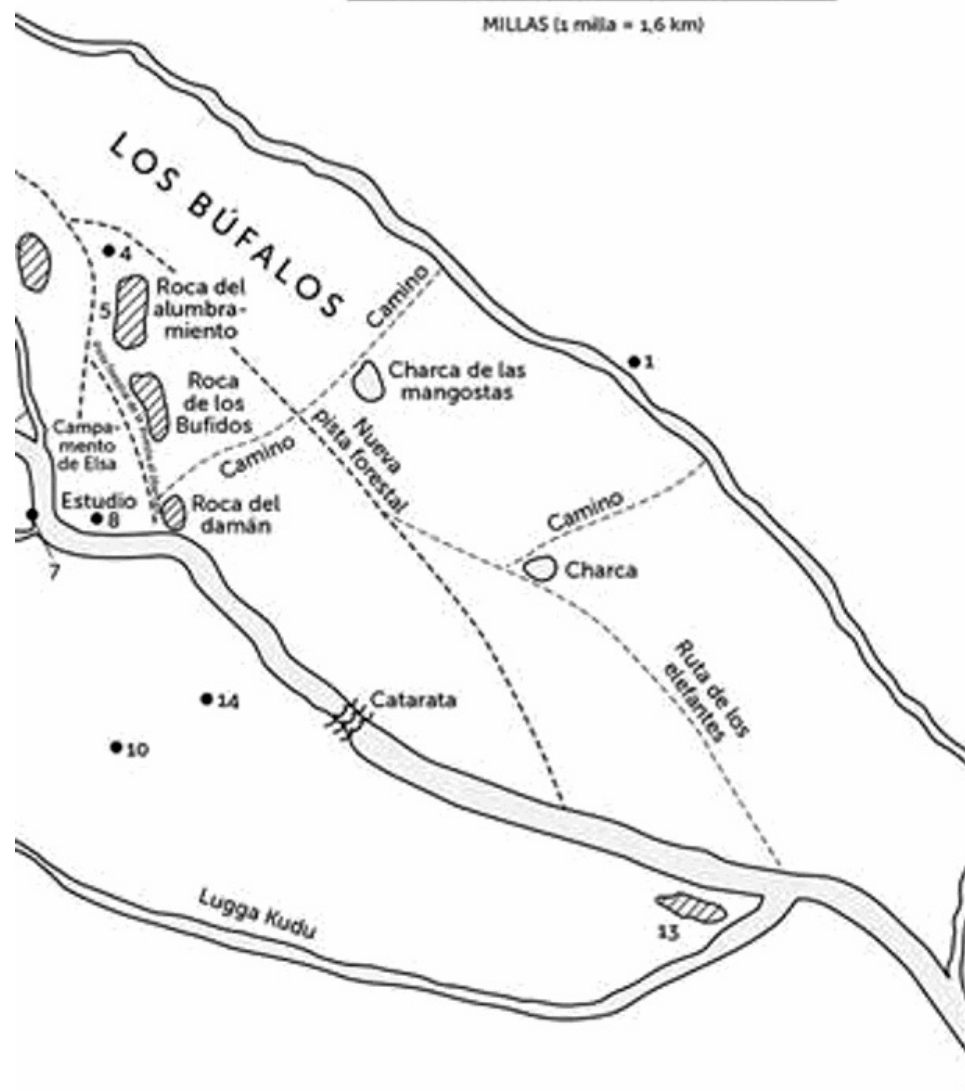




# CAMPAMENTO DE ELSA



MILLAS (1 milla = 1,6 km)











Las cachorras al poco de su llegada con la autora y Pati-Pati, que las aceptó como sus compañeras de juegos.









*Arriba:*  
Práctica del acecho:  
desde la más tierna  
infancia sabían por  
instinto cómo cazar.

*Izquierda:*  
Jugando con el  
neumático.





Elsa después de enviar a sus hermanas a Róterdam: rompía el alma verla buscarlas.



*En la izquierda y arriba:*  
En el océano Índico: al principio, el vaivén y el rugido del oleaje la inquietó, pero enseguida se aficionó al agua.







Compartiendo mi cama  
de campaña en el lago Rudolf.



Elsa descansando en  
un árbol para disfrutar de la brisa.



Los ejercicios diarios de  
fortalecimiento de las zarpas de Elsa.





Elsa con Nuru,  
Makedde e Ibrahim.



Tras la segunda puesta en libertad  
encontramos a Elsa esperándonos, famélica.





Elsa  
conmigo



Elsa prefería realizar los trayectos cortos  
encaramada al Land Rover.







El mirador favorito de Elsa, donde disfrutaba de brisa, no la molestaban las moscas tsetse y podía observar a los animales de los alrededores.



Elsa sentía atracción por los troncos huecos de baobab.







Reunión tras mi regreso de Inglaterra:  
utilizó sus ciento cuarenta kilos para derribarme.







Elsa cruzando el río con los cachorros. El tercer cachorro se quedó maullando asustado en la orilla opuesta.



Una vez en la otra orilla, se le subieron a la espalda y jugaron con su cola.







*Arriba y derecha:*  
Ejercicios con  
las zarpas.







*Derecha:*  
Elsa conoce  
a su editor,  
Billy Collins.



*Abajo:*  
Elefantes en el  
abrevadero.









Cruzando el río  
con los cachorros.



Con nueve meses, los cachorros  
segúan mamando,







*Arriba:*  
Elsa y Iespah.

*Derecha:*  
La familia en el  
campamento tras  
el incendio.









*Izquierda:*  
Elita.

*Abajo:*  
Siesta.









Bófalos.



Las primeras Navidades de los cachorros.  
Jespah se sentó a ver cómo se consumían las velas.







Los cachorros  
con un año.







La tumba de Elsa: hicimos un túmulo  
de piedras y desbrozamos los alrededores.



Mi último día con los cachorros  
en su hogar natal.







*Arriba y abajo: Las jaulas y llegada al Serengeti.*







Puerta en libertad de  
los cachorros.



Jepah tomando aceite de hígado de bacalao. A los cachorros les gustaba tanto que tuvimos que racionárselo para no sobrealimentarlos.







Jespah con George en el Serengueti.



Jespah encaramado al Land Rover.





Un guepardo.



Un leopardo y su pieza de caza.







*Insuenda:*  
La tumba de Elsa  
después de repararla.

*Foto principal:*  
Cebras.

*Página siguiente, derecha:*  
George sacando el Land Rover de un  
lugga durante nuestra búsqueda de  
los cachorros. No se recordaban  
lluvias tan espantosas en la región.











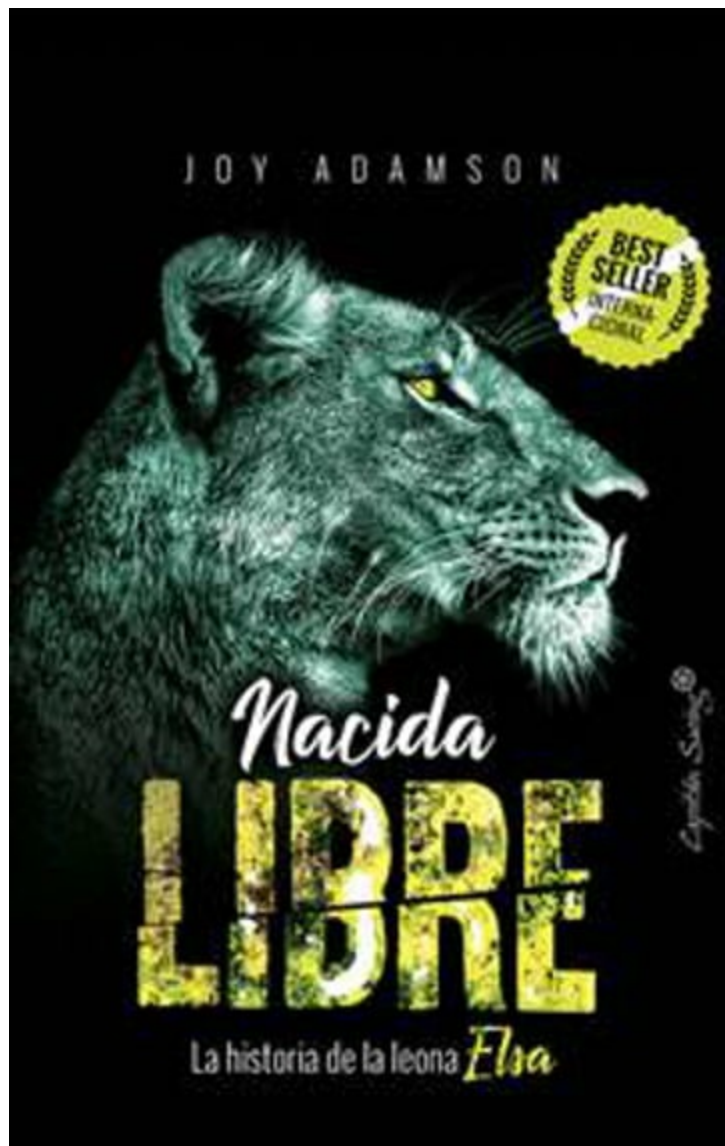


En cada uno de los leones que vi durante nuestra búsqueda reconocí la naturaleza intrínseca de Elsa, Jospah, Gopa y Elsitá, el espíritu de todos los magníficos leones de África.



Joy y George.

## NACIDA LIBRE



Hace sesenta años, Joy Adamson reveló la historia de su vida junto a Elsa, un cachorro huérfano de león al que había rescatado y criado en su propia casa en Kenia. Como Elsa había nacido libre, Joy tomó la desgarradora decisión de que debía ser devuelta a su hábitat natural cuando tuviera edad suficiente para valerse por sí misma. La historia del cachorro, en transición entre el cautiverio en el que se cría y el temible mundo salvaje al que regresa, refleja

las habilidades tanto de los humanos como de los animales para cruzar una brecha aparentemente insuperable entre dos mundos radicalmente diferentes. En un momento en que la naturaleza y sus habitantes se ven cada vez más amenazados por el desarrollo humano y el desastre natural, el extraordinario relato de Adamson es un idilio al que volver una y otra vez. Ha habido muchos relatos sobre el regreso a lo salvaje de los animales domesticados, pero *Nacida libre* se ha mantenido como uno de los más conmovedores. Ilustrado con las mismas hermosas y evocadoras fotografías que encantaron al mundo hace sesenta años y actualizado con una nueva introducción de George Page, ex presentador y editor ejecutivo de la serie de PBS Nature y autor de *Inside the Animal Mind*, esta edición es la oportunidad de redescubrir la historia original, en palabras de la mujer que crio a Elsa y caminó con los leones.

### JOY ADAMSON

Opava (República Checa), 1910 - Shaba National Reserve (Kenia), 1980.

La célebre naturalista austriaca Joy Adamson —su verdadero nombre era Joy-Friederike Victoria Gessner— es conocida sobre todo por su libro *Nacida libre*, publicado en 1960, en el que narra las experiencias que vivió para salvar a una leona llamada Elsa. La novela alcanzó popularidad gracias a una serie televisiva del mismo título. Junto a su tercer marido, George Adamson, se trasladó a vivir a Kenia, a orillas del lago Naivasha. Allí, se dedicó a estudiar y pintar animales de la selva, donde alcanzó la fama por *Nacida libre*, aunque también publicó otras varias obras sobre animales, y su vida en la selva se llevó al cine. El 3 de enero de 1980, el cadáver de Joy fue descubierto en un lugar alejado por su ayudante, Peter Morson. Este declaró que había sido atacada por un león, y esto fue lo que en principio divulgaron los medios, pero la posterior investigación policial descubrió que las heridas eran demasiado profundas y de ninguna manera podían haber sido realizadas por un felino, llegando a la conclusión de que fue asesinada. Al parecer emplearon un *simi* (una popular espada africana de dos filos). Tras investigar a todos sus empleados, se acusó a Paul Wakwaro como autor del asesinato. Wakwaro fue condenado a cadena perpetua, salvándose de la pena de muerte por ser menor de edad.

# NOTAS

<sup>1</sup> «Manada» es un término vago que se utiliza para describir la asociación de más de dos leones. Puede consistir en dos o más familias que conviven con algunos adultos o en varios adultos que conviven para cazar juntos, en contraposición a una pareja de leones o a un león solitario.

<sup>2</sup> De hecho, es probable que estuviera estirando los músculos retráctiles de sus zarpas.

<sup>3</sup> El *dhow* es una embarcación de origen árabe caracterizada por su velamen triangular y su bajo calado. Por lo general, es de un solo mástil, si bien puede tener dos o tres. Su velamen triangular revolucionó la historia naval, pues, a diferencia de las velas rectangulares existentes hasta entonces, permitía navegar sin remos independientemente de la dirección del viento. (*N. de la T.*)

<sup>4</sup> Casualmente, cuando dos años después visité el zoo de Roma de camino a Londres vi un par de leones apareándose y, como último gesto de este acto de engendramiento, el macho mordió a la leona en la frente. Y al poco volví a presenciar aquella misma acción en las mismas circunstancias en el zoo de Londres.

<sup>5</sup> Hay dos tipos de leones en Kenia: el *Felix massaica*, de color ante y con una melena amarilla, y el *Felix leo somaliensis*, más pequeño, con orejas más grandes, unas manchas más marcadas y la cola más larga. Elsa pertenece al tipo *somaliensis*.

<sup>6</sup> A menudo nos preguntamos por qué Elsa no tuvo cachorros pese a aparearse con un león durante el celo. Con el tiempo, una autoridad de un zoo



me explicó que, durante los cuatro días relevantes, el león monta a la leona al menos seis u ocho veces al día y que se cree que esta no engendra hasta el cuarto día. De ser así, es evidente que Elsa no tuvo suficientes oportunidades, pues una leona celosa que montara guardia sobre su macho probablemente no tolerara unas relaciones demasiado frecuentes con una recién incorporada a la manada.

<sup>7</sup> Recinto o corral empalizado para protegerse de los enemigos o fieras que merodean en el exterior. (*N. de la T.*)

<sup>8</sup> Lecho fluvial seco.

<sup>9</sup> Las *machans* son plataformas construidas en los árboles que en el pasado se utilizaban para cazar grandes animales y en la actualidad, para observarlos en las reservas naturales. (*N. de la T.*)

<sup>10</sup> «Eastward to Eden», *The Friend*, 5 de agosto de 1960.

<sup>11</sup> Los *kopjes* son montículos aislados en medio de llanuras que los animales utilizan como miradores para supervisar su territorio y detectar tanto a presas como a posibles depredadores. También ofrecen protección de los incendios forestales y las tormentas, pues recogen agua que los animales beben en época de sequía. (*N. de la T.*)